

LOS TRES  
**Heredia**

## SABINE FAIVRE D'ARCIER

---

Periodista y escritora francesa. Después de recibir el título de Bachiller en Letras y, con posterioridad, el de Psicopedagogía, cursó estudios en la Escuela del Louvre (Historia del Arte) y en la Escuela de Periodismo. Entre sus actividades periodísticas deben señalarse su labor de redactora de secciones de reportajes, críticas de arte, cine, exposiciones en Benjamin Jeunesse Actualité, así como sus trabajos para la Sociedad Francesa de Prens, y las sinopsis de historietas para revistas juveniles (Editorial Rue de Fleurus).

Durante tres décadas ha dedicado buena parte de su laboreo intelectual, al estudio histórico que relaciona a Francia y Cuba. De su autoría se significan textos como *La Chambre*, *Journal de la Havane*, *Le Seconde Mort du Che* y *Tras las huellas de Napoleón en Santiago de Cuba*. También se destacan sus libros *José White y su tiempo* (Editorial Letras Cubanas, ICL) y por estas Ediciones Imagen Contemporánea, *Y volverá el tiempo de los mayas*, obra que rememora al eminente arqueólogo cubano-frances Alberto Ruz Lhuillier y su descubrimiento, por vez primera, de una tumba funeraria americana.

---

# LOS TRES **Heredia**

Sabine Faivre d'Arcier

IMAGEN **IC** CONTEMPORANEA  
LA HABANA • 2012

## Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

**Director:**

Eduardo Torres-Cuevas

**Subdirector:**

Luis M. de las Traviesas Moreno

**Editora principal:**

Gladys Alonso González

**Coordinadora general:**

Esther Lobaina Oliva

**Administradora editorial:**

Yaumara Rodríguez Fraga

**Traducción:**

Rafael Rodríguez Beltrán

**Responsable de la edición:**

Gladys Alonso González

**Diseño, maquetación y emplane:**

Luis A. Gutiérrez Eiró

Edición Auspiciada por la Embajada de Francia en Cuba  
y la Facultad de Filosofía e Historia  
de la Universidad de la Habana

**Todos los derechos reservados.**

© **Sobre la presente edición:**

**Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2012**

ISBN: 978-959-293-021-6

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA,  
Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz,  
Universidad de La Habana,  
L y 27, CP 10400, Vedado,  
La Habana, Cuba.  
e-mail: restherl@infomed.sld.cu  
yrf@ffh.uh.cu

# Índice

**INTRODUCCIÓN / 1**  
El legado del gran Heredia

## **PRIMERA PARTE** **El cruce de los caminos**

**1803-1836**  
**DE PERIPLOS EN PERIPLOS POR EL MAR DE LAS ANTILLAS. UN EXILIO**  
**SIN FIN / 7**

**1836-1839**  
**NACIMIENTO DEL PARDO Y MUERTE DEL POETA / 54**

**1842-1850**  
**LA LLEGADA DE UN AGUAFIESTAS Y EL ADIÓS A CUBA / 66**

## **SEGUNDA PARTE** **Los destinos paralelos**

**1850-1862**  
**TIEMPO DE ESTUDIOS Y FASCINACIÓN POR EL VIEJO MUNDO / 85**  
**EL LICEO LOUIS-LE-GRAND Y EL ATENTADO CONTRA EL EMPERADOR / 85**

**EL COLEGIO DE SENLIS Y EL REGRESO AL PAÍS NATAL / 102**

**1862-1867**  
**JUVENTUD Y PRIMEROS PASOS EN LA SOCIEDAD PARISINA / 124**

**CUANDO SE EXTINGUEN LAS LUCES DE LA FIESTA / 124**

EL ARTE POR EL ARTE Y EL ENCUENTRO CON LECONTE DE LISLE / 139

**TERCERA PARTE**

**Caminos divergentes**

**1868-1869**

LA SUBLEVACIÓN EN CUBA Y LA CAÍDA DEL IMPERIO / 153

**1868-1869**

RUINA Y HONOR DE LOS HEREDIA. *LOS CONQUISTADORES DEL ORO* / 169

**1870-1871**

LA DEFENSA DE PARÍS Y *PAZ Y PLEBISCITO* / 177

**1870-1871**

EN FAMILIA Y LEJOS DE LAS BARRICADAS / 196

**1872-1877**

LLAMAMIENTO A LOS HABITANTES DEL 17° DISTRITO / 205

**1872-1877**

EN UN ALFOMBRADO SALÓN DE LA CALLE DE BERRI... UN ESCRITOR  
CON SU PLUMA DE GANSO / 224

**1878-1884**

EL *PRODIGIOSO* ASCENSO DE SEVERIANO AL PODER / 238

**1878-1884**

PRIMER RECONOCIMIENTO, PRIMERAS PREOCUPACIONES, PRIMERA  
CONDECORACIÓN / 253

**1885-1887**

UN MINISTRO NEGRO, DE ORIGEN CUBANO, EN LA ASAMBLEA NACIONAL / 265

**1885-1887**

EL SALÓN DE JOSÉ MARÍA DE HEREDIA / 285

**1888-1893**

DESPUÉS DE COSECHAR LA GLORIA, EL COMBATE PROSIGUE / 297

**1888-1893**

*LOS TROFEOS*, EL SUEÑO DE LA INMORTALIDAD / 320

**1894-1898**

**EL CASO DREYFUS Y EL COMITÉ FRANCÉS DE CUBA LIBRE / 336**

**1894-1898**

**AGASAJOS Y HONORES EN LA ACADEMIA / 353**

**1899-1901**

**FIN DEL SIGLO. FIN DE LA VIDA. INCERTIDUMBRES SOBRE  
LA INDEPENDENCIA DE CUBA / 366**

**1899-1905**

**UN POETA DE MODA EN LA *BELLE ÉPOQUE* / 377**

**POST MORTEM / 395**

**FUENTES CONSULTADAS / 399**

**ÁRBOL GENEALÓGICO / 409**

**TESTIMONIO GRÁFICO / 413**





*A ti que fuiste mi vida, mi porción de humanidad.  
A ti, Luis, por toda la eternidad.*

*Heredia, despertó en mi alma, como en la de los cubanos todos,  
la pasión inextinguible por la libertad\**

*JOSÉ MARTÍ*

---

\* En español en el original. (N. del T.)

# Introducción

## El legado del gran Heredia

Fueron tres, tres ramas diferentes de un mismo árbol genealógico, de un mismo tronco, de una misma familia que llevaba el mismo apellido. Tres que dibujaron un triángulo perfecto o una de las puntas de una estrella. Son los tres Heredia, de los cuales los dos más conocidos fueron el poeta cubano, *El cantor del Niágara*, y el poeta parnasiano, miembro de la Academia Francesa, autor de una sola obra maestra que lleva por título *Los Trofeos*. En cuanto al tercero, el Otro Heredia, *el Pardo*,\* no sólo fue miembro y presidente del Consejo Municipal de París, diputado por el departamento del Sena de 1881 a 1889, sino también ministro de Obras Públicas durante la Tercera República. Los tres pertenecen a la Historia, a la de la literatura, a la de la poesía y a la de la política. Cada uno, a su manera, devino inmortal y entró en la leyenda. Cada uno tuvo su nombre inscrito en la historia de Cuba o de Francia, en la tribuna de la Asamblea Nacional o bajo la cúpula de la Academia Francesa.

¡Qué destinos prodigiosos los de estos tres personajes, cubanos los tres, y de quienes sólo el mayor reivindicó orgullosamente la fibra patriótica de su tierra natal, mientras que el segundo fue considerado como un gran político francés, y el benjamín, como un hijo de España, poeta español de expresión francesa, uno de los fundadores del hispanismo. Por otra parte, estas diferencias sólo podrán comprenderse gracias a la pasión que los animaba y que los obligó a escoger, en un momento preciso de la historia, entre su patria, su origen familiar y su tierra de adopción.

Apenas salidos de la infancia, sus vidas comparten exilio y muerte, y estos acontecimientos, particularmente dramáticos para el mayor, se imbricarán y repetirán a un ritmo aterrador, dejándolo, joven aún, como un muerto en vida. Frágil y privado de salud. Muy pronto, la muerte formará parte integrante de su vida y estará vinculada al viaje, al exilio, al océano, al flujo y reflujo del mar. Luego, cuando le llegue la suya, a la edad de 35 años, la muerte cederá su espacio a la vida, a Severiano, nacido tres años antes, y a su homónimo, José María, que nacerá tres

---

\* En español en el original. (N. del T.)

años después, primos por estrechos vínculos familiares, ya sea por la rama materna como por la paterna. Y si, desde los primeros años de la infancia, Cuba fue su cuna, su destino se tejerá de inmediato entre la isla natal y el país del exilio, entre el aquí y el allá. Sus existencias se desarrollarán a todo lo largo del siglo XIX, ese siglo en plena efervescencia tanto en el Nuevo Mundo como en el Viejo, y los hechos que mayor influencia tuvieron sobre ellos, tuvieron sucesivamente como ámbito a Cuba, a la América del Norte, a México y a Francia. Sin embargo, si todo comenzó con el nacimiento del primer Heredia, nada terminó con él, pues su imagen y su silueta, lejos de borrarse, siguió frecuentando, a lo largo de los años —como sombra o fantasma—, la vida de los otros dos sobrevivientes. Y ese hilo invisible que los guió constituyó, en gran medida, la trama del misterio de la familia Heredia.

Después de evocar brevemente en una primera parte la niñez, la vida y la muerte de José María, el poeta romántico, y después el nacimiento de sus dos primos y su niñez hasta la muerte de sus padres y su exilio en Francia, la segunda y la tercera partes abordarán su juventud, su madurez y su muerte, acaecida para ambos casi a la misma edad y siempre a la misma distancia el uno del otro. No obstante, es curioso constatar que en cada momento de sus vidas, los destinos de estos dos Heredia, cuyas madres eran francesas, si bien la de Severiano sólo lo fue de adopción, se desarrollarán de forma paralela sin cruzarse jamás.

En efecto, por animosidad o indiferencia, esa extraña actitud del poeta parnasiano José María, con respecto al político Severiano, vino a nutrir esos secretos de familia celosamente guardados y conservados al mismo título que esas mentiras y esa horrible traición de la cual fuera acusado el mayor de los tres y de la cual nunca quiso hablar. Ya por herencia de su nobleza o por simple tradición, ninguno de los tres quiso dejar huellas de su vida personal, de sus pesares, de sus temores, de sus ambiciones, de sus frustraciones. ¿Qué nos dejan entonces? Casi nada y tal vez mucho más, pues se trata esencialmente de la parte creadora de sus vidas: poemas, tragedias, traducciones, sonetos, panfletos, textos legales y arengas al pueblo, a los ciudadanos del barrio. Pero ninguna confesión íntima nos develará jamás un solo resquicio de su intimidad.

Sin embargo, lo que hoy sabemos de ellos es bastante amplio como para poder diferenciarlos cada vez más, ya que el mismo período vivido por José María de Heredia o por su primo Severiano se percibió, observó y analizó de manera totalmente diferente, como lo demuestran sus encontradas opiniones ante los sucesos históricos relatados. Si entre los tres representan el siglo XIX en su totalidad, los dos últimos ofrecen un cuadro complementario de lo que fueron el Segundo Imperio y la Tercera República, pues esas dos etapas históricas eran percibidas de manera diferente en dependencia de la sociedad a la cual se pertenecía: la de los artistas y poetas o la de los políticos!

Estos dos Heredia que nos han interesado, Severiano y José María, murieron ambos a inicios de un nuevo siglo que se denominó *la belle époque*\* y que hubiera podido serlo así la amenaza de otras guerras, de otros enfrentamientos, no hubiera venido a perturbar su curso! Nacidos en esta tierra cubana a pocos años de intervalo, separados y reunidos por la muerte del mayor de los tres, tres años antes y tres años después, desaparecen de igual forma, conservando entre ellos la misma distancia y el número tres como símbolo. Así, pues, se acompañaron en la muerte, luego de haber marchado uno al lado del otro, paralelamente, durante más de 50 años y ¡sin que acaso nunca —pero ¿cómo asegurarlo?— se hubieran hablado ni encontrado! Por ello aparecerán en los primeros planos de la escena oficial, política y literaria de manera sucesiva, pero nunca juntos.

Mas, sólo el nombre de Cuba nos permite reunirlos, pues los tres nacieron en la Isla y ninguno murió en ella. Los tres experimentaron el exilio, un exilio que no escogieron, pues fue siempre decidido por el jefe de familia, por motivos profesionales o por razones familiares. Exilio vinculado a la muerte, a la desaparición del padre, que destrozó bruscamente esos instantes privilegiados de la niñez. Desgraciadamente, a lo largo de los años, un gran abismo se abrió entre los dos primos. Inmenso. Implacable. Antinatural. Como si esa porción de luz y de tinieblas no se hubiera creado en el hombre para concederle su plenitud.

---

\* Literalmente, “la bella época”. (N. del T.)



**PRIMERA PARTE**  
**EL CRUCE DE LOS CAMINOS**





**1803-1836**

## **De periplos en periplos por el mar de las Antillas. Un exilio sin fin**

Una inmensidad de arena blanca orlada de azul, y el mar, en el infinito, confundándose con el cielo. Sobre la playa, una larga fila de náufragos se estira desesperadamente. Agobiados por la fatiga, con el rostro y los miembros quemados y desecados por el sol, la sal y la arena, como muertos en vida, van en dirección del horizonte. A veces ocurre que la línea se rompe, que algunos tropiezan y no se incorporan, pero otros continúan avanzando, protegiéndose lo mejor posible de ese viento que sopla de donde quiere, cuando quiere, de todas partes y de manera ininterrumpida. Estos viajeros del mar no dejan nada tras de sí, algunos fardos desgarrados constituyen el único equipaje que los más temerarios de ellos arrastran por la orilla. Andan desde la puesta o la salida del sol sin recordar el tiempo transcurrido y de repente penetran hacia el interior de las tierras, abandonando bruscamente la inhóspita playa y ese mar desencadenado que los ha dejado sobre esa orilla desolada, sobre ese pedazo de tierra perteneciente a Venezuela, como sabrán mucho más tarde de boca de un oficial que las autoridades españolas han enviado con toda urgencia para acudir en su ayuda.

La goleta española bautizada con el bonito nombre de *La Flor* y capitaneada por Pedro Rivera, sale de Santo Domingo rumbo a Puerto Rico el 13 de enero de 1801, es sorprendida inopinadamente por un mal tiempo y fuertes vientos contrarios, y queda a la deriva por mucho tiempo en el mar de las Antillas antes de encallar en un banco de arena. Pocos momentos después se les leerá el lacónico informe escrito por ese mismo oficial y se enteran de que han desembarcado en la playa del Cordoncito, cerca de la costa oriental de la península de Paraguaná, a algunas leguas de la ciudad de Coro, situada en la costa occidental de Venezuela. Entre los pasajeros, todos de origen dominicano, hay pocos hombres, la mayoría son mujeres, algunas de ellas encintas, y otras acompañadas por una retahíla de niños, de los cuales los más pequeños son bebés y el mayor puede tener entre 10 o 12 años. Han sufrido hambre y sed y, cuando llegan a la ciudad más cercana, luego de haber andado por largo tiempo por el interior del país, se muestran extenuados, enfermos y se hallan en la indigencia más extrema. Han transcurrido 24 horas desde el momento en que lamentablemente encalló su embarcación.

Y he ahí que, de súbito, de entre estos 150 náufragos, un hombre se separa del grupo y se presenta como joven abogado ante ese oficial vestido con un uniforme español. Con voz firme asegura que enseña Derecho Canónico en la Universidad Santo Tomás de Aquino, de Santo Domingo, y que como jurista afirma tener un profundo conocimiento acerca de la legislación de las Indias. Por el momento no añade nada más, pues su educación le ha enseñando la modestia en cualquier circunstancia. El tiempo pasa y el interrogatorio prosigue.

El joven se llama José Francisco Heredia y Mieses, y dice tener 24 años. Es hijo del capitán y regidor de Santo Domingo, don Manuel Heredia y Pimentel, y por orden de su padre huyó antes de que la parte española de esa isla fuera invadida por las tropas de los revolucionarios haitianos. Su madre, María Francisca de Mieses y Guridi, es dominicana, hija de españoles de gran linaje, que llevan en su escudo la siguiente divisa: *Mieses de honor - Mieses de amor*.\*

Se embarcó, pues, en la citada goleta para un gran viaje que debía conducirlo a Puerto Rico y lo acompañan sus cuatro hermanas, entre los 19 y los 27 años de edad, una tía y la joven sobrina de su padre, María de la Merced Heredia y Campuzano, hija de su tío Nicolás. Frágil, emotiva y tímida, pero muy consciente de su nivel social, esta última se sonroja y no habla si no le dirigen la palabra: todavía no tiene 18 años y, como puede notarse de inmediato, el naufragio la ha afectado. Sin embargo, lejos de deplorarlo, se alegra secretamente, ya que las condiciones le han sido propicias para que se trabe y selle definitivamente el idilio que se iniciara, antes del drama, con el brillante primo cuya nobleza, elegancia y autoridad la fascinan desde hace largo tiempo. Las circunstancias del naufragio forjarán el resto. Estamos a mediados de enero de 1801. Un nuevo siglo acaba de empezar bajo auspicios particularmente prometedores que permiten, al menos, presagiar profundas conmociones.

Así, al pasar los días se va trazando, poco a poco, el excepcional destino de estos dos jóvenes, punto de partida de lo que será la leyenda de la familia Heredia. Y, como en los cuentos de hadas, esta historia que comenzara mal, termina con el matrimonio de la joven y bella María de la Merced con este príncipe azul que le salvó la vida, José Francisco, hijo mayor del célebre don Manuel que no es —aunque algunos de sus descendientes lo aseguren más tarde— pariente del célebre conquistador Pedro de Heredia, capitán general de Tierra Firme y fundador de Cartagena de Indias, pero cuyos únicos títulos de nobleza provienen en realidad de su esposa, María Francisca de Mieses y Guridi.

La ceremonia tiene lugar en Coro, de donde es originaria la joven y donde varios miembros de su familia, así como numerosos amigos, todos dominicanos, se han instalado desde finales del siglo XVIII. Pero en cuanto

---

\* En español en el original. (*N. del T.*)

se casa, el joven no deja de manifestar sus deseos de regresar a Santo Domingo, en donde ha dejado todos sus bienes y, a inicios del año 1802, la joven pareja decide regresar a su patria, donde José Francisco había iniciado su carrera y donde las tropas francesas se encuentran bajo el mando del general Leclerc. Desafortunadamente llega demasiado tarde: los militares franceses han sido derrotados por las tropas revolucionarias de Toussaint Louverture, y la rendición de este último, el 6 de mayo del mismo año, obliga a la familia a abandonar de manera definitiva la isla, que proclamará su independencia el 28 de noviembre de 1803.

No tendrá, pues, más que una posibilidad —la única buena, aunque todavía no lo sepa— la de dirigirse a Cuba, la bella y próspera tierra que todos llaman “la Perla de las Antillas” y donde la cultura y la vida social, de antigua reputación, son mucho más florecientes que en cualquier otro sitio.

Conviene decir que, presintiendo los hechos que iban a producirse en la isla dominicana, desde 1795, luego del Tratado de Basilea, cuando Carlos IV de España cedió a Francia la parte española de la isla de Santo Domingo, acto considerado odioso y torpe por los ciudadanos españoles, numerosos intelectuales y sus familias emigraron de inmediato y fueron a buscar refugio en Cuba, cuya hospitalidad se estimaba particularmente acogedora. Además de los Mieses y los Campuzano, que ya formaban parte de la familia, pueden citarse a los Arredondo, los Márquez, los Pichardo, los Ravelo, los Segura, los Tejada, los Del Monte, los Fernández de Castro, de manera que la lista de los emigrantes que habían abandonado Santo Domingo ya era notablemente larga.

Y para este hermoso y brillante joven llamado José Francisco todo comenzará en Santiago de Cuba, donde desembarca la joven pareja y se instala en el N° 6 de la calle de Catedral Alta a un centenar de metros de la bella *Plaza de Armas*,\* a la cual se abren los mucharabíes de la casa de Diego Velázquez, el primer conquistador de la Isla. Poco después, el 31 de diciembre de 1803, apenas unos días después del tercer aniversario del terrible naufragio, las campanas de todas las parroquias de la ciudad tocan a rebato, no sólo para celebrar el nacimiento del primer niño de José Francisco Heredia y Mieses y de María de la Merced Heredia y Campuzano, sino también para celebrar el fin de año, como es la costumbre cubana. Y esa mañana, su tañido, según cuentan los habitantes de Santiago, resulta particularmente vibrante y musical. Tal vez, esa mañana lo es más que habitualmente, pues en Cuba se tocan las campanas con frecuencia: para conjurar la mala suerte, el lejano recuerdo de los ataques piratas o el anuncio de un temblor de tierra, como el ocurriendo hace apenas tres años y que hizo estremecerse toda la región y causara daños importantes en la catedral y otros vetustos edificios de los alrededores. Pero si hoy todas las campanas tañen al unísono, es para festejar la venida al mundo de este

---

\* En español en el original. (*N. del T.*)

nuevo niño cubano, este primer hijo de una familia ilustre, que todo hace suponer que será bendecido por los dioses. Santiago de Cuba será su cuna, así lo dispuso el destino. Por otra parte, para sus padres, esta Isla no les resulta más ajena que Santo Domingo, pues es una posesión española como lo había sido su tierra natal.

Trece días después, el niño será bautizado en la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores; tendrá por nombre José María y tendrá por padrino a su abuelo paterno, el capitán Manuel Heredia y Pimentel y por madrina a su tía, Juana Heredia y Mieses.

Sin embargo, a excepción de las fiestas, momentos privilegiados durante los cuales las calles se llenan de mesas de madera y se cubren inmediatamente de bebidas refrescantes, de deliciosos dulces preparados por las amas de casa y de las mejores frutas del Caney —barrio y vergel que sigue siendo orgullo de los santiagueros—, la vida en Santiago de Cuba puede parecer a inicios del siglo XIX un tanto provincial para esta joven pareja llegada de Venezuela. En verdad, desde que comienzan los primeros calores, la ciudad es como si se cubriera con una capa de plomo y Santiago, bella y bulliciosa al amanecer, colorida y ardiente al finalizar la mañana, se queda súbitamente vacía para no sentir la zarpa de ese sol de fuego que la marchita demasiado pronto, cuando se encuentra en su cenit. A esa hora, todo se detiene, todo se adormece, la ciudad se aletarga bajo la humedad de los trópicos, y las preocupaciones familiares de los criollos, que no tienen nada que envidiar a las costumbres de la metrópoli, se desvanecen como por encanto. Los colores y los ruidos se esfuman, nada se resiste al clima, ni tan siquiera esas visitas protocolares que nadie vacila en hacer retroceder, ya sea al inicio del alba o a las primeras horas de la noche, a ese momento preciso cuando del mar sopla una brisa ligera que lleva consigo todos los perfumes del trópico. Por supuesto, se exceptúan algunos jóvenes intelectuales que frecuentan el Seminario de San Basilio, el Magno, el único centro de enseñanza superior, orgullo de la ciudad y de sus habitantes, de manera general, aquí la sociedad se sume en la pereza, la actividad se adormece durante esos meses asfixiantes. Pero José María aún no es más que un niño que apenas se preocupa de la indolencia de estos insulares ni de la indiferencia de sus habitantes.

Después de haber tratado de satisfacer las necesidades de su familia mediante el ejercicio de la profesión de abogado en Santiago de Cuba, en junio de 1804, su padre es nombrado juez de Sucesiones y al año siguiente, en enero de 1805, el regente interino del Tribunal de Puerto Príncipe le atribuye el cargo de “receptor de Penas de Cámara”<sup>\*</sup> en esa ciudad, una de las siete fundadas por los conquistadores en el siglo XVI y situada al norte de la provincia oriental. Por último, a propuesta del marqués de Someruelos, capitán general de Cuba, se le designa luego, el 16 de enero de 1806, asesor

---

\* En español en el original. (*N. del T.*)

de la Intendencia de la Florida Occidental. Su nueva residencia se fijará, a partir de ese momento, en el pequeño puerto de Pensacola, fundado por los españoles en 1696, sitio entonces desconocido y perdido en algún lugar en medio de la cenagosa hediondez de esa península, que España no ha cedido todavía a Estados Unidos. Está por empezar una aventura que durará más de seis meses.

Allí tiene lugar un episodio poco conocido. El 31 de enero, luego de haber salido de la bahía de Santiago de Cuba, el barco que debe conducir a la Florida al magistrado y su familia es apresado por los ingleses y desviado a Jamaica. Después de tormentosas negociaciones, su padre logra que lo repatrien a La Habana y de allí parte algún tiempo después hacia Pensacola con su mujer y sus hijos.

Serán entonces tres años de exilio, casi tres años de presidio, durante los cuales se circunscriben al ámbito familiar en ese sitio inhóspito, donde no hay más que “arena y miseria” en derredor. Son las palabras exactas del padre a su esposa e hijos. La única alegría que José María recuerda de esta época es el nacimiento de Ignacia, su hermana menor, que será siempre su preferida, pues juntos van a compartir soledad y pobreza al inicio mismo de sus vidas, premonición de lo que un día será para él el pan cotidiano de su dura condición humana. Por ello, cuando el día de su cumpleaños el padre le anuncia el regreso a la tierra natal, el niño hace estallar toda su alegría sin comprender realmente toda su significación. Y una mañana de invierno embarcan en la goleta *La Proserpina* con la cabeza llena de sueños.

En ese momento, La Habana es para el niño sólo un lugar de paso, un puerto donde uno embarca para ir a otros parajes del mundo, pero ya se pregunta cómo podría su padre quedarse allí... ¡escondido en cualquier rincón retirado de la isla donde pudiera hacerse olvidar!

Ese sería el precio a pagar para que el niño recobre la quietud de su primera infancia. Fugacidad de un período que lo obsesionará durante mucho tiempo, tal vez porque resultó demasiado breve y porque muy pronto lo asoció a una suerte de paraíso perdido. Esa inestabilidad se tornará su pan cotidiano y el niño, intuitivamente, ya lo sabe. Pues, una vez cumplida su misión en la Florida, su padre les anuncia que ha sido designado para ocupar la plaza vacante de magistrado en el Palacio de Justicia de Caracas, de nuevo recomendado por el marqués de Someruelos, que conserva de él una opinión muy buena. Es al mismo tiempo un honor y una misión particularmente delicada la que le asigna el gobernador de Cuba, al otorgarle ese nombramiento ante la Junta Patriótica venezolana, que ha tomado el poder con el nombre de Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII.

Todos estos acontecimientos van a hacer que José María madure rápidamente. Se dice que es muy precoz. A los 7 años lee en latín y en francés y traduce perfectamente; incluso, un amigo de su padre le regala

un ejemplar en francés de las *Fábulas escogidas* de Florian<sup>1</sup> que apreciará particularmente por el fondo filosófico que su preceptor le hará descubrir. El relato que preferirá entre todos será “El filósofo y el búho”. Y algunos años más tarde, no contento sólo con ser capaz de traducirla, la adapta, suprime o añade pequeños detalles aquí y allá, de acuerdo con su conveniencia. Pues para él, esta fábula es una alusión a la sociedad que observa. Si el búho es perseguido por los otros animales, es justamente porque tiene el poder y el don de verlos por la noche, mientras que los otros quedan ciegos. Y ese delito que se le reprocha es el mismo que le imputan a su padre, a causa de su conducta honesta ante la ley y por su defensa de los derechos humanos ante las arbitrariedades militares. ¿No será acaso ese el mismo defecto que se les achaca a menudo a los patriotas que luchan por la libertad?

En efecto, esos continuos desplazamientos de la familia por diferentes lugares del mar Caribe, en una época de grandes convulsiones y transformaciones políticas y sociales, no resultan necesariamente buenos para ese niño notablemente precoz, que posee ya la instrucción suficiente para iniciar estudios superiores. A cada nombramiento, su padre libra un combate inmisericorde para asegurar a su familia las mejores condiciones de vida; pero, en esta ocasión, José María, quien ya tiene edad suficiente para razonar, sabe que en Venezuela su papel de conciliador entre la Corona y los gobiernos revolucionarios que poco a poco se van instalando en América Latina, no le será nada fácil. Comprende igualmente que para esta difícil misión, la elección no ha sido fortuita, pues su padre, un criollo, es el hombre más talentoso y el más honrado de todos los funcionarios entregados al servicio de su país; por otra parte, su esposa es una aristócrata con importantes relaciones en Venezuela, justamente en Coro, donde es necesario acabar con la resistencia de los españoles. En su escudo de armas pueden verse, junto a los emblemas españoles, un castillo y una flor de lis, que evocan los servicios prestados por un Campuzano durante el cautiverio de Francisco I en Madrid. Sin embargo, más allá de todas estas consideraciones, el niño admira a su padre, pues conoce sus excepcionales cualidades de rectitud y honradez, sus virtudes intelectuales y morales y, sobre todo, su firmeza de carácter. Sabe también que su ascenso social no lo debe sino a sí mismo.

Y como si todo estuviera suspendido entre dos momentos, el del desembarco de la familia en La Habana y el del embarque para un nuevo destino, la fecha del viaje acaba por no tener ninguna importancia. Ya sea en enero o en junio, en los trópicos no hay una estación mejor que otra. Cuando se levanta la tempestad, se origina el naufragio; cuando el mar está en calma y hay un prolongado buen tiempo, entonces se atraca. Todo puede cambiar en un momento y renacer a cada instante con igual

---

<sup>1</sup> Florián (1755-1794), sobrino lejano de Voltaire que publicó cuentos y romanzas pastorales.

fuerza. El destino nunca está donde uno lo espera. En cada travesía es diferente, pero todo sucede cuando se abandona la isla natal. En efecto, el mal tiempo del mar Caribe se manifiesta en cualquier momento del año, dispuesto a jugarles una mala pasada a esas embarcaciones que desde su nacimiento los llevan, a él y a su familia, de aquí para allá, a voluntad de corrientes y vientos.

En esta ocasión permanecerán más de 18 meses en La Habana, en espera de un acuerdo entre los pretendidos rebeldes y el capitán general de Cuba. Pero cada vez que el niño se adaptaba a su nueva forma de vida, la familia se marcha a otro sitio como si fueran aves migratorias. A mediados de junio habrá una nueva partida, pero la goleta, bautizada con el nombre de *El Veloz*, y que zarpa con rumbo a Venezuela, no llega a su destino y queda a la deriva hasta que se aproxima a las costas dominicanas en la bahía de Samaná. El padre decide entonces dejar durante un tiempo al cuidado de sus padres su pequeña familia que se compone en ese momento de su esposa, encinta de otro niño, y de sus dos hijos y proseguir su viaje solo hasta Caracas, donde deberá ocupar su nuevo puesto. La isla de Santo Domingo fue restituida a los españoles y el niño, cuya amplitud de mente es ya considerable, empieza a profundizar con mayor seriedad en sus conocimientos, como le exige la tradición familiar. Su preceptor, cierto don Francisco Javier Caro, primo de su madre y hombre de profunda cultura, que luego será consejero de Indias y ejecutor testamentario de Fernando VII, se permite incluso declarar que José María es, para su edad, un buen latinista, pues es capaz de traducir sin dificultad al poeta Horacio, el protegido del emperador Augusto. Esto le hace pensar que ya posee la instrucción suficiente para comenzar sus estudios superiores. Pronto leerá y comentará algunos textos homéricos y fragmentos escogidos de Virgilio.

De regreso a Santo Domingo para el nacimiento de Rafael, su segundo varón, el jefe de familia decide en ese momento hacer viajar a la ciudad venezolana de Coro, a sus tres hijos y a su esposa. Pronto, la situación política empeora en ese territorio, lo que impide que el magistrado Heredia asuma sus funciones jurídicas y que continúe su misión pacificadora ante la Junta de Caracas. Ya se escuchan los fragores de la Revolución y los criollos de la América española están cada vez más impacientes por liberarse del yugo colonial. Su padre resulta entonces testigo involuntario de los horrores de la guerra y se estremece de cólera, no sólo ante el puño férreo que oprime esos países, sino también ante la crueldad de algunos hombres que se presentaban como libertadores y que en realidad no eran sino unos sanguinarios jefes militares: Monteverde, “el inculto y bárbaro africano”, como lo calificará luego el poeta, Boves o incluso Morillo, que asume el título de conde de Cartagena.

Ante esta violencia desencadenada que estalla entre los españoles y los nativos de este nuevo continente, hace lo posible por mantener una posición digna y de salvar lo que todavía pueda salvarse. Y aunque su honor

de funcionario oficial del gobierno español lo obliga a permanecer fiel a la Corona, su conciencia de hombre honrado le impide compartir la intransigencia de los mandatarios políticos de la metrópoli. De esa experiencia trágica nacerán un poco más tarde sus famosas *Memorias sobre las revoluciones de Venezuela*, que escribirá en Cuba antes de regresar a México y que no se editarán sino al final de su vida. Testimonio impresionante de los instantes más terribles de la guerra de independencia americana, de la ferocidad criminal de los jefes militares españoles, capaces de transgredir toda ley, cuando se enfrentan a los héroes de la independencia, serie de reveses y victorias que más tarde servirán de punto de referencia para su hijo. Esta odisea marcará, en efecto, al joven José María y constituirá siempre, sobre todo para él, una excepcional fuente de reflexiones y meditaciones y lo ayudará a comprender mejor lo que pudo ser para la historia de ese continente el pensamiento de un “español liberal” de esa América colonial.

En Valencia, sumida en los acontecimientos y ante el empuje victorioso de las tropas de Bolívar y el anuncio inminente de su entrada a la ciudad, la reducida familia debe partir precipitadamente a Puerto Cabello, penoso y agobiante viaje que durará más de 36 horas a través de senderos montañosos a lomos de mula. Pero Rafael, su hermanito, de salud muy delicada, y ya casi a punto de sucumbir, no resiste todo ese continuo ir y venir durante el cual la familia se ve privada de las más elementales comodidades, agobiada por el tórrido e implacable calor de ese mes de agosto. Muere antes de llegar a puerto seguro. Los padres no pueden sino llevarlo de regreso a Valencia, donde lo entierran de inmediato antes de regresar a Puerto Cabello; la familia se instalará momentáneamente en el perdido pueblecito del puerto de La Vela, situado en la provincia de Coro. Si bien llegaron a este sitio inhóspito para pasar sólo unos días, en realidad permanecieron en él más de un año y medio.

Entonces, ante el éxito de los independentistas y la actitud rigurosa de su padre ante la ley, la angustia oprime al joven José María. “Lo que hace a los hombres libres es la Justicia”, le repite a menudo su padre, temido y adorado por los suyos y no menos respetado por sus allegados. Entonces, para ocultar su inmensa desesperación y como si para el adolescente nada pudiera concluirse de manera tan abrupta, José María se abisma en sus estudios religiosos y literarios, a cuyo placer lo ha incitado su madre, pero siempre bajo la orientación paterna. A partir de ese momento, su atracción por un mundo mejor inexistente y al que aspira todo ser humano, no lo abandonará jamás.

Así transcurre la vida; así sigue su curso el destino. El padre, aunque a menudo ausente, está circundado por una aureola de fabuloso prestigio. Es jurista integral, doctor en derecho —con experiencia en todas las actividades posibles de esa profesión—, presidente del tribunal, receptor de condenas, juez de instrucción, profundo latinista y poseedor de una cultura enciclopédica, por lo que supervisa, en cualquier lugar y en cualquier momento, los



estudios de su hijo, al mismo tiempo que sigue educándolo de acuerdo con sus principios morales y rigurosos de orden, honradez, justicia e igualdad. Y de manera muy natural poco a poco va llegando a la conclusión de que la libertad que España les niega a sus colonias es el máspreciado bien en la vida y con amargura constata que justamente la Corona trata de privarlos de ese derecho fundamental. Recomienda a su hijo el estudio de los enciclopedistas, si bien todavía le prohíbe la lectura de algunos autores, entre los cuales se encuentra Montesquieu. Recomienda incluso a su esposa que le haga estudiar todas las tardes su lección de lógica, que lea un capítulo de los Evangelios y de los *Hechos de los Apóstoles*. Añade luego que no olvide hacerle releer, como solían hacerlo juntos, una vez a la semana, la doctrina y el Arte Poética de Horacio; en particular, el dominio de la lengua, y todos los días un pequeño fragmento de los textos de Virgilio, los tiempos y las reglas del Arte. Sólo de esa forma, dice, podrá prepararse para estudiar derecho cuando venga y sólo si lo merece recibirá su reloj como recompensa a su obediencia y buena conducta.<sup>2</sup>

Y así todos esos años pasados en Coro serán años de profunda tristeza; días y noches de angustia y obsesión que, al reiterarse, dejarán una huella definitiva en el adolescente. Está harto de estar en todas partes y, al mismo tiempo, en ningún lugar, en movimiento perpetuo por todos los caminos de ese país: de Caracas a Maracaibo, de Valencia a Puerto Cabello, de Puerto Cabello a Coro, de Coro a Maiquetía, sin tener nunca la posibilidad de instalarse en un lugar, de forjarse algunos recuerdos, de establecer sólidas amistades, como sueña cualquier adolescente de su edad. Cada vez se siente más solo y tiene como única compañera de juegos a su hermana Ignacia, varios años menor que él. En fin, el movimiento incesante de su familia a través del mar Caribe, en una época en que los acontecimientos en el continente tienen un carácter cada vez más dramático, le van conformando un carácter cada vez más inestable e insatisfecho.

Pasan algunos años... tal vez, cuatro o cinco, durante los cuales esa inseguridad permanente acaba por pesar sobre él hasta el punto de que ya no vive sino momentos de pesimismo y de vacío del alma. Sólo el nacimiento de otra hermana a quien llamarán Rafaela, en recuerdo de aquel ángel prematuramente desaparecido y que Dios ha llamado a su seno, tempera un tanto su zozobra y lo incita a expresarse. Será su primer poema... La inspiración le viene, en realidad, por primera vez en ese sitio llamado Maiquetía, donde la familia al fin ha logrado reunirse. Primer poema, primer ensayo poético, primeras revelaciones de su temperamento soñador y meditativo, primeras contradicciones y choques con una realidad brutal e incierta que despiertan en él un fuerte sentimiento de identidad nacional, de pertenencia a esa tierra cubana que fue su cuna, primera batalla que libra por la libertad y contra el yugo colonial de la metrópoli española.

---

<sup>2</sup> Carta de don José Francisco Heredia a su esposa, Garcerán de Vall: *Heredia y la libertad*, p. 78.

“Las ruinas de Maiquetía” constituyen las primicias y la ebullición de todas aquellas ideas que le serán necesarias a lo largo de los años para afirmar su vocación lírica. Ya se siente maduro, aunque sólo cuenta con 12 años. Medita entonces y sigue escribiendo. Observa también cada vez más a ese padre que teme y admira en secreto, al menos por la manera ejemplar que tiene de cumplir con su tarea, de hacer justicia, ajustándose escrupulosamente a la ley. Pues los crímenes son numerosos en Venezuela, para no mencionar la total ausencia de libertad y por ello, día tras día, ese país cada vez más anegado en sangre y retorcido de dolor bajo la lanza de Boves y el puñal de Monteverde, asesta una serie de golpes que van lacerando el alma de su padre. A esa edad, el joven Heredia ya sabe todo lo que le debe desde que allí vive: su formación moral, su irreprochable rectitud, su carácter en extremo enérgico y dulce, su ideología teñida de humanismo. Pero a veces se ve inmerso en una extraña melancolía, y a partir de ese momento decide que esa profunda tristeza, que poco a poco se abate de manera irremediable sobre él durante su estancia en Venezuela y que proviene en gran medida de la experiencia de su padre a través de sus sucesivos cargos oficiales, será su eterna compañera.

De regreso a Caracas, donde luego de una etapa de inactividad acaba de restablecerse el tribunal, José María pasa un año en la Universidad de Santa Rosa de Lima donde obtiene su certificado de Gramática Latina. Acaba de cumplir sus 13 años.

Entonces, en septiembre de 1817, luego del Tratado de Abolición del Comercio de Esclavos Africanos, firmado entre España e Inglaterra, deja correr su pluma sobre la página en blanco. En el poema “En la abolición del comercio de negros”, su espíritu de justicia se rebela contra la esclavitud. De esta época data igualmente su poema “Elegía”. Poco después, como siempre ocurre en el mes de diciembre, llegan las buenas o malas noticias, se producen las transformaciones, los cambios, las siguientes etapas, los nombramientos de su padre, las futuras aventuras, los nuevos horizontes, los viajes por mar, las travesías, las tempestades, el regreso a su amada tierra. En cada ocasión, los espera, los rechaza y los teme. Esta vez, su padre es nombrado juez de Instrucción en el Tribunal de México, pero debido a su agotamiento y a su precoz desgaste físico, no puede asumir el cargo sino después de varios meses de reposo. José María se deja entonces invadir una vez más por la alegría esa mañana de diciembre de 1817, cuando la fragata americana *Isabelle* leva anclas en Puerto Cabello y pone proa hacia La Habana.

José María, joven adolescente de 14 años, cree decir ese día adiós definitivamente a un pasado que tiene la esperanza de no ver nunca más. Viaja hacia un futuro que imagina más feliz. Y a bordo de la embarcación que lo devuelve a su Isla, escribe “El paso del trópico”. A partir de ese instante ya no dejará de escribir. Veinte días más tarde, apenas desembarcado, se dedica a una nueva composición poética, un soneto, “La desconfianza”, y

poco después se inscribe en el primer año de Derecho en la universidad de la capital. En esa época conoce a Silvestre Alfonso y a Domingo del Monte, dos amigos con quienes establecerá vínculos tan íntimos que sólo a esa edad le está todavía permitido creer que serían invencibles. Preocupaciones políticas y afinidades literarias vendrán a sumarse, un poco más tarde, a las primeras confidencias sentimentales.

Pues, durante sus vacaciones, José María se había enamorado locamente de una encantadora joven de cabellos rubios, que describe en sus versos como *áureo cabello* o de *color de oro*, aunque sus amigos ven más bien a una criolla de tez pálida, ojos claros y cabellos castaño oscuro. Poco importa, lo real es, en primer lugar, lo que él imagina. Ella se llama Isabel Rueda y Ponce de León, pero en sus poemas él la designa mediante diversos anagramas: unas veces será *Belisa* y otras, *Lesbia*.

Tal vez, esta musa no llega a los 12 años, y cuesta trabajo creer que una niña de su edad pudiera inspirar a un adolescente de 15 años una pasión tan fuerte y duradera. Pero en ello ya se concierta y condensa virtualmente todo el carácter absoluto de ese mito. Este amor juvenil, al cual consagrará todas sus fuerzas, será el amor de toda su vida. Es el amor del poeta ante la eternidad. Ni tan siquiera el tiempo, por estarle contado, tiene una existencia. Se encuentra como en suspenso por sobre los abismos.

La felicidad es efímera, él lo sabe, y durante toda su vida, gustará de conservarlo, fugitivo y puro como el cristal. Con delectación cultiva su auto-destrucción. En “La partida” expresará ya todo el sufrimiento de los celos, todas sus incertidumbres sobre el ser amado —del cual casi siempre se ignora si el sentimiento es compartido— y toda su inútil excitación, debida en gran medida a su carácter melancólico y taciturno.

Mas, en Matanzas, los días pasan felices, ya que reside próximo a su bienamada, en casa de la hermana de su madre, Josefa Heredia Campuzano, que recientemente se ha casado con Tomás Frómata. La pareja se ha instalado en esa magnífica y floreciente región, donde numerosos inmigrantes dominicanos se dedican al cultivo del café y de otros productos tropicales.

Escribe en prosa su primera obra dramática en un solo acto, *Eduardo IV* o *El usurpador clemente*. Al mes siguiente, la obra se estrena en Matanzas gracias a su tío Ignacio, a quien adora y que le aconseja continuar paralelamente sus estudios de Derecho, honrosa carrera, ejercida desde mucho tiempo atrás por varios de sus familiares. Él mismo ha traído de España, de la Universidad San Salvador de Salamanca, su título de abogado de los Consejos Reales. Es el más joven de una familia de nueve hermanos —seis hembras y tres varones— y es también el hermano más joven de su madre y pronto será para él mucho más que un amigo. Lo visita con frecuencia. Se inscribe, pues, en la universidad para cursar el segundo año de Derecho y compone otros sainetes que muestra con orgullo a su colega Domingo del Monte. Pero su ingenuidad de poeta no guarda relación alguna con la villanía de los hombres. Nunca lo será y siempre se negará a verla.

A fines del invierno, después de haber recobrado un poco la salud luego de un bien merecido reposo, su padre decide regresar a México, donde le espera un nuevo puesto de juez de Instrucción en el Tribunal de México, cargo que considera de gran categoría, si bien un tanto inferior al anterior. Pero le importa poco, pues lo acompañará toda la familia, ahora aumentada por una tercera pequeña que bautizarán con el nombre de María de los Dolores. El 2 de abril embarcan en La Habana con rumbo a Veracruz en el bergantín *Argos* y en el momento en que se aleja de las riberas de su Isla, José María presente con una terrible fuerza que, con la separación de esta tierra prometida —mucho más querida por lo lejana—, comenzará una nueva vida que de ahora en lo adelante consagrará a la poesía.

La nostalgia por su patria enriquece cada vez más su efusión lírica y trata de atenuarla un tanto inscribiéndose a partir del mes de junio en la Universidad de México. Y, olvidando sus dos años de estudios en La Habana, reinicia el primer año de Derecho. Pero ese deambular y ese nomadismo le resultan más difíciles de sobrellevar que antes; extraña mucho a su novia, y siente una terrible nostalgia por la delicia de las noches cubanas y el ardor del sol tropical. Entonces, al dirigirse a un compatriota que ha tenido la dicha de regresar a la isla natal, le confía su temor de no ver nunca más el hermoso cielo de su bella patria y en algunos versos le expresa ya toda la melancolía que experimenta por haber perdido lo que cree ser su paraíso, pues Cuba deviene para él, no solamente la tierra donde nació, sino la patria que brilla a lo lejos... en otro sitio. Lejana e inaccesible. La distancia que lo separa de ella ya no es solamente física, sino también de orden moral y pertenece a otro mundo, en este caso, espiritual *...el sol terrible de mi patria ardiente / ha derramado en mi alma borrasca / su fuego abrasador.*

No obstante, sigue escribiendo y publica su primer trabajo periodístico en *El Noticioso General de México* y firma sus artículos con el anagrama *Eidareh*. Es el inicio de una brillante carrera que llevará paralelamente a sus obras más personales; luego, como si quisiera cerrar ese primer capítulo de su vida de poeta, decide reunir y organizar sus poemas bajo el título de *Colección de Composiciones de José María Heredia* que publicará en forma de cuaderno y más tarde en otra colección cuyo título es *Ensayos poéticos*, en el cual incorpora sus traducciones de las fábulas de Florian.

Y poco a poco logra comprender mejor todo lo que debe a ese padre adorado; en particular, esa educación moral e intelectual que supo prodigarle desde su nacimiento y a lo largo de toda su agitada vida. En ese momento, José María no sólo domina a la perfección el latín, el francés y el italiano, sino que conoce todas las literaturas modernas: la española, la francesa, la italiana y la inglesa, sin olvidar la literatura greco-latina. Virgilio, Horacio, Lucrecio, Catulo, Tácito, Ovidio, Tito Livio y Julio César se encuentran entre sus autores preferidos. Pues, en la biblioteca personal de su padre, la única riqueza que posee y de la que nunca se jacta, puede leer todas esas obras.

Entonces, en ese año de 1819, en el cual casualmente la familia se halla reunida, escribe, en homenaje a ese padre excepcional y en ocasión de su aniversario, un romance tan henchido de ternura y de gratitud que no se atreve a mostrárselo. Su hermana Ignacia, en un gesto de admiración espontánea por su hermano mayor, dejará entrever al padre que José María tiene un regalo que ofrecerle. Muy emocionado, el adolescente se le acerca y tímidamente le recita un poema cuyo título es “A mi padre, en sus días”. *Yo, el primero de tus hijos / También primero en lo amante, / Hoy lo mucho que te debo / Con algo quiero pagarte.*

Por desgracia, a pesar de los sucesivos nacimientos de una tercer hermanita, María de los Dolores, y luego de una cuarta, María de la Concepción, a quien llamarán *Concha* y que más tarde José María llamará en su correspondencia “mi hijo”, el año de 1820 comienza bajo nefastos auspicios. José María lo presiente incluso dramático y en cierta manera determinante para él. Matricula el segundo año de Derecho, pues los cursos que se inician en marzo, terminan en septiembre. Generalmente duran seis meses. Pero su padre, inquieto, solicita ante el virrey de México, conde de Venadito, una dispensa para los años siguientes con el fin de que su hijo obtenga lo antes posible el título de Bachiller en Derecho. Le explica que, aunque desde muy joven se preparó para el ingreso a la universidad, su hijo no ha podido continuar hasta el final sus estudios debido a que no siempre ha tenido la ocasión de encontrar centros de estudios superiores en las ciudades donde el gobierno español lo ha enviado a trabajar. Sin embargo, luego de escucharlo, el rector de la universidad se niega a concederle ese privilegio, con el pretexto de que esa es una prerrogativa real. Sin darle mayor importancia a la respuesta, José María decide consagrarse de inmediato a su verdadera profesión: traduce a Virgilio, a los poetas del siglo XVIII, después transcribe en español *Pirro*, obra del dramaturgo francés Prosper Jolyot de Crébillon.

Y en signo de agradecimiento a ese padre que envejece y que cada año le parece más frágil, prepara un nuevo poema que bellamente intitula “A mi padre, encanecido en la fuerza de su edad”. Pero no es la primera vez que desahoga su corazón al dirigirse a él. Ya desde niño, esa era su forma de hablarle. Recuerda en particular aquel día en el que, cuando vivía en Coro con su madre y hermanas, al saber que su padre había sido detenido por los rebeldes y encarcelado en Caracas, mientras algunos lo creían muerto, él le había compuesto un soneto en el cual le expresaba sus angustias y temores.

Cada acontecimiento, familiar o político, se le transforma en fuente de inspiración. Así, para celebrar la restauración y restablecimiento de la Constitución española de 1812, publica un largo poema, una oda vibrante titulada “España libre”, una especie de himno patriótico. En ese año de 1820 saluda el brillante regreso de la libertad luego del fugaz apogeo de la Constitución y subraya su influencia en el proceso de la independencia

mexicana. Y, ebrio de gozo al saber que Cuba ha proclamado la constitución liberal antes que México, escribe: *La Habana fue quien la aclamó primero. / ¡Gloria eterna a mi patria! ¡Honor al suelo / Que me viera nacer! ¡Honor a Ponce, / A Miralla, Valdés, Madrid y Tanco, / que sus glorias alzando al alto cielo...*

Presintiendo en fin el drama que pronto lo abatiría, experimenta la necesidad de enviar a su padre en el mes de mayo siguiente una de las más hermosas cartas que se le conozcan, una carta en la cual le expresa con profunda emoción y un sentimiento de respeto casi filial, no solamente su amor a la libertad y su deseo de ofrendarle un día su vida, sino, mucho más que eso, su odio repulsivo al tirano. “Sí, padre mío: no es esta la primera vez que encendido en el amor de mi patria le dirijo mis ecos. Al verla gemir bajo el maldito azote de la tiranía, me sentí mil veces arrebatado de un extraño furor y en lo más escondido de mis delirios la vi correr al campo de la gloria, sacudir el yugo de los opresores, y fijar para siempre los cimientos de su libertad al eco sólo de mi voz que la reanimaba (...) Escuche usted, pues, los acentos que salen de mi corazón y no de mi lengua, en honor de una nación y unos ciudadanos que Ud. tanto venera”.

Y cuando se prepara para iniciar su tercer año de Derecho en la Universidad de México, su padre muere súbitamente en esa ciudad. Todavía no ha cumplido los 17 años. Al mes siguiente, en el periódico *Seminario Político y Literario* se publica una biografía en la cual se expone la carrera de ese gran magistrado que fuera José Francisco Heredia y Mieses, y José María añade un epitafio que titula “El carácter de mi padre” en el cual lo califica de buen amigo, buen padre y buen esposo, hijo tierno y patriota ilustrado. Ese padre, cuánto lo sabe, envejecido precozmente y que no tuvo la fuerza física suficiente para resistir por más tiempo a las presiones públicas a las cuales tuvo que someterse, tanto en Venezuela como en México, pero que tuvo el valor de resultar vencedor en ese combate que durante toda su vida llevara de frente a favor de la libertad y de la dignidad humana. Para José María, aunque nunca lo confesara, lo esencial había sido que algún día su padre lograra apreciar en su justo valor la importancia de esa lucha encarnada de los patriotas mexicanos contra el poder español. Y eso justamente ocurrió, pues al final de su vida tomó partido por la independencia. En cuanto a su patria, si bien le gustaba evocarla a menudo, su hijo sabía bien que España no había sido para él más que una patria ilusoria que nunca se arraigó en su alma. Entonces, como homenaje a ese padre adorado, temido y respetado, sigue escribiendo y al escribir se libera de todas sus angustias, de todas sus contradicciones y se expresa sin reservas. Ya sea un acto de amor o de cólera, ahora comprende que esa rebeldía del hijo contra el padre no podía estallar mientras ese hombre, prematuramente envejecido, no hubiera desaparecido del todo.

Luego, antes de abandonar esa tierra mexicana donde vivieron los valientes aztecas, esa tierra donde comenzó a sufrir incluso antes de existir,

esa tierra que le estaba predestinada, deja correr la pluma sobre la hoja de papel, lamentando ¡que esa nación haya sido inundada de sangre por los hombres debido a la superstición y a la guerra! Ese poema lleva primero el título de “Fragmentos descriptivos de un poema mexicano” antes de bautizarlo con el nombre de “En el teocalli de Cholula”; se trata de uno de sus más hermosos textos en el cual canta a esa tierra exuberante, de flora tan rica y variada como su clima, con sus fértiles llanuras en las que abundan las plantaciones de caña y los huertos, dominados por las cumbres nevadas del Popocatepetl y del Orizaba. El poeta, sentado al pie de la pirámide, sigue la trayectoria del sol y contempla bajo la cegadora luz del día, el color y la fecundidad del campo que contrastan con el paisaje inmutable de los volcanes y, cuando el día se va apagando, cuando el sol desaparece en el horizonte y la noche lo sorprende, rememora la grandeza de ese pasado azteca, tal vez desaparecido, pero cuya naturaleza sigue siendo el único testigo vivo. Naturaleza inmutable en su perfecta belleza. Meditación profunda que encierra a la vez pasado y futuro, filosofía e historia, el mundo físico y el sobrenatural. Tiempo melancólico y espléndido donde a veces nace la duda, ya que “todo parece según la ley universal”, como dice el poeta.

Esta poesía de la “puesta del sol” —así calificada porque produce la emoción que generalmente se experimenta a la caída de la tarde, cuando sobre la tierra descende esa quietud propicia a la meditación— describe la solemne majestuosidad del crepúsculo en el grandioso ámbito de un paisaje en que armonizan la naturaleza y la obra humana. Pero lo más excepcional es que esta oda expresa también el estado psíquico de un adolescente que apenas acaba de perder a su padre, de un hijo que se libera y que comienza su labor creativa a un nivel de inspiración y de expresión artística nunca igualado. Renace a la vida y, a través de la cultura y la civilización aztecas, de repente comprende con mayor claridad todos los horrores de la cruel tiranía peninsular, insulto a la belleza y al esplendor de la naturaleza americana. Deja estallar su cólera y no vacila en establecer una comparación entre el imperio destruido por Cortés y la actual opresión que ejerce España sobre sus colonias del Nuevo Mundo. Y entonces apostrofa directamente la pirámide, diciéndole: *Muda y desierta / Ahora te ves, pirámide. ¡Más vale / Que semanas de siglos yazcas yerma, / Y la superstición a quien serviste / En el abismo del invierno duerma!*

Después de reunir sus *Obras poéticas* en un tercer cuaderno, se origina un momento de incertidumbre sobre su futuro. Para él ha llegado la hora de ocupar el lugar de su padre, de mantener y dirigir su familia. Le incumbe prioritariamente la responsabilidad económica de sus cuatro hermanas y de su madre. Pues ella tendrá ahora la autoridad en el seno del hogar, aunque la compartirá con el tío Ignacio, quien posee en Matanzas un estudio de abogado y una hacienda bautizada con el nombre de Jesús María. Y como desde la muerte de su padre la única fuente de ingresos

se eleva a una media onza de oro que le entrega el Real Consulado de La Habana, pues José María aún no ha recibido su título de abogado, Ignacio no vacila un momento en hacerse cargo de ellos. Es soltero, rico y adora a su sobrino, a quien ha visto crecer a lo largo de los años, cuando la pequeña familia pasaba por Matanzas. De inmediato pone su casa a la disposición de ellos y les anuncia, sin esperar un instante, que pueden regresar todos a Cuba.

En febrero de 1821 desembarcará en La Habana, donde lo recibe su tío. Su oda “España libre” ya se publicó en *El Indicador Constitucional* de La Habana y su voz es la de un defensor de la libertad y todavía no del todo, la de un separatista. Demasiado apasionado y demasiado crédulo, como hubiera podido imaginar tan rápidamente el vergonzoso perjurio<sup>3</sup> del rey Fernando VII! El clima de la capital no es ya en efecto el mismo que a principios de siglo. La efervescencia de la capital deja presagiar acontecimientos importantes. La apertura política permitida durante ese período constitucional constituye un estimulante para todos los estudiantes de Letras y de Filosofía de la nueva generación de criollos que desde hace tanto tiempo han sido privados de libertad. Se despojan de esas inquietudes y se lanzan a fondo en interminables discusiones y debates políticos, aunque todavía existan pocos medios para propagar esas ideas.

Heredia se lanza espontáneamente en ese fermento con una gran sinceridad y pasión tanto más cuanto su padre lo había mantenido alejado durante esos últimos años. En cuanto desembarca en la Isla, desarrolla una intensa actividad intelectual y, dos meses más tarde, ya obtiene el título de Bachiller en Derecho en la Universidad de La Habana. Tiene por padrino a Domingo del Monte, con quien ha reanudado sus anteriores vínculos, no sin cierta aprensión, y decide seguir estudios superiores en la misma disciplina. Sacando provecho de ese espacio de libertad que se le brinda, colabora con numerosas revistas *El Amigo del Pueblo*, *El Revisor Político y Literario*, *El Semanario de Matanzas*, y luego, en mayo de ese mismo año, crea y dirige su primera revista literaria *Biblioteca de las Damas*, de la cual verán la luz sólo cinco números. Al cabo de un mes ya está pensando crear otra. Semejante exaltación política, semejante exigencia fascinan a los estudiantes, mientras que un literato, Cánova del Castillo, habla ya de él en términos alarmantes, que no presagian sino un sombrío futuro.

“A los 17 años, el presentimiento de una enfermedad terrible, antes que la enfermedad apareciese, tendió un velo de honda y dolorosa melancolía sobre todos los sentimientos y todos los pensamientos de Heredia. Aquel

---

<sup>3</sup> El 7 de noviembre de 1823 ocurrió la caída del régimen constitucional que había durado tres años. Fernando VII promulgó un decreto que negaba “la soberanía del pueblo” y restablecía de inmediato la soberanía de la Corona en Cuba y el resto de sus posesiones. En la Isla comenzó entonces la represión absolutista y José María decidió excluir de inmediato de su *Colección de Poesías* aquella oda “España libre”.



cuerpo cobarde y aquel valiente espíritu, la materia sedienta de reposo, y el espíritu que incesantemente anhelaba por movimiento y acción, el cuerpo que se quedaba y el alma que se iba, emprendieron así una tremenda lid...".

Y poco más adelante añade: "Sus hombros no podían sustentar su cabeza, y el peso de ella inclinaba su cuerpo a la tierra..."<sup>4</sup>

Mas, la vida intelectual de la capital se halla en perpetua efervescencia y las publicaciones proliferan en todos los rincones de la Isla. José María Heredia es acogido generalmente con entusiasmo en todos los círculos literarios, pues en Cuba, durante esas primeras décadas del siglo XIX, existen todavía pocas personalidades reconocidas que cultiven las letras; en particular, a ese nivel de cultura. Se dice de él que es el primer poeta que, habiéndose consagrado al estudio de los clásicos, haya logrado hacer vibrar la lira cubana con tan delicados y nobles acentos. Por ello no le resulta difícil brillar junto a su amigo Domingo del Monte, originario también de Santo Domingo, a quien no le agrada mucho que José María le haga sombra, y que trata por todos los medios posibles de conservar el lugar que desde hace tiempo ocupa en la cultura cubana.

Así, en su mismo círculo de amigos, algunos de los cuales se oponen ferozmente a sus ideas innovadoras y sienten celos de su fuerte personalidad, pronto lo considerarán demasiado revolucionario y demasiado apasionado para debatir cuestiones decisivas acerca de la futura conciencia de su nacionalidad, cuyas bases apenas empiezan a esbozar. José María tampoco los aprecia demasiado y comienza, en los cenáculos de intelectuales con frecuencia demasiado imbuidos de sí mismos, a aproximarse a un grupo de emigrados revolucionarios y a forjar una amistad con suramericanos residentes en La Habana, independentistas todos, como el ecuatoriano Vicente Rocafuerte, el colombiano José Fernández Madrid y el argentino José Antonio Miralla. Desarrolla junto a ellos sus ideas bolivarianas y sus afinidades americanistas le abren un horizonte político mucho más amplio. Pues, en Cuba, las contradicciones ideológicas surgidas de los intereses entre criollos y peninsulares siguen siendo muy fuertes y él es el primero en deplorarlo. La violencia física entre reformistas e integristas, constitucionalistas y absolutistas, está latente y las ideas de Bolívar todavía no se han hecho camino en su forma de pensar. La confusión política es total. Sin embargo, la Isla envía diputados a las Cortes y las corrientes más progresistas del pensamiento cubano están representadas por el padre Félix Varela, quien acaba de inaugurar una Cátedra de Constitución en el Seminario de San Carlos.

En medio de estas tendencias, Heredia decide de inmediato acercarse a Leonardo Santos Suárez y a Tomás Gener, quien durante muchos años seguirá siendo su amigo. Pero, por el contrario, comienza a alejarse de sus dos camaradas de la adolescencia, Silvestre Alfonso y Domingo del Monte,

---

<sup>4</sup> Retrato de José María Heredia y Heredia: *Diccionario biográfico*, don Francisco Calcagno.

quienes le resultan demasiado reformistas para su gusto. ¿Acaso no están ellos entre quienes desean que Cuba se mantenga por el momento en un *statu quo*; esto es, en un régimen colonial que asegure a los criollos las mismas libertades que a los españoles peninsulares?

Abandonando por el momento el torbellino revolucionario de la capital y una vez recibido su diploma universitario, José María decide regresar a Matanzas, donde lo espera su tío Ignacio, que vive con su hermana mayor, Josefa, y el esposo de esta, Tomás Frómota, para ayudarlo a encaminar su carrera de abogado, como siempre le ha aconsejado. Este último lo toma de inmediato bajo su protección y le recomienda inscribirse en el Tribunal de Santa María de Puerto Príncipe, en la provincia de Camagüey, pues por experiencia sabe que, en cualquier circunstancia que se encuentre su familia, lo importante en la vida es asumir sus propios gastos. José María no puede olvidar que es huérfano y que no posee una fortuna personal y los consejos de su tío, desde su infancia, siempre le han sido muy útiles. Siempre podrá desarrollar paralelamente su vocación de poeta y su profesión.

Luego de dos años de práctica, obtendrá su licenciatura en Derecho y la autorización para ejercer la profesión de abogado como su tío, y como tiene la suerte de poseer, por intermedio de dos amigos, Silvestre Alfonso y Vicente Rocafuerte, una carta de recomendación de un jurista para el Tribunal de Puerto Príncipe, el único que existía en esa época en la Isla, no debe vacilar en abandonar momentáneamente la capital, donde la vida le resulta, desde todo punto de vista, mucho más cara que en las provincias. Estas preocupaciones profesionales no le impiden, más bien todo lo contrario, solidarizarse con las luchas independentistas que estallan en todos los países del mundo y las asocia de manera natural a la liberación de su país natal contra la opresión de la Corona. En 1820, en ocasión de la insurrección de Grecia, que lucha contra los turcos, esa Grecia ultrajada por los tiranos, dirige una encendida arenga a su patria, la sonriente Cuba, coronada de palmeras, con el fin de que recobre su gloria y su poder, y que un día logre ser parte integrante de nuestra América.

Regresa a Matanzas durante las vacaciones. Para él será un momento de reflexión y también una dolorosa ruptura, pues acaba de enterarse de que la joven que amaba apasionadamente se ha enamorado de un tal Vidal Junco Bermúdez, matancero también y con quien ha oficializado su compromiso. Hace todo lo posible por llamar su atención por última vez y le dedica un poema que publicará en la *Biblioteca de las Damas*, “El mérito de las mujeres”. Inútilmente, ya que tras todas esas mentiras, sospecha que la joven le oculta algo más vil; su familia carece de fortuna y no pertenece a la elite criolla. Para liberar todo su rencor y mostrarle que hay otros valores más importantes en la vida que ella es incapaz de comprender, escribe entonces “La inconstancia”, “Misanropía” y, más tarde, “Mujer funesta”. No vacila en tratarla de infiel, pérfida, impía, frívola,

dura e inconstante. Ningún calificativo resulta suficientemente duro para expresar su repulsión y su cólera, que poco a poco se irán transformando en una especie de indiferencia.

Cuando no reside en el cafetal\* de su tío, va a reunirse con su joven madre y sus cuatro hermanas, que residen en la calle O'Reilly, la casa que se encuentra justo al lado de la de su antigua novia. No obstante, sus condiciones materiales no son semejantes. Ella vive en la opulencia con su padre, su madre, sus hermanos y un número impresionante de esclavos. Él contó más de 13. Va de paseo incluso con su hermana mayor y conoce a otras jóvenes; le agrada su compañía, tiene 18 años, es libre, admirado y recibido en todas las familias importantes; nunca ha estado más despreocupado y feliz; juega al tresillo\*\* y tiene mucho éxito; su vida está colmada de bellas mujeres cuyos nombres invitan a la ensoñación: “la diosa de Yumurí”, “la ninfa de San Juan”, las dos “Pepillas” (una de la familia Rueda y la otra de la familia Arango); con cierto respeto y gran curiosidad lo escuchan cuando narra las peripecias de su vida vagabunda. Sus amigos Silvestre y Domingo le escriben desde La Habana; compone, publica, crea una obra de teatro, *Atreo*, basada en un tema tomado de la historia de la Roma imperial, que exalta la libertad y condena la tiranía. Será representada en Matanzas. Luego escribirá un soneto dedicado a Napoleón y que publicará mucho más tarde:

*Sin rey ni leyes, Francia desolada,  
De anárquico furor cayó en la hoguera:  
Salvóla Bonaparte: lisonjera,  
La gloria en cetro convirtió su espada.  
(...)  
¿Cómo cayó...? Vencido, abandonado,  
En un peñasco silencioso expira,  
Dando ejemplo a los déspotas terribles.*

En fin, en la “Oda a los habitantes de Anáhuac” apostrofa a los mexicanos contra la tiranía de Itúrbide en un primer canto consagrado a la independencia y la libertad de América. Pero no quiere limitarse a esto, ya no quiere establecer compromisos. Su pasión por la libertad no se satisface con palabras ni sueños, por lo que decide incorporarse a una milicia nacional por la defensa de la Constitución. Gracias a esta organización, a la cual ya pertenece una buena parte de sus amigos, Teurbe Tolón, Tomás Gener y Antonio Betancourt, va a poder seguir cursos de instrucción militar con vistas a futuras acciones revolucionarias. Se inicia luego en los Caballeros Racionales, una de las ramificaciones del movimiento Soles y Rayos de

---

\* En español en el original. (N. del T.)

\*\* En español en el original. (N. del T.)

Bolívar,<sup>5</sup> sociedad secreta masónica directamente vinculada a la revolución suramericana y dirigida por José Francisco Lemus, habanero que ostenta el grado de coronel del ejército colombiano. Empieza su trabajo revolucionario en la *Tertulia*, sección de esa logia, que preside él mismo y que consta de siete soles. Se reúnen en la casa del abogado José Teurbe Tolón y José María se inicia de acuerdo con las exigencias del rito masónico. Con una mano sobre un puñal y otra sobre el pecho, presta el juramento solemne: “Juro por mi honor, y sobre este acero que se convertirá en mi daño si a lo que prometo faltare, sostener la Orden de los Caballeros Racionales y a cada uno de los individuos regularmente iniciados, sostener igualmente la libertad de mi país y si necesario fuere verter hasta la última gota de sangre”.

Entonces algunos de sus amigos, considerando su despreocupación y su frivolidad incompatibles con las preocupaciones de aquellos que luchan por la independencia de su país, critican ese compromiso del poeta y no ven en ello más que un desafío lanzado contra la sociedad, por desesperación o despecho. Pero su tío Ignacio no comparte la misma opinión. Desgraciadamente, el clima general no es todavía propicio a un cambio profundo de las mentalidades y muchos criollos están lejos de aceptar las ideas emancipadoras. Es un trabajo a largo plazo que José María no podrá llevar a cabo, pues la mayoría de los cubanos se halla a gran distancia de los objetivos que él persigue y ni tan siquiera avizora la independencia. Al menos ese es el punto de vista del padre Félix Varela, antes de su partida a España, donde fue elegido diputado a Cortes.

Sin embargo, en Puerto Príncipe, donde prosigue su carrera, la aparente tranquilidad de la ciudad es engañosa, pues está muy orgullosa de ser, en toda la Isla, la única que posee un Real Palacio de Justicia; por eso, la situación no es en absoluto la misma. No obstante, poco a poco, la agitación política va ganando terreno gracias a las prédicas de cierto padre Valencia y, después del éxito en las elecciones municipales, en que los peninsulares integristas fueron derrotados por los criollos liberales, los primeros acusan a estos últimos de pertenecer en su gran mayoría, a una sociedad secreta llamada “liga independiente o cadena de Bolívar”. Además, estas asociaciones, cada vez más numerosas en la Isla, confieren a los masones una significación insoslayable. Y luego, muy pronto, a partir de los primeros meses de 1823, el clima político de la Isla —en particular, en La Habana— se torna notablemente agitado. La rebelión acecha a consecuencia de la invasión francesa de los Cien Mil Hijos de San Luis a España, fomentada por la reaccionaria Santa Alianza con el objetivo de liquidar el gobierno constitucional y restablecer el absolutismo primario de Fernando VII. Graves incidentes ocurren en la capital

---

<sup>5</sup> El origen del nombre *Soles y Rayos de Bolívar* proviene de la forma en que la sociedad incorporaba a sus nuevos miembros: cada iniciado debía reclutar a otros seis; a partir de ese momento se le otorgaba el grado de *sol* y quienes prestaban juramento eran *sus rayos*.

entre criollos y peninsulares y por todas partes comienzan a correr rumores con relación a la Conspiración de Soles y Rayos de Bolívar.

En ese momento, luego de haber recibido su título de abogado, en el mes de junio del último año de su práctica profesional como abogado, llega al gobernador de Matanzas una denuncia según la cual en el seno de esa logia se gestaba una conspiración. La denuncia es rápidamente transmitida al capitán general Dionisio Vives, gobernador de La Habana. El gobernador, en la creencia de que así podrá desentrañar la madeja de la conspiración, ordena, dos meses después, la detención y encarcelación de José Francisco Lemus, dirigente de Soles y Rayos de Bolívar, y varios de sus colaboradores. Se desencadenan investigaciones, dudas, sospechas, mentiras y, sobre todo, venganzas. Pero cuando llega a Matanzas, el 17 de junio de 1823, ya con su diploma de abogado en las manos, José María todavía no sabe nada. Su madre le sugiere que parta lo más pronto posible hacia La Habana, para ejercer su profesión y abrir un gabinete de abogado. Se niega, aduciendo que la competencia allí debe ser más fuerte, dada la abundancia de abogados, probablemente mucho más experimentados que él. Por eso —pero tal vez no sea más que un pretexto—, José María decide quedarse trabajando en Matanzas con su tío.

Y cuando, a inicios del mes de agosto, se dirige al Ayuntamiento para solicitar un permiso para ejercer su profesión de abogado, se le interroga y de inmediato resulta acusado. Sorprendido al principio, se entera de que ese mismo día el alcalde de La Habana, cierto señor Ferrety, acaba de formular una fulminante acusación no sólo contra el habanero José Francisco Lemus, coronel del ejército colombiano y organizador de los Soles y Rayos de Bolívar, sino también contra otros detenidos. Una vez más repite lo que siempre ha dicho con relación a esa conspiración; esto es, que ignoraba todo lo concerniente a la fecha de la rebelión, así como de la detención de sus compañeros y que su apacible vida en Puerto Príncipe no se asemejaba a la de un conspirador. ¡Pero ya es demasiado tarde! De seguro, alguien que conocía de su afiliación a la *Tertulia* lo ha denunciado. Pronto lo sabrá y de inmediato escribe al alcalde de Matanzas, juez instructor del proceso de la conspiración, Francisco Hernández Morejón, encargado del expediente, declarándose inocente.

Después de relatar brevemente lo que fue su vida antes de regresar a Cuba, le expone: “Muy Sr. mío: en el momento de alejarme de esta ciudad para asegurar mi libertad amenazada por el procedimiento en que usted entiende, no puedo menos de hacer esta manifestación de las causas que me impelen a dar este paso para que no se interprete de un modo más desfavorable de lo que merece. Don Juan Guillermo Aranguren me ha dicho que él y su cuñado don Antonio Betancourt me habían denunciado como miembro de una sociedad secreta que se persigue, llamada de los Caballeros Racionales. Conocí con esta noticia que mi prisión era indubitable, pues aquellos dos testigos la ameritaban demasiado.

(...)

"Jamás entró en mi corazón ni la imagen de contribuir yo a encender en mi país la guerra civil. Dulce y sensible por temperamento, por edad y por educación, ¿podría yo mirar sin horror en el porvenir las calamidades espantosas que las acompañan? Ninguno que me reconozca podrá creerlo, y yo mismo no puedo desestimarme (...)

"Repito que el tiempo me disculpará y hará conocer a usted que es verdadera esta suposición y que no he merecido toda mi desgracia, sea cual fuere el aspecto que me den las sombras del sumario"<sup>6</sup>.

Y para darles más peso a sus palabras, publicadas en los diarios de Matanzas y en el *Indicador Constitucional de la Habana*, les recuerda que es un hombre sincero, que nunca miente y que la logia a la que se hallaba vinculado desde hacía un año, era una organización que sencillamente pretendía preparar de manera pacífica la opinión pública para la independencia, sin la menor intención de fomentar una guerra civil. La traición es implacable. Algunos de sus compañeros, ya encarcelados, lo acusan de ser uno de los dirigentes del movimiento y de no decir la verdad. El acta de acusación cae como un rayo el 5 de noviembre de 1823. Ignacio y su madre son los únicos que saben, los únicos que comprenden. No dudan en lo absoluto de su sinceridad. Para uno, se trata de su sobrino, para la otra, de su hijo... Un ser fuera de lo común, pase lo que pase. Mas, esa no es la opinión generalizada.

Acusado de haber participado en la Conspiración de la Orden de los Soles y Rayos de Bolívar, contra la autoridad colonial, las autoridades españolas deciden ir en busca del joven poeta José María Heredia con el objetivo de arrestarlo. Ya no le queda otra alternativa que huir u ocultarse, pues, además, en medio de ese lamentable contexto, acaba de publicarse en La Habana su poema en homenaje a la insurrección griega de 1820. Por otra parte, sus referencias a Cuba cuando apostrofa a los mexicanos contra la tiranía de Itúrbide, no dejan margen para la duda. De repente, sus versos adquieren una dimensión dramática. Y luego, no es la primera vez que el poeta lanza un llamado a la lucha a los pueblos de América y todos sus poemas, independientemente de su belleza, se perciben como armas, mucho más terribles por poseer un doble filo; sobre todo, en ese período de agitación política.

Una vez implicado, ya no tiene nada que perder, por fin se siente libre de decir lo que quiera. Toma su pluma, que es su mejor arma y su mejor compañera, para escribir su primer poema verdaderamente revolucionario "Estrella de Cuba". Inaugurará un nuevo género, será cubano y dedicado esencialmente a Cuba. *Y la estrella de Cuba eclipsada / Para un siglo de horror queda ya*. Y entonces, a partir de ese momento, esa Estrella se convierte en uno de los símbolos de la libertad del pueblo cubano; se torna, a

---

<sup>6</sup> Carta de José María Heredia y Heredia dirigida al alcalde de Matanzas, Garcerán, ob. cit., pp. 119-120.

lo largo de los siglos, en el ardiente emblema de la patria libre, inscrita en el triángulo rojo de la bandera nacional.

Unos días después de haber compuesto ese canto de amor y siguiendo el consejo de su tío y de su madre, José María acepta refugiarse en la casa de José de Arango, el padre de su antigua novia, donde, le aseguran, no lo molestarán. Este amigo de la familia no desea establecer distinciones entre el hombre y el poeta y aprecia demasiado la personalidad moral del joven y la impetuosidad del poeta para negarse a extenderle la mano. Pero una semana más tarde por recomendación de su tío Ignacio, la única persona a la cual siempre escuchó con una gran modestia y una ternura infinita, José María deberá embarcarse clandestinamente, disfrazado de marinero, en el bergantín *Galaxy*, que parte del puerto de Matanzas con destino a Boston. Todo se ha organizado de manera tal que el exilio le resulte lo menos duro posible e incluso el capitán del barco, cierto señor Harding, ha preparado ropas abrigadas para evitar que se enferme apenas llegado a causa del muy brusco cambio de temperatura en esa época del año. Eso no impide que su corazón se hiele al penetrar en esas gélidas zonas de la costa atlántica.

Desembarca en el continente en los primeros días de diciembre, bajo una violenta tempestad de nieve, y muy pronto el frío y el viento glacial lo incomodan y lo paralizan. El capitán Harding lo conduce de inmediato al N° 15 de la calle Batler, la casa de la señora Mac Condray, quien lo hospedará por la módica suma de 5 dólares semanales —incluidas las comidas—, para lo cual ha preparado una agradable habitación con una bella cama. Por otra parte, su tío lo ha previsto todo y antes de su partida le ha hecho entrega de una adecuada suma de dinero para que no carezca de lo esencial. José María le escribe de inmediato para darle noticias suyas y le confiesa que no había querido besarlo en el momento de la partida, porque había temido carecer de la energía suficiente para resistir a esa última prueba y que le resultara entonces imposible desprenderse de esa tierra donde dejaba a tantos seres queridos.

Pero 15 días más tarde, sale de Boston en busca de un poco de calor, más al sur, en Nueva York, donde ya lo esperan algunos compatriotas exiliados. Entre ellos tiene el consuelo de encontrar a Félix Varela, a Tomás Gener y a Leonardo Santos Suárez, quienes van a reforzar sus posiciones ideológicas. Luego de haber sido diputados a las Cortes durante el período constitucional, fueron condenados a muerte por haber votado a favor de la incapacidad de Fernando VII para gobernar y lograron huir de España desde Gibraltar. Durante una primera etapa, José María vivirá con algunos de ellos en Broadway, en un albergue para estudiantes que dirige Mary Hazard. Allí pronto conocerá la confirmación de la sentencia del capitán general de Cuba, que lo condena a exilio permanente. Entonces trata de interesarse por la historia de Estados Unidos y, aunque conserva cierto entusiasmo por la personalidad de Washington y admira las instituciones políticas de esa nación norteamericana, dada cierta forma republicana de gobierno que

garantiza plenas libertades a sus ciudadanos, Nueva York, en cambio, no lo impresiona en lo más mínimo. Poco le importa si los neoyorquinos, que ya son 166 000, la han llamado “el gran imperio comercial de América” y que en esa época sea considerada la ciudad más rica de la nueva república de Estados Unidos de América! No le gusta en lo más mínimo; ni los primeros edificios de 90 pies de alto que se elevan como fortalezas inexpugnables, ni el centenar de barcos que llenan la bahía, símbolos de su poder económico, logran suscitar su admiración.

La joven y poderosa nación no podrá hacerle olvidar la tiranía de los poderosos y la opresión de los fuertes sobre los débiles. Al contrario, esto refuerza sus convicciones y el clima está ahí presente para hacerle recordar las duras condiciones en que viven aquellos que sufren en las calles y carecen de albergue. De constitución frágil, conoce, pues su cuerpo las ha experimentado, las desastrosas repercusiones de los cambios bruscos de las estaciones. Se ha resfriado, tose y sus pulmones se han dañado. A los rigores del clima invernal también se suma el problema de la lengua, que no comprende y cuyo aprendizaje se le dificulta. Es curioso que, de esa execrable jerga, sólo perciba sus bárbaras sonoridades. El acento le choca, la vida y las costumbres de ese pueblo también. Su alma está en otra parte; es y sigue siendo tropical. Y siempre será a su tío Ignacio a quien se confiará; le explica esa colisión de civilizaciones que hiere profundamente su sensibilidad: hábitos, tradiciones, clima y psicología de los individuos. Esa cultura, diametralmente opuesta a la suya, no tiene nada que ver con él.

Algunos meses después se muda de la casa donde residía desde su llegada y se instala en la casa de una nueva anfitriona en *Maiden Lane*, en un barrio residencial donde numerosas casas particulares han sido vendidas para ser transformadas en pequeños comercios. No obstante, mantiene estrechos vínculos con sus amigos cubanos, grandes patriotas todos, que viven bajo la influencia de su guía intelectual, Varela. E incluso, aunque no siempre comparte con ellos las mismas posturas ideológicas, se les ve juntos en reuniones públicas, asisten a conferencias, van al teatro, visitan museos o la ciudad de Nueva York y sus alrededores. Como quiera que sea, esos primeros pasos en territorio americano constituirán para el poeta una experiencia muy rica. Guarda el verano para visitar la región; va a Baltimore, después a Mount Vernon para visitar la casa donde residió George Washington durante los últimos años de su vida, pobre y modesta, en medio de hombres libres. Poco a poco va retomando el gusto por la vida, decide aprender inglés con su amigo, el argentino José Antonio Miralla, que había conocido en Cuba en el grupo de independentistas y que pronto será su primer maestro. Para lograr una mejor integración a la vida intelectual y artística neoyorquina tiene que realizar terribles esfuerzos, pues, después de siete meses de estudios, sigue sin comprender muy bien cuando se le habla. Al menos trata de decir algunas oraciones y, aunque incorrectas, “es mejor que nada”, como le escribe a su tío. Luego



comenzará a viajar por otras regiones del país, para encontrar en otros sitios motivos para maravillarse.

Desde los primeros días de abril, viaja por algunas semanas a Filadelfia con el objetivo de visitar edificios, iglesias, los más importantes museos y siempre le escribe algunas palabras, algunas observaciones a su tío. En esta ocasión realiza una descripción de la ciudad que lo ha sorprendido por la regularidad de las calles y la semejanza entre las casas, y añade que, ante esa monotonía, prefiere la brillante irregularidad de Nueva York. Más tarde, acompañado por Juan Acosta, un camarada que comparte su misma casa de huéspedes, viaja, a fines de esa primavera, por el río Hudson y llega a la ciudad de Albano. De allí pasa a Utica por el canal Erie y toma de inmediato una diligencia hasta las famosas “cataratas del Niágara”, de donde, antes de partir, ha leído algunas descripciones en libros y revistas. Llega a Lewiston, última etapa antes de las cataratas, en la noche y en cuanto escucha el rumor del agua, sueña con su querida ciudad de Matanzas y con el río San Juan, que le hacen recordar su primer amor.

“Soñé con Cuba y con San Juan, a las orillas del Niágara y entre las escenas más sublimes de Norte América”.

En el mes de junio, las márgenes del canal están pobladas de flores y deja que sus ojos recorran el campo, al mismo tiempo que lo sorprende el placer que le procura ese risueño paisaje que no puede dejar de comparar con los campos de Cuba, cuya tierra rojiza aún evoca la opresión de los esclavos, con su sangre y su sudor entremezclados. Y ese aire de libertad que de repente respira lo aleja por primera vez de su melancolía como le confesará más tarde a su tío Ignacio.

Apenas arribado a Rochester, que hoy lleva el nombre de *Niagara falls*, se dirige sin pérdida de tiempo al borde de la catarata. Más tarde, luego de haber recorrido el bosque en busca de una mejor perspectiva, se sienta al borde de la catarata inglesa y mirando fijamente la caída del agua y el vapor que se eleva en gigantescas nubes, se abandona libremente a sus meditaciones. La contemplación del paisaje provoca una agitación tan profunda en su alma, que olvida todas las penas y tristezas del exilio y, al aspirar el oxígeno, su musa le inspira esa magnífica “Oda al Niágara”.

*Déjame contemplar tu faz serena,  
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.*

De regreso a Manchester, el 17 de junio de 1824, envía a su tío sus últimas impresiones sobre su visita a las cataratas del Niágara y le abre su corazón: “Mis ojos se han saciado contemplando la maravilla de la creación, el espectáculo más sublime que ofrece la naturaleza salvaje sobre la tierra.

(...)

”A medida que avanzaba por la orilla, se iba desenvolviendo a mis ojos por detrás de Goat Island la catarata inglesa, o de la Herradura, y al

obtener una vista completa de ella, me hallé al borde de la catarata americana y no pude menos de estremecerme al considerar que sin advertirlo había llegado a pocos pasos del tremendo abismo.

”Paréme, y por algunos minutos me fue imposible distinguir mis propias sensaciones en la confusión que me causó el sublime espectáculo. El inmenso río pasaba rugiendo por delante de mí, y casi a mis pies se despeñaba desde una altura prodigiosa; las aguas deshechas en ligero rocío al golpe violentísimo, subían arremolinadas en tremendas columnas, que a veces se extendían por todo el abismo y ocultaban parte de la escena. El trueno profundo de las cataratas asordaba mi oído y el arco iris alzado sobre el precipicio era el único que veía distintamente en aquella confusión espantosa.

(...)

”Después de haber errado en los bosques eriales de Goat Island, me senté al borde de la catarata inglesa, y mirando fijamente la caída de las aguas y la subida de los vapores me abandoné libremente a mis meditaciones. Yo no sé qué analogía tiene aquel espectáculo solitario y agreste con mis sentimientos. Me parecía ver en aquel torrente la imagen de mis pasiones y de las borrascas de mi vida. Así, así como los rápidos del Niágara, hierve mi corazón en pos de la perfección ideal que en vano busco sobre la tierra”.

Y termina con las siguientes reflexiones: “Si mis ideas, como empiezo a temerlo, no son más que quimeras brillantes, hijas del acaloramiento de mi alma buena y sensible, ¿por qué no acabo de despertar de mi sueño? ¡Oh! ¿Cuándo acabará la novela de mi vida, para que empiece su realidad?”

Con el fin de escapar de los tórridos calores de Nueva York, José María pasa el verano en Nueva Inglaterra, pero en cuanto regresa a la capital se entera de que ha sido condenado al exilio perpetuo por su participación en la conspiración Soles y Rayos de Bolívar. Lo primero que hace es buscar trabajo y se convierte en profesor de lengua española en el colegio del señor Bancel. Más tarde compone, acerca de ese suelo fatal del exilio, donde poco a poco se consume, escribe un poema impregnado de nostalgia que titula “A Emilia”,<sup>7</sup> en recordación de quien fuera su novia, la señorita matancera\* Pepilla Arango, hija de un marqués, rico propietario de la región. Y con cierta nostalgia recuerda la carta que le había escrito a su llegada a Estados Unidos, luego de su trágica travesía por la bahía de Matanzas a bordo del bergantín *Galaxy*, carta que nunca le enviará a pesar de sus promesas, pero que se publicará el 30 de noviembre de 1926 en la revista literaria *El Iris*.

“Cada vez que vea a la luna resplandecer en un cielo purísimo y refractar sus rayos la calma superficie de las aguas, se me representará la última noche que pasé en las orillas del San Juan”.

---

<sup>7</sup> Este poema dedicado a su novia en 1824 se editó en 1832, en *Heredia visto por Martí*, pp. 52-57.

\* Las palabras “señorita matancera”, en español en el original. (*N. del T.*)

Se da gusto en recordarle que en más de una ocasión deseó lanzarse al mar para así acabar con su vida, pero que la idea de morir sin vengarse había sido quizá lo único que se lo había impedido.

“Pasé la noche a bordo a pocas varas de distancia del fatal castillo, y mirando las luces de algunos de los calabozos. A la madrugada se levó el ancla (...) y todo el día siguiente lo pasé sentado en la popa, mirando estúpidamente a la costa, hasta que la distancia me la fue ocultando. Toda ella había desaparecido ya al caer la tarde, y sólo el Pan de Matanzas se alzaba todavía como un escollo en medio del mar. Las sombras de la noche le fueron envolviendo, y todavía mi vista se esforzaba a penetrarlas, y a echar una mirada de despedida sobre la tierra que me vio nacer. Un relámpago me la hizo ver por la vez postrera”.

Más adelante, luego de haberle explicado que nunca había temido los peligros del mar, sino que, por el contrario, experimentaba cierto placer al contemplar el furor de los elementos desencadenados y confusos, continúa describiéndole sus impresiones del exilio. “Bajé a tierra, y vi con horror lo que es invierno. Un río estaba ya helado. Todo el campo parecía consumido por un incendio reciente. Ninguna yerba pudo consolar la vista de esta aridez espantosa. No se ven ni un hombre, ni un animal, ni un insecto. Los dos únicos edificios en que los ojos pueden descansar, el faro y la posada, cerrados cuidadosamente por todas partes, tienen aspecto de sepulcros. Si quiero ensanchar el cuadro veo un cielo nublado por todas partes, que se confunde en un horizonte dudoso con el mar cerrado de niebla.

(...)

“El frío horroroso me ha forzado a acogerme a la casa y a buscar la consoladora chimenea. Acabará esta carta y me pondré a revolver periódicos de que no entiendo una sílaba”.

“Adiós, Emilia mía”, serán sus últimas palabras.

Pero el frío regresa pronto al continente y con él la salud del poeta se degrada. De neumonía en neumonía, poco a poco contrae la tuberculosis. Por esa época recibe de su madre una copia de las *Memorias de las Revoluciones en Venezuela*, escritas por su padre cuando estaba destacado en Caracas en una época en que José María no era más que un niño. Y cuando en sus cartas ella le insiste en que trate de editarlas en Nueva York, no vacila en responderle que es preciso diferir su publicación: “Las circunstancias han variado de seis meses acá. La lucha de la independencia se ha concluido, y lo que antes parecía sólo una guerra interminable de desolación, se ha convertido en una revolución que muda la faz del mundo. La Inglaterra, la Holanda, la Suecia, los Estados Unidos, han escrito ya en su catálogo de naciones a las que ahora cinco años eran sólo una turba de rebeldes. Bolívar, que a los ojos de mi padre no pudo parecer sino un faccioso obstinado, es hoy el Dios tutelar de América. El Perú, Santa Fe, Quito y Venezuela, una octava parte del mundo, le deben su existencia,

ceden gustosos al ascendiente de su genio, y le miran como un ente posible entre el hombre y la divinidad. Su nombre se pronuncia con respeto en toda Europa, y es el más bello que presenta la historia de su siglo”.

Y añade con tristeza: “Mi papá, por desgracia, tuvo el desconsuelo de no ver sino la parte oscura y sangrienta del cuadro, y la muerte le arrebató antes de que se alzara, como se ha alzado ya, el velo que cubría todo el resplandor de su gloria”.

Sin embargo, antes de abandonar Nueva York prepara la primera edición de su obra lírica, lo que constituirá todo un acontecimiento y será como la consagración universal de su genio poético. Reúne 56 composiciones escritas mayormente entre 1819 y 1824, entre las cuales todavía no aparecen las obras de carácter político. Podrán por ello circular libremente y sin prohibiciones en Cuba y, como deuda de amor, dedica este cuaderno a su tío Ignacio, que sigue siendo para él “el mejor de los amigos”.

Al cabo de los meses, dado que la frialdad del clima resulta perjudicial para su salud, José María comienza a establecer contactos con el presidente de la república mexicana, Guadalupe Victoria, por intermedio de su gran amigo ecuatoriano, Vicente Rocafuerte, quien acaba de ser nombrado embajador de la Nueva República en Inglaterra y ejerce gran influencia sobre el presidente. Heredia quisiera ir a trabajar a México como abogado para no tener que seguir dependiendo desde el punto de vista financiero de su tío y poder sufragar él solo la educación de sus hermanas menores, las tres últimas que tienen 10, 7 y 5 años, respectivamente. Un compatriota instalado en ese país, donde ejerce la medicina, le ofrece incluso su casa para que resida en ella.

El éxito de su poema independentista, publicado algunos meses antes de su llegada a México, le abre las anchas puertas de la gloria. Pronto será bautizado con el nombre de *Cantor de Niágara*. Sus compañeros de los Soles y Rayos de Bolívar, exiliados como él en la Nueva República, deciden incluir su nombre entre los signatarios de una representación al Congreso mexicano en pro de la libertad de Cuba. Al saber esto, su madre, se lo reprocha de inmediato. En realidad, ella nunca ha dejado de pensar de manera diferente a la de su difunto esposo, sigue siendo partidaria de cierta lealtad a la Corona española y repudia todo movimiento que pudiera tener como finalidad la independencia de Cuba.

Entonces, José María, quien adora a su madre y sufre por la separación, les pide a los amigos que permanecen en Cuba que vayan a visitarla y la ayuden en caso necesario, pues conserva un gran respeto filial hacia ella. Por eso no quiere afligirla y mucho menos desobedecerla. Tiene plena conciencia de sus responsabilidades. Es, en primer lugar, el hijo amado, el hijo único, el que, a la muerte de su padre, hubiera debido hacerse cargo de la familia, el más querido, el mejor educado y que, en esa situación de nomadismo que fue la suya, extranjero en todos los lugares por donde atravesaron, se ha visto obligado a estrechar más esos

privilegiados vínculos de ternura y de afecto con sus allegados. Y aunque, a veces, el peso de la familia resulta una carga demasiado pesada para su orientación ideológica, hay demasiados sufrimientos y dolores compartidos —viajes, naufragios, arrestos, duelos y guerras, que han entretejido hilos inquebrantables e invisibles— para que algo venido de fuera pueda borrarlos en algún momento.

En cuanto recibe su pasaporte, decide partir hacia México. Se embarca el 22 de agosto en la goleta *Le Chasseur*, pero las borrascas oceánicas y el mal tiempo, muy frecuente en esa época del año, le proporcionan esta vez una agradable sorpresa. El barco se aleja de su ruta hasta el punto de acercarse a las costas cubanas y pronto José María cree ver a lo lejos la silueta montañosa de su querido Pan de Matanzas. Ante su vista, el poeta no puede controlar su alegría y mientras desfilan ante sí los rostros de su adorada madre, de su tío y de sus hermanas, le van surgiendo esos versos desgarradores, esa especie de canto patriótico con sonoridades de *Marsellesa*, que dedica a su querida tierra, al mismo tiempo tan cercana y tan distante, y que poco a poco se va borrando como engullida por el océano. Es el “Himno del desterrado”, exaltación sublime de su patria y de su pasión por la libertad.

*¡Cuba! Al fin te verás libre y pura  
Como el aire de luz que respiras,  
(...)  
Aunque viles traidores le sirvan  
Del tirano es inútil la saña  
Que no en vano entre Cuba y España  
Tiende inmenso sus olas el mar.*

En esos instantes de euforia que se suceden a lo largo de la travesía, deja correr su lápiz sobre el papel y compone “Vuelta al sur”, ese canto amoroso, impregnado de una pasión desenfadada por la libertad de Cuba y luego un “Himno al sol”. Tres semanas más tarde desembarca en Alvarado, puerto mexicano de Veracruz, en la bahía de Campeche y escribe a su madre:<sup>8</sup> “Estaba en Alvarado, a más de cien leguas el mismo día en que se presentaba en la ciudad de México la representación de mi tragedia ‘Sila’, traducida y adaptada del escritor francés Jouy.<sup>9</sup> Cada día me conformo más con mi suerte y me horrorizo al pensar lo que hubiese pasado en esa tierra desgraciada, aun cuando me hubiese halagado el poder. Viva Sumd. tranquila bajo mi palabra, y el saberlo será el mayor gusto de su hijo”.

---

<sup>8</sup> Carta de José María Heredia a su madre, el 24 de mayo de 1826, Garcerán de Vall, ob. cit., p. 27.

<sup>9</sup> Victor-Joseph Etienne, conocido como Jouy (1764-1846), literato francés de extrema fecundidad, más conocido por sus libretos de ópera.

Un mes después se dirige a Ciudad de México para visitar al presidente Guadalupe Victoria, quien lo acoge con todas las deferencias que se le deben a este poeta y revolucionario. Es el instante oportuno, pues es el momento en que el nuevo gobierno liberal apoya las gestiones de una “Junta Promotora de la Libertad Cubana” y estudia, conjuntamente con Colombia, la posibilidad de realizar una acción militar para expulsar a España de Cuba y de Puerto Rico. Se trata de impedir que el reino siga utilizando esas islas como bases para reconquistar en América el sur de los territorios liberados. Entonces muere repentinamente en Puebla, por falta de atención médica, tres días antes de su llegada, uno de sus antiguos amigos argentinos, Antonio Miralla, favorable a ese proyecto revolucionario y que acababa de realizar un viaje de Bogotá a México para encontrarse con él. Cuando se entera de su súbito fallecimiento, José María se sorprende, pero pronto comprenderá que no puede decir nada. Sin demora se integra plenamente a la vida pública de ese gran país y reitera a su madre sus promesas de no comprometerse con una guerra contra los españoles, en caso de que esa república enviara una expedición para combatirlos: “Puede Sumd. estar segura de que no lo haré y de que sus deseos son sagrados para mí”.

Luego sigue confiándose a su tío Ignacio, “ángel tutelar en cada momento de mi vida”, le escribe con ternura. Esa correspondencia interrumpida después de su dramática huída de Matanzas, se prolongará durante dos años desde el territorio americano.

Cada vez que le escribe lo hace partícipe de sus extrañas impresiones sobre ese país que se le representa al mismo tiempo como un estado de paz y prosperidad, pero que, no obstante, no deja de atemorizarlo. En ocasiones le parece que han pasado seis siglos desde 1821 y ese salto en la historia lo inquieta profundamente.

En fin, a ese amigo intrigante y misterioso que se ha quedado en Cuba y del que nada sabe después de su partida, envía este mensaje: “Queridísimo Domingo: dolorosos son mis sentimientos al empezar esta carta (...) Noticias de la Habana, y el recibimiento áspero que tuviste en Guanabacoa, me dieron el dolor de creer que mi amigo se había ligado con los más execrables tiranos, y desertado de la virtud —El huracán que me arrebató de Cuba poco después, me halló lleno de estas fúnebres ideas— (...) Empero, tu recuerdo de nuestra amistad tierna y antigua me convence de tu inocencia (...)”

”Nada te diré de los días amargos de mi persecución. Sus furores no pueden ocultarse a Domingo que me conoce (...)”

”—Los estados nuevos americanos me ofrecen patria. —En ellos podré vivir en paz, sin que el terror perturbe el descanso de mis noches —Viviré lejos de mi familia, pero no será para siempre—

(...)

”El deseo de volver al seno de mi familia, y de respirar el aire de mi patria, mientras esta no se negaba a contarme en el número de sus hijos me fascinaron sobre los proyectos crueles de la aristocracia dominadora.

(...)

”He dicho adiós a la patria, a mi madre y mis hermanas, al amor, a los amigos, a los placeres, a las esperanzas —Sólo me queda mi corazón —y en él tendrás un lugar mientras respire”.<sup>10</sup>

Gracias al conocimiento de sus tres lenguas —el español, el francés y el inglés, que ya domina bien, sin olvidar el latín, que lee y traduce perfectamente—, el presidente Victoria le ofrece un puesto de oficial en la Secretaría de Estado y en la Oficina de Relaciones Interiores y Exteriores, con un salario de 1 000 pesos y una residencia en el Palacio. Ahora bien, el México que encuentra no es el que había dejado siendo un adolescente. Recuerda la solicitud que su padre hiciera al conde Venadito con relación a su ingreso a la universidad y el rechazo categórico de este último. Para entonces, el virreinato se ha sustituido por una república regida por hombres elegidos entre los más moderados de los generales independentistas, y Manuel Félix Fernández, que ha asumido el nombre de Guadalupe Victoria, es un hombre honrado y decidido, que parece destinado a hacer de México una verdadera república democrática y liberal. Lo secunda Nicolás Bravo, otro héroe de la independencia. El clima político es tranquilo, los caudillos han sido neutralizados y todos reconocen la autoridad del presidente. No resulta casual que sea quien garantiza los fondos públicos y sea respetado tanto en el interior como en el exterior! Mediante una declaración general, Estados Unidos ha reconocido el gobierno independentista, e Inglaterra, cuyos capitales empiezan a confluír en Ciudad de México, ha firmado un tratado de comercio con ese país. La situación es, pues, favorable para José María, quien será acogido con mucha simpatía en esta nueva república.

A partir de ese momento, se le apreciará más como el gran poeta lírico cubano, cuyo talento es ya reconocido gracias a la edición de sus poesías, que como una personalidad belicosa. Se le estima ante todo como una víctima de España, ese repudiado país que lo ha condenado al exilio por “correspondencia criminal”. Para saludar su llegada, *La Gaceta de México* publica su poema “Las sombras”, calificándolo de “poeta de la libertad del Nuevo Mundo”. Dos meses más tarde se representará su obra *Sila*.

Paralelamente, sigue escribiendo con la misma constancia y el mismo entusiasmo para numerosos periódicos, entre los cuales se encuentra el periódico *El Iris*. En sus artículos elogia numerosas obras teatrales de autores españoles. Su intención es trazar, en una serie de números, retratos fieles de personajes contemporáneos que le han parecido ejemplares, tanto por su talento como por sus virtudes. Comienza evocando al poeta Byron, rehabilitándolo ante los ojos de lectores que tienden a considerarlo más ligero de lo que es en realidad. Luego hablará de los poetas ingleses con-

---

<sup>10</sup> Carta de José María Heredia a Domingo del Monte, enviada desde Nueva York el 15 de marzo de 1825, *Centón Epistolario*, vol. I, p. 71.

temporáneos, como Thomas Campbell, y en lo concerniente a la literatura francesa, descubre finalmente su preferencia por los poetas trovadores: Marot, Malherbe y, sobre todo, Regnier —el primero en conferir cartas de nobleza a la sátira—, Corneille, Racine, Molière, sin olvidar a Boileau —autor de una excelente *Arte poética*—, La Fontaine, Crebillón y Chenier, cuyas obras, algunas de las cuales traducirá, lo seducen. Incluso, a veces, se propone añadir —si el editor se lo permite— obras musicales o descripciones de escenas de la vida mexicana, cuyas costumbres le resultan particularmente fascinantes y características.

Finalmente aborda temas políticos e históricos, se refiere a documentos en ocasiones muy importantes, como el resumen de un discurso del presidente Adams ante la Cámara de Representantes de Estados Unidos acerca del Congreso de Panamá y que detalla las relaciones de ese país con las nuevas repúblicas del continente. Analiza y comenta el discurso. Pero relee escrupulosamente cada una de sus palabras; sobre todo, cuando habla de Cuba: “La invasión de Cuba y Puerto Rico por las fuerzas unidas de Colombia y México es otro objeto de las discusiones de Panamá. Que las convulsiones a que las expondría esta invasión por su población heterogénea y el riesgo de que por ellas caigan en manos de otra potencia europea, diferente de España, no permite que miren con indiferencia las consecuencias del Congreso de Panamá. Que todos los esfuerzos de los Estados Unidos deben reducirse a mantener el estado de cosas existentes; la tranquilidad de las islas, y la paz y seguridad de sus habitantes”.

José María se interroga entonces sobre los puntos de vista del presidente Adams. ¿Acaso ignora lo que todo el mundo sabe? ¿No podrá ninguna potencia apoderarse de Cuba sin que la mitad del mundo civilizado se inflame y se ahogue en un baño de sangre? ¿Ignora que Cuba, una vez que despierte de su letargo colonial, va a tener un peso político mucho mayor y que si acaso algún día se sumara a cualquier potencia, sería capaz de trastornar y perturbar el equilibrio y la armonía mundiales? Y tomándolo como testigo, José María llega a la siguiente conclusión: “Hijo de John Adams, ¡la causa de América estará comprometida, mientras Cuba no sea libre, a pesar de tu política temerosa!”

Como fuera nombrado Miembro Honorario del Instituto de las Ciencias y las Artes de México, desde su creación, pronto se le encargará la redacción de un texto poético para la ceremonia de apertura. Y él, que todavía ayer le decía a su querido amigo Domingo “que no era sino el espectro de sí mismo y que la robustez de su cuerpo había disminuido a tal punto que apenas si le quedaban energías para ejercer sus facultades mentales”, poco a poco se siente renacer a la vida. Con sus éxitos literarios, todo parece sonreírle de nuevo. Su salud mejora extraordinariamente y despacito recobra su peso.

Con cada día que pasa aumenta el aprecio que le dispensa el presidente; los ministros extranjeros lo invitan a todas sus reuniones y los periodistas lo colman de elogios. Le hacen un retrato y de inmediato lo envía a



su madre, aclarándole que no se queje si acaso descubre sobre su frente una sombra de tristeza, porque estaba pensando en ella en el momento en que, pincel en mano, el pintor trataba de aprehender su personalidad lo más fielmente posible. Al año siguiente, en enero, se estrena en el Teatro Principal de Ciudad de México su última tragedia, *Tiberio*, en realidad no es sino la imitación de la obra francesa de Chenier. Su principal intérprete lo será el famoso actor español Andrés Prieto. Tres meses más tarde envía a su amigo Domingo del Monte un ejemplar de esta tragedia en cinco actos y le aclara que tuvo en cuenta sus reproches con relación a la representación de *Sila*.

En ese momento se le nombró jefe del distrito de Veracruz, pero rechazó ese cargo a consecuencia de numerosas críticas que se le dirigieron debido a su condición de extranjero y de su juventud, pues todavía no ha cumplido los 25 años. Se le asigna entonces el cargo de juez de Letras de Cuernavaca, posición que le parece menos honorífica, aunque mucho más agradable por la belleza del lugar y lo agradable de su clima. Y en una misiva a su amigo Silvestre, fechada en 1827, le comenta: “Ante todo te diré que reina aquí un espíritu mezquino que llamaré de nacionalismo que repugna reconocer talento ni virtud, ni reposar confianza alguna en quien no haya nacido mexicano”.

Algunos meses después se dirige a Tomás Gener, ese amigo muy querido a quien anuncia las buenas y malas noticias. En esta ocasión será para informarle su matrimonio el próximo octubre con Jacoba Yañes y pedirle que le trasmita el feliz acontecimiento a su madre. “Ya hace mucho tiempo que tengo mis amores con una muchacha, hija de un antiguo compañero de mi padre que me parece la encarnación de mi ideal de esposa que invoco en ‘Los Placeres de la melancolía’ ”. Y sigue diciendo: “Voy a casarme en octubre, pues ha llegado la hora de concluir la novela de mi vida para comenzar a vivir la realidad”.

Esta revelación ya se la había dado a conocer a su tío hace más de tres años, cuando ambos se encontraban sentados en la ribera de las cataratas del Niágara y le gusta repetirla, ial menos para convencerse a sí mismo! El matrimonio se celebrará en la mayor intimidad el 15 de septiembre de 1827; su esposa será la hija del presidente de la Tercera Cámara de lo Criminal de la Corte Suprema de Justicia, viejo amigo de su padre. Nada les falta para ser felices. Mas, el cielo de México pronto va a ensombrecerse y cuando Heredia se percata de ello, ya es demasiado tarde.

Será Tomás Gener el primero en enterarse de la noticia, al recibir de su amigo el siguiente mensaje: “Mi matrimonio y mi constitución física, que necesita un clima benigno, me tienen ligado al país, pero si se repiten las escenas de los últimos días de 1827, sin duda iré a morir en paz a los Estados Unidos donde reinan las leyes y ningún faccioso atrevido puede correr un velo sobre la imagen de la libertad profanada”.

Sin embargo, para José María ya no existe duda alguna: una de las causas fundamentales de los disturbios políticos y de las guerras civiles que se van a suceder, será la intervención del ministro de Estados Unidos,

que tratará de introducir un nuevo rito masónico, el de York, en las logias de México que hasta ese momento practicaban el rito escocés. En efecto, como el presidente mexicano ha aprobado la nueva organización masónica, los *yorkinos* deciden dar un golpe de Estado y apoderarse de todos los cargos del gobierno, luego de acusar al mismo tiempo a los escoceses de estar bajo la influencia española y de querer fomentar una conspiración contra ellos, con el apoyo de monjes y peninsulares. Sintiendo entonces amenazados por estos falsos argumentos, estos últimos se levantan en armas contra los *yorkinos* en el momento en que súbitamente el vicepresidente Bravo, Gran Maestro de los escoceses, confiado en el éxito de un armisticio, es atacado de improviso y hecho prisionero. Heredia toma inmediatamente la pluma y se dirige a él en su oda “Al triunfo de la patria”:

*¡Y tú, Bravo infeliz, ángel caído...!  
(...)  
¿Quién osará luchar, si tú caíste?*

Después se dirige a Bolívar, ese dios recientemente creado por la Revolución francesa, en una “Oda” en la cual trata de expresarle lo que siente: si la independencia no tiene por objetivo el disfrute de la libertad, ¿para qué buscarla? ¿Por qué resultaría inútil tanto sacrificio, si sólo se tratara de extirparles a los tiranos una tiranía que se ejercerá después? Por supuesto, ya corren rumores de que Bolívar aspira a ejercer la dictadura en las nuevas repúblicas liberadas del colonialismo español. Aunque el poeta admire al Libertador, no transigirá con el tirano. Cuando exalta la libertad, se proyecta fuera de Cuba y contempla a toda la humanidad, pero muy especialmente a América. Y cuando habla de ella, no sólo se refiere a las repúblicas liberadas gracias a la espada de Bolívar, sino a todo el continente y exclama:

*¡Libertad a la patria de los Incas!  
¡Libertad de Colón al hemisferio!*

Y confía en una carta a su amigo Tomás Gener que cada día está más convencido de que no hay solución alguna, y que la profunda inmoralidad y la ignorancia de esos individuos impedirán, durante uno o dos siglos, tener un gobierno, del tipo que sea, que funcione de manera regular y segura.

Es cierto que para José María la felicidad ha resultado ser sistemáticamente algo muy efímero; siempre ha estado consciente de ello. Pero en esta ocasión, sus convicciones políticas han recibido un duro golpe, lo que le ha causado una gran decepción. Los acontecimientos que tendrán lugar más tarde lo llenan de un desencanto que, poco a poco, se irá acrecentando a lo largo de los años. Todas estas revoluciones y esas sucesivas tiranías van a echar por tierra, de manera lenta e irrevocable, sus sueños de juventud y sus ilusiones de antaño. En verdad, no ambicionaba para su isla natal,

al menos de inmediato, semejante independencia. ¿Y qué independencia digna de ese nombre podría dejar de reconocer las libertades humanas, el derecho más legítimo y más noble que emana de la personalidad misma del hombre? Si no fuera así, ¿qué sentido tendría luchar por ella?

El fracaso de Bravo provoca la desaparición de los escoceses y entonces, como los yorkinos ya no tienen a quién perseguir, esperan el fin del mandato presidencial de Guadalupe Victoria para dividirse entre conservadores y liberales. Entre los candidatos a la sucesión se presentan, por una parte, Gómez Pedraza, ministro de la Guerra, apoyado por sus amigos, afiliados a las logias yorkinas, y, por la otra, Vicente Guerrero, el vencedor de Bravo, apoyado por los antiguos insurrectos. Luego, Pedraza vencerá en las elecciones, pero los vencidos no aceptan el veredicto y se alzan en armas. Entonces, uno de ellos, Antonio López de Santa Anna, se apodera de un castillo en Jalapa<sup>11</sup> y se manifiesta en contra del presidente electo. Después de varios combates que se extenderán por tres días, Pedraza dimite, la Cámara de Diputados declara nulas las elecciones y nombra a Vicente Guerrero y al general Anastasio Bustamante como presidente y vicepresidente, respectivamente.

Por esa misma época, en Cuernavaca, José María tendrá a su primera hija, que nacerá en medio de dramáticos acontecimientos que tienen lugar muy cerca de él. Le pondrá el nombre de su adorada madre, María de las Mercedes, y confía en que vendrán días mejores para la niña y su joven esposa.

Y, como vicepresidente de la junta patriótica, aprovecha la conmemoración del *Grito de Dolores*,<sup>12</sup> el 16 de septiembre de 1828, para exponer, en un memorable discurso su credo cívico y político, y también, en cierta medida, su condena al movimiento revolucionario.

“La más noble prerrogativa de los gobiernos libres, es que la suerte de los hombres no depende en ellos sino de la ley universal e impasible. Nuestra misión es augusta y sublime. El mundo fija en América libre los ojos ansiosos de esperanza y debemos a la libertad del género humano la voz elocuente de nuestro ejemplo. Pero si en vez de paz, seguridad y abundancia, le presentamos facciones, guerra civil, terror y miseria; seremos la irrisión de los déspotas y mereceremos las maldiciones de la tierra en que nuestra insensatez afirmará para siempre la tiranía (...)

”Y tú Popocatepetl, gigante de la naturaleza, que en majestad silenciosa ves nuestro júbilo cívico y viste los triunfos sangrientos de Cortés, la pompa de los reyes aztecas y la inocencia de las tribus primitivas: ¡Volcán, escuchad el voto que parte de mis labios al trono de la Omnipotencia! ¡Que la independencia y libertad, obra de Hidalgo y de sus ilustres compañeros,

---

<sup>11</sup> Jalapa, capital del estado costero de Veracruz en la vertiente oriental de la Sierra Madre.

<sup>12</sup> *Grito de Dolores* o Grito de Independencia, Ángel Augier: *José María Heredia, Niágara y otros textos*, p. 244.

se conserven puras como la nieve que te corona, por tanto tiempo al menos como haya de existir tu mole eterna!”

Al mismo tiempo que la situación política no deja de empeorar, se entera de la muerte en Nueva York de Silvestre Alfonso, su gran amigo, enfermo de tuberculosis, y no puede sino asociar su desaparición con su llegada a Estados Unidos y sus primeros años de exilio, cuando, paralizado por el clima, había escrito en su Diario estas terribles palabras: “frío como la muerte”. Se acuerda especialmente de aquel último invierno neoyorquino de 1824-1825, cuando el frío fue de tal intensidad que víctima de un ataque de tuberculosis tan grave, por unos momentos pensó incluso que sucumbiría a esa enfermedad. Bien sabe que solo, en ese país donde se sintió de inmediato un extraño, sin la asistencia médica y moral de su amigo Silvestre, nunca hubiera tenido la fuerza suficiente para luchar contra el medio.

Las cartas de José María se tornan cada vez más sombrías y pesimistas. Una vez más, el joven coloca sus principios de libertad y de justicia por encima de sus sentimientos personales, confirma su posición de poeta liberal, si bien no llega a ponerse de parte de aquellos que defienden a los yorkinos. Y al mismo tiempo que ruge el cañón en las calles de Ciudad de México, lo nombran juez fiscal en el tribunal de la capital y se le asigna una vivienda en Tlalpan. Por otra parte, en ese momento, el rey Fernando VII, creyendo llegado el momento oportuno para recuperar ese virreinato, le pide al general Vives que envíe a México a cierto Barradas, pero en cuanto este último desembarca, se ve obligado a capitular. Y ante la victoria de las armas, José María escribe un poema a la gloria de la libertad, dedicado “A los mexicanos en 1829”. Luego le confía a Domingo del Monte que, privado de toda comunicación con sus amigos más queridos, sus compañeros de juventud, extraña los años aquellos en que vivía acunado por dulces ilusiones y realizaba tranquilos y agradables estudios. Pero como ese tiempo pasó definitivamente, ya no puede, en medio del tumulto de la revolución, rodeado de penosos compromisos, sino maldecir su funesto esplendor al pensar en esos instantes de inocencia y de felicidad para siempre perdidos. Y concluye con estas palabras: “Tomás Gener te habrá dicho que tengo una hija preciosa, que con su inocente madre hace el consuelo de mi vida”.

En junio es nombrado capitán de la compañía de guardias nacionales de la artillería de la ciudad de Tlalpan, para defender como militar el gobierno constituido y mantener el orden contra la anarquía; al mes siguiente, un drama personal viene a trastornar su vida privada. Es el primero de toda una serie que ya no se detendrá, a partir de ese instante, la muerte y la vida se confundirán para siempre. Ya no podrá ni tan siquiera diferenciarlas. Unos meses después de la muerte de su primera hija, su esposa dará a luz a su segunda hija. A pesar de esa conmovedora desgracia, sigue trabajando; edita una publicación periódica, *Miscelánea*, revista crítica y literaria, cuyo primer número sale en septiembre. No le preocupa su situación económica; nunca le ha interesado. Trata simplemente de olvidar sus temores, sus angustias. Y

ese trabajo periodístico que trata de realizar satisfactoriamente de manera paralela a sus obligaciones jurídicas, constituye en primera instancia una evasión. Para él no existe en ese momento preciso ninguna solución abordable; la huida no lo es; sobre todo, cuando no se tiene adónde ir. En todas las repúblicas de la América hispanohablante, la única elección posible está entre la anarquía o la dictadura.

Por ello siente cierto placer al escribir acerca de temas tan variados como *Los últimos momentos de Rousseau* y algunas reflexiones a propósito de su carácter y de sus *Confidencias*; después, sobre los poetas franceses modernos como Jacob Delille, Legouvé, Nepomuceno Lemercier o sobre personalidades históricas como Washington, a quien admira por sus principios inmutables de verdad y de justicia y por cierta grandeza filosófica que ve en él. Unas veces filosofa sobre los vicios de los hombres célebres, acerca del deseo incesante de superioridad propio de todos los mortales, sobre el orgullo inconmensurable que pretende establecer una distinción entre unos y otros y que los lleva a llamar la atención sobre sí mismos, y otras, observa sin indulgencia ese apetito insaciable del hombre, que anhela pasar a la posteridad. Más tarde escribirá incluso un ensayo sobre el *Werther* de Goethe, obra por la cual no vacila en expresar toda su admiración.

En noviembre nace Loreto, su segunda hija, y al mes siguiente publica, aunque todavía no podrá estrenar, su última tragedia en tres actos, *Los últimos romanos*, que siempre será juzgada de sospechosa por las autoridades mexicanas. De inmediato la dedica a su compañero de la *Tertulia*, su hermano masón, el doctor Hernández, muerto en la cárcel, envenenado según le han dicho. Como no tendrá más informaciones al respecto, desea al menos rendirle este último tributo. “¡Oh, Hernández! Los dos fuimos apóstoles y mártires de una santa causa, aunque tu sacrificio fue más tremendo (...) Al ver ultrajado mi nombre, y negados con befa indigna mis esfuerzos y padecimientos por Cuba, he recordado tu virtud, que impuso respeto aun al tirano, he pensado que me llamabas tu amigo, y me he acogido a tu sombra augusta contra el furor venal de los calumniadores...”.

Finalmente, cuando la obra está a punto de ser representada en el teatro, la retiran súbitamente de los afiches, debido a ciertos comentarios maliciosos. Según dicen contiene alusiones malignas contra el gobierno. José María rechaza de inmediato esas acusaciones, sin resultado, pues no resulta nada difícil replicarle que esta tragedia, que se desarrolla en el contexto de la Roma decadente, constituye una crítica mordaz de la sociedad mexicana contemporánea. Es la sombra de Bustamante, que ya proyecta sobre el país una política sanguinaria y reaccionaria. Se habla de una ola de terror desatada por sacerdotes y soldados que poco a poco irá ultrajando toda garantía legal de libertad. El régimen bloquea las aspiraciones de Santa Anna. La república parece pacífica, pero no hay que engañarse: se trata de la paz de los sepulcros.

Su madre ya no le escribe y, en medio de una gran inquietud por ese silencio, no llega a comprender que las autoridades de su Isla puedan

prohibir la comunicación entre dos seres humanos que sólo pueden confiarse penas espirituales. Al menos es lo que le pregunta a Domingo en una carta en la cual lo hace partícipe, además, de sus desvelos financieros, pues no solamente debe publicar tres o cuatro tomos de sus obras, incluidas poesías y tragedias, sino que al mismo tiempo tiene que cubrir las necesidades de su familia. Además, deberá viajar próximamente a Nueva York, aunque sea por unos días, para escoger los caracteres tipográficos para la edición y desea ardientemente que esta constituya un éxito y ique, a falta de rehabilitación, estos escritos puedan contribuir a la gloria literaria de Cuba!

Al año siguiente defiende el gobierno construido; está a favor del orden y contra la anarquía de la revolución. Esta actitud rigorista le servirá para obtener un cargo público. No vacila en apoyar al sucesor del presidente Victoria, al general Vicente Guerrero, contra el cual en ese momento se rebela Anastasio Bustamante, quien desea ocupar la presidencia. Una vez nombrado funcionario interno del Tribunal de Toluca, redacta un proyecto de código penal, el primero que se escribe luego del fin de la dominación española, y se le propone, incluso, presidir el tribunal para los exámenes de abogado que tienen lugar en esa ciudad. De inmediato publica un nuevo periódico, *El Conservador*, que no anuncia, como su título pudiera sugerir, un cambio ideológico de su parte, sino, por el contrario, una mayor devoción por la libertad.

En ese momento se entera de que el tribunal de La Habana lo ha implicado en La Conspiración de la Gran Legión del Águila Negra,<sup>13</sup> y lo ha condenado a muerte y la confiscación de todos sus bienes por el cargo de “correspondencia criminal”. Este veredicto le parece injusto y desmesurado, pues, por esa época, no sólo pensaba que el pueblo cubano no estaba aún moralmente listo para participar en semejante complot, sino que, como el padre Varela, creía que, para desarrollarse, la obra independentista debía ser llevada a cabo por los propios cubanos, sin intervención extranjera, por muy amistosa que esta fuera!

En ese penoso contexto nace, en el mes de julio, su tercera hija, Jacoba Francisca Julia, que viene al mundo dos años después del deceso de su primera hija, María de las Mercedes, y del nacimiento de la segunda,

---

<sup>13</sup> Esta conspiración se fundó en 1826 por antiguos miembros pertenecientes a los yorkinos y que se apoyaba en los planes de los generales mexicanos Guadalupe Victoria y López de Santa Anna. Con la ayuda de México, estos masones se organizaron como fuerza conspiradora y pronto tuvieron ramificaciones en La Habana y otras provincias cercanas. Pero, una vez descubiertos por el capitán general de la Isla, Dionisio Vives, La Gran Legión del Águila Negra no pudo subsistir por mucho tiempo. Se decía, sin embargo, que estaba mejor organizada que la de los Soles y Rayos de Bolívar, dado que las autoridades coloniales nunca pudieron echarle mano a la mayoría de los conjurados y tampoco lograron saber quién era su jefe. No obstante, condenaron a muerte a seis de sus miembros, entre quienes se encontraba el poeta Heredia, que entonces residía en México, pero cuando nació Isabel, la hija única de Fernando VII, éste les perdonó la vida.

Loreto. De esta forma, una vez más, la vida precede o viene tras la muerte. En septiembre, la Junta Patriótica de Toluca le solicita que pronuncie el discurso conmemorativo de la independencia mexicana. Renueva con gran convicción su respeto por la Constitución y las leyes, la justicia sin privilegios y la maldición para los culpables. Sus críticas ya no serán veladas, pues acusará abiertamente a Facio, ministro de la Guerra, de perseguir ilegalmente a su amigo Quintana Roo. Y en ese clima de inquietud no vacila en escribir sus *Lecciones de Historia Universal*, que retoma y completa añadiendo los *Elementos de Historia* del escritor inglés Tytler; luego trabaja en la edición de esos cuatro volúmenes.

Aunque sabe que no podrán circular libremente en Cuba, concluye paralelamente la segunda edición de sus *Poesías*, para lo cual cuenta con la ayuda de su esposa. Tampoco tendrán la suerte de ser distribuidas en México, debido a la guerra civil que amenaza el país y que pronto absorberá toda la actividad nacional. Pero Heredia cree de buena fe que la derrota de Bustamante va a significar el triunfo de sus ideales, que invoca con todo su corazón en sus discursos conmemorativos del Grito de Dolores, ya sea en Cuernavaca o en Toluca. En el prefacio, él mismo explica que el torbellino revolucionario por el cual se ha dejado llevar, le ha permitido recorrer en poco tiempo una vasta carrera. “Con más o menos fortuna —precisa— he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta a los veinticinco años. Todos mis escritos tienen que resentirse de la rara volubilidad de mi suerte. La nueva generación gozará días más serenos y los que en ella se consagren a las musas, deben ser mucho más dichosos”.

Reúne sus poemas en dos tomos: en el primero incluye primero los poemas amorosos y las imitaciones; en el segundo aparecerán más bien los poemas filosóficos y descriptivos, lo que él denomina sus “poesías patrióticas”, que comprenden todos sus textos relativos a Cuba y a los demás países latinoamericanos. No desea limitarse a su vocación poética, que no es un fin en sí misma, sino un medio para expresar las angustias y las esperanzas de este hombre de América, que salió a la conquista de un modo de vida orientado hacia una mayor libertad y una mayor justicia. Y junto a sus obras dramáticas, mayormente inspiradas en autores extranjeros y en las cuales exalta la libertad y condena la tiranía, José María le concede mucha mayor relevancia al civismo del cual se hallan impregnados todos sus discursos y artículos periodísticos.

Después viene el momento en que, como antes su padre en Venezuela, José María tendrá que huir de la guerra y de los rebeldes, acosado como una fiera por bosques y colinas. Recuerdos dolorosos vienen a su memoria y le parece volver a ver a su hermano Rafael, víctima inocente de estos hombres que no se arredran ante nada. Perseguido por sus enemigos, tendrá que alejarse por un tiempo de su esposa, la cual recibe por su parte vejaciones e injurias. La guerra le permite entonces iniciar una amistad muy

especial con el general Antonio López de Santa Anna y compartir la misma habitación con el jefe de los rebeldes. Una vez más ilusionado, el poeta cree todavía que coinciden en intenciones y principios, y gracias a esa intimidad, pues se convierte en su hombre de confianza, conocerá poco a poco, durante discusiones permanentes y cotidianas que tienen lugar tanto en las tertulias como en reuniones improvisadas, a todos los principales actores de la revolución. Pero su gran ingenuidad, característica de todos los idealistas y románticos, por desgracia no le permite calcular con justeza la perfidia de las gentes que lo rodean.

Una vez que termina la guerra es preciso proceder a nuevas elecciones. El Estado mexicano le encomienda, junto a su amigo Quintana, cooperar con el presidente en vistas de reorganizar la república. Pasa un mes y Heredia, que ha aceptado servir a su patria adoptiva creyendo que le sería posible reestructurar la nación sobre bases de libertad y justicia, renuncia súbitamente a su importante posición. Todos los cambios que podían imaginarse le parecen sólo simples movimientos burocráticos. Ya no le quedan muchas ilusiones y no es, además, el único que alberga dudas. A partir de ese momento, un gran número de ideólogos empiezan a criticar abiertamente la creciente desigualdad de la distribución de las riquezas y la expoliación cada vez mayor de quienes nunca han poseído nada. Para él es el fin de un sueño y la confrontación con la dura realidad del momento.

Rompe bruscamente todo vínculo y relación con este general, transformado en presidente de los Estados Unidos Mexicanos, elevado a la más alta investidura del país, lo que equivale para él a un suicidio político y le escribe a su madre: “Desde sus atentados de 1834 nos hemos extrañado uno de otro, y si se acuerda de mí es para aborrecerme sólo porque no apruebo sus yerros y felonías, como la turba de parásitos que le rodea”. Elegido a la 5ª Legislatura del Estado de México y de inmediato criticado por no poseer la ciudadanía mexicana, José María rechaza el cargo y lo nombran primer secretario. Es una forma que tiene de participar en numerosos debates sobre la defensa de las leyes, sobre la Constitución y la justicia. Y cuando pretenden declarar Benemérito de la Patria a su amigo Santa Anna, se opone ferozmente, proclamando que sólo la posteridad puede atribuirle a un ser humano, quienquiera que sea, ese tan elogioso título. Finalmente, cuatro meses más tarde, renuncia de manera definitiva a ese cargo y se vuelve una vez más hacia el periodismo; edita y dirige la revista literaria *Minerva* de la cual sólo saldrán unos 30 números.

Poco a poco va viendo que el paisaje político de su patria de adopción se transforma y entra en uno de los períodos más difíciles desde el momento de su independencia. Santa Anna, ese general sobre el cual cifraba tantas esperanzas, se ha transformado en una veleta política, incapaz de asumir las reformas que se emprenden; en particular, la concerniente a la religión, una de las más difíciles de enmendar. Abandona la presidencia, luego la



retoma y se vuelve, para todos aquellos que veían en él a un salvador, en el individuo de donde provienen todos los sufrimientos y todas las persecuciones. Es un hombre sin credo ni convicción, sediento de poder, sin otro fin u objetivo que su pasión por el lujo y su afición a las peleas de gallos. El que tuvo la república entre sus manos, desde la rebelión contra Itúrbide hasta la Reforma, lleva ahora su país al abismo. Impone una dictadura suficientemente fuerte como para permitirle asegurar la tranquilidad y la paz del país, ipero a qué precio! E incluso si libera a los presos políticos y recomienda el regreso de los expatriados, ilos que quieren irse son más numerosos que los otros!

José María es uno de estos; ya no tiene deseos de vivir en México, país donde el nacionalismo triunfa en todos los sectores y donde la dictadura de Santa Anna, cada vez más implacable, termina por desencantar a otros estados como el de Texas,<sup>14</sup> que solicita su independencia. Todos los cargos de gobierno están ocupados por mexicanos de nacimiento; reina la corrupción, el país está arruinado y sólo circula la moneda de cobre, una gran parte de la cual es falsa. Por ello, al saber que la reina María Cristina ha decretado la amnistía para los opositores, piensa seriamente, por primera vez desde que vive en el exilio, regresar a La Habana, como piensa también su amigo, Tomás Gener.

En mayo redacta un manifiesto contra el régimen centralista que el actual gobierno pretende establecer y logra la firma de todos sus vecinos y conocidos de Toluca. Desgraciadamente se da cuenta de que es demasiado tarde para cambiar el curso de los acontecimientos y no puede sino constatar el deterioro de los valores revolucionarios que hicieron nacer esa república en la cual había cifrado tantas esperanzas. Ante el poder excesivo y la pérfida agresividad de todos esos jefes y ante las inquietudes y dificultades que encuentra, se confía a Tomás Gener en el verano.

“Si, amigo, ya no es posible que un hombre de bien viva en este desgraciado país. Las revoluciones se suceden unas a otras con tal rapidez que sólo vivimos en un torbellino de angustias y temores. ¿Fue acaso terrible locura, o un generoso intento de mis años mozos, cuando soñé fundar la República de Cubanacán en la tierra que amo tanto? Nunca se me ocurrió, a pesar de haber visto en Venezuela los extremos bárbaros de la guerra a muerte, que estos países abandonen la tutela de España por la aventura de perpetua anarquía. Yo mismo fui Secretario de Santa Anna, le seguí con graves riesgos de la propia vida, y le he visto cambiar, en menos de cinco años, de la extrema izquierda a la derecha exagerada, como si las doctrinas políticas fueran simples trajes de ocasión para vestir a capricho (...) Ya México, desangrado, empobrecido, no es sombra del México virreinal

---

<sup>14</sup> El estado de Texas, perteneciente del virreinato de la Nueva España, logró su independencia en 1821 y luego de rebelarse contra Santa Anna se convierte en una república independiente en 1836, antes de ser anexado a Estados Unidos en 1845.

que conocí junto a mi padre, ni menos el de otras épocas, de comienzo del siglo XIX, bajo el pacífico gobierno de España—”. Y concluye su extensa carta diciéndole: “En tales circunstancias, cuando por momento espero la supresión del tribunal en que sirvo y tengo pocas ganas de solicitar el favor de servir otro destino sin sueldo, he pensado seriamente en volver a mi patria”.

Lamentablemente, la amnistía no se decreta para todo el mundo y Miguel Tacón, capitán general de la Isla, le niega el derecho de regresar a su país natal. A inicios de septiembre, el nacimiento de su primer hijo viene a iluminar su inmensa tristeza; le pondrá José Francisco en homenaje a su padre. Esos pocos instantes de felicidad que le procura la paternidad le devuelven un poco de vida. Y cuando pronuncia su discurso en la Gran Plaza de Toluca, el 27 de septiembre de 1834, para conmemorar la independencia mexicana, acontecimiento que no ha celebrado desde hace ya tres años, no cesa de recordarles a sus conciudadanos los nombres impercederos de Hidalgo y de Allende, ese humilde ministro del culto y ese oficial subalterno que se unieron a algunos patriotas para proferir el grito de independencia aquel 16 de septiembre de 1810, ante los habitantes de esa localidad. Y concluye diciéndoles: “Conciudadanos, jamás olvidemos que la justicia es la base de la libertad; que sin justicia no puede haber paz, y sin paz no puede haber confianza, ni prosperidad, ni ventura (...)”

”Temblemos a la sola imagen de la guerra civil, el más funesto azote que pueda lanzar al mundo la cólera del cielo (...)”

”¡Ojalá este día glorioso, en que celebramos el aniversario de la insurrección nacional, sea el último de nuestra discordia! Los padres de la independencia, los héroes cuya gloria conmemoramos ¿no reclaman hoy desde las mansiones eternas alguna retribución por su tremendo sacrificio? (...)”

”La era nueva que se abre a la nación, borrarán los infortunios de las precedentes (...)”

”Sabiduría nos guiará en el camino del bien; todos seguiremos sus huellas y pondremos base firme a la dicha nacional, elevando un templo indestructible a la reconciliación y a la concordia”. Es la más anhelada aspiración del poeta.

Al mes siguiente es nombrado rector del Colegio de Estado, antiguo Instituto Literario y acepta este cargo con gran alivio. Abre de inmediato cátedras de Jurisprudencia, Gramática Latina, Inglés y Francés, enseña Historia Antigua y Moderna, y redacta el reglamento provisional del Colegio. A partir de entonces pasa la mayor parte del tiempo en su biblioteca, que encierra un verdadero tesoro, reserva preciosa y única de autores antiguos, de poetas y de historiadores. Allí cohabitan Virgilio, Horacio, Lucrecio, Catulo, Ovidio, Tácito, César, Suetonio, biógrafo de los emperadores romanos; Tito Livio y el poeta dramático Terencio. Estas excepcionales obras constituyen la base clásica de su cultura, transmitida al mismo tiempo por Tomás Correa, su maestro de latín en Santo Domingo, pero también, evidentemente, por su padre. No ha olvidado los tiempos de su juventud, cuando se entretenía

traduciendo pasajes enteros de los cantos de la *Eneida* de Virgilio y las odas del poeta latino Quinto Horacio Flaco, pues estos textos antiguos constituían principalmente para él una forma de comprender el mundo, icuando sólo contaba con 16 años! Acomete también la traducción de ese largo poema descriptivo del jesuita Rafael Landívar, autor de fines del siglo XVIII, que había referido en latín los usos y costumbres de México en un libro intitulado *Rusticatio mexicana*. Y justamente, los dos pasajes que decide traducir: “La muerte del toro” y la “Pelea de gallos”, le permiten expresar sin ambages su resentimiento contra la brutal agresividad de España, la cual, tras la fachada espectacular de esos juegos, busca sólo enmascarar toda la barbarie colonial de la metrópoli.

Y cuando se entera de que su amigo Tomás Gener ha regresado a Cuba el 22 de octubre de 1834, aclamado en los muelles por una entusiasta multitud de ciudadanos, sus ojos se colman de lágrimas. No solamente el gobernador de la ciudad, vestido con su traje más elegante lo ha saludado, sino que se hizo acompañar de un grupo de músicos y hasta se dispararon salvas de artillería en su honor. Esa acogida lo ha perturbado y no puede dejar de evocar un pasado que todavía le duele. Entre los exiliados cubanos que tan calurosamente lo habían acogido en Nueva York, había dos: el padre Félix Varela y su amigo Tomás Gener. Pero si el primero había decidido no regresar a Cuba mientras la situación no hubiera cambiado, el segundo, en cuanto se promulgó la ley de amnistía, solicitó la autorización para regresar a su patria y fue en efecto uno de los primeros en hacerlo. Mas, lo que sorprende a José María es la amplitud de las manifestaciones que tuvieron lugar en La Habana para recibirlo como a un héroe, pues le contaron que el mismo Tacón, luego de haberlo invitado a almorzar en el Palacio de los Capitanes Generales, dio un banquete público en su honor que se realizó en El Tívoli, su casa de campo.

Al mes siguiente, al borde de la depresión, le confirma a su madre su decisión de regresar a su país, pues ya no puede seguir viviendo en esa patria de adopción. No solicita ningún favor personal, sino únicamente la protección de la ley.

El año de 1835 será para José María un año fatal, jalonado por la muerte. Primero por la más pequeña de sus hijas, Jacoba Francisca Julia, que ni tan siquiera llegó a festejar su cuarto año de vida y luego, dos meses más tarde, la de su hijo único, fallecido a la edad de diez meses. El mes de julio suele traer sorpresas, buenas o malas... Entonces se dirige a Ignacia, su hermana preferida, a quien confía ese infinito dolor que lo abate con una crueldad hasta entonces jamás experimentada: “Lejos de tener las grandes miras políticas que se digna a atribuirme el general Tacón estoy tan harto de revueltas, que sólo aspiro a salir de aquí (México) y vivir aunque sea pobremente donde haya quietud y paz. Sí, hermana querida, nos veremos en el magnífico Nueva York... y admiraremos a aquel país, los bienes sublimes de la ilustración y la libertad”.

Sabe que nada podrá frenarlo en su deseo de volver a ver a su madre antes de morir y en ningún momento se detiene a pensar en los obstáculos con los que tropezará. Pero el viaje de su madre no se efectuará, pues el día en que decide adquirir su pasaje a Nueva York, le escribe, desesperada, que le han prohibido salir de Cuba. Y en esa misma ocasión le envía el retrato de ella que desde hace algún tiempo su hijo desea poseer. Sin esperar un momento le responde que conserva su imagen junto a él, en su habitación, en su mesa de noche, para tenerla siempre presente ante sus ojos y le dice también: “Sin duda está parecidísima, y yo la hubiera conocido, a pesar de las inevitables alteraciones consiguientes al curso de los años (...) Todos los días lo enseñé a mis hijos, mientras llegue el tiempo anhelado de que conozcan a Sumd. y la amen y acaricien personalmente. Adjuntos hallará (...) unos versos que me han inspirado el corazón, que aunque carecen de adornos poéticos, serán preciosos para una madre”.

En efecto, en ese poema, fechado en enero de 1836 y que titulará “Al recibir el retrato de mi madre”, dará rienda suelta a su desesperación al recordar los labios que tantas veces, con tan tierno afecto, depositaron el santo beso materno sobre su bendita frente. Luego, haciendo evidentemente alusión a la respuesta negativa del general Miguel Tacón, en la cual le anunciaba que no estaba entre los favorecidos por la amnistía concedida por la reina María Cristina en 1833, deja estallar su cólera y su rencor hacia el insolente sátrapa que oprime y humilla a la desventurada Cuba: “¿Quién habrá tenido la bondad de prevenir contra mí al Sr. Tacón, para que me cierre las puertas de mi patria?”

El golpe que recibe por esa negativa le resulta tan duro, que José María decide tomar, como último recurso, la única vía posible para volver a ver a su mamá antes de morir. Le escribe directamente al capitán general para pedirle que le permita pasar sólo unos días en compañía de su madre y de sus hermanas. Temiendo que la carta no llegue a manos de Tacón decide hacerla llegar por intermedio de una personalidad reconocida, y ¿por qué no el padre de Pepilla, su antigua novia, quien se ha casado con Lorenzo de la Somera, ayudante de Tacón? José María piensa, analiza, sopesa la situación, las consecuencias de su acto y no ve nada de malo en ello; la mano no le tiembla, se sabe puro y en realidad lo es. No reniega de ninguna de sus ideas, no se retracta, no abjura, pues piensa que la hora de la independencia todavía no ha llegado; llegará —está seguro de ello—, pero ese momento está todavía como en suspenso. Los cubanos aún no están listos para defender esa noble idea. Sabe que en su país todavía no reina ese clima de superioridad moral que les permitiría tomar las armas y sacrificar la vida si fuera necesario.

Reflexionará durante largo tiempo. Para que el general Tacón lo autorice a visitar su Isla natal, es preciso de entrada tratarlo cortésmente, exponer con claridad las razones de su viaje, referirse a la reputación que tiene de haber sido generalmente honrado y gentil con su pueblo. ¡Repu-

tación que en ningún momento implica que lo sea en realidad! Después deberá confirmarle que su estancia no persigue por el momento ningún objetivo revolucionario, lo que tampoco quiere decir que renuncie a ello, sino que por el momento se encuentra alejado de ese tipo de actividades. Después de hacer madurado suficientemente esa idea y reflexionado por largo tiempo, pone en ejecución su proyecto el primer día de abril de 1836. En estos términos redactará esa famosa carta: “he resuelto dirigirme a V.E. animado a dar este paso directamente y sin buscar empeños, por la fama de su carácter íntegro, franco, caballeroso. Se me asegura que V.E. expresó saber que mi viaje tendría un objeto revolucionario, por lo que no dudo que sus informantes me han calumniado cruelmente. Es verdad que ha 12 años, la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos y que por conseguirla habría sacrificado gustoso toda mi sangre. Pero las calumnias y miserias que estoy presenciando hace 8 años han modificado mucho mis opiniones, y vería como un crimen cualquier tentativa para transplantar a la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano. Además, si mi insignificancia no me protege contra tal sospecha, doy desde luego mi palabra de honor de no mezclarme en asunto político mientras permanezca en Cuba, si se digna permitirme que vuelva a ella (...)

”De esta manera unirá V.E. en mi alma un sentimiento de gratitud personal al de estimación que han excitado en ella los beneficios que su administración íntegra y firme ha dispensado a mi patria”.

El 6 de mayo, como si el envío de ese mensaje le proporcionara cierto alivio y un poco de esperanza, nace su segundo hijo, el único que está predestinado a vivir; han transcurrido apenas dos años de la muerte de su hermano mayor. Lo bautizará con el nombre de José de Jesús<sup>15</sup> y como señal premonitoria, este niño será el único testigo que sobrevivirá a toda su familia: a sus padres, a sus hermanas y, mucho más tarde, a sus dos primos, Severiano y José María, hijos de sus tíos Ignacio y Domingo! Poco después, el 16 de septiembre, como cada año, pero por última vez, pronuncia el discurso de conmemoración de la independencia mexicana en la plaza central de Toluca y se dirige a sus conciudadanos en estos términos: “Por tercera vez tengo el honor de hablaros en esta solemnidad patriótica, sin que me hayan conducido a este lugar la presunción ni el orgullo. El mandato del poder y el empeño de la amistad, en combinación irresistible, han querido que mi débil voz contribuya a una festividad improvisada; y el término de breves horas ha sido insuficiente para formar un discurso digno de vosotros, y encomendarlo a una memoria enflaquecida. Me será, pues, forzoso abandonarme a las simples inspiraciones del momento actual, apelando a vuestra indulgencia.

(...)

---

<sup>15</sup> José de Jesús, hijo de José María Heredia, nació en México el 6 de mayo de 1836 y murió en La Habana el 18 de noviembre de 1923.

"El 16 de septiembre de 1810 fue señalado por la providencia divina para presenciar la resurrección política de un gran pueblo. En este día, para siempre memorable, empezó la lucha tremenda, que terminó por elevar a México al rango de las naciones. Los ilustres Hidalgo y Allende, nombres enlazados irrevocablemente con la independencia mexicana, lanzaron el terrible grito, que hizo sacudir al Anáhuac un sueño de trescientos años (...) La voz majestuosa de un pueblo los aclama libertadores y mártires; y el cadalso erigido al patriotismo por la tiranía, es el altar más glorioso de la virtud (...)

"Si los resultados no han correspondido hasta aquí a tan brillantes esperanzas, no es culpa de los padres de la independencia, sino de los hombres alucinados o pérfidos que han abusado de la libertad que les confirió este don precioso, para labrar la desventura de su patria (...) pero facciosos, incapaces de llegar a él a la altura que ambicionaban, han querido lograr sus fines con la violencia, la injusticia, la rebelión y las proscipciones, minando así los cimientos de la sociedad".

Y con voz apasionada interpela directamente a ese pueblo que lo escucha: "Pueblo, cuya perfectibilidad y ventura han sido en todos los climas y tiempos el sueño divino de las almas elevadas y generosas, tu candor y crédula docilidad han sido tus mayores enemigos. Decídmelo, conciudadanos, vosotros que pertenecéis a las clases más humildes y menesterosas, que tantas veces habéis expuesto la vida o derramado vuestra sangre en los campos de batalla (...) ¿qué fruto habéis sacado hasta aquí, sino el crimen y la vergüenza de haber contribuido a la desolación de la patria? (...)

"Conciudadanos: medita los sublimes deberes que os impone este día (...) Abjurad los funestos rencores que tantas veces han ensangrentado a la república (...) recordad el holocausto generoso de los héroes que hoy conmemoramos, y que vertieron toda su sangre en los campos y patíbulos, por compraros el derecho de ser libres y dichosos. Jurad que no haréis inútil su muerte, y la de tantos y tantos mártires; que todo lo sacrificaréis a la patria, y este voto patriótico merecerá la aprobación y la sonrisa del cielo".

Quince días más tarde, invitado por el pintor inglés Sawkins, que se halla de paso por México con el objetivo realizar la ascensión del glaciar de Toluca, José María olvida su inmensa fatiga y su estado depresivo y acepta acompañarlo en esa excursión.

"A las cuatro de la tarde salimos para la hacienda del Veladero, situada a la falda oriental del volcán, y distante cinco leguas de Toluca. Allí pasamos la noche y debimos las mayores atenciones a su administrador (...)

"El 2 de octubre, a las seis de la mañana, partimos acompañados del señor Iniesta y tres o cuatro sirvientes. La subida es al principio suave; pero muy luego se vuelve áspera y pendiente, prolongando sus vueltas y revueltas en un bosque de pinos gigantescos, al parecer interminable. Como a las dos horas de marcha, dejamos atrás hacia la derecha las cumbres peñascosas y perpendiculares del cerro nombrado Tepehuirco, y desde una altura igual

o superior a la de la cordillera que divide los valles de México y Toluca, distinguíamos ya por entre los árboles las cimas nevadas y majestuosas de Popocatepetl e Iztaccihuatl, cuando las sinuosidades de la vereda nos permitían mirar al Oriente (...)

”Entonces pudimos disfrutar en toda su grandeza la vasta perspectiva que ofrecía la mitad del valle de Toluca y el aspecto sublime de los pinos altísimos y desnudos que coronan el cráter del volcán (...)

”Hallábame suspenso a unas 5 230 varas sobre el mar, y a más de 3 000 respecto de Toluca; elevado sobre los límites de la vegetación y la vida; sentado en una peña que probablemente soportaba por primera vez el peso de un cuerpo humano (...) Mi asiento era el borde de un volcán; por todas partes percibía en rastros evidentes y tremendos la acción de un fuego apagado por el transcurso inmemorial de siglos y siglos...”.

Y ante esos sublimes paisajes, José María exclama: “¡Oh, cómo se anonadan las glorias y afanes fugitivos de la débil mortalidad ante estos monumentos indestructibles del tiempo y la naturaleza!... Por primera vez había llegado a tan estupenda altura, y es probable que no vuelva a recibir iguales impresiones en el intervalo que me separa del sepulcro”.

El espectáculo ha impresionado tanto al poeta, que no puede evitar la descripción de todo lo que ha visto: las montañas circulares a 800 000 pies de altura, cubiertas de arenas y cenizas blancas, azuladas, negruzcas o rojas; los lagos cuyas cristalinas y profundas aguas le recuerdan el océano, aunque se halle a 15 000 pies sobre el nivel del mar; las orillas, cubiertas de pequeños fragmentos de piedra pómez, de pórvido y de lava, mezclados con arena y entre los cuales también encuentra algunos insectos pertenecientes a la familia de las libélulas, únicos seres vivientes que pueden encontrarse en esas desoladas regiones, si se exceptúan algunos cuervos que vuelan sobre su cabeza y cuyo fuerte graznido repercute como un eco. Entonces, como todos aquellos que a través de los tiempos siempre han buscado la divinidad y han encontrado un sentido a la vida ante los sublimes altares erigidos por la naturaleza, José María sueña. Durante mucho tiempo recordará esos dos días de su breve existencia en que pudo compartir los grandes y prodigiosos misterios de este mundo: el primero, cuando quedó mudo a los pies de la catarata del Niágara y el segundo, cuando subió a la cumbre del Toluca.

Finalmente, el 28 de octubre, José María jamás lo olvidará, es el día más bello de su vida: embarca en Veracruz con destino a La Habana en la fragata inglesa *Pandora*. La travesía es un encanto durante la cual se gesta su oda “Al Océano” y, de repente, se avizora en el horizonte la frágil silueta del faro y la imponente fortaleza de El Morro. Estamos a 5 de noviembre de 1836 y el alba que se vislumbra anuncia esperanza y alegría.

## 1836-1839

### Nacimiento del Pardo y muerte del poeta

La fragata todavía no ha franqueado el paso, ese estrecho canal que da acceso a la bahía, y ya todo se metamorfosea alrededor del poeta. El sol hace resurgir desde el fondo de su memoria viejas imágenes del pasado que pronto se superpondrán a esos monumentos de la ciudad que, poco a poco, va descubriendo entre la calurosa bruma. La embarcación aún se desliza suavemente entre el vetusto castillo del Morro y el de la Punta antes de anclar en el puerto. El poeta se deja llevar por un ensueño: ¿y si todo no fuera más que una ficción? Ahora, la ciudad le pertenece. Hay una multitud en el embarcadero. No busca a nadie, tampoco espera nada de este regreso inopinado, que ya sabe que no agradará a todos. Lo único que ocupa su mente en ese instante es abrazar a su madre, a sus hermanas y a su tío.

Sin embargo, entre los pequeños grupos de jóvenes que han venido a recibir a los pasajeros, de pronto nota la silueta de su amigo Domingo del Monte. Y ya se prepara para estrechar en sus brazos a quien fuera su camarada de la adolescencia, ese compañero de estudios, ese amigo que un día dejara detrás, como había dejado la patria, sin vacilar en sacrificar por ella felicidad, salud y futuro. Pero las formalidades políticas y aduaneras del desembarco se prolongan más de lo previsto y cuando pone su pie en la tierra natal, ya el amigo no está allí. Durante mucho tiempo lo busca con la mirada. Por un breve instante se ilusiona con la idea de que, tal vez, sea porque ha adelgazado tanto y se encuentra tan pálido que Domingo no haya logrado reconocerlo luego de 13 años de ausencia. Casi exactamente 13 largos años. ¿Habrà cambiado tanto —se pregunta ansioso— como para pasar inadvertido entre el tumulto de pasajeros o será que un detalle de su personalidad, de su físico o de su alma atormentan mucho más el alma de su viejo amigo? ¿Será su estado tan lamentable que ni tan siquiera se atreve a darle un apretón de manos o simplemente será la Academia la que, con su espíritu de claustro, ha dado la consigna de alejarse de este poeta como si padeciera de una enfermedad contagiosa... o como si fuera un traidor, implicado en esa Conspiración que le es ajena... a menos que la causa sea la carta dirigida a Tacón, que todos se precian de conocer, pero que en realidad nadie ha tenido tiempo de leer?



Las razones de esta frialdad son diversas y cada uno tiene las suyas. No obstante, José María ya ha comprendido todo. Presiente que los miembros de la Academia —esto es, los de la tertulia de Del Monte— han erigido un muro de silencio en torno al poeta exiliado... en torno a su llegada. Sus más fieles amigos ya han muerto, los otros se han perdido en medio de sus mentiras o de su hipocresía. Tomás Gener es el único que queda.

Eso lo entristece tanto más cuanto José María viene a esta tierra en busca del aire y del sol que le faltan para poder seguir viviendo. Después de haber tratado de calmar su mente, asaltada por malos pensamientos, decide ir a La Habana a ver a su amigo en su casa. No entiende su ausencia; sin embargo, está seguro de haberlo visto hace algunos instantes en algún lugar en el puerto, cerca del embarcadero, entremezclado con la turba de habaneros que esperaban quién sabe que o a quién, a un desconocido, a un ser querido, ¡qué más da! El más mínimo gesto de buena educación de un insular para con cualquier viajero que desembarca en su país, por demás muy célebre a causa de su hospitalidad, ¿no es en primer lugar venir a saludarlo y darle la bienvenida?

Irá pues en dos ocasiones a la casa de Domingo del Monte y solicita hablar con él; en las dos ocasiones le responden cortésmente, pero sin deferencia alguna, que no se encuentra en casa. No obstante, sabía muy bien que José María llegaba ese día y no lo había esperado. ¿Estaría ya en camino hacia Matanzas? Dedicarle sólo unos minutos a su amigo, luego de 13 años de espera... ¿Era mucho pedir? Le hace daño lo absurdo de semejante comparación. ¡Al parecer, el tiempo no pasaba de igual forma para todos! No quiere sacar conclusiones para no echar a perder un solo instante de la felicidad que le proporciona el regreso a su país natal.

Después de una noche pasada en La Habana, parte de madrugada en dirección a Matanzas. Y cuando el sol comienza a salir por el horizonte ese 6 de noviembre de 1836, ya se está echando en brazos de su madre, frágil silueta minada por la enfermedad, luego besa a sus hermanas, Rafaela, Dolores y María Concepción, y todavía con mayor ternura abraza a Ignacia, su cómplice de tantos años, que se ha casado durante su ausencia y que acaba de tener un hijo, Antonio. Absorbe con avidez todo ese amor contenido, retenido durante tanto tiempo, como si buscara un reencuentro con sus propias fuentes, beber hasta la saciedad y no perderse nada de lo que puede disfrutar hoy y que mañana ya no estará a su alcance. Aquí, el tiempo no tiene medida, se vive el acontecimiento a plenitud. La acogida de los habitantes de la ciudad resulta tan calurosa, que la desconcertante actitud de su amigo en la mañana del día anterior pronto ocupa un segundo lugar. Se reservará las reflexiones para más tarde y hasta el último momento tendrá tiempo suficiente para analizar las circunstancias de su llegada y las razones que lo conducirán a romper de manera definitiva con esa vieja amistad. Los matanceros ven ante todo en este poeta enamorado de la libertad al hijo de la ciudad y lo cubren de elogios por todo el amor

que ha ofrecido a su patria, y para agasajarlo deciden llevar a la escena una vez más su *Atreo*, tragedia que interpretará el gran actor Rafael García.

En realidad, la sola presencia de Heredia esa noche es ya un espectáculo; llama la atención del público mucho más que la obra misma, inspirada en un autor francés, Prosper Jolyot de Crébillon. Quieren escribir su nombre en la butaca que ha ocupado esa noche y esos honores irritan un poco al poeta, quien no desea en lo más mínimo que se hable de él ni en Matanzas ni en La Habana y mucho menos suscitar demostraciones de simpatía hacia su persona. Sabe muy bien que toda manifestación popular, en ocasión de su paso por la Isla, se interpretaría por el gobernador general Tacón como una ofensa o un gesto subversivo de su parte y, sobre todo, no desea echar a perder la posibilidad —si Dios le da vida suficiente— de regresar alguna otra vez a su país para abrazar a su madre a quien tanto ha añorado durante el exilio.

Pero su alegría no hubiera sido completa sino hubiera ocurrido el reencuentro con su tío Ignacio, con quien había compartido de niño y luego de adolescente, en Matanzas, muchos momentos de alegría hasta su partida precipitada, disfrazado de marinero, aquella triste noche de noviembre de 1823. De hecho, desde su partida no había pasado un solo día sin que la imagen de su tío estuviera presente en su recuerdo, tanto desde las lentas horas iniciales del exilio como durante su éxtasis ante las cataratas del Niágara, o en Toluca: siempre estaba allí con él, en sus penas de amor, en sus combates, en sus ilusiones y decepciones.

Y entonces, dos días después de su llegada, le toca al tío Ignacio vivir un gran momento de felicidad con su sobrino. Viene a anunciarle el nacimiento de su ahijado, Severiano, *el Pardito*, nacido libre. Su madre, una bellísima mulata, según le dice, se llama Brígida Laura. Por el momento no le dirá nada más. El niño nació ese 8 de noviembre en La Habana, pero no pudo asistir a su bautizo debido a determinados asuntos que lo retienen en Matanzas. Delega entonces en su amigo, don Manuel Bernal, para que cargue al niño ante la pila bautismal y la ceremonia tiene lugar en el barrio de sus padres, en la pequeña iglesia de Jesús del Monte, desde cuya terraza se disfruta de una magnífica vista que domina los tejados de las abigarradas casas que descienden hasta el mar sin orden ni concierto. Muy pronto, Ignacio referirá a José María cuáles son sus proyectos. Tiene pensado que un poco más adelante el niño y la madre vengán a residir al cafetal matancero Jesús María, pues desea ocuparse de inmediato de su educación. El solo nombre del cafetal es ya tan evocador para el poeta, que presente de inmediato que el pequeño tendrá un destino fuera de lo común.

Era apenas ayer cuando José María, que todavía no había cumplido los 6 años, ya correteaba por entre los palmares hasta la magnífica playa de arenas blancas que habían bautizado con el nombre de Playa de los Judíos. Por esa época era un niño risueño que se divertía persiguiendo los pericos tan lejos como podía y que reía a mandíbula batiente al verlos irse

volando a la vista de la escopeta que enarbolaba fanfarronamente, sólo para asustarlos. Recuerda también que disfrutaba oyendo a su tío cuando le contaba historias fabulosas; era un hombre jovial, generoso, siempre de buen humor, que se divertía con la misma gracia con la que hablaba y, como si todas estas cualidades naturales le hubieran otorgado cierto peso, era, por supuesto, un poco más grueso que el resto de los adultos de su entorno; amaba a los niños y estos lo adoraban.

El ahijado del tío Ignacio acaba de nacer en La Habana y se llama Severiano; el hijo de José María, bautizado con el nombre de José de Jesús, nació en la Ciudad de México el pasado mayo. Exactamente seis meses separan el nacimiento de estos dos niños y el poeta se conmueve al pensar en ambos, imaginando que sus destinos podrán cruzarse algún día. Durante su estancia que infelizmente será demasiado corta, José María decide ir a visitar a Plácido, el poeta mulato,<sup>16</sup> que vive en un modesto taller, y presintiendo los trágicos sucesos de los que será víctima, más tarde el poeta matancero —pues las autoridades coloniales lo implicarán en la Conspiración de la Escalera— lo invita a encontrarse con él en Ciudad de México, bien sabe que esos consejos no servirán de nada, pues resulta imposible modificar el destino de nadie. Sin embargo, todavía ignora que su historia será igual a la del otro: a ambos los traicionarán y denunciarán y mientras José María morirá en el exilio, Plácido será fusilado. Tiene como una premonición de todos los acontecimientos que tendrán lugar; es un poco una repetición de la Santa Cena, el beso de Judas al maestro. En efecto, desde su retorno a Matanzas, la sombra de Del Monte regresa cada noche para atormentarlo de forma extraña.

Pero el tío Ignacio no desea hablar con su sobrino, cuyos signos de debilitamiento y enfermedad ya percibe, de este asunto al mismo tiempo delicado y sombrío. Es el mismo José María quien lo interroga acerca de la extraña ausencia de su amigo Domingo en el embarcadero después de 13 años de ausencia. Algo le resulta incomprensible en la conducta de su amigo, pues tiene la certeza de que la carta enviada a Tacón no se ha pu-

---

<sup>16</sup> Su verdadero nombre era Gabriel de la Concepción Valdés. Este poeta mulato, denunciado por un rico patriota cubano, fue implicado y fusilado en la Conspiración de la Escalera que se desarrolló durante los años 1843 y 1844, en las regiones de La Habana y Matanzas, y que abarcó a toda una clase media compuesta por negros y mulatos libres que se habían sublevado contra las autoridades españolas y la clase dominante de la Isla. Una feroz represión, considerada una de las más crueles de la historia colonial cubana, se cernió durante varios meses sobre todos los hombres de color: artistas, pintores, escritores, músicos, quienes fueron detenidos y torturados a muerte por orden del capitán general O'Donnell, enviado como refuerzo desde Madrid. Los rebeldes, reunidos en un edificio casi en ruinas y atados a una escalera —origen de la denominación de esta conspiración— fueron masacrados a golpes hasta que confesaran su participación en la pretendida sublevación, lo que, según los historiadores, les costó la vida a más de 5 000 negros.

blicado y que hasta ese momento nadie ha podido conocer su contenido. Pero de repente recuerda que había hecho llegar una copia a su madre y sabe que su amigo siempre ha querido mantener estrechas relaciones con ella, si bien, en realidad, estas han sido puramente formales... producto más de las conveniencias que de una verdadera amistad.

No dice nada y decide guardar sólo para sí ese secreto, cuando poco después se entera por su tío de otros detalles que no conocía; en particular, que antes de su llegada una copia de su carta había circulado por los medios intelectuales y que Domingo había reaccionado de manera muy violenta al saber de su viaje. Se decía también que se había visto con Tomás Gener y que este le había hablado de la última carta que José María le había escrito y de su intención de regresar a Cuba en la primera ocasión que se presentara, lo que quería decir que desde hacía algún tiempo estaba enterado de su gestión y de que su amigo Tomás había intercedido en su favor ante Tacón. Por último, había rumores de que Domingo le había escrito una carta a su cuñado, José Luis Alfonso que entonces se encontraba en París: "José María vino a La Habana solicitando antes permiso de este señor general por medio de una carta... que no me gustó ni ha gustado a ninguna persona de delicadeza (...) Perdió su prestigio inmenso poético-patriótico, tanto que la juventud esquivaba el verle y tratarle. Él sin embargo dice y cree que no ha cometido acción villana que lo rebaje, y extraña que se le juzgue con tanta severidad".

Unos días después, José María tendrá confirmación de sus sombríos presentimientos. El 21 de noviembre recibe una carta de Domingo, como si este último quisiera acorralarlo aún más con respecto al tema de las razones que lo habían conducido a actuar de esa forma. No quiere ni verlo ni hablar con él; prefiere adelantársele y le escribe: "No son menos vehementes los deseos que tengo de hablarte, pues para ello nos darán amplia materia, aunque no sea más que tu malhadado viaje a esta Isla, bajo los funestos auspicios con que lo has hecho, y en la época fatal que escogiste". Y termina su carta con estas palabras terribles: "Ángel caído, te sigo amando con caridad y afección".

Luego de leer varias veces estas pocas palabras que le resultan gélidas y sarcásticas, por no decir paternalistas e injustas, José María se detiene en ese calificativo que Domingo le lanza al rostro como una bofetada. Está tan conmovido que de inmediato no comprende su profundo significado. En realidad, todavía no logra diferenciar aquello que lo hiere más en esa última frase lapidaria. El epíteto de *ángel caído*, que tan bien le hará recordar al general Bravo, aquel traidor a la nación cuyo recuerdo había evocado en un poema que formaba parte de su colección de obras líricas o, acaso, esa forma de tratarlo que refleja más compasión que admiración. La palabra *caridad* se le atraviesa en la garganta. Mas, a pesar de la cólera difícilmente contenida, y a diferencia de su amigo, que no vacila en abandonarlo a la vindicta pública, prefiere guardar silencio. Pues bien sabe que, desde hace

mucho tiempo, Domingo ha acumulado contra él frustraciones y resentimiento, como otros de sus compañeros de las tertulias, que consideran a Heredia como un proscrito. Por otro lado, poco le importa, pues, para él, aquellos que ayer se consideraban sus amigos, en realidad no son más que unos enterradores “rehabilitados” que enarbolan muy alto el pabellón de la libertad para recoger los éxitos del reformismo.

Eso ahora le causa, incluso, una sonrisa. En efecto, para todos aquellos que nunca habían sido más que portavoces de la burguesía esclavista, cuán fácil debió resultar la posibilidad de criticar la ausencia de fuerza moral de un revolucionario envejecido y decepcionado, luego de 13 años de rudo exilio; él, que sencillamente había solicitado a la autoridad establecida permiso para volver a ver a su madre y regresar a su patria ¡por última vez antes de morir! Sin embargo, ellos sabían muy bien que su gesto no había reflejado ni favoritismo ni mucho menos un capricho de ser privilegiado, sino el deseo de un poeta, muy debilitado y económicamente muy pobre, situación muy distinta a la de aquellos que lo criticaban. Miembros de familias de ricos patricios, vivían entonces como habían vivido antes; esto es, tranquilamente, sin problemas, de rodillas y no erguidos, bajo el gobierno despótico de ese sátrapa insolente.

Uno de ellos se apellidaba Del Monte y, como oidor de los Consejeros Reales, ocupaba un puesto eminentemente político y de confianza, y el otro, Tanco, era administrador de Correos en Matanzas. ¡Fueron tal vez su arrogancia y su autosuficiencia las que le hicieron creer a Domingo que tenía derecho a ultrajar de manera tan desembarazada a José María! ¡Tal vez creyó que su amigo no se atrevería a responderle! Nunca hubiera imaginado semejante reacción de su parte, semejante fuerza de carácter y hubiera hecho todo lo posible porque la respuesta nunca llegara a sus manos. Venía de Matanzas y estaba fechada el 26 de noviembre de 1836: “Amadísimo Domingo: ya te diría Félix por mi encargo que a mi rápido paso por la Habana quedé hambriento de hablar contigo con toda la confianza que necesitamos dos amigos como nosotros. Dos veces te busqué esa noche, y no pude hablarte. Ahora me dice tu hermana Manuela que debes venir el día 1º, y deseo me digas si es cierto, pues yo debo pasar a esa del 10 al 15, para embarcarme en el primer buque, y llevaré solemne y pesadísimo chasco si andamos de vuelta encontrada, y tengo que volverme a México sin que hayamos hablado muy largamente (...)

”Adiós, ilustre Bachiller: sabes que hace quince años largos que posees el primer lugar en el corazón de tu amantísimo amigo”.

Como si entre ellos nada hubiese sucedido, el poeta insiste en verlo y al mismo tiempo le reitera sus enormes deseos de hablarle con toda franqueza, aunque sólo fuera para explicarle frente a frente las razones de su venida a Cuba y de su carta a Tacón. Incluso hubo quien dijo que la famosa carta dirigida a las autoridades escrita por José María antes de su partida para exponer sus motivos, le había sido dictada por su madre con

la intención de mitigar la severidad de la justicia para con su familia, que se quedaba en Cuba y, sobre todo, para que su madre quedara al margen de los desmanes y las persecuciones que los excesos del gobierno hubieran podido emprender contra ella! Como no recibiera respuesta alguna durante su estancia en Matanzas, José María decide dirigirse a La Habana después de despedirse de toda su familia. Por última vez confiará su madre a su tío Ignacio y, con el corazón henchido de amor y de amargura, se lleva con él todos sus secretos, todos sus misterios. Muy especialmente las respuestas a las preguntas que no osó formularle a él, que de seguro sabía todo lo que había podido ocurrir en su entorno durante los terribles años de 1822 y 1823, cuando habían querido deshonorar su memoria, mancillar su alma, tergiversar su mensaje! Es cierto: cuando fue detenido hacía ya un año que había roto sus relaciones íntimas con los racionales y, según decía, los había frecuentado sólo para preparar tranquilamente la opinión hacia la independencia. ¡Ese siempre había sido el argumento en su defensa! ¿Le reprocharían ahora haber repetido todo eso luego de la declaración del general Vives, quien, en efecto, había declarado el 20 de agosto de ese año “que concedería el perdón general a todos aquellos que abjuraran formal y abiertamente antes las autoridades el hecho de haber pertenecido a la sociedad secreta de los Soles y Rayos de Bolívar”?

¿Quién habló entonces de traición y exactamente en qué momento? ¿A partir de esa carta dirigida al capitán general o mucho antes, por lo que le había dicho al juez cuando había sido convocado ante el tribunal? ¿No había declarado acaso desde muy joven la misma verdad con relación a su tierra natal? ¿Acaso no había deplorado la falta de salud mental que juzgaba indispensable para llevar a cabo la lucha independentista, cuyo éxito debía garantizar de manera definitiva la libertad del pueblo cubano? Bien es cierto que desde el primer día que ocupó el cargo de presidente de la Tertulia en Matanzas y que estuvo responsabilizado con la propaganda independentista y con el adoctrinamiento de los iniciados en la filial de los Soles y Rayos de Bolívar, había constatado la total ausencia de preparación de que adolecía esa organización, en la cual, en ocasiones, reinaba un clima muy malsano, pues sus miembros no vacilaban unos en excusar, otros en acusar a los dirigentes de esa sociedad secreta. Por último, siempre había dicho que la obtención de la libertad no constituía un fin en sí mismo.

Lamentablemente, todo se desarrolló como José María lo había previsto; en particular, aquellos últimos días que habían precedido su huida, momento en que todo se había tornado muy extraño y confuso. Durante esos 13 años de exilio y aún en el presente nunca dejó de cuestionarse acerca de los motivos de la denuncia, mucho más que la denuncia misma, cometida por hermanos hacia los cuales, por demás, no albergaba rencor alguno. Ni un solo día en Cuba ni en el exilio pasó sin que condenara el clima de bienestar económico en que vivía esa oligarquía totalmente absorta en su mundo de miseria moral.

No obstante, la respuesta a estas interrogantes no vendría de sus allegados, ni mucho menos de sus amigos y se transformarían en secreto de familia que sólo el tiempo acabaría por borrar, cuando habrían desaparecido los protagonistas de esta historia y, con ellos, sus ambiciones y rivalidades. Se fue sin haber podido resolver lo que fue y sigue siendo el enigma de su vida. Mas, ese misterio resultó suficiente para conceder una particular significación a su sufrimiento y un sentido épico a su exilio.

Y entonces, como si buscara desesperadamente una confrontación con ese amigo que se negaba a verlo, a enfrentarse a él, a hablarle, le escribe por última vez desde La Habana, para preguntarle dónde puede verlo, cuándo pueden encontrarse: “Desde que resolví tomar pasaje en la goleta que ha de llevarme, quise ir a pasar otros cuatro o cinco días con mi familia; pero en aquel momento no había goleta costera pronta, y después no he podido resolverme a salir de aquí, cuando la falta de vapores hace tan precaria la comunicación con Matanzas, que me expondría a no llegar aquí a tiempo.

”Por otra parte, no puedo demorar más mi vuelta a México, donde me llaman con urgencia la mala salud de mi mujer, y las consecuencias posibles del nuevo trastorno que parece prepararse en aquel desgraciado suelo. No puedes sentir tú más que yo la infausta combinación de circunstancias que nos ha tenido separados, pues no has venido desde México (...) Últimamente había otro motivo fuertísimo para que yo deseara hablarte muy largo, y era el de disipar las injustas prevenciones sobre mi viaje, que indicabas en la que me escribiste a Matanzas

”Respecto a la nueva edición proyectada de mis Poesías, harás lo que te parezca, pues te doy carta blanca. De México te enviaré las alteraciones que me han ocurrido, y tú harás las más que convengan. Creo que Ignacio te habrá enseñado las poesías inéditas que le dejé, y que deben incluirse. Dime sobre todo lo que te ocurre, escribiéndome a México, pues no creo que haya ostáculo a nuestra correspondencia.

”Adiós, amadísimo Domingo: sé feliz, y no olvides al amigo que más te ama”.

Y si le habla de sus preocupaciones profesionales, como la de preparar una tercera edición de sus poesías, es porque sabe perfectamente que aquel que se hace llamar su gran amigo, hasta ese momento no ha hecho nada por él y que su animosidad, incluso su desprecio por sus obras, no puede ser sino el resultado de unos inmensos celos literarios. Sabía además, mucho antes de que se enemistaran, que Domingo nunca había apreciado sus tragedias, ni *Sila*, ni mucho menos *Tiberio*, las cuales criticaba abiertamente diciendo que “incluso una nueva lectura del texto no le habían dejado ninguna impresión intensa”.

Dos días más tarde, antes de embarcar, le hace una visita puramente formal a Tacón en la cual le agradece haberle permitido esos breves instantes de felicidad. Relata enseguida a su madre la entrevista: “Ayer recibí

un recado del Capitán General diciéndome que sus aprensiones con lo de Cuba no lo habían dejado verme cuando estuve allí, y que fuese cuando gustara, pues el ayudante de guardia tenía orden para introducirme. En efecto fui anoche y estuvimos hablando sobre varias cosas de Méjico y España. Le manifesté (...) que contaba con su favor para dar otra vuelta, y me dijo que volviera cuando gustase y viera en qué podía servirme. Llevaríamos una media hora de conversación cuando llegó el Comandante de la fragata inglesa 'Vestal', y me despedí”.

Finalmente, el 16 de enero, al cabo de las diez semanas concedidas por las autoridades, después de numerosas dificultades y que le causaran una inmensa alegría pero también mucho sufrimiento, José María se embarca en la goleta bautizada con el lindo nombre de *Carmen*, la cual lo aleja de sus compatriotas y lo llevará a Veracruz.

El 2 de febrero desembarca en su patria adoptiva, llega a Ciudad de México y de inmediato se dirige a Toluca, donde reside su familia. Pero no hace más que encontrarse con los suyos y ya debe partir hacia la capital mexicana adónde lo han convocado. El poeta rumia su tristeza y su amargura, además de que su estado de salud no le da tregua; su musa hace silencio y ya no le inspira un himno a la libertad. El amor mismo se ha marchado ante tantas desilusiones y tanta maldad. Tiene la esperanza en un mañana mejor. Sin embargo, pierde su puesto de magistrado por no ser ciudadano mexicano, dado que la nueva Constitución que acaba de ser promulgada en México le prohíbe a todo extranjero el acceso a cargos gubernamentales. Y entonces, el poeta ya no tiene otra opción más que la de aceptar por el momento cualquier empleo para mantener a su esposa e hijos. Afortunadamente, entre sus verdaderos amigos, pocos pero eficaces, uno llamado Tornel le propone el puesto de redactor en el *Diario del Gobierno*, trabajo insignificante y mal pagado. Algún tiempo después se le nombra secretario del Tribunal Supremo del Estado de México.

En esa época envió a su madre un ejemplar de su retrato grabado por Vergel y que acababa de publicarse en la revista *Recreo de las Familias* de Ciudad de México, acompañado de una nota biográfica. En ese momento, la situación política mexicana está muy lejos de lograr una estabilidad. El estado de Texas ha recobrado su independencia y estalla una guerra civil entre federalistas y centristas. Luego de la ocupación de San Juan de Ulúa, los franceses bloquean los puertos mexicanos del Atlántico.

Repasa entonces la última década de su vida, llena de sobresaltos y de acontecimientos. En México, su exilio estuvo marcado por 13 transiciones presidenciales de las cuales sólo cinco favorecieron al general Santa Anna, cuyo régimen arbitrario combatió José María, luego de haberlo apoyado durante algún tiempo. Además, su condición de extranjero nunca le fue fácil y todos esos movimientos de exacerbación nacionalista a menudo limitaron sus derechos ciudadanos y sus condiciones de vida. En cada ocasión se vio obligado a actuar en función de los puestos que ocupó en su carrera



jurídica, y así aprendió tanto a resistir a sus enemigos como a defender con igual intransigencia los principios democráticos y el espíritu de la Constitución. Ni las restricciones, ni los sufrimientos, ni las humillaciones le impiden confirmar la elección que juzgó acertada o que el destino le deparó. Pues, en lugar de resignarse a vivir bajo un régimen colonial, como hicieron sus compatriotas, siempre mostró su preferencia por la inestabilidad, incluso por los extravíos, de una nación en proceso de formación.

De regreso a México, José María prosigue con igual perseverancia sus traducciones y adaptaciones, prefiriendo como siempre a los autores contemporáneos, si bien en otros tiempos hizo algunas excepciones con las obras clásicas de los autores del siglo XVIII, como el fabulista Florian o el poeta francés Jean-Antoine Roucher. Sin embargo, en esa última etapa de su vida, su poesía ya no es lo que había sido y toma un giro decisivo; el poeta constata que ha perdido en frescura y vitalidad lo que tal vez ha ganado en profundidad y madurez. Su cuarta hija, Julia, nace en julio, ese mes fatídico para la familia, en el cual las alegrías y los duelos se dan la mano sin reposo desde su nacimiento. Y hacia fines del año de 1838, los médicos, al verlo aquejado de tuberculosos pulmonar, le aconsejan cambiar de clima y le recomiendan ir a reposar a Cuernavaca.

Por desgracia, desde su regreso de Cuba, su estado depresivo no mejora. Sus dificultades se acrecientan; los acontecimientos políticos de México y su precaria situación económica, precipitan su proceso de degradación física. A inicios del nuevo año festeja su aniversario 35. Y lo que habitualmente se considera la etapa de plenitudes se transforma, para un genio como el suyo, en el final de una corta vida, prematuramente vivida. Después de un reposo de algunos meses, regresa a Ciudad de México, donde se le ha encargado de la sección literaria del *Diario del Gobierno de la República Mexicana* y esta colaboración le resulta tan especialmente grata que desea sobreponerse a su dolencia. El 30 de abril se ve imposibilitado de aceptar el desafío, pues sus fuerzas lo abandonan de manera definitiva. Y para asumir la muerte que se acerca suavemente, escribe su última composición, que se publicará más tarde bajo el hermoso título de “Últimos versos”, en el cual renueva su fe en el Señor, su esperanza de que... *“en la eterna bienaventuranza, / Te adore sin velo, y goce de ti”*.

Hasta su último aliento, el poeta deja que su musa lo acompañe y no le niega nada al que insufló su lira, isin abandonarlo ni una sola vez! Esa certidumbre de la existencia de un Dios Omnipotente, lejos de debilitarse a lo largo de su vida, se hizo más fuerte a través de sus múltiples pruebas y no dejó de cantarla en su “Oda al Niágara” o en el “Himno del desterrado”, cuando ante su inmensa grandeza, sintió la necesidad de inclinarse humildemente: *“sé que vive, que reina y me ama, / y su aliento divino me inflama / de justicia y virtud en amor”*.

Y si en ocasiones dudó de la religión católica, su madre nunca se cuestionó la sinceridad de sus palabras, cuando José María le confió un día

que al menos tendría el consuelo de saber que su muy amado hijo moriría en el seno de la ortodoxia católica.

Ese 2 de mayo de 1839, su deseo es que ella sea la primera en saberlo y toma la pluma para anunciárselo: “Queridísima mamá de mi corazón:

”No sé cómo disculpe el imperdonable descuido de no haber anunciado a Su merced mi fe de vida, sobre todo, después que se levantó el bloqueo...”. Y agrega: “Los médicos, después de haberme molido por todos los medios imaginables, me mandan ahora que haga un viaje de mar y pienso emprenderlo para ésa en cuanto logre allanar las dificultades que se presentan para salir de esta tierra de promisión. Jacoba se va conmigo, pues por más que le he instado haciéndole ver el riesgo a que se expone, esta mujer incomparable arrostra por todo, diciendo que su obligación es acompañar y asistir a su marido enfermo, y que a ella le suceda lo que Dios quiera. Le advierto para que no se espante, que no me van a ver a mí, sino a mi sombra o espectro (...)

”Su merced cuídese mucho y reciba todo el corazón de su hijo amantísimo.

”José María

”P.S. Mil abrazos a mis amadísimas hermanas”.

Y así le hace llegar esa confidencia que desde hace tanto tiempo ella espera. Pero, como los médicos le han prohibido hacer el más mínimo esfuerzo, será Jacoba la que, en un último gesto de amor, lo ayudará a escribir sus últimas palabras: “Porque sé que le será de mucho consuelo, si no volvemos a vernos, diré a Su merced que me he preparado a lo que el Señor disponga con una confesión general, y que he de vivir y morir en el seno de la Iglesia”.

La pluma cae de sus manos, sonrío, ya lo dijo todo, ya lo hizo todo. Y no le queda sino entregarse a Aquel que preside nuestros destinos, al gran Arquitecto del Universo. Puede cerrar sus ojos con toda serenidad.

Y el 6 de mayo, cuando José Jesús, su único hijo, el último en sobrevivirlo está a punto de celebrar su tercer cumpleaños, José María recibe los santos sacramentos. Cumple con su deber y dedica un último pensamiento a la que le dio la vida... esa vida que creyó haber vivido en el mayor respeto posible a la dignidad humana y que ofrendó con tanto amor como justicia. Muere al día siguiente en su casa, en el N° 15 de la Calle de los Hospicios, a la edad de 35 años, cuatro meses y siete días. Lo entierran ese mismo día en el panteón del santuario de Nuestra Señora María Santísima de los Ángeles.

Desde el mismo momento de su desaparición, el poeta entra en la leyenda para nunca más abandonarla. El poeta mexicano José María Lacunza, uno de sus grandes amigos, hace grabar sobre su lápida una inscripción y todas las publicaciones periódicas del Viejo y del Nuevo Mundo saludan la muerte prematura del ilustre poeta cubano, don José María Heredia, con un epitafio o un poema. Plácido titulará el suyo “La malva azul”, y otro “A

la sentida muerte del poeta cubano don José María Heredia”, “Un suspiro en la tumba de don José María Heredia”, y la gran poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda le dedica “A la muerte del célebre poeta cubano, don José María Heredia”. Y los elogios siguen llegando sin descanso de todos los rincones del mundo. Se le bautiza con los más hermosos nombres: *Cantor del Niágara*, *Tirteo cubano*, *Homero cubano*, *Primer poeta de América*.

No será hasta marzo de 1840 que Merced Heredia, su madre, se decidirá escribir a Domingo del Monte acerca de aquellas famosas *Lecciones de Historia Universal* que José María había escrito siguiendo el plan del profesor inglés Tytler y que por demás se habían vendido muy mal: “Mi muy querido Domingo —le escribe— quisiera que V. me hiciera el favor de procurar venderlos entre sus amigos, a ver si les va ese socorro a la pobre Jacoba y sus hijos”.

Le dice también que José María había pensado obtener una ganancia de al menos 800 pesos y le anuncia que hasta el momento sólo los costos de la encuadernación habían sido pagados. Y prosigue: “yo quiero vender a 4 pesos cada ejemplar.

”Dispense V. esta molestia; pero yo persuadida como estoy del interés que V. se ha tomado siempre por José Ma. considero que hará con gusto cualquier cosa en obsequio de su desgraciada familia.

”Haga V. a Rosita y Miséña Rosa mil expresiones de parte de mis hijas y mías; y con muchos cariños a los niños se despide de V. su affma. amiga que desea complacerlo.

”Merced Heredia”.

Era una vieja historia que debía zanjarse entre los vivos y que ya no guardaba relación con los muertos. Pero ¡hasta qué punto tuvo que sufrir esa madre para llegar hasta el punto de soportar semejante humillación! Su hijo José María hubiera muerto de vergüenza, ella lo sabía, pues luego del día fatal en que José María no había podido encontrarse con Domingo, nunca más lo había buscado... ni aquí en la tierra ni mucho menos allí adonde se dirigía.

## 1842-1850

### La llegada de un aguafiestas y el adiós a Cuba

Tres años después de la muerte del poeta, nace en el cafetal La Fortuna, situado en la Sierra Maestra, al este de Santiago de Cuba, José María de Heredia, quien llevará el mismo nombre que el primero y que más tarde añadirá a su apellido —nobleza obliga— la partícula “de”, indispensable para entrar a la sociedad aristocrática del Viejo Mundo. Su padre, Domingo Heredia y Mieses, nacido en 1783 en la isla española de Santo Domingo, es efectivamente el hermano menor de José Francisco, padre del Cantor del Niágara. Ambos habían emigrado hacia Cuba con pocos años de diferencia para establecerse definitivamente.

Pero mientras el mayor, jefe de la familia, ya tiene una carrera jurídica bien asegurada y rápidamente abandona la ciudad de Santiago para asumir puestos más importantes en el extranjero, donde ha sido nombrado por el gobierno colonial; el otro, más joven, que aún no ha terminado sus estudios universitarios, prefiere instalarse en la montaña, donde se hallan dispersos cafetales pertenecientes a franceses escapado de la Revolución haitiana. Este es el caso de sus padres, que perdieron toda su fortuna en Santo Domingo y que ya no tienen propiedad alguna. Domingo, el más joven de los dos hijos de don Manuel, empieza a cultivar la tierra y pronto será muy apreciado entre los cultivadores franceses de los alrededores. En el cafetal La Zélie, un señor llamado don Gabriel Yvonnet, ingeniero hidráulico ocasional, uno de los pobladores más estimados del *Partido de l'Amitié*, pronto le toma afecto y, gracias a su valor, su inteligencia, su gran sencillez y sus capacidades tanto intelectuales como físicas, en poco tiempo se hace tan indispensable que el propietario, encantado con él, le pide que contraiga matrimonio con su hija Genoveva, una joven casadera. Los jóvenes se sienten atraídos mutuamente y pronto se instalarán muy cerca de los padres.

A partir de ese momento, Domingo no vacila en comprar las parcelas para establecer su propia plantación, a la que dará el simbólico nombre de La Fortuna. Para ello se dirige a Prudencio Casamayor, y una vez adquiridos los terrenos vírgenes, declarados incultivables por los habitantes de la zona, decide ir preparándolos poco a poco para hacerlos producir. Planta en ellos 25 millones de cafetos, convirtiéndose así, al cabo de los años, en

el propietario más rico de la región. Después divide sus propiedades en concesiones de 10 caballerías, cada una de 576 varas de superficie y unos 20 años más tarde tiene la suerte de poderlas vender a los emigrados de Santo Domingo. En realidad, al ver esos famosos cafetales, suspendidos en las cimas y en las laderas de los montes, incluso a veces arrebujados o encajados en las profundidades de los barrancos, nadie hubiera imaginado jamás que el hombre pudiera venir algún día a establecerse allí, construir su morada y poco a poco hacerse de una fortuna. Sin embargo, ocurrió.

Domingo, el padre de José María, el poeta parnasiano, es uno de esos pioneros, uno entre cientos de emigrantes, llegado a Cuba con sus padres para crear, a partir de la nada y con una energía que nunca se desmintió, la casa donde a partir de ese momento desea llevar una vida apacible, aunque sólo sea para fundar su propio hogar! Sin arredrarse ante la idea de tener que hacerlo con sus propias manos, poco a poco va desmontando lo que hasta ayer era un bosque impenetrable, obligado a recorrer legua tras legua, con un hacha en la mano y una brújula en la otra, abriéndose camino allí donde tal vez antes ningún ser humano había puesto los pies, a través de montañas cubiertas de bosques y separadas por profundos abismos. Y así logra construir su propia casa en medio de esa zona virgen aún y transforma el paisaje plantando cafetales. Al principio se le ve a menudo por los senderos escarpados transportando a lomo de mula las preciosas riquezas de la montaña, el café, que carga en grandes sacos de yute hasta el puerto de Santiago.

En esos momentos se muestra digno hijo de don Manuel, paciente y apasionado, generoso, sabio y valiente; en toda la región no hay francés que no reconozca en él las nobles cualidades de su raza caballeresca e intrépida, que no manifiesta nunca ni indolencia ni crueldad, defectos generalmente atribuidos a ese tipo de colono que, además, no suele experimentar bondad alguna hacia la raza negra. Apenas se ha instalado la pareja y ya la familia se acrecienta con tres varones, Manuel, Gustavo, Leoncio, y una hija, Elisa. Pero la esposa, de salud delicada, se va debilitando a consecuencia del sucesivo nacimiento de sus hijos y de los difíciles alumbramientos. Le pide entonces a una joven vecina amiga suya que venga a ayudarla a criar a los niños. Se llama Luisa y es la hija del señor Auguste Girard, un propietario francés que, a fuerza de paciencia e ingeniosidad, ha transformado la terrible roca en ese encantador jardín que es el cafetal Montebello. Es de una familia acomodada y culta y su madre, una francesa de origen noble.

Por desgracia, pocos años después del matrimonio, la primera esposa de don Domingo fallece, víctima de un mal del cual se ignora en realidad el origen exacto, y Luisa trata dulcemente de sustituirla ante los niños, que no logran consolarse de la desaparición de su madre. Se encarga de esa difícil tarea con tanta ternura y delicadeza, que pronto los niños ya no pueden estar sin ella y, a los 47 años, Domingo, el joven viudo, decide casarse con ese ángel de la guarda que tiene 24 años menos que él. Dos años más

tarde dará a luz un niño, Agustín, que muere a la edad de 4 años y luego sucesivamente vendrán cuatro niñas.

El 22 de noviembre de 1842 nace al fin ese hijo que ya no esperaban y el orondo padre decide de inmediato ponerle el magnífico nombre de José María, como recordación de ese sobrino adorado que ha muerto hace sólo tres años y como homenaje al poeta cuyos poemas, en particular los más líricos, ha leído y admirado. En lo más profundo de su corazón piensa que, con semejante nombre, su destino tendrá que estar fuera de lo común y no se equivoca: su hijo ha nacido bajo auspicios muy prometedores y, como su sobrino, no sólo contará con la bendición de los dioses, sino que las musas serán sus compañeras. Lo único que le pide a la Providencia es que le conceda mucha salud y también un poco más de suerte. Por lo demás, confía en él. Su hijo llevará a cabo todo aquello que él no ha podido hacer en toda su existencia; en particular, desarrollará ese gusto innato por la literatura y la poesía, un verdadero don divino pero que se debilita a lo largo de los años si no se le cultiva. Lamentablemente, eso le ocurrió a Domingo cuando José María vino al mundo. ¡Ya era demasiado tarde! Como todos los pioneros de esas tierras vírgenes, que trabajan de manera encarnizada para crearse un paraíso, tuvo que aprender durante años a domar sin descanso esa naturaleza salvaje y magnífica, antes de poder disfrutar de ella personalmente.

Y como hay una oportunidad para cada etapa de la vida, sabe que su hijo, José María, sobrevolará muy rápidamente la primera para entrar como un conquistador en la segunda. En efecto, desde su nacimiento encontrará en su hogar, sobrio, pero suficientemente confortable, toda la cultura y el gusto necesarios para su educación, privilegios estos que no se negocian, sino que se transmiten de generación en generación.

A este niño que acaba de nacer, todo le sonrío. Se agita en su cuna y despierta dulcemente a la vida que lo rodea. Su madre, todavía muy joven, es una bella criolla, de origen francés, de la región de Normandía; su familia, venida de la isla de Santo Domingo halló refugio en Cuba en el momento de la revuelta de los negros. La joven encarna la deliciosa imagen de todo lo más sensible y misterioso que pueda haber en el mundo. A cada momento le canta, en esa maravillosa lengua, canciones de cuna para tranquilizarlo y así va abriéndolo poco a poco a ese universo femenino del cual, a partir de entonces, nunca dejará de rodearse.

Sus hermanitas corren junto a él en el salón y los corredores, y sus gritos se escuchan muy lejos en el jardín, donde sus risas, disputas y lágrimas se entremezclan con el canto de los esclavos que regresan de los campos al caer la noche. Leocadia acaba de cumplir 8 años, Minette y María Dolores tienen 5 y 3 años, respectivamente, y, en el regazo de su madre, José María juguetea cuando a través de las ventanas ve pasar una y otra vez sus finas siluetas y sus cabecitas rubias. Pronto da sus primeros pasos, aunque todavía no logra alcanzarlas. Observa primero el espléndido paisaje que lo

rodea por todas partes; lo fascinan sobre todo los árboles en medio de ese decorado donde todo es verde y mágico. Hay enormes baobabs antiguos y monstruosos, ceibas y manzanilleros cuya sombra es, según cuentan, mortal y muchos otros cuyos nombres aún desconoce; unos de colores sombríos y profundos; otros, como las clusias, ofrecen un follaje dorado pálido que se destacan bajo la infinitamente azul bóveda del cielo y hacen de este rincón paradisíaco “el edén oriental de Cuba”. Pronto lo llamarán Pepillo. Le agrada ese apodo agudo y alegre que recuerda el piar de los pollitos o el de las avechillas acurrucadas bajo las alas de la madre. Y como es el único descendiente de la familia Heredia y Girard, es también el más mimado, el más adorable de todos los niños; su madre lo quiere con locura y su viejo padre siente por él una devoción muy especial, un sentimiento que nunca había experimentado por ninguno de sus otros hijos. En él ve el último rayo de sol crepuscular que, como su vida, declina en el horizonte.

Pasan los felices años y su memoria se llena de recuerdos inolvidables; cada instante de su existencia es totalmente libre y esa vida natural lo colma a plenitud. Así, semejante al gran José María Heredia, que tuvo por cuna la ciudad de Santiago de Cuba antes de recorrer en un periplo infinito toda la cuenca caribeña, él, hijo de don Domingo, que lleva el mismo nombre que su primo, se pasa los primeros años de su infancia corriendo a través de las montañas que circundan la ciudad y se elevan a lo largo del litoral bañado por el mar Caribe. Vive en esa región montañosa donde se cultiva el café, esa Sierra Maestra cuyas cimas más altas alcanzan los 2 000 metros; y a esa altitud, donde el aire es tan puro, aprende naturalmente a relativizar las cosas. Vive como un joven salvaje, vigorizando sus músculos para forjarse una mente sana en un cuerpo sólido. Sus días son demasiado cortos para poder explorar toda la montaña; no deja nada al azar y por los abruptos senderos se le ve ir montado en su mula, al paso al principio, al trote más tarde en su yegua que ha bautizado con el nombre de La Amable; por fin, en cuanto se siente seguro, se lanza en su caballo a galopar por los bosques a rienda suelta.

Saliendo bien temprano para saludar el sol que se despereza despacio, sigue su ascensión hasta que llegado a lo más alto del cielo se ilumina bruscamente la inmensidad del mar que acaricia amorosamente la base de los precipicios. Cuando hay buen tiempo, desde allí se divisa la bahía de Santiago. Y en cuanto cae la tarde y el tiempo refresca, abandona su indumentaria montaraz para vestir las ropas de un hombre educado y así volver a esa vida que los adultos califican de civilizada. Entonces, todo se transforma; es la hora de entrar a escena; el decorado cambia y se viste para bajar a cenar y volver a ver a su padre, que lo espera con su traje oscuro en la antecámara. Juntos pasan al salón, que es grande y está sucinamente amueblado: algunas sillas de caoba, asientos de rejilla, mecedoras, dos consolas, un reloj de pie, algunos jarrones de Sevres y diseminados por las paredes algunos retratos de familia de los cuales dos representan

a los medio hermanos de José María; en particular, el mayor, capitán del cuerpo de ingenieros que a los 24 años ya contaba entre sus hazañas guerreras la de haber sobrevivido a la muerte de tres de sus cabalgaduras en el campo de batalla. La noche cae muy temprano en los trópicos; no espera por los invitados retrasados y, en el jardín, los cocuyos comienzan a brillar con mil luces, mientras que el silencio y la paz se extienden por la campiña, sólo interrumpidos por la voz del padre, quien de pronto se eleva con el objetivo de centrar la atención del joven José María en la lectura de autores clásicos o de la Antigüedad. Escoge uno diferente cada noche; incluso recita en latín algunas estrofas de las *Geórgicas* de Virgilio. Luego su madre lo acompaña a su habitación y, antes de que se cierren sus ojos, por lo general lee poemas de Alphonse de Lamartine que más tarde el pequeño recitará de memoria.

Los días pasan y no se parecen para el benjamín de los Heredia. Sus recuerdos son como un multifacético mosaico de colores. Unas veces corre con niños negros de su edad, otras juega a capturar cocuyos que introduce en un güiros que sacude como si fueran maracas; persigue también agutíes, esos roedores ladrones de naranjas; busca cangrejos-arañas, trata de atrapar lagartos azules de pecho rosado llamados zinzolitos y sobre todo la mabonia, el famoso camaleón que cuando se encoleriza infla su pecho y cambia de color, asumiendo todos los matices del arco iris. Pero lo que más divierte al niño es atrapar saltamontes o encerrar grillos en doradas prisiones.

A veces se queda arrobado contemplando a los trabajadores negros bailando el siripo, la rumba y el zapateo; sobre todo, los sábados por la noche, cuando llega la hora del descanso después del duro trabajo semanal. No resulta extraño entonces ver como se transforma en salón de baile uno de los numerosos secaderos sobre los cuales se derraman los granos de café en determinados momentos de la cosecha, para exponerlos al sol hasta que queden secos por completo. Lo más frecuente es que el espectáculo tenga lugar al término del mediodía. Son jóvenes de los alrededores que vienen a visitar a su media-hermana Elisa, que ya tiene varios pretendientes, y todos los niños se unen a los invitados en farandolas desenfrenadas. Todas esas muchachas, a cada cual más bella y que retozan bajo los árboles seculares, han nacido en estas islas y van vestidas de colores claros, con atuendos rosados y verdes. Y es que en La Fortuna hay siempre una buena acogida; la hospitalidad criolla es legendaria y la bella señora de Heredia recibe siempre a los visitantes con una sonrisa de conveniencia. Esa frase mundana que tiene para todos, “Sea usted bienvenido en mi casa”, que a veces prolonga con una banalidad del tipo “Para recibirles he reunido a nuestras más bellas criollas de la montaña, buscando disimular un poco la desnudez de nuestro hogar colonial”, divierte generalmente a los franceses que se encuentran entre los visitantes más asiduos que vienen. Pues, los Heredia son conocidos en los alrededores.

Todos esos cafetales dispersos por las montañas pertenecen a diferentes compatriotas y son numerosos, pero lo suficientemente aislados



unos de otros como para no importunarse mutuamente. Entre ellas, el Zélie, Montebello y el Caroline, donde viven los dos hermanos Lestapis, grandes banqueros europeos que con ayuda de sus capitales configuraron ese partido enteramente francés; el Marianne, donde vive el señor Moracín, cafetalero inteligente y filántropo; L'Union, propiedad del señor Thomas, tutor y decano de los emigrantes de Santo Domingo; el Kentucky y, sobre todo, el melancólico La Merced, que por sobre las nubes adorna la fabulosa frente de la Sierra Maestra con una corona de verdor y de flores.

Y, por supuesto, todo este pequeño mundo se conoce, se frecuenta y en ocasiones se evita, pues estos emigrantes no siempre tienen buen carácter, ya que se entregan por entero tanto a sus efusiones de alegría como a sus explosiones de cólera. En fin, tienen como en cualquier parte del mundo sus usos y costumbres. Habitados a vivir en la más absoluta soledad, por lo general no tienen el hábito de ser importunados por personas extrañas, salvo cuando son compatriotas de paso. Nunca han olvidado su Francia y por ello en cuanto se les habla de ella, no resulta extraño que algunos de ellos, con los ojos humedecidos por las lágrimas, evoquen un pariente, un primo, un viejo tío y, en ocasiones, su pueblo, su región, su vida y los amigos que dejaron allá y de quienes siempre hablan con mucho cariño y emoción en la voz. El ritual es casi siempre el mismo. En cuanto desembarcan del Viejo Continente, los recién llegados cuentan a sus complacidos huéspedes sus impresiones del viaje y muy particularmente las dificultades que afrontaron para encontrar el cafetal en medio de la montaña. Siempre hablan con mucho entusiasmo y se les escucha con gran placer.

“El camino, tallado en espiral en la roca, ascendía continuamente y a cada paso se volvía más empinado. Apenas lográbamos distinguir su estrecho trazado que gira por las laderas boscosas de la montaña. El ruido monótono de una cigarra nocturna y la fosforescencia de las luciérnagas, eran las únicas manifestaciones de vida en medio de esa profunda soledad. En ocasiones, a la vuelta de un sendero, distinguíamos una casa amplia y baja, rodeada de toda una serie de bohíos de techo de hojas secas, que formaban como una aldea en la que vivían los trabajadores negros. Justo al frente había un largo jardín cerrado por un seto con platabandas dispuestas circularmente alrededor de un elevado montículo, y al aproximarnos contemplábamos un transparente arroyuelo que corría por un lecho de musgo y cuyas lípidas aguas estaban seguramente perfumadas por las ramas florecidas de los arbustos de vainilla que se desbordan en las márgenes. Incluso en ese lugar se cultivaban, como en un joyero, las más hermosas flores de Europa, las cuales mezclaban sus formas, colores y perfumes al de todas las plantas de esa zona tórrida que las circundaba. La Fortuna se nos antojaba cada vez más lejana y los paisajes, más salvajes e impresionantes. Otras veces ocurría que a la vuelta de un camino abrupto, se distinguía el inmenso mar Caribe, de un azul casi abisal, que se extendía perezosamente al pie de las montañas. Continuamos por el mismo camino

hasta el momento en que la propiedad nos fue señalada por setos de adelfas, naranjos, rosales y una especie de cactus gigante que aquí llaman bacuas. Desde allá arriba, la vista era magnífica; se extendía hasta el infinito sobre plantaciones de cafetos en flor que embalsamaban el aire y cuyos verdes campos se hallaban bajo el umbrío follaje de grandes plataneros y júcaros, esos árboles a cuya sombra se siembra el café”.

José María crecerá en medio de ese decorado paradisíaco, rodeado por su media-hermana y sus propias hermanas, que cuando nace son sólo tres, cifra que con frecuencia retorna y se repite curiosamente en la familia Heredia, padre e hijos, tío y primo hermano. María, bautizada con ese dulce nombre, los ha abandonado y los espera en el limbo, le dice un día su madre cuando se inclina para besarlo, después de haber trazado en su frente el ritual signo de la cruz. En esta casa fresca, en forma de cuadro y rodeada de una veranda donde las flores rivalizan en belleza con las del patio, las mismas escenas se repiten a lo largo de los días y de los años.

Muy temprano en la mañana, antes de que se despierten los primeros rumores del bosque y los murmullos de la campiña adormecida durante la noche, el muchacho inicia su paseo habitual por los cafetales en flor y luego se pierde entre los naranjos que se entremezclan con los gigantes almendros. Cada día toma un sendero diferente que serpentea por la montaña, cuando los árboles apenas comienzan a salir de la sombra y sus formas son aún bastante sorprendentes. Camina sin hacer ruido, atento a todo lo que sucede a su alrededor; una especie de estremecimiento imperceptible circula por la tierra y asciende por las raíces hacia las hierbas de donde apenas emergen de su letargo reparador los insectos; luego, toda esta vida se va transmitiendo poco a poco de las plantas a las aves. Entonces aparece el sol, gigantesco y divino, y las flores empiezan a perfumar el ambiente. Hacia el mediodía, el cielo es de un azul intenso, los colores y los olores se entrechocan, se entremezclan; es un carnaval santiaguero y las flores de los flamboyanes, cuyo rojo evoca el de las llamas, se fusionan con las rosas de Bengala, los limoneros, los naranjos, mientras que las orquídeas con sus receptáculos malva o azules enlazan los troncos de los baobabs, de las ceibas o de los cedros. Después viene el revolotear de las mariposas multicolores, de todos los tamaños, que se cruzan con los zunzunes, los colibríes como un ramo de fuegos artificiales y en el bosque, que poco a poco se anima, el canto del sinsonte se inmiscuye en el parloteo del periquito, que repite incansablemente todo lo que oye.

El niño prosigue su marcha y recoge frutos para refrescarse: aquí una granada, allá un zapote, un mamey y los mastica con toda su fuerza, sin prohibiciones, como en el paraíso. Y cuando el sol está en el cenit, busca la sombra y el frescor junto a esas lianas que caen arracimadas, como cabelleras de sirenas desorientadas entre las vainillas, los alcanforeros, los papayos y los árboles del pan, cuyo voluminoso fruto de blanca masa ligeramente harinosa, ha probado sólo una vez. En ocasiones pierde el camino,

que asciende zigzagueante; el sendero se distingue con dificultad en la montaña, el terreno se torna cada vez más accidentado y entonces el niño se atemoriza; sobre todo, cuando ha cambiado su mula por una yegua. Y si bien el andar de esas cabalgaduras es de lo más seguro y suele decirse que están habituadas a esos peligrosos paseos, no por eso deja de enorgullecerse por sus acrobacias de joven caballero, cuando bordea barrancos y precipicios y las aves de rapiña andan volando bajo. Tiene la fuerte impresión de un desafío, pues la muerte ronda por estos siniestros parajes donde un paso en falso puede provocar una inmediata caída. En cuanto puede, desciende rápidamente, vadea los arroyos, en los cuales bebe y abreva su cabalgadura. Y en cuanto comienza a caer la noche y un frescor desciende sobre la tierra, contempla cómo las sombras del crepúsculo se extienden progresivamente por capas matizadas, desde el llano hasta la cima de los montes, los cuales poco a poco van tomando un color más violento y oscuro originado por la sabia mezcla de los diferentes verdes de los variados árboles. Son tan numerosos que no podría establecer de memoria la lista: ligeros bambúes, caobas, aguacates, mangos, naranjos agrios y chirimoyas, con sus lustrosos follajes, unas veces brillantes y como barnizados y otras negros o azulosos, como en el caso de los cedros, o violetas en el caso de los caimitos, o de un blanco aterciopelado en el de ciertas palmeras de plateadas hojas. El momento en que el sol declina al horizonte hasta perderse plenamente en él es el que José María prefiere a cualquier otro. El cielo se transforma entonces en una orgía de colores. Según dicen, es una hora particularmente solemne en las Antillas, en la que el alma se llena de melancolía, predisponiéndola a una tristeza infinita.

Regresa entonces para sentarse en el umbral de la casa, donde Louisa, su joven madre, su confidente, su protectora, lo espera bajo la galería, al tiempo que se balancea en su mecedora. Siempre se sienta en la misma, dejando alrededor algunos de los *abanicos de la pereza*, que, aunque estén desocupados, parecen oscilar de manera muy ligera en la noche, inmortalizando así la presencia de un ser querido. Y así, el círculo de la familia se amplía con los ausentes cuando llega la hora del reencontro. La velada se inicia generalmente en el salón de lectura, donde todo termina por descansar, pues los libros tomados para leer durante el día deben devolverse para que pasen la noche tras los enrejados de un librero de caoba en el cual están clasificadas las obras más antiguas, las que no se sacan casi nunca y que está prohibido rozar ni tan siquiera con la punta de los dedos. Sus encuadernaciones se han ensombrecido y perdido sus colores originales. Estos libros han sufrido demasiado a causa del aire, del sol, de la luz; en una palabra, a causa del tiempo transcurrido. Ya no puede hacerse nada por ellos, a no ser admirarlos simplemente o darse gusto contándolos; los hay muy hermosos y muy viejos, unos brillantes, otros marchitos, de formatos diversos y en todas las lenguas, en latín, en español, en francés, en inglés. Después se pasa al

salón iluminado por velas y altas lámparas de aceite y ante cuyas ventanas ondean largas cortinas de seda, atadas con cordones torcidos. Sobre las consolas desbordan generosamente de los jarrones de cristal grandes ramos de rojas flores de Pascua, de mirtos, de lirios violáceos y de racimos de tamarindos y, cuando se levanta la brisa nocturna, irrumpen desde el jardín los efluvios embriagadores del jazmín de España, bautizado aquí con el elegante nombre de galán de noche, debido al peculiar perfume que exhala después de caer la tarde. La habitación es tan amplia que en ella se han podido disponer, además, dos pianos de cola, uno frente al otro, en espera orgullosa del maestro y su discípulo. Afuera alguien toca la guitarra, una voz de mujer canta guarachas y algunos jóvenes bailan alegremente un siripó. Y por doquier, en la campiña adormecida, los cocuyos encienden sus luces como las estrellas en el cielo.

De esta manera transcurre la infancia semisalvaje de José María, el último de los hijos de Domingo. Temporada feliz y despreocupada, interrumpida a partir de los 6 años por algunas horas de trabajo con un preceptor improvisado. Resulta muy estudioso para su edad y pronto leerá fluidamente en español, muy especialmente *La Conquista de la Nueva España*, las comedias de Calderón; pero también disfruta la lectura de las grandes obras francesas: *Atala* de Chateaubriand, *Pablo y Virginia* de Bernardin de Saint-Pierre, la *Escuela de Mujeres* de Molière, *El Cid* de Corneille y los cuentos de hadas de la condesa de Aulnoy. En realidad, para esa época ya escribe mejor en francés que en su propia lengua y luego de haber aprendido con su madre los poemas de Lamartine, a menudo le repite sonriendo: “Soy francés como tú, madrecita querida”.

En algunas ocasiones, su padre les trae noticias de la familia de Matanzas, donde todavía reside la madre de su gran primo hermano, José María, el gran poeta, prematuramente malogrado a la edad de 35 años. Un día se entera de que Jacoba Yáñez, la viuda, ha decidido regresar a Matanzas para vivir allí con su pequeña familia, pues quiere dar cumplimiento a la última voluntad de su difunto esposo, quien había previsto que sus hijos, si un día quedaban huérfanos, crecieran en Cuba y fueran puestos bajo la tutela de su abuela María de las Mercedes.

Pero antes de abandonar México, la joven esposa decide exhumar y transferir los restos de su esposo a otro cementerio para que repose en paz *iad vitam aeternam!* Pero, aunque todo ese ceremonial constituye un misterio para José María, que todavía no es más que un niño, el regreso hacia su tierra natal de la rama mexicana de su familia lo entusiasma en alto grado. ¿Tendrá algún día la oportunidad de conocer a sus nuevos primos? ¡El futuro lo dirá!

Como ya le había anunciado a José María, su sobrino, en una carta que le había enviado desde París, hacía dos años, en 1838, Ignacio se había casado luego de un viaje por Europa en el cual había encontrado a su esposa, de

nacionalidad francesa, Madeleine Godefroy, y se decía que a partir de ese momento, había logrado la felicidad.

Pero el 16 de junio de 1841 su ahijado, Severiano, pierde súbitamente a su madre, Brigitte, en circunstancias bastante dramáticas. El niño, de 4 años y medio solamente, es adoptado de inmediato por su padrino. No sabe dónde residen ni su padre ni sus abuelos; se le considera huérfano y su única familia es la de Ignacio, la cual poco a poco se ha ido acostumbrando a tenerla como la suya propia. Al cabo de los años, Severiano será considerado como hijo de Ignacio y su padre será a la vez su padrino, su amigo, su tutor, su protector, y el niño alcanza su plenitud en medio de ese ambiente familiar. Sus primeros años transcurren sin preocupaciones materiales, ajeno al dolor, hasta que un día se entera de que en las regiones de La Habana y Matanzas, lejos del ámbito familiar, tienen lugar terribles acontecimientos. Un grupo de negros y de mulatos libres como él se ha sublevado en las plantaciones y la consiguiente represión ha sido despiadada, descomunal y ha interesado a todos sus hermanos. Por todas partes ha escuchado circular los nombres de las víctimas y ha retenido el nombre de algunos entre los más célebres: el de Plácido, el de Santiago Pimienta, el de José Miguel Román, profesor de música y director de una academia; el de Brindis de Salas, padre del célebre violinista, quien logra abandonar la Isla en cuanto sale de la cárcel. Sin embargo, esa sublevación, denominada la Conspiración de la Escalera, dejó huellas indelebles en la memoria del niño hasta el punto de no querer hablar nunca más del asunto. Por ello, hacia mediados de junio del año de 1844, se regocija al enterarse de que su padre adoptivo se propone acoger en su casa de Matanzas a toda la pequeña familia de José María, ese sobrino tan querido. Por desgracia, Jacoba Yáñez, la joven viuda, que sólo cuenta con 33 años, muy debilitada por las rudas condiciones de vida, los sucesivos partos y una salud originalmente frágil, muere sólo unos días después de su llegada a Cuba y deja sus hijos a cargo de la abuela. Loreto tiene 15 años y José de Jesús 8; esto es, aproximadamente la misma que Severiano. Nació en México poco después de que su padre le escribiera al gobernador Tacón aquella famosa carta, en la cual le solicitaba autorización para regresar a su patria con el fin de ver a su madre. Y por último está Julia, la más pequeña, nacida 10 meses antes de la muerte de su padre.

Lamentablemente, la felicidad es efímera y Severiano lo sabe por experiencia propia. En 1848, Ignacio, su padre, el hermano más joven de la madre del poeta, desaparece prematuramente. Acababa de cumplir los 54 años. Su muerte es una gran pérdida para toda la familia, en primer lugar para su esposa, de 37 años, que sólo ha convivido 10 años con él, y también para todos los hijos de su sobrino, que lo adoraban y, por supuesto, para el Pardo, que a partir de ese momento se siente solo en un mundo que, a pesar de todo, tendrá que asumir. Esa desaparición va a precipitar, mucho más de lo que hubiera podido suponerse, los acontecimientos que tendrán

lugar en el seno de ese núcleo familiar matancero que deberá orientar sobre todo su vida de forma diferente.

Ignacio, gracias a su sagacidad, lo había previsto todo. Dado que desde hacía algún tiempo se sentía fatigado, había conversado largamente con su esposa y el año anterior había hecho su testamento. Puede suponerse que el nombre de Severiano aparecía en él entre los herederos universales.<sup>17</sup> Pero a los 12 años, Severiano ya no es un niño. Todos los seres que ha amado lo han ido abandonando poco a poco: primero, su madre y luego, su padre adoptivo, que lo deja definitivamente solo con sus fantasmas y, sobre todo, la enorme sombra del poeta, el Cantor del Niágara. Hasta ese momento, Heredia ha ocupado un lugar notable en su vida, a partir de aquel día de enero de 1837 en que se fue para no regresar nunca más. Desde entonces no dejaban de hablar de él en Matanzas. Es cierto que su vida nunca había dejado de ser una novela, como le había escrito una vez a su padre sentado al pie de las cataratas del Niágara. Toda su existencia había estado jalonada por sucesivos duelos, momentos de desgarramiento, de ruptura y de exilio. Un exilio eterno. Una dramática separación de su madre patria, de su adorada madre.

Así, a lo largo de los primeros años de la infancia de Severiano fueron incrustándose y amplificándose en él todos esos secretos de familia que habían gravitado alrededor de José María y que, día a día, su padre había guardado pacientemente. Había sido el único garante, el testigo más leal, el confidente más seguro. Y cuando Ignacio juzgó que su hijo Severiano tenía ya la edad suficiente para comprenderlo, decidió contarle todo lo que debía saber acerca de las decepciones del poeta adolescente con Pepilla, la hermosa criolla de Matanzas, que, en cuanto lo vio partir, se hizo novia de un pretendiente mucho más rico; también le refirió la calumniosa denuncia de una conspiración en la cual el joven tal vez no participó. Tema que su padre, para no herir a nadie, siempre había preferido mantener en silencio, dado que muchos de los testigos todavía vivían en Cuba; igualmente le habló de la sórdida traición de su mejor amigo, que llegó a tratarlo de “ángel caído” con motivo de aquella famosa carta que el poeta había dirigido al gobernador Tacón y cuyo sentido nadie logró comprender verdaderamente, salvo, su tío. Ignacio conocía todo acerca de ese sobrino desde su nacimiento y a su vez le había comunicado a su hijo todo lo concerniente a ese ser fuera de lo común; en el cual el derecho y el envés, la fragilidad y la profundidad se reflejaban como en un espejo; y nunca se cansaba de transmitirle toda la nobleza que rodeaba cada uno de sus gestos, cada una de sus palabras. Esto había hecho que Severiano imaginara que José María hubiera podido ser su hermano mayor. No le conocía mezquindad ni vulgaridad alguna y,

---

<sup>17</sup> Según refiere el padre dominicano fray Cipriano de Utrera en su genealogía de los Heredia, Ignacio Heredia había incluido en 1848 en su testamento al *Pardito*, Severiano de Heredia como uno de sus herederos universales.

para él, formaba parte, como las estrellas fugaces, de ese polvo de estrellas que atraviesa el espacio y el tiempo sin que se le pueda atrapar jamás.

Sin embargo, muy pronto, el niño se había dado cuenta de que por todas partes corrían rumores acerca del poeta José María; sobre todo, en lo concerniente a su conducta libertina cuando era sólo un joven estudiante. Más tarde conoció la historia de Concha, apodo que le habían puesto a la última de las hermanas menores, cuyo verdadero nombre era María de la Concepción y que el poeta también llamaba bromeando “mi hijo”. Pronto las malas lenguas se apresuraron a contar mil anécdotas, cada cual más misteriosa, sobre algunas cartas que José María había escrito a su madre: “Mucho me he divertido con las cosas de Concha, alias mi hijo, pero encárguele Sumd. de mi parte más aplicación”.<sup>18</sup> Y en una de las últimas, enviada desde México, dos años antes de morir, le decía: “Adiós, mi adorada mamá: mil abrazos a mis queridas Ignacia, Rafaela y Dolores, sin olvidar a mi hijo”.<sup>19</sup>

En verdad, unas veces dejaba que subsistiera la duda sobre el origen de ese “presunto hijo”, y otras añadía al apodo la denominación antes citada. Incluso se rumoraba que Jacoba Yáñez, la esposa de José María, había escrito una carta a su suegra diciéndole lo siguiente: “Haga Ud. mis expresiones a Ignacia y demás niñas en particular al hijo de Heredia y reciba el corazón de su hija que la quiere mucho”.<sup>20</sup> Y entonces, en un momento dado, todas esas referencias habían adquirido una importancia tal, que ya se comenzaba a hablar de un hijo natural que, al parecer, Heredia había tenido varios años antes de su matrimonio. Algunos hasta llegaron a creer que detrás de ese apodo se escondía el nombre de un negrito esclavo al servicio de la familia Heredia, que el poeta quería particularmente y a quien en una sola ocasión había enviado un saludo amistoso. Es cierto que por esa época, en abril de 1822, la viuda de José Francisco Heredia, la madre del poeta, vivía en Matanzas, en la calle O'Reilly, con sus cinco hijos, José María, Ignacia, Rafaela, María de los Dolores, María Concepción y tres esclavos.<sup>21</sup>

A pesar de todo ello, Severiano empezó a cristalizar alrededor de la personalidad del José María todas sus aspiraciones, sus sueños, sus deseos y, sobre todo, su admiración. Para él fue primero ese joven que nunca transigía con nada, ya se tratara del honor o del deber, como del amor y que pronto aprendió que la vía revolucionaria ella sola no podría conducirlo

---

<sup>18</sup> Carta de José María Heredia a su madre, fechada en México el 24 de mayo de 1826, en *Epistolario de José María Heredia*. Prólogo, Notas y Bibliografía de Ángel Augier, ob. cit., p. 264.

<sup>19</sup> Carta de José María Heredia a su madre, fechada en México el 20 de junio de 1837, *ibíd.*, pp. 474-475.

<sup>20</sup> Carta de Jacoba Yáñez a su suegra, doña Merced Heredia, fechada en Cuernavaca el 10 de febrero de 1828, *ibíd.*, pp. 342-343.

<sup>21</sup> Julio Garcerán de Val: *Heredia y la Libertad*, p. 96.

sino al fracaso. La gloria no era asunto de vivos; siempre póstuma. Inmortal e intemporal.

Al año siguiente, en abril de 1849, le llegaron muy malas noticias de sus primos de Santiago de Cuba, pues, aunque no los veía nunca, Severiano conocía de su existencia. Desde el 22 de noviembre de 1842, por su familia había sabido del nacimiento del tercer Heredia, a quien apodaba el aguafiestas desde su llegada al mundo. Lo que sucedía es que no soportaba la idea de que le hubieran podido poner el mismo nombre que al poeta. Mas, la elección resultó muy juiciosa y consciente por parte de los padres. ¿No era Domingo el hermano menor de José Francisco, padre del célebre Cantor del Niágara y su hijo, el último de los 13 nietos de don Manuel, el último de la rama mayor de los Heredia? Sin embargo, los dos hermanos no tenían nada en común y, sobre todo, su forma de vivir y de educar a sus hijos había sido muy diferente. Domingo había vivido siempre en una plantación de la región de Santiago y su hermano mayor, José Francisco, había ejercido oficialmente, enviado por el gobierno español, una carrera jurídica, por toda América Latina que entonces se hallaba sacudida por las guerras de independencia.

Además, si Severiano hubiera tenido la ocasión de conocerlos a ambos, no hubiera vacilado en preferir a José Francisco, el padre del Cantor del Niágara, antes que a Domingo, el joven gentilhomme. Los ciudadanos, tanto si son de la capital como de una villa como Matanzas —sobre todo, cuando ejercían profesiones liberales, por demás honoríficas—, no tenían nada que envidiar a los propietarios de los cafetales que habían venido de la vecina isla. Los primeros tenían una cultura más amplia, una formación en el extranjero y habían viajado; los últimos no sabían nada del mundo, a no ser estas dos islas caribeñas, aquella donde habían nacido y esta, donde iban a morir.

Llegó el día en que don Domingo, como le gustaba que lo llamaran, cansado y enfermo desde hacía un tiempo, decidió abandonar la isla de Cuba para ir a consultarse en Francia, de donde era originaria su esposa. Por otra parte, justamente ese resultaba el único aspecto que tenía en común con la rama de sus primos santiagueros, pues la esposa legítima de Ignacio, su padre, era también francesa. Por el contrario, su madre natural, que tan poco había conocido por haber muerto antes de que su bellaza pudiera turbarlo, era una joven mulata nacida en Cuba.

En el cafetal La Fortuna, todos se afanan en los preparativos para la partida y Domingo, que tiene más de 66 años, se propone llevar con él para que lo acompañe durante el largo viaje a Leonce, el hijo de su primer matrimonio. La despedida es conmovedora, pues la familia nunca antes se había separado. La travesía se inicia sin tropiezos, pero luego, cuando el barco *Le Sévère* se encuentra en alta mar, una vez en pleno océano, no se forma tempestad alguna sino que el extenuado corazón de



Domingo flaquea. Todos se precipitan sobre él tratando de reanimarlo, pero todo resulta en vano. Las costas francesas están todavía demasiado lejos y Domingo muere en alta mar, sin que nadie pueda reavivarlo. Y entonces, como exige la costumbre, el cadáver es lanzado por la borda y mientras la tripulación le rinde un último tributo, el cuerpo se desliza y se sumerge en las profundidades submarinas. Un pequeño remolino, unas pocas burbujas sobre la superficie del agua, y con él desaparece la despreocupada y feliz infancia de José María. Una gran oquedad en medio del abismo. También un gran silencio y un regreso al pasado.

¿No había muerto don Pedro, el padre de don Manuel, uno de sus lejanos antepasados, en el naufragio de su flota entre Vélez y Tarifa en el estrecho de Gibraltar de forma igualmente trágica? ¡Probablemente, esa era una de las viejas historias de familia que formaban parte de la leyenda y cuyo relato se disfrutaba por allá en Santiago! Había otra que en su tiempo resultó muy divulgada y que no fue menos gloriosa; se trataba del naufragio de José Francisco, hijo mayor de don Manuel, cuando todavía no era padre de José María, *el Cantor del Niágara*, que estuvo a punto de perder la vida junto a su novia en medio de una fuerte tempestad frente a las costas de Venezuela. Tenía 24 años y su novia 18. A partir de ese momento, todo iba a comenzar... se inicia todo lo relativo a la historia de los tres Heredia.

Después de la desaparición de Domingo, un destino muy diferente se perfila para el tercero de los Heredia. El niño tiene 6 años y medio. Normalmente, ese hecho dramático hubiera debido facilitar un acercamiento entre los dos primos que quedaban, los dos descendientes. Lamentablemente no ocurrió así. Los dos hijos de don Manuel Heredia, el antepasado, así como el único hijo de su hermano Nicolás, ya no existían. Los tres habían fallecido. Primero, José Francisco; luego, Ignacio y, por último, Domingo. Habían quedado huérfanos tres hijos a una edad en la cual todavía un padre es necesario. El mayor tenía 17 años; el segundo, 12, y el tercero, 7. La muerte siempre había sido una temible compañía para los Heredia; siempre presente en las fiestas, rondaba en torno a gente feliz. Era una constante que se repetía como un ritual y esta vieja familia de raíces nobiliarias, a pesar de los excepcionales privilegios que había disfrutado en el pasado, como los que se concedían generalmente en América a un caballero que, a causa de algún descubrimiento importante, había hecho avanzar la dominación española, no por ello había podido prescindir de taras aún mayores. En efecto, esa fragilidad física de la que se quejan con frecuencia los herederos, se debía en gran medida a una degeneración aristocrática y, en ocasiones, a su consanguinidad. Memoria de un pasado, de una familia, de valores y tradiciones excepcionales, que era preciso saber asumir y que cada uno de ellos había tenido que revivir, con mayor o menor fortuna, ante cada drama de su existencia.

En ese mismo momento, Severiano, el joven *Pardo*, está viviendo en Matanzas definitivamente adoptado por su madrastra, Madeleine Godefroy, quien

viuda y sin hijos, decide irse de Cuba y regresar a Francia, su país de origen, acompañada por ese niño que su esposo le ha confiado. Mujer de bondad inconmensurable, Madeleine ya tiene numerosos proyectos futuros para el muchacho. Es un hermoso adolescente de piel ambarina, de mirada dulce y profunda, de grandes ojos negros todavía soñadores, y dotado de una vivacidad y de una inteligencia prodigiosas.

Será el segundo de la familia Heredia que tomará el camino del exilio; su partida se producirá solamente un año antes de la partida de su primo de Santiago. Dado que su padre es su única familia, nada deja tras de sí. Pero a bordo de la goleta que lo conduce a Francia, Severiano no sospecha ni por un instante que en Santiago de Cuba también una nueva vida va a iniciarse para su primo, el aguafiestas.

Después de haber aceptado a los 42 años la carga que representaba su numerosa familia que incluía a los cuatro hijos del primer matrimonio de su difunto esposo, la madre de José María decide no abandonar por el momento el cafetal y de asegurar ella sola la educación de sus hijos. Tiene, no obstante, otros proyectos para Pepillo, su único varón, su benjamín. Por un momento piensa enviarlo a España para realizar estudios de diplomacia, como uno de sus medio-hermanos, cuando al año siguiente ocurre un hecho insólito que nadie había previsto y que trastorna todos sus planes. Nicolas Fauvelle, viejo amigo de la familia Heredia, pierde súbitamente a su esposa y para consolarse decide regresar a Cuba, en una de cuyas plantaciones había residido por largo tiempo, para pasar el verano. Una vez aquí le propone a la joven viuda llevarse con él a Francia a su hijo más pequeño para que viva con él en Senlis, donde reside su familia. Acepta ser su tutor y se responsabiliza con hacerlo aprender el francés, esa lengua que ya encanta a José María, pero que todavía está muy lejos de dominar, si bien es la de la voz materna.

José María debe despedirse de todas esas mujeres que lo rodean y que lo aman; son numerosas: su media-hermana, su madre, sus tres hermanas, de las cuales Leocadia, la mayor, acaba de casarse poco antes de su partida con un amigo de la infancia, huérfano también. Es una bellísima historia de amor de la cual se enorgullece. Había entrado a trabajar en el cafetal de Domingo el mismo día del nacimiento de su hermana mayor y se criaron juntos como si fueran de una misma sangre; el joven tuvo que esperar que su amada creciera un poco para pedirla en matrimonio y al cabo de 17 años su sueño se hizo realidad. Entonces, con el corazón adolorido, José es, de los tres, el último en partir, dejando tras de sí todo lo que ya Robinson había descubierto, el tesoro más preciado del mundo: la naturaleza y la libertad.

A partir de ese momento, como las diferentes ramas de un árbol cuyo tronco es común, esas tres existencias se unen en una sola. Y siempre ese núme-

ro tres que regresa, lacerante, como si José María, *el Cantor del Niágara*, hubiera sido el vértice de un triángulo cuya base, sin quererlo ni saberlo, la formarían Severiano y el otro Heredia. Al morir, el mayor había cedido su lugar a estos dos jóvenes adolescentes que llevaban su mismo apellido, pero su imagen dejaba, entre ellos dos, algo indefinible que rondaría con mayor o menor intensidad luminosa la vida ambos.



**SEGUNDA PARTE**  
**LOS DESTINOS PARALELOS**



## **1850-1862**

### **Tiempo de estudios y fascinación por el Viejo Mundo**

#### **EL LICEO LOUIS-LE-GRAND Y EL ATENTADO CONTRA EL EMPERADOR**

La travesía durará 50 días. Justo el tiempo necesario para cumplir con el duelo de su padre. Tras de sí, Severiano ha dejado muy lejos la silueta del Pan de Matanzas y espera que se borren en la calurosa bruma las últimas riberas de su tierra nativa y que, en el infinito, el océano lo rodee por todas partes, para así morir y renacer a la vida simultáneamente. Es él mismo y también otro, desarraigado y mentalmente fundido en lo más profundo de su ser con una silueta, la de su primo José María, muerto cuando él recién nacía. Han pasado ya 13 años. Tan rápido. Hoy le parece que fue tan sólo ayer. Entre ellos siempre estará el exilio, el mar, esas travesías tumultuosas, ese largo viaje del que nunca se sabe si será el último. Y esta interrogación en suspenso seguida de un largo silencio: ¿cuándo volveremos a ver nuestra tierra natal?

A partir de ahora estará solo, sin familia. Su madre adoptiva, que viaja con él, sustituyó muy pronto el rostro de su madre. De esta sólo guarda en su memoria un perfume, determinados colores, fugacísimas sensaciones de felicidad. ¿Será por ello menor su tristeza? Resulta difícil decirlo. Es diferente y renueva fuerzas insospechadas en el niño y luego en el adolescente. Muy pronto habrá que aprender a convivir con ese amor intacto y virgen, recibido como una herencia y que nadie le reclama. Dejarlo en espera de que se expanda en un virtual futuro. Eso lo hace con la mayor naturalidad del mundo.

Desde que perdió a su padre adoptivo, evoca cada vez más a menudo la personalidad de José María, de quien no conserva memoria alguna, pero que ha llegado a conocer mucho mejor que a un hermano mayor. ¡Cuántas veces no le habrán relatado desde esos primeros años de la infancia del poeta hasta los últimos días pasados en Cuba, en el seno de su propia familia! El adolescente conoce todo lo relativo a su lenta agonía, a su descenso de la cruz, a su total identificación con su patria, con su suelo nutricio, con la imagen de su madre. Ese dolor de la separación y del exilio se había hecho tan intolerable para el poeta, que había terminado por hacerla también suya.

Así, para darle un último beso a la que le había dado el ser, José María no había vacilado en hacerse hombre, a riesgo de desconcertar a todos aquellos que pretendían ser mucho más valientes y que llegaron hasta a hablar de traición al referirse a ese último adiós. Y Severiano se pregunta: ¿Y qué habría hecho él en su lugar? Afortunadamente, la pregunta quedaba en suspenso y su elección resultaba más fácil. Su optimismo también.

Y entonces, con la misma avidez que su padre había probado todos los frutos de la tierra, decide, a su vez, captar febrilmente todos esos momentos de la vida y de conservar en la memoria todos esos fragmentos del pasado, que al cabo del tiempo pudieran borrarse al estar lejos de su patria. Pues el destino de todos los insulares es llevar consigo ese tesoro más allá de los océanos y de los mares. Por ello, esa noche, al mirar la bóveda celeste, Severiano cree más que nunca en su estrella. A partir de ahora, su filiación es cosa hecha. Después de haber recogido esa deuda de amor legada por el poeta a su tío Ignacio como un don del cielo, se siente suficientemente fuerte como para llevar bien alto el nombre de los Heredia, él, el Pardito, el huérfano, el mulatico de la familia, sobre cuya cuna, según se pensaba, no se había inclinado hada alguna. Y justamente en ese barco, que boga indolentemente hacia el Viejo Mundo, resuelve, en lo más íntimo de su corazón, que si no logra entrar en la leyenda, entrará al menos en la historia... y por la puerta grande.

París apenas renacía a la vida cuando el joven cubano desembarcó en la capital, y el recuerdo de las últimas barricadas emplazadas el año pasado por toda la ciudad, iluminaba la mirada de algunos jóvenes apasionados por ideas grandiosas y que habían creído que *lo Impensable* era posible. Pero, por desgracia, las jornadas de febrero de 1848, como las de julio de 1830, no habían sido más que sobresaltos de la Gran Revolución y todavía soplaba alrededor del joven un viento de revuelta y de anarquía que había bastado para derrocar a ese buen rey gentilhomme que a menudo se representaba con su paraguas o una taza de tisana en la mano. Desde hacía bastante tiempo, Luis Felipe incomodaba a la burguesía y excitaba al pueblo, que, cada vez más explotado, no disfrutaba de los progresos de la industrialización capitalista, cada vez se empobrecía más y deseaba librarse de esa política de inmovilismo. Y así fue: la capital estuvo en manos del pueblo de París, el cual reclamó la abdicación del rey. Luis Felipe abdicó y tomó el camino del exilio como lo había hecho Carlos X con anterioridad. Al día siguiente, la República se inscribía en todas las paredes de París. Había nacido la Segunda República.

Las elecciones presidenciales, en las cuales se puso en práctica por primera vez el sufragio universal, le concedieron, el 10 de diciembre de 1848, una triunfal victoria, en gran medida gracias al voto de los campesinos, decepcionados por los inicios de la Segunda República, a Luis Napoleón Bonaparte, sobrino de Napoleón I. El solo nombre del Emperador todavía hacía estremecer a toda la nación, si bien en ocasiones evocaba recuerdos



contrapuestos. Unos lo veían como un revolucionario que había consolidado determinadas conquistas sociales de la Revolución y que había organizado y fortificado el país; otros, como un dictador, que había enviado al campo de batalla a millares de conscriptos y que había obligado a los ciudadanos a pagar considerables impuestos. Mas, su nombre seguía gozando de suficiente prestigio como para disfrutar de un arrastre nacional.

Entonces, el joven estudiante, sólo unos meses después de su llegada, se sorprende a su vez al ver aparecer en las cajas de fósforos el retrato de ese nuevo salvador que viene a barrer un gobierno de traidores y que, según le dicen, hará que la República sea respetada. Lleva un bigote rubio y una barbita que nada tienen de imperial ni de serio, además de que siempre aparece cubierto con un bicornio que, curiosamente, se pone atravesado de adelante hacia atrás. Y entonces, esa mañana, uno de esos días invernales en que los primeros ataques del frío resultan particularmente crueles para quien acaba de llegar de cualquiera de los países inundados de sol, Severiano se apresura a atravesar el portal de ese gran liceo parisino adonde acude todos los días a la misma hora, desde hace ya un año, se sorprende al ver en todas las paredes de la capital unos afiches recientemente colocados durante la noche. Intrigado, se detiene para leerlos:

“En nombre del pueblo francés

”El Presidente de la República

”Decreta:

”Artículo Primero: Queda disuelta la Asamblea Nacional.

”Artículo Segundo: Se restablece el sufragio universal. La ley del 31 de mayo es derogada.

”Artículo Tercero: Se convoca al pueblo francés a estos comicios a partir del 14 hasta el 21 de diciembre próximo.

”Artículo Cuarto: Se decreta estado de sitio en el área de la 1ª división militar.

”Artículo Quinto: Se disuelve el Consejo de Estado.

”Artículo Sexto: Se responsabiliza al Ministerio del Interior con la ejecución del presente decreto.

”Dado en el Palacio del Eliseo, a 2 de diciembre de 1851

”Luis Napoleón Bonaparte

”*El Ministro del Interior*

”De Morny.

Es cierto que desde su llegada no ha tenido tiempo para interesarse por los acontecimientos políticos; por ello, esa declaración lo intriga y por la noche se informa con su madre para conocer quién es ese hombre de lenguaje autoritario, ese aventurero sin tradición política que, para algunos, luego de restablecer el orden burgués y apoyado en una política de progreso, se ha servido del sufragio universal para establecer su poder y ocupar un

trono; por el contrario, para otros, Luis Napoleón encarna al príncipe-presidente, devenido emperador debido a necesidades mediáticas del momento.

Se pregunta si se trata de un golpe de Estado. ¿Acaso, la República no ofrece ninguna garantía, ninguna certeza? Y, por otra parte, ¿por qué se llama Napoleón III y no Napoleón II. A esta pertinentísima pregunta, su madre le recuerda que después de la derrota de Waterloo, el Aguilucho, sobrenombre del hijo de Napoleón, fue reconocido emperador. Seguramente por precaución. Pero entonces, ¿quién es en realidad este hombre? Un personaje atípico —le responde la madre— que nadie conoce bien. En realidad, no viene de ninguna parte, pues fue educado por su madre, la reina Hortensia, hijastra de Napoleón, exiliada en la Suiza alemana desde la caída del Imperio y que residía en el castillo de Arenenberg, junto al lago Constanza. Hizo su servicio militar en Suiza y su juventud se desarrolló un poco en Londres y un poco en Italia también, donde se codeó con los miembros de la sociedad secreta de los carbonarios, esos anarquistas listos para hacer explotar toda Europa con tal de obtener la unidad de su país. Por ello, carente de una verdadera patria, sin pasado ni tradiciones, se siente más bien ciudadano del mundo. De su padre, Luis Bonaparte, hermano de Napoleón I, heredó los ojos azules, su tipo rubio, así como la pompa, la aventura y las mujeres hermosas; de su madre, que llevaba de soltera el nombre de Hortensia de Beauharnais, ha conservado el encanto, el gusto por los uniformes y la ostentación, así como cierta indolencia que también le viene de las Antillas, donde había nacido su abuela Josefina. Es el hijo adorado de una pareja que ya no lleva relaciones desde hace mucho tiempo y cuyo matrimonio, dictado por Napoleón, había sido un resonante fracaso.

Algunos días después de esos hechos, en el patio del Liceo circula el texto completo de la proclama del presidente de la República, ese Llamamiento al Pueblo que dirige a todos sus conciudadanos y que todos los estudiantes del liceo desean conocer en sus más mínimos detalles.

“Franceses,

”La situación actual no puede prolongarse por mucho tiempo. Cada día que transcurre agrava los peligros para el país. La Asamblea, que debía constituir el más firme apoyo para el logro del orden, se ha convertido en un foco de complots (...) En lugar de proclamar leyes de interés general, forja armas para una guerra civil; atenta contra el poder que me ha sido conferido directamente por el pueblo; estimula todo tipo de bajas pasiones; compromete el sosiego de Francia: la he disuelto y deseo que todo el pueblo sea quien nos juzgue tanto a ella como a mí.

”Como ustedes saben, la Constitución se concibió con el objetivo de debilitar *a priori* el poder que me sería conferido. Seis millones de votos implicaron una atronadora protesta en su contra y, sin embargo, la he respetado fielmente. Tanto las provocaciones como las calumnias y las ofensas me han dejado impasible. Pero hoy, cuando el pacto fundamental

no es respetado por aquellos mismos que la invocan sin cesar, y que los hombres que ya han perdido dos monarquías quieren atarme las manos con el fin de derrocar la República, mi deber es desbaratar sus pérfidos planes, mantener la República y salvar el país invocando el juicio solemne del único soberano que reconozco en Francia, el pueblo.

"(...) Este sistema, creado por el Primer Cónsul a inicios de este siglo, ya ha concedido paz y prosperidad a Francia; todavía pudiera garantizárselas. Esa es mi más profunda convicción. Si es compartida por ustedes, declárenlo mediante el sufragio (...)

"Pero si ustedes consideran que la causa de la cual es símbolo mi nombre, esto es, Francia regenerada por la Revolución de 1789 y organizada por el Emperador, sigue siendo la causa de ustedes, proclámenlo consagrando los poderes que solicito de ustedes.

"Francia y Europa estarán entonces a salvo de la anarquía, se vencerán todos los obstáculos y desaparecerán las rivalidades, pues todos respetarán, por mandato del pueblo, los decretos de la Providencia".

Y este llamamiento, redactado en el Palacio del Eliseo y fechado ese mismo día, lleva la firma de Luis Napoleón Bonaparte.

Pero los hechos que precedieron a esa solemne jornada se sucedieron con tal rapidez, que el joven cubano, poco habituado a esa agitación cultural y a esa efervescencia intelectual, se sorprende, pues en su país los cambios no resultan tan perceptibles y como a veces se extienden a lo largo de varias décadas, su corta edad no le ha permitido darse cuenta de muchos de ellos. Una vez que ha tomado conciencia de la gravedad de los hechos, aspira con igual avidez esas bocanadas de aire fresco que bruscamente despiertan hasta al más veleidoso de los ciudadanos. Vive en medio de esa permanente agitación en el Barrio Latino y, como es vivaz y muy saludable, capta todo, busca información acerca de prácticamente todo, discute, lee mucho y es un observador incansable. Pronto se encontrará en el centro de la actualidad, cuando exactamente al año siguiente, aquel 2 de diciembre de 1852 a las 10 de la mañana se proclama el Imperio en la Alcaldía de París. El edificio se ha decorado de manera espacial para esa solemnidad y los tres pisos del palacio municipal se adornan con haces de banderas tricolores enlazadas con el escudo del Emperador.

En cuanto anuncian la noticia, todos los estudiantes de su liceo deciden dirigirse a pie a la Alcaldía y Severiano se une al grupo. No es muy lejos: basta con bajar por el gran bulevar que conduce al Sena y atravesar los dos brazos del río que rodean la isla de la Cité para acceder a la otra orilla, donde ya se ha congregado una gran multitud a todo lo largo de sus márgenes y al llegar a la entrada de la gran plaza queda de inmediato fascinado por el decorado. Desde la planta alta del magnífico edificio se habían tendido colgaduras de terciopelo rojo incrustadas con las iniciales de Napoleón III y el campanario se había engalanado con pendones y banderas con

los colores imperiales. A todo lo largo y ancho de la impresionante fachada se han dispuesto guirnaldas de follajes iluminadas por águilas doradas. Por último, al pie de la estatua de Enrique IV se había erigido un pabellón de terciopelo rojo decorado con estrellas y abejas doradas para recibir al prefecto del Sena y a las autoridades municipales de París. Nunca había visto semejante espectáculo y algunos de los curiosos de más edad imaginan por un instante que se han revivido los fastos de antaño, las suntuosas ceremonias del que en su tiempo fue el Ogro y el Salvador de Francia.

Así, la República, no bien constituida, se vio obligada a dar paso al Imperio. No obstante, no todo salió tan bien como algunos quisieron creerlo. Al menos, eso le han dicho. Por supuesto, muchos estimaron que la responsabilidad de los diputados había sido inmensa; hubo quien los acusó de haber permitido el sacrificio del pueblo e, incluso, Georges Sand exclamó: “No creo en una República que se inicia con el degüello de sus proletarios”. El nuevo gobierno provisional contó solamente con tres meses para poner en marcha la naciente República y muy pronto hubo corrientes en su contra. En efecto, con Augusto Blanqui y Luis Blanc surgió una nueva generación de revolucionarios que defendió su concepción de filiación jacobina de un socialismo de Estado, que incluyera la nacionalización de la producción y de la distribución en su programa.

Pero para comprender el nuevo estado de cosas, Severiano debe conocer el desarrollo de acontecimientos anteriores. Desea saber un poco más sobre esas famosas barricadas que no ha visto y de las cuales tuvo alguna información en su lejana Isla. En efecto, el 24 de febrero de 1848, la monarquía de julio fue derrocada y se proclamó la República. Quedaba por resolver la cuestión social y con gusto se recordaba la frase de Alexis de Tocqueville en la Cámara de Diputados, cuando había hablado de las clases obreras: “Hoy están tranquilas, pero ¿no os dais cuenta de que sus pasiones, de políticas se han transformado en sociales? Constantemente se repite que la propiedad se basa en principios que no son equitativos”. Cuatro meses más tarde, su predicción se hacía realidad. En cuanto se restableció el orden burgués, se declaró que ya no había dinero. Los obreros reclamaron la jornada de 10 horas, el reconocimiento del derecho al trabajo, se abolieron las leyes relativas a la prensa y de inmediato se decretó que se debía elegir una Asamblea Constituyente sobre la base del sufragio universal. Ese derecho al voto, extraordinaria esperanza para la nación, no resultaría suficiente para satisfacer las expectativas de los trabajadores. Y entonces, ante el peligro inminente, el gobierno de Luis Felipe reforzó la guardia móvil con refuerzos venidos de todas partes, entre los cuales había individuos con antecedentes penales, a quienes se retribuyó consecuentemente. El pueblo, cuyo nivel de instrucción cívica era todavía bajo, y confiando en la protección de Blanqui, pronto fomentó algunos disturbios: entró a la Asamblea Nacional y se dirigió a la Alcaldía. Prorrumpió en consignas: “la propiedad es el robo” y “quien tiene el hierro, tiene el pan”; ese fue el clamor de los

partidarios de Blanqui. El estupor y la cólera se adueñaron rápidamente de las calles y una misteriosa efervescencia amplificó el desorden. Después de sangrientas jornadas de revueltas que estallaron a partir del 23 de junio y que se prolongaron hasta el 25, las tropas se batieron contra el pueblo atrincherado en sólidas barricadas, sobre las cuales ondeaba una inmensa bandera roja; se produjeron enfrentamientos a golpes de bayoneta; la artillería disparó contra el Panteón. Pero las municiones se hicieron poco a poco escasas entre los insurgentes y, por último, las barricadas fueron cayendo una tras otra ante la superioridad en hombres y armamentos de sus adversarios. Los últimos rebeldes se concentraron en los alrededores de la plaza de la Bastilla y de la calle del Faubourg Saint-Antoine. El 26 de junio, a mediodía, todo había terminado y de inmediato se organizó la represión; fueron deportados hacia las colonias sin juicio previo 12 000 prisioneros y 4 000 obreros. Cuando los insurrectos hicieron el cómputo de sus muertos, estos sobrepasaban la suma de 3 000.

No le correspondía a Severiano, joven adolescente recién llegado a París y, por demás, extranjero, emitir un juicio acerca de esos terribles acontecimientos. Su hora llegaría, sin embargo. Ya para entonces lo sabía.

Por el momento se limita a constatar que la vieja Francia de Luis XVIII, la del Antiguo Régimen, acerca de la cual tanto se hablaba en su Isla, ya no existe. Para asentar su reinado, que aspira que sea largo y próspero, y borrar los antiguos errores, que lamenta, el emperador Napoleón III desea modificar la vida de los franceses y, como lo constata el poeta Baudelaire: “para gobernar una gran nación, es preciso apoderarse en primer lugar del telégrafo y de la Impresora Nacional”. Dos cosas le parecen esenciales para la construcción de esa Francia moderna: el ferrocarril y los navíos de vapor. Una red cubrirá todo el país como una tela de araña de la cual París será el centro y, a partir de 1852, aparecen los primeros tramos de vías férreas, y se emprenden obras en todo el territorio de manera que cada mes se inicia una nueva.

Esa febrilidad y esa sed de vivir que Severiano experimenta profundamente desde pequeño, van a estimularlo a lo largo de todos sus estudios. Primero valora lo afortunado que ha sido al entrar al más famoso liceo de la capital, el Liceo Louis-le-Grand, que obtuvo el título de Liceo Imperial en 1805 en la época de Napoleón Bonaparte, que después lo perdió a la caída del Imperio y que lo recupera con el advenimiento de Napoleón III. La historia de esta institución de enseñanza media superior es larga. Fundado en 1560 por el obispo de Clermont, en sus inicios el edificio fue un centro de enseñanza media elemental o colegio dirigido por jesuitas y que contaba ya en esa época unos 1 500 alumnos. Se enseñaba Teología y Latín, la asignatura preferida de estos sacerdotes, Matemáticas y Astronomía. La enseñanza era gratuita y de gran calidad. Esta institución se hallaba en su apogeo con unos 3 000 estudiantes hacia 1682 cuando Luis XIV le cambió el nombre por el de Colegio de Louis-le-Grand. Se solía decir: “¿qué provincia del reino, o

incluso qué reino en Europa, no admira la refinada educación que tantos jóvenes señores han recibido en París en el Colegio de Louis-le-Grand?”

Desgraciadamente, a consecuencia de un atentado perpetrado contra Luis XV, se privó a los jesuitas, acusados de incitación al regicidio, de la autorización para enseñar y el Parlamento solicitó el cierre del colegio, que al año siguiente devino Centro Administrativo de la Universidad de París. Durante la Revolución se le llamó Colegio de la Igualdad y era el único colegio que funcionaba en París y se declaró, incluso en alguna sesión de la Asamblea Legislativa, que “los estudiantes de Louis-le-Grand habían prestado servicios eminentes a la patria”; más tarde, en 1797, se convirtió en el Pritaneo Francés, especie de escuela central que albergaba e instruía gratuitamente a jóvenes de 12 a 14 años. En las altas esferas se le consideraba “el modelo tipo que debía proponerse a todos los demás colegios, pues era el único que había conservado, a través de la borrasca revolucionaria, la tradición del verdadero método de educación que debía aplicarse con los jóvenes”.

Algunos años más tarde, hacia 1802, se le dio el nombre de Colegio de París, antes de que el primer cónsul, Napoleón Bonaparte, lo transformara en Liceo Imperial. Fue el primer centro de enseñanza francés que recibiera el título de liceo. Empeñado en primera instancia en la búsqueda de la excelencia, su reputación se había establecido desde hacía mucho tiempo. ¿No se decía acaso: “Todo el que en Francia se ha hecho de un nombre pasó su juventud en el Louis-le-Grand”? Había contado entre sus estudiantes a las personalidades más notables de la historia de Francia en ramas tan variadas como las letras, la filosofía, las artes, las ciencias y la política, entre los cuales cabe mencionar a Molière, Charles Perrault, Voltaire, Diderot, Turgot, Antoine Parmentier (que desarrolló el cultivo de la papa en Francia), el marqués de Sade, Víctor Hugo, Teófilo Gautier, Baudelaire, Géricault, Delacroix, Degas, por sólo citar a algunos de los más antiguos. Además, algunos de los grandes hombres que hicieron la Revolución contribuyeron a su celebridad: Robespierre, Saint-Just y Camille Desmoulins. En todas las asignaturas se impartía un saber de calidad y todo el mundo reconocía las excelentes cualidades de los maestros; en particular su apertura, inteligencia, tolerancia y, sobre todo, el espíritu de método que les gustaba inculcar en sus estudiantes. Esa voluntad de claridad, de objetividad, de eficacia que constituía la base de su educación, resumía todas las cualidades que Severiano admiraba en este Nuevo Mundo y a las cuales, por supuesto, aspiraba con todas sus fuerzas.

Muy pronto, al ver cómo el mundo evolucionaba a su alrededor, el joven cubano se da cuenta de que allí es posible todo tipo de audacias. El pico de los demoledores destruye los viejos barrios y Haussmann diseña un nuevo urbanismo; se rodea de un equipo escogido y traza nuevas vías, remodela la red urbana, se hacen proyectos para el agua, las alcantarillas y el saneamiento; los industriales invierten, los empresarios tienen necesidad de nuevas políticas, las de los banqueros, para mantener la paz social

y modelar nuevas fronteras propias a la expansión. Así, el ferrocarril se convierten en la prioridad de urgencia, indispensable para la unificación de Estados como Alemania e Italia, y ya el gobierno comienza a pensar en protegerse de esos pueblos impacientes, que el día de mañana pudieran pretender la dominación del mundo y un engrandecimiento a costa de Francia. Y acaso esa sea la otra cara de la moneda, se plantea Severiano, que gusta de tomar distancia con relación a todo lo que lo rodea. Por supuesto, es preciso andar rápido, cada vez más rápido, para poder participar de los beneficios; es una ley de la naturaleza, pero la hora de la ganancia constituye también la hora del rendimiento y esa revolución industrial que se prepara, en ocasiones trastorna extrañamente la visión del joven, que se dispone para entrar a la clase de retórica.

Y, durante cinco años consecutivos ha tenido la suerte de realizar estudios secundarios en el primero y más importante liceo de Francia, con los mejores profesores, quienes le han inculcado, a lo largo del curso, una forma determinada de plantear los problemas y de analizar los factores, sin olvidarse nunca de sopesar su valor. Y la primera persona que cada año lo felicita por los brillantes resultados obtenidos al finalizar el curso escolar, es siempre su madre adoptiva, Mas, sabe que su éxito intelectual nunca logrará compensar suficientemente todo lo que ella ha hecho por él, al considerarlo, en primer lugar, como a su propio hijo y, en segundo lugar, al llevarlo con ella a Francia luego del fallecimiento de su esposo!

Por el momento lleva una vida estable junto a ella y todo aquello que lo rodea le confirma sus ideas. Ese Barrio Latino, donde tuvo la suerte de crecer y de estudiar, constituye su hogar intelectual y espiritual, y a menudo piensa en su padre, que hizo sus exámenes de Derecho en Madrid y sobre todo en su primo José María, quien a su edad ya escribía notables poemas como “Las ruinas de Maiquetía”, o composiciones más personales como la “Elegía” o “El paso del trópico”. Con sus dotes de traductor de todos esos autores de la Antigüedad y sus conocimientos sobre literatura antigua, de seguro hubiera obtenido en su liceo parisino numerosos premios en griego y en latín, como el gran poeta Baudelaire, quien, cuando era alumno de Louis-le-Grand, unos 15 años antes que él, había obtenido un premio de composición de versos latinos. Y en los días en que la nostalgia de su Isla natal le parecía demasiado grande, le gustaba contarle a su madre sus impresiones personales, cuando, en el gran patio del liceo, se embarcaba en interminables discusiones o en amistosas conversaciones.

Yo no era el único extranjero —le decía—. Había otros que venían de casi todas partes, principalmente de las Antillas, y había observado con sorpresa que los maestros nos manifestaban un interés especial y nos brindaban una atención particular; no había forma alguna de discriminación racial, como infelizmente lo había constatado en nuestro país, lo que, por supuesto, le concedía cada vez más valor al país donde había decidido vivir, este país que me adoptaba como a uno de los suyos, ie incluso más!

Desde el principio, había sentido que las viejas paredes de esa inmensa construcción que, para algunos, parecía fría y sombría con sus barrotes y sus rejas, estaban impregnadas, para otros, de historia, que no podía silenciarse. De esas viejas piedras se desprendía todo un pasado y, particularmente, un fortísimo sentimiento por todo aquello que se vinculaba a la libertad, la igualdad y la fraternidad. Más de medio siglo después de la Revolución, se vivía todavía de acuerdo con los principios de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano y —añade Severiano— eso es lo que más me gustaba. Todas esas ideas liberales habitaban el lugar donde la noción de trabajo había sido totalmente revalorizada. A través del liceo fluía una corriente particular, como un viento de pasiones por todos los recuerdos relacionados con la Revolución y con el Imperio, siempre con la misma aversión y el mismo desprecio por la reacción legitimista.

Recuerdo, sobre todo, las anécdotas que contaban acerca de los más antiguos y célebres de los discípulos, como en el caso de Voltaire, que era áspero y de una inteligencia poco común y a quien consideraban nacido para el combate. Gracias a la justeza de sus argumentos, ese joven había desarmado a todos sus maestros, incluso a los buenos sacerdotes con quienes no dejaba de discutir, pues él siempre terminaba teniendo la razón. También se evocaba, con una mezcla de temor y de respeto, la extraña personalidad de Robespierre, cuyo destino por desgracia fue trágico. Pues, después de haber sido elegido entre los numerosos estudiantes becarios para recibir a la puerta de un colegio de tal renombre al joven rey Luis XVI y a la reina María Antonieta, 22 años más tarde, cuando el *Terror* llegó a su fin, él mismo estuvo confinado en ese edificio: por una dramática coincidencia, fue en una parte de los locales de ese establecimiento escolar, transformado en prisión de 1792 a 1794, en el mismo sitio donde había transcurrido una parte de su educación, tuvo que esperar por su ejecución. Los excepcionales destinos de todos los que nos habían precedido en ese lugar nos abrían infinitos espacios de reflexión e inflamaban súbitamente nuestra juvenil imaginación en busca de ideales y pasiones.

En la primavera de 1855, Severiano queda simplemente maravillado con la primera gran Exposición Universal de la Industria que tiene lugar en París en el barrio de los Campos Elíseos. Nunca ha visto algo semejante. Luego de haber realizado brillantes estudios en el liceo Louis-le-Grand, acaba de egresar con el Premio de Honor de los antiguos estudiantes y ya se siente listo y suficientemente pertrechado para lanzarse por entero a esa vida fascinante que se abre ante él. En la inmensa galería de cuatro hectáreas de superficie, recubierta de zinc y de vidrio, admirablemente ventilada e iluminada, se expone todo el genio del siglo XIX. El joven recorre toda la exposición, pero la parte que le interesa más en particular es el anexo abierto al público y dedicado por entero a las máquinas móviles destinadas a ponerse en movimiento mediante la potencia motriz. Ocupa un espacio de 450 metros de largo y no posee galería superior lateral como las restantes,



porque los aparatos expuestos necesitan toda la altura de la nave. La vista de cuatro locomotoras rutilantes, semejantes, que custodian la entrada del pabellón de las máquinas, y que semejan a las esfinges que preceden las pirámides de Egipto, lo subyuga de inmediato. No resulta posible contemplar nada más prodigioso en tanto que hazaña técnica en el campo de la industria moderna. La más hermosa de todas, construida por Gouin, posee ruedas de 2 metros y 96 centímetros de diámetro y dos pisos de calderas y, según dicen, logra una velocidad superior a las 50 leguas por hora. Incluso puede transportar 32 vagones cargados de mercancías. Las otras tres son casi idénticas, aunque realizadas por otros constructores. Todos esos juguetes en reposo esperan el primer golpe de pistón y el silbido del escape de gas para salir del silencio y de la inmovilidad. Francia ha querido mostrar que había llegado el momento de que la civilización fuerte acompañara a la civilización refinada, mostrar al mundo entero lo que el instrumento es al producto, el trabajo al sueño, el taller al salón, la humanidad al servicio del individuo. El cobre, el hierro, el acero y el carbón resultan ya mucho más importantes que el oro o el diamante y constituyen un testimonio mucho más fiel del poder humano de nuestra generación y de nuestra patria, según comentan los periódicos de la época.

Sin embargo, a pesar de todas las críticas que se hacen contra el gobierno, Luis Napoleón tiene al menos el mérito de querer ser un hombre de su tiempo. Como lo había dicho al inicio, quiere favorecer una política de progreso en el orden, hacer de la Francia contemporánea una Francia moderna que sería la continuación de la que creara Napoleón I durante el Imperio. Desea asegurar la continuidad de la historia a todo lo largo de su reinado y, para hacerlo, se asegura los medios necesarios. Para él, la categoría de una nación se establece a partir de sus avances industriales y también anuncia que la logística determinará la victoria. Toda Europa se prepara para esa transformación industrial. Prusia, Austria e Inglaterra ya se están pertrechando de vías férreas, cañones, acorazados y, para satisfacer sus ambiciones en la política exterior es preciso que Francia, a su vez, desarrolle rápidamente su potencial industrial para ponerlo al servicio de grandes obras. Para ello se necesita cambiar de manera radical los hábitos burgueses, los modos de vida y la manera de pensar de los ciudadanos. Debe darse prioridad al desarrollo de la mano de obra y hacer que obreros de Alemania, Bélgica e Italia vengan a Francia, donde ya existen escuelas de formación politécnica y de artes y oficios. Los investigadores, los científicos y los inventores franceses son los primeros en el mundo. Lo han demostrado y el Palacio de la Industria, edificado para la Exposición Universal en los Campos Eliseos, que ha provocado la admiración del público y que Severiano acaba de visitar con muy particular interés, no es más que una muestra de esa supremacía.

En pocos años, el ferrocarril, cuyas primeras líneas empezaron a funcionar bajo el reinado de Luis Felipe, entrará en la vida de sus conciudadanos

y trasladará a centenares de miles de viajeros. El temor a los accidentes, atentados, violaciones, asesinatos, frecuente en los trenes, desaparecerá totalmente y podrá recorrerse el trayecto entre París y Marsella, en 16 horas y 15 minutos a una velocidad de 80 kilómetros por hora, lo que constituye ya un récord. Al mismo tiempo se le brinda más confort a los vagones, que ahora son cerrados y se vuelven más cómodos, acolchados y satinados.

Así, la vida transcurre cada vez con mayor rapidez, los transportes se multiplican, las calles se animan, y al hacerse difícil el tráfico, las compañías de ómnibus se multiplican. La más reciente ya explota 25 líneas, dispone de 345 vehículos tirados por dos caballos, de los cuales algunos hasta poseen una imperial. En ese momento se desarrolla un interés por las comunicaciones urbanas y se añaden líneas entre las estaciones de trenes y un trencito periférico presta servicio entre los diferentes barrios de la capital en espera del futuro metro; se consolidan y se construyen nuevos puentes para permitir un rápido cruce del Sena. Hay que crear las condiciones para que pueda circularse cómodamente en París, pues el impresionante número de vehículos y de coches de alquiler ya causan embotellamientos indescriptibles.

El Emperador nombra a un nuevo prefecto del Sena; su apellido es Haussmann, y desde que asume el cargo, no vacila en trazar grandes avenidas ventiladas, en demoler los viejos barrios para poder alojar en agradables edificios, siempre de un mismo estilo, a la elite internacional del mundo de los negocios. Para Napoleón III, “el Imperio no es una pasarela, es un puente hacia una sociedad moderna”. No vacila en asumir importantes riesgos para modernizar la capital lo más rápidamente posible. Se producen expropiaciones y demoliciones sin escrúpulo alguno. Más de 4 000 edificios se destruirán en unos pocos años, para llevar a cabo el primer tramo de los trabajos, al cual se dará el nombre de gran cruce de París. Para realizarlo, se han previsto hasta 90 kilómetros de nuevas vías. Todo ello va acompañado de inmensas obras dirigidas por los mejores ingenieros, quienes realizan proezas técnicas, tanto en la red de distribución de agua a domicilio mediante tuberías fundidas, como en el problema del saneamiento mediante la construcción en las márgenes del Sena de dos recolectores de aguas albañales.

Luego se mejorará la imagen de París, embelleciendo las plazas públicas y decorándolas con fuentes. También se plantan grandes árboles: castaños, plátanos, tilos y algunas especies exóticas a lo largo de las grandes avenidas que circundan la plaza de l'Étoile, donde se encuentra el Arco de Triunfo. Se abren nuevos parques —Monceau, Monstsouris, Buttes-Chaumont— y se remodelan los dos bosques ya existentes: el de Boulogne y el de Vincennes. Por último, la iluminación con gas se refuerza por todas partes, para crear la ilusión de una ciudad-luz. Se realizaron algunas tentativas relacionadas con la estabilidad de la luz eléctrica, pues todavía suceden algunas perturbaciones causadas por la inconstancia de los elementos de la batería que se emplea y se precisan medios financieros considerables para resolver las dificultades

afrontadas. Y justamente, un domingo de la primavera de 1856, Severiano puede contemplar durante cuatro horas seguidas la magnífica avenida de los Campos Elíseos, que conduce al Arco de Triunfo de l'Étoile, iluminada por cuatro lámparas fotoeléctricas colocadas en uno de sus tramos. Sólo constituye una de las primeras manifestaciones del hada electricidad.

Entusiasmado por esa permanente efervescencia, por ese movimiento perpetuo, por esa febril agitación, que para él es un signo de energía vital, el joven matancero no quiere en lo más mínimo dejar pasar la oportunidad que tiene de ser un extranjero en este Nuevo Mundo. El resto ha quedado atrás y por ello no comparte totalmente la nostalgia de ciertos intelectuales o artistas que seguían enamorados de las callejuelas adoquinadas, alumbradas por faroles y que no dejan de sentir nostalgia por el viejo París histórico de Voltaire y de los románticos. Incluso se sorprende con ese apego morboso a un pasado que ya no tiene razón de ser y le incomoda ese espíritu crítico que tan bien caracteriza a los ciudadanos del Viejo Mundo.

En verdad, el gobierno ha hecho grandes esfuerzos para asegurar la higiene, la paz social y la movilidad de la población, favorecer las líneas rectas, trazar grandes avenidas rectilíneas cubiertas de asfalto, limpias, alineadas y bien organizadas, amplias e iluminadas por conductos de gas (muy pronto habían resultado molestos para algunos), con sus inmensos edificios que repetían el mismo decorado en todos esos barrios llamados "modernos". En fin, en las laderas de la colina de Montmartre y en la llanura de Monceau, donde hasta hacía poco se extendían en lontananza campos, praderas, huertos y bosques, el campo comenzaba a desaparecer. ¡Y entonces hubo quien empezó a lamentarse de que ya no podía aspirarse el aroma de los bosques en la avenida de los Campos Elíseos! Así, poco a poco, fue naciendo y desarrollándose esa incomprensión total entre el mundo de los bohemios, de los poetas, de los artistas o de los filósofos y el poder, que no prestaba atención a su concepto de felicidad.

Desde su llegada a París, Severiano había tratado de no vivir demasiado en el pasado y el recuerdo de su primo, muerto prematuramente en plena juventud, a los 35 años, se había apartado un tanto de su memoria, cuando de súbito, una mañana de 1856, esas remembranzas retornaron de un golpe. Unos amigos de Ignacio, su padrino, llegados sorpresivamente de Cuba le anuncian que María de la Merced Heredia y Campuzano, la madre de José María, el poeta, ha muerto en Matanzas, luego de muchos años de infortunios y sufrimientos. Vuelve a ver de repente, como si hubiera sido ayer, la imagen de su tía, siempre tan dulce y joven, metamorfosearse bruscamente cuando Ignacio, el hermano más joven, le anuncia la muerte en México de su adorado hijo. Tenía entonces sólo 3 años, pero la expresión de aquella mujer lo había perturbado; nunca antes había visto tanto dolor reflejado en el rostro de una madre; incluso se le había parecido al retrato de la Virgen al pie de la cruz en un cuadro que había visto en la catedral de La Habana. Ese día había comprendido que nada puede sustituir la pérdida

de un ser querido, que no hay nada más hermoso ni más fuerte que el amor de una madre por su hijo único, un amor casi irreal, casi insustituible. Además, durante toda su vida, por corta que hubiera sido, José María siempre había comparado el apego que tenía por su Isla natal, su tierra y su patria, al que sentía por su madre. Ese vínculo indeleble estaba inscrito en la memoria de Severiano y se confundía con la feminidad, simbolizada por su madre, su hermana, su amiga y también por la libertad.

Al año siguiente, en febrero de 1857, Madeleine Godefroy, su madre adoptiva, al darse cuenta del muy pronunciado gusto de Severiano por los estudios literarios y un tanto inquieta ya por su futuro en una sociedad dividida en clases, en la cual todo está determinado más por las relaciones entre las personas que por el talento personal, decidió escribirle a una de sus amigas, la gran poetisa Marcelina Desbordes-Valmore,<sup>1</sup> para recomendarle a su hijo adoptivo. Esta literata, que había logrado introducirse de manera satisfactoria en los medios literarios y en los salones parisinos, era conocida por sus allegados como una persona muy magnánima y generosa. Es bueno saber que la vida le había infligido crueles decepciones; se decía que no había conocido ni la gloria ni la fortuna, que había perdido a cuatro hijos y que había consagrado toda su vida a escribirles hermosos cuentos en prosa y en verso, henchidos de una tristeza y una melancolía poco comunes. En cuanto recibió el mensaje, esta buena musa, aunque ya septuagenaria, envió una carta autógrafa con fecha del 9 de febrero de 1857 a un destinatario desconocido, que se supone fuera Sainte-Beuve, en la cual decía: “Me tomo la libertad de recomendarle a un señor cuyo apellido, de Heredia, es portador de la celebridad que le diera un gran poeta en un país donde ser un verdadero poeta tiene un significado. Este hombre, muy joven y que se regocija ante la idea de presentarse ante usted, Señor, es hijo de una dama que me es muy querida y allegada a los padres del literato habanero que él quiere honrar imitándolo, de acuerdo con las luces de su corta edad. ¿No será acaso una muestra de su indulgencia y me perdonará usted haberla incrementado con mi inservible carta?”

¿Pero podría acaso esa alma tan “llena de ternura y de misericordia para el prójimo”, según se decía, hacer algo por Severiano en esos exclusivos medios parisinos? Al joven cubano no le importaba; nada esperaba de esa sociedad y no quería ni favores ni reconocimientos. No necesitaba a nadie. Mas, en cuanto tiene deseos, ya escribe versos y siente, sobre todo, una increíble energía como para salvar todos los obstáculos que no dejarán de presentársele. Ya sabe de algunos: los prejuicios racistas, por ejemplo, tan frecuentes en su Isla y ante los cuales ha aprendido a fortalecerse a lo largo

---

<sup>1</sup> Marceline Desbordes-Valmore (1786-1859) compuso varios cuadernos de versos y su poema más famoso, “Rosas de Saadi”, fue particularmente apreciado por la hija de José María de Heredia, María, que también escribía poemas y con frecuencia lo recitaba de memoria.

de los años. Es hijo legítimo de mulatos nacidos libres y tuvo por padrino al riquísimo don Ignacio Heredia y Campuzano,<sup>2</sup> cuyo célebre y legendario apellido es una carta de visita nada despreciable en el Nuevo Mundo. Consciente de ese legado familiar, asumirá, a la altura de que sea capaz, esas responsabilidades con orgullo y nobleza. A los 20 años, la vida se le ofrece en toda su plenitud. La observa y la contempla con mucha lucidez. Sabe que no le dará nada gratuitamente y está decidido a no darle nunca ocasión para hacerlo.

Toda una serie de mundos, unos junto a otros, evoluciona en el aire ligero de París, sin que suceda un verdadero encuentro entre ellos. Severiano los recorrió rápidamente y de entrada rechaza algunos de sus elementos; por ejemplo, esa sociedad compuesta por la vieja aristocracia, que se aferra a su moral cristiana como a un salvavidas. Observa entonces los otros círculos que giran en torno de la primera y que trata de parecersele; está también la nueva nobleza, surgida del primer Imperio, después aquella que se irá formando durante el segundo. Mantienen estrechas relaciones entre ellas, pertenecen a las mismas familias, más o menos cercanas al Emperador; en ocasiones ocurre que se trata de hermanos como en el caso de la princesa Matilde y del príncipe Jerónimo Napoleón. Igual conformismo, iguales costumbres, iguales leyes. Severiano no tendrá ni un minuto de atención para ellos. Sin embargo, numerosos poetas, escritores y músicos rechazados o adulados buscan su compañía. Se les pregunta su origen, pues, por muy extraño que parezca —sobre todo, en el caso de artistas procedentes de medios tan diferentes— antes que el talento, lo más importante es el linaje! A pesar de todo, el único mundo que conserva su preferencia es el de la alta burguesía, que incluye a representantes de la administración, de las finanzas, de la industria y, en ocasiones, de la política, y sólo este último círculo le interesa en verdad. Además, lo que le gusta especialmente de esa vida parisina es el ritmo agotador, ese movimiento, esa agitación casi permanente y esa febrilidad, que se basta a sí misma para mantener el cuerpo y la mente bien despiertos, sin la menor fatiga. Tiene 20 años, es cierto, y nada lo haría abandonar París para viajar a cualquier provincia a propósito de la cual, algunos críticos y literatos no vacilan en decir: “hay numerosas ciudades pequeñas fuera de la capital que viven replegadas sobre sí mismas, algunas muertas o medio muertas en un letargo de momias”.

---

<sup>2</sup> Ignacio Heredia (1794-1848) era el hermano de la madre del Cantor de Niágara. Había adoptado a Severiano, su ahijado, huérfano desde los 4 años y había asumido toda su educación antes de confiárselo a su esposa, Madeleine Godefroy. En 1860, su refinería, situada en el municipio de San Antonio de Cabezas en Matanzas, se llamaba Santo Cristo del Lezo. Pertenecía a los herederos de Ignacio Heredia y Gener y tenía una extensión de 28,8 km<sup>2</sup> (con 35,5 caballerías de tierras cultivadas). Con una producción de unas 2 224 cajas de azúcar conducidas por tres trenes jamaicanos hasta el embarcadero de Puerto Camino Real, era una de las más importantes productoras azucareras de la región.

Es cierto que el Derecho no lo atrae particularmente y lo estudia durante un tiempo sólo por necesidad, mientras sigue escribiendo en sus ratos de ocio. Es una carrera familiar, que su padre adoptivo siempre había preferido a la literatura y justamente él insistió con su sobrino para que siguiera sus estudios jurídicos, carta de visita indispensable en caso de desgracia o de crisis para hacer vivir a una familia. “Recuerda —le decía cada vez que se presentaba la ocasión— que cuando no se tiene la suerte de poseer una fortuna personal, hay carreras que sólo pueden considerarse un sueño”. Y José María, que durante toda su juventud tuvo que afrontar serios dramas familiares, lo comprendió rápidamente. Su pobreza y su enfermedad lo acompañaron hasta el último día de su vida, sin cuestionarse, no obstante, el camino que había tomado.

Pero esa elección se le va a plantear a Severiano de manera crucial. Entra a un nuevo mundo en el cual se inicia con las manos vacías y en el cual nadie le hará jamás regalo alguno. Sin ninguna vocación específica, aunque bien dotado para todo lo que emprende, se orienta hacia la economía y las ciencias políticas, estudios que realizará de manera brillante, al mismo tiempo que sigue escribiendo y se mantiene apasionadamente al tanto de la evolución de la sociedad en todos sus sectores: la cultura, la economía, la ciencia. Mas, su preferencia por los debates políticos comienza a dibujarse muy seriamente a inicios de ese año de 1858, cuando ocurre un acontecimiento imprevisto que provoca la inquietud de todos y que lo desorienta de manera momentánea.

En la noche del 14 de enero de 1858, ante el peristilo del teatro de la Ópera de la calle Le Peletier, se lanzan tres granadas contra el carruaje imperial en el mismo instante en que este acaba de detenerse para dejar a la pareja imperial, que ha venido para un espectáculo beneficio de uno de los actores de la compañía. Los proyectiles se dirigen en lo fundamental hacia la persona del Emperador, quien había asegurado su asistencia. Los asesinos, mezclados con la muy compacta multitud, habían esperado en la acera el momento oportuno para su atentado. Ni el Emperador ni la Emperatriz fueron alcanzados por los proyectiles, pero una de las granadas estalló entre las patas de los caballos e inmoviliza el carruaje del cual sus majestades deberán descender para llegar a pie a la escalinata de entrada. Una vez dentro del teatro, donde el público, ignorante de lo sucedido, espera de pie para recibirla, la pareja imperial se dirige de inmediato a su palco. Los invitados, por supuesto, habían escuchado las tres detonaciones, pero las habían atribuido en un inicio a un escape de gas; sin embargo, muy pronto los gritos se suman a los aplausos y corre con celeridad la noticia del atentado que circulará rápidamente por el barrio y luego por toda la capital.

El Emperador ha salido con vida: su sombrero ha sido atravesado por un proyectil y tiene un arañazo en la nariz, que le ha producido un vidrio del carruaje; por su parte, la Emperatriz sólo pasó el susto. El aterrador espectáculo tiene lugar afuera, en la calle: las bombas, que estallaron en

mil pedazos, alcanzaron a numerosas víctimas, tendidas en desorden, en medio de enormes charcos de sangre, junto a los caballos muertos o heridos, algunos de los cuales han sido terriblemente despedazados. La carroza imperial ha recibido 43 impactos y los soldados de caballería, algunos de ellos heridos, se debaten con sus cabalgaduras. En medio de la confusión que sucede, durante toda la noche se busca a los responsables, pues se teme que se aprovechen del desorden para cometer un nuevo atentado contra sus majestades, a puñaladas en esta ocasión. Varios sospechosos se estiman y, entre ellos, siete son considerados responsables del complot. Se cita el nombre de varios italianos: Pierri, establecido en París desde antes de 1848 y que sirvió en el ejército romano bajo las órdenes de Garibaldi y, sobre todo, el conde Orsini, patriota italiano, antiguo ayuda de campo del mismo Garibaldi y que había logrado escapar de la prisión de Mantua. Y por último, el conde Della Silva, de distinguida familia veneciana y que vive como un gran señor en la capital francesa. De hecho, Orsini, jefe de los conjurados, ha querido recordarle a Napoleón III, antiguo carbonario, su promesa de liberar Italia del yugo austriaco. Pero el Emperador decide dar respuesta al atentado mediante la aplicación estricta de la ley de seguridad general. Esa ley estipula que toda persona sancionada anteriormente en ocasión de los sucesos de junio de 1848 y de diciembre de 1851, podía ser extraditada o encarcelada sin juicio previo. Los prefectos reciben la orden de detener a un número indeterminado de personas. Trescientas son expulsadas o deportadas. Además, a los diputados se les exige un juramento de fidelidad. La severidad durante el desarrollo del proceso hace que la población tome conciencia de lo injusto del juicio. Orsini es condenado a muerte y, a pesar de la oposición de la Emperatriz, que lo tiene en alta estima, Napoleón III se mantiene inflexible. Pero es, sobre todo, un terrible fracaso para el célebre abogado Jules Favre, antiguo diputado a la Asamblea Constituyente, y feroz opositor republicano del régimen imperial, que ha defendido con vehemencia a su cliente. La gracia imperial le es efectivamente denegada y el 13 de marzo del mismo año es ejecutado junto a Pierri, su compañero, que se pone a cantar antes de caer bajo el fuego de los proyectiles.

Por su parte, Orsini solicita en el último momento que le retiren la banda negra que cubre sus ojos; no se aprecia odio alguno en su mirada sino una tranquila seguridad, la de morir como mártir y de defender su verdad. Con voz estentórea grita: ¡Viva Italia! ¡Viva Francia! ¡Viva la República! Esas palabras son suficientes para que el joven cubano tome conciencia de la justeza de su causa y a partir de ese momento comienza a cuestionarse la orientación que Napoleón III ha escogido para lograr sus propósitos. Además, desde hace algún tiempo, algunos intelectuales sospechan que el Emperador pretende optar por la guerra y esto no hace más que precipitar los acontecimientos, pues, según dicen, él siempre había creído que su destino era vengar la derrota de Waterloo y la muerte de su tío en Santa Helena.

La conmoción es positiva para Severiano, quien ha vivido la primera parte de su vida de forma más bien indolente y que ha tenido la tendencia de idealizar su nueva patria. El atentado de Orsini se ha adelantado a sus proyectos, al mismo tiempo que ha contribuido a sus propósitos, por lo que bruscamente decide pasar del ensueño a la acción. Una vez que ha analizado la situación política, no vacila en tomar posición. Su vocación acaba de nacer.

Simultáneamente, un aire de rebeldía y de insumisión ha empezado a soplar en el Barrio Latino. Los estudiantes, después de años de somnolencia bajo la influencia de un Imperio autoritario y de una educación vetusta, estricta y conformista, comienzan a reaccionar ante las condiciones de vida que les han sido impuestas hasta el presente. Severiano se unirá a esos opositores que expresan el malestar de una juventud más revolucionaria que la de sus padres y que rechazan de manera global el orden universitario, político y, sobre todo, religioso. Una voluntad de independencia y un rechazo general a mantenerse en el camino trillado de los padres, se expresan más libremente en los anfiteatros, donde se abuchea a los profesores, y no sólo a aquellos vinculados al régimen. Incluso, los cursos de Renan en el Collège de France suelen acompañarse de gritos, risas y vociferaciones contra los jesuitas.

Luego se eleva una voz, un hijo habla de su padre, el más célebre de todos, y se le escucha religiosamente. Es Charles Hugo, quien cita al gran poeta Víctor Hugo, confinado en su tercer exilio, en Guernesey, y que acaba de rechazar, junto a otros exiliados que como él habían abandonado Francia después del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1852, la amnistía general aprobada por Napoleón III en 1859.

“[Mi padre] pudiera tener derecho a ser viejo si la lucha y el trabajo de toda una vida no le hubieran conservado la juventud. Ha alcanzado cierta edad, pero la edad no lo ha alcanzado. Su cabellera es blanca pero su bigote es gris; su visión sigue siendo muy clara; sus pies, sólidos y su aspecto, excelente. El exilio no lo ha debilitado ni los reumatismos del golpe de Estado. Frente al Imperio tiene incluso la impertinencia de disfrutar de un buen estado de salud y el régimen actual le sienta admirablemente. Trabaja de pie, se levanta a las cinco de la mañana, tanto en verano como en invierno (...) Camina, conversa, trabaja caminando, trabaja conversando, escribe diez páginas y diez cartas en una jornada, respira fuerza, esperanza y certeza con respecto al día de mañana y le sonríe al futuro, como a un amigo que se acerca. Sabe en qué punto se encuentra el Imperio y en qué punto se encuentra la Revolución”.

## **EL COLEGIO DE SENLIS Y EL REGRESO AL PAÍS NATAL**

En los primeros días de octubre, José María abandona a su vez su tierra natal y todo aquello que ama y lleva a cabo este viaje, esta primera travesía, como una iniciación, una especie de rito familiar. Sus dos primos



lo precedieron, el segundo de ellos, sólo un año antes. No tiene la posibilidad de escoger: el mes próximo tendrá 9 años y ya se decidió por sus mayores que su tutor, el señor Fauvelle, amigo de la familia, se encargará de su educación y lo conducirá a Senlis, a su hogar, donde vive, después de la muerte de su esposa, con su padre y su hijo mayor.

La travesía no le ha resultado demasiado larga, aunque ha durado unos 50 días, cuando esa mañana despierta y sube al puente del barco, ya se avistan las costas francesas. Muy a menudo, de pie, en la proa del barco, mira fijamente el mar para sorprender en sus extrañas ondulaciones, delfines, tiburones blancos o azules, y ¿por qué no?, ballenas; sueña que los cabalga y caracolea con ellos sobre la cresta de las olas. El rostro, fustigado por la brisa marina, le trasmite la misma sensación que experimentaba a caballo cuando recorría la sierra a rienda suelta; pero ocurre que, desde hace algunos días, la temperatura se está haciendo más fresca, las olas más peligrosas y el sol cada vez más discreto, más pálido; pudiera decirse que se hace esperar y hasta desear; incluso, a veces no acude a la cita y entonces hay que acecharlo al amanecer, al atardecer; se corre de la proa a la popa y a veces ocurre que se le atrapa entre dos nubes. Entonces, todo es una fiesta: sus rayos irradian el mar, que reluce con miles de fuegos, pero nunca por mucho tiempo. Y luego todo se vuelve más sombrío, de un azul más profundo, lo que hace más atractivo el abismo, más misterioso. José María lo mira todo fijamente. Se inclina cada vez más sobre el vacío y está como ausente. Su padre reposa allá, en algún sitio, en las profundidades submarinas. Su cadáver fue ofrecido como un sacrificio al dios del mar, pero su alma, en cambio, se ha disuelto en cada una de sus gotas de agua que ahora lo salpican. Ha tenido que viajar mucho antes de que la inmensidad le pertenezca. No ha hecho escalas, él lo sabe, por lo que pudiera hallarla en cualquier sitio. Al menos eso cree. Si el océano ha sido el sepulcro de su padre, para él será una musa, la cuna de su inspiración. En su cabeza se entremezclan el temor y el respeto, así como un sentimiento de aprensión muy natural para un niño de su edad. Al revivir la desaparición de su padre, de repente le parece que ha abandonado y dejado tras de sí la parte más hermosa de su vida, esa imagen que el ser humano se forja de un paraíso perdido. Pero al mismo tiempo se siente atraído hacia otra cosa que desde ese instante no deja de preocuparlo. Siente curiosidad por entrar a ese Viejo Mundo del cual tanto le ha hablado su madre.

Desembarca en Burdeos una gélida mañana de diciembre; ha llegado el invierno en toda Francia. La luz es gris, los días parecen más cortos, el cielo cargado, los árboles desnudos y los transeúntes marchan rápido por las calles y desaparecen para después reaparecer. Se sorprende con la rapidez que pasan las cosas y las personas se asemejan a volantes que se cruzan con los ómnibus, que van y vienen en todos los sentidos, se evitan hábilmente y siguen su camino. Un curioso mundo en ebullición que en nada se parece al que ha conocido.

El señor Fauvelle, su padre adoptivo, no tiene intenciones de permanecer mucho tiempo en esa ciudad y se lo informa a José María, quien le dice que ya la conoce y mucho mejor que si la hubiera visitado, su madre la evocaba a menudo en sus conversaciones con sus amigas, pues eran muy numerosas las familias francesas que habían salido de Burdeos a inicios de siglo, invitadas por José Cienfuegos, gobernador general español, para venir a poblar la ciudad que hoy lleva su apellido. La ciudad de Cienfuegos se había convertido en el primer puerto azucarero del mundo creado por los franceses en el mar Caribe, en las márgenes de una majestuosa bahía. La ciudad de Burdeos, que le había servido de modelo, era entonces, sin dudas, la más hermosa de todas; así se la había imaginado, y no lo decepcionó. En cuanto desembarcó se sintió a sus anchas, tanto como en casa.

Pero a partir del día siguiente, luego de informarse sobre cómo llegar a la capital, se enteran de que, como el ferrocarril no llega hasta Burdeos, tendrán que tomar una diligencia para trasladarse a otra ciudad, desde la cual podrán dirigirse directamente a París. Los dos pasajeros experimentaron una gran decepción al descubrir, consternados, que en realidad sólo la región del norte de Francia había sido dotada de manera prioritaria de este nuevo medio de transporte. La capital estaba, en efecto, muy bien enlazada con Lille, Calais y, sobre todo, con Ruán, dado que, por esa época, la región de Normandía estaba muy de moda, no sólo por la construcción de los diques del Sena que facilitarían el comercio fluvial hasta la capital, sino, ante todo, gracias al acondicionamiento del puerto de El Havre, que se preparaba para recibir enormes trasatlánticos que pronto reemplazarían los barcos de rueda que remontaban el curso de los ríos. Les informaron a los viajeros que si se dirigían hacia el centro, llegarían a Vierzón, donde podrían tomar una red ferroviaria más importante con líneas que salían en diferentes direcciones hacia el norte, el sudoeste y, más recientemente, un ramal que se había previsto para unir esa ciudad con Orleáns, desde donde, con un poco de suerte, tal vez podrían continuar viaje hasta París.

Esa vez, el viaje en diligencia les pareció muy largo y aburrido, pues, después de haber pasado siete semanas atravesando el Atlántico, estos dos pasajeros procedentes de los trópicos estaban extenuados y los asientos del vehículo no resultaban nada cómodos; sobre todo, los de la parte delantera, cuya única vista consistía en las enormes grupas grises de esos caballos de tiro. Se detuvieron a menudo por las razones más diversas, se hicieron altos a la hora de las comidas y por la noche había que bajar el equipaje para dormir en rústicos albergues, que no siempre eran muy higiénicos y, con frecuencia, ruidosos. El señor Fauvelle no dejaba de protestar por todo: ya estaba harto de contemplar el paisaje, de ver a la gente gesticulando, de perder el tiempo, y le repetía al adormilado muchacho que, decididamente, habría que eliminar del mapa todas aquellas regiones no conectadas por el ferrocarril y que era necesario modernizar su país lo más pronto posible. Por eso sintieron una gran alegría cuando lograron montar a un tren,

aunque su velocidad no era sino de 30 kilómetros por hora. En ese medio de transporte al menos había que respetar los horarios, además de que, normalmente, los trenes nunca llegaban con retraso.

Por suerte, su aventura estaba a punto de terminar, pues el niño estaba cansado y tenía mucha prisa por llegar a ese Saint-Vincent de ultramar acerca del cual su hermana Leocadia, quien acababa de casarse justo antes de su partida, tanto le había hablado. Era la mayor de sus hermanas y tenía ocho años más que él. Había nacido en 1834, pero a la edad de 11 años, cuando su padre había caído enfermo, la señora de Heredia, aconsejada por don Domingo, su marido, había querido enviarla a París a casa de su hermana, la señora Dufourcq, para continuar sus estudios. Se acordaba muy bien del día en que su hermana había abandonado el cafetal. Sólo tenía 3 años, pero la pena de Leocadia fue tal, que lo había conmovido considerablemente. Sólo más tarde, su madre le dijo que la tía, sintiéndose enferma, había viajado de manera imprevista a la región de Bearn, de donde era originario su marido y le había confiado la niña a Nicolás Fauvelle, quien vivía en Senlis con su mujer. Pero en la capital la pobre niña apenas visitó la Ópera, adonde la llevaron varias veces para distraerla durante las vacaciones.

Mas, José María, que había respetado constantemente a su padre, no siempre estuvo de acuerdo con él en todos los aspectos. No compartía, por ejemplo, esa visión pesimista de colono que repetía continuamente a sus hijos que no había forma alguna de instruirse en Cuba, país salvaje, en él había demasiados negros y lo mejor para los jóvenes era alejarse lo más pronto posible de la tosca ignorancia —así solía subrayarlo—, a lo único a lo que pueden aspirar, si se educaban en la Isla. Pues, como todos los niños del mundo, lo que más amaba era esa vida libre y natural que había conocido en la Sierra, y en esa época le importaba muy poco tener limitadas nociones de historia y literatura.

Mas, el destino decidió por él ese mes de abril de 1849, cuando su padre, ya muy debilitado, decidió a su vez irse de Cuba para recibir atención médica en Francia. Partió en compañía de Leoncio Gabriel, el hijo menor de su primer matrimonio, que para esa época contaba ya con 24 años. Justamente de ese largo viaje, don Domingo no regresó jamás. La señora de Heredia quedó viuda a los 35 años. Además de José María, tenía a su cargo dos hijas y se preguntaba cómo educar a su adorado hijo único, cuyas inmensas posibilidades conocía. Pero en Cuba —se lamentaba— todavía no había muchas escuelas y la gente se contentaba con el “amor a Dios y a la naturaleza”. Y si prefería Francia antes que España, la razón resultaba muy sencilla: de origen francés, y descendiente de la gran raza de los normandos, había tenido, además, como antepasado, a cierto Girard d’Ouille, quien había ocupado una presidencia en el parlamento de Ruán durante el reinado de Luis XV y cuyo hijo —decía la señora de Heredia, no sin cierto orgullo— había sido ahijado de la marquesa de Pompadour. En realidad, desde que su esposo se había enfermado, ella había proyectado regresar a su

país para residir en casa de una de sus dos hermanas, la señora de Ribeaux, quien vivía en Dax. Desechó la idea de enviar a José María como cadete al ejército español, si bien Manuel, el mayor de sus hijastros, obedeciendo las órdenes de su padre, había ido a estudiar la carrera militar en Madrid. Una vez de regreso a su Isla, había sido nombrado comandante de ingenieros en Santiago de Cuba y dirigió la construcción del Teatro de la Reina antes de ser nombrado inspector del Consejo de las Islas Filipinas. Gustavo, el segundo, luego de realizar estudios en Francia, también decidió regresar lo antes posible a su país. Por último, su hijastra Elisa se había casado con un colono francés productor de café, llamado Julio Dutocq.

Con los ojos prendados de la campaña francesa que desfila de manera interminable ante él, José María remonta el curso del tiempo. En verdad, el azar había entrado en su vida, aunque nunca supo si afortunada o desafortunadamente, pues ocurrió que la bella señora Fauvelle, criolla de origen y enferma desde cierto tiempo atrás, expiró un día en Senlis y su inconsolable esposo decidió regresar a Cuba en busca de las huellas de su pasado, cuando, siendo un joven, había ido a tentar fortuna en la isla de Coube, como se le llamaba por aquellos tiempos y donde contrajo matrimonio. Por esa época se estuvo dedicando al comercio del café, conoció a la familia Heredia y los infortunios de don Domingo, pero sólo cuando la salud de su esposa empezó a degradarse, decidió regresar con ella a Francia. Entonces llevó consigo a Leocadia, a quien tanto querían los Heredia y que sólo contaba 11 años. No obstante, luego de dos o tres años pasados en Francia, la jovencita quiso regresar lo más pronto posible al cafetal\* de Santiago de Cuba.

Desgraciadamente, la señora Fauvelle murió poco tiempo después y su esposo, que tanto había sufrido, quiso volver a ver esa “perla de las Antillas”, donde tan feliz había sido. Una mañana dejó la ciudad de Senlis, accediendo a una invitación de su madre, Luisa de Heredia, todavía muy activa para su edad y que también acababa de perder a su marido en circunstancias dramáticas. Lo recibió con gran placer. Conversaron largamente acerca de los días felices y se consolaron mutuamente, al evocar numerosos recuerdos. La vida era tal vez más fácil en ese momento en que se conocieron y la colonia francesa, más floreciente. Hablaron de la educación de José María, mucho más importante que la de Leocadia. Había, según él, un buenísimo colegio de jesuitas en Senlis, dirigido por los padres de la diócesis de Beauvais y la casa familiar resultaba suficientemente grande para acogerlo. Un mes más tarde, el niño partía también con él.

Estaba en ese punto de su historia, cuando de repente, en ese preciso instante, el tren procedente de Orleáns con destino a París entraba suavemente al andén de la estación. El niño sólo verá de la capital la magnífica vidriera de la estación central y la monótona alineación de los andenes, que

---

\* En español en el original. (*N. del T.*)

recorre acompañado por su tutor, tratando de seguir a un maletero que se escurre entre la multitud de viajeros para conducirlos a tiempo al tren que los conducirá a Senlis. He ahí que se embarcan de nuevo ¿y por cuántas horas más?, se pregunta José María, inquieto por el tiempo que tomaron para llegar a París desde Burdeos. Comprende entonces de inmediato que su futuro no estará en las provincias francesas. Ese mundo donde deberá aprender a vivir no puede ser sino una suerte de hueco, en el cual permanecerá momentáneamente agazapado como un topo, tranquilo y replegado sobre sí mismo, pues los viajes, incluso en este país civilizado, no parecen nada fáciles.

Nicolás Fauvelle, junto a su protegido, toma entonces un coche que los conduce a la barriada de Villevert, a la salida de Senlis. Atraviesan la ciudad, casi desierta, que a primera vista le parece taciturna y discreta, con todas sus casas agrupadas en torno a la iglesia y su campanario. Un paisaje típicamente francés, le comenta irónicamente su tutor que se inserta en la dulce y melancólica campiña que se extiende hasta donde alcanza la vista. En la calle del Orme, ante una vieja casa rústica de dos plantas que colinda con un sombreado jardín, se detiene el cochero, baja el equipaje y se despide de sus pasajeros, después de haberles deseado una buena estancia en su ciudad. Su tutor es el primero en entrar; le sigue José María y lo primero que observa en el gran salón de los bajos es la chimenea de mármol, sobre la cual hay dos candelabros de estilo Luis XV exactamente iguales a los que presidían el salón de la casa de sus padres. Las paredes de esa habitación, más bien sombría y fría, están cubiertas de librerías con puertas enrejadas y en medio de ese austero decorado, percibe junto al hogar, donde crepita un gran fuego, la presencia de un anciano calentándose. El cansancio y el frío lo hacen estremecerse. Entonces le presentan al hijo del dueño de la casa, un joven de unos 20 años a quien besa de inmediato y luego se aproxima al anciano para saludarlo y este, dirigiéndose a su padre adoptivo, le dice en voz baja en un francés que el niño comprende sin dificultad: “¿Ese es tu americanito?” Y añade de mala gana: “Ya lo vi; eso me basta; no me lo traigas nunca más”. Para José María, esa entrevista ha sido una prueba y, sintiéndose más vejado que apenado, sube a refugiarse en su habitación de la cual durante tres largos días no querrá salir. En realidad, deberá esperar que pase el fin de semana para ingresar en el famoso colegio.

En ese tiempo se le manda hacer un uniforme, para lo cual le toman todas las medidas necesarias. Afortunadamente, su pena se atenúa un poco al encontrar en la persona de Ernest Fauvelle, el hijo de su tutor, un compañero por quien de inmediato siente un gran aprecio y quien le profesará igual afecto. Con 12 años más que el niño, pronto se convertirá en su confidente y hermano mayor. Ha concluido sus estudios y, como no siente vocación particular, se le ha ocurrido comerciar con peines de caucho, lo que divierte grandemente al niño, a quien confía con mucha seriedad que le hubiera gustado ser músico. Por eso, en sus ratos de ocio oye que toca el clarinete, incluso lo hace bastante bien.

El día siguiente será el gran día de su entrada solemne al colegio. En un cuaderno escribe que una neblina compacta desciende sobre todas las cosas, choca contra los muros, colma toda oquedad. Y como su uniforme aún no está listo, se ve obligado a salir esa mañana con un abrigo de color verde cuyo forro de seda, que tiene un diseño de ramajes en flor, no sólo le molesta en las mangas, sino que también lo hace parecer, con tantos colores, a un pajarillo tropical en el exilio. Ese niño de aterciopelados ojos negros no presta demasiada atención a su atuendo y va dando saltitos, como su mula por los senderos de la Sierra, inclinando a ambos lados su hermoso rostro enmarcado por unas rebeldes guedejas de color castaño. El otoño ha envuelto la pequeña ciudad de Senlis con un dulzor y una melancolía incomparables y a lo lejos se escucha, a través de la niebla de octubre, cómo resuenan las campanas de los cantones de Chantilly, de Compiègne y de Ermenonville. Toma por anchas alamedas en las cuales las cobrizas hojas, suavemente desprendidas de los árboles, cubren el suelo como una alfombra real y muy pronto aspira un olor peculiar a moho y humedad que de manera sorprendente le recuerda los senderos de su Isla después de un aguacero.

Cuando llega a la escuela es el momento del recreo. Bajo un pálido cielo, a pesar de la horrible construcción de lúgubre aspecto, el patio tiene al menos el mérito de entibiarle el ánimo, pues desbordan los gritos, las risas y el sordo ruido provocado por los juegos de canicas y bolas, cuando chocan unas contra otras. Un grupo de colegiales reunido bajo un gran árbol parece estar disputándose algo. La conversación se anima y sube de tono; el niño se aproxima y uno de ellos lo invita a probar los frutos del árbol, que le parecen deliciosos. Se trata de un nogal, según le dicen. Numerosos camaradas, a quienes se ha anunciado su llegada, lo rodean poco a poco por curiosidad y luego de divertirse, como todos los niños del mundo, con su ridícula indumentaria, demasiado estrecha y de colores escandalosos, rápidamente le manifiestan su afecto. Su actitud friolenta y discreta los ha conmovido y han leído en su rostro una inmensa tristeza y un gran desconcierto. Su delicadeza los cautivó del todo. El abate Baguet, director de los primeros grados, a quien todos llaman “mamá Boguet”, adopta pronto a su nuevo alumno y pronto lo hará su protegido. Debe ese sobrenombre al famoso Bog, juego de cartas de origen italiano que estaba muy de moda en esa época y el pasatiempo preferido del religioso.

Por supuesto, todo hubiera sido mucho menos duro para él, si no hubiera sido por su condición de interno, pero es que José María ha ingresado a ese colegio para realizar estudios de humanidades desde los primeros grados hasta los cursos de retórica<sup>3</sup> con los padres de la diócesis de Beauvais en

---

<sup>3</sup> En el sistema francés de educación primaria y secundaria, los años de estudio se cuentan en orden decreciente. El octavo equivalía, en el sistema antiguo, al cuarto grado. El último año, antiguamente llamado Retórica, culminaba con el examen que permitía la obtención del título de bachiller. Esta denominación desapareció después del año 1885.

esa institución cristiana fundada en 1836. El muchacho, quiéralo o no, se ve obligado a aceptar el rigor y la disciplina de una estricta educación. A las 5 de la madrugada lo despierta un toque de tambor para ir a rezar y durante todo el día, los estudios están minuciosamente reglamentados y dejan muy poco espacio para esos momentos de libertad que llaman recreación. El superior de ese establecimiento escolar es el abate Magne, quien lleva un anillo de amatista que el niño debe besar cada vez que se prosterna para saludarlo, pero ese hábito, obsequioso en demasía, termina por importunarlo, pues siempre había creído que se les reservaba solamente a los obispos y a los reyes. Mediante su prestancia y corpulencia, este sacerdote trata simplemente de imponerse a sus alumnos, pues persigue el objetivo de continuar dispensando la misma cultura humanista en una institución que a lo largo de los años se ha labrado tan buena reputación. Por ello le repite incansablemente a los niños: “Dios, la virtud y la ciencia constituyen todo lo hay de grande, hermoso y verdaderamente importante para el hombre”.

Por suerte, durante la semana, el tiempo pasa muy rápido, pues todo está reglamentado como un metrónomo, pero cuando llegan los días de reposo y distracción, los miércoles y domingos, José María se torna melancólico y a veces se sume en un desencanto del cual ningún acontecimiento puede sacarlo. En el pasado ha quedado el tiempo en que realizaba frenéticos recorridos por las montañas en su yegua Amable y en la actualidad nada podría sustituir aquello que había amado y conocido, ni los paseos bajo las tristes arboledas de la ciudad, ni mucho menos los juegos de pelota contra la pared ni las eternas rayuelas o los caracoles que dibuja con yeso en el patio a la sombra del viejo claustro de la abadía. Y su nostalgia no hace sino crecer con el tiempo. Por ello, al llegar la noche, en medio del inmenso y gélido dormitorio, trata de evadirse construyendo una cabaña bajo los cobertores y, cubriéndose el rostro con la sábana de manera que no pueda filtrarse ni el más mínimo resplandor de la lámpara nocturna, se va muy lejos para volver a ese país donde dejó a su madre. Con un solo impulso atraviesa el océano y se refugia junto a ella y llora. La soledad se agrava especialmente aquí, donde es total sobre todo para él, que desde que nació está acostumbrado a compartir alegrías y penas con su familia, sus risas y sus juegos con todos los niños negros del cafetal.\* Para mitigar un poco la tristeza de su vida en el internado, José María ha obtenido la autorización para salir los domingos para visitar a su tutor y muy pronto, con el paso de las estaciones, se acostumbra a ir a sentarse en las primeras horas del mediodía en el jardín en medio de las rosas o en el gran salón donde se ha colocado la gran mesa familiar alrededor de la cual los adultos gustan de conversar. Allí prevalece el espíritu francés. Oye hablar de poesía, de filosofía, de las últimas obras publicadas y todos son invitados a dar su opinión sobre las lecturas realizadas y a tomar parte en la conversación.

---

\* En español en el original. (*N. del T.*)

Así, poco a poco y gracias a los sabios consejos de su padre adoptivo, se habitúa a la rígida disciplina de un internado concebido para varones e, incluso, llega a recibir alguna compensación, pues las enseñanzas que le brindan es al mismo tiempo una mezcla de razonamiento cartesiano, de gusto por las humanidades y de belleza. Aprende a clarificar sus ideas, a formar su gusto y a penetrar el genio francés. Con excepción de los textos de la Antigüedad nunca había encontrado mejores maestros para exaltar el pensamiento y se deleita con esa lengua tan dulce que desde la cuna ha estado escuchando de labios de su madre. Cursa también estudios de griego y de latín, asignaturas en las que obtiene excelentes resultados. Las únicas disciplinas que se le dan con alguna dificultad son la aritmética y la instrucción religiosa, cuya utilidad no ve bien clara. Afortunadamente, las reprimendas no resultan frecuentes en Saint-Vincent y los educadores saben ser benévolos con los buenos estudiantes, incluso si son un tanto revoltosos y particularmente distraídos durante la misa.

Sin embargo, una inmensa nostalgia invade a menudo al joven cubano, a quien nada, ni tan siquiera la llegada de las próximas vacaciones, logra distraer. No son precisamente las que hubiera deseado disfrutar, pues por el momento no tiene otra opción que pasarlas en compañía de la familia Fauvelle; en particular, con el abuelo, a quien trata de amansar lo mejor posible yendo con él allá al fondo del umbroso jardín, donde le han preparado un pequeño quiosco como salón de lectura. Allí bebe el café de las islas, traído por Nicolás, que siempre tiene alguna que otra historia rocambolesca que contarle. Y el anciano lo disfruta cada vez con un sincero placer sin importarle que le repitan siempre la misma. A pesar de todo, los años pasan cada vez con más lentitud y también cada vez más brillantes y ese verano, cuando monseñor Gignoux, obispo de Beauvais, llega en calesa al colegio Saint-Vincent para la distribución de los premios, el nombre de José María de Heredia se pronunciará ocho veces seguidas bajo las bóvedas del claustro.

Ya para entonces todo el mundo lo llamará en la intimidad Pepillo, sobrenombre que se le ha quedado desde la infancia y al cual se han habituado sus familiares. Es curioso, además, que desde niño no haya dejado de producir un ligero ceceo que lo acompaña como un amigo fiel, y que es una forma tal vez muy personal de negarse a crecer o de no ser como todo el mundo! Poco le importa, pues nadie pretende corregirle el defecto, ni mucho menos reírse de él. Como recompensa a sus éxitos escolares, deciden enviarlo de vacaciones a los Pirineos, a casa de su tío político Joseph Dufourcq, el esposo de la hermana de su madre. Además, el verano siguiente irá a visitar a su otra tía, esposa de Émile de Ribeaux. Sus dos tíos políticos por vía materna son bearneses. Ambos llegaron un día a Cuba con el objetivo de sacar a flote su fortuna y regresaron de inmediato.

En 1854 obtiene todos los premios y ese año se quedará en casa de los Fauvelle los tres meses de vacaciones, durante los cuales entra en contacto con la vieja sociedad burguesa de la pequeña ciudad de Senlis.



Se hace de muchos amigos, todos ellos miembros de las mejores familias de la región, traba amistad con Víctor Mercier, quien será más tarde presidente del Tribunal de Casación; con el abate Caudel, que recorrerá todo el mundo, y con un profesor que también es un apasionado de la historia y la prehistoria. Lo invitan a todas las propiedades de los alrededores de París, recorre en charabán la región de Île-de-France y, por supuesto, se divierte mucho al principio montando en esos vehículos abiertos que pueden resultar bastante desagradables en caso de lluvia o, sobre todo, de tormenta. Visita los alrededores, las ruinas de Pierrefonds, luego las amplias llanuras que rodean la ciudad de Senlis y donde habían tenido lugar muchos horrores vinculados a la Guerra de los Cien Años y toda una serie de rebeliones de campesinos que antaño ensangrentaron la comarca. Y cuando no se había previsto una salida, se va a pasear a las márgenes del río Oise, a correr a través de los matorrales, a hacer largas caminatas por los bosques de Ermenonville o cerca de los estanques de Mortefontaine. Además de las numerosas excursiones por la región, caza ardillas o saltamontes, pero prefiere, ante todo, cazar búhos, ponerles trampas a las aves o, incluso, pescar ranas. Todos estos placeres colman con creces sus días de vacaciones y por las noches se la pasan jugando al “enano amarillo” o a la lotería durante las veladas que tienen lugar las más de las veces en casa de un notario cuyo nombre no olvidará jamás, el señor Michelet. Su tutor, que es también su padre adoptivo, lo describe como un niño hermoso, de ojos ardientes, muy precoz, muy ruidoso, de comportamiento característico y dotado de una personalidad particularmente comunicativa, como suele ser lo más natural en las Antillas. En numerosos cuadernos, José María va dejando ya recogidas reflexiones, notas, historias, poesías, descripciones del colegio Saint-Vincent, donde, según cuenta, tras un nogal se prolongaba una doble hilera de tilos, testigos indiferentes de sus demasiado cortos paseos o de sus largas horas de penitencia melancólica. En otra ocasión escribe lo siguiente: “el cielo me parecía tan negro, los árboles tan desnudos, que soñaba con el soleado país donde nací, en su cielo azul, en sus poco diferenciadas estaciones, en el eterno verdor de los trópicos, en mi madre, tan lejos de mí”.

En 1856 pasa de grado y al año siguiente entra en los cursos de retórica. Se pone a la cabeza de su grupo y al finalizar el año escolar decide pasar sus vacaciones en la región de Béarn. Ya recita versos de Racine —en particular, los de la tragedia *Atalia*— y se interesa por la conquiliología, interés suscitado sin duda por su visita a la cuenca de Arcachon. Ya se siente listo para partir a conquistar el mundo y cuando lo dice piensa más bien en la sociedad parisina. Y justamente ese año, felicidad suprema, tiene la suerte de conocer en casa de Joseph Dufourcq al gran poeta Alfonso de Lamartine, el mismo de quien aprendió, no bien pudo hablar, aquellos dos versos que su madre le hacía recitar todas las noches como una plegaria:

*Oh, Padre, que mi padre adora,  
Que sólo de hijos nombramos...*

También conocía algunas de sus más bellas *Meditaciones poéticas* y había leído su novela *Graziella*, que le había gustado mucho. El poeta que entonces habla con sus amigos está ahí, muy cerca de él. No es el ídolo con el que había soñado, sino un hombre agotado por las tareas cotidianas e implacables y lo que escucha de su propia boca es una extraña confesión: “Bajo apariencias engañosas —dice— mi vida no debe ser motivo de envidia; diré más, ya ha concluido: ya no vivo; sobrevivo. De todos esos múltiples hombres que en cierta medida vivieron en mí —hombre de sentimientos, hombre de poesía, hombre de tribuna, hombre de acción, ya no queda nada sino el hombre literario”. Y más tarde añade: “Pero incluso ese hombre literario no es feliz. Todavía los años no pesan sobre mí, pero cuentan. Arrastro con mayor dificultad el peso de mi corazón que el de los años. Estos años, como los fantasmas de Macbeth (...) me muestran no una corona de laurel sino un sepulcro y quiera Dios que pronto descanse en él”.

Ante estas palabras, José María queda atónito. No comprende cómo ese hombre que tuvo todo lo que pudo desearse en la vida —el genio, la riqueza, la admiración de sus contemporáneos— y que pudo realizar una obra magnífica, no era capaz de mostrar, llegado el momento, la sabiduría necesaria para descansar en medio de la gloria y de la paz que lo circundaban. Y esa dramática confesión le duele, lo tortura. ¡Durante mucho tiempo se preguntará si ese sufrimiento, orgullo o exigencia infinita no era justamente lo que caracterizaba al genio! Por primera vez, su estancia en la casa de Dufourcq le dejará un recuerdo inolvidable y ya vislumbra en ese encuentro una especie de premonición, como si resultara el signo de un destino que ansía con todas sus fuerzas, excepcional, fuera de lo común. Y a partir de ese momento decide orientar su vida en esa dirección.

Las largas caminatas por toda la región, en Cauteret, en Pau, en Bagnères-de-Luchon, las escaladas de las montañas del sur de Francia, son para el joven bachiller una buena ocasión para controlarse y volver a tener confianza en sí mismo. Entonces ya no cesa de hablar, de contar locas historias y anécdotas que con gusto se tomarían por ciertas. “Un día —relata— me crucé en uno de los grandes bulevares de París con un hombre extraño, envuelto en una capa roja y que dentro de su rutilante abrigo llevaba muy apretado contra el pecho, un ave con cresta. ¿Y saben ustedes qué me dice, mientras se alejaba ese tipo un tanto raro?: ‘Voy a sacrificar un gallo a Esculapio’”.

“En efecto, se trataba de un gallo, señores, y ¿queréis saber el nombre de ese personaje tan bufonesco que así deambulaba? ¡Pues bien! Tal vez, ustedes no lo conozcan, pero era un gran poeta llamado Gérard de Nerval. Murió al año siguiente, después de haber disfrutado del éxito, de haber recibido todos los honores. Y ¿sabéis dónde lo encontraron la ma-

ñana de su muerte? Lo descubrieron al alba en una sórdida callejuela del barrio de la alcaldía de París, en la calle de la Vieille Lanterne, colgado de los barrotes de una ventana, encima de una alcantarilla, con un delgado cordón de seda al cuello. Estaba en el mejor momento de su madurez creativa y tenía 47 años. Al principio se pensó en un crimen, pero se sabía que no tenía dinero, vestía pobremente y su sombrero había caído sobre el pavimento. Gracias a su pasaporte pudo establecerse enseguida su identidad. De apariencia bohemia, erraba en la noche por las calles de la capital como un perro extraviado; de día frecuentaba los establecimientos públicos más humildes, donde, a un extremo del mostrador, siempre se le veía escribiendo ensueños, novelas, relatos de viajes, cuadros de costumbres. A menudo, sus ideas eran fantasiosas, un tanto extrañas; se decía que lo rondaba la locura, pero vivía en la miseria y desde hacía algunos años, una cruel enfermedad lo minaba. Fue esto lo que lo derrumbó. No tenía domicilio fijo; no le había pedido nada a nadie, ni premio, ni medalla, ni puesto honorífico, aunque había publicado muchísimo. Sus amigos fueron al menos los primeros que vieron en él esa cualidad esencial, la de seguir siendo un artista fiel a sus convicciones y acudieron en gran número para acompañarlo hasta su última morada”.

Y José María sigue maravillando a su auditorio. Luego de narrarles a sus camaradas el asesinato de la princesa de Lamballe, amiga de María Antonieta, asesinada durante las masacres de 1792, les dice que conocía el nombre del criminal, pero que no podía revelarlo de inmediato por razones de seguridad. El misterio, según decía, debía permanecer intacto. En realidad, él tampoco lo sabía y sólo se enteraría mucho más tarde al leer a Hipólito Taine. Después se suceden largos relatos insulares, en los cuales incluye infinidad de insólitos nombres, extrañas criaturas, jardines paradisíacos que poblará con frutos y aves exóticas. Ya para esa época le gusta deslumbrar, hacer juegos de palabras y citar a los poetas cuyos versos aprendió de memoria en el colegio. Todo se mezcla en su cabeza: la realidad, la ficción, los trópicos, Francia y también España. Sus primos lo admiran y lo contemplan maravillados. Henchido de cultura, José María adiciona, reformula, se exhibe y disfruta, siendo por primera vez en su vida el punto de mira de esa sociedad en reducción. Ese año conoce a una hermosa criolla originaria de Luisiana e intercambia con ella sus recuerdos de América. Por fin es feliz dando rienda suelta a su nostalgia y ya piensa en un próximo regreso al país natal, cuando termine sus exámenes. A partir de ese momento, su deseo más ferviente será volver a ver a su madre, que encarna la deliciosa imagen de lo mejor y más bello del mundo.

Cursa su último año en Senlis, pasa su examen de retórica con una dispensa y obtiene el título de bachiller a la edad de 15 años y unos meses. Ese mismo día en que termina exitosamente sus estudios, paseando por los bulevares de París cerca de Richelieu-Drouot, en el angosto pasaje de los Príncipes, en la vitrina de un librero lo seduce la bellamente ilustrada

portada de un cuaderno de versos de Leconte de Lisle, el célebre poeta parnasiano. Entra y solicita el libro, sin tan siquiera saber si posee la cantidad necesaria para comprarlo. El camarada que lo acompaña hurga de inmediato en el fondo de sus bolsillos para ayudarlo a completar una suma de la cual José María no cuenta ni tan siquiera con la mitad. Ningún obstáculo será lo suficientemente infranqueable como para que le impida obtener aquello que ama; todo le parece natural. Por ello, esa misma tarde, ignorando por completo al amigo que acaba de ayudarlo, empieza a devorar plácidamente los poemas, mientras camina por el bulevar de los Italianos.

Su madre le escribe en noviembre desde Cuba y le pide que regrese a su Isla, pues no se decide a ir a buscarlo. “No me faltan deseos de hacerlo —le dice—, pero esta triste enfermedad del corazón me paraliza y me da miedo. Por el momento debo renunciar a ese proyecto, por lo que te espero aquí”.

Y José María prepara el regreso. Ya desde hace algún tiempo se ha sumergido en la lectura de las obras poéticas de su primo y tocayo José María Heredia y Heredia. El libro que su madre le diera antes de salir de Cuba, cuando sólo era un niño, tal vez el regalo más valioso que hubieran podido hacerle. Se trata de uno de los numerosos ejemplares de las *Poesías de José María* editado en Nueva York en 1825, que el poeta le había enviado a Matanzas, desde su exilio, a su madre, con el fin de que ella los distribuyera entre los miembros de la familia, para entonces dispersa por toda la Isla. Y naturalmente, uno de ellos se destinó a Domingo de Heredia, el tío del poeta, que entonces residía en Santiago de Cuba. Más que una muestra de confianza, experimenta, al releer esta obra, la misión que se le encomienda y cuyo significado sopesa enseguida. Ese deseo que formula espontáneamente y que desea llevar a cabo, guardando el mayor secreto: poner bien en alto el apellido de su familia, prolongando así la gloria de aquel que todos consideran, ya en ese momento, el mayor poeta de América, con el fin de que su memoria perdure a través de su descendencia. Sin esperar más, se sumerge en la lectura de esos poemas y siente por primera vez la necesidad de traducirlos al francés, lengua que ya domina maravillosamente y que lo subyuga desde su más tierna infancia. Estos serán sus primeros ejercicios de versificación.

Pasan los meses y ya ha mejorado mucho el tiempo, cuando José María embarca en la primavera de 1859. “Al lanzar la vista hacia la orilla desde el barco —escribe—, lo primero que me impresionó fue una procesión de negritos que, con un grueso tabaco en la boca, corrían por la playa, provocando que en sus vientres se les agitara un ombligo del mismo grosor que el tabaco. Me esperaba un sirviente, un anciano negro que me había visto nacer y que, llorando de alegría, se abrazó a mis rodillas y de inmediato me dio un caballo; y de esta manera, festejando mi regreso, llegamos a la plantación”.

El 10 de junio se reúne con los suyos. Han transcurrido más de ocho años desde su partida y ya no encuentra exactamente el mismo paraíso que había dejado tras de sí. Su madre ya no vive en La Fortuna y aunque respira el aire puro y fresco de las altas mesetas, aunque las flores, las aves, la montaña, los bosques, los sirvientes permanecen allí, la morada ya no es la de su infancia; algunas transformaciones han bastado para trastornar el orden de las cosas; sus recuerdos no son exactamente los mismos y resulta difícil reconstruirlos en otro sitio. En su memoria ha ocurrido como una fisura irreversible. Todo ha cambiado, aunque aparentemente todo está igual. No lo acepta. Y entonces, todo ese decorado se torna inútil, ya no lo necesita. Y cierra los ojos para recobrar la imagen intacta de ese paraíso perdido, de cuyas llaves él es, a partir de ese momento, el único poseedor. La familia ya no vive en La Fortuna sino en el cafetal El Potosí, la plantación de la región de Taurus que su padre había comenzado a preparar estando enfermo y que Jules Raoulx, el esposo de Leocadia, la hermana mayor, ya había terminado de acondicionar.

El cambio es quizás demasiado brutal y doloroso para el adolescente que acaba de cumplir 17 años. Sin embargo, El Potosí —también el nombre de una ciudad boliviana de los Andes, a 4 000 metros de altura, antaño famosa por sus minas de plata y para entonces adormecida tras siglos fastuosos— en realidad no tiene nada que envidiarle a La Fortuna. Está situada en un bello sitio, rodeada de bosques de donde emergen los orgullosos penachos de las palmas reales, palmera típicamente cubana, con su altiva estatura, su aspecto enhiesto y elegante, su tronco gris claro, un tanto abultado hacia la mitad de su altura, detalle este muy importante y que encierra toda su personalidad. Es única en su género y sus hojas en forma de enormes plumas pueden medir cerca de tres metros de largo. En lo alto muestra orgullosamente sus frutos que cuando maduran son de color púrpura.

La blanquísima casa es espaciosa, grande y alegre, no como la de otros cafetales. El techo se ha confeccionado con tejas de cedro y sus muros interiores, de notable grosor, conservan todo el frescor. Se ha construido a ras de suelo y sus elegantes contraventanas se abren ante los secaderos. Estos son grandes terrazas pavimentadas sobre las cuales los granos de café se exponen al sol hasta que se secan por completo. Alrededor de la casa de familia se agrupan otras construcciones más pequeñas para funciones diversas: hay instalaciones para el almacenamiento del café, para guardar los vehículos, un establo, una enfermería y en ocasiones se reserva un salón para la escuela adonde acuden los hijos de los esclavos. Poco antes de que se construyera la casa, toda el área se había desmontado, pero muy pronto la naturaleza ha reclamado sus derechos y la exuberante vegetación la engasta una vez más como una joya en su estuche. Sólo se destacan algunas palmas reales, elegantes y altivas como siempre, como para hacer una guardia de honor en torno a la casa e indicar el camino al visitante

extraviado. La verticalidad de estas palmeras, que pueden alcanzar los 30 metros de alto y que se yerguen de manera denodada buscando las estrellas, confieren al paisaje su identidad puramente cubana. Como telón de fondo se vislumbran sucesivamente las montañas. A esa altitud, el cielo cubano es siempre de una pureza y de un azul que rivaliza con el del mar y los crepúsculos constituyen una verdadera orgía de colores.

Durante los primeros días, José María se adapta a su nueva vida, habla poco, pero escucha y observa. Pronto comprenderá que su madre sabe sobre él muchas cosas que nunca se ha atrevido a decirle. Lo ha seguido día a día, gracias a una correspondencia secreta que ha mantenido con Nicolás Fauvelle durante la prolongada ausencia de su hijo, pero al volver a verlo queda casi intimidada. El muchacho, que sólo ayer era un niño salvaje de cabellera rizada, se ha transformado en un joven adolescente tímido y grave, que se hace una raya para dominar sus cabellos negros y ondulados; es muy elegante y lleva, con indiscutible seguridad, una chaqueta oscura y bien cortada, unos pantalones de color claro y una camisa de un blanco immaculado, cuyo cuello se cierra con un nudo en forma de mariposa. Esta mujer de carácter, que se había casado muy joven, ha consagrado toda su vida no sólo a sus propios hijos sino también a los de su marido y le comunica al joven adolescente la situación bastante dramática de la familia. Desde que quedó viuda, a los 42 años, se hizo cargo de los ocho niños y luego de la muerte de Agustín y de María ya no se hace ilusiones. José María, su hijo único, joven bachiller francés, constituye su único futuro. La madre no deberá cometer errores con relación a su orientación; su regreso a Cuba suscita inmensas interrogantes. ¿Deberá el joven asumir la dirección de la familia; es decir, la administración de la plantación como lo había hecho, sin desearlo, su padre, o será mejor que continúe unos estudios que con tanto éxito había iniciado en Francia? Pero cuando en el seno de la familia Heredia se habla de estudios, evidentemente se está pensando en la carrera jurídica, pues la abogacía se considera una de las más nobles y lucrativas; sobre todo, en Cuba. Hay que decir que los únicos bienes de fortuna de la familia son esas plantaciones, cuyo rendimiento está resultando tan exiguo que apenas les permite subsistir. José María decide trabajar tres meses en El Potosí antes de tomar tan importante decisión y aprovecha la ocasión para volver a familiarizarse con esa tierra natal que tanto ama. La belleza del país, que antes le resultaba natural, lo sorprende ahora y lo encanta; la descubre de nuevo y se convierte en una fuente de permanente creación. Visita a los familiares que viven en los alrededores, sus primos y primas, y perfecciona aún más su español. Pero el verano transcurre y el período de vacaciones también. El joven inquieto se confía a su padre adoptivo, que permanece en Senlis, y le revela su secreto: “De todas las horas que he pasado estudiando la posibilidad de asumir mis responsabilidades como agricultor, sólo guardo la impresión de una gran repugnancia, producto tal vez de la educación francesa que he recibido, por lo que he llegado a la

conclusión de que debo consagrarme a ésta. Por ello he decidido estudiar Derecho en La Habana. Es además la carrera que mi padre siempre quiso seguir y que sólo las circunstancias de la vida se lo impidieron. Respetuosamente, su amado hijo”.

Entre las dos alternativas que se le ofrecen, partir o quedarse, optó por la segunda y a fines de septiembre se traslada a La Habana para inscribirse en la Universidad en los cursos de Filosofía y Jurisprudencia. Pero disfruta mucho más el intercambio de ideas con jóvenes cubanos a la sombra de las ceibas que la asistencia regular a los cursos. Se escapa al patio bordeado de naranjos y durante horas enteras se dedica a leer todo lo que ha podido hallar en la biblioteca, tanto las obras del sacerdote Jaime Balmes, filósofo monárquico y católico, y las comedias históricas de Lope de Vega, como los poemas dramáticos de Calderón de la Barca, mientras observa el vuelo de las aves en torno al cercano campanario del convento de San Francisco. Y al regresar a la pequeña habitación que ha alquilado en La Iberia, gran juguetería situada en el barrio de los estudiantes, en la calle Obispo, a unos pasos de la encantadora Plaza de Armas, prolonga sus noches sumido en la lectura de sus poetas franceses preferidos: Ronsard, Lamartine y Leconte de Lisle. De este último poeta ya leyó todo lo publicado: los *Poemas antiguos*, que datan de 1852, los *Poemas y Poesías* de 1855 y las *Poesías completas* de 1858. Ahora está devorando *La leyenda de los siglos* de Victor Hugo y las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand. Sale también con sus nuevos amigos; en particular, con el crítico Enrique Piñeyro, que le presenta al poeta Juan Clemente Zenea. Los días pasan en calma y sin preocupaciones bajo el voluptuoso cielo de Cuba. El clima induce a la indolencia y a la alegría de vivir. Y cuando llega el momento de los exámenes, los profesores se niegan a regularizar su situación y a oficializar de alguna manera su diploma en la disciplina elegida. Es cierto —dicen— que el alumno es brillante y que tiene capacidad para tener éxito en esa rama del conocimiento, pero no asiste regularmente a las clases y no parece que esté en lo más mínimo interesado en hacerlo. Es notorio su diletantismo. Por otra parte, las autoridades coloniales sencilla y llanamente se niegan a validar su título francés de bachiller. Por consiguiente, no puede continuar en la Facultad de Derecho.

Así, el gobierno español decidió por él y trazó su destino. Pero, por esa época, el joven estudiante se detuvo un día a la sombra de una fuente bautizada con el nombre de Fuente de la India, a la vez símbolo de la “noble y fiel villa de San Cristóbal” y de la tierra cubana. Ha quedado fascinado por la belleza de esa mujer de origen indio, diosa o divinidad del mar, que porta un escudo con las armas de la ciudad y sostiene un cuerno de la abundancia. Sentada sobre una concha, preside sobre un pedestal, escoltada por cuatro delfines que colman la fuente de chorros de agua y de espuma. Ha caído subrepticamente la noche y, de repente, sorprende al joven la pálida luz de la luna que ilumina de forma inquietante la blanca silueta de

la escultura que se destaca sobre un fondo de palmas reales. Y sobre un arrugado pedazo de papel que saca de su pantalón escribe el primero de sus *Sonetos de juventud*. Ese conjunto escultural realizado en mármol blanco es, tal vez, el homenaje más hermoso que se haya rendido al pueblo indígena, perseguido hace cerca de cuatro siglos por los conquistadores españoles. Y cuenta la leyenda que un día, en ese mismo lugar, una india, interrogada por los primeros navegantes que querían conocer su nombre y el del sitio donde recién desembarcaban, respondió que su nombre era Habana, dando así definitivamente a ese lugar el nombre que se ha mantenido. José María no vacila en inmortalizarla, dedicándole su primer poema de amor: “A la fuente de la India”.<sup>4</sup> Las palabras vienen a él espontáneamente en francés, pues la lengua de sus antepasados le resulta ya un tanto lejana; domina mucho mejor las sutilezas de su lengua materna, aprendida desde la cuna y luego perfeccionada en el liceo.

*Cuando se acaba el día, solo, junto a la fuente  
Descanso, mientras sueño con su dulce frescura...  
Huyen mis pensamientos, tal como el agua pura  
De su colmada urna gotea lentamente.*

*Bajo el esplendor tibio de la luna silente  
Animarse parece la blanca vestidura  
Que el escultor te impuso; cual amable impostura  
Finge rasgos amigos tu forma evanescente.*

*¡Novia del Sol, oh india de mis nativos lares!  
Colón rompió tu sueño de virgen. Al arrullo  
Dormías de las olas ardientes y amorosas...*

*¡Oh mi país, oh Cuba! ¡Cuán dulce en los palmares  
Oír de tus arroyos la voz, con el murmullo  
De paz y amor que exhalan tus noches luminosas!*<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> Realizada a partir del diseño de un artista en 1837, varios años antes de su creación, esta *Fuente de la India*, esculpida en mármol de Carrara, fue trasladada en varias ocasiones entre 1863 y 1875, hasta que se instaló finalmente en el Parque de la India, junto al Parque de la Fraternidad, donde se encuentra actualmente, a unos pasos del Capitolio Nacional de Cuba.

<sup>5</sup> Traducción de Max Henríquez Ureña en *Los Trofeos*, p. 13.

“Sonnets de Jeunesse” en José María de Heredia: *Œuvres poétiques complètes*, vol. II, p. 3.

*Seul, quand finit le jour auprès de la fontaine,  
J'aime à m'asseoir, rêvant à sa douce fraîcheur,*



Al leer ese soneto, fechado el 5 de marzo de 1860, la voz de Enrique Piñeyro, su amigo, se eleva de inmediato para felicitarlo: “Yo solía decirle con toda seriedad que su nombre era como un decreto del destino que le ordenaba dedicarse al cultivo de la poesía francesa, y en ella esforzarse por brillar tanto o más de lo que su primo hermano y homónimo había brillado en la poesía hispanoamericana, pues le llevaba la inmensa ventaja de una instrucción literaria ya tan notable; y que si llega a escribir buenos versos en francés, susceptibles por razón de la lengua sola de ser leídos en el mundo entero, era empresa grande y difícil, no había de ser imposible para quien reunía ya tantos elementos esenciales”. Estas palabras que vibran al oído de Heredia como un anuncio profético, no hacen sino estimular aún más la íntima y secreta sed de gloria que devora al joven poeta. A partir de ese momento, mantener la reputación de ese apellido y hacerlo entrar en la leyenda y la historia de la literatura del Viejo Mundo, será para él un imperativo. Pronto toma la decisión de regresar de manera definitiva a Francia.

En La Habana escribe algunos ensayos poéticos más: “Los bosques americanos” y “Música de invierno”, con fecha del 3 de julio de 1860. Se trata de uno de los últimos sonetos que escribe antes de viajar a Santiago de Cuba, adonde va para ver a su madre y hermanas, y para anunciarles su decisión de abandonar para siempre la Isla. El 10 de diciembre termina su poema “Música estival”, y envía a su padre adoptivo fragmentos de obras anteriores, al mismo tiempo que le confiesa su vocación lírica. De ese momento data su preferencia por el soneto,<sup>6</sup>

---

*A laisser la pensée échapper de mon cœur,  
Comme les gouttes d'eau de son urne trop pleine,*

*A la tiède splendeur de la lune sereine,  
Sous ton blanc vêtement que traça le sculpteur,  
Tu sembles t'animer, et ma charmante erreur  
Prête des traits amis à ta forme incertaine.*

*O ma belle Indienne, amante du Soleil,  
Que Colomb éveilla du virginal sommeil,  
Où te berçait le chant des vagues amoureuses,*

*Cuba, ô mon pays, sous tes palmiers si beaux  
Qu'il est doux d'écouter la voix de tes ruisseaux,  
Les murmures d'amour de tes nuits lumineuses!*

<sup>6</sup> Poema de 14 versos compuesto por dos cuartetas de rimas cruzadas oxítonas y paroxítonas y dos tercetos.

es una íntima convicción que explica por el interés que confiere a esa forma tradicional que acaso procede de sus lecturas y de su gusto por la poesía, en particular, la del siglo xvi, que los románticos desarrollaron y que se había puesto muy de moda en ese preciso momento en que los escribía. Había compuesto también otros, entre los cuales “¡Italia! ¡Italia!” y “Oh, nodriza de las Artes”.

Después, en una carta más íntima le confiesa sus angustias ante la idea de no poder partir de Cuba, si desgraciadamente su madre no lograba tomar una rápida decisión. “La sociedad colonial cubana me ha decepcionado y por eso —le escribe— he decidido regresar a Francia para estudiar Derecho. Quiero apartar de mí la idea de quedarme aquí para ocuparme de los asuntos de la familia, porque un embrutecimiento semejante ya no debe continuar y ni tan siquiera la ternura de mi madre sería suficiente para realizar ese sacrificio. Si me quedara en el campo —añade— acabaría en una total atonía de la inteligencia”.

En realidad, en lo más profundo de su corazón, José María teme ya la comparación que podrían hacer sus compatriotas entre él y su primo, prematuramente desaparecido en el cenit de su gloria y gozando del aprecio de sus conciudadanos. No obstante, de regreso a El Potosí escribe un soneto que dedica “A los poetas”.

*Abandona la senda de la vida ordinaria,  
Poeta, pon la vista en peldaño mayor;  
Olvida a los humanos. Que tu alma solitaria  
Ofrezca sólo al arte tus fervores, tu amor.*

*La fortuna es un juego; la gloria, innecesaria.  
¿Qué te puede importar del público el favor?  
La popularidad tiene vida precaria.  
Poeta, tú tendrás un futuro mejor.*

No le dirá nada a nadie, pero ya ha visto en la personalidad de su primo, el primero de los Heredia, un rival en potencia, y sabe que a partir de ese momento, Cuba no podrá ofrecerle el futuro al que aspira, pues quizá no ama suficientemente su Isla como para verla libre y hermosa, como la describe el poeta del “Himno del desterrado”. Su amor es de otra índole; es puramente sensual y centrado en la belleza silvestre de una naturaleza prolífica de la cual está henchido desde su nacimiento, que puede disfrutar a voluntad, que puede ingerir hasta la saciedad, admirarla, pintarla a toda hora del día y de la noche, cuando todo estalla y se amalgama: los efluvios de la tierra, el aroma de las plantas y de las flores, el canto de las aves, el rumor de los insectos y la conflagración del firmamento a la puesta del sol. Son como fuegos artificiales, espectáculo alucinante, en el cual cree ver surgir desde lo más profundo de la tierra y hasta las más verdes cimas, la clave de la felicidad.

No sin cierta nostalgia recorrerá todos los senderos que lo conducen a su infancia, recorre por última vez los bosques y las montañas de su Isla, para impregnarse de ese paisaje de la infancia, imagen de un paraíso perdido. Quiere volver a ver La Fortuna, revivir las sensaciones de antaño, su nostalgia resulta inmensa y la salvaje belleza de esa naturaleza no lo abandonará jamás. Se toma todo el tiempo necesario para maravillarse una vez más y se siente marcado para siempre por esas imágenes de los trópicos, cuya exuberancia y vitalidad no dejarán de frecuentarlo, de manera lacerante, a lo largo de toda su vida. Retoma también algunos poemas de su primo hermano y tocayo para traducirlos al francés, lo que sembrará la duda en algunos lectores cuando traduce “A mi padre, encanecido en la fuerza de su edad. Habrá quien piense incluso que ese poema había sido escrito por él al morir Domingo, su padre, cuando en realidad se lo dedicó el Cantor del Niágara a su padre, José Francisco. Por último, luego de algunos otros intentos, entre los cuales hay un poema sentimental y varios sonetos un tanto irregulares, compuestos a veces en octosílabos, escribe un largo poema épico cuyo título es “Hatuey” y cuyos acentos patrióticos reflejan de manera indiscutible la influencia de su primo cubano, quien para ese momento es ya el representante más ilustre del romanticismo hispanoamericano. Comienza con una vibrante exclamación que es el canto del héroe indígena, víctima de los conquistadores españoles, aquellos mismos a quienes rendirá homenaje mucho más tarde en sus *Trofeos*.

*Escucha, soy un hijo que le canta a su madre,  
Soy uno de los hijos de tus vastos desiertos,  
Mi país, yo quisiera a los ritmos más dulces  
Que la tierra haya oído, arrullarte en mis versos.*

En realidad, es en el momento de abandonar sus costas cuando ha querido saludar su Isla, evocarla al menos una única vez, como lo había hecho de forma sublime el Cantor del Niágara, y con esos versos, el joven ha querido exaltar toda la historia de las Antillas y de su tierra natal. Tal vez quiso también expresar, a su manera, los profundos vínculos que todavía lo unían a Cuba, que siempre lo vincularán a ese continente en honor del cual cualquier poeta hubiera podido hacer vibrar su arpa de oro. Mas, pronto olvidará la imagen nostálgica de su Isla, resplandeciente y lejana y sólo en algunos fragmentos dispersos podremos encontrar más tarde —en particular, en ciertos poemas sobre el océano que serán compuestos en Bretaña, ese aliento venido de otras latitudes.

José María está contento. Esos pocos meses pasados junto a su madre no habrán sido inútiles, pues repentinamente ella decide regresar con su hijo. Ya ha observado que José María habla el español tan bien como su padre y eso la hace feliz. Y el 15 de abril de 1861, en el puerto de La Habana, José María, su madre y Agustín, el hijo de Gustavo, su medio

hermano, fallecido hace más de diez años, suben juntos a bordo del vapor *Guantánamo*. Baúles de todos los tamaños acompañan a los viajeros y la familia de Santiago ha venido a despedirlos. Algunos instantes más tarde, los ruidos y gritos procedentes del embarcadero se van desdibujando y la sirena del barco será el último canto que escuchará José María. Ese eco se reitera, se amplifica y pronto se transforma en una lúgubre y lacerante sonoridad que lo perseguirá por todas partes en alta mar, en medio de la tempestad y de las olas, en la cubierta, en su camarote, durante 50 días con sus noches.

Durante toda la travesía José María escribe en un cuaderno escolar. Acaba de concluir un “Soneto dedicado a los bosques americanos”, que dedica a la señora Michelet, residente en Senlis.

*Muchas flores habitan nuestros bosques radiantes;  
Y las vemos abrirse doradas por el sol;  
La púrpura y el oro les dan tonos brillantes,  
Y sus raros reflejos ciegan como un crisol.  
(...)  
A la sombra deseo vagar del roble ingente  
Y tomar para ti, del cristal de una fuente  
La miosotis azul, flor que hace recordar.*

A fines de junio, José María envía a Senlis desde Burdeos, su punto de desembarque, una carta a su padre adoptivo en la cual le recuerda los felices momentos en que juntos, antes de que fuera a Cuba a encontrarse con su madre luego de ocho años de separación, habían paseado a lo largo de los muelles de la Gironda. Han pasado dos años desde su partida y desea hallarse con él lo más rápido posible, pero su madre quiere, antes de volver a ver a su antiguo amigo, recorrer los Pirineos y pasar algún tiempo en Dax, en la casa de una de sus hermanas. Algunos días de descanso le son suficientes y pronto los vemos en París, donde después de una breve estancia en un hotel, toman el camino de Senlis. Permanecerán dos meses en casa de la familia Fauvelle... el tiempo necesario para volver a ver el hogar familiar donde José María pasó una parte de su adolescencia y de inmediato prepara a su sobrino, el joven Agustín, para el ingreso al colegio San Vicente, del cual sólo quiere conservar los recuerdos más felices. Los días de soledad y desamparo están sepultados muy dentro de él y ya no es el mismo desde que terminó sus estudios. Con libertad de espíritu compone un poema imitado del romancero español y que lleva por título “El desafío”. En París, la madre y el hijo se instalan en la calle de Tournon y para darle gusto, José María decide ingresar a la Facultad de Derecho en el Barrio Latino.

En una carta fechada el 8 de octubre de ese año, la señora Heredia escribe a una de sus amigas residentes en Cuba para contarle su viaje y

las impresiones a su llegada: “A veces me siento extraordinariamente triste. Esta soledad en medio de la multitud y del bullicio tiene algo de aplastante para quienes no están habituados a las grandes y hermosas soledades en las que la familia, de la cual incluso los negros forman parte, se reúne entorno a una existencia como la mía.

”Pues seguramente sabes —le precisa— que la familia Heredia siempre ha sido muy liberal con los negros, cuya emancipación desea, a condición de que se produzca, por supuesto, sin malas consecuencias para esa pobre raza que, a pesar de sus vicios y su brutalidad, tiene también buenos sentimientos”. Luego, con natural impudicia y despreocupación, lo que caracteriza muy bien a todas las criollas de estas islas, añade al evocar la plantación: “Parece, además, que mis negros no quisieron bailar hasta que no me supieron bien lejos, en Francia, junto a su joven amo”.

## **1862-1867**

### **Juventud y primeros pasos en la sociedad parisina**

#### **CUANDO SE EXTINGUEN LAS LUCES DE LA FIESTA**

Ya de estudiante, Severiano decidió de inmediato residir en el barrio de Ternes, en el cual a partir de mediados del siglo XIX comienza a llegar una colonia cubana. El 17º distrito de París le resulta residencial, ni demasiado burgués ni demasiado caro. Y le gusta ese barrio que se extiende en torno a la plaza de la Estrella y abarca la planicie de Monceau, los Campos Elíseos, Chaillot y la avenida del Bosque de Boulogne.

Se trata de un barrio histórico, pues numerosos acontecimientos memorables habían tenido lugar allí desde la conquista romana. Se decía que Juana de Arco, poco después de la consagración de Carlos VII en Reims, había acampado en esa zona antes de intentar, aquella mañana del 8 de septiembre de 1429, la liberación de París, a la sazón ocupada por los ingleses y sus aliados, los borgoñones. Pero, herida por un disparo de ballesta se vio obligada a batirse en retirada. Hasta inicios del siglo XVIII, era todavía un coto de caza en medio del campo. Allí se había erigido la Capitanía de la Varenne des Tuileries, dirigida por un cuerpo de oficiales que tenía bajo sus órdenes un grupo de guardas forestales y todo un personal de montería. En ese vasto territorio, donde entonces sólo había dos aldehuelas, se crearon reservas de caza en medio de los terrenos cultivados y la cacería fue el único placer de los reyes y de los señores en perjuicio de los campesinos, cuyos cultivos fueron regularmente devastados. No fue sino hasta el advenimiento de la Revolución que se abolieron los derechos de caza, uno de los privilegios más denunciados en los Libros de Reclamaciones de 1789. Luego, en 1783, cuando aconteció la extensión de París, empezaron a construir en esa área, bajo la presión de los recaudadores de impuestos, una muralla fiscal de unos 15 pies de alto que incluía un camino de ronda por su parte interior y un amplio bulevar exterior sembrado de árboles. Esa muralla contaba con unas 50 entradas que correspondían a los caminos que conducían a París y que eran, del oeste al este, las barreras de la Estrella, de Roule, de Courcelles, de Monceau y de Clichy. Esta nueva muralla que recibió el nombre de Muralla de los Recaudadores de Impuestos, se edificó en todas las puertas de París por poderosos financieros encargados de

recaudar el impuesto a todas las mercancías que entraban a París, para así evitar los muy frecuentes fraudes que se cometían por entonces. Y enseguida corrió por todas las barriadas de la capital ese famoso verso que decía: “*Le mur murant Paris, rend Paris murmurant*”.\* Pero como nadie quiso pagar el impuesto y los tramposos encontraron otras formas para atravesar las barreras cavando túneles subterráneos, hacia 1859 la muralla fue definitivamente demolida y sólo quedaron los pabellones de recaudación construidos por Ledoux. Finalmente, por la barrera de Monceau entró, el 26 de junio de 1791, la berlina real cubierta de polvo que transportaba desde Varennes a los dos fugitivos, Luis XVI y María Antonieta. El carro fúnebre de la monarquía atravesó la ciudad antes de dirigirse a los Campos Elíseos en medio de una silenciosa multitud, que había respetado la consigna: “¡Ni un solo clamor, ni un solo saludo!”

Esos acontecimientos le habían dejado al 17º distrito de París cierto encanto de tiempos pasados y Severiano apreciaba en particular su aspecto campestre, si bien los grandes espacios verdes habían ido desapareciendo a lo largo de los siglos.

En ese momento, el barrio tiene todo lo necesario para seducirlo: el pasado y el presente se confunden en ese sitio y el futuro se proyecta hacia él. Allí, decidió el joven cubano establecerse, en ese perímetro comprendido entre la Estrella y la Puerta Pereire, bautizada así en honor de los hermanos Jacob e Isaac Pereire, quienes llegaron a París a principios de siglo con el objetivo de hacer fortuna en ese mismo sitio, justamente allí donde las transformaciones hacia el modernismo van a resultar más notables. Entonces, todo es demoliciones, excavaciones; cada mes se inauguran nuevos tramos de ferrocarril, se plantan las elevaciones en espera de recubrir las vías férreas... Todos estos trabajos, iniciados antes del nacimiento de Severiano, aún continúan a su llegada. Este barrio del 17º distrito será un hervidero de obras públicas, primero por la construcción de la línea ferroviaria que uniría París y Saint Germain, y luego por la del pequeño tren periférico, que desde ese momento bautizan con el nombre de ferrocarril de Auteuil. De inmediato se crea una estación para las mercancías, se abren nuevas calles, las vías se hacen más grandes, se les ensancha y, cuando es preciso, se les desplaza. La proximidad del ferrocarril favorece la industrialización y muy pronto se construyen fábricas cerca del tren periférico. Allí se instalan los Talleres de Construcción de Ernest Gouin, que llevan el nombre del industrial que fundó la fábrica en 1846 y, más tarde, una planta de gas, situada cerca de la barrera de Courcelles. Se parcelan terrenos para la construcción de viviendas para los trabajadores y nacen los barrios obreros, mientras que, por el contrario, a la planicie de Monceau irán a residir los industriales y jefes de empresas

---

\* Juego de palabras basado en la homonimia: *El muro que amuralla París, hace que París murmure.* (N. del T.)

que se edificarán residencias individuales, mucho más lujosas, acondicionadas con todas las comodidades modernas, baños y ascensores. La burguesía del siglo XIX es la reina absoluta de esos hermosos barrios. Las viviendas se diversifican de manera considerable en este distrito parisino y justamente eso es lo que más aprecia Severiano desde el principio. Para él, ese campo experimental constituye, en cierta manera, una microsociedad, el conocimiento de cuyas características le parece indispensable para estudiar los movimientos sociales y para poder eliminar después las injusticias. En realidad, muy pronto simpatiza con la población local.

Mas, mientras apenas comienza esa urbanización, para entonces quedan todavía en ese distrito algunos espacios donde crecen los árboles y hay un poco de verdor; lugares estos privilegiados, que parecen haber sido totalmente olvidados por los hermanos Pereire, hombres de negocios de quienes se habla mucho en esa época y los propietarios de casi todos esos terrenos, que explotan poco a poco vendiéndolos en parcelas. Se encontrarán en medio de esos terrenos en construcción algunas pequeñas callejuelas, algunos espacios que constituyen pequeñas parcelas paradisíacas que han escapado a la demolición y que cuentan con talleres, casitas rodeadas por jardines, donde se refugian numerosos artistas, pintores, músicos, cantantes y actores. Aquí estamos todavía en un ambiente campestre; pueden verse cultivos de hortalizas, lecherías, fincas, establos y no resulta raro hallar alguna que otra vaca, cabra u oveja pastando tranquilamente en el campo. Hay pequeñas tabernas por todas partes, adonde acude mucha gente el domingo para comer bajo las acacias.

Será en ese París del Segundo Imperio, en plena efervescencia, donde Severiano, en busca de la felicidad, decide construirse un destino. “En cuanto a mí —nos dice— encontré mi pequeño paraíso en ese pasaje conocido como *L'Enclos des Ternes*, antigua residencia del conde de Artois, donde todavía vivía entonces toda una colonia de literatos de los cuales el más famoso era entonces Théodore Barrière.

”Ese personaje, pequeño, elegante y ágil, un tanto nervioso, no se parecía a nadie. Tenía incluso un porte distinguido, con su fino bigote, que retorció o se mordía en dependencia de su estado de ánimo, con sus ojos negros, que lanzaban fulgurantes relámpagos que le transmitían un aire malévolo, pues muchos autores lo impacientaban; en particular, los que lo plagiaban. Era en realidad un autor dramático que se estimaba muy a la moda y así era en efecto, pero su carácter hacía que se apartaran de él todos los que encontraba en su camino, incluso aquellos que podían considerarse dichosos de poder saludarlo. Era, para quienes no lo conocían, el tipo más odioso, gruñón, lunático y arrogante que existiera y que todo el tiempo se lo pasaba refunfuñándole injustificadamente a todo el mundo. ¡Pero en cuanto se lograba establecer un vínculo afectivo con él, se volvía el ser más adorable y servicial de todos los que conformaban nuestra pequeña pandilla!”



“Frente a mi casa y en la misma alameda, vivía también un mulato llamado Loys L’Herminier, que pronto se hizo amigo mío y de Emmanuel des Essarts, hijo de un talentoso escritor; en más de una ocasión, Loys trató de obtener una recomendación de los amigos del padre de Emmanuel, colegas de mayor o menor importancia, pero siempre sin éxito”.

“Dicho esto, para regresar a nuestro vecino criollo, unos 15 años mayor que nosotros, su fama de perezoso era legendaria. Precisemos que nació en Basse Terre, en la isla de Guadalupe y le gustaba, como a todos los criollos, hacer juegos de palabras, escribía mucho, pero como no lograba que sus textos se editaran, ocurría que algunos farsantes, más astutos que él, se apropiaban a sus espaldas de sus deslumbrantes fórmulas y de sus inimitables paradojas que en principio era el único que tenía derecho a emplear. Cada vez que me venía a visitar, yo le lanzaba una frase recurrente que todos los literatos conocían: ‘Hay que firmarlo todo, incluso la hoja que el viento arrastra’. Y así hacía. Y todos escribíamos —esa era nuestra principal pasión— incluso Maurice Dreyfous, quien a menudo se unía a nuestro grupo y que un buen día había decidido cambiar la pluma por el pincel y había decidido dedicarse a la pintura”.

“Todos habíamos concluido nuestros estudios, pero ninguno de nosotros sabía todavía muy bien qué queríamos hacer. Se suponía que trabajaríamos juntos en algo, pero nadie sabía en qué —replicaba Severiano— y Mauricio añadía prontamente: ‘Que me lleve el demonio si tengo la más mínima idea’ ”.

“Teníamos muchos proyectos y pensábamos que debíamos ponernos a trabajar, pero jamás lo hacíamos”.

“Un día en que todos nos ensañábamos con Loys, el guadalupeño, y le suplicábamos que venciera su pereza —nos cuenta Severiano—, la respuesta no se hizo esperar con el característico acento antillano en el cual nunca se pronuncia el sonido r: ‘*Les paésseux, heu eusement que je suis pa ésseux! Voyez-vous, ché ami, les paésseux, c’est la ésève de la France*’ ”\*.

“En realidad no era tan perezoso como nos gustaba decir, pues había tenido el mérito de crear y dirigir una revista diplomática, *Le Portefeuille*, cuyo primer número vio la luz en 1846; en esa ocasión le pidió a su vecino y amigo, Edouard Texier, que fuera el redactor principal de esa revista”.

“En ese tiempo, yo también vivía en el Enclos, una encantadora residencia con jardín y no quería implicarme demasiado en las aventuras burlescas de esa banda de alegres tarambanas que salían todas las noches y regresaban muy tarde en la madrugada. La mayor parte de ellos eran artistas que habían roto relaciones con sus familias, actores, dramaturgos, autores anónimos que escribían obras de teatro, vodeviles de moda y recuerdo, incluso, una obra de un solo acto, en verso, cuyo título era *Una amiga* y que Émile Bergerat, el más joven de todos nosotros, un auténtico

---

\* ¡Los perezosos... afortunadamente soy perezoso! Como saben, queridos amigos, los perezosos son la gran reserva de Francia. (*N. del T.*)

bohemio, había logrado que representaran por sólo una vez en el teatro de la Comedia Francesa”.

“Éramos seis, como en un sexteto, y se nos consideraba excéntricos y energúmenos, que tomábamos la vida a la ligera y que sólo pensábamos en divertir a los demás”.

Fue preciso esperar a que Maurice Dreyfous, quien tenía por protector al viejo Anatole France, publicara el relato de su vida y de sus recuerdos de juventud, *Lo que quiero decir*, sobre esa etapa de 1862 a 1872, para que pudiéramos conocer la verdad sobre esos hijos de familias burguesas, que, a todas luces, habían escogido esa vida bohemia. Y como este último gozaba de inteligencia y fantasía, al describir lo que había observado llegó a la conclusión de que, de todos los que integraban la pequeña pandilla y que tenían su misma edad, el único capaz de aceptar el reto era su amigo Severiano de Heredia. Incomodado por todos los rumores que habían corrido acerca de ellos, el amigo pintor, en ocasiones también escritor, se propuso restablecer la verdad. Se esforzó por rectificar los retratos, diciendo que entre ellos había, en efecto, un criollo de origen cubano, llamado Severiano, que nunca había sido perezoso como Loys L'Herminier, por ejemplo, quien vivió y murió en medio de la pereza. Al contrario —decía—, recordaba que el cubano era un gran paseador, un ser desenfadado, a quien le apasionaba escribir, muy inteligente y dotado de una increíble memoria, hasta el punto de que estudiaba a fondo las materias más diversas, de manera que, cuando ambicionó participar en la vida pública, se incorporó a ella armado de un conocimiento amplio y como alguien ya curtido por las más arduas tareas.

Este no será el único crítico que elogiará sus méritos, pero sin duda alguna fue el primero. En efecto, todos los que por esa época se acercan a Severiano de Heredia, tanto periodistas como literatos, enseguida confirmarán esos criterios. Nunca dejan de subrayar las cualidades de eficacia, de perseverancia, de inteligencia preclara y activa de ese joven mestizo, muy afable y seductor, de talla mediana, de tez bronceada, de cabellos y barba espesos que enmarcaban un rostro redondeado, de rasgos agradables que reflejan una gran bondad y una nobleza de espíritu poco comunes. Sólo tiene 23 años y ya muestra una gran determinación en sus ideas y convicciones, lo que sorprende e irita además a toda una categoría de gente más mundana que revolotea a su alrededor por oportunismo o simple curiosidad y que a menudo temen quemarse en su llama, por la vivacidad de su ánimo. Con el entusiasmo de su juventud, se apasiona por todo lo que ocurre y se mueve en esa vieja sociedad, y el distrito de París que ha escogido entre tantos otros, le parece el crisol ideal para observar de cerca la evolución de su época.

Rejuvenecer París, hacer de ella la ciudad más hermosa del mundo, la capital de Occidente y, sobre todo, la cabecera de todas las líneas ferroviarias: tal es el sueño de Napoleón III. Y al menos en ese aspecto, Severiano coincide con él. En efecto, en un país centralizado como Fran-

cia, la red debe concebirse como una tela de araña de la cual la capital es el centro. El Emperador proclama que “la transformación de París es el complemento necesario para las redes ferroviarias con las que quiero cubrir toda Francia”. Y añade con gran serenidad ante la crítica de todos los propietarios que han sufrido las expropiaciones: “Cuando finalice mi obra, se me hará justicia. Si los partidos me atacan en el presente, los ferrocarriles de las diferentes regiones y los monumentos de París me defenderán en el futuro”. Sin embargo, para tener éxito en esta revolución ferroviaria e industrial, se precisa también atacar el pauperismo y crear orfanatos, sociedades de caridad, casas de convalecencia, cajas de retiro para los viejos. Incluso se harán adelantos a los obreros para la compra de sus instrumentos y se subvenciona la construcción de viviendas baratas.

Entonces, un nuevo proyecto imperial puso al gobierno y a Francia en peligro. Aprovechando las circunstancias y las inquietudes de los norteamericanos, en ese momento comprometidos en la Guerra de Secesión, Napoleón III decide fundar en México un nuevo imperio latino y católico, capaz de servir de contrapeso a Estados Unidos de América. Y en 1862, luego de la retirada de las tropas españolas e inglesas, el ejército francés recibe la orden de invadir México. Será el inicio de la guerra y del sitio de Puebla, ciudad heroica que sólo se rendirá al cabo de 83 días. Los diarios relatan de esta manera ese acontecimiento: “La entrada de los franceses a la capital, bajo el mando del mariscal Forey, fue un delirio. Los soldados de Francia fueron abrumados por la cantidad de coronas y ramos de flores”; es el comunicado que se dirige con rapidez al ministro de la Guerra y, conjuntamente otra misiva, enviada desde La Habana el 21 de julio de ese mismo año de 1863 por el cónsul general de Francia al ministro de Relaciones Exteriores, declara que el archiduque austriaco Maximiliano ha sido proclamado emperador de México por la asamblea de notables reunida en la capital. Esta última noticia inquieta a Severiano, que ya presiente los trágicos acontecimientos que van a tener lugar algunos años más tarde en su Isla. Por otra parte, a pesar de lo que dicen los secuaces del régimen imperial, el poder saldrá maltrecho de esa nueva aventura. Por todas partes prorrumpen las críticas y son muy severas. ¿Resultaba verdaderamente necesario realizar paralelamente esa expedición mexicana? Numerosos intelectuales, artistas y escritores se cuestionan esa oportunidad; en particular, el gran poeta Víctor Hugo, quien, después de haber rechazado la amnistía de Napoleón III en 1859, prefiere vivir en el exilio. “Regresaré cuando regrese la libertad”, había escrito en su fabulosa *Leyenda de los siglos*. Y en esa ocasión no vacila en enviar una carta de apoyo a los mexicanos que combaten la expedición del Emperador en México.

Paralelamente se elevan voces que critican el desempleo que arrastra la clase obrera hacia el ocio, la pereza y el alcohol, y que la conducen a los límites de la inmoralidad y del mal comportamiento; otros acusan aquella sociedad compuesta de advenedizos y aventureros de no preocuparse

más que por su provecho propio, lo que excita la envidia pública. Según un economista burgués y conservador de la época, “el mundo en París no es más que una colección de burgueses gentilhombres que incurren en los mismos defectos y faltas de conducta que el señor Jourdain,<sup>7</sup> pero con un alma mucho más corrupta”. Por fortuna, la ley del 25 de mayo de 1864 les concede a los trabajadores el derecho de coalición; es decir, el derecho legal a la huelga. Se ha dado un gran paso. Al mismo tiempo, en Londres, durante un mitin, se conforma una oposición integrada por obreros ingleses y franceses, la Asociación Internacional de los Trabajadores, en la cual el Imperio trata de infiltrarse y que más tarde se transformará en La Internacional. Su fundación posee un estatuto, una dirección y proyectos de congresos a intervalos regulares. Pronto se abrirá una sección francesa en París, en el No. 6 de la plaza de la Corderie, y a partir de ese momento, sus miembros participarán en las manifestaciones junto a los republicanos.

Y para quien desde hace tiempo observa el desarrollo de la industria y del comercio y las repercusiones que tienen en la sociedad dividida en clases, resulta indispensable actuar lo más rápido posible. Severiano toma una decisión: poco a poco se adentrará en la política. Pero aún carece de la experiencia suficiente y el 17<sup>o</sup> distrito de París será su campo de acción.

Observa, estudia, descubre las más mínimas fallas y, cuando puede, las remedia, para lo cual interroga incansablemente a los ciudadanos y discute con ellos. Se da cuenta de que con las especulaciones financieras que se han desarrollado en el transcurso de la revolución ferroviaria, el Segundo Imperio ha nacido bajo una nueva clase de burguesía que crece de manera ininterrumpida. Es la gran burguesía negociante, compuesta por los jefes de las grandes empresas que han obtenido notables ganancias y que en esa sociedad se hallan más a sus anchas que los aristócratas bajo el Antiguo Régimen. A su lado, los altos funcionarios, los artistas, los escritores e, incluso, los científicos acceden a la celebridad de la noche a la mañana, algunos de ellos sin poseer la más mínima fortuna. Desde ese momento, Severiano constata que en esa sociedad en la cual el elitismo y el dinero se dan las manos, las grietas se hacen cada vez más profundas. Se fundan clubes, se crean salones, se organizan cenas periódicas de escritores y artistas que se convierten en verdaderas instituciones. Algunas tienen un nombre. La más famosa, que data de 1853, se llama Cena Bixio por el nombre de su fundador y en ella se agrupan Alejandro Dumas, padre; el pintor Delacroix, el compositor Halévy y muchos otros. También está la Cena Magny, que tiene lugar los domingos y a la cual asisten Sainte-Beuve y los hermanos Goncourt. Y cada año, incluso cada mes, estas cenas cambian de nombre y de comensales. De acuerdo con las personas que las frecuentan, tienen nombres como la Cena de los Tipos Malos, o la de los Apretujados, porque, según cuentan, los invitados eran excesivamente numerosos, más de 17,

---

<sup>7</sup> Referencia al personaje principal del *Burgués gentilhombre* de Molière.

para un salón concebido para la mitad de personas; también está la Cena del Arca de Noé, donde al parecer los participantes se divertían locamente y donde se cantaba una estrofa escrita por Auguste Lepage, quien, al dirigirse a sus amigos, así los interpelaba humorísticamente: “Si la vida es un diluvio, querida fauna fraterna, ¿no será el Arca de Noé nuestro refugio?”

Y es que en ese mundo se vive bien. Los restaurantes se multiplican, pero siguen siendo muy caros, al menos cuando son buenos. Hay que calcular al menos 10 francos para las mesas más famosas, como la del Gran Hotel del Louvre, por ejemplo. Los círculos constituyen el último esnobismo de moda, como el del Jockey Club, el más selecto de todos. Cada profesión liberal tiene el suyo: los magistrados, los médicos, los artistas, los abogados, los burgueses, los dignatarios de la Corte, los aristócratas del Imperio, los monárquicos y los legitimistas, incluso el Círculo Ferroviario, al cual Severiano asiste a menudo y donde se reúnen los personajes más influyentes que han contribuido al establecimiento o al buen funcionamiento de la red ferroviaria.

Infelizmente, la gente de pueblo es siempre mayoritaria: pobres retirados o modestos empleados, menesterosos, artesanos, aquellos que no pueden gastar más de 75 céntimos en una comida y a quienes se ve sentados en las tabernas de los barrios populares, la más famosa de las cuales lleva el agradable nombre de La California. Situada entre la barrera del Maine y la de Montparnasse, ese lugar de esparcimiento popular permite a una clientela muy pobre sentarse, descansar algunas horas, beber y comer una agradable ración de legumbres, fumar, cantar y dormir a su gusto. Entre dos sórdidos patios interiores se instalaron dos restaurantes, uno de verano y el otro de invierno. Incluso se construyó una especie de hangar, amueblado con un centenar de mesas, que sirve al mismo tiempo de comedor y de refugio para proteger del viento y del frío a los parroquianos. Por todas partes se aglomeran durante las cuatro estaciones, a cualquier hora del día y de la noche, los más humildes individuos: desempleados, traperos, obreros, merodeadores de barreras, todo un mundo harapiento cuya única esperanza es, en ocasiones, el hospicio o la prisión. Y pronto los contrastes van a acentuarse y estallan las contradicciones. Nobles y burgueses constituyen un grupo aparte. “Las aguas no se confunden” dice irónicamente el crítico literario Hipólito Taine.

Pero Severiano sabe que detrás de esas frasecitas anodinas se esconde un mal mucho mayor; sobre todo, cuando reconocidos intelectuales, por demás muy bien informados, denuncian semejantes segregaciones y fracturas entre los diferentes grupos sociales. Y Severiano, primero por ser negro y cubano, conoce ese lento progreso de las ideas, ese grito desesperado que a veces se transforma en fuerza creadora, en potencia indestructible. Y en sus momentos de angustia y desesperación, piensa en su amado primo.

No obstante, en esa Francia donde vive desde hace casi 16 años, todo es mucho más sutil, pues Napoleón III reina por la voluntad del pueblo, si

bien el Imperio por él fundado el 21 de noviembre de 1852 le escamoteó de manera delicada e imperceptible a su pueblo el bien más preciado: la libertad. Luego, el Emperador se casó, fundó una familia, creó una Corte como lo hubiera hecho cualquier otro soberano y atrajo a esa Corte a todos aquellos que querían mostrarse en público y que disfrutaban de la vida fácil. Y como esa Corte era brillante y ofrecía espléndidas fiestas, toda la sociedad mundana la asumió como un ejemplo y deseó imitarla. Y todo ese fasto, todo ese lujo fue el aguijón que haría reventar el absceso.

En ese momento preciso de la historia de su vida y de sus reflexiones, Severiano, a quien en realidad nunca había tentado la carrera jurídica, decide consagrarse al periodismo y comenzar a escribir. La situación política que observa con mucha atención desde hace algunos años, lo incita a adentrarse de lleno en la actualidad. Después de dedicarse a algunos trabajos literarios y políticos, colabora con la *Revue de Paris* en compañía de dos famosos intelectuales: Laurent Pichat y Louis Ulbach, pero, con el mismo celo con que siempre ha enfrentado toda adquisición de nuevos conocimientos, trata de profundizar en las temáticas que todavía no domina suficientemente, lo que lo conducirá, como es natural, a un estudio arduo y severo de las cuestiones económicas.

Por eso, a partir de 1865, consciente de la situación de la esclavitud en el mundo y, en particular, de los acontecimientos que se preparan en su Isla natal, se convierte en uno de los corresponsales más activos de la *Revue Hispano-américaine*, primer órgano abolicionista que en ese momento se publicaba en Madrid. Sin vacilar un solo instante se suma a la campaña por la abolición de la esclavitud junto a uno de los pocos diputados republicanos que sesiona en ese momento en las Cortes españolas. Se llama Rafael María de Labra, nació en La Habana y su voz se eleva para denunciar la sociedad esclavista de su país y para preconizar el abolicionismo en todas las islas que todavía son patrimonio de la Corona. En 1866, los representantes de los consejos municipales de Puerto Rico se lanzan de manera espontánea a exigir que la primera reforma, la más necesaria y urgente para esa pequeña isla de las Antillas Mayores, deberá ser justamente la abolición inmediata de la esclavitud, con o sin indemnización, con o sin organización del trabajo. Severiano se da cuenta de su momentánea impotencia en relación con el combate que, a partir de ese momento, quiere entablar por la liberación de su Isla; sobre todo, a causa de su *status* de extranjero que, en efecto, le hace más difícil cualquier intervención efectiva en el contexto de la política francesa.

Por eso, el 3 de enero de 1866 se hace masón en el Gran Oriente de París, en la logia La Estrella Polar. Allí será aprendiz, compañero, y seis años más tarde se hace maestro, lo que es extraordinariamente inusual para un hermano. Piensa primero que, para él, esta obediencia será el medio más eficaz para difundir sus ideas sociales y para lograr la propagación de las teorías filosóficas y políticas más amplias y más democráticas posibles. Y

pronto en el seno mismo de esas logias parisinas, oye hablar del hermano Massol, quien gracias a su verbo austero y poderoso estremece la logia Renacimiento por los Émulos de Hiram, de la cual es su digno Venerable. Esa logia lleva el nombre de un extraño personaje mítico asesinado por tres compañeros, quienes, deseosos de disfrutar de las prerrogativas de su Maestro, enterraron el cadáver y sembraron una acacia en la tierra recién removida. La leyenda, inventada en 1725, se transformará luego en rito iniciático, pues toda la ceremonia de iniciación al grado de Maestro gravita alrededor de ella. La muerte de Hiram, puramente simbólica, forma parte de los misterios religiosos de la Antigüedad y está todavía presente en todas las sociedades primitivas. La citada logia acaba de comenzar el estudio del principio de la Igualdad y todas las discusiones que se llevan a cabo se orientan a partir de la máxima siguiente: ¿Es o no la Igualdad una regla de conducta?

En abril de 1863, Severiano presencia el discurso pronunciado por el Venerable Massol en el Gran Oriente de París, en el cual fustiga la sociedad y se refiere a las tinieblas que se han extendido por todo el mundo moral: "La primera opinión emitida ha sido una tentativa de demostración de la desigualdad como esencia de todo lo que es. Pero, ¿cómo podrá la desigualdad generar la Igualdad? De esta forma, mientras se crea que el Negro es inferior al Blanco, ¿cómo pretender que éste establezca con aquel un contrato sinalagmático y bilateral? Esto es contradictorio". Y prosigue el Venerable: "¿Y cómo podrá el Blanco reformar la idea que tiene del Negro si sólo tiene en cuenta el color de la piel... si no se eleva a una idea más elevada, a la idea que tenemos de nosotros mismos, a la idea de persona? Ésa es la cuestión.

"Sin embargo, los cristianos, partiendo del dogma de que toda la especie humana es producto de un mismo padre y de una misma madre, deducen de ello necesariamente la idea de Igualdad. Pero no se trata sino de un mito, como todo lo que se relaciona con la República. Es una base frágil. Se prueba la Igualdad a través de algo que, a su vez, habría que probar... que descendemos de un mismo padre y de una misma madre. Pero ¿cómo pueden el Negro y el Blanco tener los mismos padres, si la etnografía y la lingüística demuestran que las diferentes razas tienen características distintivas que se muestran rebeldes a todas las leyes conocidas de la filiación? Otros dicen que llegaremos, más tarde o más temprano, a la Igualdad a través de la voluntad. A todos nos agradaría, pero de esa forma la Igualdad deviene principio en potencia, un ideal. La idea de tiempo, de progreso, introducida por el pensamiento moderno en nada modifica el estado de cosas. Algunos se asocian a la noción de sociedad. El hombre nace sociable; es decir, asociado. Y el que dice asociado, dice igual, lo que me parece suficientemente claro.

"Es un hecho que hoy en día, después de la Revolución francesa, la idea de sociedad implica la idea de Igualdad. Pero la idea que los france-

ses tienen de la sociedad es histórica, es consecuencia de un desarrollo, no es universal”.

Con su voz estentórea continúa Massol: “Resultaría impropio que nosotros los masones, estuviéramos atrasados con respecto a la marcha del mundo, en lugar de ir delante. Somos más que una individualidad; somos una conciencia. Es nuestro rasgo característico, nuestra especificidad. ¿De qué nos serviría el pensamiento, si creemos saber lo que pensamos? La conciencia es muy importante. Sin conciencia no hay sociedad libre, no hay moral alguna, no hay ciencia posible. Es la condición necesaria de nuestra cualidad de hombres”. Y termina su parlamento como un sermón en una iglesia, al referirse a esas sublimes y profundamente humanas palabras que carecen de nombre, que no tienen fecha: “Haz al prójimo, esto es, a aquel que consideres una persona como tú, tu igual, todo aquello que quisieras que te hicieran a ti mismo”.

Desde hace algún tiempo, la masonería de rito escocés ha evolucionado y el Gran Oriente ha tratado de escapar al control de Napoleón III. Y pronto, bajo la influencia de ese hermano anticlerical y virulento, la citada obediencia asume una actitud más radical en lo referente a los asuntos religiosos e, incluso, decide eliminar la mención del Gran Arquitecto del Universo bajo cuya tutela se desarrollan las sesiones.

Mas, en ese momento, Severiano tiene preocupaciones mucho más importantes con respecto a los problemas sociales. La situación económica de la agricultura es pésima después de la epidemia de cólera, de las inundaciones y de las cosechas desastrosas y, en el sector de la industria, el contexto no resulta mejor; el malestar es general y el descontento aumenta. Napoleón III acaba de cumplir 60 años y desde hace más de 15 reina como monarca absoluto. Del Eliseo pasa al palacio de las Tullerías, pero su sueño de convertir a Francia en el faro democrático que pudiera iluminar el mundo ya no es realizable, pues acaba de nacer en Europa una nueva potencia moderna, dotada de un ejército nacional: Prusia. A la cabeza de esa potencia se halla un hombre, Bismarck, que quiere imponer su paz sin compensación alguna y unificar su país bajo la égida de su rey. Él pondrá freno definitivo al Imperio.

El joven cubano, que observa con mucha atención los acontecimientos políticos, decide meterse de lleno en la actualidad y consagrarle su vida. Lo que más lo inquieta siempre es el poder que ejerce el gobierno sobre la prensa. Los periodistas todavía tienen muchas dificultades para decir lo que piensan, pues la dirección del diario en que trabajan se preocupa generalmente por no buscarse problemas. Todos saben, por ejemplo, que el *Journal des Débats*, de orientación liberal, sigue siendo revolucionario y si solapadamente se compromete con el Imperio es sólo para vender mejor la mayoría de los temas que aborda a una clientela firmemente asentada en los medios financieros y políticos. Otros, que no quieren dejarse comprar, a veces pagan muy caras su honestidad y su espontaneidad, pues todas



las críticas contra el Emperador conllevan el cierre inmediato e, incluso, la supresión del semanario o diario que sorprendan en ese flagrante delito. Entonces, si uno no quiere prostituirse, es preciso esperar un poco o bien orientar su diario hacia la publicación de artículos anodinos, al menos aparentemente, pues la política está en todas partes quiéralo uno o no. Y eso es justamente lo que Severiano tiene la intención de hacer. Por otra parte, si la crónica se pone de moda durante el Segundo Imperio, es porque parece que el régimen no las censura y porque permiten expresar las opiniones sin correr riesgos.

Pero antes de lanzarse a esa gran aventura, Severiano se documenta profundamente acerca del tema y se entera de que el régimen de la prensa francesa se ha instituido por dos decretos dados a la luz en febrero de 1852; es decir, cuando todavía había una república. Tal vez por ello, nadie le presta atención, pero cuando las estudia con detalle y se da cuenta de que esos decretos estipulan que ningún diario de contenido político puede aparecer sin la previa autorización del gobierno. Además, a ese tipo de periódico se le prohíbe que publique informes no oficiales de los debates del Senado y del Cuerpo Legislativo o de cualquier sesión del tribunal relativo a un delito periodístico. Por supuesto, oficialmente no hay censura, pero la publicación de un artículo juzgado reprobable por el gobierno puede originar un primer llamado de atención. Al tercero, el diario queda definitivamente suspendido.

Así, cuando tiene lugar el Salón de Pintura de 1866, Émile Zola, el escritor preferido de Severiano, que también es crítico de arte, es despedido por el director de *Le Figaro*, por haber asumido la defensa de un pintor impresionista, Edouard Manet, quien desde hace tiempo ha recibido las críticas del gobierno y que el cubano estima especialmente. Al escribir que “el lugar de Manet debía ser el Louvre y también el de Courbet”, Zola se ganó los violentos reproches del Emperador, que no apreciaba en absoluto a este escritor comprometido y mucho menos al artista de vanguardia. Uno de sus primeros cuadros, expuesto en el Salón de los Rechazados de 1863, *Almuerzo sobre la hierba*, ofendió, por su realismo, el pudor de la Corte. Y según reza la historia, Manet, para vengarse, de inmediato se puso a pintar y luego expuso en unas barracas alquiladas por él mismo *La ejecución del emperador Maximiliano*, a quien no vaciló en representar tocado con el típico sombrero mexicano.

No resulta nada fácil, ni tan siquiera para un célebre crítico, ya sea literario, dramático o artístico, relatar con sinceridad, y hasta con un poco de humor, un acontecimiento parisino, aunque sea la exposición de los pintores impresionistas del momento: Cezanne, Manet, Monet, Pissarro, Sysley y Renoir, llamados ya “los pintores malditos”. Por el contrario, el régimen tiene su diario oficial, *Le Moniteur Universel*, que marca el ritmo de la política y en el cual el tema literario es asumido por Sainte-Beuve y Théophile Gautier.

Sin embargo, cada vez hay más periódicos, y cada vez más ligeros e insignificantes, pero aquellos que tienen un tono más satírico, juzgados

peligrosos por el gobierno, van desapareciendo poco a poco. A menudo, sus directores son condenados a la prisión y al exilio. En París se suprimen 20 diarios; en los departamentos, más de 80. Podemos leer en la *Revue de Paris*, dirigida por Maxime du Camp: “El despotismo nunca se había mostrado tan gravemente insolente y tonto como en esta especie de censura del día siguiente de la publicación, que antecede y anuncia la supresión de un diario contra el cual se arremete a golpes antes de matarlo”, testimonios como estos le acarrearón a Du Camp numerosos altercados con el director de la Seguridad Nacional.

Y entonces, desde el fondo de su exilio se eleva la voz de Víctor Hugo: “¿Y qué decir de la libertad de prensa?” Severiano se hace la misma pregunta: con esta ley de la prensa y ese decreto que se le impone, ¿qué puede hacerse? Por el momento se limita a observar y prefiere publicar por aquí y por allá algunos escritos como simple redactor antes de comprometerse personalmente. Y sobre todo, establece muchos vínculos con el mundo de las letras.

Como en esa época también se relaciona con muchos extranjeros, con suramericanos en particular, le piden que colabore en una voluminosa *Guía de París* que se redactará por una pléyade de reconocidos autores de entre los principales escritores y artistas de Francia, a quienes se les encargó que brindaran una panorámica de la vida parisina en las postrimerías del Segundo Imperio. Severiano se propone escribir acerca de los hispanoamericanos residentes en la capital, cuya popularidad aumenta cada día en los salones. Esa nueva sociedad está sustituyendo a los rusos e, incluso, a los ingleses.

“En nuestro gigantesco vergel parisino —así escribe—, estos americanos de las repúblicas del sur que se han establecido entre nosotros se asemejan de manera considerable a esas flores tropicales trasplantadas, de extrañas formas y colores deslumbrantes, que se abren discretamente bajo nuestro pálido sol (...) Detestan la multitud, difícilmente se entregan, se mezclan sin estruendo al torbellino de París. Aman el lujo, los esplendores, pero no rinden culto a los haraganes que distribuyen al son de los clarines, la gloria y la fama. Inteligentes e indolentes, poseen una voluntad blanda y una inteligencia contemplativa. Algunos de estos americanos están vinculados a grandes familias francesas. Todo ese lujo da una idea de las inmensas ganancias que producen las propiedades de esclavos y las grandes explotaciones mineras y agrícolas. Existen en la isla de Cuba centrales azucareros donde trabajan de 2 000 a 3 000 negros; en Brasil, en la Confederación Argentina, en Chile no resulta raro visitar ‘estancias’ con 20 000 o 30 000 cabezas de ganado y de 6 000 a 8 000 caballos”.

Lúcido y perspicaz, precisa, no obstante, que junto a esas familias opulentas que no tienen otra preocupación que dejar pasar la vida, hay otros que han sido proyectados hacia Europa por efecto de las revoluciones. Muchos de esos americanos del sur que nos visitaban eran eminentes escritores, ricos en su mayoría y que en buena parte ocupaban cargos importantes. Vienen a París para ver e instruirse. Y, luego de añadir que los cubanos son

los latinoamericanos más numerosos en las aulas universitarias, no puede, al referirse a las artes, sino mencionar la música cubana. Rinde entonces homenaje destacado a su amigo y contemporáneo, el joven y virtuoso violinista matancero, mulato como él mismo, José White, quien recibiera a los 19 años el Primer Premio del Conservatorio de Música de París hace ya unos diez años y que en ese momento hace brillar el nombre de Cuba en todas las salas de concierto y todos los salones parisinos.

La pluma de Severiano es brillante; le gusta escribir y compone poemas desde hace ya mucho tiempo. Uno de ellos, cuyo título es “Limosneras y cortesanas” ya publicado en un número de la *Revue de Paris* que dirige Théophile Gautier. Allí aparece, entre otros autores que abordan diferentes temas y, honor singularísimo, su nombre figura junto al de Gustave Flaubert, de quien se publican dos episodios de su nueva novela, *Madame Bovary*.

Y cuando en medio de una fastuosa pompa va a abrir sus puertas la segunda Exposición del siglo, el cielo de Francia se cubre de inquietantes nubes sombrías que ya anuncian la catástrofe. De hecho, la Exposición de 1867 sólo persigue el objetivo de demostrar en todo su esplendor las bondades del progreso y de la paz entre los pueblos. Se reservaron 50 000 metros cuadrados en el Campo de Marte y las cercanías del Trocadero para los expositores venidos de todas partes del mundo. Las recepciones oficiales, las suntuosas fiestas, las revistas militares, los cortejos, los espectáculos, los conciertos y los concursos de orfeones, se suceden día tras día. Allí se darán cita 10 millones de visitantes, entre los cuales se encuentra un número importante de cabezas coronadas, como el zar de Rusia, el príncipe de Gales, el rey de Prusia, el príncipe y la princesa real, el emperador de Austria, hermano de Maximiliano I, fusilado en Querétaro, México, el 19 de junio de ese mismo año. En la sección de armamentos, todas esas personalidades se habían detenido un largo rato a admirar la estrella de la fiesta: el mayor cañón que jamás se hubiera expuesto, venido directamente de Alemania, de las fábricas Krupp. Es la ostentosa fachada del Segundo Imperio, tratando de esconder el reverso del decorado: la miseria. Y Víctor Hugo, desde su exilio, con sarcasmo e ironía escribe el prefacio para la guía de la exposición: “iProsigue tu engrandecimiento fatal y sublime, oh patria mía, y como Atenas se convirtió en Grecia, como Roma se convirtió en toda la cristiandad, tú, Francia, conviértete en el mundo!”

Es el triunfo de ingenieros y técnicos, y el olvido total de los verdaderos investigadores que no se sienten aludidos por esa inmensa Feria del Trono. Los grandes nombres de la ciencia han desaparecido, muchos han muerto, como el astrónomo Laplace, el físico Ampère y el inventor del magnetismo de rotación, Aragón. Otros, como Claude Bernard, que ocupa la Cátedra de Medicina Experimental en el Colegio de Francia, protestan contra la escandalosa ausencia de equipos de laboratorio y el retraso que sufren en ese momento las investigaciones en Francia. La mediocridad y el relajamiento reinan por todas partes, la clase burguesa sólo busca un

mejoramiento de sus comodidades y de su bienestar, y Napoleón III sólo teme que los periodistas muestren los horrores de la guerra gracias a la fotografía, la revolución del siglo. En efecto, las imágenes del estado mayor de México y de la guerra de Crimen se exponen desenfadadamente por todas partes, así como los retratos de la envejecida pareja real.

Para el joven Severiano, que ha venido a aplaudir esta fiesta de la industria, lo que cuenta ante todo son las novedades, las invenciones. Y en realidad, por ese lado no queda decepcionado. Admira los puentes metálicos, los viaductos ferroviarios, las veloces locomotoras, los submarinos, las máquinas de vapor portátiles para los talleres individuales, las perforadoras del túnel de Mont-Cenis, las maquinarias del istmo de Suez, los enormes motores de los trasatlánticos y las piezas de acero que no dejan de evocar el nuevo París del Mercado de Baltard, donde la ligereza de las vidrieras rivaliza con la evidente armadura de la estructura. En verdad, la multitud es grande, hay buen tiempo, los atuendos son brillantes y las personalidades, importantes. Las galerías francesas están colmadas de obras de arte y, a la entrada de la sala consagrada a la pintura, la escultura y el grabado, Severiano contempla la estatua de tamaño natural realizada por un artista milanés y que representa a Napoleón, *el Grande*, que se expone con el siguiente epitafio trágico: “Los últimos días de Napoleón I”. El realismo de la escultura es sobrecogedor y trata de reflejar las inquietudes y las angustias de un héroe que, aunque a punto de morir, irradia una gran fuerza.

¡Severiano presente el drama que se prepara! Por desgracia, no es el único que lo percibe y de repente recuerda la imagen de ese cañón Krupp que, quiéranlo o no, ha cubierto la Exposición con una sombra maléfica. Muchos son los políticos que temen que el conflicto se aproxima y el joven Heredia lo teme tanto como ellos! Acaso tendrá que luchar próximamente por defender sus ideales, pues aunque es partidario de la modernización, busca ante todo la paz y comprende que el riesgo de una guerra resultaría catastrófico para los más desfavorecidos. El descontento no deja de crecer entre las clases populares. Los políticos que desde hacía ya diez años habían tomado posición se desencadenan ahora contra el régimen. Se habla de cierto Henri Rochefort, exredactor de *Le Figaro* y de algunos miembros de un “tercer partido” de la oposición, entre los cuales se encuentran Émile Ollivier y Jules Favre, quienes representan a los republicanos radicales.

Entonces, de regreso a su casa del barrio de Ternes, Severiano está pensativo. Asaltado por todo tipo de imágenes y de ideas maniqueas, de repente el mundo entero se le presenta en blanco y negro y siente miedo por primera vez en su vida. Ya le pesan sus 30 años. Acaba de atravesar la Estrella y toma una de las 12 avenidas que irradian a partir del Arco de Triunfo. Para él, esta capital es una maravilla. Es cierto, la ciudad ha sido totalmente renovada, hasta posee un trencito periférico que atraviesa el Sena en el Point-du-Jour y enlaza todas las puertas de París. Un nuevo teatro de

la Ópera, más hermoso, más suntuoso que el precedente y cuya fachada ha sido diseñada por el arquitecto Garnier, se inauguró el 15 de agosto pasado, así como la amplia avenida por donde se llega a la Comedia Francesa. El programa musical es riquísimo, aunque el gusto un tanto superficial del Emperador no se manifiesta ni por el *Tanhaüser* de Wagner ni por las obras de Verdi, sino que prefiere, según dicen, al más convencional Meyerbeer, autor de tres óperas de gran éxito, *Roberto el Diablo*, *Los hugonotes* y *El profeta*, o bien el *Fausto* de Gounod, y sobre todo se entusiasma, tanto como su esposa, con *La vida parisien* de Jacques Offenbach, que triunfa en el teatro de los Bufos Parisienses con la hermosa Hortense Schneider, la actriz más admirada de la capital. En fin, para hacer que ese sueño sea mucho más verosímil, París se ha convertido en la futura Ciudad Luz del siglo xx, deslumbrante con sus farolas de gas que iluminan amorosamente, casi tímidamente, las plazas y las fuentes. Por desgracia, cuando se van apagando las luces de la fiesta para dar paso a la noche, reaparecen de repente los fantasmas de la guerra, la ejecución del archiduque Maximiliano, la miseria y el temor. La oscuridad gana terreno y se extiende por la capital más bella del mundo. Resultará difícil el despertar.

La oposición se organiza y un complot acecha al Emperador. Frente a él se sitúan los legitimistas puros, que ya no desean un régimen que sólo es una parodia de la monarquía, personalidades de la izquierda, algunos de ellos en el exilio como Víctor Hugo en Guernesey, otros en prisión, en Mazas o en Sainte-Pélagie; en fin, hombres decididos como Proudhon, el anarquista pacífico, y Blanqui, el terrorista revolucionario, que ya no aceptan reforma ni compromiso alguno y que no desean sino la desaparición definitiva del Impero. Algunos llegan a ver la guerra con cierta satisfacción y como única solución para las contradicciones de la política imperial. Y por último, frente a los católicos más intransigentes están todos los que desean la separación de la Iglesia del Estado y ya no creen ni en los milagros ni en el Papa. Eso sin contar con todos los republicanos radicales, cuyo anticlericalismo se hace cada vez más fuerte, desde quienes predicaban la revolución hasta los más moderados, situados a la derecha de la república y que siempre parecieron dispuestos ser aliados del Imperio.

## **EL ARTE POR EL ARTE Y EL ENCUENTRO CON LECONTE DE LISLE**

Una vez inscrito en la Facultad de Derecho para el curso académico 1861-1862, José María comienza a partir del mes de noviembre sus clases en la universidad y escribe con frecuencia poemas que firma siempre con su nombre. Se aprecia enseguida la influencia de Lamartine, a quien, bajo la influencia de su padre, aprendió a amar desde su niñez y también la de Musset. En ese momento ve la luz la segunda edición de las *Flores del mal* de Baudelaire, que disfruta de un éxito inmediato y el joven José María relee con atención al poeta que ha escrito estos admirables versos:

*Detesto el movimiento que desplaza las líneas:  
Por eso nunca lloro, por eso nunca río*

Lo admira secretamente y se impregna totalmente de él. Ya sabe que no encontrará ninguna forma tan exigente como el soneto para expresar lo más perfectamente posible sus evocaciones de la naturaleza y del sueño, y traducir, sin traicionarla, su emoción personal. El camino seguido por Baudelaire va a influir de manera inconsciente al poeta Heredia. Y escribe, tacha, anota en los márgenes; ya para esta época trabaja mucho, paralelamente a sus estudios. Muy pronto sentirá la necesidad de vincularse a un grupo de estudiantes que, más interesados por la literatura que por el derecho, discuten durante noches enteras acerca de autores o temas literarios. Se hace miembro con plenos derechos de la llamada Conferencia La Bruyère, asociación creada alrededor de la Facultad de Derecho y como es natural le propone a la revista estudiantil sus primeros poemas firmados: "Noches estivales", "Balada sentimental", "Canción", "Puesta de sol" y dos sonetos: "La muerte de Agamenón" y "El heliotropo" que le publicarán de inmediato. A los 20 años, los talentos son escasos. Lo que no le impide terminar brillantemente ese curso académico hasta con menciones muy honorables en algunas materias y recordando los felices momentos pasados en compañía de sus compañeros de estudios, les dirige este poema:

*A la Conferencia*

*Una última vez obligado me vi,  
Señores, a inclinarme ante el año que expira;  
Si mi Musa esta noche no viene y no me inspira,  
Es por la despedida, no me acuséis a mí.*

Llega el verano y, como todos los parisinos, se va de vacaciones a Bretaña con dos amigos, Georges Lafenestre, crítico de arte y poeta en sus horas perdidas, y Sully Prudhomme, ese joven dulce e inquieto, muy bueno y popular. Ambos son ya miembros de un movimiento literario *el Parnaso*, que trata de diferenciarse del romanticismo con vistas a lograr una mayor objetividad. Sin esperar un minuto, José María se sumerge en la lectura de las *Poesías bárbaras* de Leconte de Lisle, que acaban de publicarse y que se convertirán en la *Biblia* de esa escuela de pensamiento. Ya no piensa en el derecho y mucho menos en hacer carrera como jurista, y se inscribe en la Escuela Nacional de Archivos Paleográficos, luego de haber tenido el cuidado de afrancesar voluntariamente su nombre, si bien no puede hacerlo con su apellido, cuya consonancia musical y exótica encanta a todos sus amigos. Se llamará Joseph-Marie de Heredia. Esa escuela abarca todas las disciplinas que transmiten conocimientos sobre Francia hasta fines del siglo XVIII, con nociones particularmente profundas

acerca de la Edad Media, pues el objetivo es la formación de archivistas y bibliotecarios. Los estudios tienen una duración de tres años y el programa, aunque cargado, le resulta particularmente interesante. Durante el primer año debe aprender a descifrar escritos de todos los siglos estudiados, con el fin de poder leer los caracteres de los documentos y manuscritos. Debe también conocer el latín medieval y la formación de la lengua nacional. Sin embargo, aunque nada incompatible con su vocación, sus estudios, refuerzan su orientación literaria. El trabajo que realiza denota en él no sólo la paciencia de un paleógrafo, sino también la de un arqueólogo y, en todo el material histórico que procesa, el poeta escoge rápidamente sus temas y sus motivos de inspiración que le servirán para entender mejor la historia del mundo. Ese año publicará en el nuevo *Boletín de la Conferencia la Bruyère*, un poema, “Mar ascendente”, que firmará con el mismo placer de siempre.

*Los miserables* ven la luz al mismo tiempo y constituyen un inmenso éxito para Víctor Hugo, quien, desde su exilio, acusa y denuncia todos los crímenes de la sociedad moderna: la degradación del hombre por su vida proletaria, el hambre y la miseria, que engendran la decadencia de la familia y de la mujer. En esta novela histórica, al mismo tiempo una pintura de los bajos fondos y una epopeya humanitaria y democrática, su autor asume la defensa de los desheredados y de todos los que reclaman justicia. Y entonces cada vez que puede, su madre, la señora de Heredia, aprovecha la ocasión para expresar sus ideas políticas, siempre muy reaccionarias. Todo le sirve para criticar la evolución de la sociedad y para manifestarse contra las posiciones antiesclavistas de Lincoln, cuyas ideas rechaza totalmente; en particular, las relativas a sus excelentes negros. Y sin complejo alguno, obcecada por los acontecimientos que ya presiente en su Isla y que la tocan muy de cerca, a imagen de esa sociedad criolla compuesta en gran medida por propietarios de haciendas y cafetales, así prosigue: “Le habremos quitado el pan cotidiano a esos miserables para convertirlos en criminales, pues eso no puede terminar de ninguna otra forma... En fin, son los grandes genios, y el señor Víctor Hugo, al hablar de los ‘Miserables’ desperdicia el suyo para hacernos el panegírico de la canalla, la estrategia de las barricadas y la geografía del alcantarillado de París, por donde hace pasear a sus héroes a través de lo imposible y del lodo más infecto (...) Esperemos que, de tanto decir grandes cosas, lleguemos a la perfección. Que Dios nos lo conceda sin revoluciones, es todo lo que le pido; pues por más que pretendan divinizar las revoluciones, éstas siempre serán espantosas”.

Por supuesto, José María no responde nada y aunque no siempre apruebe las ideas conservadoras de su madre, la sangre criolla corre por sus venas. Además, Víctor Hugo parece estar muy lejos de sus preocupaciones y sus aspiraciones no son en absoluto las mismas. No obstante, tolerante, reservado y guardando siempre esa distancia que su padre le enseñó a conservar en múltiples ocasiones, achaca a la edad el trecho que se abre

entre él y el gran poeta. Trocho que, con el desarrollo de los futuros acontecimientos, se convertirá en un abismo.

En 1863 se sumerge en el estudio de los monumentos civiles, destaca sus diferentes características, así como su autenticidad y sus relaciones con la historia de la época y sus usos. Paralelamente aprende a clasificar archivos y bibliotecas públicas, actividad esta que no lo entusiasma sobremedida. Al mismo tiempo, sigue encontrando placer escribiendo sonetos. ¡Tal vez sea su forma poética preferida! ¿No fueron sus maestros Joachim du Bellay y Ronsard, poetas del Renacimiento? De sus *Sonetos para Helena* le vuelven a la memoria algunos fragmentos de diálogo entre una joven y el poeta, prematuramente envejecido por el contacto frecuente con las musas:

*Paseándonos a solas, me dijisteis, Helena  
Que amabais, sobre todo, una dulce canción,  
Y que de los amantes gustabais la aflicción,  
Toda voz quejumbrosa y de tristeza plena.*

Y entonces un día, gracias a su amigo René-François Armand Prudhomme, a quien llaman Sully Prudhomme, escritor inédito, José María tiene la oportunidad de realizar el gran encuentro de su vida, el encuentro que modificará totalmente su concepción del arte y que le hará optar de manera definitiva por el soneto. El joven lo conduce a su grupo del Parnaso, en el cual se reúnen, en torno a la figura del gran poeta Leconte de Lisle, jóvenes innovadores, contestatarios, muy talentosos y cultos, cuyos nombres no le resultan del todo desconocidos. Comparten el mismo ideal y la misma devoción por el indiscutido maestro. Son ellos Théophile Gautier, Catulle Mendès, Théodore de Banville, François Coppée y, procedente de la isla de la Reunión, León Dierx. Al instante se establece la comunicación entre el joven poeta cubano y el fundador de ese movimiento, hombre de edad madura, cuya sencillez unida a su origen criollo lo seducen de inmediato. Nació también en la isla de la Reunión y su padre es bretón. Todos sus recuerdos de juventud lo unen a la prodigiosa exuberancia de una naturaleza que evocará constantemente, para mostrar la indiferencia del universo ante el destino de los humanos. Es preciso decir que, antes de conocerlo, José María ha tenido el cuidado de leer todos sus *Poemas antiguos* y sus *Poemas bárbaros*, y mediante su lectura ha hallado los grandes temas que le servirán de fuente inicial de inspiración: la belleza ideal del arte griego y la perfección del pensamiento de los antiguos. A partir de ese momento, Leconte de Lisle, cuyo rostro se asemeja al de un mago, será su único maestro; ese sabio para quien la Venus de Milo representa al mismo tiempo la armonía y la serenidad, quien estima que “las grandes figuras de la Antigüedad contienen aquello que la mente humana será eternamente capaz de sentir y de dar”. Es, en fin, junto a Théophile Gautier el fundador de una escuela que será llamada *el Parnaso*, por el nombre del monte sagrado



situado en Grecia, cerca de Delfos, donde, bajo el concierto de Apolo, se reunían las nueve musas y que preconiza el exacto realismo y la perfección absoluta de la forma. Todo comenzó con el prefacio que Théophile Gautier escribió para su novela *La señorita de Maupin*, en la cual expresa su visión del arte, muy diferente de la que defendían los románticos. Todo queda dicho en esta oración: “Sólo es bello lo inservible; todo lo útil es feo, pues constituye la expresión de una necesidad; y las del hombre son innobles y repugnantes, al igual que su pobre y enfermiza naturaleza...”. El joven poeta cubano se vinculará, pues, a los parnasianos, quienes retoman la divisa de su maestro; esto es, “el tema personal y sus variaciones demasiado repetidas ha agotado la atención”. Infelizmente, estos poetas tienen a menudo la tendencia de sistematizar esa propuesta y a atrincherarse en el culto de la belleza impasible y en el del puro esplendor, pues sólo persiguen el objetivo de familiarizarse con el genio griego, para ellos, el helenismo es la fuente principal del genio francés.

Y así, el Parnaso, en lo fundamental bajo la influencia de Théophile Gautier, se torna una reacción contra el romanticismo; de ahí el odio que experimentan por los líricos. Es preciso arremeter contra las escuelas de Lamartine, Hugo y Musset e impedir que los jóvenes poetas continúen con el romanticismo, carente de efecto y demasiado fácil. En efecto, para ese autor, la emoción que invade al poeta debe mantenerse discreta, domarla y relegarla al final del poema, para lograr cuadros impecables de líneas puras, de colores precisos. Es necesario dejar que las palabras rivalicen con los efectos del colorista, del esmaltador, cincelador. Lo que confiere a la poesía un valor eterno no es la exhibición de los sentimientos, sino la perfección de la forma. De eso está profundamente convencido. Se ensañan con Víctor Hugo, que sigue defendiendo el romanticismo e, incluso, llegan a pretender “que a quien le guste lo griego y la sobriedad del helenismo, no puede gustarle Hugo”. Y para apoyar esa tesis, se permiten afirmar que el romanticismo constituyó también una reacción contra el clasicismo, ipues el progreso no siempre significa un avance! Sin embargo, arremeten los parnasianos, nunca hemos dejado de ser los continuadores de la verdadera tradición romántica. Pero las teorías del arte se han modificado, la fórmula romántica que se definía como “el arte por el bien”, se ha vuelto obsoleta. Hoy se trata del *Arte por el Arte*. Y lo que nos reúne es, ante todo, nuestro apasionado gusto por Grecia, que amamos y a la que cantamos.

Desde inicios del mes de mayo, José María le entrega a la *Revue Française*, que apenas acaba de fundarse, sus tres últimos sonetos: “El triunfo de Iacó”, “Pan” y “El lirio”. Termina con excelentes resultados su segundo año en la Escuela Nacional de Archivos Paleográficos y por ser un estudiante extranjero se le considera extraordinario. Cuando llega el verano, se aleja de la capital, siempre en compañía de Georges Lafenestre, quien le lleva cinco años y lo presenta a todos sus amigos pintores, instalados en Douarnenez, en la región de Bretaña. Entre ellos están Pablo Martínez del Río, el escultor

Moulin y, sobre todo, Emmanuel Lansyer, con quien establece rápidamente vínculos amistosos. Lansyer había estudiado dibujo con el famoso arquitecto Viollet-le-Duc, y lleva dos años trabajando en el taller del controvertido pintor Gustavo Courbet, con quien trata de adquirir la riqueza de paleta de la cual sólo este artista puede enorgullecerse, pues pretende convertirse en uno de los mejores paisajistas de su época y ya muestra, según sus amigos, un notable talento. Cuando no se encuentra residiendo en Bretaña, adonde acude anualmente para instalarse en los alrededores de Douarnenez con el objetivo de fijar en sus lienzos los cielos tormentosos y el mar embravecido, se traslada al bosque de Fontainebleau en compañía de Harpignies y, como es natural, ambos experimentarán el influjo de la “Escuela de Barbizón”.

En medio de este cenáculo de artistas, José María se siente feliz. Pintores, poetas, todos son jóvenes, hermosos, apasionados, solteros y evolucionan en la sociedad artística del Segundo Imperio, tienen relaciones importantes y un futuro prometedor en la mayoría de los casos. Pintan, exponen sus cuadros, escriben y publican. En fin, la costa bretona se torna, para estos jóvenes que la descubren con un espíritu romántico, una fuente inagotable de inspiración; es una costa salvaje y cortada por acantilados impresionantes y frágiles que desafían el vacío y dominan el Atlántico, ese mar inestable, amenazador, con sus mareas alternativamente altas y bajas que de constante transforman el paisaje. A veces este es magnífico, tan vasto cuando el mar se retira en la lejanía, dejando al descubierto amplias extensiones de arena que se confunden con el cielo en el horizonte, pero también puede tornarse dramático, cuando las olas de la marea alta vienen a chocar con arrecifes y diques, y rebotan formando abanicos de espuma en medio de un ruido ensordecedor. Estas continuas transformaciones de la naturaleza, determinadas por el flujo y reflujo del mar y que se repiten infinitamente, aunque sin ser siempre las mismas, maravilla al joven poeta nativo de la Perla de las Antillas, que no ha visto nada semejantes del otro lado del océano. Y en ese ámbito, a la vez salvaje y familiar, pero en movimiento perpetuo, va a hallar un entorno propicio para la creación. Los elementos naturales de su Isla eran diferentes, imprevisibles, indomables, nunca se dejaban dominar con facilidad. Y al pensar en esas lejanas e inaccesibles riberas, el mar de Bretaña lo llama desde lejos:

*¿Dé dónde viene el soplo cálido y perfumado?*

*¡Ah, sí! Lo reconozco. Viene de tres mil millas,  
Del mundo en cuyo seno las azules Antillas,  
Bajo el ardor cimbréanse del astro de Occidente.*

*Y desde el peñón kímrico, que bate ola colérica,  
Aspiro, en esa ráfaga de aire natal y ardiente,  
La flor que abrióse un día en el jardín de América*

Y mientras su amigo, Emmanuel Lansyer, al atrapar con un movimiento del lápiz el movimiento de las tempestades que asaltan los promontorios, se apasiona dibujando las costas bretonas, los megalitos y las rocas de las playas durante la marea baja, José María, desde el fondo de la bahía de Duarnenez, concluye su “Brisa marina”, evocación nostálgica del trópico antillano. En esta pareja amistosa, uno reúne bocetos dispersos que traerá a su taller de París para pintar sus cuadros, mientras que el otro anota imágenes, sonidos, líneas y colores en un cuaderno, para luego componer lo que serán sus *Sonetos bretones*. Esos sonetos los dedicará, por supuesto, a Emmanuel Lansyer, ocho años mayor que José María, que en 1863 acaba de cumplir sus 21 años.

En ese instante todo le sonrío. Sus estudios marchan bien; obtuvo su diploma de Bachiller en Derecho y prosigue en la Escuela de Archivos Paleográficos. En el transcurso del año llegara, incluso, a permitirse una escapada a Italia, siempre acompañado por Georges Lafenestre, quien lo hará visitar numerosos museos y lo iniciará en la belleza de los más relevantes maestros de la pintura italiana. Toma un gran número de notas y viaja mucho durante dos meses por toda la península: Roma, Florencia, Milán, donde aplaude al gran actor Ernesto Rossi en el *Sardanápalo* de Byron. Después de escucharlo recitar a Dante, José María decide componer un soneto que lleva por título “A Rossi, actor dramático”,<sup>8</sup> si bien decide no publicarlo todavía.

*¡Oh Rossi! Yo te he visto, envuelto en negro manto,  
Ensombrecer de Ofelia el alma triste y pura;  
Y, tigre exasperado de amor y de locura,  
En el fatal pañuelo te he visto ahogar el llanto.*

Después viaja a Venecia, donde traduce a Leopardi. Envía numerosas cartas a su madre desde ese país que le resulta encantador. “No hay palabras para describir ese lago enmarcado por los Alpes. Un zafiro, una joya engastada por los genios de las mil y una noches. Aquí es a menudo necesario hacer las comparaciones a partir de las piedras preciosas”, le escribe desde Como el 6 de octubre de 1864.

El último año de sus estudios en la Escuela de Archivos Paleográficos se lo pasa aprendiendo los sistemas monetarios, la geografía política, eclesiástica y civil y, sobre todo, la historia de las instituciones políticas, lo que no lo entusiasma mucho, pero paralelamente se reúne con el grupo de los parnasianos, en el entresuelo de la librería Lemerre, en el pasaje Choiseul.

---

<sup>8</sup> José María de Heredia conoció al gran actor italiano en Venecia durante el viaje que realizó a Italia en 1865. El soneto, “A Rossi, actor dramático”, se compuso en 1867, pero sólo lo publicó en la primera edición de *Los Trofeos*, el 16 de febrero de 1893.

Allí encuentra a todos sus amigos, a quienes en ocasiones se une Charles Baudelaire, que nunca fue parnasiano y cuyos temas están tan lejos de los de Leconte de Lisle como de los de José María. Y aunque ese poeta solitario y maldito desde la publicación de sus *Flores del mal*, proclama el culto de la belleza, la suya no tiene nada que ver con la belleza antigua de estos eruditos, la de él es individual y moderna, basada en la vida personal del poeta. Leconte de Lisle lo respeta y Heredia lo admira desde hace mucho tiempo por la perfección de su trabajo artístico, su métrica y su prosodia, próxima a la música. “La frase poética —nos dice— puede expresar toda sensación de suavidad o de amargura, de beatitud o de horror, mediante la unión de determinado sustantivo con determinado adjetivo, análogo o contrario”.

Y cuando llega el mes de junio y concluye de manera brillante ambos cursos, tanto el de la Escuela de Archivos Paleográficos como el de la Facultad de Derecho, donde ha obtenido su licenciatura, le llegan noticias muy tristes de su familia: primero pierde a su tío, Joseph Dufourcq, que residía en los Pirineos, y luego a su padre adoptivo, Nicolás Fauvelle. Este fallecimiento lo entristece muy especialmente, pues a este hombre le debe su formación, su educación, física, religiosa e intelectual, los mejores años de su vida, los más tristes también, al menos los más importantes, aquellos que marcaron para siempre al niño salvaje que todavía era entonces a su llegada a Senlis. A partir de ese día, ya no tendrá confidente alguno; la idea del padre murió en él definitivamente.

Por esa época, José María publica en el *Parnaso Contemporáneo*, sucesora de la revista *El Arte*, y que se editará también por Lemerre, seis sonetos entre los cuales las “Flores de fuego”, ramilletes de flores exóticas que constituyen una respuesta a las “Flores del mal” que Baudelaire había dedicado a Théophile Gautier y acerca de las cuales Víctor Hugo había exclamado que leerlas “le había proporcionado un nuevo estremecimiento”. Tal vez, José María deseara responder de forma muy diferente a esas “Flores del mal”, flores brotadas en el desierto de la vida, flores del Ideal, pero al mismo tiempo flores del mal de las cuales el mismo Baudelaire decía que “su perfume es el mejor antídoto contra el *spleen*, aunque se corra el riesgo del envenenamiento”. Árbol disperso cuya flor solitaria estalla al abrirse como un relámpago, flor gigantesca, descrita por Théophile Gautier y Théodore de Banville y que José María inmortalizó con el nombre de “Flor secular”.

*Y el gran áloe, que ingente flor roja maduraba  
Para ignoto himeneo con que su amor soñaba  
Aun que vivió cien años, floreció sólo un día.*

Entre las obras que aparecerán en ese “Primer Parnaso”, especie de consagración para José María, dos sonetos escritos en 1863 y dedicados a su maestro, Leconte de Lisle, “Artemisa” y “La cacería”, llaman particular-

mente la atención de los lectores y le abren ya un lugar especial entre los grandes. Esta breve composición está inspirada en las *Bucólicas* de André Chénier, en particular en el “Combate de los centauros”, según él, uno de los más hermosos poemas del mundo, pues desde hace mucho admira a este autor por su amor por Grecia y por el orgullo de sus orígenes helénicos.

En este primer volumen colectivo de una serie de tres publicaciones van a participar 37 autores de tendencias muy diversas, pero de aspiraciones comunes: la misma búsqueda de la perfección formal y de la cultura del Arte por el Arte, preconizada por Théophile Gautier y Leconte de Lisle, fundadores de ese movimiento poético. Junto a François Coppée, Charles Baudelaire, Sully Prudhomme, Stéphane Mallarmé, Théodore de Banville, Catulle Mendès, Charles Cros, Léon Dierx, Paul Verlaine, Villiers de l'Isle Adam, Anatole France, hay un cierto Louis Ménard, un ser original, enamorado perdido de Grecia, y cuyas ideas tuvieron siempre más influencia que sus versos. En realidad, él fue el educador intelectual de Leconte de Lisle y le enseñó el griego y toda la filosofía de la civilización antigua. En realidad, para este erudito apasionado por el politeísmo, la marcha de la humanidad hacia el progreso se había detenido después de la época de Policeto, de Fidias y de Sófocles, y el helenismo era la fuente principal del genio francés.

Disensiones profundas se manifestaron muy pronto entre ellos, y algunos, como Mallarmé o Verlaine, de inmediato criticaron a los parnasianos, aislados en su torre de marfil y centrados siempre en los mismos temas de la obsesión de la gloria fallida y del fracaso desprovisto de grandeza. Enseguida quisieron separarse totalmente de aquellos que consideraron “poetas académicos”, para buscar nuevas ideas en otro sitio. Algunos de ellos se entretuvieron, incluso, ridiculizándoles al crear paralelamente una nueva revista que bautizaron con el nombre de *El Parnásculo Contemporáneo* y en la cual se burlaban de manera desenfadada de los valores anticuados a los cuales aspiraban los parnasianos, la impassibilidad, por una parte, y el perfeccionismo, por la otra. Se mofaban con mucha frecuencia de sus colegas, quienes vivían demasiado alejados de los combates políticos y de las realidades cotidianas. Su humor era ofensivo. Entre ellos se destacaban los nombres de Stéphane Mallarmé, Paul Verlaine, Charles Cros, Jean Richépin. Tenían su musa y egería en Nina de Villard-Callias, literata, poeta y músico en sus ratos libres, pianista o cantante, que tenía un salón un tanto peculiar, aunque muy apreciado, en el cual la vanguardia parisina y numerosos artistas de la época se sentían en un ambiente más bien distendido.

Olvidando estas querellas mezquinas, José María se niega de manera categórica a dejarse encerrar o clasificar en una escuela de pensamiento específica; es todavía demasiado joven para ello. Constata, en efecto, que el ideal parnasiano no basta a muchos, pero él se ha afiliado a ese cenáculo de la forma más natural del mundo; ingresó tímidamente, sin hacer ruido, conforme al dogma del viejo maestro y a los consejos de Théophile Gautier, para quien, lo único que contaba era la luz, la línea, el color y el ritmo.

Por esa causa, no tiene que oponerse a nada y lo dice amablemente y con mucha cortesía; seguirá perfeccionando sus sonetos con igual exigencia, imponiéndose un trabajo de búsqueda de recursos, de selección, de sugestión. A la imaginación poética deberá añadirse ese gusto por las artes menudas, un trabajo de orfebre, de cincelador, de esmaltador. Lo sabe y se tomará su tiempo para lograrlo. A pesar del ámbito y de las leyes rígidas que se ha impuesto al escoger el soneto como modelo de poesía, trata de transmitir, en un espacio lo más reducido posible, la ilusión de los paisajes y de las multitudes. Y si puede, gracias a la descripción de un gesto, de una actitud, abrirá con el verso final del segundo terceto, infinitas prolongaciones, ampliando así el horizonte hasta la inmensidad.

Tal vez para alejarse de todas esas querellas mezquinas, José María decide casarse en uno de los barrios elegantes de París, el 11 de febrero de 1867, con Louise Cécile Despaigne, hija de una familia de negociantes de la ciudad de Nantes, de origen cubano y criollo como él. Corpulenta, como todas las insulares, esta joven logra imponerse de inmediato en su entorno, no sólo por su altivo porte que posee sin esfuerzo alguno, sino por los duros e ingratos rasgos de su rostro, en el cual se dibujan una arrogancia y un sectarismo que revelan impúdicamente su origen social. Entonces, algunos solteros, lamentándose de la gran sociabilidad de José María, llegarán a decir que bastaba con que los ojos claros y gélidos de su esposa se fijaran en ellos para quedar etiquetados y sentirse intimidados. José María es un gran tímido, un soñador; es tartamudo desde niño y las mujeres nunca han constituido su primera preocupación. Corre el rumor de que se trata de un matrimonio de conveniencia, pues la joven, según dicen, está emparentada con los Heredia. No obstante, lleva a la feliz elegida a Italia, ese país que le dejó un recuerdo imperecedero y parte en busca del actor Rossi, a quien esta vez tiene la ocasión de conocer personalmente. Su admiración ha sido creciente, pues la espera ha resultado larga: hace tres años que desea encontrarse con él. Incluso ha escrito un soneto dedicado al actor, como siempre cuando conoce a artistas con quienes comparte afinidades electivas. Mas, lo mantendrá en secreto durante muchos años sin darlo a la luz.

Al regreso del viaje pasa por casa de su madre, en el número 23 de la avenida de Breteuil, antes de instalarse como pareja en la calle de Tournon. Pero en cuanto hay buen tiempo, huye de París para pasar el verano en Douarnenez, donde concluirá la composición de su soneto "Puesta de sol". Extraña la naturaleza, los paisajes, los colores, la luz, así como esas afinidades intelectuales con los pintores y artistas plásticos. Entonces, su madre, Luisa Girard, alertada por rumores alarmistas que desde hace algún tiempo han empezado a circular con respecto a la isla de Cuba, proyecta un viaje para poner en orden los asuntos de familia.

Los diarios le revelan entonces todo aquello que nunca antes le había interesado saber: la cantidad de impuestos que exige el gobierno real de

España a los insulares, la necesidad histórica de la abolición de la esclavitud y el creciente desarrollo de un sentimiento nacional autóctono. Según dicen, todo esto favorece cada año aún más el alejamiento que existe entre la Isla y la metrópoli e, incluso, se habla ahora de la madurez política de algunos propietarios instalados en el centro y el sur de Cuba, quienes también se rebelan contra este orden de cosas. Finalmente, a estos factores internos se añade un descontento general que se extiende por toda España y que hace temblar a la realeza en Madrid. Y cuando se entera de que un grupo de esos infelices rebeldes que combatían contra las tropas de la reina había sido repelido a la fuerza más allá de las fronteras españolas y ha llegado a Luchon, Luisa se atemoriza. Eran más de 150 hombres entre soldados, aduaneros, carabineros y campesinos extenuados por el cansancio los que desfilaron por las calles de la ciudad en medio de una multitud llena de compasión que los aplaudía. El general Contreras iba a la cabeza, a caballo, y detrás de él seguían unas 20 cabalgaduras, una de las cuales trasladaba a un oficial muerto, con el cuerpo doblado sobre la montura, las piernas colgando y cubierto por una mantilla. La vergüenza enrojece de manera progresiva el rostro de la señora Girard. Baja la cabeza, luego la vuelve a levantar y mira fijamente hacia adelante para lanzar una de esas expresiones inusitadas que suele tener: “¡Nunca —¿me oyen?— nunca dejaré abandonados a su triste suerte a mis pobres amigos, a mis negros; me lo reprocharía eternamente!” Ella sale de la habitación muy decidida también en esta ocasión, a arrebatar a la tierra de sus antepasados todo lo que le pertenece por derecho propio. No sabe que ya es demasiado tarde y que nada puede contra la fuerza del destino ¡que en esta ocasión está en su contra!

Y justamente a partir de ese preciso instante, los caminos, hasta ese momento paralelos de los dos primos, el hijo de don Ignacio, hermano de la madre de José María, el Cantor del Niágara, y el hijo de Domingo, hermano de su padre, van a tornarse divergentes para acabar separándose de manera definitiva. Ese primo, de quien le han dicho que es mulato e hijo natural, ese primo de nada sabe, de quien jamás habla y con quien nunca ha tenido la oportunidad de encontrarse, ni tan siquiera una vez después de haberse instalado en Francia, ese primo cuyas excepcionales cualidades personales no han dejado de elogiar muchos de los literatos o críticos que frecuenta, ¡pues bien! sí, no le da vergüenza decirlo: no conoce a ese primo y no tratará de conocerlo. Nunca lo conocerá. ¿Qué le importa? Eso no le impedirá seguir viviendo; simplemente seguirá ignorando que existe.





**TERCERA PARTE**  
**CAMINOS DIVERGENTES**



## 1868-1869

# La sublevación en Cuba y la caída del Imperio

El desastre de México y el inquietante cañoneo de Sadowa<sup>1</sup> reforzaron la oposición liberal y los representantes republicanos no tuvieron otra opción que la de apoyarse en sus famosas “libertades de tolerancia”, instituidas el año anterior por el mismo Emperador con el objetivo de darle el golpe de gracia al Imperio. Tratan de explotarlo a fondo, destruyendo así los sueños de una Francia somnolienta y ahíta que dormita y quiere creer todavía en la paz. Pero la diplomacia imperial ya está condenada y nada parece poder detener a los prusianos que no desean esa paz francesa y que disponen de todos los medios para rechazarla. Su superioridad logística y su alcance de fuego constituyen una realidad que nadie puede poner en duda y los más enterados saben que toda negociación con Bismarck será difícil, pues se encuentra a la cabeza de una de las mayores potencias europeas modernas de esa época, dotada de un ejército nacional muy superior al francés, tanto por la cantidad de soldados sometidos a una disciplina feudal como por la tecnología de su armamento: los cañones de la Ruhr y sus fusiles con aguja de percusión.

Al menos así piensan las personas más cercanas a Severiano sobre la situación política; la oposición se inquieta y los fuegos artificiales de la fiesta de la Exposición Universal ya no pueden enmascarar la fragilidad del Imperio, que justamente se asemeja a aquellos fuegos que se lanzaron la última noche en las márgenes del Sena: después de iluminar el cielo de París, el millar de lucecitas centelleantes se extinguieron en su caída. El prestigio del Imperio se consumió en una sola noche. El despertar es doloroso, pues desde hace dos años la economía está comprometida y la crisis no ha hecho más que acentuarse. Las acciones de los industriales bajan debido al marasmo económico e, incluso, los hermanos Pereire que realizaron las construcciones que hicieron la riqueza del 17º distrito de París, liquidan la Compañía General Transatlántica, uno de sus mayores éxitos.

---

<sup>1</sup> La victoria de los prusianos contra los austriacos sucedió el 3 de julio de 1866. Tuvo una gran resonancia en Francia; señala el inicio del poderío prusiano en Alemania y revela la eficacia de su gobierno.

El edificio se resquebraja por todas partes; los líderes de la Asociación Internacional de Trabajadores son detenidos y los jefes de las sociedades republicanas clandestinas, entre quienes se encontraba Augusto Blanqui, que preconizaba la acción revolucionaria inmediata contra la tiranía, están en la cárcel.

Entonces, como sucede siempre en tales circunstancias, los periodistas asestan el golpe de gracia al régimen imperial. Uno de ellos, Henri Rochefort, hijo del marqués de Rochefort-Luçay, temible polemista y más provocador que los demás, a quien Severiano conoce bien por haberlo visto en *Le Figaro*, aprovecha del clima malsano y de una reciente ley que suprime la autorización previa de los periódicos, para dar a la luz una especie de folleto de pocas páginas, *La Lanterne*, cuya cubierta de un rojo anaranjado muestra de inmediato sus características y desde el primer número, que sale el 30 de mayo de 1868, los lectores se disputan los ejemplares en todos los bulevares. Ha tomado como blanco de su pluma cínica, ligera y lapidaria, al Emperador, envejecido y enfermo, y se entretiene haciendo juegos de palabras y retruécanos para ridiculizarlo y precipitarlo suavemente en la tumba. En ese primer número se lee lo siguiente: “El que escribe estas notas, cuando se dirigió al Ministerio del Interior para informarme acerca del probable destino de una solicitud de autorización para *La Lanterne*, se le acusó por un empleo de cierto rango de ser un enemigo del Estado... ¿Sabéis por qué? No lo voy a ocultar aquí: soy bonapartista. Espero que no me impidan escoger a mi héroe preferido de esa dinastía”. Y continúa en igual vena sarcástica: “Entre los legitimistas, unos prefieren a Luis XVIII, otros a Luis XVI, y otros a Carlos X... (...) En tanto que bonapartista, prefiero a Napoleón II; ese es mi derecho. Añado incluso que Napoleón II representa para mí el ideal de soberano. Nadie negará que en algún momento ocupara el trono, ya que su sucesor se llama Napoleón III. ¡Qué reinado, amigos lectores, qué reinado! No había impuestos, ni guerras inútiles con las pérdidas que las acompañan, tampoco se produjeron lejanas expediciones en las que se gastan hasta 600 millones, ni había ministros que acaparaban cinco o seis funciones a razón de 100 000 francos cada una (...)

”Napoleón II, te amo y te admiro sin reservas. ¿Quién osará pretender entonces que no soy bonapartista?”

En el número siguiente escribió con relación de la muerte del perro del Emperador: “ ‘Nero’ ha muerto. Se había acostado la víspera muy tranquilamente, luego de haber despedido a sus cortesanos: pues debéis saber que en Francia... cuando los cortesanos no pueden acercarse a su dueño, traban amistad con su perro”. Sus juegos de palabras hacen reír, sobre todo en los cafés y a las mujeres les encantan. El tono es festivo y la intención, cáustica: “Tomé un papel ministro<sup>2</sup> y le escribí al del Interior”.

---

<sup>2</sup> En francés, el término *papier ministre*, formado por la aposición de los sustantivos papel y ministro, se utiliza para designar la hoja de formato oficial.

Tres meses más tarde, a la altura de su decimoprimer número, se prohíbe la circulación de *La Lanterne* y Rochefort, condenado a un año de prisión y al pago de una multa de 10 000 francos, se refugia en Bruselas. Sin embargo, desde allí sigue publicando él solo su periódico y logra hacerlo llegar clandestinamente hasta París con la ayuda de contrabandistas. Se convierte en el ídolo de las calles y en los bulevares se venden sus fotografías; incluso habrá quien se atreva a llevar un farolito (*lanterne*) en la solapa y los más maliciosos se dedican a fabricar falsas *Lanternes* para seguir alumbrando a la mayor cantidad de gente posible.

Al obligar al periodista al exilio, el Emperador muestra sus fallas por primera vez. Y el acusado hace que León Gambetta, abogado amateur, más conocido en los cafés donde se discute de política que en los corredores del Palacio de Justicia, asuma su defensa. Severiano lo conoce bien, primero por haberlo escuchado proclamar a toda voz en la tribuna del mundo del periodismo sus grandes ideas con relación a la república; esto es, quiere que sea radical, pero no revolucionaria y, en segundo lugar, porque ese panfletario tomó parte en Londres en la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores, de la cual más tarde nacerá una sección francesa que tendrá un estatuto y un gobierno particulares. Su discurso tribunicio y su elocuencia de gascón intimidan a los notables, pues no manifiesta escrúpulo alguno y defiende todos los procesos que se han intentado contra los periódicos republicanos. Hay una gran cantidad de ellos pero todos, ya sea *La Réforme* o *Le Rappel*, que Víctor Hugo escribe desde su exilio en Guernesey, o incluso *Le Réveil*, con los virulentos artículos del jacobino Delescluze, esperan impacientemente poder publicar el discurso fúnebre del régimen imperial. Entonces, con su atronadora voz de tribuno, el joven Gambetta, que todavía no ha hecho su entrada en el mundo de la política, disfruta mucho alarmando a los burgueses, haciendo causa común con sus clientes contra esa sociedad decadente, revindicando a todos los muertos del 2 de diciembre y anunciando triunfalmente a “esos dueños absolutos de Francia” que ha sonado la hora de “la gran expiación nacional”.

Para Severiano también ha llegado el momento de fundar su propio diario, después de haber colaborado en numerosos periódicos y revistas, y de haberse entregado a la realización de trabajos literarios y políticos. La redacción radica en el número 5 de la calle de los Grands Augustins, pero en realidad la sede del diario sólo cuenta con una habitación y la dirección se compone de una sola persona que lo hace absolutamente todo: la publicidad, la maqueta y, por supuesto, la redacción. Se ha mudado del Enclos des Ternes, donde llevaba la vida bohemia y provincial que deseaba, ahora vive en el N° 147 del bulevar Péreire, en una pequeña residencia particular bastante señorial y burguesa, que le confiere mayor peso y seriedad, pues próximamente enterrará su vida de soltero y se casará con una joven parisina de 25 años que es viuda y no tiene hijos. De estatura un tanto mayor que la media, con formas dulces y amables; sus pesados párpados, que

se entreabren para mostrar unos inmensos ojos negros; su rostro de color bronceado y enmarcado por una ensortijada cabellera; su boca voluptuosa, subrayada por un notable bigote oscuro que termina en una perilla muy bien cortada; el joven cubano no posee, en realidad, el tipo del director de un periódico, sino más bien el de un artista, refinado y sensual.

En realidad, se hace cargo de una vieja revista, *La Chronique de Paris*, cuya historia se remonta a la Revolución. Se había fundado el 24 de agosto de 1789 por un amigo de Voltaire, el marqués de Villette, y había desaparecido el 25 de agosto de 1793, a la caída de los girondinos, al verse privada de sus principales redactores. El mismo Condorcet había colaborado en ella a partir de 1791 y regularmente se había encargado de la redacción del boletín de la Asamblea Nacional. Más tarde reapareció el título, pero para volver a encontrarnos de nuevo con una *Chronique de Paris*, suficientemente seria y que deja una huella en la historia del periodismo, hay que saltar al año de 1842. En ese momento era una revista mensual y, al estallar la revolución de 1848, su director era el señor de Villemessant, quien fundaría la segunda *Chronique de Paris*. Seis años más tarde, transformada en revista semanal, el antiguo propietario la abandonó para fundar *Le Figaro*.

Entonces, Severiano se hace cargo de ella y decide cambiarle el nombre por el de *La Chronique Ancienne et Nouvelle*. Analiza minuciosamente todo el engranaje, pues, por haberlas estudiado durante su juventud, conoce todas las cuestiones económicas y técnicas; posee además una inteligencia tan brillante y eficaz que él solo es capaz de resolver todos los problemas. Por otra parte, no puede actuar de otro modo y sorprende a sus amigos, pues a pesar de su corta experiencia ya razona como un hombre de negocios experimentado. Con mucha seguridad avanza en ese oficio y pronto se convierte en un profesional. Al principio está todos los días en la redacción del diario entre las 4 y las 5 de la tarde y por la noche invita a su casa a muchos literatos, poetas y artistas, para participar en sencillas veladas musicales, que nada tienen de convencional ni de selectivo. En ellas se hace de una multitud de amigos entre esos escritores, quienes disfrutan firmando algunos artículos para él.

Es un semanario antedatado que sale todos los sábados con fecha del domingo. El número cuesta 30 céntimos y los abonos que se realizan el 1º o el 15 de cada mes pueden hacerse en todas las librerías o directamente mediante el envío de un giro postal a nombre del gerente. Y por decisión del jefe de la Policía, con fecha 11 de julio, anuncia que la venta de la *Chornique Ancienne et Nouvelle* ya está en la calle. Severiano redacta la mayor parte de los artículos y en ocasiones, para distraer la atención y no fatigar al lector, asume incluso un seudónimo y firma con el nombre de *Simón Brugal*. Hace la revista de prensa y la crítica literaria, se responsabiliza con la sección de "Curiosidades literarias", anecdóticas, biográficas, históricas, científicas y musicales, sin olvidar los cuentos y leyendas, así como los artículos de costumbres de la época que le gusta describir en

pequeñas reseñas. Más tarde acudirá, poco a poco, a diferentes literatos célebres; Anatole France será uno de los primeros. Finalmente, a partir del 11 de octubre de 1868, firma con su nombre las críticas teatrales y los comentarios sobre las puestas en escena de obras líricas.

Y entonces ocurre que durante los dos meses siguientes, el nombre de Heredia ya no aparecerá en las rúbricas artísticas y literarios de la revista, pues Severiano se casa el 7 de noviembre de 1868 en la alcaldía del Vº distrito de París con Henriette Hannaire de quien se ha enamorado locamente. El padre de su amigo, Alfredo des Essarts, es su único testigo y el matrimonio se celebra en la intimidad, pues la joven ha perdido a su madre cuando tenía sólo 15 años y a su primer esposo, Alexandre Masson, cuando tenía 23 años.

Y Severiano, que desde que se han desencadenado los acontecimientos sigue de cerca lo que ocurre en su Isla natal, se inquieta esa mañana, cuando se entera de que un grupo de patriotas acaba de levantarse en armas en el sudeste del país. Por supuesto, no se trata en realidad de una sorpresa para él, pues luego del fracaso del movimiento reformista ocurrido en 1866, sabía que los propietarios de las provincias de Oriente, Camagüey y Las Villas, preparaban poco a poco todas las condiciones para llevar a cabo una lucha armada por la independencia. Y cuando la conspiración que habían organizado se descubrió por las autoridades españolas y antes de que todos fueran detenidos y encarcelados, se había producido aquel gesto heroico de uno de ellos, Carlos Manuel de Céspedes, quien decide, el 10 de octubre de 1868, alzarse en armas contra el poder colonial español y, después de haber liberado a los esclavos de su propiedad La Demajagua, situada cerca de Manzanillo, lanza el grito de guerra que pasaría a la historia: *Independencia o muerte*. Como resultado de una serie de enfrentamientos con las tropas coloniales, los revolucionarios tomaron la ciudad de Bayamo, donde constituyeron el primero Gobierno Revolucionario en Armas y en el Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba, redactado en Manzanillo ese mismo 10 de octubre de 1868, Céspedes declara que Cuba aspira a ser una nación grande y civilizada para extender un brazo amigo y un corazón fraterno a todos los pueblos del mundo.

Por ello, en ese momento, al anunciarse esa terrible guerra revolucionaria que apenas se inicia, la felicidad de Severiano no puede ser total y, de repente, el fantasma de su amado primo, el Cantor del Niágara, resurge entre su esposa y él. ¿Quién mejor que José María había comprendido la necesidad de esperar el momento oportuno para obtener la independencia de su país y dar a su pueblo esa famosa libertad con la cual desde siempre había soñado? Pues no ignoraba que los hombres que lo rodeaban en aquel momento, carecían de integridad moral y todavía no estaban preparados para asumir sus responsabilidades. Y entonces, el poeta, como no podía actuar, se había puesto a soñar. Y sus poemas transcribían al mismo tiempo ese sueño y ese desencanto absoluto. Pero, si hubiera vivido todavía, se pregunta

Severiano, ¿qué habría pensado de este levantamiento? La imagen del primo tan puro, tan íntegro y tan idealista, lo asedia desde que se ha interesado por la política francesa y no puede dejar de leer sus poemas en los cuales ya todo estaba dicho acerca de la dicotomía libertad-independencia. Por nada del mundo y mucho menos con el pretexto de la independencia hubiera traicionado su ideal, esa pasión insaciable por la libertad. Luego de su desaparición en México, hace ya 30 años, fue a través de sus palabras como Severiano se había aproximado a la personalidad de José María, a quien en variadas ocasiones había tratado de resucitar, pues ¿cómo diferenciar, en sus recuerdos de infancia, el sueño de la realidad?

A todo lo largo de ese primer invierno en que la joven pareja comparte una vida en común, las noticias de Cuba le llegan a retazos, pero, para saber más, Severiano no vacila en establecer contacto con los revolucionarios que pasan por Francia procedentes del Caribe o del continente latinoamericano. Una revolución bautizada con el nombre Grito de Lares acaba de estallar en Puerto Rico. Fue preparada por el doctor Ramón Betances, de origen puertorriqueño y que desde hace mucho tiempo milita en favor de la independencia, de la abolición inmediata de la esclavitud en su isla natal y del reconocimiento de los derechos cívicos y políticos para todos los negros que recuperaran su libertad. Por supuesto, Severiano todo lo sabe acerca de este valiente patriota, uno de los combatientes más perseverantes de la “Cuba Libre” y muy conocido ya entre los emigrados cubanos y puertorriqueños residentes en Nueva York, aunque aún no hubiera ocupado funciones oficiales. Tuvo además la ocasión de conocerlo personalmente hace ya más de diez años, cuando regresó a París para defender su tesis de doctorado en medicina, después de haber realizado sus estudios secundarios en Toulouse. También se dice que siendo un joven Bachiller en Letras había estado presente en las barricadas de 1848 y que más tarde había regresado a su país, Puerto Rico, donde se había destacado por su coraje; en particular, al originarse una terrible epidemia de cólera. Expulsado de su isla desde hacía más de cinco años, luego de varias tentativas insurreccionales, no sólo preparó desde Nueva York la rebelión de Lares, sino que también apoyó a la Cuba en armas, reclamando sin descanso: “Las Antillas para los antillanos”. Pero en ese momento, Severiano cree saber que este doctor pretende en un futuro muy cercano establecerse en Francia, en ese país que ama y donde ha concluido sus estudios, con el fin de consagrarse a todos los que, como él, luchan contra un enemigo común, procedente de España o de Estados Unidos.

Por su parte, el joven recién casado multiplica los contactos con los políticos partidarios de la independencia y de la abolición de la esclavitud. Uno de sus amigos, el cubano Rafael María Labra, diputado republicano a las Cortes españolas y con quien trabaja desde hace varios años, le ha hecho llegar recientemente las últimas noticias de la Revolución de Septiembre en la Península. La causa de la realeza está perdida, le explica, y



la revolución triunfa en Madrid. El general Novaliches, quien comandaba el ejército que se había lanzado contra las tropas revolucionarias salidas de Cádiz y de Sevilla, acaba de retornar a la capital herido y vencido. La insurrección llegó a Madrid y el ejército fraternizó con el pueblo. Los escudos reales fueron arrancados de los establecimientos públicos. Las autoridades del gobierno real dimitieron y los jefes del movimiento han nombrado un gobierno provisional compuesto por cuatro unionistas, cuatro progresistas y cuatro radicales. El movimiento, que comienza a ganar en amplitud en el interior de España y en el litoral, inquieta a la monarquía. En todas partes se proclama la decadencia de la dinastía de los Borbones, se hace público el nombramiento de un gobierno provisional y la convocatoria a una asamblea constituyente. Luego de refugiarse en San Sebastián, la reina trata de recomponer un nuevo gabinete, ipero ya es demasiado tarde! Labra también informa a Severiano acerca de las declaraciones patrióticas de las juntas revolucionarias de Sevilla, Béjar y Madrid, las cuales han condenado solemnemente la esclavitud.

Durante ese invierno, el clima político de París resulta más bien moroso y no es tanto la influencia de Gambetta, quien vota de manera sistemática en contra de los diputados oficiales, lo que intimida al poder, sino una oposición mucho más disimulada, cuyo origen no siempre se conoce y mucho menos a sus dirigentes, pues la mayor parte de esos revolucionarios están ya o en la cárcel o en el exilio. Sin embargo, creyéndose más fuerte que ellos, el gobierno decide dejar que participen en las manifestaciones callejeras junto a los republicanos. En su mayoría son militantes de la Internacional, admiradores de Garibaldi, que preconizan el desarme general y el fin de las tiranías. En el último congreso, que acaba de celebrarse en Bruselas, su programa se ha hecho más intolerante y exigen la lucha a ultranza contra todos los gobiernos que representan el orden establecido y una acción de desestabilización general en todos los países que deberá llevarse a cabo al mismo tiempo contra los ejércitos y contra las iglesias: los dos pilares del orden burgués. Se repite incesantemente una misma consigna: "No queremos más religiones, pues la religión asfixia las inteligencias". Y al menos con relación a este último punto, Severiano está de acuerdo con ellos. Su influencia en la educación no resulta nada despreciable y él sabe muy bien de lo que habla, pues ya es miembro del Gran Oriente, cuya toma de posición en cuanto a la religión es bastante radical.

Por eso se interesa mucho por la reciente apertura de una nueva logia masónica, La Reforma. La integran varios políticos que él conoce bien: Gastón Crémieux, Émile Rouvier e, incluso, el famoso León Gambetta. Su combate es al mismo tiempo político y anticlerical; esto es, contra el Emperador y contra el Papa. Lamentablemente, las manifestaciones anticlericales pronto se suceden de manera inquietante y presagian días aciagos; un colegio de jesuitas de Saint-Étienne ha sido incendiado por unos revoltosos que antes de ser detenidos exclaman: "¡Abajo los curas! ¡Abajo los jesuitas! ¡Que vi-

van los rojos!” Por su parte, el periódico *Le Siècle* acaba de patrocinar la erección de un monumento a Voltaire.

Poco a poco, en todos los barrios de la capital comienzan a soplar de forma muy extraña aires de oposición. Las reuniones públicas y los mítines se multiplican, pero ahora un oficial de la policía asiste a todas estas sesiones, sin llegar nunca a saber con exactitud quién las ha organizado y quién tomará la palabra en la tribuna. Los debates son tumultuosos y en ocasiones violentos; sobre todo, cuando entre los asistentes se plantean cuestiones relativas al desempleo, al salario, a la educación de los niños, a la condición de la mujer, al trabajo y a la explotación de las clases sociales. De hecho se abordan de manera desorganizada los problemas más variados con respecto a la vida cotidiana, sin límites, sin prohibiciones, sin que ni tan siquiera se sepa cómo y cuándo terminará la discusión, pues la gente se siente libre de decir cualquier cosa, la pasión se exagera, la cólera estalla, todos quieren hablar y en sus palabras se evidencia todo su rencor, y se manifiestan sus esperanzas y sus dudas, si bien, a pesar de todo, se evita pronunciar la palabra “república”. A los residentes del barrio pronto se unen desempleados, trabajadores, artesanos... y en cuanto termina la reunión, con el objetivo de evitar que se transforme en una batalla de opinión, todos regresan a sus casas sin hacerse notar y sin demorarse demasiado. Y lo que más sorprende a Severiano: toda esta gente, al parecer unida en el fuego de la discusión, se separa de inmediato en medio de una total indiferencia, sin saludarse y sin que tan siquiera hayan cantado al menos una estrofa de *La Marsellesa*.

Consciente de las conmociones que se preparan, pero confiado en el futuro, Severiano retoma sus crónicas y con más calma que el resto de sus compatriotas, decide dedicarse, a partir de ese momento, a la crítica musical. En esa ocasión anuncia que su periódico tomará un corte más literario y que contará con nuevos colaboradores que ya han ganado en experiencia en la prensa parisina. Es nombrado un nuevo jefe de redacción: Adolphe Racot. Así, por intermedio de este último se presenta un día en la redacción León Barracand, quien solicita entrevistarse con el director de la *Crónica Universal*; o sea, Severiano de Heredia. Este acoge calurosamente al principiante, quien hace todo lo posible por publicar su prosa y sus versos e, incluso, lo invita a su casa del bulevar Péreire, donde da algunas fiestas y veladas musicales, y lo invita para que lea sus versos. Barracand<sup>3</sup> confesará mucho más tarde, en un tono jovial que encubría cierta falsa modestia, que nunca había aceptado ese honor. Convertido en literato, legará a la posteridad un retrato elogioso de Severiano de Heredia, ese hombre brillante, de inteligencia poco común, sorprendentemente eficaz, que tanto había apreciado, pero en realidad que había conocido relativamente poco. Pero la imagen que había

---

<sup>3</sup> Esta entrevista se inmortalizó por Léon Barracand con el título “Recuerdos de las letras” en la *Revue de Paris* del 1º de marzo de 1914.

conservado de esa época era la de un hombre muy amable, alto y apuesto, de rasgos delicados y cuyo bronceado rostro estaba enmarcado por una encrespada cabellera y una perilla a lo Napoleón III. Así lo describe: “Más que un literato o un periodista, me daba la impresión de ser un hombre de negocios. En ninguno de los breves instantes en los que tuve la ocasión de encontrarme con él lo vi sin una gran maleta repleta de papeles bajo el brazo; siempre era de corre-corre, en el momento en que abandonaba la redacción del periódico, apurado, acelerado, grueso y aumentado aun por la del voluminoso portapapeles de cuero que parecía llevar todo un mundo adentro. Me pedía noticias, novedades, variedades. Pero ¿qué habría podido brindarle yo? Pues, realmente, yo fui su colaborador...”.

Ningún tema de actualidad puede pasar inadvertido para la redacción del periódico y cuando Severiano se entera de la muerte del gran poeta Alphonse de Lamartine, quiere ser el primero en anunciarlo en su diario: “Francia no será la única que estará de duelo; esta triste nueva estremecerá no sólo al viejo sino también al nuevo mundo. Y es que los grandes genios pertenecen por entero a la humanidad y jamás hubo genio más profundamente humano que el de Lamartine. La muerte le brinda su más hermosa corona al tocar a su puerta un 28 de febrero, en 1869, 21 años después para reconocer una buena parte de su gloria en el momento de todas las justicias”.

Más tarde, el 1º de mayo, anuncia que la redacción de la *Chronique* se traslada al Nº 17 del Faubourg Montmartre, manteniéndose así en el 17º distrito de París, su barrio predilecto. De entrada se convierte en jefe de redacción, administrador y simple redactor; su nombre aparece con letras mayúsculas en la primera página del diario y en esa ocasión se dirige a los lectores en un editorial.

“Considero totalmente inútiles los actos de fe y las declaraciones de principios. A veces honran las excelentes intenciones de sus autores, pero nunca garantizan el futuro. Por ello, al asumir la dirección de *La Chronique*, no deseo presentarme al público. En estos tiempos de fiebre y de publicidad a ultranza en que vivimos, el público es voluble y se hastía fácilmente. Los semanarios no pueden confiar en el éxito de una lucha que se ha tornado imposible. Nuestro diario concederá, a partir de hoy en sus columnas, el mayor espacio a una revista general de la prensa, de las revistas y de los libros. Lograremos —así lo espero— brindar un panorama completo del movimiento intelectual no sólo de Francia, sino también de otros países.

”Para finalizar, agradezco a los numerosos escritores que han prometido su colaboración en *La Chronique* a la cual ofrecerán el concurso de su autorizada pluma. Son los señores Jules Claretie, Alfred y Emmanuel des Essarts, Barbey d’Aurevilly, Paul Arène, Victor Poupin, Léon Duprat, Adolphe Racot, François Coppée, Alphonse Daudet, Anatole France...”

”Severiano de Heredia”.

En las elecciones de 1869, los republicanos obtienen más de 30 escaños y Gambetta, recientemente electo, resulta, a los ojos de los más antiguos miembros del partido, la figura providencial. Como tiene un ojo de vidrio, lo llaman *el Abogado Tuerto* y es el ídolo de los jóvenes. Incluso, Alphonse Daudet lo describe agitado, oliendo a pólvora, hablando en voz alta, estrechando con fuerza la mano y echando hacia atrás su cabellera con un gesto lleno de decisión y energía. Atractivo y también familiar, con gusto deja que se dirijan a él por la calle para conversar o para reírse. Y cuando se le invita, siempre responde con la misma salida: “cuando hayamos acabado con el Imperio”, lo que, según Severiano, debe ocurrir de un momento al otro.

En efecto, el Emperador, envejecido, decepcionado por el fracaso de su política exterior con respecto a Italia y a Prusia, no puede, sino recurrir al aumento de los poderes del cuerpo legislativo para calmar a la oposición, si bien sigue proclamándose “único y verdadero representante del pueblo”. Émile Ollivier, uno de los cinco diputados que se ha atrevido a enfrentarse a Napoleón III y que ahora sueña con lograr la unión de un Imperio democrático y liberal, es el único que puede entablar negociaciones con el Emperador; resultarán difíciles y prolongadas, pues la situación es grave y la libertad está en peligro. El Emperador habla, incluso, de una posible revuelta y de la necesidad de reprimirla. Esperar por ella y entonces... aplastarla y reiniciarlo todo; eso piensa. Émile Ollivier le responde: “Usted ocupa una posición demasiado conspicua en Europa como para que pueda pasar inadvertido. Hágase, pues, más pequeño si desea que no se le note”. Y el Emperador lo responsabiliza con la formación del primer gabinete electoral.

Al mismo tiempo, Severiano sigue escribiendo y ahora firma su revista de prensa o sus “Curiosidades artísticas y literarios” con el seudónimo de *Simón Brugol*. Bajo la pluma de cierto señor de Villarceaux, su primo José María de Heredia es citado en *La Chronique* entre los nuevos poetas de la escuela lírica generada por Théodore de Bainville, que la dirige junto a Leconte de Lisle. “Éstos son los románticos de hoy, orgullosos y audaces como los Antiguos, respetuosos y herederos de las victorias y de las conquistas de sus antepasados, pero que por todas partes buscan nuevas batallas, nuevos ritmos, nuevas ideas”.

Y el 15 de julio de ese año de 1869, Severiano dirige a Alejandro Dumas hijo una “Carta abierta”, en la cual le dice:

“Querido Maestro

”La elocuente carta que usted le ha dirigido al señor Francisque Sarcey ha provocado un gran revuelo en el mundo literario. ¿Y por qué tanto alboroto? Que yo sepa, usted nunca se propuso establecer nuevas reglas ni a crear un arte nuevo. Usted solamente dijo: vivo en un siglo de labor viril y de fraternidad universal. Cada individuo debe ser útil para alguien y bueno para algo. ¿Por qué mi trabajo como artista no será también útil a mis semejantes? La sociedad está en proceso de gestación.

Trata de resolver cien problemas de todo tipo... ¿Por qué no puedo yo dar también mi opinión y mi solución? Tengo entre mis manos una pluma que ya ha dado resultados y gozo del favor de los directores de teatro, a cuyo enriquecimiento he contribuido. El teatro puede ser, además de un lugar de esparcimiento, una escuela de verdad y de moral. Usted ha dicho esto y, al parecer, todo el mundo se ha sorprendido y por ello lo han tratado de soñador y de místico! ¿Pero a dónde hemos llegado hoy en día?

“Sin embargo, en nuestra época —sobre todo, de 1830 a 1848— ¿acaso todos nuestros grandes escritores, Balzac, Georges Sand, Víctor Hugo, Eugenio Sue, no manifestaron una constante preocupación por las cuestiones sociales que se debatían a su alrededor? ¿No fueron acaso *Indiana*, *Los misterios de París*, *Los últimos días de un condenado*, verdaderos manifiestos? Usted mismo, querido Maestro, ¿no comenzó desde hace mucho tiempo y desde sus inicios la tarea que aparentemente usted propone ahora por primera vez? Su modestia es excesiva y verdaderamente manifiesta poca estima por sus obras anteriores (...)

”Querer detenerlo, desalentarlo y burlarse de su generosa profesión de fe resulta mucho más grave. ¿Nunca lograremos ser serios? *Le Constitutionnel* y *Le Figaro* mismos nos dicen todas las mañanas que ‘el momento es solemne’ y que ‘la situación es grave’. Hoy es preciso hacer cosas más importantes que jugar con las palabras. Las multitudes se agitan, los pueblos despiertan, los mundos se acercan, las viejas creencias se desploman, las instituciones se transforman, la moral universal se purifica, las sociedades desorganizadas buscan nuevas leyes y los hombres están sedientos de justicia y de verdad. Asistimos a la agonía de un mundo envejecido y a los primeros vagidos de un mundo naciente: y ante espectáculo de tal solemnidad, los hastiados y los pedantes pretenden quitarle la palabra. ¡Quiéren divertirse a toda costa y temen que las obras serias que usted escribe los aburran! ¿Qué efecto provoca en ellos el Mundo, el Derecho, la Justicia? (...) Tenga la seguridad de que sus palabras serán escuchadas. Afortunadamente hay muchos jóvenes que se entristecen con las miserias sociales y se irritan con los errores humanos. Estos no desean en lo absoluto *hacer un arte por el arte*.

”Antiguamente, el hombre vivía solo ante el hombre. No existían las grandes ideas de fraternidad social y de moral universal. Cada individuo vivía confinado a su tierra, en medio de los suyos y limitado a sus ideas inmóviles. El pensamiento humano no circulaba fervorosa y rápidamente de un extremo al otro del mundo como ocurre en la actualidad. Las influencias sociales preocupaban poco al filósofo y al poeta y la mayor parte de las veces no las percibían. Hoy la situación es diferente. El hombre vive en medio de otros hombres. La sociedad lo circunda y lo reclama (...) ¿Podrá acaso el poeta ignorar este movimiento general de la inteligencia? No lo creo. Tiene derecho a hacer que resuenen la trompa guerrera y el clarín en el combate entre el Error y la Verdad. Es lo que usted ha hecho, querido Maestro. Y ha hecho muy bien.

”*Severiano de Heredia*”.

A fines del mes de julio, *L'Ancienne Chronique* va a modificarse: se agranda, se renueva, deviene *La Chronique Universelle*, diario político, literario, artístico, científico y financiero. En el correo de los lectores, procedente de Baden, estación termal de moda en esa época, puede leerse esta correspondencia particular dirigida al señor de Heredia: "Le envío el programa de las fiestas: matinée musical, función en el Teatro Francés, la orquesta será dirigida por Kaeneman, quien ejecutará una sinfonía de Mendelssohn y le adjunto algunas habladurías acerca de la señora Paulina Viardot, que asiste a todas las representaciones del teatro alemán de Karlsruhe".

La carta está firmada por Nina de Callias.

Severiano se sonríe, pues conoce a esta literata, aficionada a la música y en ocasiones cortesana; además, una de las modelos preferidas de Manet el pintor, pero cada vez que ve el apellido Heredia, queda sumida en una profunda turbación. Por ironías del destino, en los últimos dos meses ha tenido en dos ocasiones noticias de ese primo que rechaza todo parentesco con Severiano y todo tipo de relación con esa rama de la familia cubana, que no considera pertinente frecuentar; sobre todo, por su oscuro origen, que podría ensombrecer el suyo.

Por ello, cada vez que se le presenta la ocasión, el lado rebelde de su personalidad estalla y se adueña de él y entonces nada le resulta tan útil como su pluma que le permite infligir algún rasguño a quienes no forman parte de su mundo, a los pedantes, a los afortunados.

Y cuando se dirige al señor Bénazet, director del diario *Le Public*, su brillante verba no hace concesiones.

"La quincena pasada fue rica en grandes acontecimientos. Hemos asistido a una nueva guerra entre los Hombres y los Dioses. Algunos dioses han tenido que morder el polvo de la derrota en medio de la contienda y algunos profanos han pretendido tomar su lugar. Hubo resonantes caídas, así como triunfos imprevistos. Pues bien, ¿sabe usted, señor, cuál fue, entre todos esos golpes de teatro, el que me llamó más la atención? ¡Su nominación al grado de Caballero de la Legión de Honor! Su apellido es ilustre. Los adoradores de 30 o 40 años de la ruleta lo han invocado más de una vez. Los Bénazet cuentan entre sus ancestros con muchos reyes... de tréboles y de corazones. Bénazet I reinó durante largo tiempo... luego vino Bénazet II, Bénazet, *el Magnífico*, ese a quien llamaban el Luis XIV de Baden. ¡Hoy tenemos al señor Théodore Bénazet, político y director millonario del gran diario *Le Public*, Caballero de la Legión de Honor! Decididamente, los Bénazet ocuparán una página de la historia del siglo XIX.

"¿De qué depende la gloria humana? Usted tuvo la suerte de nacer rico. Las hadas millonarias lo tocaron con sus varitas mágicas y así pudo entrar al mundo feliz, radiante y todopoderoso. Usted es ambicioso y eso puede ser una virtud. Por eso, un buen día, usted buscó cómo emplear esa ambición y no encontró nada mejor que consagrarse valientemente a un

hombre y a una política. Es cierto que ese hombre era el señor Rouher<sup>4</sup> y la política, la del gobierno.

”¿Qué promesas le habrán hecho? ¿Cuáles eran sus expectativas? Eso no lo sé... Pero sí sé que usted es un hombre suficientemente inteligente y de espíritu como para no haber establecido determinadas condiciones antes de comprometerse. Usted fundó *Le Public* y su nombre apareció día tras día en la primera página del diario en tanto que director político (...) Su diario se introdujo en todas partes; se paseó por todos los confines de Francia. Usted realizó todos los sacrificios necesarios. En pocas palabras, usted no escatimó esfuerzos durante la batalla electoral para hacer triunfar su bandera y eso le costó durante seis meses entre 2 000 y 3 000 francos diarios. Incluso hoy, usted mantiene el desastroso precio de 10 céntimos el ejemplar (mientras que *La Chronique* cuesta 20 céntimos) y sigue perdiendo gruesas sumas de dinero.

No tengo el honor de conocerlo, señor mío, y en realidad más de una vez sentí pena por usted. He ahí, me decía, a un joven apuesto que posee un diario. Ese diario le cuesta un ojo de la cara y no le saca un provecho personal, sino que se pone a la disposición de otros para brindarles un punto de apoyo y se contenta con pagar las cuentas. No propone su candidatura en ningún sitio y no está implicado, que yo sepa, en ninguna manipulación financiera. Me parece que su única pasión es la pluma. ¿Qué ideal defiende? ¿Qué objetivo persigue? Comencé a pensar que se trataba de una simple fantasía de gran señor o cuando más de una serie de pasos encaminados a una ambición futura... cuando hace unos días se publicó el decreto. Juzgue usted, señor mío, mi estupefacción.

”Y bien, la Cruz, esa suprema recompensa al mérito personal se confiere en este caso a sus millones! Se le condecora porque día a día ha lanzado al mar varios paquetes de monedas de oro. Usted no tiene ni tan siquiera el mérito de una ruina heroica. ¡Para usted los millones no cuentan! Discúlpeme, señor, pero tengo la desgracia de ser un entusiasta y un ingenuo. Conservo por algunas tradiciones un respeto que nada puede quebrantar y siempre me irrito cuando veo cómo disminuye, para otras personas, ese respeto. Sé que una de las bromas favoritas de nuestra generación es la de decir que *la Cruz* es un juguete y que no poseerla es más distinguido. Pero también sé que es la secreta ambición de todos y el fin de gran cantidad de nobles esfuerzos. Por ello debemos hacer porque conserve todo su prestigio. Prodigarla sin ton ni son sirve de pretexto a los burlones y a los escépticos (...) Conozco a hombres de 50 años que debieran ser decorados y no lo son. Se han hecho de un nombre, han ganado a fuerza de un trabajo viril y de estudios muy acuciosos. Se trata de pensadores y de obreros de la gran obra intelectual. Sin embargo,

---

<sup>4</sup> El señor Rouher fue el único ministro que mantuvo su cargo luego de la renuncia de todos los demás en enero de 1867. Lo llamaban el “vice-emperador sin cargo” y se decía que el mismo Emperador le había hecho llegar una insignia de la Legión de Honor incrustada en diamantes para manifestarle así su confianza.

todavía no ha llegado su hora (...) Y usted, señor mío, desde sus inicios, desde los primeros pasos de su carrera, cuando la juventud y el futuro le sonríen, ¡ya puede estar satisfecho! ¿No cree que el hecho resulte bien amargo para todos aquellos que encanecen en la espera? ¡Ay, señor mío, con toda sinceridad le digo que usted carga con una cruz considerablemente pesada!

*"Severiano de Heredia".*

Por último, el 21 de noviembre, antes de que termine ese año especialmente difícil, Severiano escribe a sus lectores esta irónica misiva que es una alegoría a la manera de los cuentos infantiles y cuyo tono, unas veces libero y otras amargo, no deja la menor duda.

"¡El Coco! ¡Ahí viene el Coco! Ese es el grito generalizado en los bulevares y en los arrabales de Folies Belleville y de Compiègne. Desde hace 15 días nos ensordecen.

"Pero ¿quién es el Coco? Todos le temen.

"—Deténgase, señor mío, se lo ruego. Usted parece estar espantado. ¿Es que lo vio?

"—¿Qué vi a quién?

"—Al Coco.

"—¡Oh, señor mío! ¿De quién habla usted? ¡Dios me libre!

"—Yo nunca lo he visto, pero desde hace mucho tiempo nos están amenazando con él. Debe ser espantosamente feo (...) Las viejas cuentan que se viste de rojo, que sus ojos despiden llamas... y tiene los dientes largos, muy largos. Nos devorará a todos como si fuésemos papilla. Cuentan, incluso, que bebe sangre durante el almuerzo y que cena con carne cruda.

"Vivíamos felices... sin preocupaciones. Y de repente han interrumpido nuestras diversiones. Pequeñas nubes oscurecen el horizonte. Tenemos que pensar en nosotros mismos, en nuestro futuro. Y todo por nuestra propia culpa... ¡Ah, un día nos dio la locura por dejar de ser buenos chicos y nos escapamos de la escuela! ¡Pues, bien! Ya sabemos lo que nos espera. El Coco tomó el tren de Bélgica. Está entre nosotros.

"¿Y ya no se irá?

"A partir de ahora tendremos que estar alerta. Al menor ruido, a la más discreta campanada nos tirará de las sábanas como en los antiguos cuentos.

"—Coco, amigo mío, un momentito, te lo ruego. La noche está fresca y mi cama calentita.

"—¡No, no, de pie! Es preciso.

"—¡Una media hora, por favor!

"—Ni un minuto, ni un segundo. Vamos. Vamos.

"Y nos sacudirá su mano invisible.

"Después de todo viene bien. Ya no somos niños. No hay que temblar. El Coco, por otra parte, no es un espectro rojo. No tiene nombre de persona. Es la libertad.



”¡Que viva el Coco!”

Con cada día, con cada semana que pasa, los acontecimientos van precipitándose cada vez más febrilmente, con mayor fuerza y más violencia. Para Severiano, la sociedad francesa semeja un inmenso escenario sobre el cual los actores deambulan y se agitan de manera confusa y desordenada, y del cual surgen por todas partes voces discordantes y caóticas, sin armonía, sin unidad. La acción va a saltos y a sobresaltos. Por ello decide consagrar la última página de su diario a su amigo, el joven poeta Maurice Dreyfous, a quien conoció muy bien en la época en que vivía en el Enclos des Ternes y que valientemente acaba de alistarse. Y para rendirle homenaje, como no puede citar todas las obras que componen el volumen recién concluido, resuelve publicar algunos fragmentos de un poema que lleva por título “La República”, en el cual se opone a la guerra y en el cual ajusta cuentas con sus mayores, cuya única enseñanza ha sido la amargura y la cobardía.

*Marcharon al toque del tambor,  
Contentos y sin ningún temor  
Los soldados de porte atrevido  
De rostro muy franco y aguerrido.  
¿Y qué iban a hacer? A matar.  
La turba los debió reprochar,  
Mas, la muy tonta, se entusiasmaba  
Y al verlos ir, los felicitaba.*

Y saluda su incorporación diciendo: “Cualquiera que sea la acogida que tenga por parte del público, y pase lo que pase, de todas formas habrá cumplido con una tarea de hombres. Y eso ya es bastante para los tiempos que corren”.

En efecto, Severiano sabe que en el viejo arsenal de la justicia existen leyes que prohíben las discusiones acerca de los más graves problemas políticos y sociales. Los temas literarios son relegados a un segundo plano. Y se sustituyen por las curiosidades callejeras. El despertar al que se asiste es uno de los espectáculos más hermosos que nos ofrece la historia, pero se ve obligado a confesar que “Todos quisiéramos manifestar nuestra opinión acerca de esta resurrección de la inteligencia; nos gustaría saludarla en términos entusiastas como una nueva aurora que presagia días hermosos. Sentimos que nuestro lugar está en la batalla en la que combaten nuestros amigos, pero tenemos que mantenernos como simples espectadores de esa lucha. No se nos permite que hagamos valer nuestra voz en medio del tumulto general”.

Luego, en tanto que jefe de redacción, Severiano se angustia por no poder ejercer influencia alguna sobre el curso de los acontecimientos; constata que nadie lee sus periódicos, ni solicita abonarse a ellos, ni los conoce. Y añade: “Hagamos lo que hagamos, la política es la reina del día.

Necesitamos el asta de una bandera para congregar a miles de lectores. La prensa puramente literaria está muy enferma y no hay que tener temor de proclamarlo en voz alta. Pero si se trata de finanzas, todas las puertas se abren. Este estado de cosas está reglamentado por la ley y, dado que así lo ordena la ley, es preciso obedecer”.

No obstante, su temperamento aun lo incita siempre a rebelarse, pues, si no le reclaman ni un céntimo por dar su opinión acerca de las reglas de lo bello, sobre la puesta en escena de un nuevo drama de Émile Augier, o sobre la última escultura de Carpeaux, ¿por qué le piden que pague caro, muy caro, la menor información o discusión acerca del señor Émile Ollivier o de cualquier otro personaje político? Termina su editorial diciendo: “Así es. Bajo la cabeza”.

Pero Severiano nunca deja caer sus brazos; no está habituado. Espera su momento. Y por eso, en cuanto comienzan a circular los primeros rumores de guerra y se aproxima el ruido de las botas, Severiano vuelve la página y su nombre desaparece para siempre de la *Chronique Universelle*. La nueva *Chronique de 1870*, transformada, eminentemente política e ilustrada, se convierte en un periódico dedicado de manera exclusiva a la información y para la prensa semanal constituye una revolución análoga a la que *Le Figaro* había sido para la prensa diaria. Ya no será jefe de redacción, incluso por el momento abandonará el periodismo para ocuparse de cosas mucho más importantes. Su suerte está echada. Se pondrá al servicio de Francia.

Y entonces nos enteramos de que, a fines de ese año de 1869, Severiano se convierte en padre por primera vez.

**1868-1869**

**Ruina y honor de los Heredia.  
*Los conquistadores del oro***

José María sigue publicando regularmente sus poemas y en cuanto llega el verano, el poeta no resiste a la tentación de alejarse de la capital para ir a descansar y disfrutar de las delicias del campo o del mar, lejos de la agitación y del bullicio. Allí, en medio de la naturaleza, reaprende a disfrutar la vida a su ritmo, sin hacer nada que pueda entorpecer el fluir armonioso de los largos días estivales que se dilatan indolentemente. Y el tiempo pasa de esa manera, sin que eso le preocupe. Ni tan siquiera pretende retenerlo; carece sencillamente de existencia. Por lo general regresa a Bretaña, donde pintores y poetas atraídos por ese decorado salvaje y todavía poco conocido vienen cada año a buscar inspiración antes de que empiece la temporada de reuniones en los salones parisinos. Ese año, Leconte de Lisle se le une y el discípulo presta atención a su maestro. Este prepara el inicio de la temporada literaria y le da los últimos retoques a un cuaderno colectivo de sonetos escritos por sus amigos parnasianos que lleva por título *Sonetos y Aguafuertes* y que se publicará por el librero y editor Lemerre. Entre esos poemas se encuentran “Los Conquistadores” de José María de Heredia, sin dudas el más bello de todos los que integran ese volumen y que será ilustrado con un aguafuerte que contribuirá a su celebridad. Nunca termina de releerlo, de perfeccionarlo. Y en el manuscrito autógrafo, con su hermosa caligrafía inclinada con la que envuelve de un trazo, como si fuera una firma, la última letra del título y la última palabra del poema, deja sobre la página, para la eternidad, estas imágenes inscritas en tinta color violeta.

*Cansada de miseria, cual huye una bravía  
Banda de gerifaltes de la sierra natal,  
La marinera gente desde Palos partía  
En la embriaguez de un sueño de heroísmo brutal.*

*Iban a la conquista del que Cipango cría  
En sus minas lejanas fabuloso metal,  
Y las vela latinas el viento alisio henchía  
Al borde misterioso del mundo occidental.*

*De noche, cuando un épico despertar anhelaban,  
Las fosfóricas ondas del trópico hechizaban  
Su ensueño con mirajes de doradas centellas.*

*O, de las carabelas en la borda inclinados,  
Con asombro miraban, en cielos ignorados,  
Del fondo del Océano, subir nuevas estrellas.*

Y un día, mientras pasea por las desiertas costas, siente como una extraña premonición. Un rugido violento y sordo venido del fondo del océano, le anuncia la tempestad que se forma y se aproxima a su Isla, su Isla al borde del abismo. Y en ese viento desencadenado que avanza a toda velocidad por sobre la cresta de las olas, le parece escuchar el grito de los insurrectos que le llega desde el otro extremo del horizonte. Es el grito de sus hermanos que luchan machete en mano por que Cuba viva. Ese grito que escucha le hace sentir un futuro lleno de desastrosas consecuencias. Le teme al odio, lo atemoriza la venganza. Su madre aún no ha regresado de su viaje y teme lo peor. Esta evocación de su Isla natal que rara vez aflora en su obra es sintomática de la tragedia que está viviendo. Estamos en 1868 y, una vez más, busca un escape en las imágenes y las palabras mediante una sabia combinación de vocablos que, después de un arduo trabajo, deben producir de manera intencional un efecto determinante; es su forma particular de provocar en el lector una emoción estética, musical y plástica en la cual prevalecen los colores y las líneas. No hay efusión humana alguna, ni reflexión intelectual, ni realismo, sino una permanente huida hacia un horizonte jamás alcanzado. Esos "Conquistadores", que ya no pueden soportar sus miserias, abandonan España un buen día desde el puerto de Palos de Moguer, donde había embarcado Cristóbal Colón, en medio de la embriaguez de un sueño heroico y brutal, como una bandada de gerifaltes volando en busca de sus presas, muy lejos del teatro habitual de sus masacres. Deciden ir a conquistar el metal fabuloso que Cipango depura en sus minas; y la fosforescencia del mar de los trópicos envuelve y acuna sus quimeras, mientras, con la mirada puesta en el horizonte, observan cómo surgen nuevas estrellas en un cielo desconocido. La fuerza que José María imprime a cada una de sus palabras y tal vez mucho más en ese soneto, sólo puede explicarse mediante la situación que vive en ese instante; los calificativos que emplea son de tal similitud y de tal pureza, que para alcanzar ese nivel de precisión y exactitud, puede suponerse que el trabajo de selección del poeta debió ser riguroso y que nada abandonó al acaso.

Ese poema se ilustrará además con un aguafuerte de Claudius Popelin, cuya fuente es una pintura sobre esmalte que representa al poeta bajo la apariencia de un conquistador. Para José María, no hay vacilación posible, este no puede ser otro que su antepasado, Pedro de Heredia, como ha querido hacer creer en los salones, dejando así en la incertidumbre respecto

de sus relaciones de parentesco que lo unen a este. Y el esmaltador encargado de ejecuta el medallón no es un novicio en la sociedad parisina; sabe desde hace mucho que se valora a todo el mundo a partir de una escala oficial: los pintores, cuando han recibido alguna decoración y los literatos, cuando son académicos. Posee todas las cualidades necesarias para agradar a José María, que pretende seguir esa misma carrera. También es poeta en sus ratos de ocio y se dice amigo del gran escritor Gustavo Flaubert, admirado también por el joven cubano; en particular, después de haber leído su novela *Madame Bovary*. Baudelaire, refiriéndose a la historia de esa provincianita adúltera, había expresado la opinión de que esa novela era un milagro, que había causado la celebridad del autor, pero también había suscitado un sonado proceso debido a su realismo e, incluso, a ese naturalismo francés tan injustamente condenado. Por último, como el artista es un tipo divertido, se jacta de ser uno de los amigos más íntimos de la princesa Matilde, por no decir su amante. La prima hermana del Emperador, curiosa y generosa mujer, muy conocida por sus opiniones liberales y su franqueza con respecto a la Corte, tiene un salón que frecuentan variadas personalidades: los Goncourt, Gustavo Flaubert, Ernest Renan, Nadar, Adolphe Taine, Théophile Gautier.

Luego de leer el soneto, Popelin decide representar al joven Heredia, que para entonces sólo tiene 26 años, bajo la apariencia de un conquistador, para lo cual le pide que pose para él y a la izquierda del cuadro pinta el blasón de la familia Heredia, sobre el cual puede verse la brillante ciudadela de “Cartagena de Indias”. José María, que no ve en esa composición —cuyo trabajo en esmalte es verdaderamente suntuoso— nada de más natural, explica el hecho con toda modestia: “El autor —nos dice— no poseía un modelo para pintar a mi ilustre antepasado, y como yo me le parecía, con la mayor naturalidad del mundo posé para él cubierto con una armadura de aquellos tiempos heroicos”.

Claudio lo representará de perfil, con su barba y su nariz aquilina, vestido con una armadura metálica cincelada con hilos de oro, que recordaba la de su lejano y glorioso antepasado,<sup>5</sup> el cual había acompañado a Bartolomé,

---

<sup>5</sup> Contrario a lo que decía, al parecer, José María de Heredia no descendía del célebre don Pedro de Heredia, castellano —no aragonés— fundador de Cartagena de Indias en 1533 y cuya familia se estableció en Santo Domingo a partir del siglo xvii. Don Pedro de Heredia probablemente era miembro de una rama colateral y sólo es un lejano antepasado.

Este error se reitera en numerosos escritores contemporáneos, como Maurice Barrès en su *Discurso de recepción a la Academia Francesa*, pronunciado el 17 de enero de 1907 y más tarde Miodrag Ibrovac, en su libro sobre la vida y la obra de José María de Heredia, publicado en 1923.

No obstante, su abuelo se llamaba en efecto Manuel Heredia y Pimentel (1741-1815) y su bisabuelo, Domingo de Heredia (1712-1767).

el hermano de Cristóbal Colón, para fundar Cartagena de Indias en 1533. Y en una leyenda escrita con letras de oro sobre fondo negro puede leerse:

“Pedro de Heredia

”Hidalgo, uno de los conquistadores, después de vencidos los indios, con quienes tuvo repetidas refriegas, pobló Cartagena de Indias en el año 1533 con título de Gobierno”.

La crítica no vacilará en exclamar: “Es un hermoso retrato de esmalte que se destaca contra un fondo color naranja; una obra de arte perfecta”.

Y para agradecerle al poeta, pintor y esmaltador haber “plasmado su genio en el sólido metal”, le dedica el soneto “A Claudio Popelin”, que se publicará en *L'Artiste, revue du XIXe siècle*, revista que dirigía Arsène Houssaye.

*Por eso, en el esmalte de mis estrofas, quiero  
Hacer que reverdezca, para la edad futura,  
El laurel de los héroes en torno de su frente.*

“Los Conquistadores” propulsaron de una vez a José María de Heredia hacia la notoriedad; se habla de él como de un poeta aparte y, en los medios literarios, llegan a darle a menudo el sobrenombre de “Conquistador de la poesía”. De un conquistador posee el ardor, la verba y la abundancia; sin embargo, se observa en él cierta indiferencia por la escritura, pues en realidad no se conocen mucho sus obras y hasta ahora apenas ha estado presente en las antologías poéticas. No obstante, se le encuentra entre las primeras filas, cuando se trata de dirigir las controversias y considera que este es un legítimo derecho que, por otra parte, nadie pretende disputarle. Valora sus méritos en su justa medida y tiene conciencia de su valor, lo que provoca admiración y le confiere autoridad. Logra seducir gracias a su exótico nombre, cuyos sonidos poseen una hermosa cadencia castellana, y lo sabe. Suele citar a Théophile Gautier, quien, al referirse a Heredia el día en que se conocieron, le dijo, tuteándolo, como tenía el hábito de hacer con todos los que apreciaba: “¡Me caes bien, pequeño! Tienes un soberbio nombre que se yergue con las curvaturas de un lambrequín heráldico”. Además, el personaje resulta suficientemente seductor como para que, una vez que se le haya vislumbrado, resulte ya imposible olvidarlo: trigueño, con sus inmensos ojos negros, del mismo color de su cabellera y de su abundante barba, que se une a un bigote imponente, su nariz aquilina, sus finos rasgos, de talla mediana, es cierto, sólo eso, pero que siempre cuida de que no se reduzca, abultando el torso al máximo, ni un centímetro. Por ello se le imagina más alto de lo que es en realidad. Altivo y magnífico, según dicen sus amigos, José María es un poeta que no se encuentra fácilmente. En verdad, una natural indolencia se manifiesta en su comportamiento y, evidentemente, se deja traslucir en sus obras, que escancia parsimoniosamente, a juzgar por los pocos sonetos que ya todo París conoce y que él gusta de repetir incansablemente. Uno de sus amigos lo describe en los siguientes términos: “Vibra al menor estímulo;

a partir de una palabra se lanza en una elocución sonora, rica en imágenes, pintoresca poseedora del tono, del gesto y del movimiento de cabeza oportunos”. Quienes lo ven por primera vez se sorprenden y pueden percibir cierta afectación. Pero se equivocan. No hay en ello ni efecto, ni esfuerzo, nada artificial. Es natural. Es así. En fin, antes que cubano, se enorgullece, por supuesto, de ser español, descendiente de esos famosos conquistadores que, siguiendo la huella de Pizarro, fueron a crear principados en el Nuevo Mundo y fundaron Cartagena, la joven. Y aunque no está totalmente convencido de ello, toda su actitud refleja ese orgullo atávico y ancestral.

Al año siguiente empieza a trabajar en el prólogo de lo que pronto será *Los conquistadores del oro*. Su admiración por los actores de ese terrible drama y por esos fundadores de un Nuevo Mundo latino, pronto se transforma en una emoción que todavía no se le conocía y que en vano se buscaba en sus sonetos precedentes. Para ese vasto poema épico, larga composición de 680 alejandrinos pareados que estructurará en tres partes, el poeta se ha inspirado en la conquista de América y la derrota de Atahualpa y es, tal vez, la primera ocasión en que da testimonio de sus antecedentes y se complace en revelar su orgullo por su herencia española. Incluso, acaso se ha dejado influir por sus amigos parnasianos que suelen recordarle sus orígenes y le reconocen el talento y la capacidad de ser el único poeta francés capaz de escribir un poema sobre la América española! Además —y él mismo lo dice— le gustaría que, algún día, puedan compararse los largos fragmentos de esta epopeya, que con tanto placer retrata, con la obra épica de Víctor Hugo, la única obra que en realidad apreciaba de ese poeta, *La leyenda de los siglos*.

Valiéndose del alejandrino, comienza relatando los avances de Pizarro a través de las inexploradas tierras de los incas y con rasgos muy vigorosos describe la naturaleza americana y el paisaje andino. Desea cantar la gloria de los conquistadores mediante el uso de ese verso de inagotables recursos; él mismo nos dirá que “el alejandrino se pliega a todo tipo de cadencias sin que se quiebre el ritmo sostenido y persistente, por lo que no es buena idea rechazarlo, desconocer sus ilimitadas posibilidades y no sacar partido de un metro tan seguro, variado y eficaz como este”. Y gracias a su vastísima erudición sobre la historia de ese continente, le es posible emprender ese largo trabajo, pues en su biblioteca hay al menos 200 obras que tratan del Nuevo Mundo, de las cuales la mayoría aborda en particular la conquista.

En la primavera de ese año, tan fecundo para él, José María recibe con profunda tristeza la noticia de la muerte de otro ilustre poeta, Alphonse de Lamartine, a quien había tenido la suerte de saludar, cuando pasaba sus vacaciones en casa de su tía, en Arcachón, en el tiempo en que, muy joven aún, era pensionario de Senlis. Hasta el último día, según los críticos, ese hombre sincero, que expresó los más íntimos e inefables matices del sentimiento, consagró su vida al trabajo diario, pues para él no había alternativa alguna entre la muerte y el éxito: tenía que triunfar. Toda su vida la dedicó

a quienes amaba y jamás salió de sus labios palabra amarga alguna contra sus semejantes. Incluso cuando quedó arruinado, luego de haber gastado toda su fortuna en limosnas, favores y servicios prestados, rechazó el ofrecimiento que le hicieron sus amigos, quienes le propusieron al final de su vida que abriera una suscripción nacional a favor suyo. Así les respondió: “Nada de suscripciones. No dudo de las buenas intenciones de mi país y estoy seguro de que el llamado que proponen sería escuchado. Pero todo obsequio ofrecido a un hombre lo disminuye ante sus propios ojos y yo quiero morir con la conciencia de mi dignidad. No quiero deber nada sino a mi trabajo. Si debo ser salvado, el trabajo me salvará”. Y hasta el final, sin quejarse, trabajó para cumplir su labor cotidiana, que se iniciaba a las 4 de la madrugada y no terminaba sino por la noche, en una pequeña y modesta habitación que fue también su gabinete de trabajo. De todo lo que se dijo sobre el gran romántico, José María hace un balance y lo único de lo que está seguro y que le parece indiscutible es que ese glorioso mortal, ese cantor inspirado, ese sublime poeta de ninguna manera hubiera podido aceptar que le tuvieran lástima.

Por desgraciada, a pesar de su juventud, José María empieza a padecer de la vista, debe cuidarse para conservarla el mayor tiempo posible, pues es su más preciado tesoro; ahora lo sabe. Por otra parte, nada queda del tan amado paraíso, de su infancia, de Cuba; su madre no pudo salvar ninguno de sus bienes; las plantaciones ardieron en llamas; El Potosí y La Fortuna están en ruinas y algunos de los numerosos esclavos que allí trabajaban se sublevaron y otros huyeron. “Mi familia —nos dice el desengañado poeta— ha quedado casi completamente arruinada, pero al menos no del todo, pues todavía puedo vivir de mis rentas”. Paralelamente a su trabajo, comienza a asistir a los cenáculos literarios en los cuales conoce a Anatole France, pero frecuentará sobre todo, en compañía de sus amigos parnasianos François Coppée, Catulle Mendès, Théodore de Banville, Léon Dierx y Villiers de l’Isle-Adam, el salón de Nina de Villard de Callias, quien estuvo casada por breve tiempo con el periodista y crítico de arte Héctor de Callias.

Las más brillantes inteligencias se dan cita en la residencia de esta adulada mujer, que pintara Manet vestida de argelina y su salón es siempre un lugar donde ocurren encuentros heteróclitos, un modelo de crisol de culturas y donde tienen lugar maravillas un tanto diabólicas, según el mismo Paul Verlaine. Allí coinciden indiferentemente todo tipo de artistas: pintores, poetas y músicos, como Héctor Berlioz y Ricardo Wágner, cuyo revolucionario estilo musical la anfitriona trata de que sea apreciado. También asisten políticos como Henri de Rochefort, León Gambetta y Severiano de Heredia, quien, afortunadamente, nunca se encontró allí con su primo José María. Sin embargo, aunque aún no lo sabían, fue un amigo común, Emmanuel des Essarts, quien los introdujo en el salón de esta un tanto particular literata. Por aquel tiempo, hacia 1862, Des Essarts era también el amigo íntimo de



su primo José María. Pero ninguno de los dos quiso nunca hablar —para los Heredia nobleza obliga— de sus relaciones amorosas.

No obstante, José María, que se ha vuelto a casar, prefiere frecuentar salones más serios, como el del general Ricard, antiguo ayuda de campo del rey Jerónimo y padre del poeta Luis-Javier Ricard, quien dirige el diario *L'Art*, en el cual Heredia ha publicado varios sonetos, entre los cuales el más reciente es “Puesta de sol”. Más que un salón mundano, se trata de la cuna del Parnaso. Sitio privilegiado adonde acude el majestuoso y pontificio Leconte de Lisle con el objetivo de encontrarse con discípulos y admiradores, pues se trata de verdaderas reuniones poéticas, en las cuales cada uno de los asistentes François Coppée, Sully Prudhomme, Catulle Mendès, Léon Dierx y él mismo, se turnan para recitar o declamar sus versos. Desgraciadamente, para José María cada encuentro se le hace un verdadero calvario, pues tiene que luchar contra un defecto que ha conservado desde su infancia: el tartamudeo. Mas, en cuanto compone un nuevo soneto, le agrada darlo a conocer, que sus amigos lo conozcan. Y con su voz estentórea comienza a leerlo, reduciendo el ritmo para tratar de luchar contra su dificultad. Pero, lejos de ser un defecto, esa vacilación, ese temblor confieren a cada una de sus palabras un valor más noble que pone de relieve la imagen o la frase final, de manera que todos los jóvenes presentes se sienten maravillados de inmediato por su dicción. En cuanto empieza a declamar, se hace silencio y sus amigos exclaman: “Todo se estremece; es Heredia con su voz feroz y vibrante”. Y así, día tras día, va forjando su imagen a medida que va agrandándose el círculo de los que lo escuchan, lo que le asegura, antes de que sea pública, una gloria de relevancia cuyo precio conoce. Cada admirador, entre quienes coleccionan sus versos, ya tiene sus preferencias, sus pasiones, sus manías. Todos son profesionales. Entre los asistentes se encuentran también novelistas, como Villiers de l'Isle-Adam; pintores, críticos, como Adolphe Racot, la pareja formada por Alphonse Daudet y Julia, su joven esposa y muchos otros jóvenes, entre quienes está Paul Verlaine, quien lleva una vida de bohemio.

Un día conoce también, de casualidad, en casa de un amigo común, al pintor Auguste Toulmouche, de quien todos hablan en la alta sociedad desde el momento en que la emperatriz Eugenia y la princesa Matilde le compraron dos lienzos que había expuesto en el Salón de 1853: *Los primeros pasos de la infancia* y *Sobremesa*. Tal vez, José María no está suficientemente preparado para apreciar la arrogancia que el éxito acarrea, pero ya sabe que este artista, que se ha vuelto el niño mimado del París elegante y cuya presencia en las veladas todos se disputan, es un pintor de moda, consagrado ya por la fama. Además, a través de su esposa, Marie Lecadre, tiene lazos de parentesco no sólo con el pintor Claude Monet, sino también con la familia Heredia, o —para hablar con precisión— con la familia de la esposa de José María, Louise Despaigne. Ambas mujeres son, como Toulmouche, originarias de Nantes y pertenecen a la alta sociedad de la

ciudad, que en gran medida se compone de grandes armadores y de negociantes instalados en esa región desde la Revolución francesa. Además, al mismo tiempo que frecuenta los salones mundanos, ese pintor trabaja en función de su éxito y no lo oculta. Trata de ganar para su causa a otras personalidades mucho más influyentes en el medio de la administración de las bellas artes: curadores, inspectores y miembros del Instituto, pues su única ambición es la de obtener la Legión de Honor, para él una verdadera consagración y la justa recompensa a su brillante carrera. Mas, no se hace ilusiones; son demasiados los que esperan y todavía no será para este año.

Y entonces, la guerra, con su cortejo de sufrimientos y privaciones, se perfila en el horizonte y pronto se adueña del pensamiento de todos. La vida misma se detendrá de manera extraña. La gente se dispersa, los burgueses más afortunados abandonan la capital y se refugian en el campo. Los diarios desaparecen o cierran, las publicaciones se aplazan o, incluso, se cancelan. A consecuencia de estos hechos, la segunda serie del *Parnase Contemporain*, que debía ver la luz con las primeras entregas de *Los conquistadores del oro*, no sale. La publicación se aplaza. Sin embargo, no todos lo lamentan y hasta algunos republicanos que denuncian en el Parnaso una obra de la reacción, desean que el realismo acabe por vencer ese culto a la belleza impasible y al esplendor puro. Paul Verlaine no vacila en confesar públicamente que ese movimiento carece de orientación política común en un momento cuando varias personalidades del mundo artístico o literario, del cual él forma parte junto a Louis-Xavier Ricard y Anatole France, han declarado su compromiso político. Y aprovecha la ocasión para confirmar que el parnasianismo jamás fue escuela ni cenáculo, y que siempre careció de una comunidad de pensamiento, de credo, de dogma estético; que jamás tuvo tesis oficial ya fuera sobre política o sobre cuestiones prosódicas. ¡Y ya desde entonces, la gente empieza a preguntarse si su técnica no resulta exagerada!

En todo caso, esas críticas apenas afectan a José María, quien sigue considerando que lo único importante para él es la forma, a la cual sacrifica todo lo demás. Su objetivo es lograr la perfección del soneto para lo cual privilegia, entre todas las demás cualidades, la sonoridad musical del verso. Luego añadirá el color; o sea, la esencia de la belleza. El verso será forjado, cincelado, templado y a ello dedicará todo el tiempo que sea necesario, con independencia de los acontecimientos exteriores, que nunca serán lo suficientemente poderosos como para lograr perturbarlo; al menos, ese es el mayor deseo que concibe en medio de esos detestables rumores acerca de la guerra.

## 1870-1871

### La defensa de París y “Paz y Plebiscito”

Luego de que el Emperador le encargara la formación del primer gabinete electoral, Émile Ollivier, abogado-diputado representante de la alternancia, toma posesión, recién iniciado el nuevo año de 1870, de su cargo en el Ministerio de Justicia. Rechaza la idea de residir en el amplio apartamento oficial que le han destinado, con sus salones de reluciente artesonado y decide seguir viniendo a pie desde su modesta residencia de la calle Saint-Guillaume, hasta la plaza Vendôme. Cada mañana, con su levita y sus lentes, se le puede ver saliendo de su casa en dirección al ministerio, con una gran cartera repleta de papeles bajo el brazo y, al verlo pasar, ni por un momento puede imaginarse que se trata de alguien que ostenta el cargo de guardasellos, si no más bien de un hombre de negocios que se dirige al Palacio de Justicia. Ocurre que unos pocos días después de su llegada, este ardoroso ministro se tiene que enfrentar a un drama totalmente imprevisto cuya existencia hubiera preferido ignorar. El 10 de enero, en horas de la mañana, en su residencia personal de la calle de Auteuil, el príncipe Pierre-Napoleón Bonaparte, hijo de Luciano, el hermano menor del emperador Napoleón I, mata a Víctor Noir, redactor de *La Marseillaise*, quien había venido a visitarlo con relación a un artículo injurioso escrito por el príncipe acerca de Pascal Grousset<sup>6</sup> y publicado en un diario corso el 30 de diciembre pasado. Ulric de Fonvielle, testigo de la escena, quien acompañaba esa mañana a su amigo, el periodista, relata el innoble atentado en los siguientes términos:

“—¿Viene usted de parte de Rochefort? —pregunta el príncipe con su voz ronca y estridente.

”—No. Venimos de parte del señor Grousset —le responde Víctor Noir.

---

<sup>6</sup> Después de ser increpado por el príncipe Pierre-Napoleón Bonaparte en un injurioso artículo publicado en el diario *Avenir de la Corse*, este intelectual de izquierda escribió al año siguiente en el *Journal Officiel* del 15 de mayo de 1871 que “París había hecho un pacto con la muerte y que la Comuna iría hasta el fin”. En 1872 formó parte de los primeros convoyes que partieron en dirección de la Nueva Caledonia, junto a Luisa Michel y Henri Rochefort.

”Entonces, luego de tomar entre sus manos la carta que le tendíamos, Pierre Bonaparte se aleja un poco de sus interlocutores para leerla, le echa un vistazo, después la estruja y la lanza con negligencia sobre un asiento y nos apostrofa vulgarmente de la siguiente forma:

”—Provoqué al señor de Rochefort por ser el portavoz de la crápula. En lo referente al señor Grousset, no tengo nada que decirle. ¿Se solidarizan ustedes con esa carroña?

”—Nos solidarizamos con nuestros amigos —le responde de inmediato Víctor Noir.

”Ante esas palabras, el príncipe Bonaparte se acerca y, luego de abofetear con su mano izquierda al provocador, saca con la derecha un revólver que tenía oculto en el bolsillo. Por desgracia, antes de que pudiéramos esquivarlo, le dispara a mi amigo, Víctor Noir, a quemarropa y este, herido en medio del pecho, se desploma en dirección a la puerta por la que habíamos entrado. Como el asesino se precipita de inmediato sobre mí para matarme, saqué una pistola que tenía en el bolsillo y mientras trataba de desenvainarla, Pierre Bonaparte se atemoriza y me apunta. Aterrorizado y comprendiendo que no saldría de allí con vida, me precipité hacia otra salida gritando ‘¡Asesino!’ En ese momento, cuando ya estaba en la escalera, sonó un segundo disparo. Unos minutos más tarde, Víctor Noir fue trasladado a la farmacia y allí muere en brazos de sus amigos”.

Al día siguiente, *La Marseillaise* sale en marcada en negro y con este titular en enormes letras: “Asesinato cometido por el príncipe Napoleón Bonaparte contra el ciudadano Víctor Noir y tentativa de asesinato por el príncipe Napoleón Bonaparte contra el ciudadano Ulrich de Fonvieille”. Luego de relatar el hecho a sus lectores, Henri de Rochefort lanza la siguiente pregunta: “Hace ya 18 años que Francia se encuentra entre las ensangrentadas manos de estos carniceros, quienes, no contentos con ametrallar a los republicanos en las calles, los hacen caer en inmundas trampas para asesinarlos a domicilio.

”Pueblo francés, ¿no acabarás finalmente de darte cuenta de que ya esto es demasiado?”

El asesino fue llevado a la cárcel y unos meses después la Corte de Bourges lo absolvió solemnemente, mientras que Henri de Rochefort fue condenado a seis meses de prisión.

Con los dramáticos acontecimientos que se preparan y que presente desde hace mucho tiempo, Severiano se ve obligado a reducir su actividad periodística. Por ello, como siempre que tiene esa posibilidad, se pone a escribir con cierto júbilo, no sin la pena que le causa una vocación perdida y malograda para siempre. Y en un soneto que recién ha concluido y que ha titulado “Desfallecimiento”, se aprecia primero una invocación a su predecesor, el Cantor del Niágara, pero, sobre todo, un adiós a la poesía... con mucha admiración pero con poco talento, como modestamente confiesa.

*¡Infelices vosotros que con un hacha insana  
El árbol abatís de la antigua quimera,  
Y que lanzáis por siempre, sin temor del mañana,  
Al dios de Nazaret la palabra grosera!*

*Si el joven pensador cae en la vía temprana,  
Si incluso ante su madre su rostro desespera,  
Es que, por vuestra causa, la duda sobrehumana  
Corroe, ya en la cuna, su alma perecedera.*

*Hoy París ya no es más que un desierto habitado.  
¡Un viento asolador sacude a toda hora,  
Allá en su pedestal, la vieja Fe que llora!*

*Y ante sus restos, todos nos hemos lamentado.  
Y surge la pregunta, al veros maldecir,  
¡Si no sería mejor, orar, creer, reír!*

Y ocurre que, para su gran sorpresa, le comunican que su poema ha sido seleccionado y que se publicará en *La literatura francesa desde la formación de la lengua hasta nuestros días*, obra colectiva propuesta como premio en los Concursos Generales de 1868-1870 y distinguida con la suscripción de varios ministerios. En este volumen se han reunido varios autores vivos en 1870, y Severiano está muy orgulloso de figurar junto a los mejores prosistas de la época, como Duvergier de Hauranne, Flaubert, los Goncourt, Víctor Hugo, Lamartine, Jules Sandeau, Émile Augier, Michelet, Alejandro Dumas, François Coppée, Daudet, Leconte de Lisle y Sainte-Beuve. Le llama la atención y le divierte la breve reseña biográfica que acompaña su texto. “Poeta nacido en Cuba, francés por naturalización,<sup>7</sup> ha tenido que interrumpir con demasiada frecuencia su trabajo. Este joven escritor ha publicado a largos intervalos estudios de crítica y poemas, en los cuales la gracia criolla se une a una enérgica simplicidad. Lleva el mismo nombre que un célebre poeta, nacido también en Cuba (1803-1839) y conocido por un hermoso poema de su inspiración dedicado al Niágara”.

¡Tal vez, el editor creyó que se trataba de su primo, aún no muy conocido en los círculos literarios! Esta confusión, independiente de su voluntad, pudiera contrariar a José María, y sólo conseguiría hacerle recordar la existencia, de triste memoria, de Severiano, isi por casualidad hubiera querido olvidarlo!

---

<sup>7</sup> Severiano de Heredia todavía no era ciudadano francés, pero era residente por decreto del 23 de junio de 1866. Adolphe Crémieux, ministro de Justicia, le concedió la naturalización luego de la carta que le había enviado el 23 de septiembre de 1870.

No pasa un solo día sin que Severiano piense en Cuba, su tierra y su amada patria! Pero los acontecimientos que se avecinan en Francia borran despiadadamente todo lo que ocurre del otro lado del Atlántico, allá muy lejos, en su Isla. Sabe que la represión ha sido brutal, por lo que algunas mujeres cubanas que han buscado asilo en Nueva York le envían al gran poeta Víctor Hugo, en el exilio aún, una petición apoyada por 300 firmas en la cual le ruegan que intervenga en esa lucha. Desde su residencia de Hauteville les responde de inmediato.

“Mujeres de Cuba, escucho vuestro lamento. ¡Oh, desesperadas que a mí os dirigís! Fugitivas, mártires, viudas, huérfanas, pedís auxilio a un vencido. Proscritas, os dirigís a un proscrito; aquellas que ya no tienen hogar le piden ayuda a quien ya no tiene patria. Grande es, en verdad, nuestro agobio; vosotras no tenéis más que vuestra voz, y yo no tengo más que la mía; vuestra voz gime, la mía advierte. Estos dos alientos, el sollozo vuestro, el consejo mío, es todo lo que nos queda. ¿Quiénes somos? La debilidad. Pero no, somos la fuerza. Pues vosotras sois el derecho, y yo soy la conciencia (...)

”Ninguna nación tiene derecho a poner sus garras sobre otra, no más España sobre Cuba, que Inglaterra sobre Gibraltar. Un pueblo no puede poseer a otro pueblo, del mismo modo que ningún hombre puede poseer a otro hombre. Mujeres de Cuba, que tan elocuentemente me habláis de tantas angustias y de tantos sufrimientos, me arrodillo ante vosotras y beso vuestros pies dolorosos. No tengáis duda... tanta sangre no habrá corrido en vano, y la magnífica Cuba se alzarán un día libre y soberana entre sus augustas hermanas, las repúblicas de América (...)

”En el momento señalado, sea cual sea la desgracia del momento presente, surgirán la justicia, la verdad y la libertad (...) Le agradezco a Dios que me conceda desde este momento mismo la certeza de ello; la felicidad que le queda al proscrito en las tinieblas, es la de ver un renacer de aurora en el fondo de su alma”.<sup>8</sup>

Esta voz es la de la Francia republicana, que se manifiesta con fuerza a favor de los insurrectos.

Y cuando pasó el momento de las palabras, le tocó el turno al de los hechos. El 31 de marzo de 1870, al agravarse la situación, la redacción del periódico de Severiano se interrumpe y el gran semanario *La Chronique Universelle* decide cerrar sus puertas. Ante la amenaza de revolución, Napoleón III no puede sino consultar a los franceses para saber si todavía apoyan al Príncipe Imperial y aceptan las reformas liberales aplicadas a la Constitución de 1866. Lo aprueban 7 400 000 y 1 500 000 la rechazan. Se produce un momento de esperanza y de euforia en la Corte, mientras en el pueblo se evidencia un

---

<sup>8</sup> Respuesta de Víctor Hugo a las mujeres cubanas, las cuales le habían pedido desde Nueva York que interviniera en esa lucha. Esa carta contenía 300 firmas. *Œuvres complètes de Victor Hugo, Politique, Pendant l'exil, 1870, "Aux femmes de Cuba", pp. 639-640.*

profundo descontento. Estallan huelgas que son inmediatamente reprimidas. Se restablece el orden, pero nunca por mucho tiempo. Unos 12 000 obreros de la cuenca hullera, Le Creusot, reclaman la gestión de la caja de previsión. Los apoya Rochefort, quien escribe: “la huelga fracasó; se ha consumado la derrota de los obreros, pero se inicia la era de la despiadada venganza”. Entonces se vuelven contra la Internacional de los Trabajadores y tratan de condenarla en tanto que sociedad secreta. No lo lograrán, pues sus afiliados se cuentan por centenares de miles. Un hábil y fervoroso abogado de Lyon, Adolphe Crémieux, que siempre ha luchado por la República y defendido a los republicanos, se interesa particularmente en estos alegatos e incomoda al gobierno. Se trata de un veterano de 1848 y con sus 75 años si de algo no carece es de experiencia. A la sombra del gran Napoleón y con sus reliquias permanentemente expuestas en vitrinas cerradas, por un instante se ha podido creer que la dinastía todavía estaba enraizada y que nada podría derrocar el Imperio y resquebrajar un edificio ya agrietado por todas partes. Y esto, porque no se contaba con la espantosa guerra que se preparaba.

La guerra con Prusia no tarda en estallar. Aparece, después de la derrota de Sedán, cierto Clemenceau. Gladiador aislado que se sitúa en la extrema izquierda y que todo contribuye a hacer de él un líder: su espíritu fogoso y su apasionado discurso. Se enorgullece de ser heredero de los jacobinos, de la época de la patria en peligro. Los golpes asestados por Alemania han sido de tal envergadura, que, de súbito, el régimen imperial se desmorona y pierde toda autoridad.

Al día siguiente, el 3 de septiembre, la noticia del desastre recorrerá todo París y la estupefacta multitud exige el derrocamiento del Emperador. Jules Favre propone una moción firmada por unos 30 diputados en la cual se proclama la caída de Napoleón III con toda su dinastía y, para librarse de los prusianos del interior, el cuerpo Legislativo debe nombrar una comisión con plenos poderes. En la mañana del día 4, se anuncia que la patria sufre un terrible mal: el Emperador ha sido hecho prisionero en el transcurso de la batalla y el deshecho ejército se halla cautivo. Una carta del Emperador a su esposa confirmará la noticia. El pueblo de París entra en ese momento en acción. Desde todas las barriadas afluye en dirección a la plaza de la Concordia una multitud que, dando vivas a la República, pretende asaltar el Palacio Bourbon, sin que la Guardia Nacional ofrezca resistencia.<sup>9</sup> La multitud irrumpe a la fuerza y pronto será violado el recinto. Los soldados, indignados por la derrota, se ponen de parte de los manifestantes y los dejan pasar; Gambetta trata de calmar los ánimos y el viejo diputado Crémieux le solicita al gobernador de París que dé la orden de que los gendarmes apostados

---

<sup>9</sup> La Guardia Nacional, creada durante la Revolución de 1789, es una milicia integrada por residentes de la ciudad, y que tiene como objetivo la defensa urbana. Se hizo sospechosa bajo el Consulado y se disolvió en 1871 por la Asamblea Nacional de la recién iniciada Tercera República.

en los alrededores del Palacio Bourbon abandonen sus puestos. Se teme que ocurran excesos y los diputados de la izquierda intentan atemperar a la multitud que exige a gritos que el monarca sea destronado. Incapaz de controlar ese acceso de cólera, Rouher, antiguo jefe del gobierno imperial y uno de los hombres fuertes del régimen, exclama: “Ya no hay nada que hacer; la revolución comienza mañana”.

Temiendo una masacre, el viejo republicano Jules Favre exclama entonces: “No es aquí donde hay que proclamar la República”. “Vayamos a la Alcaldía de París”, responde Gambetta y todos parten en compañía de una multitud agitada pero risueña. La acompañan los guardias nacionales, desarmados. Recorren los muelles del Sena y se dirigen hacia la plaza de la Alcaldía de París. En el cortejo, entre los amigos de Blanqui, algunos llevan banderas rojas y dan vivas a la Social; también se invoca el nombre de Henri de Rochefort, que acaban de liberar de la prisión de Santa Pélagie. Pero muchos diputados temen a esos agitadores y cierran filas junto a Gambetta, pues todavía todo el mundo prefiere estar con él a estar en su contra.

A partir de ese momento, Jules Favre y Gambetta desempeñarán un papel decisivo en los acontecimientos que van a sucederse; cada uno de ellos encarna una generación diferente de republicanos y ambos son brillantes abogados, famosos por sus apasionadas arengas. Jules Favre, el mayor de los dos, no es un desconocido y sus discursos vehementes contra el despotismo del Emperador resultan legendarios. Thiers propone de inmediato un comité de gobierno y de defensa nacional del cual Favre será el ministro de Relaciones Exteriores y Gambetta, el del Interior. A propuesta de Jules Ferry, los representantes de París son convocados para conformar un gobierno provisional. Se señalan los nombres de Jules Favre, de Emmanuel Arago, de Adolphe Crémieux, el más antiguo adversario del Imperio; de Eugène Pelletan, de Gambetta, de Jules Simon y también del general Trochu, que se ha mantenido como gobernador general de París, con plenos poderes militares para la defensa nacional; de origen bretón, católico y militar, muy a su pesar deviene improvisado revolucionario, de proyección no menos que imprevisible.

En el palacio de las Tullerías, la Emperatriz dice adiós a sus seguidores más fieles y algunos días más tarde embarca clandestinamente en Deauville con destino a Inglaterra. Víctor Hugo ya está en camino. Al día siguiente, procedente de Guernesey, después de 19 años de exilio, desembarca en la estación del Norte, donde es aclamado por una multitud de admiradores. Ha envejecido, sin dudas: su barba se ha encanecido, lleva una valija de cuero en la mano y se ha cubierto la cabeza con el mismo kepi que usan los guardias nacionales, pero su voz es poderosa y fuerte, y desde que articula la primera palabra, el pueblo de París lo escucha en silencio.

“Ciudadanos, yo había dicho: el día en que regrese la República, regresaré. Y aquí estoy. Dos cosas importantes me traen aquí. La primera, la República. La segunda, el peligro. Vengo a cumplir con mi deber...”



”¿Cuál es mi deber? El vuestro, el de todos. Defender París, cuidar de París. Salvar París es más que salvar Francia, es salvar el mundo. París es el centro mismo de la humanidad. París es la ciudad sagrada. Quien ataca París, ataca en masa a todo el género humano. París es la capital de la civilización, que no es ni reino, ni imperio, y es todo el género humano en su pasado y en su futuro. ¿Y sabéis por qué París es la ciudad de la civilización? Porque París es la ciudad de la Revolución”.<sup>10</sup>

Desde que la noche anterior, en la Sala del Trono del palacio de las Tullerías, tiene lugar la proclamación de la República, París se libera, el pueblo excitado echa abajo el monograma del Emperador donde quiera que lo encuentra: en los puentes, en los palacios, en las fachadas; destruye las águilas y las efigies grabadas en los monumentos, cambia el nombre de algunas calles y celebra alegremente el acontecimiento. Pero ya en la Alcaldía se producen disidencias entre los republicanos. Pueden deslindarse dos grupos: los revolucionarios y los legalistas. En efecto, aunque todos son conocidos personajes de la vida política parisina, pertenecen, sin embargo, a dinastías diferentes, y no resultará fácil —piensa ya desde ese momento Severiano— construir entre todos ese régimen parlamentario con el cual todos habían soñado. Observa, no obstante, que la mayoría de esos republicanos son masones y, por tanto, hermanos. La educación pública debe asumir el papel de doctrina social. Para él, para ellos, el clericalismo es el primer enemigo. Francia ha sido vencida, pero la causa de todas sus desdichas reside, ante todo, en la educación que brinda la Iglesia, por lo que es necesario arrebatarles la escuela a los sacerdotes.

En un inicio, esta idea rectora forma parte de su credo y por ello, poco a poco, se va estrechando la amistad con Gambetta, Eugène Spuller y Paul Bert. Estos hombres de izquierda se han unido ante todo a partir de su toma de posición con respecto al laicismo. Pero, por su falta de experiencia política práctica, Severiano se siente en ese momento más decidido que nunca a reafirmar sus convicciones. Sus ideas no son recientes; su formación y su educación han hecho de él, desde mucho tiempo atrás, uno de los más fervientes republicanos y un gran defensor de los principios liberales. Ha esperado impacientemente por este momento. ¡Por algo ha adquirido, en años anteriores, los diplomas necesarios que le permitirían un día acceder a los más altos cargos de la función pública! Sin embargo, por el momento, la situación es suficientemente grave como para que uno pueda permitirse estados de ánimo particulares. El gobierno que está en el poder debe enfrentar la derrota. Estrasburgo y Metz resisten ante las unidades del ejército alemán, pero las que resultaron victoriosas en Sedán, amenazan con sitiar París. ¿Qué se va a hacer? ¿La paz... o proseguir con

---

<sup>10</sup> Alocución pronunciada el 5 de septiembre de 1870 ante la multitud que lo esperaba en la estación del Norte, en Victor Hugo: *L'Année terrible*, Actes et Paroles 1870-1871-1872, París I, p. 229.

la guerra? Francia está decidida a no cederle nada a Prusia, ni una pulgada de territorio, ni una sola de sus fortalezas. Jules Favre, enviado para negociar con Bismarck, fracasa. El canciller no escucha razones. Es preciso entonces organizar la defensa de París. Francia y la República se identifican totalmente. Salvar el país significa imponer el régimen. La única posible solución es la guerra, la guerra a ultranza. Y entonces, para acudir en defensa de su patria adoptiva, que presente en peligro, Severiano piensa que debe naturalizarse como francés lo antes posible, pues ello le permitirá ocupar un lugar decisivo junto a sus amigos políticos. Y mientras los prusianos prosiguen su marcha hacia la capital, el gobierno decide permanecer en París y, para evitar todo tipo de secesión de las ciudades de provincias, propone enviar a Tours una delegación que se confía a Adolphe Crémieux.

Severiano se alista en el ejército de Defensa Nacional y parte hacia Tours para reunirse con esa delegación a la cual ya se han incorporado numerosos masones. Ya en esa ciudad, le dirige a Adolphe Crémieux, para entonces ministro de Justicia, una carta en los siguientes términos, que se reproducirá en varios diarios de la época.

“Señor ministro,

”Tengo el honor de solicitar mi naturalización definitiva.

”Declarado residente francés por decreto fechado el 23 de junio de 1866, he cumplido con creces requisitos de estancia exigidos por la ley. Por otra parte, mi situación económica, mi nombre y mis relaciones garantizan suficientemente que ostentaré honorablemente el título de ciudadano francés. Me atrevo a albergar la esperanza de que usted acceda de manera favorable a mi solicitud.

”De origen español, fui educado en París, donde realicé todos mis estudios y desde hace mucho tiempo considero que Francia es mi verdadera patria, la madre de mi espíritu. Hoy Francia está en peligro y me considero en el deber de pagarle mi deuda de agradecimiento y en el momento en que los pueblos la abandonan, creo correcto protestar individualmente, desde mi oscura habitación, contra esos abandonos egoístas. Usted conoce por intermedio de algunos amigos comunes, cuál ha sido siempre mi ideal político. Siempre he aspirado con todas mis fuerzas a la libertad que hoy usted restaura en medio de lamentables acontecimientos y de terribles sacudidas. En cuanto esté en posesión de mi calidad de francés, la defenderé a pleno sol, sin tregua ni piedad, y por ella le juro que cualquier sacrificio me será fácil.

”Le ruego reciba, señor Ministro...”.

Severiano conservaba de ese anciano, que hubiera podido ser su abuelo, conmovedores recuerdos, pues, según las palabras de Víctor Hugo, había sido él quien, en febrero de 1848, había “metido la realeza en un vehículo” al decirle al rey: “¡Señor, es preciso partir!” Y unas horas más tarde, cuando se le nombró ministro de la Segunda República, la multitud lo había aclamado exclamando: “¡Que viva el buen papá Crémieux!” Ya

desde 1834, cuando Severiano todavía no había nacido, se había puesto de parte de los “insurrectos de abril” para defenderlos. Siempre había formado parte de esa vieja guardia liberal y republicana que nunca dejó de luchar contra el Imperio y su tenacidad le confería, en esos momentos, una gran fuerza y la admiración.

Algunos días después del envío de su carta, un cable telegráfico que permite las comunicaciones entre la capital y las provincias, se rompe bruscamente y la delegación de Tours no puede comunicarse con París. Las dos ciudades quedan aisladas, los prusianos prosiguen sus movimientos hacia la capital y es el inicio del sitio de París.

Desde el punto de vista militar, faltan fondos y no hay cuadros que puedan dirigir a todos esos hombres movilizados, que pronto serán enviados a defender la capital. Los dos ejércitos alemanes, victoriosos luego de la capitulación de Sedán, avanzan lentamente hacia París. Son más de 180 000 hombres bien entrenados, armados con cañones Krupp, los que van a enfrentarse, en una extensión de más de 30 kilómetros, a las famosas fortificaciones de Thiers, las cuales se componen de murallas, algunas de ellas datan de la época de Louis-Philippe, ni tan siquiera se han terminado, y de 16 fuertes provistos de artillería. Entonces, previendo el sitio, se hace entrar 30 000 reses, 180 000 ovejas, toneladas de arroz, de forraje y de trigo, y se solicita apoyo a dos cuerpos del ejército, a los reservistas, a los regimientos de zuavos y de cazadores, a los gendarmes y los guardias de París, a 75 000 soldados de infantería, a 5 000 de caballería, y a divisiones de artillería, a 115 000 guardias móviles y, al inicio, a 60 batallones de la Guardia Nacional. Pero en las elevaciones que circundan la capital, los alemanes instalan poderosas baterías para bombardear la ciudad. Las tropas francesas, presas de pánico, se retiran al interior de las murallas y el gobierno se ve obligado a comunicarse con el exterior mediante globos aerostáticos o palomas mensajeras. Los republicanos moderados estiman indispensable proceder a realizar elecciones en toda Francia para asentar legalmente su poder, pero el gobierno sigue vacilando. Crémieux presagia una catástrofe y afirma que las provincias quieren votar y que si no se satisface su demanda, pronto no se les podrá pedir nada y mucho menos imponerles esfuerzos de guerra.

Con el objetivo de impedir a toda costa esas elecciones, Gambetta sale entonces de París en un globo aerostático para encontrarse con Crémieux en Tours, donde desea hacer escuchar la voz de la autoridad republicana. Sabe que en las provincias hay protestas y que al gobierno revolucionario de París se le reprocha su jacobinismo. Gambetta, el hombre de la juventud y del momento, cree ser el hombre del momento y no vacila en reafirmar la supremacía del poder republicano. Para lograrlo, se rodea de amigos seguros y fieles y como cuenta con el apoyo de todos los abogados, periodistas y políticos de izquierda que estuvieron en la oposición durante el Imperio, los va colocando poco a poco en cargos importantes en todas las prefecturas.

“Vivimos en palacio” —dice—, al hablar de su corte y pronto se reparten todos los puestos. Eugène Spuller es nombrado director de la Seguridad General en todo el territorio y Paul Bert, profesor de Fisiología, es enviado al Norte del país. Severiano los conoce bien; los miembros de la delegación son todos radicales, hermanos, intransigentes y patriotas como él.

Le dirige a Adolphe Crémieux el siguiente texto, cuyo título es *Paz y Plebiscito*<sup>11</sup> junto con esta carta.

“Señor,

”Usted se encuentra en posición de combate y defiende heroicamente el invadido suelo de Francia. Pero permítale a un oscuro soldado, perdido en medio de la lucha, temer para la República la embriaguez exagerada, si la suerte nos concede la victoria, y la desesperación sin límites, si la fortuna nos resulta adversa (...)

”Por ello, el objetivo de este folleto es sugerirle a la nación una política de justicia, de moderación, de razón (...) Me tomo la libertad de someterlo a su considerable experiencia. Usted es uno de los veteranos más venerados por el partido republicano. Me alegraría y me enorgullecería si alguna de las ideas contenidas en ese folleto obtuviera su aprobación y su apoyo.

”Reciba, Señor, mi simpatía y mis respetos”.

Dicho en pocas palabras, Severiano le propone el siguiente programa: “Moderación en caso de victoria, resignación en caso de derrota y plebiscito inmediato, con el fin de conferir al Gobierno de Defensa Nacional los poderes regulares que le faltan y eliminar todo motivo legal a las recriminaciones interesadas”.

Después, una vez que ha repetido que los franceses habían sido quienes habían provocado esa detestable guerra: “La República —dice— tiene que cumplir dos tareas: la primera es la de devolverle a Francia la paz y la libertad, la segunda es la de inaugurar y propagar en el mundo nuevas reglas de política y de justicia. La honrará rechazar toda idea de venganza y constituirá un buen ejemplo a los pueblos y a los ministros del derecho brutal (...)

”Cuidémonos de abrirle el camino a un inesperado Bonaparte. No olvidemos que las batallas del Rívoli y de Marengo acabaron con la gran República. La historia nos lo advierte. En todo caso, que ni se nos ocurra plantear reivindicación territorial alguna. ¡Ni la frontera del Rin, ni expansión inútil! Desconfiemos y pensemos en nuestras libertadas. ¡La paz, por tanto! ¡La paz desde que tenga lugar nuestra primera victoria decisiva! ¡No pongamos en práctica una vieja política carente de moral! Acabemos lo antes posible con la era de las guerras salvajes. ¡Combatamos solamente por la independencia de la Alsacia y la Lorena y por la patria! Este es el mejor programa a seguir en caso de victoria.

---

<sup>11</sup> Texto redactado por Severiano de Heredia y dirigido a Adolphe Crémieux, en venta en todas las librerías de Francia.

"Pero si desgraciadamente París capitula... En ese caso, sería una locura prolongar la resistencia y no podremos sino sufrir el precio y las condiciones del vencedor (...)

"¿Qué ocurrirá después de la capitulación de París? Ya el país ha sido saqueado; se acumularían ruinas mayores. Con cada día que pasa se van agotando nuestros recursos: el señor Bismarck ha entablado una guerra despiadada contra nosotros; devasta y arruina nuestros campos. ¿Podremos organizar un nuevo ejército? El enemigo no nos dejaría ni un momento de descanso. Y por otra parte, ¿no habría que temer la instauración de la anarquía? ¿No sería el caso de que la guerra civil viniera a acabar con nuestros últimos recursos y a destruirnos vergonzosamente? Contar con un nuevo fervor nacional es pura quimera; se precisa que nos atengamos a la realidad. Ya no estamos en 1792; los campesinos se lanzaban contra el enemigo como fieras. Sabían que los antiguos amos se encontraban entre las filas de los invasores y tenían que satisfacer rencores seculares. No poseían nada".

Y Severiano confirma que en caso de capitulación no habría salvación posible: "Comprenderemos finalmente que el despotismo y la indiferencia políticos son las dos cosas que más debe temer un pueblo. En 1852, el golpe de Estado fue acogido con alegría por los intereses atemorizados. Algunos creyeron que era bueno vivir durante 18 años sin preocupaciones, en silencio, en medio del desorden imperial, que no vacilaban en llamar orden. ¿Fue tan terrible el despertar? Teníamos ojos y no queríamos ver; teníamos oídos y no queríamos escuchar. La aventura mexicana, los escándalos de la administración debieron encerrar una advertencia para la mayoría del país. Sólo una minoría ultrajada, vilipendiada, siguió dando el grito de alarma. Pero demasiado tarde.

"Expíamnos duramente nuestra ceguera. Nuestro odio por los déspotas y los salvadores providenciales deberá ser eterno. El Primer Imperio nos trajo la invasión de 1815, el Segundo, la de 1870. ¡Sedán después de Waterloo! Es demasiado. La experiencia es completa. Y diré a los patriotas entristecidos en demasía: 'Ustedes se engañan; ustedes razonan incorrectamente'.

"Al día siguiente del desenlace, hagan que Francia se decida a concederse a sí misma costumbres austeras e instituciones viriles; obliguen a todos los ciudadanos a aprender a manejar un fusil, inviten al gobierno a que declare obligatoria la instrucción (...) a colmar nuestros arsenales, a fundir cañones, a multiplicar nuestras vías férreas, nuestros telégrafos, nuestras fortalezas y así, dentro de algunos años, estarán listos para reanudar la guerra, si lo desean, si Alsacia y Lorena acuden a ustedes y si la mayoría del país lo sigue. Sólo los pueblos libres son verdaderamente grandes.

"Durante el Segundo Imperio gozamos de 20 años de gloria militar y de prosperidad material. París fue reconstruido, el territorio francés aumentó su tamaño. Sin embargo, es preciso confesarlo, en Inglaterra y América se burlaban de Francia. ¿Por qué? Porque soportaba un régimen despótico y

corrompido. Tenemos una hermosa tarea que cumplir. ¡Cuántas cosas debemos hacer! ¡Cuántas reformas debemos llevar a cabo! ¡Cuántos prejuicios deberemos combatir! ¡Qué educación universal deberá ponerse en práctica!”

Por último, después de reconocer que todos los hombres sinceros coinciden en reconocer que la República es la forma de gobierno más simple y más razonable, y que sólo ella encarna cabalmente la justicia y responde a las necesidades modernas de igualdad y verdad, añade que, para evitar nuevas conmociones, una condición resulta indispensable: “Que nosotros, los republicanos, que hemos accedido bruscamente al poder, no nos arroguemos el derecho de ejercer una autoridad que no poseemos y que respetemos la soberanía nacional, erigida en dogma por ustedes mismos. La República ha cometido el inmenso error de no someterse, a partir del 5 de septiembre, a la consulta con el país, a un plebiscito directo y solemne. Hoy es demasiado tarde (...)

”Si sucumbe será fuertemente criticada. Se le echará en cara toda la responsabilidad. Me sorprende que hombres con el valor de los señores Crémieux y Gambetta no hayan pensado en estas futuras eventualidades. Sin lugar a dudas desean fundar la República, pero no ven que ¡al asumir ellos solos esa formidable responsabilidad, la comprometen! La familia de Orleáns ha conservado muchas simpatías en la clase burguesa y comercial. No hay dudas de que el señor Gambetta está preparando las condiciones para que suba al trono. Quisiera que desde ahora, en medio de las tempestades y ante los horizontes ensombrecidos, el gobierno republicano prestara más atención al precipicio al borde del cual se halla. Los viejos partidos que hoy apoyan el Gobierno de Defensa Nacional, pero que esperan aprovecharse más tarde de sus faltas y de su devoción por la cosa pública, verán aniquiladas sus esperanzas por la intervención directa de los pueblos en las decisiones tomadas”.

Y añade: “El país tendrá en cuenta la sinceridad de nuestros políticos. Que los señores Gambetta y Crémieux... convoquen de inmediato a la nación: que nos expongan su programa y que nos soliciten plenos poderes provisionales y bien especificados

(...)

”París nos dio el ejemplo. Sigámoslo. Si nuestro esfuerzo es coronado por la victoria, todo el honor será para nosotros... Habrá muchas más posibilidades de que la mayoría se mantenga fiel a la República, para que Francia no se vea envuelta en recriminaciones anárquicas y se mantenga dueña de su destino, de sus derechos y de su libertad”.

Como todo el mundo, Severiano espera que se eleve la voz de la sabiduría, la voz del hombre, la de Víctor Hugo, pero, en un inicio, el viejo poeta guarda silencio. Le agrada codearse con la multitud que murmure o que proteste; pasea por París en estado de guerra y ya no encuentra los lugares que había abandonado en la mañana de su vida; sólo evoca un jardín, el del convento de las Feuillantines.

*El jardín era grande, profundo, misterioso,  
Altos muros frenaban el atisbo curioso,  
Las flores abundantes cual párpados se abrían,  
Los insectos rojizos por las piedras corrían.*

Es una figura sabia, respetable y admirada a la que se pide consejo, pero que desea mantenerse fuera del poder. Incluso, aunque brinda apoyo al gobierno de la defensa nacional y aprueba su programa y sus declaraciones, su inquietud y su indignación son considerables ante las intrigas y el acomodamiento de los políticos que están ciegos y sordos ante los peligros que amenazan la patria. Y entonces escribe “Al ver cadáveres prusianos flotar sobre el Sena”.<sup>12</sup>

*Estamos en París, volcán, crisol de seres  
Cerca de dos millones de hombres, niños, mujeres;  
Ninguno va a ceder, y ninguna; un furor  
Más veloz deseamos, más sobrio el orador;  
E iría a proclamarlo ante el Ayuntamiento  
Si no fuera una guerra civil lo que presiento...*

Y mientras una Francia indecisa espera, reflexiona y discute, los prusianos avanzan. Sitian las plazas del este y Estrasburgo se rinde; marchan hacia los Vosgos y ocupan Orleáns. Prosiguen su avance inexorable. En París, el gobierno debe enfrentar las reivindicaciones populares y a los blanquistas, que reclaman la celebración de elecciones municipales y se irritan por esa política de espera.

Y entonces, los guardias nacionales de los barrios populares invaden la Alcaldía de París y de alguna manera logran obligar al gobierno a que organice un plebiscito, lo que Severiano deseaba desde hacía tiempo, para ganarse la confianza de los ciudadanos. Los parisinos responden masivamente con un “sí”. Trescientos treinta mil votos a favor y 52 000 en contra.

Ahora, Thiers entabla un diálogo con Bismarck, quien establece sus condiciones. Acepta el armisticio, pero se niega a abastecer la ciudad de París. Exige una Indemnización de 3 000 millones, además de la cesión de la Alsacia y la Lorena. El gobierno se niega y decide continuar la guerra. Se lanza una ofensiva preparada con gran anticipación que partirá de la ciudad de Tours y Orleáns es liberada. Orgulloso por esta victoria, Gambetta se propone reiniciar la ofensiva en París, pues la capital está hambrienta y “reclama nuestra presencia” —declara— para mediados de noviembre de este año terrible. Pero el ejército francés retrocede cada vez más y los alemanes atacan sin descanso. Pronto acontece una desbandada y se repliegan

---

<sup>12</sup> Víctor Hugo: *L'Année Terrible, Actes et Paroles 1870-1871-1872*, noviembre de 1870, pp. 62-64.

hasta Burdeos. El enemigo ocupa Tours. Caen 10 000 prisioneros en manos de los alemanes. Gambetta ya no dispone de un ejército.

Thiers solicita que se convoque a elecciones y así podrá constatarse, según cree, que el pueblo quiere la paz. Gambetta se mantiene en su posición: quiere llevar a cabo una guerra sin cuartel. París se defiende como puede, valientemente, pero ante una hambruna que azota desde hace largos meses, la situación se torna dramática. La gente como ratas, gatos, perros e, incluso, se llega a sacrificar los elefantes y otros animales del zoológico. Los niños carecen de leche y el invierno es en extremo frío ese año; uno de los más rigurosos en mucho tiempo. Se produce una cruel carestía de carbón y de madera. A todas estas desgracias se suma el bombardeo de la ciudad por los alemanes, quienes tratan de vencer la última resistencia de los civiles. Por orden de Guillermo I, rey de Prusia, los disparos de las baterías prusianas se inician el 5 de enero de 1871. Una lluvia de obuses caerá sobre la ciudad, abatiendo primero los fuertes y luego las casas durante todo un mes, causando un centenar de muertos.

Ante este acto de barbarie, el gobierno francés protesta de inmediato y decide ripostar con La Joséphine, un cañón de diez kilómetros de alcance que se halla instalado en el bastión de la puerta de Saint-Ouen. En la mañana del 22 de enero, una multitud se congrega ante la Alcaldía de París y los manifestantes, entre los cuales hay blanquistas, exigen que prosiga el combate, un levantamiento en masa y la rápida elección de la Comuna. “La república —declaran— no puede entrar en conversaciones con un enemigo que ocupa su territorio”. Y de repente se producen unos disparos que dejan un saldo de cinco muertos y 20 heridos ante el pórtico. Nunca se sabrá quién dio la orden de tirar. Atemorizada, la multitud se dispersa. El gobierno se aferra a sus posiciones; al día siguiente suprime varios periódicos revolucionarios, prohíbe todo tipo de reunión pública y ordena la detención de algunos militantes, entre quienes se encuentra Delescluze.

Esta vez envían a Jules Favre a negociar con el intransigente Bismarck, quien lo recibe diciéndole: “París es una jovencita suficientemente rica como para pagar su rescate; esto es, una contribución de guerra, la permanencia de las tropas desarmadas y, después del armisticio, que deberá durar tres semanas, la entrada solemne de los alemanes a París”. Por su parte, Favre rechaza la cesión de los territorios de Alsacia y de Lorena, pero negocia la rendición de París, lo que acarrea la inmediata renuncia de Gambetta, quien traspasa todos sus poderes a Crémieux. Veinticinco departamentos son ocupados por 600 000 enemigos y 40 000 franceses son hechos prisioneros. A partir de ese momento, Francia está ocupada y una línea de demarcación establece la zona de ocupación alemana. Entonces se hace la votación en un París en calma. Lamentablemente, París está vacío y hay más de un 40 % de abstenciones. La burguesía abandonó la hambreada y arruinada ciudad.

Una nueva asamblea se reúne en Burdeos y el nuevo presidente, elegido por una Cámara mayoritariamente monárquica, se llama Jules Grévy.



Es un republicano, pero pacifista y antigambettista. Un hombre con la fuerza de su gran experiencia política se impone de inmediato en la Asamblea. Se llama Adolphe Thiers. Pacificar, reorganizar, recobrar el prestigio, reanimar la actividad laboral, esa constituye la única política que conviene y ese es su proyecto inmediato. “Sólo nos ocuparemos de la reorganización del país. Cuando el país esté organizado vendremos a informarlo (...) y sólo entonces vendrá el momento de decidir cuál será la forma definitiva de gobierno”. Nombrado jefe del poder ejecutivo de la República francesa, Thiers asume la paz y se presenta como el reunificador de todas las familias políticas del país: monárquicos, católicos y republicanos de todas las tendencias.

Pero para Severiano, que ha seguido todos estos acontecimientos con cierto escepticismo y mucha sabiduría; más allá de todas esas querellas entre partidos, para él, lo más importante sigue siendo esa declaración que han hecho los representantes de Alsacia y la Lorena ante la Asamblea:<sup>13</sup> “Proclamamos inviolable por siempre el derecho de los alsacianos y de los loreneses a seguir siendo miembros de la nación francesa. Ninguna asamblea elegida mediante sufragio universal tiene el derecho de invocar su soberanía para cubrir las exigencias destructivas de la Asamblea Nacional”. Ese problema le preocupa en gran medida y se pone a meditar al respecto.

Al mismo tiempo, Bismarck sigue renovando sus exigencias. Desea 6 000 millones y la cesión de toda la Alsacia, de un buen tercio de la Lorena y del territorio de Belfort, lo que deviene objeto de un regateo: “Si no quieren entregarme esos territorios —afirma—, mis tropas desfilarán por París”. Entonces, la Asamblea abandona Burdeos y mientras el gobierno regresa a la capital, la Asamblea va a sesionar a Versalles, pues París es considerado demasiado revolucionario y patriótico. Mas, nadie ha olvidado que su humillada población no ha aceptado la traición del armisticio y de la paz. Y la reacción no se hace esperar. Procede de Louis Blanc, quien se escandaliza cuando se entera de que la residencia de la Asamblea se establecerá en Versalles, símbolo de la realeza, “como si París no fuera necesariamente la capital de Francia”. Y no sólo de Francia, sino también de la Revolución francesa, como no deja de repetir Severiano, que presente el drama que pronto tendrá lugar. Pues en breve, la ciudad queda por su cuenta; se suprime el pago a la Guardia Nacional y el desempleo aumenta críticamente. París ya está listo y sólo espera que salte la chispa que originará el incendio.

El drama estalla cuando el enemigo, que hasta la ratificación del armisticio debía ocupar solamente la parte occidental de la capital, se hace visible ante las puertas de París. Ciertos rumores comienzan a propagarse. ¿Será que el gobierno autorizó a los soldados alemanes a penetrar en París, aunque no hubieran logrado victoria militar alguna contra los parisinos?

---

<sup>13</sup> Declaración de los representantes de Alsacia y de Lorena correspondiente al 17 de febrero de 1871 y que tuvo lugar en la Asamblea Nacional, Pierre Miquel: *III<sup>e</sup> République*, p. 84.

¿A cambio de qué hemos capitulado repentinamente? Abandonarles París después de haber cedido Alsacia y Lorena ya es demasiado. Y ante la duda, resuena un solo grito: “¡Opongamos la fuerza a la fuerza!” La revuelta es espontánea. Ante la traición de los elegidos, estalla la insurrección. Las campanas tocan a rebato durante toda la noche. Más de 40 000 personas se dirigen hacia las barreras de París para detener a los prusianos. La ciudad está en plena efervescencia. Por todas las grandes arterias circulan convoyes de artillería. Entonces, la Guardia Nacional se apodera de todos los fusiles y de 200 cañones y ametralladoras que habían tenido el cuidado de conservar cuidadosamente, cuando se los ocuparon a los prusianos en los barrios residenciales y los llevan a Montmartre, a las colinas de Chaumont, a la plaza de Italia y a la plaza de los Vosgos. Estos guardias, muy bien organizados en comités y agrupados en una federación republicana, son dirigidos por un Comité Central y sólo reconocen a los jefes que ellos mismos escogen. Por todo París ha aparecido un afiche de bordes negros, firmado por todos aquellos que se oponen a los poderes de los diputados de Versalles —artesanos, torneros, obreros anónimos—, en el cual puede leerse “Cualquier agresión implicaría el derrocamiento inmediato de la República”. El ministro del Interior anuncia que próximamente los prusianos entrarán por el oeste de la capital.

El 1º de marzo hay duelo en París: un velo negro cubre todas las estatuas de la plaza de la Concordia. Las calles están sorprendentemente vacías, mientras por la capital desfilan los cascos terminados en punta y redoblan los siniestros tambores de los prusianos. Dos días más tarde, la Guardia Nacional se transforma en el único órgano político de defensa de un París sublevado. Cuenta con 80 000 hombres armados con fusiles y cañones. Los delegados del Comité de los distritos tienen derecho a nombrar a sus jefes y de destituirlos en cuanto pierden la confianza de sus electores, pues, de acuerdo con los estatutos de la Federación, “dado que la República es el único gobierno de derecho y de justicia, no puede estar subordinado al sufragio universal”. Numerosos diputados, entre los cuales se encuentra Jules Favre, se les considera bandidos y los parisinos que han sido víctimas de un asedio que ha durado 138 días, quieren hacerles pagar caro todos los sufrimientos y todas las medidas injustas y humillantes que han tenido que padecer. La reivindicación de independencia y de libertad municipal, deviene tan revolucionaria como la defensa de la patria. Algunos alcaldes de la capital, como Jules Ferry y Clemenceau, dejan de apoyar a Thiers, quien intenta recuperar por la fuerza los cañones de Belleville y de Montmartre. En algunos lugares, incluso los soldados fraternizan con los guardias nacionales y los vecinos les facilitan víveres. Thiers se convierte en blanco de toda la agresividad de los revolucionarios; su cinismo y su empecinamiento lo indisponen con los políticos y muy pronto los mismos guardias nacionales se niegan a cumplir con sus órdenes y ocupan los cuarteles: es la desbandada en el seno del ejército. Son evacuados los fuertes y Thiers aísla la ciudad, que cae en manos de los insurrectos.

El 19 de marzo de 1871, la bandera roja ondea sobre la Alcaldía de París. Entonces se empieza a hablar de pueblo trabajador, de obreros de la verdadera República y se escuchan sus reivindicaciones, numerosas y variadas. ¿Qué quieren? Casi todo y nada en particular. En primer lugar, quitarle la recubierta de oro de la cúpula de los Inválidos, un permanente insulto a la miseria del pueblo, y demoler la columna que se halla al centro de la plaza Vendôme, dado que el arte pertenece al pueblo y el oro que brilla en esos edificios es el producto de su sudor; también quieren hacer que la instrucción sea gratuita y obligatoria. En las iglesias, a partir de las 8 de la noche, se abren clubes que agrupan a trabajadores y obreros, y Luisa Michel, quien más tarde será llamada la Virgen Roja, predica desde lo alto del púlpito su rechazo a la capitulación ante Prusia. “Queremos —dice con voz fuerte— que todos reciban una instrucción a cargo del Estado, que los campos no sean abonados con sangre y que las fangosas aceras no estén repletas de prostitutas, para que así el pueblo, libre, pueda proclamar para siempre la república universal”. Muchas mujeres republicanas la aplauden y traen su aporte a los insurrectos.

En realidad, estos vencedores no tienen un verdadero programa político, pero aspiran a la abolición del Estado. Le dicen al pueblo: “he aquí el mandato que ustedes nos han confiado; allí donde comienza nuestro interés personal, termina nuestro deber: haz tu voluntad”. Se forman comités insurreccionales, los cuales no reconocen la autoridad de los alcaldes ni de los poderes establecidos. Luego de convocarlos, quieren llegar a un entendimiento con ellos para preparar juntos las elecciones. Clemenceau responde a esto diciendo que no pueden rebelarse contra Francia y que París debe reconocer la Asamblea Nacional. Pero el Comité se niega a retirarse y a dejar que sólo discutan los elegidos. Entonces, el radical-revolucionario Millière, aunque era veterano de las barricadas y había sido alcalde de un distrito, como Rochefort, Hugo, Schoelcher y Delescluze, incomodado por el hecho de que los guardias nacionales no están dispuestos a ceder su lugar en la Alcaldía y se mantienen sordos a sus demandas, los increpa diciéndoles: “¡Desciendan de las alturas en la que se colocan! ¡La hora de la Revolución Social todavía no ha sonado!” Pero los guardias no soportan estas hirientes palabras y responden con estas terribles afirmaciones que en sí mismas son una declaración de guerra: “¿Ustedes ponen en duda nuestros títulos? Pero, señores, tenemos también la fuerza... ustedes acaban de declararnos la guerra civil al rechazar unirse a nosotros en una convocatoria regular de electores (...) ¡Será una guerra espantosa, donde habrá incendio y pillaje! ¡Estamos seguros de la victoria, pero si fuésemos vencidos, no dejaremos nada en pie a nuestro alrededor!”

Demasiado tarde. Esa declaración es un grito. Un punto sin regreso. Severiano ya lo preveía desde hacía mucho tiempo y prevalece el silencio. No hay palabras suficientemente fuertes como para describir lo que se les viene encima: el horror, la carnicería. Después de dos meses de guerra civil,

para detener la masacre, sus hermanos, los masones de París, emprenden una nueva tentativa, poniéndose en el medio y desplegando sus estandartes en las puertas de la ciudad, pero París ha firmado un pacto con la muerte, como se lee en las páginas del *Diario Oficial* del 15 de mayo.

La Comuna no se detendrá hasta el final. El 21 de mayo, los versalleses atacan por la Puerta de Saint-Cloud, del 16º distrito y, al llamado de la Comuna, se levantan más de 600 barricadas en París. Se inicia la semana sangrienta con ejecuciones sumarias en las calles de la capital y, poco a poco, todas las barricadas acaban por sucumbir; se prende fuego a las casas de los alrededores para impedir el avance del enemigo; es demolida la columna de la plaza Vendôme, monumento del culto napoleónico, que ya había sufrido cuando el golpe de Estado de diciembre de 1851, símbolo de la fuerza brutal y de la falsa gloria, un insulto permanente que lanzaban los vencedores a los vencidos; se humedecen las paredes con petróleo y se colocan barriles de pólvora dentro de los monumentos. Unos tras otros van a ser incendiadas las Tullerías, la Alcaldía, la Prefectura de la Policía, una parte del Palacio de Justicia, iglesias, teatros, archivos y bibliotecas. París arde, pero la lucha continúa en la colina de las Cailles, en el Jardín Zoológico, en torno al puente de Austerlitz, en los barrios de la Bastilla y del Marais. La ciudad es toda sangre y fuego; Delescluze muere cerca de la Plaza de la República.

Cada campo cuenta numerosas bajas; hay muchas entre los insurrectos: al inicio 6 000, pero 20 días más tarde serán 20 000. Y entonces, en represalia, algunos rehenes son ejecutados. Son fusilados monseñor Darboy y otros eclesiásticos, entre los cuales se encuentra el párroco de la iglesia de la Magdalena. Los versalleses responden ejecutando de manera despiadada, sin juicio previo, a los combatientes o a los sospechosos. Ocurren detenciones, delaciones, y, a la más mínima sospecha, tienen lugar los fusilamientos por todas partes, en el Châtelet, en la Escuela Militar, en las prisiones, en las estaciones de trenes. Incluso se dejan expuestos los cadáveres de los comuneros en plena calle, para que sus familiares los reconozcan. Es una verdadera masacre, sistemática; una carnicería —exclamará Jules Vallès—. En el Panteón de París, Millière, quien había renunciado a su cargo de diputado de París y se había sumado tardíamente a los insurrectos, es fusilado y muere dando gritos de “¡Viva la República! ¡Viva la Humanidad!” El 31 de mayo caen los últimos insurrectos que combatían en medio de las tumbas del cementerio Père Lachaise. Reunidos contra un muro, más tarde recibirá el nombre de “Muro de los Federados”, puede iniciarse la masacre. Los sobrevivientes de los últimos combates son salvajemente ametrallados y sus cuerpos arrojados en confusión en fosas comunes. Las víctimas son enterradas bajo las calles de París e, incluso, en las plazas. Se pronuncian centenares de penas de muerte y varios miles de prisioneros, entre los cuales está Henri Rochefort y Luisa Michel, son deportados al presidio de Nueva Caledonia.

Y cuando, luego del rugido del cañón y el tableteo de las ametralladoras, se impuso el silencio, sólo quedó llanto, odio y vergüenza. Entonces, en medio de la noche, se elevó la voz de un artista, la de un comunero, Eugène Pottier, quien cantó, en un magnífico poema, la esperanza de un futuro luminoso: *La Internacional*.

Severiano lo vio todo, lo escuchó todo. No lejos de su casa, el 21 y el 22 de mayo, las tropas versallesas sitiaron su distrito y tuvieron lugar violentos enfrentamientos en las barricadas del puente Cardinet, de la calle Legendre y de la calle des Dames. Una tarde, a la caída de la noche, colocaron misteriosamente en su barrio un afiche en el cual se les pedía a los residentes del 17º distrito que se movilizaran: "Ciudadanos, asistimos a un hecho sin precedentes. París está siendo bombardeado por los mismos que hace dos meses protestaban ante todo el mundo contra la barbarie prusiana. Son numerosas las víctimas. Los asesinos de Versalles degüellan a nuestros prisioneros. ¡Que se alcen los buenos ciudadanos! ¡No puede haber vacilación alguna! ¡A las barricadas! ¡Adelante, por la Comuna y por la libertad! ¡A las armas! Se ha instalado una oficina en la Alcaldía para recibir ropas y donativos en dinero... ¡Viva la fraternidad!" Nunca se supo quién lo colocó. Estaba firmado por el Comité de Salvación Pública, sección del 17º distrito.

Después de 72 días durante los cuales todo fue permitido y posible, el sueño de construir un mundo nuevo devino pesadilla. Las huellas indelebles de esas trágicas jornadas se inscribieron para siempre en la memoria de ese pueblo de izquierda, que había querido hacer de París una ciudad libre, erigida en comuna autónoma, que se gobernara libremente con ayuda de su consejo comunal y de la organización cívica y corporativa.

Severiano ya no tiene palabras, ya no tiene voz para condenar. Entonces se vuelve hacia su hijo, lo toma entre sus brazos y lo observa con un inmenso orgullo. Y una vez más quiere actuar y, confiado, se orienta decididamente hacia el futuro. Sólo sabe que, a partir de ahora, el terreno ya está preparado y que les ha llegado la hora a él y a sus hermanos republicanos de recoger, tal vez con menos pasión y mayor humildad, todas esas ideas de justicia y de libertad que, durante ese terrible mes de mayo, sembraron los hombres de la Comuna.

## 1870-1871

### En familia y lejos de las barricadas

La primavera no empieza con buenos augurios. El drama resulta evidente. Los amigos se dispersan, se pierden las buenas costumbres e, incluso, el salón del general de Ricard, donde José María suele declamar sus versos, desaparece a su vez. En mayo, a pesar del éxito del plebiscito, que consolida el trono imperial, la situación sigue siendo inquietante y en España las cosas no están mejor. Y José María, que trabaja en el poema “Los conquistadores del oro”, está todavía imbuido de las tradiciones de ese gran país y los acontecimientos que van a desencadenarse lo afectarán de manera particular. Desde el derrocamiento de la reina Isabel, hace apenas dos años, las Cortes quisieran encontrar un nuevo rey que no pertenezca a la familia de los Borbones y han puesto los ojos en un príncipe de origen prusiano, Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen. Temiendo la política agresiva de Bismarck, Francia protesta contra esta nominación y el rey Guillermo de Prusia rechaza todo tipo de conversaciones conciliatorias. La tensión aumenta.

No obstante, los artistas y los pintores —sobre todo, aquellos que viven en otras provincias— parecen estar menos implicados en el combate que se prepara. Cada uno de ellos prosigue su camino, y el del pintor Toulmouche, por ejemplo, a quien José María visita en su taller de la calle Notre-Dame des Champs, es puramente individualista y se sitúa fuera de toda preocupación social. Sólo persigue un objetivo: obtener lo más pronto posible la Legión de Honor. Es cierto que la merece desde hace tiempo y por ello la reclama desde 1867, pero no tiene muchas esperanzas de obtenerla, pues resulta indispensable entretejer día a día toda una serie de hilos de relaciones importantes y contar con un círculo de amigos lo más grande posible dispuestos a apoyar su causa: inspectores de Bellas Artes, curadores y miembros de la Academia. Sin embargo, una mañana, al leer la *Gaceta Oficial* del 22 de junio de 1870, José María descubre el nombre de su amigo en la lista de las nominaciones a la orden de “caballero de la Legión de Honor”. Se dispone de inmediato a hacerle unas letras para felicitarlo por esa consagración que señala el apogeo de su carrera. Pues nada le parece más precioso en el mundo que esa decoración, ¡por pequeña que sea!

Y mientras el pueblo se agita y se concentra en los bulevares, corren rumores de guerra en los salones, de los cuales han ido desertando todos los intelectuales. Es una consternación general y de repente París se torna extrañamente tranquilo. La vida fluye dulcemente... En los barrios lujosos, los burgueses más afortunados abandonan febrilmente la capital para refugiarse en casa de sus familiares o amigos. Siempre hay alguien en algún lugar que se sentirá contento e, incluso, halagada de recibirlos. José María sólo tiene que escoger. Los periódicos desaparecen o cierran; las publicaciones son aplazadas o canceladas. El *Parnaso Contemporáneo* demora su salida.

El clima político de París se ha vuelto malsano. La extrema izquierda tiene mucho éxito en ciertos medios y el mito de la Revolución subsiste en algunos barrios populares. Estos individuos se consideran defensores de los pequeños contra los grandes y predicán la emancipación del pueblo mediante la instrucción y la redistribución de las fortunas a través del impuesto. Lo único diferente es la manera de proceder: unos están por la violencia, las barricadas y el desprecio por el sufragio universal, mientras que los otros, jacobinos y demócratas, no comparten ese criterio. Además, lo más temido por José María es esa bandera roja que algunos enarbolan en Belleville o en el Barrio Latino, símbolo de terror y de muerte, que le recuerda los siniestros acontecimientos que acaban de tener lugar en su Isla. En cuanto habla de ello, su rostro enrojece de indignación y furor; detesta ese color, no le avergüenza reconocerlo, al menos en el círculo de sus amigos más íntimos, donde el ambiente se ha tornado bastante agitado en los últimos tiempos. Las críticas contra la inmoralidad del Segundo Imperio se hacen cada vez más acerbas y el poeta asiste, impotente, a su agonía. Ya nadie vacila en denunciar las costumbres, la vulgaridad y, sobre todo, esa carrera desenfadada en pos del placer de la cual la Corte daba el ejemplo. Incluso en otros círculos más politizados, en los cuales la atmósfera siempre ha sido más seria y austera, como en la residencia de la condesa de Agoult, por ejemplo, adonde acuden intelectuales como Ernest Renan, Louis Ménard, críticos literarios y dramáticos, periodistas, liberales o republicanos, las discusiones son fuertes. A la más mínima ocasión se compara a Jules Ferry con Gambetta, dos abogados cuyos estilos resultan muy diferentes: el primero representa a la burguesía provinciana y a la dinastía de los notables de menor nivel, mientras al segundo, cuyos orígenes son muy modestos, se le considera en lo fundamental como un peligroso aventurero que es mejor no frecuentar.

Presintiendo los sombríos días que se avecinan, el poeta decide de repente irse de París por algunos días. Lo único que le importa son esos versos que está esculpiendo, que perfecciona, que pule. Es un trabajo minucioso y cada día una búsqueda constante y permanente, para seleccionar en el tesoro de la lengua el vocablo más justo, el más apropiado, para expresar su pensamiento. Sin parsimonia y sin exceso. La composición de estos sonetos es, además, tan armoniosa y magistral, que Jules Lemaitre,

brillante egresado de la Escuela Normal de París, profesor de Retórica y amigo de Flaubert, suele decir, al referirse a ellos, “que son tan sonoros que, para recitarlos, la voz humana no resulta suficiente y que sería necesario un cuerno de bronce”. ¿Cómo reprocharle que quiera llevar una vida apacible y serena en el seno de su familia? Ese es probablemente el precio que debe pagar para realizar ese desmesurado esfuerzo artístico.

Cuando llegan a sus oídos esos dramáticos acontecimientos, José María ya se encuentra en Charente-Marítima, en Saint Georges de Olerón. El 19 de julio de 1870, en pleno verano, Francia acaba de declarar la guerra a Prusia. Al enterarse de la noticia, el literato que hay en él reacciona de manera pesimista: el ejército francés está mal organizado y dirigido por jefes mediocres. No se equivoca: en breve se perderá la Alsacia; el ejército francés, bloqueado en Metz y derrotado en Sedán, se verá obligado a capitular y el Emperador cae prisionero. Esta última noticia se propaga rápidamente por las redacciones de todos los periódicos y el 4 de septiembre queda proclamada la Tercera República. Todo tiene lugar velozmente: las fuerzas enemigas se encaminan hacia la capital, se forma un gobierno de defensa nacional y se organiza la resistencia. Se declara una movilización general y a fines de septiembre mediante un decreto se hace un llamado a todos los hombres entre 21 y 40 años, con preferencia solteros o viudos sin hijos, para que se presenten ante el consejo de revisión. Cada departamento debe formar y equipar una brigada de guardias nacionales que será dirigida por oficiales elegidos. Con toda urgencia se necesita preparar nuevas tropas y entrenarlas, formar una especie de ejército de ciudadanos, aunque no tengan la menor vocación militar e ignoren totalmente el oficio, icon tal de que tengan el entusiasmo suficiente!

Víctor Hugo es uno de los primeros en aceptar el reto que lanza la patria en peligro, por lo que se hace guardia nacional. Cuando se entera, José María no se sorprende mayormente, pues conoce el compromiso político y el odio que Hugo siente por el Imperio. Sin embargo, no comparte la admiración de aquellos que lo felicitan por haberse alistado a los 70 años con su cabellera y su barba blancas. Y cuando el viejo poeta muestra tener todavía fuerzas para exclamar ante todos esos hombres mal armados y mal vestidos que hacen fila ante las sombrías puertas de las carnicerías “que un mal fusil es excelente cuando el corazón es bueno”, José María, con sus 28 años y toda su arrogancia, sonrío ante esa ingenuidad pueril presente en sólo unos pocos ancianos cuya grandeza de alma le parece demasiado fútil para esos tiempos. En realidad no le da pena confesarlo: no ha heredado la fibra patriótica de su primo cubano, el Cantor del Niágara, que como Víctor Hugo no hubiera vacilado ni un instante en acudir a la sitiada capital. Eso lo sabe. Su ambición es otra y el camino de la gloria muy diferente para cada uno de los dos. De ahí su desinterés notorio y al mismo tiempo natural, por ese otro primo exiliado también y de quien todo lo separa, irremediabilmente y con mayor razón en este caso, idebido a



su espontánea toma de posición en cuanto se declara la guerra! Además, Severiano, vivo o muerto, no existe para él.

Por ello, ese año, “el Año Terrible”, como lo llamara Víctor Hugo, los Heredia no pasarán ni el invierno, ni la primavera, ni el verano en París, y preferirán, al ver las condiciones de la capital y los sufrimientos de un pueblo carente de calefacción y de víveres, refugiarse primero en Bretaña, en la casa de los Toulmouche, hasta cierto punto parte de la familia. Y le gusta repetir a aquellos que hubieran podido olvidarlo que ambas parejas están muy compenetradas, pues su esposa y la de Toulmouche son originarias de Nantes, de familias de marinos y negociantes que en otros tiempos surcaron todos los océanos. Además, la joven Marie Lecadre es muy hermosa, nativa de Martinica, toca el piano y canta maravillosamente en todos los salones de la región, lo que no deja de agrandar a José María, quien, como todos los criollos, tiene fama de sentirse atraído por las mujeres bellas; sobre todo, cuando son de origen antillano.

Pero para su gran sorpresa, José María se entera de que Toulmouche, sin haber podido disfrutar su decoración, se ha alistado, con otros pintores reclutados en el barrio donde se halla su taller, en la calle Notre-Dames-Champs, y se han incorporado a la 7ª Compañía del 19º Batallón que debe defender la sitiada capital. No es el único que ha tomado posición: poco después le sigue Samuel Pozzi, hijo de un pastor republicano y joven médico muy seductor, a quien se solía ver en los salones literarios, que se ha alistado como voluntario, así como su querido amigo Leconte de Lisle que también se ha enrolado como guardia nacional. El primero regresará herido y el segundo, sano y salvo, pero asqueado de todo lo que ha presenciado. También Théodore de Banville asistirá al sitio de París en calidad de guardia nacional, pero producto de la fatiga causada por el servicio cae enfermo y se retira a los 47 años para escribir *Los idilios prusianos*, constituido por escenas de la guerra franco-prusiana. Todos tienen en común un sentido del deber y un amor patriótico bastante fuerte como para dejar de buena o mala gana sus pinceles, sus plumas o sus bisturís y partir a la guerra, ignorando lo que encontrarían del otro lado. ¡Pero poseen también la fibra republicana! José María se permite ponerlo en duda.

De todos esos hombres excepcionales que lo circundan, el que lo conmueve más es Flaubert, quien ha visto, aparte de sus preocupaciones y duelos personales, la llegada de los prusianos a su propiedad en Normandía. *Croisset...* El sitio donde transcurrió casi toda su vida; en ese admirable paisaje de la margen derecha del Sena, a una hora de Ruán, se alza su retiro campestre, cuyo jardín bordea el sendero de tiro de embarcaciones y se eleva un tanto hasta llegar a la casa. Más allá, un camino flanqueado de tilos sube hasta el pie de la colina boscosa de Canteleu, desde donde puede divisarse toda la ciudad, su puerto y sus iglesias hasta el acantilado de Bon-Secours. Y José María no puede comprender cómo ese hombre excepcional ha podido llegar hasta ese punto.

Flaubert había vuelto a ocuparse de *La tentación de San Antonio* en el momento en que había estallado la guerra. En verdad, de él se decía que era dolorosa e ingenuamente un patriota como Thiers, el burgués, a quien aborrecía, o el demócrata Gambetta, con el que “simpatizó” cuando se le presentó la ocasión de conocerlo personalmente. Se sabe que quiso alistarse y que, luego de ser designado teniente de la Guardia Nacional, se esforzó por resistir tratando de engañarse a sí mismo con relación a sus jefes, sus planes y con relación al pueblo hasta que, poco a poco, fue perdiendo todas sus ilusiones, que al fin y al cabo no le dejaron sino un sabor bien amargo. Él mismo contaría después cómo pasaba días enteros haciendo maniobras con sus hombres y que al caer la noche los llevaba a patrullar los bosques, pero que en ningún momento dejó de deplorar la falta de disciplina de todos esos soldados reclutados de cualquier manera y en cualquier lugar. Eso explicaba, según él, por qué tantos oficiales de su compañía dimitían uno tras otro. Todos sus amigos combatían y las noticias escaseaban; sobre todo, cuando París fue sitiado. A partir de ese momento, Flaubert esperará lo peor: temía que los prusianos llegaran a su propiedad de Croisset y saquearan todas sus pertenencias. Pero en caso de que ocurriera esta desgracia, todo lo había previsto y su manuscrito y sus notas para *La tentación de San Antonio* estaban escondidos en el jardín. Un poco más tarde le sugirió a su madre que no se quedara en la aislada casa solariega y se marchó con ella para instalarse en Ruán. Pero Ruán fue ocupado y los alemanes llegaron a Croisset. Por fortuna, al principio sólo eran diez. “Diez prusianos y cuatro caballos —les cuenta a sus amigos— que van a quedarse durante 45 días y que van a consumir toda su provisión de leña. Luego, una vez que se firmó el armisticio, instalaron a 40 hombres. Sin embargo, si se exceptúan algunos libros que tomaron de sus estantes, todo lo demás se respetó”.

El 1º de febrero, los prusianos evacuaron Croisset, pero como el gran escritor normando temía el regreso, a la vida normal en su profanado retiro, se fue en compañía de Alejandro Dumas hijo a Bélgica a visitar a la princesa Matilde. A su regreso, el 1º de abril, se instaló de nuevo en Croisset. Desgraciadamente, su dolor resultó tan grande, que pronto se dejó llevar por la melancolía, pues, aunque no se lo dijo a nadie, nunca pudo reconciliarse con la idea de que los invasores hubieran penetrado en su residencia privada. Por un momento pensó en la muerte, pero después reanudó su trabajo. Mas, conmovido en lo más profundo de su ser por esa humillación, cuyo secreto guardó por el resto de sus días, la enfermedad nerviosa que desde hacía más de siete años había estado latente, se manifestó bruscamente. Reaparecieron sus angustias y nuevos signos de inquietud y de impaciencia se apoderaron de él.

Después de ocho meses de ausencia y antes de que se acabara el invierno, José María también decide regresar a París, para ver si todo lo que le habían relatado en su retiro era realmente así. Viaja solo, pero lo que a su

llegada ve en la capital lo paraliza de horror. En todos los barrios se come carne de perro y en el mercado de Saint-Germain acaban de abrir una carnicería canina y felina y ante ella hacen fila los clientes. De manera que en ese barrio elegante, ese nuevo tipo de comercio tiene sus aficionados y una numerosa clientela burguesa. En los restaurantes se sirve un plato de gato por 3 francos y una costilla de perro por 50 céntimos. París ha sufrido mucho y, cuando pasa por la avenida de Breteuil, para ver si el edificio en el cual residía antes de su matrimonio ha sido o no alcanzado por los bombardeos, con pena constata que un obús ha arrancado un pedazo del balcón de su habitación, si bien todo el resto sigue intacto. Su madre tuvo la precaución de poner todas sus pertenencias en el sótano. Luego, con mucha tristeza y cólera constata que todos los árboles que bordeaban las avenidas de su barriada, todos, sin excepción, incluso los más viejos, algunos de los cuales databan de la época de Luis XIV, fueron derribados. Y cuando regresa a Bretaña para reunirse con su esposa y con su madre, les relata lo que ha visto en un París sitiado y, para justificar los salvajes excesos perpetrados en los jardines, les explica que los infelices parisinos seguramente no habían tenido otra opción para no morir de frío y que, después de todo, lo milagroso era que se hubieran salvado.

Enseguida recibe noticias de todos sus amigos, artistas, pintores, poetas y novelistas, que se alistaron durante el sitio de París; algunos resultaron heridos, como Samuel Pozzi; otros emigraron, como es el caso de la princesa Matilde, que tenía uno de los salones más estimados de la capital; finalmente, otros, como él mismo, guardaron silencio, lejos del tumulto y de la anarquía. ¡Qué importa! Está cada vez más seguro de que su amigo Flaubert tenía razón cuando le decía no más el día anterior al pintor Claudius Popelin que hacía su retrato: “Estoy convencido de que entramos en un mundo repugnante en el cual la gente como nosotros no tendrán razón de ser. Habrá que ser utilitario y militar, ahorrador, pequeño, pobre, abyecto”.<sup>14</sup>

En enero de 1871, el gobierno de defensa nacional se resigna a firmar el armisticio; es la capitulación, pero el sitio de París prosigue. Trae a su esposa, en estado de su primer hijo, desde Bretaña para instalarla en una casa como la que alquila todos los años en La Baule o en Menton. Esta vez se retirarán hacia la Côte d’Azur, donde el clima es delicioso, para olvidar la guerra, el sitio y otros acontecimientos mucho más dramáticos que ni tan siquiera sospechan. Por entonces le llegan tres cartas de Leconte de Lisle, su venerado maestro. La primera está fechada el 11 de febrero de 1871 y relata el sitio de París.

“Mi querido amigo,

”Desde que comenzó el sitio, le he escrito tres veces por medio del aerostato. En cuanto se nos permitió escribir a los departamentos, le envié

---

<sup>14</sup> Carta de Flaubert a Claudius Popelin, fechada el 28 de octubre de 1870. En René Dumesnil: *Gustave Flaubert, L'homme et l'œuvre*, p. 268.

una cuarta carta a Olerón. Usted no recibió nada y sus respuestas se perdieron todas.

"Durante mucho tiempo recordaré con infinita amargura el sitio de París, pues nada faltó, ni sufrimientos materiales, ni penas morales. Nuestra infeliz barriada fue bombardeada con obuses durante aproximadamente un mes: los silbidos y las detonaciones no cesaban ni de día ni de noche. Los bombardeos mataron a más mujeres y niños que a hombres.

"Hoy todo ha terminado. Entregaron la capital con una singular precipitación. La población, que se comportó admirablemente desde el primero hasta último día, no quería sino resistir a pesar del hambre. Y sólo sabe Dios que el pan que nos daban era espantoso, negro, pegajoso, infecto además de un pedacito de carne de caballo cada cuatro días. ¡Qué horror el caballo! No le hablo de las infamias que se vendían a precio de oro por las calles: perros, gatos y ratas, sin hablar de cosas indecibles. Hemos vivido con un poco de arroz (...) Ustedes han hecho muy bien al irse de París; la señora Heredia no hubiera podido soportar las angustias de este malhadado sitio. Por fin ya terminó...

"Por otra parte, la extrema tontería de los republicanos, su total falta de espíritu político, su ignorancia, la rabia que los lleva a destrozarse continuamente unos a otros, la envidia que los devora y la interminable serie de otros vicios que les son característicos, nos van a traer una restauración monárquica en menos de seis meses. He ahí una profecía actual. Se cumplirá como se cumplieron todas las demás".

Sin respuesta de José María, el maestro, inquieto por la suerte de su joven discípulo, le envía estas líneas con fecha del 29 de mayo de 1871.

"Hemos vivido durante dos días con sus noches en medio de una verdadera lluvia de proyectiles. Una batería que cubría el extremo de la calle de Grenelle y los obuses que esos malditos nos lanzaban desde el Panteón, sacudían toda la casa de arriba abajo. A cada minuto esperábamos la muerte. Por fin, todo terminó. Tengo la esperanza de que la represión sea tal que ya nada se moverá y en lo que a mí respecta, quisiera que fuera radical.

"Sinceramente suyo

*"Leconte de Lisle".*

Y unos días más tarde, cuando todavía París está en llamas, le llega esta tercera misiva con fecha del 2 de junio de 1871. José María queda consternado cuando la lee.

"Comenzamos a reponernos de la horrible impresión que nos ha abrumado. Sin embargo, el castigo infligido a esas bestias feroces ha sido tan terrible que, a pesar de mi muy legítima exasperación, todavía estoy espantado. Es cierto que esos monstruos merecían ser tratados como lobos salvajes. Nos hubieran masacrado a todos, nos hubieran quemado vivos, si hubieran tenido tiempo; asesinaron a familias enteras, empujándolas a las llamas a bayonetazos; son miserables saqueadores, cuyos bolsillos estaban repletos de oro y de billetes robados en todas las cajas públicas y privadas;

redujeron a cenizas la biblioteca del Louvre, han acibillado con obuses la Galería de Apolo e incendiado totalmente las Tullerías, el palacio de Orsay, la Alcaldía de París, con todo lo que contenía de riquezas nacionales, ahora perdidas para siempre, incluidos los dos techos pintados por Delacroix e Ingres (...) sus crímenes son espantosos y sin precedentes en la historia, pero, como le decía, su castigo ha sido terrible.

”Diecinueve mil cadáveres fueron amontonados en la esquina de las calles y en los parques, sin contar los que cubrían Belleville, Charonne y Ménilmontant. Las ejecuciones sumarias duraron tres días después del combate (...) En París, los arrestos se multiplican y, no obstante, todavía se dan partes de tentativas de incendio y de disparos contra los soldados. Habría que deportar a toda la canalla parisina, hombres, mujeres y niños, para acabar con las seguras venganzas que sólo esperan el momento oportuno; pero hay medidas imposibles y desgraciadamente son las menos inexorables (...)

”¡Qué sacudida social, amigo mío! ¿Podrá Francia erguirse luego de una caída tan profunda? ¿Es así como terminan las naciones? ¿Acaso, esa liga de todos los desclasados, de todos los incapaces, de todos los envidiosos, de todos los asesinos, de todos los ladrones, malos poetas, malos pintores, periodistas frustrados, novelistas de baja estofa, obreros desenfrenados y borrachos, mujeres perdidas, niños depravados, esa escoria social que llaman la Internacional, va a intentar otras masacres, nuevos incendios en Londres, en Manchester, en Alemania, en Italia? Todo nos lo confirma, si los gobiernos no prestan la atención suficiente...

”Está bien; es así como debe finalizar la civilización moderna, junto a tanta ciencia laboriosamente adquirida, tantas obras intelectuales definitivas, tanto genio industrial, tantas magníficas esperanzas, ante los excesos de un populacho estúpido y rabioso; ¿vale la pena haber vivido y seguir viviendo?

”...Le reitero mis afectos más sinceros

”*Leconte de Lisle*”.

Y entonces, abrumado por lo que acaba de leer de boca de un poeta, José María, retirado en medio de las flores, en un clima paradisíaco, espera el nacimiento de su primer hijo. En la villa de Carnolès, que alquiló como todos los años, nacerá en pleno mes de julio Hélène, la primogénita de la pareja de los Heredia. Es prieta como una ciruela meridional, dice su madre cuando la ve, y tan gorda, que ha habido que emplear los fórceps para que pudiera salir y, al hacer fuerza, le han aplastado ligeramente la cabeza. Nada de eso dura mucho, le dice el enervado marido a su mujer, llorosa y totalmente agotada.

En septiembre, todo ha vuelto a la normalidad en la capital; ya ha salido un segundo número del *Parnaso Contemporáneo* con sus primeros sonetos épicos, “Los conquistadores del oro” y José María, que acaba de concluir “El apretón de manos”, se lo envía a Leconte de Lisle. Es el primero de esos tres largos poemas en terza rima que integrarán el *Romancero*.

*Los ojos del anciano flameaban. El dolor  
De sentir comprimida su carne juvenil  
Hizo gemir a Ruy y se oyó un estertor.*

*(...)*

*Con gritos resentidos y con llanto llameante  
Dice que su mejilla fue vilmente golpeada,  
Quién lo había insultado, el lugar, el instante;*

*Sacando de la vaina Tizona, bien templada,  
Y bajando la guarda, igual que un crucifijo,  
La espada tiende al joven, gigantesca, pesada.*

*Toma. Sírvete de ella como yo —así le dijo—.  
Que tu planta sea firme, tu mano, vengadora  
Devuélveme el honor perdido. Ve, mi hijo.*

*Ruy ajustició al Conde en menos de una hora.*

Con toda la estima que siente por su maestro, le confiesa que, aunque estaba abrumado por todo lo que estaba sucediendo, lejos de París había seguido escribiendo. Le anuncia al mismo tiempo que está componiendo un cuaderno de sonetos titulado *Los Trofeos* que le exigirá mucho trabajo y mucho tiempo.

## 1872-1877

### Llamamiento a los habitantes del 17° distrito

Luego de haber desempeñado el papel de “conciliador” en el conflicto que oponía a Francia y Alemania y de haberse dirigido a las más altas autoridades para aconsejarles una política de justicia, de moderación y de raciocinio, una vez terminada la guerra, Severiano se inserta en el devenir histórico, que en ese momento arrastra a todas las mentes comprometidas con las ideas de regeneración social. Y el medio para lograrlo es la instrucción gratuita y obligatoria para todos, uno de sus temas favoritos, del cual no vacilará en hacerse el ardiente defensor. Para él, el hombre está indisolublemente ligado a su tiempo; en cada nueva situación, a cada nuevo acontecimiento, se afirma su posición, se hace más fuerte, tanto más cuanto acaba de recibir, al mismo tiempo que su compatriota y amigo, José White, la naturalización francesa. Sin embargo, saludará con una alegría mezclada de tristeza el advenimiento de la Tercera República en la alborada de ese nuevo año. Es cierto que hay una república que constituye el gobierno legal del país y que Thiers, primer presidente de ese nuevo gobierno, el día de su entrada a la Asamblea se permite lanzar a la cara de Gambetta, considerado más peligroso que la Comuna misma: “Querer otra cosa, sería una revolución, y la más temible de todas”. Pues, en ese paso de una sociedad bonapartista, profundamente católica, inmoral y poco escrupulosa, en la cual reinaba el dinero, a esta otra, laica y republicana, en la cual tantos hombres de izquierda han cifrado sus esperanzas, habrá, de hecho, muchos perdedores.

No obstante, antes de que la “República de los republicanos” se consolide, Severiano sabe muy bien que deberá llegar el momento del perdón. Y cuando en abril de 1872, la voz de Víctor Hugo se alza de nuevo en medio de la noche y nos habla del “terrible eclipse” de la conciencia humana que tuvo por nombre *la Comuna*, se le pide que suprima algunos pasajes de su *Año terrible*, que acaba de publicarse. La Sociedad de Autores Dramáticos solicita, incluso, la exclusión de ese “jefe y sostén de una secta de asesinos”.

Pero cuando se dirige *A aquellos que son vilipendiados*,<sup>15</sup> toda la humanidad da un gran paso adelante:

*¡Con ustedes estoy! Tengo esa oscura gloria.  
Me atrae el humillado, el golpeado, el herido;  
Y me siento su hermano; y, caídos, defendiendo  
A los que combatía cuando eran triunfadores;  
Quiero —pues me ilumina lo que ensombrece a otros—  
Olvidar sus injurias, quiero olvidar su ira,  
Y los odiosos nombres con que me calumniaban.  
Ya no son enemigos, porque son infelices.*

*(...)*

*¿Cuántas veces será menester repetirles  
A ustedes, que debieron servir de conductores,  
Que era preciso darles su parte en la ciudad  
Que la ceguera vuestra conduce a la de ellos;  
De tutela mezquina se recogen los frutos,  
Y el mal que han hecho, es mal que ustedes provocaron.  
Porque no los guiaron, tomados de la mano,  
Ni la luz les mostraron, ni la senda correcta;  
Los dejaron perderse dentro del laberinto.  
Ellos, que ustedes temen, tienen temor de ustedes  
Porque nunca sintieron fraternidad alguna.*

*(...)*

*No es el cañón rugiente del mes de Vendimiario,  
Ni las balas de junio, ni las bombas de mayo  
Lo que apacigua el odio, lo que cierra la herida.  
Para ayudar al pueblo a buscar soluciones  
Yo me vuelvo hacia ellos. Lo primero: mi amor.  
El resto ya vendrá. Sí, yo estoy con ustedes;  
Siento la obstinación feroz de ser amable,  
Oh, vencidos, y digo: ¡Que no haya represalias!*

*(...)*

*Pues bien y entonces yo ¿qué quieren que les diga?  
Que se equivocan. Oigo los gritos, veo el miedo,  
El horror y la sangre, las fosas, la metralla.  
Censuro. ¿Acaso es mía la culpa? Tengo entrañas.  
¡Dios eterno! ¿Hacia el mal dirigimos los pasos?  
¿Por qué se precipitan tan duros vendavales  
Sobre tanta ceguera, sobre tanta indigencia?  
Me estremezco.*

---

<sup>15</sup> Victor Hugo: *L'Année terrible, Actes et Paroles 1870-1871-1872, Pendant l'exil (1852-1870)*, p. 180.



Desde sus inicios, Severiano formará parte de esa izquierda republicana, cuyos miembros están muy unidos entre sí, a partir de su toma de posición con relación al laicismo. Todos saben que Thiers pretende, conforme a sus convicciones, establecer la reconquista católica en todos los actos civiles de la sociedad. Comenzando por los entierros fuera del ámbito de la Iglesia, violentamente defendidos por los blanquistas y por los librepensadores y transformados en símbolo de la resurrección social. Se habla también de la construcción de una amplia basílica en el mismo sitio en que comenzó la Comuna, en la colina de Montmatre, y los legitimistas quieren que sea de utilidad pública. Sin embargo, no se trata de hacer desaparecer totalmente la Iglesia, como lo insinúan sus enemigos conservadores y Severiano se defiende arguyendo que muy bien se puede ser hostil al actual catolicismo y ser uno de los mayores guías espirituales de la época, como lo demostró Víctor Hugo en sus *Miserables*, escrito en 1862, novela cristiana por excelencia. Por otra parte, el sentimiento predominante en todos los católicos y que va a suscitar tantos desgarramientos es el temor, pues se les ha persuadido de que los republicanos no sólo desean laicizar el Estado, sino también desecristianizar toda Francia.

La burguesía, a la cual pertenece Severiano, imprime su carácter al régimen actual: ahorrativo, trabajador, masón y, sobre todo, laico. Por su formación y su educación resulta ser anticipadamente uno de los más fervientes republicanos y defensor de los principios liberales. En efecto, uno de los rasgos más notables de la época, quizás el más significativo, es que la adquisición de diplomas superiores constituye el medio más seguro para poder acceder a los más altos cargos públicos; así se presenta la situación en ese momento. Y entonces recuerda, con gran emoción, a su padre Ignacio, quien, durante toda su vida, nunca dejó de trabajar como abogado en Matanzas. Los mismos consejos sobre lo incierto del futuro los había dado a su sobrino José María, y luego a su hijo, Severiano, aconsejándole, cuando todavía no era más que un niño, que continuara siempre sus estudios, paralelamente a su vocación, si experimentaba alguna, pues “nadie —le gustaba repetirle— está en condiciones de saber lo que la vida puede reservarle a quien nace sin bienes de fortuna”. Ninguno de los dos olvidaría nunca esa lección que ambos habían heredado.

Desde la instalación timorata de esa naciente República, el tema más espinoso sobre el cual no cesan los debates, es el anticlericalismo. Resulta el tema favorito de los monárquicos y de los grupos de centro-derecha, que tratan que Thiers, jefe del ejecutivo, dimita, por haber declarado que quería hacer el leal intento de implantar las instituciones republicanas. Por su toma de posición, en breve se volverá un personaje molesto y algunos quieren impedir a toda costa que le tienda la mano a Gambetta, quien, de asumir el Estado republicano, impondría un programa en el cual la religión se excluiría de las escuelas. Esta gente —así se refieren a ellos— quieren “ahogar la gran voz de la religión”. Y con los enemigos de la sociedad religiosa, partidarios

todos ellos de la escuela laica y de la separación del Estado y la Iglesia, no se discute. Es perentorio que la población esté informada acerca de las pretensiones del enemigo —así se expresan los partidos conservadores— que quieren formar un gobierno de combate para luchar contra el radicalismo, adversario —les gusta precisar— de todos los partidos respetables.

Por su parte, Severiano se inserta por completo en el combate y, con un programa radical, se presenta a las elecciones del consejo municipal de París por el barrio de Ternes, en el cual, según acaba de enterarse, se ha liberado un escaño. Es su barrio y en él milita desde hace ya varios años, y numerosos electores que lo conocen y nunca han dejado de apreciar sus brillantes cualidades intelectuales y sus firmes convicciones republicanas, le proponen presentar su candidatura. Resulta inmediatamente elegido y el cuerpo electoral, seducido por la transparencia de sus declaraciones, lo nombra, en abril de 1873, miembro del consejo municipal de París por amplia mayoría. Son sus inicios en política y ya resultan prometedores. En su lucha por la reforma de la escuela primaria, gratuita, laica y obligatoria, es apoyado y ayudado por el fisiólogo Paul Bert, materialista militante, que va a tratar de encontrar, en su compañía, los medios para remediar ese enorme retraso. Y en un banquete de vinateros se escuchará exclamar desde lo alto de su tribuna al diputado republicano: “Brindo por la destrucción de la filoxera... la filoxera que se esconde bajo la vid y la que se esconde bajo la hoja de parra... Para la primera tenemos el sulfuro de carbono, para la segunda, el artículo 7 de la ley Ferry”.<sup>16</sup>

Hay tensión en el ambiente y pronto la prensa de derecha dirá que Jules Ferry es un Nerón o que “prefigura al Anticristo”. Ferry replica de inmediato en el hemiciclo parlamentario a un diputado alsaciano de derecha: “Si perseguimos a los jesuitas, es porque los jesuitas son el alma de esa milicia laica contra la que luchamos desde hace siete años... ¿Acaso no nos ha encomendado el partido republicano de Francia que no sólo fortalezcamos la República, sino también que la fundemos sobre bases sólidas?” A esos insultos lanzados contra el ministro de Instrucción Pública, sigue la protesta del escritor volteriano Edmond About, quien no vacila tampoco en llamar “animales ignorantes y fangosos” a los hermanos de las escuelas católicas. Se presencian manifestaciones cada vez más hostiles a esos proyectos de ley que suscitan una emoción muy viva en el seno de la Iglesia y de las clases aristocráticas o pertenecientes a la alta burguesía. Y entonces son los jesuitas, la pesadilla de los librepensadores, quienes resultan atacados y los más virulentos entre los republicanos reclaman que se clausuren los establecimientos que se estimen escuela de contrarrevolucionarios y donde

---

<sup>16</sup> Artículo 7 de la ley Ferry, uno de los más discutidos en el seno de la Iglesia, de la aristocracia y de la alta burguesía, pero adoptada por 333 votos contra 164. “Aquí se le confiere un no sé qué de místico a la exclamación ‘Viva el artículo 7’”. Devino la consigna de Francia.

se aprende a detestar y a maldecir las ideas que constituyen el honor y la razón de ser de la Francia moderna.

En mayo, las profundas disensiones que suceden entre el centro izquierdista y los radicales provocan la caída de Thiers. Y el general de Mac-Mahon, duque de Magenta, monárquico y recientemente elegido, declara de inmediato a la Asamblea: “Con ayuda de Dios... seguiremos restableciendo el orden moral en nuestro país y mantendremos la paz y los principios sobre los cuales se asienta la sociedad”. “La República de los Duques” con el duque de Broglie al frente del ministerio, echa mano al poder y pone a la orden del día una política decididamente conservadora que trata de anular los progresos del radicalismo y restablecer la monarquía. Se producen entonces conversaciones entre la familia del conde de París, el conde de Chambord —hijo de la duquesa de Berry y ministro del Interior bajo Luis Felipe— y el príncipe de Joinville. El mismo duque de Broglie dirá: “No tendríamos perdón si no tratáramos de restaurar la monarquía” y la prensa católica multiplica los ecos de apoyo. Georges Sand, atemorizada por esos aires de reacción que soplan sobre Francia, le escribe a Flaubert en el otoño de 1873: “Siento el ascenso de un olor a sacristía”. Y corren rumores de que los grupos realistas quieren la prórroga de poderes de Mac-Mahon por diez años.

Es el preciso momento que Severiano escoge para lanzar su “Llamamiento a los habitantes del 17º distrito”.<sup>17</sup> Y con ese texto afirma como uno de los primeros fundadores de la Sociedad de Escuelas Laicas, cuyo objetivo es crear y apoyar un gran número de escuelas republicanas en París.

“Setenta mil niños estaban ante la imposibilidad de encontrar su lugar en las escuelas de la ciudad de París. Por consiguiente, el consejo municipal acaba de aprobar la creación de 36 nuevos grupos escolares. Esa cifra sigue siendo insuficiente. Algunos hombres, entre quienes tengo el honor de contarme, y que son conocidos por su dedicación a la causa de la enseñanza laica, quieren tratar de remediar tan dolorosa situación.

”Ya en el 1º distrito existen dos escuelas, la primera para las hembras, fundada hace un año por la Sociedad y, en plena prosperidad, la segunda para los varones en la calle de las Dos Bolas, creada hace algunos meses, y una tercera, que pronto se abrirá en el 9º distrito. La misión de los delegados es agrupar las tentativas aisladas... de dar a conocer a todos la existencia de nuestra Sociedad de Escuelas Laicas... comunicar el *status*, reunir sobre todo las promesas de suscripción al nuevo capital que se propone emitir para extender su acción a toda la ciudad de París y, en caso necesario, a todo el departamento del Sena. Tienen también el encargo de organizar lo antes posible, con los afiliados que se aproximen a ellos, un comité escolar por distrito para establecer las necesidades de escuelas, bibliotecas y cursos

---

<sup>17</sup> Texto redactado por Severiano de Heredia, delegado por el 17º distrito y aprobado por el Consejo de Administración de la Sociedad de Escuelas Laicas, cuya sede se encontraba en el Nº 17 de la calle Jean Lantiez.

para adultos (...) Delegado ante vosotros, Señores, me apresuro a darles a conocer nuestra obra y pedir vuestro concurso”.

Severiano se refiere de inmediato a Estados Unidos, la única república democrática, además de Suiza, que existía entonces en el mundo, donde, afirma: “no hay propietario, industrial u hombre inteligente que no contribuya a difundir una enseñanza fundada en los principios de justicia y de orden democrático”.

“A la cabeza de esos principios colocamos la laicidad absoluta de los programas en la escuela, así como el respeto más absoluto por quienes no tienen el honor de pertenecer a semejantes comités. Cada ciudad está dividida en distritos escolares y más de 700 000 personas de las clases más acomodadas se ocupan de los intereses intelectuales del país. Y, como lo recordaba ayer el *Diario Oficial* de la Comuna, seguimos ese ejemplo que brinda la Gran República; ‘El pueblo ha llegado a la mayoría de edad, como en Estados Unidos, y quiere gobernar él mismo’. Agrupémonos y actuemos, si estamos dispuestos a suprimir la ignorancia, si estamos dispuestos a enfrentar todos los sacrificios por los sentimientos religiosos de padres y la libertad incontestable que tienen, fuera del ámbito de la escuela, la enseñanza dogmática de su conveniencia. Esto equivale a decir que creemos indispensable el progreso de la ilustración, el buen equilibrio del intelecto, la separación de la Iglesia del Estado. Mi llamamiento se dirige a todos aquellos de ustedes que reclaman, en nombre de la libertad misma de conciencia, la instrucción laica y libre. La escuela, ampliamente abierta a todos, secularizada y fortalecida en sus programas, es la única que puede ser iniciadora de la libertad. Continuemos provocando en su favor la acción de los poderes públicos; solicitando, como una ley para la salvaguardia de la nación, una nueva ley escolar más amplia y más progresista. Es bueno defender con solicitudes, en nuestros discursos, en nuestros escritos, los derechos del niño a disfrutar de una instrucción científica y moral, pero resulta mucho mejor, otorgárselo. Es nuestro derecho solicitar escuelas al Estado, a la Comuna; construir las nosotros mismos será nuestro honor.

”*Severiano de Heredia*  
Delegado del 17° distrito  
Boulevard Péreire N° 147”.

Al redactar este llamamiento, Severiano se mantiene fiel a su fe en la iniciativa individual y pretende reunir junto a nuestra gran Universidad Estatal, todas las asociaciones republicanas consagradas a la instrucción, pero piensa también en los niños; en particular, en su hija Marcelle,<sup>18</sup> que recién acaba de nacer el 17 de julio pasado. Busca el mejoramiento de la suerte de las

---

<sup>18</sup> Marcelle es la hija de Severiano de Heredia con Henriette Hanaire. Nació el 17 de julio de 1873 en París y realizó estudios científicos avanzados en la Universidad de París. Después se convirtió en la alumna y luego, la esposa de Louis

mujeres en todo el mundo y para todas, la emancipación, la educación y la igualdad con los hombres. Conocido ya como republicano con sorprendentes cualidades morales, que, según creen algunos, le son dadas por su origen insular, también se dice que es muy accesible, dedicado, sobre todo, a los más humildes, y que tiene una constante preocupación por los males que hay que atender y de los servicios que es preciso brindar. Pronto, la prensa hablará de él y en una revista literaria de moda<sup>19</sup> en la cual publican tanto Víctor Hugo y Émile Zola como Gambetta, el periodista que ha evocado la personalidad de Severiano finaliza su elogioso retrato, diciendo que “para que su pluralidad sea completa, sólo le falta tener enemigos”.

Ese mismo año, en el anfiteatro de la Sorbona, Severiano asiste al discurso de toma de posesión del nuevo presidente de la Asociación Filotécnica, quien, ante un público docto e ilustrado, renueva la clásica profesión de fe de esta primera organización francesa, luego del Instituto de Francia. Fundada poco después de la Revolución, una vez que la Academia Francesa y las otras instituciones fueron destruidas, se convirtió en un punto de encuentro para los científicos y los literatos. Haciendo un resumen de los últimos 42 años de existencia, demuestra cómo el romanticismo condujo al realismo y el realismo a la perversión de las costumbres y los gustos. Por ello —continúa dirigiéndose a esos nuevos afiliados—, el deber de las sociedades literarias, científicas o artísticas, es colocarse a la cabeza de una cruzada intelectual en pos del ideal. Severiano aprueba ese objetivo íntegramente; sabe de la urgencia de las necesidades actuales y el lugar importante que debe ocupar una sociedad que, como todas las academias, persigue el fin de mantener el gusto en las letras y las artes y, en particular,

---

Lapicque, destacado biólogo de fama internacional, cuyos estudios se centraron en la fisiología del sistema nervioso, lo que lo condujo al descubrimiento de la *cronaxia* o excitabilidad de los nervios o de los músculos.

Por su profesión y su matrimonio en 1902, pronto entró en el grupo de los científicos franceses más ilustres del siglo XX y estuvo en contacto con varias personalidades pertenecientes al mundo científico, como Pierre y Marie Curie, Paul Langevin y Jean Perrin, que obtendría más tarde el Premio Nobel de Física.

Por último, luego de haber sido la esposa y la colaboradora de Louis Lapicque durante más de 40 años, redactó con él su libro más accesible al gran público: *La máquina nerviosa*, editada en 1943 y, a la muerte de su esposo, asumió la dirección del Laboratorio de Fisiología de la Escuela Práctica de Altos Estudios.

Su experiencia profesional se ha divulgado poco, a pesar de haber sido una de las mujeres neurofisiólogas más célebres de la primera mitad del siglo XX. En 1898 tuvo un hijo, Charles, que sería tan famoso como sus padres. Henriette Hanaire falleció hacia 1962.

(Cf: *The Biographical Dictionary of Women in Science: Pioneering lives from Ancient Times to the Mid. 20th century*, Marilyn Bailey Ogilvie, Joy Dorothy Harvey.)

<sup>19</sup> Revista *Les Hommes d'Aujourd'hui*, vol. 3, N° 113.

en las ciencias, haciendo un llamado al progreso, icuando este es todavía posible! Y decide unirse a esos hombres imbuidos de cultura, de ciencia y de sabiduría, que se hallan allí reunidos no por ambición, sino por inclinación. Son más de 60 y lo que más aprecia es que en el seno de esta sociedad se admite a todo aquel que se muestre digno de pertenecer a ella y sin hacer excepción con ningún tipo de ciudadano. Todos los niveles sociales se mezclan, desde el duque de Aumale hasta los más humildes particulares, pasando por antiguos pares de Francia, magistrados, profesores, funcionarios, científicos, arquitectos, artistas, pintores. Pero sobre todo espera poder debatir en esa asamblea todos los problemas sociales a los cuales nadie puede sentirse ajeno en ese momento.

Haciéndose heredero de Víctor Hugo, uno de sus miembros más activos, entra a esa sociedad con ese objetivo. Y después de hacer una solicitud de admisión y de pasar las pruebas de presentación, escrutinio, exámenes y formalidades, ya no le queda sino participar en los trabajos de la sociedad y de ceñirse a la poco severa ley que consiste en contribuir a la obra común. Aquí todos, así lo reconoce, experimentamos la fe literaria, pero, como dice el poeta, “¿acaso una fe pasiva puede ser una fe sincera?” Mas, los acontecimientos acaecidos en Francia en los últimos tiempos no han logrado ocultar ni un solo día las jornadas dramáticas de su Isla natal. Y en cuanto puede no vacila en ir a aplaudir en las matinés o en los conciertos nocturnos a su compatriota, el gran violinista cubano José White, que ejecuta principalmente obras de compositores franceses debido a la guerra y de que toda la prensa musical no deja de elogiar desde hace unos diez años su virtuosismo y su talento. No obstante, la política le deja poco tiempo para entretenimientos; sobre todo, en esos difíciles tempos durante los cuales debe esforzarse en dar las informaciones más objetivas posibles sobre la situación actual de su país a sus colegas de la prensa parisina, ante todo a los del *Journal des Débats*. Por eso trabaja en ese sentido para formar un comité francés amigo de Cuba, especie de comité de solidaridad que estaría encargado de informar a la población parisina acerca de las realidades de su país.

Por otra parte, sus relaciones con Rafael María de Labra, a quien conoce muy bien desde hace varios años, son prácticamente constantes. Recuerda que cuando estalló la insurrección en Cuba, los diputados a las Cortes se empeñaron en conferirle a ese levantamiento el carácter de una guerra civil. Al presagiar una guerra social en su Isla natal, Rafael Labra se planteó enseguida, como único remedio posible, la inmediata abolición de la esclavitud en Puerto Rico, creyendo que la medida se extendería prontamente a Cuba. A partir de ese momento, en el seno del Parlamento, en el cual era, por otra parte, el único que abordara el tema, Labra toma la palabra para decir, una vez más, a los comerciantes de esclavos y a los políticos: “Daos prisa, señores, en abolir la esclavitud; no tengáis miedo de enfrentar con virilidad las dificultades del momento. Mañana los obstáculos

serán mayores. Mañana tal vez, sea demasiado tarde”. A Severiano, le escribe entonces, preocupado: “Pasé por momentos muy difíciles en enero de 1869, en mayo de 1870 y en junio de 1871”.

Más tarde le adjunta el siguiente texto a fines de enero de 1873: “Mis fuerzas no corresponden con mis deseos. Las atenciones que el foro por una parte, y la política, por otra, me imponen; la necesidad de estar en la brecha diariamente sobre la cuestión de la esclavitud, que por sagrados deberes no he desamparado un solo día hace ya muchos años; quien sabe si la pasión misma con que miró la cuestión de la reforma colonial como un interés de la civilización y una urgencia de la gran patria española, regenerada por el aliento de la democracia, todo ha obstado a la realización de mi plano... y ya entreveo que mi libro se quedará por hacer. Hombre del siglo XIX, hombre de lucha y de pasión; ni tiempo ni lugar para escribir con esmero ni para dejar tras de mí un solo recuerdo. ¡Vivo al día! Y por esto me decido a escribir hoy estas líneas, que pasados los momentos actuales, nadie leerá seguramente”.<sup>20</sup>

Al año siguiente, Severiano es reelegido por un nuevo mandato en el consejo municipal, prácticamente por la mayoría de los votantes, pues no tuvo ningún competidor para esa difícil tarea. Sabe que debe su puesto, no sólo a su trabajo sistemático, sino también gracias a un verdadero talento que, por cierto, todos le reconocen. Como ha sido elegido por segunda vez como secretario, la próxima vez presentará su candidatura a la presidencia. Sólo tiene 37 años y tiene todo un futuro ante sí. Luego de lanzar su llamamiento a los habitantes del 17º distrito para la creación de una sociedad laica, se da cuenta de que todo está por hacer. La falta de instrucción constituye un problema crucial en Francia y los fundadores de la República deben ocuparse de resolverlo de manera priorizada, pues todavía hay un 66 % de obreros de la gran industria analfabetos. En cuanto a la enseñanza primaria, no es ni obligatoria ni gratuita e, incluso, si los niños empiezan a frecuentar la escuela desde los primeros años, muy pronto deben abandonarla para trabajar en el campo o en las fábricas. Una primera ley social votada en mayo de 1874 y que trataba de reglamentar la utilización de menores como trabajadores de la industria, en manufacturas, talleres y fábricas, lo ocupa muy particularmente ese año. Pero le parece todavía insuficiente y tímida, si se tienen en cuenta las condiciones de la clase obrera. Lo que hará decir a Flaubert: “El pueblo mantendrá eternamente su minoría de edad y siempre ocupará los últimos lugares porque constituyen el número, la masa, lo ilimitado”.

---

<sup>20</sup> Texto escrito por Rafael María de Labra (1841-1918), nacido en Cuba y fallecido en Madrid. Senador desde 1861, elegido presidente de la Sociedad Abolicionista Española en 1869 y diputado por Asturias y Puerto Rico a las Cortes de 1871. Desplegó una considerable actividad en favor de la abolición de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico, y exigió la autonomía para las colonias. Fue además uno de los fundadores de la Institución por la Enseñanza Libre.

El verano estará agitado, pues ni el centro-izquierda ni el centro-derecha logran ponerse de acuerdo para formar un equipo coherente. Por esa época, Severiano se casa y recorre las casas de sus antiguos amigos solteros, para presentar con mucho orgullo a su joven esposa en ese medio bohemio, del cual tanto le ha hablado y ella no conoce. Y así como su viejo amigo, Maurice Dreyfous, pintor y, en ocasiones, escritor, describe en sus memorias de juventud *Lo que me importa decir*, una divertida escena, que intitula “El salón de Nina”: “En el mediodía de un hermoso domingo —relata tiernamente—, Nina estaba sentada en su butaca baja. Acuclillado sobre unos cojines, con el codo apoyado a la manera turca, Henri Cros se hallaba en medio de otros dos camaradas extendido sobre la alfombra; Charles de Sivry estaba encaramado en un mueble y yo, no sé dónde, en alguna postura lo menos parecida posible a las que se asumen en el barrio de Saint Germain. Y entonces tocaron a la puerta. Ninguno de nosotros tuvo la menor intención de modificar nuestras posturas. Hubiera sido contrario a nuestras costumbres. La puerta del salón se abrió y la sirvienta —amiga de todos nosotros— entra muy asustada para anunciarnos la visita imprevista. Y entonces observamos que detrás de ella viene una joven alta, graciosa y bonita, que no debía tener más de 22 o 23 años, vestida como para una boda y la sigue enguantado y vestido con la mejor y más sencilla elegancia, su esposo, con su piel del color del tabaco rubio, Severiano de Heredia, el mismo que fuera más tarde ministro de Trabajos Públicos en el gabinete de Rouvier, en 1888.

”Su esposa, Henriette Hanaire, en lugar de dar un paso adelante, se detuvo en firme y estuvo a punto de dar dos pasos hacia atrás. Aunque era una perfecta mujer de sociedad, de maneras desenvueltas, sencilla y correcta con gracia, no había podido mantener ni dominar totalmente su primera impresión. Heredia, a quien resultaba difícil desestabilizar, se mostraba tan perplejo como ella. Nina y su madre, sin perder el dominio de sí mismas, supieron salvar rápidamente la embarazosa situación con un gesto y una palabra. Los camaradas que estaban en el suelo, movían las piernas para ponerse de pie lo más correctamente posible; Charles de Sivry cayendo del mueble en el cual estaba encaramado, había desaparecido con la sutileza de un fuego fatuo; la puerta del comedor, que daba al salón, había engullido, por así decirlo, a los otros dos camaradas, así como a la señora Sophie R., nada bella ni elegante, un poco coja por demás. ¡Sólo Dios sabe cómo su marido logró desaparecer junto con ella!

”Y la visita de Heredia se llevó a cabo finalmente, de acuerdo con los ritos usuales en esos casos, en medio de la minoría más correcta de nuestro cenáculo. En todos los rostros, una sonrisa ahogada, de una discreta comicidad, ocultaba la necesidad de reír a mandíbula batiente que sentíamos todos, incluidos los jóvenes esposos”.

Pero a la mañana siguiente, la joven esposa no había vacilado en hacerle notar a su marido ique la había llevado a un sitio bastante extraño!



En efecto, Severiano había frecuentado a la bella y excéntrica Nina de Callias, cuando era soltero y vivía en el Enclos de Ternes. En su casa, con un jardín que daba al barrio de Batignolles, se daban cita todos los pintores y músicos de moda: Manet —para quien ella había posado—,<sup>21</sup> Forain, Cezanne, Degas y el compositor Emmanuel Chabrier. Incluso, le había contado a su atractiva esposa, que en esa época formaban una banda de artistas, escritores, periodistas y poetas que acompañaban a la famosa egeria a todos los conciertos que ofrecía en las salas Pleyel o Herz indistintamente, en las cuales, dicho sea de paso, tocaba el piano con cierto éxito. Además, cada vez que grandes violinistas o compositores, como Sivori o Vieuxtemps, la veían llegar, no podían dejar de decir “la cosa se va a poner buena”; sobre todo, cuando ella decidía evocar el alma de Chopin en el teclado. La entrada de nuestra tropa hirsuta, barbuda y vestida de manera más bien discutible, causaba siempre un gran efecto en esas reuniones elegantes, rigoristas y reservadas, y con frecuencia resultaba chocante para los presentes. Pero cualquier motivo era bueno para salir juntos, con el fin de pasar un buen rato en veladas musicales o antimusicales, por ejemplo, el espectáculo aeronáutico al que decidimos asistir un domingo en el Campo de Marte, para ver elevarse el globo aerostático que bautizaron con el nombre de *Gigante*.

Ocurrió hace ya bastante tiempo, recuerda Severiano, tal vez hacia 1863, y el emperador Napoleón III en persona había venido para apoyar a Nadar, fotógrafo, escritor y caricaturista, que llevaba a cabo su primera experiencia de navegación aérea y había fundado su propia Sociedad de Vuelos, para construir un globo que se suponía maniobrable, con tal de que fuera más ligero que el aire. En ese gélido día de octubre, una impresionante multitud vino a saludar la partida del enorme globo, de una altura de 40 metros y que —según los periodistas— contenía 6 000 metros cúbicos de gas; para esa ocasión se había tenido la precaución de delimitar cierto perímetro alrededor del globo, mediante unas barreras de fácil desplazamiento. Algunas personas subieron a bordo, unas 12, cuando de repente, luego de una elevación espectacular, el globo comenzó a perder altitud; algunas horas después se supo que había aterrizado en Meaux, a 100 kilómetros de París.

Pero el tiempo había pasado y Severiano había ganado en seriedad. Primero había acortado y después peinado su enmarañada barba, que entonces solían llevar los artistas y los republicanos; su elegancia natural compensaba de manera agradable esa falta de austeridad vestimentaria que era de rigor entre los izquierdistas. Ya para esta época, sus funciones oficiales exigían una actitud diferente y un aspecto más esmerado.

---

<sup>21</sup> Nina de Villard de Callias, literata, poetisa y músico, tuvo hacia 1860 uno de los salones parisinos más apreciados por los artistas. Más tarde fue modelo del pintor Manet, que la pintó en *La dama de los abanicos*. Catálogo de la exposición del Museo de Orsay, R.M.N., 2000.

Luego de haber emprendido su lucha con perspicacia e inteligencia, Severiano, elegido el año anterior vicepresidente del consejo municipal, accede al título de presidente en 1875, lo que constituye un gran honor para él y punto de partida de lo que será el primer escalón en su ascenso al poder. En julio de ese año, se establece la Constitución de la Tercera República compuesta de tres leyes constitucionales relativas a la organización del Senado y la de los poderes públicos. El poder legislativo corresponde al Parlamento, formado por la Cámara de Diputados y el Senado. Juntos, los 615 diputados, elegidos por un período de cuatro años sobre la base de un escrutinio uninominal, y los 300 senadores, de no menos de 40 años, elegidos por nueve años, adquieren a partir de ese momento la iniciativa de las leyes, salvo en el aspecto financiero, cuya propuesta es patrimonio exclusivo de los diputados. En lo referente al poder ejecutivo, este compete al jefe de Estado, que toma el nombre de presidente de la República. Es elegido por siete años por mayoría absoluta por la Asamblea Nacional y puede ser reelecto. Por último, a fines de noviembre, París será la sede de los poderes públicos después del ostracismo que azotó la capital en 1871; ambas asambleas se transfirieron a Versalles. El Senado se instala en el palacio de Luxemburgo y la Cámara de Diputados, en el palacio Borbón.

Entonces, entre sus numerosas actividades políticas, Severiano se consagra particularmente al amplio programa de obras públicas, presentado el año anterior por el ministro Freycinet y que la Asamblea recién ha aprobado. En lo tocante a los ferrocarriles, las vías navegables y los puertos, este proyecto implica gastos cuantiosos que se elevan a más de 6 000 millones de francos. Severiano, quien desde hace tiempo trabaja en los asuntos relacionados con el transporte, durante el Segundo Imperio metamorfosearon el paisaje francés, se interesa especialmente en todos los proyectos de industrialización, modernización, construcción y lo que más le atrae es el descubrimiento de nuevas técnicas y materiales, propios del arte moderno. Así como, desde que vive en el 17° distrito, sigue con particular interés el desarrollo de su barrio, que siempre ha estado a la vanguardia del progreso. Ya entre 1837 y 1853 había surgido, a lo largo de las trincheras del barrio de Batignolles y del bulevar Péreire, un proyecto muy ambicioso con la apertura de las primeras líneas de ferrocarril de la línea París-Saint Germain. Luego, al pasar los años, estas obras acarrearón una extraordinaria actividad en la comuna de Batignolles, que en breve devino laboratorio experimental de urbanización. Severiano ya se encontraba allí cuando los hermanos Péreire, negociantes experimentados, decidieron explotar esos terrenos desocupados en el noroeste de la capital para construir en ese sitio. Desde entonces habían pasado unos 20 años. Primero fue preciso expropiar, abrir caminos, viabilizar, delimitar los lotes, vender los terrenos y, en algunas ocasiones, obligar al propietario a construir una casa de vivienda en los seis meses siguientes a la compra de la parcela.

Sin embargo, a pesar del auge prodigioso que tuvo su patria de adopción durante el Segundo Imperio, Severiano no había olvidado la voz de la

Francia republicana que se expresara con tanta nobleza y fuerza a través de la de Víctor Hugo; en particular, cuando la Comuna de París, período durante el cual habían soplado vientos de rebeldía y libertad por toda la ciudad. Ni un solo día de esas jornadas insurreccionales, Severiano dejó de pensar en su Isla; cosa que nunca ocultó. Pero la situación ya no era la misma de ayer, por lo que piensa que ha llegado el momento de reunir y organizar todas las fuerzas revolucionarias del país y, sobre todo, de hacer que sus amigos políticos tomen conciencia de la desgracia de su pueblo, que desde hace ya siete años lucha y se inmola defendiendo la libertad de su tierra natal. Recibe regularmente noticias a través de emisarios que llegan de su país, y las últimas informaciones resultaron tranquilizadoras. Le dicen que los insurrectos vencen las tropas monárquicas. Esa Cuba, orgullosa e irreprimible, lo incita a no darse por vencido y a luchar hasta el fin. Por ello espera con impaciencia la llegada a París de Ramón Betances, su amigo puertorriqueño, que le traerá las últimas informaciones acerca de la emigración cubana y puertorriqueña de Nueva York. Pues, si ese patriota antillano ha decidido instalarse de manera definitiva en París como doctor de la colonia latinoamericana en el 17<sup>o</sup> distrito, donde Severiano ha decidido irse a vivir, es porque piensa que Francia será más acogedora que Estados Unidos de América, país del cual desconfía terriblemente. No vacila además en llamarla “minotauro” durante sus conversaciones con el amigo cubano. En lo referente a América Latina, por el momento lo ha decepcionado en gran medida, pues luego de la muerte de Bolívar, el continente parece totalmente desinteresado de la suerte tanto de Cuba como de Puerto Rico, las dos Antillas españolas que aún no han logrado su independencia. Y entonces, durante una muy importante entrevista, describen juntos un cuadro más bien sombrío de la situación de sus islas respectivas, deciden crear en París un movimiento de solidaridad nacional e inician de inmediato la recaudación de los fondos necesarios.

En cuanto se instala en la capital, gracias a su sólida experiencia y gran sabiduría, Betances abre un consultorio en la Chaussée d’Antin, próximo a los barrios donde residen los latinoamericanos más acomodados —es decir, en los distritos 8<sup>o</sup>, 16<sup>o</sup> y 17<sup>o</sup>, cerca de la plaza de l’Etoile y de la Plaza des Ternes— y pronto deviene el médico de esta colonia hispanoamericana exiliada por razones más políticas que financieras, pero también muy integrada a la sociedad francesa. Su clientela es, además, numerosa y variada, tanto francesa como española y latinoamericana. Muy pronto, Severiano hace contacto con Betances y antes de decidir juntos cuáles serán sus primeros compromisos, comienzan interminables discusiones en las cuales evocan, al mismo tiempo, la lucha de sus pueblos respectivos y el peligro de las disensiones que aumentan, incluso, en el seno de la dirección del exilio, motivadas por las diferencias sociales y políticas. Durante sus conversaciones, Betances le comunica lo que ha leído en el *Daily News*: “Cuba, libre e independiente, será grande, feliz y productiva, y con un gobierno

regenerado podrá conducir las otras Antillas a formar en el archipiélago una confederación cuya prosperidad se reflejará en el nuevo mundo y será una gloria para el viejo”. Con voz más fuerte añade: “Eso es acaso lo que hay que desear; pero no debemos esperar que Cuba caiga, agotada por la guerra, en los brazos de los americanos del norte. Cuba española y esclavista forma, en la historia de la civilización en pleno siglo XIX, una mancha horrenda que conviene a todos los pueblos hacer desaparecer”. Y en el N° 6<sup>bis</sup> de la calle de Châteaudun, en París, donde reside el médico, en breve se crea la casa de la Revolución Cubana en Europa.

Severiano decide regresar al periodismo y toma parte en la fundación de un diario democrático *La Tribune*, pues para él, la prensa es la que mejor refleja las costumbres y los gustos de esa época movida y apasionante. Los primeros años de esa “República de republicanos” siguen siendo para él los más significativos de su vida política; además, los críticos y los literatos que escriben en los periódicos, casi todos de tendencia republicana, son numerosos. Luego de integrar el grupo de la Autonomía Comunal, se aproxima de manera notable a los “oportunistas”,<sup>22</sup> que se alían al centro para lograr que se aprueben las leyes que instauran la República. Toda esa efervescencia política y ese fervor ideológico lo fascinan y no vacila en prestarle apoyo a numerosas sociedades de socorro mutuo y de enseñanza. Incluso ha sido nombrado recientemente presidente de una de las mayores asociaciones para la enseñanza libre existentes en París, y funda una escuela profesional y para el hogar, para muchachas, en la cual la instrucción se brinda gratuitamente. Participa de maneja incesante en conferencias en las cuales es aplaudido en cuanto toma la palabra. La escuela, que para su amigo Gambetta es “ese seminario del futuro, aquel de donde saldrán los ciudadanos maduros para las dificultades de la vida interna y preparados también para servir por entero a Francia”, siempre ha sido su gran pasión. Conoce el tema a fondo y es considerablemente competente en cuestiones escolares. Por eso se convierte en un miembro influyente de numerosas asociaciones, todas consagradas a la difusión de la enseñanza popular. Como tiene una confianza infinita en la iniciativa individual y como posee dotes innatas de organizador, de inmediato, le confieren grandes responsabilidades. Ya es miembro de la Asociación Filotécnica, pero pronto será su presidente y cuando acontece su incorporación solemne, en el gran anfiteatro de la Sorbona, durante la primera sesión pronuncia un discurso en el cual rinde homenaje a esa grandiosa organización que es la Universidad libre, laica

---

<sup>22</sup> La facción republicana estaba formada por diferentes sensibilidades y, a inicios de la Tercera República, los moderados, llamados “oportunistas”, representantes de la burguesía media liberal, se oponían a los “republicanos radicales” que se situaban a la extrema izquierda del Parlamento. La denominación de “republicano moderado” designaba una corriente inicialmente considerada de izquierda frente a los tres grupos representantes de la derecha: los monárquicos aliados a la república, los orleanistas y los legitimistas y bonapartistas.

y popular. Pretende —afirma— reunir todas las asociaciones republicanas consagradas a la instrucción para hacer de ellas un ejército poderoso y disciplinado al amparo de la Universidad Estatal.

Para entrar definitivamente en política, sueña con presentarse a las próximas elecciones. Y con esa intención presta gran atención a los debates que ocurren en la Asamblea Nacional con respecto a las leyes electorales y la modalidad de escrutinio que debe adoptarse.<sup>23</sup> En el seno de la Asamblea tiene lugar un debate en el cual veremos cómo Gambetta defiende “el derecho del elector” y “la dignidad del elegido”, frente a un anciano notable llamado Dufaure, quien sostiene que el escrutinio uninominal de cada distrito tiene dimensiones más humanas, pues se dirige a electores poco ilustrados, que no tienen la posibilidad de conocer en realidad a todos los numerosos candidatos inscritos en las listas del partido. Y este último escrutinio se adoptará por el poder en 1875. Entonces, al año siguiente, Severiano se presenta por primera vez como candidato a la Cámara de Diputados, pero su tentativa resultará infructuosa y será vencido por un cierto Pascal Duprat, diputado de izquierda, que logrará muy pronto la aprobación de una enmienda con relación a esa modalidad de escrutinio. El Senado —dice— es electivo y es nombrado por los mismos electores que la Cámara de Diputados. Este debate, Severiano lo sabe, no hace sino comenzar y durará tanto como la República.

Sin embargo, no se amilana, pues sólo tiene 40 años y todavía debe aprender o experimentar muchas cosas. Francia cuenta con todo lo necesario para ser feliz, el país está en paz, el territorio se ha liberado, ha regresado la prosperidad y los franceses no dejan de discutir acerca de todo y de nada; las discusiones políticas son incesantes y siempre violentas, y Severiano se sorprende de la intolerancia de sus compatriotas. Él, que viene de Cuba y ha asumido la nacionalidad francesa, no siempre comprende por qué el ciudadano francés es tan exigente, por qué nunca está contento con lo que tiene, y lo que le sorprende más es hasta qué punto puede ignorarse, tanto en política como en literatura, el precioso arte del compromiso. Y los extranjeros, que acuden en gran número por esa época para admirar la belleza de París, esa ciudad-luz, se sorprenden del chovinismo delirante de los franceses, que les permite exaltar la imagen de París y de Francia contra el germanismo, en lugar de disfrutar simplemente de los beneficios de su civilización.

Severiano sabe a la perfección que el partido republicano al que pertenece se desgarrá internamente por cualquier cosa y que cada corriente

---

<sup>23</sup> A partir de 1871, hubo dos formas de escrutinio: “el voto por listas a nivel departamental”, suprimido durante el Imperio y que preconizaban los republicanos por considerarlo más económico e ideológico, y el “escrutinio uninominal por distritos”, que recomendaban los orleanistas, mediante el cual se elegía a un solo diputado por cada distrito que contara con menos de 100 000 habitantes.

defiende sus métodos: “los republicanos conservadores le piden a la República su mínimo y nosotros, los republicanos radicales, le pedimos el máximo”, declara el candidato Georges Clemenceau, alcalde del 18º distrito de París, y añade: “Queremos continuar la gran Revolución de 1789, inaugurada por la burguesía francesa y abandonada por ella misma”. Pues, para un radical socialista, la República es ante todo un instrumento para llegar a la solución de la cuestión social y eso no se realiza sin dificultad. Severiano está bien ubicado para saber, pues él mismo ha tenido la responsabilidad de verificar si la ley aprobada en 1874 concerniente a la prohibición de que los niños menores de 13 años trabajaran en las manufacturas y los talleres, se aplicaba estrictamente y si la duración de la jornada de trabajo, limitada a 11 o 12 horas, se respetaba en medio de condiciones higiénicas adecuadas. Mas, con mucha frecuencia constataba que la ley resultaba letra muerta.

Entonces, para enfrentar a los conservadores, que afirman oficialmente que la República debe apoyarse en las santas leyes de la religión, de la moral y de la familia, Gambetta lanza una consigna de unión de todos los grupos de la izquierda para fundar un partido único y para “hablar en nombre de una mayoría que ya no es sólo la de las asambleas, sino la de la nación”. Se trata de formar un gabinete homogéneo que esté dispuesto a administrar el país en un sentido republicano. Pero ya Jules Ferry, elegido presidente de la Izquierda Republicana, piensa lo contrario y afirma: “la verdadera forma de mantenernos unidos es seguir siendo diferentes”. Y a Gambetta no le queda más remedio que constituir el 30 de junio de 1876 su propio grupo, la Unión Republicana a la cual Severiano se afilia enseguida. De inmediato se opone a los partidarios de Ferry y de Jules Grévy, quienes forman el grupo de la Izquierda Republicana, gentes proclives al orden y al progreso, reclutados mayormente entre los notables: propietarios, rentistas, empresarios, cultivadores y que pretenden ser los representantes de la Francia del trabajo y del ahorro. Todos esos diputados, por lo general venidos de otras provincias, rechazan el carácter extremista de ese clan de descamisados parisinos, muy a la moda del Barrio Latino, gambettistas que son generalmente un tanto provocadores, solteros, que llevan una vida común entre ellos, prácticamente carentes de fortuna y listos a emprender una carrera de la cual esperan todo.

Por el momento, la única consigna común, lanzada por Gambetta con el objetivo de unificar al público de izquierda, se resume a esta fórmula lapidaria: “¡El clericalismo es el enemigo!” Y entre los amigos de Gambetta, también los de Severiano, está Maurice Rouvier, abogado que no gana suficiente cantidad de dinero con su bufete, y jóvenes, como el científico Paul Bert, que se refiere a sí mismo diciendo: “usted es la persona a quien amo más profunda y completamente”, así como el abogado Spuller, quien se atreve a afirmar que “Cuando Gambetta habla, cierra los ojos para así impregnarse más de sus propias palabras”. Algunos llegan, incluso, a decir que su poder es oculto y que usa de él cuando lo desea en el Parlamento.

En esa época, el perfecto diputado gambettista debe ser abogado o periodista, reunirse en los cafés, como el Procope, que frecuentaban literatos como Anatole France, y entrar, si es posible, en la Comisión del Presupuesto. Sin embargo, la admiración que Severiano siente por Gambetta proviene de su actitud patriótica durante la guerra y el asedio de París, y del orgullo que experimenta por ese ejército que, desgraciadamente, no era sino el símbolo de una nación lacerada. Por haber sido jefe de todos los “voluntarios del año II”, seguía siendo una especie de salvador republicano, para quien la defensa del país no había sido más que un deber, una tarea, nunca un misticismo. En ese preciso instante de la historia, constituyó el árbitro indiscutido de la situación, el verdadero fundador de la República.

Sobre todo, en las logias, la política sigue activamente su curso. La influencia de la masonería es, en efecto, cada vez más importante en las cuestiones políticas del Estado. Numerosos parlamentarios y hombres de gran talento forman parte de una logia, Clemente Amistad, que bajo el Segundo Imperio gozó de la fama de ser un plantel intelectual y republicano y que se honraba en particular, por aquel tiempo, de haber contado con Víctor Schoelcher entre sus miembros, quien en 1840 había publicado una *Abolición inmediata de la esclavitud*. Además, la logia Clemente Amistad tenía entre los suyos un jefe indio brasileño y algunos negros antillanos. Luego, debido a un escándalo acerca de la incorrecta gestión de un orfanato, no se volvió a hablar de esa logia y sólo durante la Tercera República resucitó con el nombramiento como Venerable de una fuerte personalidad, Charles Cousin, inspector principal en los ferrocarriles del norte. En pocos años volvió a ser una de las logias más importantes del Gran Oriente. Entonces, Jules Ferry quiso unirse a esta logia y su iniciación constituyó todo un acontecimiento. En un discurso<sup>24</sup> pronunciado en esa ocasión, hace un resumen de la posición teórica de la logia: “La masonería ha tomado posición realmente y reacciona contra los dos enemigos principales del librepensamiento moderno: el misticismo, por una parte, y la frivolidad intelectual, por la otra. Sí, dos enemigos que vemos viviendo en estos tiempos en armonía y constituyendo una coalición contra el progreso (...) La ignorancia es vuestro enemigo personal, y sólo pensáis combatirlo. En cuanto a la miseria (...) al combatir la ignorancia, combatís la miseria... No hay dudas de que al ver las cosas de conjunto, lo que caracteriza la marcha de la humanidad, sobre todo desde hace cien años, en la sociedad occidental, es un progreso constante de sociabilidad. Este fenómeno puede caracterizarse con una palabra: se trata cada vez más de que el derecho del más fuerte sea sustituido por el deber del más fuerte”.

Ese día, Gambetta asiste a la sesión de la logia y Severiano, que la ha visitado a menudo, participa como observador. Ya son miembros de ella, Louis Blanc, el anciano Adolphe Crémieux, Rouvier, Littré, pero también la

---

<sup>24</sup> Discurso pronunciado por Jules Ferry el 7 de julio de 1876 ante los miembros de la logia La Clément Amitié. En *Brochure de la Société franc-maçonnique*, Paris, 1876.

frecuentan numerosos parlamentarios, hombres de izquierda, cuya mayoría se mueve en los sectores de los ferrocarriles, del comercio, de la medicina y de la prensa. Juntos, todos estos hombres, con altas responsabilidades, reflexionan acerca de los fundamentos de la moral social y laica, la cual debe marchar libremente hacia la conquista del mundo.

Pero Severiano, que desde hace diez años pertenece a la logia Estrella Polar, de idéntica obediencia, durante ese año, a causa de sus numerosas actividades, apenas tiene tiempo de asistir a cada una de las asambleas que se celebran cada 15 días aproximadamente. Se excusa, como lo plantea el reglamento, y en la sesión del 13 de mayo de 1876, el presidente de la sesión lee en alta voz: “El hermano Heredia, imposibilitado por sus funciones como miembro del Consejo Municipal a asistir a la sesión de esta noche, solicita un nuevo aplazamiento del *Proceso Opportun-Trebois*, ocasionado por el diferendo surgido entre estos dos hermanos”. Severiano es apreciado particularmente por su talento conciliador, por su cortesía y benevolencia. En fin, sus tareas son muy numerosas e, incluso, durante los meses de verano se le pide que haga el balance del año transcurrido. “Nuestro excelente hermano, Severiano de Heredia —leemos en un informe— ha adoptado en su relación un orden muy detallado, muy completo al mismo tiempo que muy simple y perfectamente comprensible, hasta para aquellos que están poco familiarizados con los números”. Se ocupó de la situación financiera del Gran Oriente; en particular, de los presupuestos de los años-ejercicios 1875-1876 y de la previsión de los presupuestos y los gastos para ese año. “En tanto que miembro de la Comisión de Finanzas de esta obediencia en 1876 y miembro del Consejo del Orden, instancia suprema integrada por los grandes inspectores generales, patronos y conservadores de la Orden del 33º y último grado, grado sublime del antiguo rito, aceptado, escocés, que confiere a los masones oficialmente investidos, la cualidad, el título, el privilegio y la autoridad de Soberanos Grandes Inspectores Generales de la Orden, nuestro hermano Heredia tiene la misión de dirigir las tres comisiones que comparten diferentes tareas entre las cuales, la de los asuntos administrativos y corrientes y la del Contencioso, de las peticiones y proposiciones”.

Luego, al acercarse la Exposición Universal de 1878, que debe traer a París a extranjeros de todos los países del mundo y, por consiguiente, masones de todas las obediencias y de todos los ritos, solicita oficialmente que el Gran Oriente aproveche esta circunstancia para organizar, en ese momento, un Congreso Masónico Universal en el cual los asuntos de interés general puedan estudiarse y discutirse. El Consejo, después de escuchar las observaciones de algunos miembros, decide nombrar una comisión encargada de examinar el asunto y designa al hermano Heredia como miembro de ella en la sesión del 13 de enero de 1877.

En las últimas elecciones, los republicanos son mayoritarios en la Cámara de Diputados y sólo hay 153 diputados conservadores de un total de 340, mientras, en el Senado, la tendencia es inversa: los conservadores



gozan de algunas voces de más. Y esta situación engendra la crisis que va a acontecer al año siguiente, pues la autoridad misma del presidente Mac-Mahon se ha debilitado debido a la importante cantidad de republicanos en la Cámara de Diputados. Curiosamente, la oposición toma como portaestandarte al oportunista Thiers, cuya conversión hacia la izquierda asombra a muchos políticos, pero Thiers muere súbitamente antes de asumir esa delicada responsabilidad y estallan manifestaciones de izquierda durante sus exequias. Entonces, Gambetta lanza la siguiente amenaza al presidente de la República: “Cuando Francia haga escuchar su voz subterránea, será necesario someterse o dimitir”. Las nuevas elecciones del mes de octubre conceden de nuevo la mayoría a los republicanos, pero Mac-Mahon se niega a dimitir o a pensar en un golpe de Estado, a pesar de un vibrante y violento discurso de Víctor Hugo aplaudido por todos en el Senado y en la Cámara. Diputado de París desde su regreso del exilio, Hugo ha sido elegido el año anterior como senador inamovible y hace el papel de estatua viviente. Todos lo respetan en el hemiciclo.

En una tormentosa sesión de la Asamblea, el 16 de junio de 1877, Gambetta salta a la tribuna y apoderándose del micrófono con su habitual facilidad, se dirige a sus conciudadanos: “Un grito ha recorrido toda Francia, es el gobierno de los sacerdotes, el ministerio de los curas”, dice, dirigiéndose al escaño donde se encuentra el duque de Broglie, y después prosigue con su voz de tribuno: “Tenemos ante nosotros a nobles que no quieren aceptar la democracia y a una congregación que quiere esclavizar a Francia. Apoyado por la Iglesia y todo el aparato católico, y temiendo un peligro nacional, Mac-Mahon prefiere formar con toda urgencia un ministerio de centro-derecha con el conde Horace de Choiseul a la cabeza, auténtico aristócrata detestado por los diputados de derecha, pero que cuenta con el apoyo de todos los republicanos”. “Este hombre posee la nobleza de su clase y cuenta con toda mi estimación —exclama Heredia al calor de la discusión— ¿no deberíamos comportarnos todos de esa manera?”

A partir de ese momento, la República ya casi es un hecho. Sólo será cuestión de unos meses, y Severiano se prepara para su victoria definitiva, así como para la de sus amigos.

**1872-1877**

**En un alfombrado salón de la calle  
de Berri... un escritor con su pluma  
de ganso**

El invierno siempre ha sido el período más agradable para residir en la Costa Azur y la joven pareja que forman los Heredia no tiene motivo alguno para regresar demasiado pronto a una capital devastada por la guerra civil y que todavía debe curar sus heridas. Toda la sociedad burguesa y aristocrática pasa generalmente la estación más fría bajo el sol mediterráneo en lujosas residencias que se escalonan a lo largo de la Cornisa intermedia, del Montboron de Niza hasta Menton. Esta tranquila y encantadora ciudad, la última antes de llegar a la frontera italiana, está enclavada en un anfiteatro de montañas que se abren al mar. En ese sitio, el clima resulta tan agradable que le recuerda el de su Isla natal y hay flores por todas partes: jazmines, rosales y glicinas que trepan por las paredes de las casas, de un amarillo ocre y de un rojo carmín, cuyas ventanas se abren a jardines llenos de naranjos y limoneros. Le encanta la proximidad de Italia; en efecto, desde su primer viaje, que data de 1864, a la península italiana, José María se enamoró de esa lengua, de su cultura, de sus poetas y sus pintores, y quiere leer a Dante en el texto original y aprender pasajes de memoria. Relata que estudia con un buen maestro toscano y hace progresos. Al mismo tiempo, sigue escribiendo sonetos y los hace llegar a diferentes revistas; sobre todo, a la *Renaissance littéraire et artistique*, que desde la guerra franco-prusiana ha ocupado el lugar de la antigua *Revue des Lettres et des Arts* y en la cual coinciden parnasianos y románticos, admiradores de Víctor Hugo. Por esa época envía su “Sol poniente”, ya publicado en Bélgica en 1868, en otra revista, *L'Art libre*.

*Aulagas deslumbrantes, adorno del granito,  
Doran la áspera cumbre que ha encendido el poniente,  
Y lejos, con su cinta de espuma reluciente,  
Donde acaba la tierra, surge el mar infinito.*

Y cada vez que evoca Bretaña, con su promontorio salvaje que enfrenta al Atlántico, sus horizontes, su cielo, sus efectos luminosos sobre el océano, se siente en sus versos como una inmensa nostalgia y un homenaje a su

amigo, el pintor Emmanuel Lansyer,<sup>25</sup> cuya sensibilidad resulta tan cercana a la suya.

Hace algunos días leyó en *Le Temps*,<sup>26</sup> el artículo “Conservadores que nada conserváis”, salido de la pluma de Flaubert: “la nobleza francesa se perdió por haber experimentado durante dos siglos sentimientos propios de la servidumbre. El fin de la burguesía empieza porque asume los del populacho (...) ¡Tanto para unos como para otros se trata de la misma pasión por el dinero, el mismo respeto por el hecho consumado, la misma necesidad de ídolos para luego destruirlos, el mismo odio a toda superioridad, el mismo espíritu de denigración, la misma crasa ignorancia! (...) ¡Para que nos respete lo que está por debajo, hay que respetar lo que está por encima! ¡Clases ilustradas, esclareceos! ¿Prácticos vosotros? ¡Vamos! ¡Si no sabéis tener en la mano ni una pluma ni un fusil! (...)”

”Todo vuestro esfuerzo intelectual consiste en temblar ante el futuro. ¿Imaginad otra cosa? Daos prisa o si no, Francia se destruirá cada vez más entre una horrenda demagogia y una burguesía estúpida”. A partir de la firma de la paz, Flaubert ya no es el mismo; se hunde en un progresivo abatimiento. Y no es el único. Nunca ha soñado con ser miembro de la Academia Francesa, ni ha pedido nunca nada. No obstante, el 15 de agosto de 1866 lo nombran Caballero de la Legión de Honor.

La guerra desbarató el impulso de numerosos artistas. José María es uno de ellos. Incluso lejos de la capital y de la efervescencia de la vida literaria, José María comprendió perfectamente que si la época se anunciaba rica y fértil en publicaciones literarias, tenía, sin embargo, que enfrentar las reivindicaciones de una nueva generación surgida de la guerra y de la Comuna, ávida de cambios y deseosa de librarse de la impasibilidad parnasiana y de su demasiado perfecta poética, como suelen afirmar los más jóvenes, quienes van en busca de nuevas formas de expresión. Sabe que algo cambió con la guerra del 70 y que hay un antes y un después. A partir de ahora ya nunca nada será igual, pero se burla de ello y continuará su obra hasta que cumpla con una tarea que llevará a cabo hasta el final y de la forma más perfecta posible. Esa actitud de rebeldía que invade toda la sociedad lo deja, aparentemente, más bien indiferente. Siempre ha estado en contra de toda suerte de rebeliones, ya fueran literarias o políticas, y así lo ha demostrado en el contexto de los últimos acontecimientos que han tenido lugar en su país, Cuba. Ese espíritu que anima a la generación en ascenso y esos aires de parodia y de trasgresión para tratar de conjurar un

---

<sup>25</sup> Pintor y amigo íntimo de José María de Heredia. Emmanuel Lansyer (1835-1893) fue discípulo del famoso arquitecto Viollet-Le-Duc y del pintor Gustave Courbet. Influidor por la Escuela de Barbizón, residió 14 años en Bretaña, seducido por los cielos tormentosos y el mar embravecido.

<sup>26</sup> Carta abierta de Gustave Flaubert, dirigida al Consejo Municipal de Ruán y publicada en *Le Temps* el 26 de enero de 1872. En René Dumesnil, ob. cit., pp. 270-271.

pesimismo latente, tal vez acabarán por pasar —así piensa—, pues no se trata más que de una cuestión de moda.

Resulta curioso que en ese momento se publique el austero *Pequeño tratado de poesía francesa* de Théodore de Banville, jefe de fila de la escuela llamada “parnasiana”, ese eterno acróbata del verso y fanático defensor de la rima, quien a los 50 años sabe todo lo que hay que saber sobre el oficio de poeta y se permite, con un tono humorístico e irónico, dar una lección a quienes lo critican; en particular, a Stéphane Mallarmé y al muy joven Arthur Rimbaud, quienes en verdad no tienen sobre la poesía la misma opinión que él. No se trata tanto de sugerir la ensoñación, como desea Mallarmé, sino de suscitar imágenes o ideas en la mente de los lectores. “¿Para qué sirven los versos? —les pregunta Banville y entonces brinda su versión personal—. Para cantar a partir de la lectura una música cuya expresión se ha perdido, pero que escuchamos en nosotros mismos y que constituye el único Canto. Es decir, que el hombre la necesita para expresar lo que en él hay de divino y sobrenatural...”

José María se sume entonces en la muy instructiva lectura de esa obra didáctica y severa que es la de un adversario resuelto de la poesía realista y de la deriva lacrimógena del romanticismo. Casi todos los tratados de poesía, nos dice el autor, se escribieron entre los siglos XVII y XVIII; esto es, en épocas en las cuales se supo y se conoció muy mal lo que es el Arte de la Poesía. Entonces, para estudiar, por muy superficialmente que sea, ese arte que es el primero y el más difícil de todos, recomienda hacer tabla rasa con todo lo que se ha aprendido y acudir con la mente como si fuera una página en blanco. Y en el capítulo en que aborda la rima, rinde homenaje al más grande crítico literario de ese período, al ya desaparecido para entonces Sainte-Beuve, quien también escribió poesía en algún momento, y también empleaba la rima con un hermoso ritmo tomado de Ronsard y de los poetas de la pléyade del siglo XVI.

Ese precursor del Parnaso fue, sin duda alguna, tanto por sus temas como por su fe en la pureza formal del acto poético, un gran poeta, alentado por Víctor Hugo y Théophile Gautier. Y para José María valía la pena destacar un solo rasgo de su carácter, el de nunca haber tenido temor de expresar sus ideas. Lo que resultaba extraordinariamente raro en los medios literarios de la actualidad. En efecto, Théodore de Banville no vaciló ni un momento en romper de manera definitiva con la corriente simbolista, luego del desacuerdo con el joven Arthur Rimbaud a propósito del poema “Lo que dicen al poeta acerca de las flores”, compuesto el año anterior. Rimbaud, a penas contaba 17 años, le había enviado previamente las cartas “del vidente”, en las cuales expresaba su criterio diferente y criticaba de manera abierta su obra. Una vez olvidado el respeto, ese genio precoz, que había abandonado los estudios y todo tipo de convenciones, no había vacilado ni un instante en lastimar a su maestro y modelo venerado, en un poema soberbio e insolente, con la ambición exclusiva de superar a aquel que le había brindado albergue hacía unos meses.

Más tarde, después de la publicación de una nueva edición de los *Poemas bárbaros* de Leconte de Lisle, José María, su amigo, le informa la muerte del gran escritor y poeta Théophile Gautier, acaecida al día siguiente de la visita de Théodore de Banville a su casa. En esa ocasión, el sabio Leconte de Lisle lo hace partícipe de un proyecto aún inédito que se propone debatir con el editor Lemerre y a propuesta de su yerno, Catulle Mendès. Se trata de reunir en un volumen consagrado a la memoria del desaparecido escritor los homenajes literarios de los más importantes poetas franceses y extranjeros. “Nos hemos reunido varias veces en los últimos tiempos en casa de Lemerre —le dice— con Stéphane Mallarmé, François Coppée y Catulle Mendès, para discutir los detalles de esa publicación que llevaría por título *La tumba de Théophile Gautier*. Víctor Hugo participaría también”. “Catulle Mendès, que al parecer quiere dirigirlo todo, solicita la cooperación de Coppée para realizar una obra colectiva en la cual tú participarías —añade al dirigirse a José María—, así como Dierx, Anatole France y Silvestre. En una cena fúnebre en honor de Théophile Gautier, cada uno de nosotros se levantaría sucesivamente para celebrar el talento del desaparecido maestro”.

Al conocer la desaparición física de aquel a quien llamaba con ternura y deferencia *Señor Gautier*, quien le había dicho una vez que había compuesto un soneto de estilo tan altivo como su propio apellido, Heredia decide regresar lo antes posible a París. Algo más tarde se muda al N° 14 de la calle de Berri, a unos pasos de la residencia de la princesa Matilde, de quien pronto se convertirá en uno de sus allegados. Es la primera vez que se instala verdaderamente en un apartamento donde puede recibir visitas. Reanuda su trabajo y en un alfombrado salón en breve abandonará la pluma metálica con la que había comenzado su carrera de poeta y toma una pluma de ganso. Su fina caligrafía se hace cada vez más gruesa y se agranda de la forma más natural, para que sus amigos puedan descifrarla mejor. Hace, incluso, copias de algunos sonetos cuyos caracteres empezaban a borrarse para regalárselos a sus amigos. Ha consagrado su vida por entero a la literatura, pero por temor a perder lo que ha logrado y sus privilegios, se inserta cada vez más en una sociedad muy burguesa, proclerical y aristocrática que, con sus convicciones, se aísla por completo del mundo exterior. Es también una forma de ocultar esa realidad que se le impone y de la cual nada quiere saber: el nacimiento de esa Tercera República que saluda la repentina emergencia de nuevas capas sociales.

El 7 de enero de 1873, los principales órganos de prensa franceses anuncian la muerte en el exilio, a los 65 años, de Napoleón III, y se permiten juzgarlo con apreciaciones que van desde los elogios más ditirámicos, a las invectivas más crueles; sobre todo, por parte de sus enemigos, entre los cuales se cuenta con el marqués Henri de Rochefort, que no vacila en tildarlo de criminal. Horrorizado por todo lo que ha oído decir acerca del recién desaparecido, el mismo Émile Zola exclama entonces: “Asistimos en

este momento en París a la comedia más lúgubre que pueda verse. Ningún cadáver fue jamás tratado de esa manera en presencia de las masas”.

¡Ha muerto el Emperador! Según los titulares de los diarios, estaba enfermo desde hacía varios años. “¡Con él se extingue un pensamiento colmado de los destinos y de la grandeza de Francia, un corazón consagrado a todos, sin distinción, pero sobre todo a los débiles y a los pobres!” “El restablecimiento del Imperio pierde a un hombre: no pierde ni una suerte ni una esperanza. No es ni por sus aspiraciones, ni tan siquiera por sus actuaciones como un régimen político se asegura un futuro: es por su necesidad. Y el Imperio le es necesario al orden público, a los intereses; Francia lo necesita para protegerse de los peligros más inminentes que la demagogia y el socialismo le hacen correr”. En *Le Figaro* se lee: “Dejaremos totalmente de lado la política para juzgar este acontecimiento, por sí mismo considerable, desde cualquier punto de vista que se asuma. Napoleón III gobernó Francia durante 22 años y en tres ocasiones toda Francia lo aclamó; no podemos olvidarlo”. Al mismo tiempo, el *Journal des Débats* brinda un análisis más matizado acerca de ese acontecimiento: “Ni nos asusta ni nos preocupa, pero lo primero que nos viene a la mente es que, dejando ileso el respeto que toda muerte merece, esta suprime precisamente una causa de conflictos y discordias. No es una desgracia para Francia: eso es lo que se dirá cuando en Francia se conozca la muerte de Napoleón III. ¡Qué sorpresa y qué castigo! Este hombre fue la gran ilusión de nuestro país, que se ha perdido por sus ilusiones. ¡Cuántos creyeron en su genio y en su estrella mientras fue feliz! La masa del país soñó con él: el despertar fue terrible”.

La Asamblea Nacional, incómoda por la ola de anticlericalismo que siguió después de su fracaso y de las convulsiones de la Comuna, poco a poco va regresando a una restauración católica y se asiste, desde inicios de la primavera, al retorno de las grandes peregrinaciones tradicionales, como la de Chartres en mayo de 1873 o la de Paray-le-Monial. Las autoridades religiosas deciden consagrar toda Francia al Sagrado Corazón, y luego, por su parte, los legitimistas, que se han fortalecido con el apoyo político y aprovechando el impacto místico de las pruebas a las que Francia ha tenido que someterse y que perciben como una expiación de los errores cometidos desde la Revolución, solicitan construir una basílica en Montmartre consagrada al Sagrado Corazón en recuerdo de los primeros mártires cristianos, y en particular, de las primeras víctimas de la Comuna. Este proyecto, que se ha decretado que sea considerado de utilidad pública, se construirá por suscripción nacional.

Desde su regreso de Menton, José María elabora su parte de *La Tumba de Théophile Gautier*, y antes de partir a Bretaña ese verano, Mallarmé le hace saber que no irá a casa de Lemerre el sábado próximo, para asistir, como le ha pedido Catulle Mendès, a la habitual reunión de poetas. Lo cree demasiado autoritario para su gusto y le reprocha, en calidad de yerno del difunto, abusar de su parentesco y exagerar sus poderes. Por ello prefiere

solicitar a Coppée que lo represente. Comenzando por “Oh, tú que...” y terminando con una rima oxítona, quiero cantar en versos pareados una de las cualidades gloriosas de Gautier: el misterioso don que tenía de ver con sus ojos”. Y Mallarmé insiste en que su homenaje asumirá el carácter de un brindis dirigido al fallecido. Ese “Brindis fúnebre” tendrá la extensión y la organización de rimas conformes a las instrucciones de Mendès.

En lo referente a José María, recién concluye su poema “Monumento”, dedicado a la memoria de Théophile Gautier y que completa los testimonios de más de 80 poetas. Sólo se espera el suyo para imprimir una obra que debe ver la luz en el primer aniversario de la muerte de su amigo y maestro. José María escribe:

*Todo perece: el mármol lo mismo que la arcilla:  
Pues la forma que imprime mano experta y ufana  
En la materia dúctil, es frágil maravilla.*

*Lo que vivió mil años desaparece mañana.  
Destruye el Tiempo, aunado con el furor del hombre,  
Los prodigios del genio, de la soberbia humana,*

(...)

*Así, a Memnón desdeña, pues con igual encanto  
Que ese granito anónimo cuya antigua memoria  
Nos legaron los siglos, lanza al viento su canto;  
Y, cual un sol naciente, lo ilumina la Gloria.*

A lo largo de los años, José María sigue dispensando por aquí y por allá sus sonetos, unas veces en obras colectivas y otras, en nuevas publicaciones como la *Revista del Nuevo Mundo, literaria, artística y científica*. Los destila con un refinamiento y un placer infinitos, y tal vez sea él uno de los pocos poetas que conservaron el gusto por la parsimonia, por lo infrecuente, que con independencia de la belleza, constituye la riqueza y aumenta el valor de las cosas. El verso es algo exquisito, que no puede asimilarse en grandes cantidades. Mediante un juego de imágenes, la armonía de las rimas y del ritmo, las ideas que suscitan, el secreto encanto con el que se envuelven y que conserva todo su misterio, apelan —al menos José María siempre se ha mostrado orgulloso al respecto— a todas las fuerzas latentes de esa sensibilidad que no resulta inagotable y que precisa un descanso para poder renovarse. Por muy hermosos que sean, y sobre todo si son bellos —afirma—, al cabo de unas páginas o de un centenar de estrofas, iuno se ve obligado a detenerse! La capacidad de emoción se agota y solicita un descanso.

Y esta forma de enfrentar la vida y de vivirla que hubiera permitido pensar en cierta forma de pereza, en él se transformaba en un rasgo de

genio. Y cuando sus amigos le reprochaban que se manifestaba poco, respondía con igual franqueza: “¡Qué queréis que le haga! La poesía es un postre, una golosina, con el sabor y el aroma quintaesenciados, o mejor, un fino licor de las islas con sus concentrados fuegos violentos que ni es servido en grandes vasos, ni se coloca en una gran bandeja como suele ocurrir con la caza mayor: la poesía se degusta gota a gota, se come como un dulce desleído”. Y su respuesta resultaba tan bella, tan fina y tan justa, que el lector quedaba maravillado. Parecía poseer una potencia innata del valor de cada una de sus palabras y la admiración que experimentaba, por supuesto que lo fortalecía, le confería una facilidad y una autoridad poco frecuentes que llegaban a hacer olvidar a su auditorio su tartamudeo natural, que aún sucedía ligeramente en ocasiones, cuando estaba cansado. De esta manera, su reputación avanzaba sin dificultad entre sus congéneres. Para ellos, su fuerza residía ante todo en su íntima convicción de sentirse por encima de todo el mundo, de lo que se desprendía esa ausencia total de envidia o de celos por los nuevos talentos, que le hacía ser siempre el primero en felicitar a los jóvenes poetas. Además, en los salones literarios se le sabía incapaz de desdeñar o denigrar a alguien.

Por esa época, José María comenzó a frecuentar asiduamente el salón de la princesa Matilde, que se había mudado a un palacete, más amplio y lujoso, contiguo al apartamento de la familia Heredia. Prima de Napoleón III, esta original y autoritaria princesa, que proclamaba su anticonformismo, y que contaba con 54 años, se había exiliado por un corto tiempo en Bruselas y cuando todo terminó, le pidió a Thiers autorización para regresar a París, a condición de que no la importunaran, lo que le fue concedido con gusto. En cuanto llegó, retomó sus costumbres mundanas e instituyó un nuevo ritual de recepciones. Recibiría los miércoles a literatos y pintores y reservaría los domingos para las reuniones nocturnas y bailes que denominaba, no sin cierto esnobismo, “sus grandes recepciones”.

Sin embargo, su salón no gozaba entre la gente talentosa de la misma reputación que había tenido antes de la guerra y Edmond de Goncourt no paró mientes en decir que “se había apagado como un fuego artificial bajo la lluvia... no era ya el salón literario y artístico que había frecuentado anteriormente, aquel salón en el cual se escuchaban las delicadas intervenciones de Sainte-Beuve, la elocuencia de Gautier, digna de Rabelais, los mordaces comentarios de Flaubert, ese salón que, todavía ayer, resonaba en medio del encanallamiento del ideal literario del Imperio, de las profundas paradojas, de las arrogantes ideas, de un continuo combate de expresiones ingeniosas”. Aunque no llegó al extremo de criticar a su anfitriona, José María se mostraba en ocasiones severo en lo tocante a los asiduos a su salón, donde los literatos y los artistas de renombre se habían sustituido, poco a poco, por las distinguidas damas de la sociedad parisina y los políticos de moda. En ese momento, en ese salón se percibía cierta medida, la sombra de una desvanecida majestad, como decía su amiga, Julia Daudet.



A esto se sumaba una mesa de mala calidad que, además, se preciaba de prescindir de todo tipo de etiqueta. Y así, rápidamente corrió la voz de que en casa de la princesa todos se quedaban con hambre, incluso aquellos que habían tenido la suerte de haber sido invitados a cenar. Pues, si bien recibía a todos sus invitados con cierta cortesía, su amabilidad desenvuelta no era sino una condescendencia extrema.

José María conocía bien ese rasgo de carácter propio de una sociedad cuya mundanidad le otorgaba el derecho de recibir en sus salones a todo el que tuviera un nombre, un título, una decoración. Pero prefería mucho más las cenas íntimas, en las cuales los invitados eran minuciosamente escogidos. Después de las Cenas Magny, con Sainte-Beuve, Théophile Gautier, Leconte de Lisle y Renan, vino la Cena de los Cinco, eran como cenáculos literarios a los que se daban cita en restaurantes o tabernas gente talentosa que se estimaba y conocía muy bien: Flaubert, Zola, Tourgueniev, Alphonse Daudet y Edmond de Goncourt. No obstante, más tarde, Flaubert prefirió recibir en su casa cada domingo a un grupo de amigos más abiertos, jóvenes que traía Guy de Maupassant, casi todos pertenecientes a la “escuela naturalista”.

Justamente ese año, José María conocerá a Flaubert en una recepción en casa de la joven pareja de los Charpentier, en el muelle del Louvre, en cuyo salón se dan cita los literatos donde la casa editora ya acoge a los parnasianos y a los naturalistas. El novelista acaba de firmar con Georges Charpentier un nuevo contrato para sus dos últimas obras: *La tentación de San Antonio* y *Bouvard y Pecuchet*. Parece estar más tranquilo por haber podido dejar sus intereses entre las manos de un amigo que le parece más leal que su editor precedente, y se siente feliz de poder sumergirse en esa nueva novela satírica, cuyo tema —según le dice— exige grandes lecturas sobre materias de las que no tiene la mejor noción, como la química, la medicina y la agricultura.

En los primeros meses de julio, José María regresa a su retiro estival y con gusto se aleja de la capital. Pasa el verano en el campo o junto al mar, ya sea en la estación termal de Luchon, a donde Flaubert acude con frecuencia. De allí se dirige a los Pirineos, al castillo de Lasserade, para visitar a sus primos y por lo general no regresa a París hasta que no haya finalizado la temporada. Esta vez será el 20 de diciembre, para el nacimiento de su segundo bebé. Espera un varón, pero será una niña, María, de quien ya todo el mundo ha dicho que es el vivo retrato de su padre. Conmovido por su gracia y su belleza, pronto presiente que esta no será como los otros, que escribirá y será la musa de hombres y de poetas, y tal vez por eso hace grabar en un plato de porcelana de Quimper estos elogios en su honor.

*El día que tú naciste  
Nacieron todas las flores,  
Y en la pila del bautismo  
Cantaron los ruiseñores.*

Precioso instante, que consagra a su familia, a su madre y a sus adoradas hijas, como si esos minutos le estuvieran contados. Recuerda los dramas familiares que llenaron de duelo la breve vida de su primo, el Cantor del Niágara, y lo invade un sombrío presentimiento. La fragilidad física y las taras hereditarias, debidas en general a la consanguinidad, resultaban muy frecuentes en estas viejas familias.

Su estado moral no es bueno; de nuevo tiene malestares oculares y pronto sabrá que su amigo Flaubert, en el crepúsculo de su vida, está amenazado de quiebra a consecuencias de la ruina de su sobrino, Ernest Commanville, comerciante en maderas en la ciudad de Dieppe. “Mi sobrino está totalmente arruinado —le escribe a Zola el 13 de agosto de ese año— y yo me veo grandemente afectado”. Y José María sabe muy bien que la fortuna personal de Flaubert no deja de llamar la atención de los acreedores y se pregunta cómo este gran novelista logrará enfrentar el brusco cambio en su existencia, él, que solamente ha vivido para su arte, desembarazado de todo tipo de dificultades financieras. Y, sin embargo, lo hace. Trata de vender sus derechos de autor, y autoriza nuevas ediciones, pero esto nunca resulta suficiente. Deja su apartamento de París y renuncia a las reparaciones que quería realizar en Croisset. Georges Sand le propone comprarle la casa y dejar que la disfrute hasta su muerte, pero Flaubert rechaza el ofrecimiento. En unas pocas horas pasa de una posición desahogada a una vida precaria e, incluso, piensa en la posibilidad de buscar un empleo, en el mismo momento en que acababa de iniciar el trabajo de una difícil obra. Sus amigos tratan de buscarle trabajo, un puesto honorífico, ¡aunque sea para asegurarse la subsistencia! Jules Ferry lo nombra bibliotecario suplente en la Biblioteca Mazarine, pero no toma posesión de su puesto. Vuelven a producirse poco a poco las crisis nerviosas que ya había sufrido en su juventud y cada vez con mayor frecuencia sufre de crisis de desesperación.

José María se siente, sin duda alguna, muy afectado por las desgracias que se abaten sobre el autor de la ilustre *Madame Bovary*, y comprende mejor que nadie el drama que los amenaza a todos en esos momentos. Sabe que forma parte del grupo de artistas malditos y que nada lo protege. Hace 20 años, el joven Gérard de Nerval murió por esa misma causa: primero lo rondó la locura y luego la miseria acabó con él. Aunque nunca se lo confiesa a los más allegados, el dinero es una de sus preocupaciones cotidianas; sobre todo, cuando, como es el caso, se padece la manía de la grandeza y el orgullo de pertenecer a esa raza de gentilhombres que nunca han trabajado, ni han consagrado sus fuerzas al servicio de provecho ni ganancia. Y entonces se le ocurre que, a falta de fortuna, para asegurar su futuro y ganarse la más alta consideración debería al menos obtener el más alto honor que le fuera accesible; esto es, su elección como miembro de la Academia Francesa. Desgraciadamente, bajo el Segundo Imperio, esa célebre institución había privilegiado a los políticos más que a los literatos y el gran novelista y poeta Théophile Gautier nunca fue admitido. ¿Por qué

cambiarían las cosas para él, con la Tercera República —se pregunta ansiosamente—, cuando Jules Simon, miembro del Gobierno de la Defensa Nacional, acababa de ser elegido?

Una nueva revista fundada por Catulle Mendès acaba de ver la luz: *La República de las Letras*, y en la tercera serie del *Parnaso Contemporáneo*, con el título de “Sonetos heroicos”, el poeta reúne más de 25 poemas, entre los cuales se encuentra el dedicado tiempo atrás al pintor Gustave Moreau, a quien había conocido en 1868 y a quien admiraba en gran medida. En efecto, ese poema, cuyo título es “Jasón y Medea”, lo había inspirado un cuadro del artista que, como él, utilizaba cualquier mito de la Antigüedad para crear un ambiente onírico. Y si el tema, tomado de la mitología griega, de una maga famosa por sus crímenes, lo había fascinado particularmente por su carácter inquietante y misterioso, fue a través de un simbolismo pictórico como trató de reflejar su emoción poética, abrumado ante el exceso decorativo de esa pintura, expuesta en el Salón de 1865.

*Grandes aves encienden, al pasar, con su vuelo  
De gemas, la armoniosa bóveda florecida,  
Y en los lagos de plata llueve el azur del cielo.*

*El amor les sonrío, mas la fatal Esposa,  
Con los filtros del Asia, lleva la ponzoñosa  
Serpiente de los celos en su pecho escondida.*

José María le había enviado este soneto como regalo de fin de año el 1º de enero de 1869 a Gustave Moreau, quien de inmediato le respondió: “Su adorable soneto, precioso para mí por tantas razones, ha provocado en mí una sola pena: la de haber expresado tan débilmente al abordar ese misterioso tema en mi lenguaje mudo, lo que usted pone de manifiesto con tanta gracia y talento”. Y entonces empezaron a intercambiar hermosas cartas, mediante las cuales fue entretejiéndose una complicidad intelectual y artística, tanto sobre la imagen de la mujer fatal de la pareja, seductora y castradora, como sobre la interpretación común de los grandes mitos griegos. Sin embargo, igual que este poema, “Jasón y Medea”, la mayor parte de esos sonetos ya habían sido conocidos y célebres antes de nacer. Se conocen. Bien fueron publicados en revistas, bien se recitaron o leyeron en voz alta por el mismo autor en su casa o en salones literarios. Pero poco importa, pues José María tiene tal conciencia de su valor, que piensa que, naturalmente, sus sonetos no pueden ser sino los mejores y ese orgullo indestructible lo salva de la envidia, de los celos, de la mezquindad.

Mas, siguiendo los consejos de su viejo amigo, Anatole France, José María piensa que su publicación colectiva señalaría una etapa relevante de su obra, pues para él todos esos sonetos individuales no son sino el inicio de un enorme fresco, y tarde o temprano deberán formar parte de un am-

plio cuaderno, lentamente elaborado a lo largo de los años bajo el influjo de una variada inspiración. Con ese punto de vista, concibe la mitología como un gran conjunto cuyos sucesivos acaecimientos van concatenándose e imbricándose. Persigue el objetivo de conferir a su obra una dimensión épica, la única forma —así le place repetirlo— que admira en Víctor Hugo y para lograr ese fin no vacila en revisar un soneto para hacerlo más perfecto, aunque ya se haya publicado. Así, sin declararlo, poco a poco va reuniendo los poemas que un día se convertirán en *Los Trofeos*, pues ha decidido publicar el conjunto de su obra, cuando llegue un momento que él estime favorable y todo ello para realizar su mayor sueño, según le confía a Sully Prudhomme, el de ingresar a la Academia Francesa. Desgraciadamente, la institución misma resulta criticada cuando se efectúa la recepción de miembro de la Academia Francesa de Alejandro Dumas hijo. Al salir de la ceremonia, Émile Zola comenta que, al parecer, la Academia ya era cosa del pasado: “Ha caído en ridículo y ya no tiene la menor influencia literaria; ha ido perdiendo poco a poco la vida y las grandes corrientes del siglo se han ido a otra parte”. Y añade: “La explicación es que la Academia no es sino una vanidad: tiene el poder de una condecoración con la cual los más escépticos y los revolucionarios envejecidos quieren engalanarse”.

A partir de ese momento parece que la escisión del grupo parnasiano ya es un hecho consumado. Los rechazados, entre quienes se encuentran Stéphane Mallarmé, Paul Verlaine y Charles Cros, participan en la redacción de las *Décimas realistas*, en las cuales se mofan de François Coppée y del academismo. Esa generación ascendente, que se declara modernista o naturalista, busca nuevas formas de expresión y de mediatización a través de otras revistas y otros círculos literarios de espíritu más satírico y menos pesimista que el de la generación anterior. José María no quiere preocuparse por estas consideraciones que, de acuerdo con su punto de vista, no resultan muy serias, pues cree que en su mayoría provienen del espíritu del “cabaret artístico del Chat noir” y del salón de Nina de Callias, del cual muchos de sus amigos e, incluso, él mismo se han separado deliberadamente por esa época. Recuerda que esas críticas son las mismas que tuvieron lugar cuando hace diez años publicaron el *Parnásico contemporáneo*, en el cual ya se ridiculizaban los nuevos valores a los que aspiraban los parnasianos, esos poetas académicos de quienes formaba parte junto a Leconte de Lisle y Sully Prudhomme.

Y rechaza en bloque todas esas acusaciones.

Regresa después a sus antiguos amores, a sus raíces, a las que se mantiene muy ligado. Su pasión por la literatura y la cultura hispánicas lo llevan a la traducción de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo. Y escribe una introducción de 70 páginas, que dividirá en dos partes: la primera tiene el título de *España 1513-1514* y la segunda trata sobre la juventud de Hernán Cortés. “De una muy prolongada intimidad con el heroico aventurero ha surgido una nueva

obra. Hemos querido hacerlo vivir. Hemos tratado de pintar a su alrededor la España de los primeros años del siglo XVI, todo ese pueblo fascinado, la ambiciosa cruzada que lo precipitó a América, a esa naturaleza virgen, a esa civilización brillante y bárbara de los aztecas, al derrumbe de su vasto imperio. Obtendremos de este libro, una vez concluido, algunas páginas de historia...". El único defecto que se le reprochará más tarde —comenta alguien muy autorizado— es que la escribió demasiado bien.

Ese verano se va a Normandía para descansar y desde Etretat le envía a Leconte de Lisle una carta fechada el 18 de septiembre de 1876.

"Querido amigo,

"...a pesar de los cantos pelados, bastante suaves, dicho sea de paso, la playa es hermosa y se halla entre dos acantilados de roca caliza, en los cuales el mar talló el famoso arco natural llamado *Porte d'Aval*. Etretat es un lugar encantador, un poco mundano, pero animado y lleno de verdor... Desde lo alto de los acantilados, el horizonte asume un hermoso carácter y el mar, de color verde, que bate con furor las escarpadas paredes de piedra caliza estratificada como por la mano del hombre, le confiere cierto aspecto feroz (...)

"A la orilla del mar toda una población femenina lava y extiende la ropa durante la marea baja sobre las piedras entre las cuales se filtra un río subterráneo; los viejos barcos han quedado varados en la playa, cubiertos de paja y sirven de almacén para los marinos. El conjunto es variado y pintoresco; en los alrededores se ven hermosas haciendas rodeadas de árboles plantados en los altos taludes como modo de protección contra el viento que proviene del mar. Al abrigo de esos árboles crecen los bellos manzanos normandos, casi ocultos por una espesa hierba. Al extremo de las huertas, se ve la vieja casa con techo de paja. Esos techados son encantadores cuando se cubren de guirnaldas de volúbilis, en medio del iris y el cardo.

"Buenas noches, amigo mío, ya no hay claridad y ya no puedo escribir con luz artificial".

A principios de año, el 5 de enero, su pequeña familia crece con el nacimiento de una tercera hija, a quien José María quiere ponerle el nombre de su madre, Luisa, como si el drama que presentía desde el nacimiento de María fuera a tener lugar. El 22 del mismo mes, su madre adorada, al dar su alma a Dios, sume al hijo en una profunda desesperación. Con ella se va la parte más hermosa de su infancia, esa que nunca se recobra. Y como sabía que estaba muy débil en los últimos tiempos, había comprado una concesión a perpetuidad, en un cementerio cerca de Ruán, en esa región que Flaubert la había hecho conocer y que tanto amaba. Allí, en la Alta Normandía, en un pueblito encantador que lleva el nombre de Blosseville-Bonsecours, reposará su madre, lejos de las palmas y del cielo de Cuba, pero en una tierra que tampoco le resulta del todo extranjera, pues su bisabuelo materno, Girard d'Ouille, había ocupado bajo el reinado de Luis XV un importante puesto en el Parlamento de Normandía. Cerrando así el ciclo de su vida, regresaba

a los suyos, luego de un largo periplo que, como para algunos miembros de la familia, pasaba por Santo Domingo y por Cuba. Y sobre la lápida sólo hizo inscribir lo siguiente: “Luisa Girard de Heredia —22 de enero de 1877” y añadirá el siguiente epitafio: “El descanso que sigue al deber cumplido”.

De lo que más se lamentaba, según le decía a menudo a su hijo, a quien llamaba Pepillo,<sup>27</sup> era no haber podido ver crecer a sus nietas; eso era acaso lo que ella, que había esperado a que Luisa viniera al mundo para abandonar la tierra definitivamente, deseaba hacer antes de dejarlas, con el fin de que su imagen no se borrara por completo y que cuando más tarde vieran los daguerrotipos llenos de manchas, pudieran al menos reconocer a su abuela en la imagen de esa anciana vestida de negro, con los largos vestidos de satín o de muaré, con los cabellos recogidos en una redecilla o con un tocado adornado con cintas. ¿Se acordaría la mayor, la hermosa Hélène, que para entonces sólo contaba con 6 años, de su simpático acento criollo? Y María, ¿guardaría el recuerdo de todos esos bellos nombres exóticos de flores y de frutas que a menudo evocaba en cualquier ocasión? ¡Pues no había nadie como la abuela Luisa para transformarlos en golosinas, de las cuales la más sabrosa era pasta de guayaba que preparaba con amor y que se comía con queso blanco! Ella nunca olvidó que había nacido en El Caney, esa barriada residencial de Santiago de Cuba que para ella era el vergel del paraíso terrestre.

Ese año, José María no tuvo deseos de recibir visitas ni de concurrir a los salones. Atraviesa por una etapa muy triste y difícil; casi nunca sale por la noche; no visita a nadie y se queja de que los científicos, los eruditos, los hispanistas no vengán tampoco a visitarlo. Su salud no es buena, tiene ataques de gota y su esposa, alterada por sus maternidades sucesivas, es víctima de frecuentes crisis nerviosas. Se mantiene así, deprimido, hasta la llegada de la primavera y poco a poco reanuda sus antiguas costumbres, va a visitar a la joven pareja de los Daudet que acaban de mudarse a la plaza de los Vosgos. Todo había cambiado para ellos desde que Alphonse conoció no solamente el éxito, sino también la gloria y la fortuna con las *Cartas desde mi molino*, *Tartarín de Tarrascón* y su última novela, *El Nabab*.

Por el contrario, va con frecuencia a casa de su viejo amigo Leconte de Lisle para hablar de poesía y versificación, lo que a menudo aburre a sus congéneres. Además, desde que terminó la guerra, el maestro ya no recibe en su salón como antes; ya no recibe a los parnasianos, a no ser a José María, a quien considera su hijo espiritual. Sigue viviendo en el bulevar de los Inválidos en un apartamento que no es muy amplio, pero sí agradable. Por un lado, las ventanas dan al bulevar y, por el otro, a los jardines de la antigua residencia Biron, ocupada antaño por la Institución de las Aves, donde hasta ayer residían y estudiaban todas las jóvenes de la aristocracia, y que,

---

<sup>27</sup> Diminutivo familiar del nombre José con el cual lo llamaron desde su más tierna infancia. Su esposa siguió llamándolo así.

por desgracia, hoy, como muchas otras escuelas religiosas, había pasado, por apropiación legal, al dominio público. Por otra parte, José María no es el único que lamenta la desaparición de esa enseñanza privada y no vacila en criticar las tendencias del gobierno, que trata de fortalecer cada vez más a la República mediante el debilitamiento de la Iglesia. Mas, cuando esa noche José María sale del cuarto donde trabaja su viejo maestro, sus pensamientos están en otra parte. El silencio y la noche que envuelven los centenarios árboles del hermoso parque, permiten que la imaginación libre del poeta recorra el pasado.

Hacia el mes de noviembre, publica dos de sus sonetos: uno que data de 1868 y que sigue evocando esa Bretaña que tanto ama. Pero no describe el mismo paisaje. Le pone por título “Armor” y escribe “Ar-mor”, que en lengua bretona significa “el mar”, “Bretaña” o la costa bretona. Nos encontramos en la tierra de los viejos clanes, de los enanos y los demonios y la más pequeña piedra erigida o yacente simboliza para él la tumba de un gigante kímrico o de un celta desmesurado. Y en esa “antigua raza de ojos pensativos”, el poeta ve por todas partes a esos guerreros celtas que recibieron antaño el nombre de *kimris*.<sup>28</sup>

*Para emprender la ruta de Raz tomé en Trogor  
un pastor melenudo como un antiguo Evhage,<sup>29</sup>  
y hollábamos, sorbiendo su perfume salvaje,  
la áspera tierra Kímrica que produce áurea flor.*

Finalmente, en cuanto se editan los poemas, experimenta la alegría de ver la publicación del primer volumen de su traducción de *La verdadera historia de la conquista de la Nueva España*.

---

<sup>28</sup> Nombre con el cual se designa a las poblaciones rubias, de gran estatura y de cabeza alargada, los celtas, procedentes del norte de Francia y de Bélgica, que se establecieron en un momento dado entre el Sena, el Marne, el Rin y el mar.

<sup>29</sup> Evhage o Eubage era para los celtas aquel que desempeñaba las funciones de sacerdote y de poeta, entre druidas y bardos.

## 1878-1884

### El prodigioso ascenso de Severiano al poder

Dado que las últimas noticias de Cuba “que hacen saber que la insurrección cubana se puede considerar terminada”, no presagian nada bueno y a pesar de las dificultades que Edmond About hallara en el seno del partido republicano para desacreditar la monarquía española y las polémicas de ciertos periódicos como *Le Temps* y el *Moniteur Universal*, Severiano constata los esfuerzos de muchos de sus amigos gambettistas por divulgar artículos a favor de Cuba. Sin embargo, es acaso en el *Courrier des Antilles* en que pueden encontrarse resúmenes firmados por cierto *El Antillano*,<sup>30</sup> que tienen alguna repercusión más allá de las fronteras y cuyo contenido resulta totalmente diferente. Es una excepción en la prensa francesa del siglo XIX. En esa época, nadie sabe exactamente quién es el autor que se esconde bajo ese seudónimo, si bien se sospecha que es un latinoamericano, pues se dirige a los europeos refiriéndose a “nuestras repúblicas sudamericanas”, que al parecer conoce muy bien.

Y desde Santo Tomás, esa roca árida en medio del mar Caribe, tan expuesta desde 1868 a las convulsiones terrestres, pero que sigue disfrutando de cierta prosperidad, gracias a las libertades comerciales que siempre le ha concedido el gobierno metropolitano de Dinamarca, el misterioso personaje escribe e interroga a sus lectores: “¿Qué pasó realmente en Cuba?”

Después de las promesas de una próxima pacificación que habían circulado por Madrid, el general Martínez Campos se había dirigido a Cuba para visitar al gobernador general, don Joaquín Jovellar, para constatar la situación de la Isla. Quería saber si podía considerarse aniquilada la insurrección cubana tal y como lo afirmaba el embajador español en París. Mas, la realidad resultaba muy diferente; la insurrección estaba lejos de haber sido aplastada y los vencedores perecían miserablemente en los hospitales de la colonia, víctimas de una terrible epidemia: *el vómito negro*.<sup>\*</sup> Al ver el estado en que estaban sus tropas, el general Martínez Campos recuerda el tiempo cuando combatía a los cubanos con el grado de coronel y decía a quien quisiera es-

<sup>30</sup> Seudónimo de Betances, que escribía para el *Courrier des Antilles*.

\* En español en el original. (*N. del T.*)



cucharlo “que jamás se vencería a los cubanos, mientras no hubiera tropas y oficiales cubanos que les hicieran la guerra. Y podía reclutarse soldados —añadía—, obligando a los guajiros, de los que se desconfía, a los temidos y lisonjeados hombres de color e, incluso, a los despreciados negros (...) pero a los oficiales no se les podía improvisar en el ejército español. Había entonces que reclutarlos dentro de las filas del enemigo; lo que sugiere la idea de comprarlos, si es posible”.

España duerme inmóvil como la servidumbre y se consume en su eterno inmovilismo, decía más adelante el autor de este relato: “Tomás Estrada ha traicionado la causa de su patria. El 19 de octubre se dirigió a las autoridades españolas... acompañado por algunos oficiales subalternos. ¿Será que la revolución ha sido vencida? No lo crean. Una revolución como la de Cuba no se desmorona por causa de un solo hombre, a pesar de lo que piensen los españoles y la razón es muy simple. Nuestra guerra no es una lucha de ambiciones mezquinas (...)

”Así Cuba, la novia ‘siempre fiel’\* y desgraciadamente demasiado acostumbrada a que sus verdugos la vistan de púrpura, no ha querido desgarrar su vestido de mártir para retomar el camisón de los esclavos y la guerra prosigue”. El periódico español de La Habana relata que “las hostilidades, que habían recesado por algunos días, están a punto de reiniciarse y todas las fuerzas se han vuelto a poner en movimiento. Los españoles sabrán, de una vez por todas, que un presidente podrá traicionar la República, pero que no por ello la República está condenada a fallecer”.

La situación en Francia tampoco tiene nada de qué alegrarse. Los republicanos, que lograron un aumento de 100 escaños al renovarse los consejos generales, no excluyen la hipótesis de que el gobierno de Mac-Mahon cree una situación de fuerza. Los monárquicos sugieren que se dicte un estado de sitio; Gambetta, por su parte, denuncia ese fantasma de peligro social, de hipótesis quiméricas, y Grévy contemporiza al responder que jamás dará la señal para una guerra civil. La gran Exposición Universal se prepara bajo pésimos augurios, si bien este ministerio reparador, como lo llama, promete que el fin de la crisis constituirá el punto de partida de una nueva era de prosperidad. Hay una inquietud general en el mundo de los negocios y la preocupación aumenta en las cámaras sindicales patronales. Ante el riesgo real de una “Guerra a la Revolución”, consigna lanzada por la derecha, Gambetta preconiza la paciencia a su partido, pero Mac-Mahon no se resigna a aceptar la República. Quiere que sea liberal, pero organizada y subraya que sólo reniega del jacobinismo. Y cuando el 1º de mayo de 1878 se abre la Exposición Universal y se devela la gigantesca estatua de la República, esculpida por Clésinger, de repente, resuena *La Marsellesa*. Se alza un clamor en medio de la multitud, seguido de miles de vivas, pues en verdad no se la escuchaba con mucha frecuencia desde 1870.

---

\* En español en el original. (N. del T.)

Unos días más tarde, en una recepción que reunía a los alcaldes de todas las comunas de Francia, invitados a la plaza Beauvau por el ministro del Interior, al finalizar el banquete, los elegidos se ponen de pie y chocan sus copas a gritos de “¡Viva la República!” Es la señal que anuncia el establecimiento de la República y, luego de las últimas elecciones del Senado, donde hubo mayoría de republicanos, ya no se espera sino la salida de Mac-Mahon. Ahora, el gobierno tiene las manos libres para continuar con la depuración iniciada. Mac-Mahon renuncia y Jules Grévy, el viejo procedente de la región del Jura, de origen campesino y jurista de formación, es elegido sin sorpresa por 563 voces de un total de 713 votos válidos. Y en el periódico de Gambetta, *La République Française*, puede leerse: “Desde ayer vivimos en una República”. Se ha fundado definitivamente “la República de los republicanos” bajo la doble invocación de la ciencia y la razón.

Severiano conoce a Grévy desde hace mucho tiempo. Es un hombre valiente, moderado, serio, de convicciones profundas, muy anticlerical, poseedor de sentido común y que desea reunir a todos en una República seria. “La República —precisa en un discurso ante el consejo municipal de París— se compone tanto de aquellos que van delante como los que siguen tras ella”. Más tarde, después de haber confirmado que no entraría nunca en lucha contra la voluntad nacional expresada por sus órganos constitucionales, no vacila en emplear todas las astucias posibles e inimaginables para alejar del poder al hombre a quien más teme, a Léon Gambetta, ese joven tribuno que toda la Europa de ayer conocía tanto como a Thiers o a Bismarck. Además, ese Garibaldi francés, abanderado de la República triunfante, no olvidaba que en 1871 el mismo Grévy lo había insultado con términos injuriosos: “Haga lo que quiera: usted jamás será republicano; su destino es morir en la piel de un rebelde”.

El 14 de julio es declarado fiesta nacional y *La Marsellesa* deviene himno patriótico. Y en las fachadas de todos los edificios públicos se exhibe la máxima de los antepasados: “Libertad – Igualdad – Fraternidad”. La amnistía de todos los comuneros se aprueba finalmente, luego de un gran discurso de Gambetta antes de las elecciones de 1881, para —según dice— evitar una ruptura con la extrema izquierda. Los primeros prisioneros desembarcan en la estación de trenes de Orleáns y son más de 700 quienes regresan del infierno de Nueva Caledonia. A su vez, Luisa Michel será indultada al año siguiente y Rochefort, recientemente llegado de la prisión, funda *l’Intransigeant*.

Y así, al cabo del tiempo, Severiano aprende a apreciar las muy francesas cualidades de moderación y de discreción de este presidente burgués, respetado por todos y cuyo severo rostro se ilumina y se humaniza rápidamente en cuanto está junto a los suyos. Muy pronto se aprecia la juiciosa elección de sus ministros, cuando, por ejemplo, coloca a Jules Ferry a la cabeza de la Instrucción Pública. Su gusto por la acción y por el trabajo, su tenacidad, su combatividad, su ardiente patriotismo, su carácter volteriano

y su gusto por la fe positivista que le hacen iniciarse en la masonería, le ganan la estima de los republicanos. Por ello, Severiano, junto a Jules Grévy, a Jules Favre y a Jules Simón, en breve será un miembro de esa izquierda republicana, campeona de la enseñanza laica que él suscribe totalmente. Estos políticos se han trazado el objetivo de apartar a los jóvenes franceses de la influencia oscurantista del clero católico y de propagar entre ellos la luz de la Razón.

De hecho, dos corrientes que suelen ser denominadas “oportunistas”, comparten la mayoría. Por una parte, la Izquierda Republicana de Jules Ferry y, por la otra, la Unión Republicana de Gambetta. Severiano vacila entre ambas y, como buen pragmático, escucha, se informa, va a los cafés del Barrio Latino; en particular, al Procope, donde estos populares diputados suelen acudir, para discutir con los estudiantes e imitar, con verba y humor, la representación de las sesiones del cuerpo legislativo. De allí pasa a los salones políticos, las Fraternas de los masones, participa en algunos buenos banquetes y se dispone a entrar, en cuanto sea electo, en la Comisión de Presupuesto. Lo importante es saber escoger la comisión adecuada, la que dé prestigio o que está en el primer plano de la actualidad. Constituye el primer paso indispensable para una carrera política, pues los diputados y senadores se distribuyen en comisiones especializadas que examinan todo proyecto o proposición de ley, le dan forma y a continuación designan a un relator para representarlos en la Asamblea. Hay cerca de 15 comisiones permanentes en la Cámara, cada una de ellas compuesta de 33 miembros y son nombradas por un período de cuatro años, de ahí su importancia, pues en ocasiones duran más que los propios ministros, los cuales a menudo son pasajeros. Llegar a hacerse de un nombre resulta difícil, pues a los más viejos, cuyo ausentismo es práctica habitual, no les cuesta mucho hacer callar a los más jóvenes. De hecho no es el texto del ministro lo que se discute sino el de la comisión, de lo que se desprende su impacto y su significación. Las comisiones parlamentarias devienen verdaderos órganos del gobierno y Severiano, como político avezado, lo comprenderá muy rápidamente.

Los acontecimientos pronto serán determinantes para él y a Severiano le complace recordar las palabras de Gambetta, cuando fue elegido presidente de la Comisión de Presupuesto en 1877, pues comparte con él la misma manera de ver y de hacer política: “Hemos querido entrar en la Comisión de Presupuesto para ponernos de frente a las realidades... sin ilusiones ni precipitación; inspirados únicamente por un espíritu de economía, de madurez y de reforma sabia, nos cuidaremos de no dejar nada al azar, convencidos de que en estos delicados asuntos, no se avanza más que el tiempo o la opinión (...) Mi método consiste en jerarquizar los problemas, darles un número de orden y de urgencia”.

Con su amplio conocimiento en materia administrativa y financiera y, después de haber sido elegido presidente del consejo municipal, dos años

más tarde, Severiano será designado, por sus colegas, relator de la Comisión Municipal de Presupuesto. Esta será la primera etapa de su prodigiosa ascensión hacia el poder... la primera marcha hacia el podio. No asume esa responsabilidad como un honor, sino como un medio legítimo de acceder a las más altas responsabilidades en ese país que tan bien lo ha adoptado y cuya historia y civilización tanto ama. No quiere detenerse ahí y trabaja sin descanso sus expedientes, al mismo tiempo que cumple paralelamente con todos los compromisos adquiridos en numerosas sociedades de socorro mutuo o de enseñanza; en particular, en la Asociación Filotécnica, de la cual ya es presidente. Nunca deja de innovar, de intervenir y de dar su opinión, pero lo que ama con pasión es organizar. Después de haber tenido éxito en la constitución de varios servicios muy importantes en el departamento del Sena, será él quien implante en París y en sus barrios circundantes, por iniciativa propia, la vigilancia del trabajo infantil en los talleres y manufacturas. Dirige personalmente ese sector y asume el cargo de presidente de la Comisión Departamental Superior.

Finalmente, como tiene un gran ascendiente en el consejo municipal, Severiano de Heredia proporciona al prefecto de la jurisdicción del Sena, el señor Hérold, notorio anticlerical y republicano de primera fila, un poderoso apoyo en lo tocante a las bibliotecas populares, tema que le interesa especialmente desde sus inicios en política. Y el 10 de julio de 1879 presenta y expone ante el consejo municipal un brillante informe, verdadero manifiesto acerca de la reorganización de las bibliotecas municipales de París en los 20 distritos que integran en ese momento la capital. Gracias a él, el proyecto es aceptado y cada alcalde tendrá, a partir de entonces, su biblioteca personal. Pero eso no es todo. Para asegurar su buen funcionamiento, Heredia solicita al consejo que el número de volúmenes que deben poseer las bibliotecas de las alcaldías se aumente de manera considerable y que de 30 000 pase a 200 000, recomendando, por supuesto, que esa cifra aumente con el tiempo.

Luego de una primera tentativa infructuosa en las elecciones legislativas de 1876, se presenta al escrutinio uninominal como candidato a la Cámara de Diputados, rivalizando con Pascal Duprat. Como es lógico, siempre hay muchas críticas contra aquellos que escogen la carrera política; algunos los tratan de arribistas; otros, de oportunistas, pues el salario de un diputado es considerable, de unos 9 000 francos, pero la campaña que realiza para ser elegido cuesta bastante cara, más de 20 000 francos en el escrutinio del distrito. Severiano se pregunta qué podrían criticarle. Sin lugar a dudas, su condición de extranjero y el hecho de ser negro y recién naturalizado. Ignorancia o falsedad por parte de sus enemigos, pues hace ya más de diez años que es francés. Además, según lo que se dice en esos medios políticos, hay ciertas condiciones absolutamente necesarias para ser diputado: primero, ser francés y en segundo lugar, tener una herencia política. Si se satisfacen esos dos requisitos, otras cualidades desempeñan también un papel importante en la selección del elegido. El tipo de candidato perfecto debe ser, preferentemen-

te, rico, republicano, joven, soltero, culto y dotado de una perfecta elocución. Y si es aristócrata y además está provisto de un físico atractivo o agradable, esto ayuda sin lugar a dudas. Ya Severiano sabe todo esto.

Y le gusta reiterar que el elector vota por el hombre, por sus virtudes personales más que por su doctrina política. Y en el 17° distrito, donde reside desde hace mucho tiempo, se le aprecia, pues escucha a todas las capas de la sociedad, se detiene en todas partes para escuchar las quejas de cada ciudadano, discute, aconseja, atenúa o refuerza su juicio en función de las circunstancias, lo que lo lleva incluso a modificar su programa político, flexibilizándolo cuando lo juzga necesario. Como cada individuo es un voto en potencia, no puede soslayarse a ninguno. Lo más importante es no crearse nunca nuevos enemigos, sin por ello renunciar a sus principios. Convencer y persuadir constituyen, sin duda alguna, las palabras clave en esa campaña, que sólo serán validadas con su elección. La obtención de una medalla de diputado resulta casi idéntica a la conquista del vellocino de oro. Severiano ha tenido tiempo de prepararse, pues, en principio, la elección tiene lugar cada cuatro años. Sin embargo, hay que lanzarse mucho antes a la batalla con sus agentes electorales, los cuales se encargan de informarle todo lo que ocurre en el distrito. En ello radica el secreto del éxito: no dejar nada al azar, no ignorar nada con relación a los problemas cotidianos de la realidad y los rumores que pueden correr e inflarse con una increíble celeridad. El enemigo siempre estará ahí, escondido en la sombra, dispuesto a hacerlo caer antes de que llegue. Su método es siempre el mismo: agudo, eficaz, a base de conocimientos y análisis.

Esta vez, Severiano tiene más suerte. El 21 de agosto de 1881 lo eligen candidato republicano en la 1ª circunscripción del 17° distrito de París con 4 368 votos de 5 338 sufragios válidos. Además, estas elecciones constituyen una victoria para la izquierda, pues la derecha ha sido aplastada con 90 diputados y la Unión Republicana, el partido de Gambetta, ocupa un tercio de la Cámara. En ese momento, Severiano declara públicamente su elección en el grupo de la Unión Republicana, al cual de hecho se ha adherido desde el compromiso firme y claro de Gambetta en 1877. Desde hace tiempo le agrada su personalidad: comunicativo, afable, afectuoso, alegre, brillante, grande y patético cuando es necesario; con él comparte su amor a la patria, partidario de la lucha a ultranza en la guerra de 1870 y fundador de la República parlamentaria después de 1871. Además, Jules Ferry, acusado de estar comprometido en determinados asuntos relacionados con la expedición a Túnez, salvado por Gambetta, le hace llegar al presidente de la República la renuncia a su cargo, para ser sustituido por Gambetta, a quien se ha bautizado con el nombre de “futuro hacedor de maravillas, hombre providencial”.

“Y el *Gran Ministerio*, como será llamado, se va formando poco a poco con una nueva generación de republicanos, entre los cuales me encuentro”, exclama Severiano. “Tengo 45 años y Gambetta todavía no ha

cumplido los 43”, añade no sin ironía. Es el orgullo y la esperanza de sus partidarios y el gran hombre de su tiempo. El mismo Flaubert acabará por hallarlo agradable, encantador y le dirá a sus allegados: “Creo que es muy humano”. Sin preocuparse por lo que se dice de él, Gambetta se rodea primero de camaradas y nombra ministro de Instrucción Pública y de Cultos a Paul Bert y secretario de Estado a Spüller, amigos de Severiano ambos, republicanos anticlericales y masones como él. Se les dan responsabilidades a otros hombres valiosos: a Waldeck-Rousseau en el Ministerio del Interior y a Rouvier en el de Comercio, pero hace una mala elección al responsabilizar con el Ministerio de la Guerra al general marqués de Gallifet, a quien apodan *el Fusilador de la Comuna, el Verdugo de los Parisinos*, lo que pronto le valdrá el sarcasmo de un diputado poeta que, condenado a cinco años de prisión por haber participado en la Comuna, le reprocha a Gambetta en pleno hemiciclo haberles confiado la República a quienes habían tratado de asesinarlo. Incluso antes de tomar las riendas de Francia, ya está siendo criticado violentamente; se le acusa de diletante, de “*condottiere* de las letras”, que cambia de opinión con frecuencia, y hasta Edmond About, en el Ministerio de Relaciones Exteriores, le lanza en público *que parece un gorrión en una catedral*. Gambetta creará, además, dos ministerios sin el acuerdo previo del Parlamento: el de la Agricultura, que separa del de Comercio y la Industria, y el Ministerio de las Artes. En realidad, Gambetta no ha hecho más que evolucionar al ritmo de los acontecimientos y, de repente, Severiano comprende el peligro que amenaza a todo hombre público, pues cada una de sus palabras se recuerda y se torna sagrada una vez que es elegido. Sabe que en cualquier momento pueden utilizarse en su contra como una terrible arma. Después resulta que ya es demasiado tarde para cambiarlas y muchos políticos ya se han aprovechado de ellas.

Es cierto: constatar que las promesas que no se han cumplido es práctica frecuente en política y si bien muchas cosas son excluidas o suprimidas en los programas, el pueblo no acepta estas amputaciones. Así, Gambetta sufre los reproches de haber exclamado cierto día que “el clericalismo es el enemigo”, y de haber proclamado al día siguiente, tal vez para no ofender a los católicos, que “el anticlericalismo no es un artículo de exportación”. Responde evocando el calificativo peyorativo que se dirige, cada vez con mayor frecuencia, a cierta izquierda que se tilda de “oportunista”. Si este barbarismo ininteligible es equivalente de política inteligente, que no sacrifica nada al azar ni al espíritu de violencia, esa política, precisa, es en realidad la política de la razón. Y Severiano coincide por completo con él, cuando recomienda a los políticos que consagren su vida a extirpar el espíritu de violencia, que tantas veces los ha alejado de la democracia y a aprender a dirigirla hacia el estudio de las realidades concretas. Si pudiera lograr esa alianza del pueblo con la burguesía, fundaría sobre bases indestructibles el orden republicano; tal es el credo de este gobernante, cuya opinión suscribe totalmente. Dirigiéndose al hemiciclo con su apasionada voz de tribuno

exclama: “¿Qué me pueden importar vuestras querellas personales, vuestras divisiones en grupos y subgrupos? ¿Qué daño pueden hacerme los nombres y apodos? Nada de eso me interesa ni interesa a Francia”.

Infelizmente, a partir del año 1882, un acontecimiento financiero de primera relevancia pone en peligro el prestigio de Gambetta. Es el desplome de un banco católico, nacional y muy francés por demás, la Unión General, que pretendía oponerse no sólo a los bancos judíos y protestantes, sino también a las finanzas internacionales. El mundo de los negocios se apropia de inmediato de esta bancarrota, que tendrá graves consecuencias sociales. Y una vez más, el clero y los administradores, altas personalidades de derecha y católicas, son señaladas con el dedo. Primer desliz de Gambetta, que en seguida se lanza a la batalla a favor de un escrutinio departamental de lista contra el escrutinio uninominal por distritos, con el objetivo de sustraer el elegido a la intimidación demasiado acuciante del elector. Y Severiano había sido elegido de esa forma.

Con este proyecto, a pesar de un discurso muy elocuente, Gambetta obtuvo una minoría de votos entre la derecha, la extrema izquierda y algunos de sus amigos del Eliseo que no comprenden su empecinamiento. Sin la aprobación de la Cámara, el jefe del gobierno presenta su renuncia, de manera que su ministerio sólo ha durado tres meses, 77 días exactamente, y es grande la decepción de aquel que un día había dicho: “un año de poder es más fecundo que diez años de oposición”. Resultará uno de los gobiernos más cortos en la historia de la Tercera República.

Tres meses después, el 9 de marzo, Severiano de Heredia propone a la Cámara de Diputados un “Informe a nombre de la comisión encargada de examinar un proyecto de ley acerca de la concesión al Ministerio de Instrucción Pública y de Bellas Artes, para el año 1882, de un crédito extraordinario de 50 000 francos para la demolición y traslado de los escombros del Palacio de las Tullerías”. Cada día se derrumbaba un pedazo de pared y pronto no quedaría nada de esa residencia real, cuya construcción se había iniciado en 1564 por Philibert Delorme y que habían continuado muy valiosos arquitectos a lo largo de los pasados siglos. Altos dignatarios y funcionarios habían residido en una parte de ese palacio, que había sido más o menos reacomodado, en dependencia de las circunstancias; sobre todo, bajo los reinados de Luis XVI y de Luis Felipe. Excepción hecha de las salas de aparato, los salones de recepciones y los apartamentos del Emperador, la Emperatriz y el Príncipe Imperial, el conjunto resultaba seguramente grandioso, pero poco agradable como residencia debido a su vastedad y por el hecho de haberse concebido siguiendo planes demasiado complicados e inconexos. Además, a causa de su falta de confort, de sus techos demasiado bajos, de su falta de aire y de claridad, el palacio se había acondicionado de nuevo por un arquitecto italiano para transformarlo en la residencia imperial de Napoleón III. Nadie lamentaba, por tanto, que se le hiciera desaparecer, pues parcialmente incendiado durante la Comuna, el decorado de esa antigua residencia resultaba especialmente lúgubre en ese momento. De la

fachada que daba al jardín sólo quedaba la columnata del techo, que no había sufrido demasiado, así como las columnas y los dinteles que adornaban las numerosas puertas del palacio, pero por dentro no había más que pedazos de madera y de piedras amontonados; los techos se habían venido abajo y sólo quedaba el esqueleto calcinado del edificio, la gran escalera y su bóveda artesonada, dos o tres bellas chimeneas, como la del salón de baile y, en algunos lados, fragmentos enteros de arquitectura que brindaban un triste testimonio de ese notable pasado histórico.

Quince días más tarde, el diputado Severiano expone un segundo informe sumario, elaborado a nombre de la 3ª Comisión de Iniciativa parlamentaria, encargada de examinar la propuesta de ley del señor Langlois, con respecto a la organización progresiva de la seguridad comercial. Y finalmente, el 27 de mayo siguiente, hay un nuevo “Informe a nombre de la comisión encargada de examinar el proyecto de ley ante el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, para la construcción de un pequeño liceo, sucursal del Liceo Luis, *el Grande*, en un terreno de una superficie de 13 000 metros cuadrados, procedentes de los terrenos que se han recuperado del palacio de Luxemburgo, comprendidos entre las calles de Assas, de l'Abbé de l'Epée y de la Escuela de Farmacia y un islote de 2 000 metros cuadrados que bordea la calle del Observatorio”.

Y entonces, hacia fines del verano, cuando se hallaba propulsado por el camino de la gloria y en plena efervescencia política, pues se le prevé como prefecto de la jurisdicción del Sena, Severiano es rudamente afectado por un drama familiar del cual no se repondrá fácilmente: su hijo de 13 años se ahoga de manera accidental. El antiguo presidente del consejo municipal y diputado por el Sena había venido a pasar sus últimos días de vacaciones en familia en la playa de Wimereux a un kilómetro de Boulogne-sur-Mer, cuando sucede el accidente. Su esposa y su hija de 9 años disfrutaban de los últimos placeres de los baños de mar en ese espléndido fin de temporada, cuando su hijo, Henri, fue atrapado por un torbellino y desapareció ante sus ojos, bruscamente arrastrado por la violencia de la corriente y con tal rapidez, que no se le pudo prestar socorro alguno. Las exequias tuvieron lugar el siguiente lunes en París y el cortejo, luego de abandonar el domicilio familiar, en la calle de Courcelles, se dirigió al cementerio de Batignolles. Varios diarios, *Le Figaro* y *La Lanterne*, entre otros, relataron la ceremonia. El duelo fue conducido por el señor de Heredia, acompañado por su sobrino y rodeado de su familia; después siguieron las delegaciones de las escuelas del 17ª distrito y las de varias logias masónicas, así como numerosos amigos. Asistieron unas 3 000 personas. El presidente del Consejo de Administración de la nueva y muy reputada Escuela Monge,<sup>31</sup> en esa época

---

<sup>31</sup> Escuela privada laica, fundada en 1869 en homenaje al principal fundador de la Escuela Politécnica. Entre 1875 y 1877 se transforma en la nueva y suntuosa Escuela Monge, con sus edificios revolucionarios para la época y acoge



se consideraba la que ofrecía la mejor educación superior, en un contexto moderno y suntuoso, pronunció una conmovedora despedida de duelo en nombre de los profesores y de los estudiantes de ese establecimiento, donde el joven Henri de Heredia prometía ser uno de sus más brillantes alumnos.

Y para cerrar ese terrible año de 1882, de repente le anuncian a Severiano la muerte de Gambetta, luego de un estúpido accidente ocurrido algunos días antes, cuando simplemente limpiaba un arma de fuego. Al dispararse el arma le hirió la mano derecha y, al cabo de unos diez días, su estado de salud, que ya era frágil, se agravó. Los periodistas comentaron que era diabético y asmático, pero nadie supo nunca las sospechosas condiciones en que se produjo su deceso. Sin embargo, sólo tenía 44 años y vivía retirado en su quinta de Ville-d'Avray, con quien era su compañera desde hacía 15 años y con quien se iba a casar unos días más tarde. Se le hicieron funerales nacionales y, al día siguiente, todos sus amigos se encontraron junto a su lecho mortuorio para saludar por última vez los despojos de aquel que llevaba sobre sus espaldas el destino de Francia. Entre la multitud de admiradores estaban Severiano, Paul Bert y el abogado Spüller, que ni un solo día dejó de manifestar su fascinación por Gambetta.

París está de duelo; todas las banderas están a media asta; la fachada del palacio Bourbon se recubrió con un velo negro. El féretro, colocado sobre un carro de artillería, fue envuelto en un sudario tricolor sobre el cual han depositada una corona roja. Saliendo de la Cámara de Diputados, el cortejo de miles de parisinos llega al cementerio del Père-Lachaise al son de tambores que van marcando el paso de la marcha. Charles Floquet exclama entonces: “Gambetta, glorioso y todavía radiante en plena juventud, ha entrado a la Historia teniendo por cortejo el dolor de los republicanos, el duelo de la patria”. Al mismo Jules Ferry le resultó difícil esconder la complejidad de los sentimientos que experimentaba con respecto a un hombre de tal envergadura. “Gambetta no se lleva la República consigo —exclama—, su personalidad exuberante importunaba a menudo a los gobiernos y él mismo no era el más apropiado para gobernar”.

En febrero del año siguiente, Jules Ferry forma su segundo ministerio, pero la economía francesa ha sido víctima de la gran depresión. La producción industrial disminuye, mientras que Alemania y Estados Unidos toman ventaja. Se trata de reorganizar la actividad siderúrgica mediante la construcción de 16 000 kilómetros de vías férreas en las subprefecturas para eliminar el aislamiento de las regiones rurales y se prevé también el acondicionamiento de puertos y canales. Ese expediente resulta de gran interés

---

a 500 alumnos, de los cuales 250 son internos. Los resultados en el examen de bachillerato y en los de ingreso a las facultades más prestigiosas de la universidad, fueron tan brillantes, que a lo largo de los años fue agrandándose y en junio de 1894 cambió su nombre por el de Liceo Carnot, para así recordar el nombre del presidente Sadi Carnot, asesinado recientemente.

para Severiano y en él trabaja desde hace mucho tiempo. Por desgracia, todos los sectores han sido afectados por la crisis y en todas las esferas hay una reconversión que es preciso hacer con toda urgencia en la producción siderúrgica; hay que modernizar, cambiar los métodos de fabricación, los hábitos, las máquinas y, en la industria textil, crear nuevos procedimientos técnicos. Cierran talleres de sedería y de porcelana y la industria del mueble sufre la competencia alemana. Incluso, la agricultura se ve afectada y algunas regiones francesas muy desfavorecidas esperan esos progresos de la ciencia que les promete la República. El Estado no tiene dinero, los diputados intervienen para que se eliminen o se reduzcan los impuestos de sus electores rurales; el fisco es menos riguroso, el fraude se generaliza y las ganancias disminuyen. Al mismo tiempo, el programa de Gambetta no puede aplicarse y la presidencia de la Comisión de Presupuesto deviene uno de los puestos más importantes de ese ministerio. El presidente Jules Grévy coloca allí a Wilson, su yerno.

Las múltiples actividades políticas que exige la candidatura de Severiano para su elección, no le dejan ni un momento de respiro. No sólo debe controlar toda la correspondencia que brinda el punto de vista oficial del gobierno y que abastecen los diarios de provincia y las salas de redacción acerca de los últimos artículos y noticias, sino que también debe responder el correo personal, enviar recomendaciones, informaciones, cartas a los agentes electorales, al prefecto, al subprefecto, sin contar los asuntos del consejo municipal y los numerosos concejos de administración a los que debe asistir, aunque sólo sea para consolidar sus amistades! Todo eso exige mucho tiempo, paciencia, energía, memoria, prudencia y diplomacia de su parte. Todo se observa, se evalúa, se sopesa y se decide poco a poco. Severiano se entrega en cuerpo y alma a su trabajo y, siempre activo, trata de no olvidar nada y de no sustraerse a ninguno de sus compromisos precedentes. Por eso, sigue manteniendo su papel de conciliador entre Francia y América Latina, entre Francia y Cuba, aunque ya ha terminado la Guerra de los Diez Años, por último hay que prever otras acciones de colaboración con todos los países de ese continente.

Después de haber sido durante más de una década uno de los corresponsales más activos de la *Revista Hispano-americana*, primer órgano abolicionista que se publicara en Madrid, sigue de cerca la fundación de la Unión Latinoamericana, dirigida en su inicio por el colombiano José María Torres Caicedo, quien es, según Betances, a pesar de su intervención con el objetivo de suspender las hostilidades en la fratricida guerra chileno-peruana, es demasiado poco activo para su gusto. No obstante, en cuanto tiene un momento libre, Severiano lo consagra a su amigo puertorriqueño, que ha abierto un gabinete médico en la calle de Châteaudun, en el 9º distrito y con él asiste a la creación de la primera biblioteca latinoamericana de París, que será bautizada con el nombre de Biblioteca Bolívar. Y en homenaje a este venerable héroe, el doctor Betances pronuncia el 24 de julio de 1883

el discurso de inauguración en la sala de la biblioteca, sita en el N° 21 de la calle Gramont.

“Conciudadanos —dice con voz firme—:

”Obedezco al deseo de la Sociedad al tomar la palabra y rindo homenaje, hablando en su lengua, al gran pueblo, a la fraterna Ciudad que nos brinda su hospitalidad. La vida de Bolívar es una maravillosa epopeya que habría que escribir con una pluma embebida en el esplendor azul de las estrellas. No siendo más que uno de sus más humildes admiradores ¿qué puedo decir? Sólo algunas palabras (...)

”He aquí reunidos en asamblea a ciudadanos de las repúblicas que tú creaste y que amaste con igual cariño; estos hombres, tus admiradores, no pudiendo encontrar mármol suficientemente blanco para grabar tu nombre en él, quieren reunir los más bellos monumentos de la inteligencia americana inspirada por ti y fundar, bajo tus sagrados auspicios, una obra, una sociedad modestamente comenzada, pero que servirá —así lo esperamos— de cuna a la asociación más unida, más fuerte, más duradera, más bienhechora que exista, la que tendrá como objetivo, iluminar a los pueblos a los que diste vida con la independencia y gloria con la libertad. Esta ofrenda a París, ciudad del arte y del pensamiento, es justa. Sostengo que debemos amar por siempre a Francia, en la cual nos encontramos como en nuestra casa, esta Francia generosa y afable con cuyos hijos nos identificamos rápidamente, esta Francia que, después de todo, debe servirnos de guía; pues es la Francia de Lafayette, liberador de pueblos; de Schoelcher, liberador de razas; de Danton, liberador del hombre (...)

”Recordémoslo. La era de la justicia que surge verá brillar al *Libertador...* el primero en la organización de los pueblos, el primero en la gloria de la Patria; y es a la sombra del augusto nombre de Bolívar que debemos esforzarnos por hacerle la guerra a la guerra y de establecer para siempre la más poderosa y respetable solidaridad entre las naciones sudamericanas”.

Por otra parte, en respuesta a una solicitud que la Sociedad Filotécnica de las Repúblicas de América del Sur había dirigido hacía algunos años a Víctor Hugo con el objetivo de que una de las calles de la capital llevara el nombre de Bolívar, el poeta había empleado los siguientes términos en su diario *Le Rappel*: “Señores, estoy de acuerdo con ustedes en todos los puntos. Ustedes desean que el consejo municipal de París le otorgue a una de las calles de la ciudad, que es la capital del mundo, el nombre de un hombre que ha sido uno de los benefactores de la humanidad. Comparto la idea que ustedes acaban de expresar. Todo lo que pueda, lo poco que pueda, será hecho a favor de esa proposición (...)

”Señores, ustedes representan a la América latina; estoy con ustedes; considérenme como uno de ustedes. No soy Francés, no soy Europeo, soy humano. Estrecho la mano de todos ustedes y declaro que el nombre de Bolívar es digno de honrar una de las más importantes calles de París”.

En el transcurso del año 1884, Severiano sigue presentando informes elaborados en nombre de la Comisión de Presupuesto e interviniendo como orador. Se trata ahora de un proyecto de ley que debe votarse para obtener un crédito extraordinario para la conclusión de los trabajos de reconstrucción de la Escuela Nacional de Relojería de Cluses, en la Alta Saboya. En realidad, ni por un momento se le ha ocurrido abandonar esa organización, creada en 1876 y que fue la primera, la más importante y la más honorable de todas las comisiones permanentes y de la cual ahora conoce todas las interioridades. ¿Su objetivo no es acaso ante todo mejorar el rendimiento de la máquina parlamentaria y de reforzar el control de la administración? Y para un joven diputado como él, ser renovado en esa tarea constituye una promoción muy importante, pues eso significa que, entre otros, ha sido distinguido para redactar ese documento parlamentario que seguidamente deberá leer en la tribuna de la Asamblea. Pues, del éxito y de los aplausos obtenidos en el hemiciclo con relación a la ley que va a exponer, dependerá su carrera futura. Podrá ser designado el año próximo para una subsecretaría en un ministerio importante o, incluso, puede tener la esperanza de ser ministro. Así, cualquier diputado novicio puede salir de repente del anonimato para convertirse en un hombre célebre.

Ya Severiano tiene el porte. Lleva con orgullo una levita cerrada, una corbata negra y, bajo el brazo izquierdo, la eterna cartera repleta de papeles y periódicos que ya tenía, hace unos 20 años, cuando era jefe de redacción de su propia *Crónica Universal*. Léon Barracand lo había conocido en esa época y no se había equivocado al decir que “ese hombre estaba predestinado”. Pero, en el momento presente, el diputado cubano ha perdido cierto aire de indolencia, si bien ha conservado la misma bonachonería y la misma alegría de vivir que se encuentra en quienes aprecian los placeres de la mesa; sólo que ahora se le ve con más prisa cuando se dirige al palacio Bourbon, camina rápidamente, atraviesa el Salón de los Pasos Perdidos y la gran Galería de la Paz, sin olvidar nunca, como es su costumbre, de saludar cuando pasa a todos los que conoce. Aquí no sólo son sus amigos, sino también los diputados, los políticos, los periodistas, toda una serie de manos que estrecha, de sonrisas que distribuye, mientras se excusa por no poder detenerse para conversar con ellos ni un momento. “Discúlpenme —les dice— no tengo tiempo, voy a la comisión”.

Y, decididamente, es una gran alegría ver que en nada ha modificado sus costumbres y que conserva las mismas cualidades de simpatía y generosidad ya conocidas y que le sientan maravillosamente; accesible a todos, jovial, siempre preocupado por el servicio que debe prestar o por las desgracias del prójimo. Y si la prensa viene a preguntarle acerca de este proyecto de ley que debe exponer, acerca de sus buenas o malas repercusiones antes de darlas a conocer al público, le responde con gentileza e inteligencia. Su punto de vista, aunque no haya sido el único que lo haya adoptado en la comisión, le da la impresión de una misión

individual que debe cumplir. Por ello siempre asume con pasión el tema que defiende.

Pero la responsabilidad de presidir esa comisión no constituye el único honor; no lo es menos la de los comisarios y muchos se esfuerzan a menudo para obtener esos muy ansiados cargos. Es un poco como una condecoración, un título honorífico, y, además, ello dispensa de votar en caso de debates delicados; de esa forma, uno simplemente se abstiene con el pretexto de pertenecer a la Comisión de Presupuesto. A sus amigos les explica con gusto cómo funciona esa comisión, nombrada por las oficinas y compuesta de 33 miembros. Está encargada del estudio de la ley de ganancias y gastos, de donde dimanan su poder y el hecho de representar un arma temible.

En principio se propone economizar haciendo recortes en los créditos de algunos ministerios, para entregárselos a otros ministerios. Recuperar y redistribuir es, ante todo, el eterno principio que se precisa mantener, pero en realidad esta comisión debe contentar a todo el mundo y no tiene verdaderamente toda la libertad de acción necesaria. Los descontentos siempre resultan más numerosos que los otros y la prensa administrativa es la primera que critica la incompetencia de estas comisiones, en particular, los poderes excepcionales de control de que disfrutaban; en especial, en el tema militar. A veces, esas acerbas observaciones y esas quejas prestan un servicio al relator, que está encargado de hacer encuestas en el mismo sitio y de verificar la utilidad y confiabilidad del proyecto de ley que deberá presentar ante la Asamblea. Y, precisamente, ese trabajo de campo, ese estudio profundo apasiona a Severiano, pues en ese momento se siente verdaderamente responsable y experimenta todo el peso de la misión que se le ha confiado. Está consciente de la ambigüedad de su tarea y de las dificultades morales en tanto que orador, cuando manifiesta su opinión favorable para que se cree una Alcaldía Central en París, o cuando asume, por ejemplo, el compromiso de defender ciertos intereses, porque su conciencia le dicta que es un deber hacerlo y que enseguida se ve obligado a renunciar a ello, ya sea por tener en cuenta un artículo del reglamento o para no criticar el partido al que pertenece.

Ese mismo año también presenta otros informes elaborados en nombre de la Comisión de Presupuesto, encargada de examinar el proyecto de ley para la construcción y la instalación de la Escuela Central de Artes y Manufactura, y luego sobre el presupuesto de gastos e ingresos de la Legión de Honor, para el año 1885. En lo personal se opone violentamente a ese tráfico de condecoraciones que se distribuyen a todo el mundo sin ningún motivo verdaderamente serio y, la mayor parte del tiempo, comprando muy caro sus derechos a aquellos que ayudan a obtener la distinción. Por ello no hay razón alguna para no obtenerla, si se ocupa una posición social o si se es un influyente hombre de negocios. Y todavía más fácil si se cuenta con el apoyo de la política. Severiano lo sabe desde siempre. Una cruz de

la Legión cuesta entre 25 000 y 30 000 francos. Ese es su precio. Por esa causa, gran cantidad de hombres valiosos y notables artistas no quieren recibirla por sus opiniones políticas; en particular, el pintor Gustave Courbet, que la rechazó públicamente en 1869 y se justificó en un escrito dirigido al ministro de Bellas Artes: “Acepte, señor ministro, mi negativa a recibir el honor que usted ha creído hacerme. Tengo 50 años y siempre he vivido libremente. Déjeme terminar la existencia en plena libertad; cuando muera es preciso que la gente diga: ese no perteneció a ninguna escuela, a ninguna iglesia, a ninguna institución, a ninguna academia, y, sobre todo, a ningún régimen, a no ser el régimen de la libertad”.

Después de realizar el programa liberar acerca de la libertad de asociación profesional, que igualaba la existencia de los sindicatos, se votaron varias grandes leyes, como la ley Naquet, que restablecía el divorcio, si bien en condiciones draconianas, y la que preveía que ninguno de los miembros de todas las antiguas familias reinantes podía ser elegido como presidente de la República. Otro proyecto a la orden del día fue la desaparición progresiva de los senadores inamovibles. Pero la reforma de la que Severiano más espera es la que hace un llamado a las comunas para que se autoadministren. A partir de ese momento, los consejos municipales serán elegidos por sufragio universal y, con excepción de París, elegirán a los alcaldes y sus adjuntos.

## 1878-1884

### Primer reconocimiento, primeras preocupaciones, primera condecoración

Luego de la aparición del primer tomo de su traducción de *La verdadera historia de la conquista de la Nueva España por el capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de los conquistadores*, José María escribe al sabio hispanista Alfred Morel-Fatio, que trabajaba en el Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional y con quien se ha relacionado desde hace algunos años. La erudición de ese sabio, que conoció en la Escuela de Archiveros y cuyo gusto particular por los temas hispánicos lo ha sorprendido de manera singular, le resulta especialmente apreciable y por ello, atento a sus más mínimas observaciones, decide mantener una correspondencia sistemática con él. Con relación a un artículo que el viejo archivero acaba de escribir acerca del primer volumen de su traducción en la *Revue Critique*, publicado a inicios de 1878, le responde:

“Querido señor y amigo,

”Le juro que me es especialmente agradable ser elogiado por usted, pues sé lo que usted vale. Todas sus observaciones son absolutamente justas. Se ve que usted es un juez de una terrible exactitud. Sin embargo, no comparto su criterio con respecto a *nuestra villa*. Con respecto a usted, tengo la ventaja, poco envidiable en general, de ser uno de los asiduos de Bernal Díaz y sin *alabarme* ni *sublimarme en demasía*,\* creo que me he introducido suficientemente en su cuero (pellejo no es suficientemente enérgico)... Eso me parece claro, pero usted es, como todos los hombres talentosos, empecinado y temo que no podré convertirlo a mis ‘Bernaldismos’ ”.

En alguna medida se le ve un tanto incómodo por la existencia misma de su competidor, cierto doctor Jourdanet, felicitado también por Morel-Fatio por la traducción de la misma obra, publicada con el título prácticamente idéntico de *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Sin embargo, no vacila en darle las gracias: “Usted ha sido justo —le dice— y su trabajo, muy estimable por parte de un hombre de mundo, merecía que usted lo fuera”.

---

\* Todo lo que aparece en cursivas está en español en el original. (*N. del T.*)

Y sigue trabajando en el segundo volumen de su traducción que espera concluir en algunos meses, pero padece de gota y de una enfermedad ocular que le impiden leer y escribir, y su inquietud aumenta de día en día ante la idea de perder por completo la vista, pues hace diez años ya había sido gravemente alertado. Atraviesa un período sombrío: problemas familiares, un niño enfermo, una esposa neurasténica que padece no solamente de los nervios, sino también de una fatiga a consecuencia del nacimiento de una tercera hija a quien ha tenido que lactar. A esto se añaden preocupaciones profesionales acerca de la identidad exacta de cierto Jean Florin, gran corsario francés bajo el reinado de Francisco I, que, después de numerosas lecturas e investigaciones con sus amigos de los Archivos de la Marina, le parece que es el navegante florentino Jean de Verazzano, descubridor de Canadá.

Cuando el segundo tomo está finalmente listo, agradece a su querido hispanista por haberle prodigado sus consejos, los cuales le permitieron hacer menos penosa su traducción, y también se felicita por las notas de su segundo volumen, que le parecen superiores a las del primero.

Aquella travesía por el desierto ocurrida después de la muerte de su madre tuvo repercusiones en su salud, que ya era frágil, y ya está experimentándolo dolorosamente. Y sus ojos, cansados, le impiden trabajar todo lo que quisiera, pues trata de preservarlos. De manera que esa vida retirada de la sociedad constituye para él un período muy fértil durante el cual escribe con más regularidad y ya prácticamente no sale, si no es para presidir de manera esporádica un banquete, como el de los antiguos alumnos de la Institución de San Vicente de Senlis. Sin embargo, en ese mismo momento experimenta el placer de ver la publicación en *Le Temps* de toda una serie de artículos de Anatole France acerca de los poetas contemporáneos, uno de los cuales le ha sido consagrado y en él se han incluido algunos de sus sonetos: “La espada”, “Los conquistadores”, “Bretaña” y “El baño”. La difusión de esa publicación periódica, dirigida por el más parisino de los gascones, tal vez no sea muy grande, pero su prestigio resulta notable. La lectura de este periódico de tendencias protestantes, es inteligente, incluso sabia. Por otra parte, le parece que está muy bien documentado, que es respetuoso de los intereses materiales y lo bastante anticlerical.

A fines de junio, José María tiene la alegría de ser elegido miembro correspondiente de la Academia Real de Historia de Madrid y ese reconocimiento lo está esperando desde hace mucho tiempo, pues en tanto que cubano se siente profundamente español y, además, no tiene la menor pena en confesar que hasta ese día no ha sentido la necesidad de naturalizarse como francés. Durante esa temporada termina la traducción del tercer volumen de *La verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, y con el pretexto de ir a ver a sus tías, se va a dar un largo paseo por la región de Bearn, donde atraviesa montes y valles hasta llegar a la frontera española. Luego, después de una breve estancia en la estación termal de Saint Sauveur, en los Altos Pirineos, donde dice que las aguas lo han afectado,



continúa su existencia vagabunda, la peor “enemiga de las letras”, como le confiesa humildemente a su amigo Morel-Fatio. En realidad, no puede vivir mucho tiempo sin esas costumbres mundanas, a las cuales se ha malacostumbrado en los salones parisinos y muy pronto regresa a la costa vasca para instalarse en Biarritz durante todo un mes, “en medio de una turbamulta internacional que habla<sup>32</sup> mayormente español, en medio de la cual pavonean algunas madrileñas y andaluzas muy bonitas, tocadas con nutrias y castores enteros, vestidas con increíbles atuendos, verdaderamente increíbles, con prodigiosos tonos en los cuales el rojo y el amarillo estallan con vibraciones más estridentes que el himno de Riego, que tocan en un horrible piano las hijas de Serrano,<sup>33</sup> mi vecino de enfrente”. Y antes de relatar otras anécdotas continúa así: “Todo Madrid está aquí, ministros, infantes, grandes de España, senadores coloniales o peninsulares. El domingo pasado vinieron en masa a las corridas de toros de San Sebastián... Hoy comienzan a irse. Los rusos, grandes duques y otros, los sustituyen. Los ingleses vendrán después. Toda esta multitud internacional me echa a perder el mar y el campo. ¡Me gustan mucho más las playas desiertas de Bretaña, salvajes, pero apacibles, con sus flores a mi disposición y sus senderos rústicos que sólo los duros bretones y sus caballitos desenfrenados suelen tomar!” Pero cuesta mucho trabajo darle crédito cuando dice que prefiere la soledad a esa hermosa sociedad. Sin embargo, es verdaderamente sincero cuando dice temer el regreso a París, la lluvia y el frío, pues, según escribe, “hay un tiempo primaveral y todo vuelve a florecer... es encantador”.

Mediante sus ligeras misivas dirigidas a ese amigo tan erudito, se siente toda la dualidad del poeta; en ellas puede observarse cómo las banalidades más mundanas, que reflejan su origen bien burgués, se mezclan, sin dificultad, con observaciones totalmente profesionales acerca de la traducción que está haciendo y que con frecuencia le ocasiona muchas preocupaciones. Y así, José María, pasando de un tema a otro, no vacila en preguntarle acerca de ciertas expresiones que usa cuando sus personajes atraviesan una corriente de agua, un foso o un canal: “Pasamos el agua a vuelapié”.\* “¿Habrà que traducir ‘à pied levé’,\*\* que me suena raro, o ‘en courant’?\*\*\* Los diccionarios que tengo conmigo me brindan solamente esta extraña traducción: ‘unas

---

<sup>32</sup> En la correspondencia íntima de José María de Heredia encontramos numerosas palabras en español, pues el poeta había adquirido la costumbre de mezclar el francés y el español, lenguas que hablaba con igual corrección; incluso, a veces, lo hacía a propósito, por el gusto de forjar nuevas palabras y enriquecer su lengua materna. Así escribe en francés “on hâble” en vez de “on parle”.

<sup>33</sup> Célebre político español (1810-1885), vecino de José María de Heredia, en Saint Sauveur, en los Altos Pirineos, donde suele pasar las vacaciones.

\* En español en el original. (N. del T.)

\*\* *Levantando los pies* en francés. (N. del T.)

\*\*\* *Corriendo* en francés. (N. del T.)

veces volando y otras caminado'. ¿Qué cree usted?" Y de repente, sin transición, termina la carta a su amigo, pidiéndole que le escriba.

Mas, una vez terminada la temporada, el 1º de noviembre, ya está de regreso en la capital y, en lugar de visitar a su editor normando, a quien llama "ese animal de Lemerre", dado que sus relaciones con el poeta no siempre son fáciles cuando se trata de dinero, se precipita en la casa de la princesa Matilde, cuya proximidad le encanta. Ha adquirido el hábito de pasar por su casa de manera imprevista; sólo tiene que bajar de su apartamento para tener las últimas noticias de sus amigos y siempre es muy bien recibido. Entre los cotilleos de la sociedad parisina, le cuenta que Samujel Pozzi, soltero empedernido, acaba de instalarse en la calle Boissy d'Anglas y que frecuenta los clubes privados; entre los cuales, Les Mirlitons, presidido por el marqués de Vogüe y que cuenta entre sus miembros con banqueros, abogados, algunos médicos y todos los artistas oficiales, desde Paul Bourget a Leo Delibes. Este círculo, cerrado y elegante, tiene su sede en la plaza Vendôme; allí se almuerza, se cena y, en ocasiones, se escuchan conciertos o se ven comedias ligeras en pequeñas salas teatrales, cuyo decorado en blanco y dorado es de los más refinados. Y cuando José María se sorprende de no coincidir desde hace mucho tiempo con Gustavo Flaubert en casa de la princesa, esta le cuenta que trabaja sin reposo en su novela *Bouvard et Pécuchet*, pero que se había fracturado el peroné a consecuencia de una caída que tuvo al resbalar desafortunadamente en el piso congelado del patio de su propiedad en Croisset. Una hermana de la caridad que acudió, a pesar del mal tiempo, se instaló a su lado y desde entonces no quiere separarse de su accidentado gigante. A esta inmovilidad forzada, a su dolor físico, se añadieron por desgracia —le cuenta la princesa— otras preocupaciones morales y financieras, la gran miseria en la que ha caído. Por supuesto, se entera de que sus amigos tramaron inmediatamente después del accidente con ciertos individuos poderosos, para que el Ministerio de Instrucción Pública le asignara una pensión, pero Flaubert, que se sintió herido en su orgullo, nunca quiso hablar de ello. No pidió nada; nada espera de nadie y, sobre todo, no quiere que su independencia se vea afectada. Es pobre, ciertamente, pero luego de tantos sueños y de viajes soleados, sólo pide poder emborronar la hoja que tiene ante sí, con el fin de ganarse honradamente la vida, como siempre ha hecho. Pero justamente la princesa Matilde, junto a Turguiev, tomó la iniciativa de estas gestiones y envió a Paul Bert, un amigo de Severiano, a discutir con Jules Ferry con el fin de saber qué piensa hacer el gobierno al respecto. Lo nombrarán bibliotecario fuera de plantilla de la Biblioteca Mazarine, con 3 000 francos de honorarios y sin obligación de residencia.

El día de los fieles difuntos, después de visitar la tumba de su madre, cerca de Ruán, José María, al salir del cementerio de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, decide visitar en Croisset a su viejo amigo. Es mucho mejor que escribirle, pues recibe tantas cartas de sus amigos e, incluso,

anónimos, que ya no tiene tiempo de leerlas. A una legua de Ruán se yergue su retiro, adonde conduce un sendero de sirgadores, de ligera inclinación. El campo está cubierto por una fría neblina y sobre el río flotan pedazos de hielo y luego de repente, allá, en las márgenes del Sena, se divisa una linda casa que data del siglo XVIII, la morada ideal para un escritor, enmarcada de álamos sin hojas que parecen estremecerse. A un extremo del jardín donde crecen grandes árboles atormentados por los vientos provenientes del mar, se ve un pequeño pabellón edificado por los monjes de la abadía benedictina de Saint-Ouen, en Ruán, donde se guardan las herramientas de jardín y los butacones de mimbre. Pero Flaubert le confiesa a sus amigos más íntimos que también se retira a ese sitio para escribir sus obras. El ambiente es admirable; sobre todo, cuando llega la noche, cuando los pescadores de anguilas van hacia el río para tirar sus redes.

José María entra en su gabinete de trabajo, pieza suficientemente amplia, de techo bajo, muy bien iluminada por dos ventanas que dan al Sena y dejan ver los mástiles de los barcos que siguen el curso del río, mientras otras dos puertaventanas se abren al jardín donde una soberbia arboleda engarza la casa contra la colina, y la presenta como una joya en su estuche. Lo que sorprende de inmediato es la curiosa mezcla de desorden y de serenidad, esa multitud de objetos y esos estantes de libros diseminados por todas partes. Al pasar el tiempo de seguro fueron ocupando los espacios libres; son de roble, con columnas torneadas y acaban por situarse junto al gran estante que tapiza el fondo de la habitación. Las paredes están cubiertas de hileras de libros tan numerosos y apretados unos contra otros, que no pueden distinguirse ni mucho menos inventariarlos.

Uno comienza entonces a observar la disposición de los muebles y el amontonamiento de figurillas de porcelana, y tal vez eso intriga en primer lugar al visitante. Todo es discordante; sin embargo, hay una sutil armonía: un reloj de mármol blanco, un busto de bronce de Hipócrates, otro busto de mármol blanco del escultor Pradier y que representa a su hermana muerta, todo eso junto a una acuarela de una lánguida joven o un aguafuerte de Callot que evoca *La tentación de San Antonio*. Entre ambas ventanas provistas de pesados tapices persas con diseños de ramos de flores rojas, hay un diván sobre el cual el dueño ha colocado una tela turca y numerosos cojines de los más variados colores; en medio de la pieza, sobre una gran mesa redonda cubierta con un tapete de seda roja orlada de borlas, se yergue un buda dorado; hay también un pupitre de roble sobre el cual se ve un tintero en forma de rana, varias plumas gastadas, otra mojada y hojas de papel. El único asiento es un gran butacón Luis XIII. En una mesita adjunta, el *Diccionario de la Academia*, los cuatro volúmenes del diccionario Littré, diccionarios griegos, latinos, ingleses y la *Gramática de las gramáticas* de un tal Girault-Duvivier. Y ahí, en ese espacio, todo el genio de la creación. Por todas partes, en los estantes, en cada espacio vacío hay una mezcolanza de antiguallas, seguramente recuerdos traídos

del Oriente, de esos grandes viajes realizados en su juventud en compañía de su amigo Maxime Du Camp. Se hallan en el más completo desorden bibelots, amuletos, objetos heteróclitos, armas, flechas, instrumentos de música, platos de cobre, cristalería y dos pies de momia, perdidos al azar en medio de ese maremagno indescriptible.

Al viejo sabio le gusta venir a sentarse ante su mesa de trabajo y allí, en el centro de su universo, cuando deja que sus ojos recorran su habitación, es un poco como si englobara la inmensidad de la tierra. Lo asalta esa apasionada necesidad de huir en el tiempo y en el espacio, pues conoce bien ese instinto de migración que impulsa a todos los de su raza a recorrer el mundo y ese deseo insatisfecho de descubrimientos bajo otros cielos, hacia otros mares, a través del Medio Oriente, Asia Menor, Turquía, isiempre en busca de otra inspiración, de otro sueño, de una ilusión tal vez! Tormento que lo acosa desde su adolescencia y que nunca lo abandonará. Y así, cada vez que ese gigante de las letras regresaba a Bretaña o a Normandía y, sobre todo, después de un largo viaje, le nacía esa nostalgia de no estar ya allá. “¡Cada día que pasa tengo más necesidad de sol! Lo único hermoso del mundo es esa lámpara de gas suspendida en lo alto”. Pues tenía ese extraño poder que algunos hombres poseen de imaginarse siempre diferentes de como son. No obstante, en Croisset, su vida parecía tan bien organizada, que el visitante sentía de inmediato como si viniera a turbar la paz de aquel solitario, a quien le gustaba llamarse *el último Padre de la Iglesia*. Tenía todo lo que caracteriza al monje: su necesidad de orden, de método, de regularidad. Y como se sabía que estaba desgastado por las malas experiencias sucesivas y los duelos por los que había atravesado, nadie prolongaba demasiado su estancia en su casa. José María lo había comprendido. Simplemente había pasado por la casa del amigo para reconfortarlo un tanto, para brindarle un poco de calor humano... ial menos le agradaba verlo de esa forma!

Pero el poeta Heredia pronto regresa a su vida parisina. Va al teatro a aplaudir a una compañía española y cuando no sale, prefiere mucho más recibir en su casa invitados a cenar, que ser invitado. Mas, a veces hace excepciones y se le ve junto a su esposa en la residencia del barón Davillier, otro archivista, tan erudito como él, autor de numerosas investigaciones acerca de la España medieval y renacentista. Pues, en realidad, ya sólo en la vida le interesa compartir sus pasiones y ese gusto particular que tiene por ese país del cual, en verdad, se siente mucho más cercano que de Francia, aunque no le diga ni una palabra a nadie al respecto. Por esa época es también uno de los asiduos al salón de Alphonse Daudet, que lo encanta por su conversación y cuya esposa, Julia, con su legendaria sociabilidad, aumenta en gran medida el placer de los encuentros. Recibe en su casa admirablemente y ofrece unos deliciosos pastelillos a la hora del té; concurre a todos los salones; conoce a los literatos más importantes de su tiempo —en particular, a Hugo y a Flaubert— e, incluso, se defendía

con mucha pasión por haber frecuentado a Juliette Lamber, la otra Juliette,<sup>34</sup> la bella esposa del senador Adam, enamorada de Gambetta, considerada como una aventurera y una arribista por haber creado la *Nouvelle Revue* con el objetivo de brindarle, según decía, “una tribuna a los republicanos”. Y entonces, para defender a su amiga, la esposa de Daudet, sentía un malicioso placer en hacerle justicia, exasperada ante la maldad y la misoginia de todos esos literatos, ante todo, la de Edmond de Goncourt, que hablaba mal de todo el mundo y, en particular, de las mujeres y muy especialmente de Juliette Adam, de quien decía, con tono muy poco ameno: “Pienso que ninguna mujer de la Antigüedad o contemporánea haya llegado a ese nivel de estupidez”. Y ante esas observaciones hirientes dirigidas no sólo a quien fuera su amiga, sino también a todas las mujeres, de quienes formaba parte, y que él llamaba irónicamente “acompañantes de sus maridos”, respondía con inteligencia que con mucha razón le sorprendía que “de la reunión de hombres superiores como su marido, François Copée, Edmond de Goncourt e incluso Émile Zola, no saliera una sola conversación eminentemente espiritual o elevada, que se situara por encima de los intereses y las rivalidades literarias. Se diría —añadía— que en lugar de exaltarse unos a otros, se aniquilan con falsas compasiones de sus talentos o de su genio recíproco”.

La pareja de los Daudet se mueve incesantemente para desgracia de su marido, de más edad, quien cede a los caprichos de su joven esposa y se muda a apartamentos cada vez más amplios para recibir a amigos cada vez más numerosos. De la avenida del Observatorio, donde vivieron cinco años, se instalan en la calle de Bellechasse, en dos apartamentos en los pisos tercero y cuarto. También cambia su estilo de recepción. Las cenas regulares con los novelistas naturalistas se sustituyen poco a poco por veladas estrafalarias, en las cuales participa toda una serie de poetas que con frecuencia llevan una vida bohemia. Y Julia Daudet lo escribirá así ella misma: “Nuestro salón personal, que en un inicio estaba consagrado a la poesía, pronto sufría una evolución completa hacia la prosa”. Sin embargo, José María, amigo de muchos años, podía visitarlos siempre para recitar en voz alta sus sonetos, así como los otros poetas parnasianos.

Y de repente, una bella mañana primaveral, el sábado 8 de mayo, cuando la temporada mundana acababa de empezar, José María se entera por la princesa Matilde, que Flaubert ha fallecido. Ella lo supo por Maupassant, quien de inmediato envió un telegrama a Zola. En el mensaje sólo había dos palabras: “Flaubert muerto”, sin otra explicación. José María está consternado; apenas han pasado cinco meses desde su última visita a

---

<sup>34</sup> En este caso se trata de Juliette Adam, cuyo nombre de soltera era Juliette Lamber. La más famosa era Juliette Drouet, actriz francesa que devino la compañera oficial de Víctor Hugo en 1868 hasta su muerte, luego del fallecimiento de Adela, esposa del poeta. Por esa época, ambas frecuentaban los salones más célebres de la Tercera República.

Croisset, cuando había pasado para saludar a su viejo amigo. Al saber que las exequias tendrán lugar el martes, decide tomar esa misma mañana el expreso de Ruán y en el tren se encuentra con Zola y con Daudet, quienes le dicen que Edmond Goncourt y el editor Charpentier ya salieron la noche anterior. En la estación hay varios coches que los esperan y en cuanto toman el camino de Canteleu, el cochero se detiene y se echa a un lado contra unos arbustos para dejar pasar el cortejo que viene en dirección contraria.

“Era nuestro grande y buen amigo Flaubert, que parecía como si viniera dulcemente hacia nosotros, acostado en su ataúd —escribirá más tarde Zola—. Lo veía todavía en Croisset, saliendo de su casa y besándonos en ambas mejillas con sus grandes besos sonoros (...)

”Cuando vi que se me aproximaba el carro fúnebre con sus velos negros y sus caballos marchando al paso, su balanceo dulce y fúnebre, experimenté un frío intenso y comencé a temblar. A derecha e izquierda se extienden los prados; algunos setos separan los pastizales, los álamos ocultan el cielo; es un frondoso rincón de la gran Normandía, que reverdece en un terreno cubierto de sol. Y el cortejo no deja de avanzar en medio de la verdura, bajo el vasto cielo. En una pradera, al borde del camino, una vaca sorprendida extiende su cuello por encima de un seto; cuando el cadáver hubo pasado, se echó a mugir, y esos dulces y prolongados mugidos, en medio del silencio, junto a las pisadas de los caballos y del cortejo, parecían como una voz lejana, como el sollozo de ese campo que tanto había amado ese gran difunto (...)

”Nos habíamos echado a un lado del camino, sin decir una palabra y muy pálidos. No era necesario que habláramos; tuvimos un mismo pensamiento cuando las ruedas del carro nos rozaron: era el ‘viejo’, que pasaba; y en esa palabra expresamos toda la ternura que sentíamos por él, todo lo que debíamos al amigo y al maestro (...) Eché un vistazo al cortejo; éramos aproximadamente unos 200... El cortejo, a través del campo, frente a aquel valle asumía determinada grandeza. Al final, unos 20 coches, casi todos vacíos, subían penosamente (...) Llegamos a la iglesia, una torre románica en la que doblaba la campana (...) No quiero nombrar a nadie, pero faltaban muchos que todos pensábamos que debían estar allí (...)

”Treinta y tantas leguas pueden atemorizar a aquellos que tienen una salud precaria, o padecen de antiguas afecciones. Pero lo que resulta inexplicable, lo que es imperdonable —se indigna Zola— es que Ruán, todo Ruán no haya acompañado el cadáver de uno de sus más ilustres hijos (...) Nadie se movió. A las puertas de la ciudad sólo encontramos un piquete de soldados, el piquete reglamentario que corresponde a todo caballero de la Legión de Honor que haya fallecido; homenaje banal, pompa mediocre y hasta irrisoria, que nos pareció lacerante tratándose de un difunto de su talla (...)

”Tal vez la verdad sea que Flaubert, en vísperas de su muerte, era desconocido por las cuatro quintas partes de Ruán y detestado por la quinta parte restante. He ahí la gloria”.

Como todos los veranos y a imagen y semejanza de todos los buenos burgueses de esos barrios residenciales, la familia Heredia abandona París desde el inicio de las vacaciones; esposo, esposa, hijos se transforman durante meses en veraneantes que se desplazan a partir de las invitaciones o de las reservaciones que se hayan hecho. Pero ya la familia experimenta problemas económicos serios y, este año, José María se queda solo en París durante el mes de agosto. Así, lo atestigua la correspondencia que envía a su querido amigo Alfred Morel-Fatio, que se halla en España. Sus preocupaciones financieras no lo abandonan nunca; a ellas se refiere constantemente cuando habla de su editor o de los librereros, que cada vez le reclaman más dinero por la compra de libros raros. Todo se monetiza sin escrúpulo alguno, y en una carta del 19 de agosto, le anuncia a su amigo, el hispanista, “la gran noticia” y le dice que acaba de encontrar en Guatemala el manuscrito original de Bernal Díaz, que ha buscado desde hace tanto tiempo. De hecho ha sido gracias a un pariente, cierto Eugène Dufourcq, cafetalero de San Felipe en Costa Grande, que se ha podido descubrir el paradero de ese precioso manuscrito.<sup>35</sup> “Tengo incluso —le escribe— la fotografía de una página. Lamentablemente, Domingo Castillo, sobrino nieto del conquistador y propietario del precioso infolio y de los apuntes, se niega a venderlos por ningún precio y exige 2 500 francos por hacer una copia figurada del documento y de fragmentos de los borradores”. La suma es exorbitante, añade el poeta, y precisa: “¿Qué piensa usted? Puede decir en España que encontré el manuscrito, pero no ofrezca detalle alguno”.

Una semana más tarde, como si ya no pensara en ello, parte en dirección de Royat a tomar las aguas con el fin de curar su gota y se aturde hasta el punto de perder la fuerza y el deseo de escribir una sola letra. Allí se reúne con su familia y se pasa los días en excursiones, paseos y visitas. “Además —se excusa ante el erudito, que ha viajado a Argelia, encargado por el gobierno de Francia de enseñar literatura extranjera—, una gran cantidad de compatriotas y amigos absorben todo mi tiempo”. Y después se lamenta: “¿Cuándo volveré a verlo? ¡Al diablo Argelia, los árabes y la literatura extranjera!” Después de pasar por Luchon, estación termal muy de moda, donde frecuentaba toda la elite europea, le dice a su querido amigo: “no sé a dónde iremos. ¡Tal vez a San Sebastián o a Vichy, donde mi suegra, que ha estado gravemente enferma, concluye la temporada!”

Cuando aparece el tercer volumen de *La verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, acusa a su editor de desfachatado, lo que no

---

<sup>35</sup> Carta de José María de Heredia enviada el 19 de agosto de 1880 a su amigo, el hispanista Morel-Fatio, quien en esa época se hallaba en España, en la cual le indica la existencia de ese famoso manuscrito. Lamentablemente, el Consejo Municipal de Guatemala se negó a enviar a París el precioso documento, no sólo al poeta, sino incluso, después de su muerte, al investigador Morel-Fatio, quien reiteró inútilmente su solicitud en 1913. En *Lettres inédites de José María de Heredia à Alfred Morel-Fatio*, p. 34.

es nuevo en su caso. Y ahí lo vemos quejándose otra vez ante los amigos de su estado de salud, que sigue siendo delicado, de su gota que lo hace sufrir; sobre todo, cuando la enfermedad pasa a la otra pierna. Es también una excusa que se da a sí mismo para justificar que su trabajo no avance con la suficiente rapidez. Todavía no ha terminado el cuarto tomo de su traducción, cuando decide realizar la de *La historia de la monja Alférez*, que forma parte de una colección de cuentos populares que ha recogido una escritora española de origen alemán e hija de un renombrado hispanista, que escribe bajo el seudónimo de Fernán Caballero. Con respecto a sus sonetos, por el momento ni piensa en ellos. Primero se va a Villerville en el departamento de Calvados e invita a Morel-Fatio, que ya regresó de Argelia, para que se pase unos días en su casa, junto al mar, en uno de los más floridos campos de Francia. Le puede ofrecer una habitación y el viaje de París a Trouville no resulta muy caro, incluso para un científico. En realidad, para sus amigos siempre tiene un poco de tiempo disponible, lo que todos le agradecen.

El 28 de diciembre de 1882, recibe la condecoración de Caballero de la Orden de la Legión de Honor, a título de extranjero, pues no es francés. Y saborea pausada y amorosamente ese título, mientras sueña con ponerse algún día la verde vestimenta del académico. Pero otros colegas envidiosos estiman como, lo más aconsejable, que sus condiciones físicas le hagan comportarse con mayor modestia. Es cierto que cada vez padece con más frecuencia de la vista: diplopía y atropina en los ojos, tanto que desde hace algún tiempo prefiere dictar su correo. Por desgracia, a sus crisis de gota van a sumarse sus preocupaciones financieras que no hacen sino agravarse. Prácticamente arruinado desde que La Fortuna y El Potosí se perdieron en un incendio, siguió viviendo de sus rentas y gastando como un gran señor, sin pensar en el mañana. Y entonces, tal vez para mantener su tren de vida, comenzó a jugar, a perder y a pedir prestado. Escogió el bacará y al principio, antes de que corriera el rumor, nadie lo supo. Al menos, todos los que lo rodeaban fingieron ignorar esta naciente proclividad hacia el juego; en particular, Luisa, su esposa, una dueña y señora para quien la única cosa importante que cuenta en la vida es salvar a toda costa las apariencias. Ninguna anomalía, tara o enfermedad debe ensombrecer a ninguno de los que forman parte de esa sociedad brillante y uniforme. Se embriagan, olvidan, reciben a los amigos, van de fiesta en fiesta. Así se preservan las tradiciones, se les salva y se aprende a vivir y a sobrevivir en el hogar de los Heredia.

Los salones que proliferan por esa época constituyen el reflejo de lo anterior. La gran burguesía, que detenta el poder, trata de imitar a los aristócratas, que siguen ejerciendo sobre ella un gran poder de fascinación. Eso explica cómo en el salón de la condesa de La Ferronnays se reúnen partidarios de los dos grupos monárquicos: los legitimistas y los orleanistas. Todos los matices del partido conservador se dan cita en casa de esta mu-



jer, que cuenta, entre sus invitados preferidos y sus amigos íntimos, con el conde de París, antes de que este parta al exilio. Además de las refinadas cenas y sus martes políticos, del que se excluyen las mujeres, esta aristócrata da una fiesta anual a la cual invita más de 1 500 personas. La pompa es rigurosa, sirvientes con pelucas y libreas rojas y doradas, lacayos vestidos totalmente de azul para el servicio del bufete.

La muerte en el exilio del conde de Chambord, último rey de Francia, único heredero al trono de los Borbones y nieto de Carlos X, va a despertar las pasiones, pues se trata de un período difícil durante el cual la República trata de afirmarse frente a la propaganda monárquica, la cual sigue siendo muy activa. Los diarios fustigan la gestión republicana, el desorden económico de los ministerios y condenan, sobre todo, la política de laicización de las escuelas y de los hospitales de París. No debe olvidarse que para *Le Monde*, *La Défense*, *la Croix* y el *Univers*, la República todavía representa el régimen de Satanás y que todos los obispos son monárquicos. Monseñor Veillot no vacila en afirmar que “la Francia católica vencerá la resistencia de la Francia republicana”. En todas las iglesias se celebran servicios fúnebres para honrar la memoria del que con mucha fuerza había dicho en 1873: “mi persona no es nada. Mi principio lo es todo (...) Francia no puede perecer, pues Cristo sigue amando a Francia”. Y, en medio de ese clima de desconfianza, la izquierda radical, luego de haber solicitado una revisión de la Constitución, vota a favor de que se prohíba a todo miembro de una familia reinante, presentarse como candidato a la Presidencia de la República, así como la supresión de las oraciones públicas en la apertura de las sesiones parlamentarias y la desaparición del crucifijo en las escuelas. Entonces se origina un escándalo contra la descristianización de Francia.

A primera vista, José María no quiere tomar partido a favor o en contra de esa lucha anticlerical que divide las distintas capas de la sociedad, tanto más cuando en los medios intelectuales se está mucho más abierto a la ciencia que a Dios. Sus amigos parnasianos mantienen el interés en la cuestión. Todos son ateos desde hace mucho tiempo y la política no interfiere nunca en sus discusiones. En el gabinete de trabajo de la calle de Berri, José María ya comienza a recibir a muchos jóvenes poetas que coleccionan sus versos. Enseguida a su alrededor se forma una especie de hermandad y cada uno de sus miembros, deseoso de aumentar su repertorio en cuanto aparece publicado un nuevo soneto, se vanagloria demasiado pronto de poseer su obra completa. El autor de esas pequeñas obras maestras, cuyo éxito se ha difundido por todo el mundo de las letras, incluso antes de que él mismo haya pensado en reunir las, disfruta, sin mostrarlo demasiado, de esa gloria que muy pocos poetas han conocido antes que él. No obstante, tiene conciencia de su valor y la íntima convicción de que su fama ya está consolidada, y que nadie podrá igualar la emoción que suscitan sus versos por el juego de imágenes y la armonía de las rimas. Como presta mucha atención a la elegancia, se le ve todos los días vestido con una chaqueta

confeccionada con un tejido fino y costoso que le va de maravilla. Le gusta renovar su guardarropa de acuerdo con sus distracciones, y cuando en verano se va al campo, se jacta con sus amigos más íntimos, diciéndoles que no se priva de nada. Y cuando le preguntan quién lo viste, responde con la mayor naturalidad: “Voy a La Belle Jardinière, donde encuentro de inmediato todo lo que necesito. ¡Qué quieren ustedes! Soy un tipo modelo, un tipo canon. El maniquí que usan para las confecciones, que es en realidad justo la media de la talla humana, tiene mis medidas exactas”. Y haciéndose el gracioso añade: “La ropa me queda como un guante; observen”, y diciéndolo, da un giro completo sobre sí mismo. Le gusta recibir a sus amigos, pero en el gabinete donde generalmente los acoge, hay un gran cristal con una cortina de delgada muselina que sirve de separación con la sala, a través del cual, como en una especie de neblina, es posible distinguir en los días de recibo a la señora de la casa moviéndose con natural ligereza y recibir a sus invitados con mucha amabilidad, al menos cuando se toman el trabajo de venir a saludarla. La señora de Heredia siempre está allí, rodeada de sus tres hijas, que ya prometen ser muy bellas y de las cuales la mayor es casi una adolescente. Semejan un incesante ballet de mariposas alrededor de esas flores apenas abiertas. El poeta está muy orgulloso de ellas y las llama “mis más hermosos sonetos”, mientras otros colegas las comparan con las “princesas Abencerrajes” o, incluso, con las infantas.

Luego de una nueva publicación de los *Poemas trágicos* de Leconte de Lisle, José María publica en el *Mundo Poético* sus “Canciones andaluzas”, “Noche de batalla” y “Antonio y Cleopatra”. Después en *La Leyenda del Parnaso contemporáneo* de Catulle Mendès, se editan otros poemas, entre los cuales encontramos “Los conquistadores”, “Vendimia”, “El samurai”, “Nemea” y “Sobre un mármol quebrado”.

**1885-1887**

## **Un ministro negro, de origen cubano, en la Asamblea Nacional**

Infelizmente, debido a la resurgencia de la derecha y con la creciente inquietud al aproximarse las elecciones, el segundo ministerio de Jules Ferry, el más largo de la Tercera República, se desploma en marzo de 1885, al abordarse la cuestión de Tonkín y el envío de jóvenes del contingente a Indochina. Había durado 25 meses y el que causa su caída pasará a la historia con el nombre de “Ferry-Tonkín” o del “Tonkinés”. Una vez más, la República parece amenazada.

¿Qué ocurrió? Desde el principio, Ferry repitió que esa expedición a Tonkín era un asunto francés, un problema patriótico. Se trata, en primer lugar, de un futuro que estará en juego dentro de 50 o 100 años, y que constituirá la herencia de los hijos, el pan de los obreros de toda Francia. Muchas veces proclamó en la Cámara: “No meterse en nada es tan malo como meterse en todo”; y cuando en esa ocasión se compromete es “porque los acontecimientos son los que nos conducen y no nosotros los que los conducimos”, justamente en función de las oportunidades. Y algunos dieron crédito a sus palabras. Por desgracia, en nombre del prestigio de Francia se cometerán algunos errores, pues, a sabiendas de que el colonialismo resulta impopular, rechazado por un pueblo mayormente pacifista y por los diputados, siempre temerosos, Jules Ferry decide desviar el debate, presentar ese “programa colonial” de forma diferente, para imponerle a Francia las conquistas que le parecían necesarias y que por el momento satisfacen los intereses del país, sin precisar, no obstante, su sentido material. Después de Túnez, Annam y Tonkín son colonias ricas en hombres y recursos. Comienza entonces a mentir con relación a los medios necesarios para apoyar esa conquista y oculta las dificultades que se han encontrado en la empresa. Su método de enviar pequeños grupos de tropas a Tonkín, resultará en breve peligroso y la situación se empantana de repente. Seiscientos soldados franceses quedan bloqueados en una plaza fuerte por 15 000 chinos.

Para precaver cualquier acontecimiento, el único recurso con que cuenta es proponer una solicitud de créditos suplementarios que se elevan a 200 millones de francos y el envío de un refuerzo de 10 000 hombres que deberá ser enviado de inmediato a Tonkín. Sin esperar más, el gobierno decide votar prioritariamente a este respecto, el ambiente está muy tenso y la

sesión promete ser dramática. Avanza a la tribuna y plantea la solicitud de créditos, no sólo para reparar y vengar la derrota de Lang-Son, sino también para salvar el honor de Francia en el mundo entero. Propone la posesión de Tonkín para asegurar el futuro de las colonias francesas en Indochina. Pero Ferry nunca ha sido muy popular ante los presbíteros ni tampoco ante los castillos, ni ante el pueblo humilde de París, porque se había enfrentado a los rebeldes durante la Comuna. Su política interior recibe muchas más críticas que su política colonial; se le reprocha que busca en ultramar la forma de distraer la atención de las reivindicaciones, una forma de aplazar de manera indefinida las reformas sociales. Tiene en su contra a todo el mundo, tanto los diputados de derecha, que denuncian las leyes ferozmente anticlericales; la extrema derecha con Rochefort, quien le reprocha su conservadurismo, mientras los radicales le reprochan su oportunismo, como es el caso de Clemenceau, que fríamente proclama ante la Asamblea su sentencia de muerte: “Sí, todo ha terminado entre nosotros; no queremos prestarle oídos; ya no podemos discutir con usted los grandes intereses de la patria. Ya no lo conocemos ni tampoco queremos conocerlo...”. Alexandre Ribot, republicano moderado, respetado por la nobleza declara: “En este momento, lo único que usted pudiera hacer es retirarse. Usted le debe eso a una Cámara que usted ha llevado tras de sí sin decirle francamente a dónde la conducía. Usted le debe eso a toda Francia”. En medio de la efervescencia se produce el voto y la respuesta es implacable: 149 a favor y 306 en contra. Jules Ferry abandona el palacio Bourbon por una puerta excusada y es abucheado por los jóvenes obreros y modestos empleados que le gritan: “¡Abajo Ferry! ¡Ferry al agua! ¡Muera el Tonkinés!”

Severiano está abrumado por estas acusaciones injustificadas, que tienen más que ver con la creciente impopularidad que con la cuestión colonial propiamente dicha, en la que muchos parlamentarios perdieron el interés al acercarse las elecciones legislativas. Sin embargo, no lo oculta: él también votó los créditos de la Expedición de Tonkín, como muchos otros radicales ya comprometidos con la administración colonial para ocupar los más altos puestos; él también se ha dejado influenciar por sus hermanos masones; en particular, por el fisiólogo Paul Bert, nombrado el año anterior residente general en Saigón y que había tratado de afirmar la voluntad de Francia de comportarse, no como conquistadora, sino como guía, inaugurando de inmediato en ese país una política resueltamente liberal. La conducta que debe seguirse en el Extremo Oriente se anuncia muy difícil y embarazosa para el nuevo gobierno. Los puntos de vista divergentes y las dudas abundantes. ¿Por qué no podría Francia estar presente en todos los mares y en todos los continentes como Inglaterra y otros países europeos, si se tiene en cuenta que la política de los Estados industriales es ya planetaria?

Además, ¿acaso Gambetta no fue el primer verdadero iniciador de esa política de expansión en el exterior, para poder desarrollar una política de energía en el interior? Lo único que hizo Ferry fue seguir esa directiva

con el objetivo de hacer de la expansión colonial un elemento del destino nacional de Francia y pronuncia un discurso ante la Cámara en julio de 1885 con el fin de explicarlo ante los diputados. Creía que debía eliminarse todo complejo de culpa, que la presencia francesa en los territorios de ultramar y en Asia se justificaba mediante argumentos económicos y civilizadores, y mediante argumentos políticos y patrióticos. De todas formas, esa presencia no puede ser benéfica para el prestigio de Francia, si esta quiere ser una gran potencia. Contando con el apoyo de algunas logias masónicas también considera un deber —más que un interés— lograr que estos países se beneficien con el progreso técnico y con la civilización positivista.

Y entonces, qué sentido puede tener esa animosidad permanente contra un político del cual Jaures, a pesar de las diferencias que los apartaban y de que no le agradaba, había dicho un día: “Para él, lo esencial no era reformar, sino gobernar. Era grande por la concentración continua de la voluntad y del pensamiento”. Por otra parte, Severiano, en lo personal, tuvo la ocasión de apreciar en numerosas ocasiones, primero al hombre, luego al masón en la fraternidad Clemente Amistad, de la cual es visitante frecuente, por lo que podía decir que, bajo una apariencia fría y tajante, el viejo compañero de lucha de Gambetta escondía un corazón capaz de grandes impulsos y un cerebro notablemente bien organizado y de gran claridad. Esas cualidades le habían parecido esenciales para cumplir con su misión política, la de establecer definitivamente una Francia republicana sobre bases fuertes y resistentes.

Mas, ese fracaso ya se anuncia para Severiano como el ensayo de algo que todavía no conoce: la pérdida de la gloria, lo que le infunde una gran tristeza. Ve en ello una extraña premonición. El aprendizaje de la política resulta un duro camino sembrado de obstáculos en el cual se llega a dudar del hombre mismo. Son muchos los criterios que se interponen entre su verdad y la de los otros. Las incomprendiones son también muchas. Sin embargo, no tiene otra opción que la de seguir sosegadamente lo que cree su camino. Las elecciones se presentan mal: la derecha se ha unido en listas comunes de oposición conservadora, en las cuales se han agrupado realistas y bonapartistas, mientras en la izquierda republicana, los radicales y los oportunistas siguen despedazándose entre ellos.

Severiano, que se ha inscrito en varias listas de los radicales del departamento del Sena, obtiene 104 954 votos en la primera vuelta y, como se mantiene en la lista de concentración, es finalmente elegido con un conteo de 284 133 de votos de un total de 416 886 electores. Hubo más de 100 000 abstenciones. De inmediato se inscribe en la Izquierda Radical, que para él representa, en ese preciso momento, la preservación de los fundamentos de la República y de sus ideas masónicas; esto es, la plenitud del ser humano mediante la colaboración entre las clases y no mediante la lucha de clases. Luego participa en algunos debates, en particular acerca del nombramiento de una Comisión de las Vías Navegables y de los Puertos Marítimos, y en la discusión del presupuesto en el Ministerio del Comercio y la Industria.

Tres días después de los resultados, Jules Grévy, reelegido por un estrecho margen como presidente de la República a los 79 años, constituye un gabinete, según él, de concentración y de unión en el cual hace entrar a una mayoría de oportunistas y tres radicales que habían votado contra Ferry. Sólo Clemenceau y Ribot, partidarios frenéticos de la caída de Ferry, serán excluidos. En el Ministerio del Interior nombra a uno de los seguidores de Gambetta, en el del Ministerio de Obras Públicas, a Sadi-Carnot y en el de Instrucción Pública y Cultos, a un veterano de la extrema izquierda. Y para evitar toda perturbación les entrega de inmediato la desactivación de la iglesia de Santa Genoveva, transformada en nuevo Panteón de los Grandes Hombres.

Pero a Severiano le interesa en particular quién será nombrado como presidente de la Comisión de Presupuesto, pues, luego de haber sido su relator desde 1884, es el puesto que ambiciona hoy y que goza de un prestigio muy especial. No hay comisión permanente y, cada vez que se presenta un proyecto ante la Asamblea, una comisión, nombrada por mayoría de votos para el año en curso, se encarga de examinar el presupuesto correspondiente. Un masón, Maurice Rouvier, diputado por la poderosa izquierda radical desde hace muchos años y que es abogado aunque no ejerce, es elegido ese año como presidente de esa comisión. Es un hombre muy avezado en los negocios, que los republicanos conocen bien y que aprecian en general por sus cualidades como financiero. En tanto que miembro del grupo de los oportunistas, espera quizá demasiado de esa nueva carrera que le ofrece confortables beneficios parlamentarios, pero Severiano, que sospecha que pretende ir muy lejos, observa con inteligencia y perspicacia su carrera política.

El viernes 22 de mayo de 1885, a la 1:27 de la tarde, se extingue Víctor Hugo, el sagrado soñador que había proclamado, en todos los géneros y en todos los tonos, la esperanza republicana. Con él no sólo desaparece una leyenda, sino también una gran parte de la humanidad. En un sobre abierto dejó sus últimas voluntades, su testamento espiritual.

“Dejo cincuenta mil francos a los pobres. Quiero que me lleven al cementerio en el coche fúnebre de los pobres. No deseo que se hagan ritos en mi nombre en ninguna iglesia, pero pido una oración a todas las almas.

”Creo en Dios.

”Víctor Hugo”.

Ese es el mensaje del hombre y del poeta, tal vez el más hermoso de toda su vida, que Severiano quisiera conservar en su memoria.

El resto ya es historia. Víctor Hugo será el único poeta de su tiempo a quien el Estado organizará un funeral nacional. Las ceremonias se inician a partir de la avenida que ya lleva su nombre,<sup>36</sup> por la cual la multitud, congregada desde el anuncio de su muerte, ha esperado toda la noche el traslado del cadáver desde su domicilio hasta el Arco de Triunfo. La pre-

---

<sup>36</sup> Al cumplir los 80 años, un decreto de la ciudad de París le confirió el nombre del poeta a una pequeña parte de la avenida de Eylau, donde residía.

paración y la decoración de la ceremonia que tendrá lugar a continuación se han organizado por el arquitecto de la Ópera, el señor Charles Garnier, y son de una gran belleza. El gigantesco cenotafio que se eleva bajo el gran Arco casi llega al techo de la bóveda, que tiene 29,55 metros de alto. Abajo, un gran medallón de la república; arriba, las iniciales de Víctor Hugo entrelazadas por grandes lágrimas de plata. Un gran velo negro desciende hacia la izquierda del monumento, así como las enlutadas oriflamas tricolores. A ambos lados del Arco de Triunfo, las dos avenidas, la de Wagram y la de Marceau, se han ornado con gigantescos medallones que muestran una imagen en los que se lee esta inscripción: *Francia a Víctor Hugo*. Toda la plaza está circundada de candelabros de los cuales parten haces de enlutadas banderas tricolores, con unos escudos en los cuales pueden leerse los títulos de sus más conocidas obras. Ante el catafalco, 12 coraceros que portan antorchas se mantienen inmóviles y no hay nadie en el espacio circular alrededor del monumento, iluminado por 36 lampadarios de llamas verdes que centran toda la atención de la multitud en los restos del poeta que para ellos ya no es más que esa sombra, esa mancha negra que de repente toma en la escena una dimensión trágica. Además, el cielo se ha nublado y en la avenida de los Campos Elíseos, los faroles de gas, cuyos cristales también se han cubierto con cintas negras, sólo proyectan una débil luz hasta el amanecer. Al paso de las horas, la multitud se ha ido retirando poco a poco y la plaza se ha quedado casi desierta; los guardias municipales blanden sus sables y forman un apretado círculo alrededor del Arco.

Todavía el sol no se ha elevado mucho, cuando llega el momento solemne; recomienza el movimiento; cada grupo y delegación con emblemas y coronas ocupan sus puestos en todas las avenidas que desembocan en la plaza del Arco de Triunfo. A la derecha, frente al monumento, se eleva la tribuna de los oradores; a ambos lados, los primeros bancos se han reservado a la familia y sus invitados; más atrás se sitúan los amigos, la prensa, los alcaldes y las administraciones de París, los cuerpos académicos, los tribunales, los oficiales ministeriales. A la izquierda, un poco más alejados del Arco, se encuentran el general Pitié, en representación del presidente de la República, el gran canciller de la Legión de Honor, los ministros, el cuerpo diplomático, los presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados, los delegados de la Sociedad de Literatos, los diputados y los senadores, el Tribunal de Cuentas, el Instituto de Francia y hacia allí se dirige Severiano donde se incorpora al grupo de prefectos, consejeros generales de distrito y de municipio.

Los discursos se inician hacia las 11. Apenas terminan y ya resuenan los tambores y se escuchan los clarines provenientes del campo. Los empleados de las pompas fúnebres retiran las coronas y la tela negra constelada de lágrimas de plata que recubría el ataúd y lo colocan en el carro de los pobres, siguiendo así los deseos del poeta. Es un vehículo cuadrado sin tapices ni decoración alguna, conducida por un simple cochero y tirado

por dos caballos que no han sido enjaezados. Lo acompañan dos coronas de rosas blancas, sin inscripción alguna. A lo largo de todo el recorrido se han encendido candelabros con velos negros. El cortejo desfila entre dos columnas de soldados que, con las armas en descanso, lo acompañan al paso del vehículo, mientras los gendarmes y los guardas municipales, situados a intervalos regulares, impiden los desbordamientos de público. Once carros fúnebres, el primero de los cuales es tirado por seis suntuosos caballos, trasladan montañas de coronas, cintas, rosas, violetas y siempre-vivas, enviadas de todas partes del mundo, preceden el carro fúnebre que en su trágica desnudez, prosigue solitariamente su camino. A unos pasos más atrás avanza un joven; es su nieto, Georges Hugo, luego sigue la familia. Después de atravesar el puente de la Concordia, el cortejo pasa de inmediato ante la Cámara de Diputados y toma el bulevar San Germán, el bulevar San Michel, la calle Soufflot hasta el Panteón, su última morada, hasta donde el pueblo ha querido acompañarlo. A su vez, este monumento desaparece bajo la enorme cantidad de flores y en los bulevares, las aceras, los techos, los balcones, las ventanas, hay un inmenso hormigueo de cabezas; hasta en los árboles pueden verse racimos de personas. Última imagen que Severiano conservará de ese homenaje de los vivos a un muerto que se ha vuelto inmortal.

Todo parecía entonces irrisorio, tanto los hombres como los acontecimientos. A inicios de 1886, luego de tratar de constituir un primer gabinete de concentración republicana, Brisson, radical moderado y notable masón, renuncia y forma un nuevo ministerio junto a cuatro oportunistas, dos radicales moderados y dos miembros de la extrema izquierda. Nombra infelizmente como ministro de la Guerra, a instancias de Clemenceau, al general Boulanger, de quien se dice que es inteligente, arrivista, politiquero y que ha hecho una brillante carrera como oficial de los tiradores argelinos y que tiene a su haber, con 35 años, cuatro campañas militares y seis heridas, de las cuales recibió dos durante el asedio de París. Es uno de sus protegidos, su antiguo condiscípulo en el liceo de Nantes, quien, desde hace mucho tiempo, manifiesta una ilimitada devoción por las instituciones republicanas. Oportunista cuando es necesario, es el que, al producirse la huelga de las minas de hulla de Decazeville, en la región del Aveyron, adonde se enviaron las tropas del ejército para liquidar una revuelta durante la cual un ingeniero había sido defenestrado, se atrevió a declarar enseguida a la Cámara: “No nos lo reprochen, pues tal vez hoy por hoy cada soldado comparte su sopa y su ración de pan con un minero”.

Severiano sabe de inmediato que esa elección no es la mejor para Francia, país donde precisamente el ejército goza de un prestigio y de una autoridad muy particulares, y comprende muy pronto que la entrada de ese turbulento personaje en la historia de la Tercera República tendrá graves consecuencias. ¿No se distinguió ya por su jactancia y sus inflamadas arengas, cuando en 1881 se le nombrara general de división a la cabeza de



las tropas de ocupación de Túnez? Y he ahí que apenas llegado al poder, ese general toma toda una serie de medidas poco comunes, destinadas a mejorar las condiciones del soldado de filas: las escudillas se sustituyen por platos; la paja, por una colchoneta; nuevos uniformes, repartición de los pases, autorización para llevar barba. A esto le siguen reformas más sustanciales, como la reducción del servicio militar de cinco a tres años y luego la sustitución del fusil de repetición al que llaman *Lebel* por otro que ya se está utilizando.

Y cuando la prensa de izquierda se preocupa por el alza del poder de la futura monarquía, a consecuencia de las recepciones brindadas por el conde de París en ocasión del matrimonio de su hija, María-Amelia, con el duque de Bragance, heredero del trono portugués, el general Boulanger apoya un proyecto de ley propuesto por los diputados republicanos ante la Cámara que le concede al gobierno el derecho de expulsar en cualquier momento a cualquier miembro de las casas reinantes. En el mes de junio, después de haber sido refrendada por el Senado, se promulga la ley; estipula que los príncipes no podrán ingresar al ejército ni ejercer función pública alguna. El duque de Aumale dirige entonces al presidente de la República una carta de protesta y, de inmediato, el ministro de la Guerra decreta su expulsión. La respuesta no se hace esperar y asumirá toda la grandeza que precisaba el caso: el duque decide hacer públicas sus disposiciones testamentarias y anuncia que lega su magnífico castillo de Chantilly al Instituto de Francia.

Esa severa actitud del general Boulanger con relación al duque de Aumale, sorprenderá a muchos, pero en realidad le permite consolidar su prestigio ante algunos, entre quienes se encuentra Henri Rochefort, siempre muy exaltado, que ve en él a un general jacobino, capaz de fustigar a los más moderados parlamentarios o de sumar a su causa a todos aquellos que todavía la víspera dudaban de él. Sin embargo, esa no es la opinión de los republicanos más avezados, como Severiano, quien observa ese rejuego con mucha perspicacia. Sigue siendo relator de la Comisión de Presupuesto y como tal presenta sucesivamente, a partir del mes de abril de ese año, dos proyectos de ley que tienen por objetivo la apertura, en el Ministerio del Comercio y la Industria, de importantes fondos y de créditos extraordinarios destinados al saneamiento de las ciudades de Tolón y de Marsella, y, más tarde, un tercer proyecto que trata del establecimiento del presupuesto general del año 1887.

Y Severiano, que el día anterior ha participado en el tradicional desfile de la fiesta nacional del 14 de julio en el hipódromo de Longchamp, se inquieta de repente a causa de la creciente popularidad de ese personaje, que parece haber transformado la parada militar en un espectáculo de publicidad a su favor. Las tropas repatriadas desde Tonkín están representadas y mientras la multitud las aclama, el general Boulanger, montado en Tunis, su magnífico caballo ruso, seguido de un estado mayor de 300 oficiales, avanza pomposamente hacia la tribuna oficial, a la cual tributa un saludo con su

espada. Se escuchan vivas por todas partes y ya no se aclama ni el nombre de Grévy ni la República; sólo se escucha “¡Viva Boulanger!”; consigna que coreará todo el pueblo parisino. Su porte es marcial, su montura, magnífica, de un negro brillante, cuya constitución hace palidecer de celos a las más hermosas damas de las tribunas; todo a su paso suscita el entusiasmo de la multitud, su barba rubia, su sonrisa burlona. Bien parecido, rompecorazones, según dicen, luce muy bien su uniforme: pantalón de casimir, banda de muaré, el pecho constelado de condecoraciones y el bicornio empenachado con plumas blancas que inclina de forma desenvuelta hacia la oreja y así avanza... al paso, al trote, a galope. Y esa noche, en los cafés se cantan en su honor coplas que en breve le darán la vuelta a toda Francia.

*Felices, triunfantes  
Y también contentos  
A Longchamp nos fuimos  
Con el corazón sereno  
Andamos sin vacilar,  
Pues íbamos a festejar  
A ver y a felicitar  
Al ejército francés...  
Yo admiraba solamente  
A nuestro muy valiente  
General Boulanger...*

Incluso, los oficiales más viejos se sorprenden cuando constatan que se le aclama como si fuera un emperador y se le lleva en andas hasta su residencia en el Louvre.

Ese 14 de julio de 1886 nació el boulangierismo. Y tal vez, por haber sabido decirles las cuatro verdades a los príncipes, ise ganó una confianza ilimitada e hizo vibrar la fibra nacional! Sin embargo, su fulgurante popularidad comienza a inquietar a una parte de los republicanos. En Alemania se le acusa de haber comprometido la paz; Bismarck habla de él abiertamente; se dice que trabaja día y noche para poner al país en estado de defensa y, muy pronto, el valiente soldado deviene *General Revancha*. Entonces, Jules Ferry lo tratará de saltimbanqui, mientras otros lo acusan de constituir un peligro para la seguridad nacional; se denuncian sus cabriolas de “general a la boliviana” y también su desmesurada ambición. Y por todas partes corren rumores de que, si Freycinet no logra mantenerlo alejado, sus amigos lo harán renunciar.

Lo que será un hecho a fines de año. Pero cuando Freycinet es derrotado, su sucesor, René Goblet, mantiene en su puesto de ministro de la Guerra al general Boulanger. Y entonces el canciller Bismarck, al conocer la noticia, le dirige a Francia un grito de alarma. En un discurso pronunciado en el Reichstag, exclama: “No atacaremos a Francia de ninguna forma. Por

su parte, muchos franceses no desean atacarnos. Pero, en los momentos difíciles, Francia siempre ha sido dirigida por minorías enérgicas. En ese país existen hombres que buscan la guerra con Alemania y cuya tarea es mantener encendido el fuego de la Revancha...". Y más adelante: "Si Napoleón III emprendió la campaña de 1870... fue porque pensaba que así se fortalecería su gobierno en el interior del país. ¿Por qué, si llega al poder, el general Boulanger no haría lo mismo?"

En Francia, la emoción es tan grande que el primer ministro, apoyado por Grévy, multiplica las acciones pacificadoras ante la embajada de Alemania, y Boulanger se ve obligado a retirar el proyecto de decreto que preveía el llamado a filas de 72 000 reservistas. En ese mismo momento se organizan manifestaciones populares en torno al general para incitarlo a la guerra; en particular, la famosa Liga de los Patriotas, organización de masas creada en su origen para impulsar el civismo republicano y que ha tomado una orientación francamente nacionalista y revanchista, desde que Paul Deroulede decidió dirigirla en marzo de 1885. La Bolsa de ambas capitales son sumidas simultáneamente en un auténtico pánico y los verdaderos republicanos, los amigos de Severiano, se organizan para oponerse definitivamente a quien se proclama General Revancha.

En ese momento ocurre lo que se conocerá con el nombre de "caso Schnabelé", debido al nombre de un comisario de policía del departamento del Mosela de quien se sospechan vínculos con los espías de Alsacia y de Lorena y que, luego de haber franqueado la frontera, se queda en territorio germánico y es encarcelado por los alemanes. Francia reacciona con prontitud y el ministro de la Guerra, haciendo el papel de salvador, da órdenes militares, al mismo tiempo que le propone un ultimátum a Alemania. Quiere hacer una movilización sin pérdida de tiempo; esto es, enviar a 50 000 hombres a la frontera oriental. El presidente Grévy se inquieta y se consagra a buscar una solución pacífica al problema. Y declara con toda gravedad: "No se puede enviar un ultimátum al gobierno alemán antes de que haya respondido a nuestras observaciones". Después de una investigación y considerando que los dos países han cometido errores, Bismarck libera de inmediato a Schnaebelé, pero ya el presidente de La Liga de los Patriotas, autor de los "Cantos del soldado" y partidario de la guerra, se pone a elogiar al general Boulanger y declara que es el único ministro temido por los alemanes. Numerosas voces se elevan por todas partes, repitiendo que "si Boulanger sigue siendo ministro, de seguro habrá guerra". Sin embargo, a pesar de cierto entusiasmo popular un tanto pueril, pronto se verá aislado en los medios parlamentarios, que le reprochan ser un provocador. Las polémicas inflaman la prensa, se organizan ruidosas manifestaciones, el tiempo apremia y hay que actuar con rapidez. Tomando conciencia del peligro que representa este general demagogo, que se permite no sólo proponer la movilización del ejército, sino también aplicar una sanción al gobernador de París, los diputados de la izquierda calificada de

“oportunista”, se alían a la derecha para tratar de provocar la renuncia del ministro Goblet, como única forma de eliminar a un ministro de la Guerra que ya resulta un estorbo. Reducido a una minoría por haber economizado de manera insuficiente el presupuesto, en mayo de 1887, un mes después, el gabinete de Goblet renuncia.

Y entre los ministros que se van sucediendo en la calle del Rívoli, se habla cada vez con mayor frecuencia de Maurice Rouvier, muy allegado a los medios financieros, que ha sido presidente de la Comisión de Finanzas y es jefe del grupo de los oportunistas. Probablemente, una de las personalidades más apreciadas debido a que ha manejado las finanzas públicas como lo hubiera hecho con un patrimonio privado y Severiano aprendió mucho con él cuando fue relator de la Comisión de Presupuesto. Desde hacía tiempo se elogiaba su actuación rigurosa, sus cuentas claras y su manera de evitar todo gasto innecesario, tratando de ahorrar al máximo, manteniendo un buen servicio. Había trabajado con él; sobre todo, en un proyecto de ley relacionado con el presupuesto del año 1887, que planteaba un crédito de 11 850 000 francos, que representaba la contribución del Estado a los gastos de la Exposición del Centenario de la Revolución francesa, que tendría lugar en 1889.

Había llegado su hora. Pronto se decidiría el destino de Severiano. El diputado cubano sabía muy bien que lo necesitaban. Se le conocía en los pasillos de la Asamblea por haber manejado admirablemente los diferentes asuntos y se le encargaban los trabajos parlamentarios más arduos; trabajaba los expedientes sin descanso y los estudiaba de manera minuciosa y apasionada. Además, luego de la institución de la República de los republicanos, la situación financiera de Francia no se había degradado en lo más mínimo; no había peligros y el presupuesto anual del Estado se mantenía alrededor de los 3 000 millones y medio para gastos. Por otra parte, había logrado eliminar lo mejor posible el ligero déficit ocasionado por la crisis económica de los últimos años. Y tal vez, gracias a esa política discreta, el Estado francés había gozado de cierto crédito tanto en el interior, como en el extranjero.

Entonces, después de haber presentado a Ferry como candidato o una vez más a Freycinet, es Maurice Rouvier, el republicano “oportunista”, quien resulta victorioso. Conservadores de todas las procedencias, realistas y bonapartistas le ofrecen una benévola neutralidad, sin pedirle mucho, sólo la exclusión del general Boulanger y un laicismo más flexible. Por su parte, Clemenceau declara enseguida que no apoyará el nuevo gobierno; no acepta la salida del antiguo ministro de la Guerra y se niega a estrechar la mano de su sucesor. No obstante, Rouvier no es un desconocido. Diputado y luego senador por el departamento de los Alpes-Marítimos, inició su carrera a la sombra de Gambetta, primero como colaborador de su periódico *La République*; después se destacó rápidamente por sus aptitudes financieras, por lo que aquel le confió la cartera de Comercio en su ministerio. Es

joven, sólo tiene 45 años, es elocuente, persuasivo, enérgico y se le conoce por ser un excelente gerente; también formó parte del ministerio de Ferry y fue nombrado en varias ocasiones presidente de la Comisión de Finanzas y jefe del movimiento oportunista. Una vez convertido en jefe de Estado, trata de formar un nuevo ministerio, lo más homogéneo posible, una especie de coalición de los republicanos moderados y de los conservadores liberales, con la exclusión del general aguafiestas, a quien adoran o detestan, y que al cabo de los años se ha convertido en un peligro para la seguridad nacional.

Durante los 12 días siguientes, Severiano ni come ni duerme. Sólo tiene una obsesión, sólo un deseo: emplear toda su inteligencia, todas sus fuerzas para poner un freno a ese hombre belicoso, arrivista, muy astuto, cuyo movimiento se está extendiendo por todas partes mediante curiosas alianzas, que no engañan a nadie. Comprendió desde el inicio el doble juego que desarrolla secretamente el general, pues aunque se proclama republicano, busca desde comienzos del invierno la alianza con los monárquicos; en particular, con Arthur Dillon, realista convencido y hombre de negocios que empiezan a interesarse por él. Y declara: "Obtuve 8 millones para echarlos al agua, así que también obtendré cinco para apostar por la popularidad de Boulanger". Todo le sale bien a este curioso personaje, cuyo dinero constituye, ante todo, el eje central de la guerra y por el momento no tiene más objetivos que financiar su aventura política mediante los subsidios monárquicos. Más tarde, lo sabe, esos generosos benefactores tendrán necesidad de él y negociará, cuando llegue el momento, con ellos. Sólo después de la guerra podrá realizar su sueño de hegemonía y de poder. Las apariencias engañan: en realidad no es su aliado, como le gusta insinuar muy hábilmente. Lo que quiere resulta más diabólico. Al desestabilizar a toda Francia y al sumir el país en una nueva guerra, espera apoderarse del fantasma de una revolución social y de una nueva Comuna de París. Y así, para Severiano, las contradicciones y las ambigüedades de ese extraño general ya no esconden secreto alguno. Su retrato a caballo con uniforme de gala, muy parecido al de Napoleón III, es justamente el escogido para reproducirlo en millones de ejemplares de pañuelos de seda, platos, pipas, brochas de afeitar, ganchos para botas... Apoyado por la extrema izquierda y por Rochefort, impulsado por los monárquicos más convencidos, Boulanger ya no sabe a qué santo encomendarse. Se le teme y se le adula; juega con todos con el único fin de ganar su causa. ¿Pero hasta dónde piensa ir? Esa es la pregunta lacerante y perversa que se hace Severiano y que da vueltas en su cabeza. Pregunta a la cual considera que nadie le concede la suficiente importancia.

Luego de varios días de difíciles negociaciones, el 30 de mayo de 1887 se constituye el gobierno. Maurice Rouvier será el presidente del Consejo de Ministros y ministro de Finanzas y nombra a Charles Mazeau ministro de Justicia. En el de Relaciones Exteriores, a Émile Flourens. En el del Interior, a Armand Fallières. En el de la Guerra, al general Théophile Ferron, quien

acepta la difícil tarea de sustituir a Boulanger. En el de Instrucción Pública, de Cultos y de Bellas Artes, a su amigo, Eugene Spuller. En el de Agricultura, a Barbe. En el de Comercio y la Industria, a Lucien Dautresme. Y en el de Obras Públicas, le confía la cartera a Severiano de Heredia.

Será su oportunidad; la única de toda su vida. Tiene 51 años y se siente feliz porque al fin ha sido recompensado por su clarividencia y su actitud resueltamente conciliadora, no sólo en el seno de su partido, sino también en el de las demás fuerzas políticas. Es la primera vez que un extranjero, por demás cubano, ocupa un puesto ministerial en el gobierno francés y también la primera vez en la historia de la Tercera República que los republicanos se han aliado a los monárquicos contra otros republicanos. Su tarea no resultará siempre fácil.

En cuanto se proclama el nombramiento oficial del nuevo gabinete, que sólo contará con ocho ministros, el 31 de mayo tiene lugar la primera sesión de la Cámara de Diputados, que se consagra a la preparación de la Exposición Universal por el centenario de la Revolución. Otros nombramientos tendrán lugar el 7 de junio, pero, en tanto que ministro de Obras Públicas, de inmediato comienza su trabajo y en los primeros días de ese mes propone su primer proyecto de ley, adoptado por la Cámara de Diputados y que Severiano presenta en nombre del presidente de la República. Es un tratado entre la Compañía de los Ferrocarriles de las líneas de París a Lyon y al Mediterráneo y la Compañía de Suiza Occidental y del Simplon, para la explotación de una sección de ferrocarril comprendida entre Francia y Suiza. Seguirán otros proyectos, siempre relacionados con acuerdos entre su ministerio y la Compañía de Ferrocarriles, ya sea para la extensión de nuevas vías férreas o secciones de estas, la transformación de los ramales de las líneas, la ejecución de trabajos de infraestructura de las líneas concedidas a la Compañía o para el establecimiento de un ferrocarril de interés local mediante tracción funicular entre la plaza de Croix-Paquet y el bulevar de la Croix-Rousse en Lyon o en el departamento de Seine-et-Marne. Pero tiene otros proyectos de ley, en este caso en el ámbito marítimo, que presentará junto con el ministro de Comercio y la Industria, Lucien Dautresme, y que tienen que ver con un crédito suplementario para estimular la pesca marítima, con trabajos de prolongación del cuarto dique con esclusas del puerto de Honfleur, con la restauración del rompeolas o la pavimentación de un muelle de la estación terminal del puerto de Orán, la ampliación de los muelles y el mejoramiento de los puertos de Burdeos, Le Havre y del Bajo-Sena.

Entre el mes de junio y el de diciembre de ese año de 1887, Severiano presentará y discutirá más de 20 proyectos de ley ante la Asamblea. Su jornada de trabajo es agotadora, y a pesar de las múltiples tareas que se le asignan, es siempre necesario hacer un momento para responder a la abundante correspondencia, pues sus noches están ocupadas con invitaciones oficiales. Y sobre todo, se precisa estar siempre disponible, prestar atención a todos, mostrarse afable con los periodistas influyentes que lo atrapan de

improvisado en un pasillo y le piden que en menos de un segundo responda a sus preguntas, en ocasiones irritantes e impertinentes; también debe saber diferenciar, en medio de la multitud, entre aquellos que dicen ser sus amigos, a los verdaderos de los falsos, alejar a los importunos siempre con una sonrisa en los labios. Por último, como ministro, lo abruman con preguntas escritas u orales, a las cuales está obligado de responder ante la Cámara; y las preguntas de los diputados, siempre variadas y múltiples, son numerosas y no le dejan respiro alguno. Siempre le falta tiempo para analizar, trabajar, encaminar los expedientes relativos a cada problema abordado.

Un día le preguntan acerca de las consecuencias comerciales de la apertura del canal del Báltico al mar del Norte que ha llevado a cabo Alemania; otro día, acerca de la defensa de una propuesta de ley relativa a los delegados mineros o a los agentes comisionados del Ferrocarril. Nada puede desatenderse, no puede olvidarse nada; debe responder a cualquier pregunta que le hagan, tanto sobre el establecimiento de la red del Ferrocarril Metropolitano de París como sobre la campaña ministerial realizada contra el general Boulanger. Y con respecto a este último tema, que tanto le interesa, es muy locuaz y toma la palabra con pasión. Eliminar el boulangierismo resulta una difícil tarea de su incumbencia; la asume con toda plenitud y se consagra por completo a ella.

Desgraciadamente siempre le parece que las horas, los días y las semanas pasan demasiado rápido. Debe compartirlas cada segundo día, entre las audiencias en las que debe recibir a los diputados, 30 o 40 personas que vienen a verlo desde las 9 de la mañana y que hacen fila en la antecámara, y las sesiones del Parlamento en el palacio Bourbon, adonde se ve obligado a acudir ciertos días para obtener las aprobaciones. Por último, hay que buscar un espacio para todas las demás actividades: las reuniones del Consejo, donde las discusiones entre colegas son a veces tumultuosas, las visitas y las ceremonias oficiales, las cenas y las galas teatrales.

Pero sus múltiples actividades le impiden ser el perfeccionista que hubiera querido. Y a veces debe recordar los consejos que le prodigaron sus más experimentados colegas; es decir, "El individuo hábil, que desea tener influencia en la Cámara, está obligado a pasar mucho tiempo en los pasillos. El más hermoso discurso del mundo no vale lo que 100 conversaciones particulares (...) Mientras más crédito parece tener un ministro, más útiles le serán los paseos por los pasillos. Se le reconocerá como un camarada sencillo, que conoce a todos por su nombre y que no escatima los apretones de mano. En suma, debe llevar a cabo una batalla electoral ininterrumpida". Además, eso no le disgusta, más bien todo lo contrario: siempre ha establecido buenas relaciones con facilidad y así lo demuestra su vida; sin embargo, ha tenido que aprender que, a diferencia de la sociabilidad, el tiempo perdido no se recupera nunca.

Y justamente ese verano, cuando está llevando a cabo su carrera política con toda pompa, es el momento en que se abaten sobre él todo

tipo de desgracias. Preocupado ante todo por la aprobación de los tratados firmados entre la Compañía de Ferrocarriles y el gobierno, deseoso de continuar el perfeccionamiento de la red ferroviaria comenzada desde el Segundo Imperio y perseguido por Freycinet, su predecesor, ita vez, Severiano no ha contado con el tiempo suficiente para tener en cuenta el peligro que iba a estallar mucho antes de lo previsto! No obstante, hace mucho tiempo que se ha preparado, pero para implicarse en todo tipo de lucha se necesita una total dedicación, y lo sabe por experiencia. Y entonces, lo que tenía que pasar, pasó. Boulanger, que ya no soportaba su exclusión del gobierno, hace un llamado al pueblo para regresar al poder. Se presenta como republicano, víctima de los oportunistas, y deviene símbolo de la oposición a Jules Ferry, que es la encarnación de ese partido. Y pronto se observa cómo todas las fuerzas de orientación política diversa se unen y cierran filas detrás de la carismática figura de su jefe, para constituir lo que se ha llamado *el boulangérismo*. Por su parte, Arthur Dillon financia una campaña de propaganda a favor de su amigo. Imprime la efigie del general en todo aquello que agrada a las mujeres: pañuelos, alfileres, juegos de cartas, licores y hasta jabones que pueden comprarse en los grandes bulevares. En fin, por diez céntimos, puede adquirirse la biografía ilustrada del “Salvador de Francia”, e incluso puede escogerse entre diferentes folletos: *El pequeño Boulanger*, *Lo queremos a él* o *La verdad sobre el general Boulanger*. En breve se venderán en toda Francia retratos, fotografías, litografías, grabados y canciones.

Entonces, de repente, tiene lugar el primer error del nuevo gobierno. Lo comete el ministro de la Guerra, el general Ferron, que quería liberarse lo más pronto posible de ese general provocador, decide trasladarlo a Clermont-Ferrand en el puesto de mando del 13º Cuerpo del Ejército. Boulanger no está de acuerdo y un cálido día de verano, el 8 de julio de 1887, millares de manifestantes enterados de la noticia de su partida se congregan desde el mediodía ante la Estación Terminal de Lyon y bloquean el tren, que debe partir esa noche. Resuena *La Marsellesa* y de todas partes surgen gritos de “¡Abajo Grévy! ¡Renuncia! ¡Viva Boulanger!” La multitud invade los andenes, sube a los vagones, se acuesta en las vías férreas y canta sin interrupción: “¡Es Boulange, Boulange, Boulange, es Boulanger a quien queremos!” Las horas pasan antes de que intervenga la policía. La histeria es colectiva y Boulanger, con prudencia y protegido por guardias que tratan de abrirle paso en medio de una ruidosa horda de fanáticos, deja que lo embarquen en dirección a su guarnición en la región de Auvernia. Algunos días más tarde, el mismo Clemenceau reconsiderará sus posiciones al declarar en la tribuna parlamentaria: “Lamento totalmente las manifestaciones que han tenido lugar... La popularidad del general Boulanger le vino demasiado rápido a un hombre que amaba demasiado el bullicio”.

Severiano podrá dormir finalmente o al menos adormecerse durante algunos días, durante algunas horas, mientras Jules Grévy sigue jugando



tranquilamente al billar. Pero el peligro, omnipresente, está ahí mismo. En cualquier momento, todo podrá derrumbarse en el vacío, pues si los nacionalistas conforman la armazón de ese naciente movimiento, las masas urbanas provienen de la izquierda, incluso de la extrema izquierda, desde Pablo Lafargue hasta el comunero Rochefort, pasando por Ernest Roche, con los blanquistas, que a veces son demasiado indulgentes con respecto al boulangérisimo, simplemente porque creen —muchos de ellos sinceramente— que esa agitación puede resultar saludable, pues desorganiza y saca del juego a los partidos burgueses. Severiano comprende sus motivaciones y, por supuesto, concede todas su simpatías a esos herederos de la tradición jacobina, que representan la retaguardia del movimiento obrero y que siempre están presentes en todas las luchas de las guerras de independencia, pero sabe también que todas esas ideas son pura utopía, siempre y cuando en el paisaje político se cierna la sombra de un tirano, por lo que piensa que así no se va hacia la revolución sino hacia la dictadura. Sabe también que es preciso cuidarse de la extrema derecha, representada por Maurice Barres y numerosos intelectuales, además de los bonapartistas, partidarios del príncipe Jerónimo<sup>37</sup> y de su hijo Víctor, que sienten nostalgia por el Imperio autoritario de 1852.

Y el 24 de julio de 1887, Severiano pronuncia un discurso<sup>38</sup> que hará época en un banquete organizado en Senlis por la municipalidad y el Comité Republicano del distrito. Y sonrío al pensar que esa ceremonia tiene lugar justamente en la misma pequeña ciudad donde su primo José María pasó toda su adolescencia como pensionario de un colegio religioso:

“Señores,

”Quisiera primeramente agradecer al señor prefecto del departamento del Oise, tanto en mi nombre como en el del gobierno, por el brindis que hizo en honor del primer magistrado de la República, el señor Grévy, representante autorizado de Francia, a quien debemos testimoniar, independientemente de la fracción de la opinión republicana a la pertenezcamos, toda nuestra simpatía, nuestra deferencia y nuestro respeto.

”Agradezco también al señor alcalde de Senlis por las benévolas palabras que ha pronunciado con respecto a mi colega y amigo, el señor Spüller, y a mí mismo. Acojo sus amistosas palabras con gran alegría, pues se dirigen menos a nuestras personas que a la política que representamos. Hemos definido esa política, señores, desde que asumimos nuestras responsabilidades. Desde el primero momento hemos tenido el cuidado de declarar

---

<sup>37</sup> Napoleón-Joseph-Charles, conocido como el príncipe Jerónimo (1822-1891), fue senador, ministro de las Colonias en 1858 y contrajo matrimonio con la hija de Víctor Manuel II. De esta unión nació Napoleón-Víctor, más conocido como el príncipe Víctor.

<sup>38</sup> Discurso pronunciado el 24 de julio de 1887 por S. de Heredia, ministro de Obras Públicas en el banquete organizado en Senlis por la municipalidad y el Comité Republicano del distrito.

que pretendemos inaugurar y continuar obstinadamente una política de paz y de concordia entre todos los republicanos”.

Se escuchan aplausos, bravos y rumores en el fondo de la sala.

“Me dirijo a los ciudadanos que parecen sorprendidos por mis palabras; no sé muy bien por qué. Estamos entre amigos, entre colaboradores de una misma obra, entre hombres consagrados por igual y en igualdad de condiciones al éxito de una causa común y verdaderamente, me sorprende que de un punto cualquiera de la sala pueda surgir una protesta contra la sinceridad de las palabras que un representante de la República pronuncia desde esta mesa”.

Y luego de una aprobación general se escuchan gritos de “¡Viva la República!” Entonces prosigue: “Señores, la Francia republicana tiene el gran honor de contar con un glorioso pasado. Nuestro partido ha tenido que librar formidables batallas. Ha tenido gloriosos fracasos, pero cuenta también con victorias decisivas y en la actualidad debemos considerar, si actuamos de buena fe, que la República se ha consolidado indestructiblemente en nuestro país. Sí, señores, ahí están los resultados para demostrarlo.

”En el interior se han logrado dos grandes victorias. ¿Sobre qué principios superiores se funda en la actualidad en nuestro país el poder parlamentario y gubernamental? Sobre los principios de la soberanía nacional, del sufragio universal, que incluso los más audaces ya no se atreven a cuestionar. ¡Pero eso no es todo! Junto al sufragio universal, la República ha instituido para todos los ciudadanos, cualesquiera que sean, el derecho a la instrucción, a la ciencia. Un país que dispone de semejantes instrumentos, la soberanía nacional y la instrucción universal, está preparado por entero para las emancipaciones definitivas”.

Y luego de hablar de los malentendidos propagados acerca de la nueva ley militar, a los cuales el presidente del comité de Senlis acaba aludir, Heredia explica:

“El ejército que queremos constituir deberá comprender a todos los hombres, cualesquiera que sean a la carrera que se destinen... Esperamos que triunfe el gran principio inscrito en todos los programas republicanos consistente en el servicio obligatorio e igual para todos; tales son las bases que, a partir de ahora, serán indestructibles, de nuestra joven democracia francesa. Aquellos a quienes hoy llaman viejos republicanos libraron las batallas que ustedes conocen para preparar y consolidar el terreno... Pero ¿saben ustedes por qué su heroica obstinación fue coronada por el éxito? En aquellas lejanas horas en las que el partido republicano constituía una minoría, ya se comprendía la necesidad de seguir unidos. Se percibía la insoslayable necesidad de conservar una disciplina absoluta para lograr la victoria. Las profundas divisiones que hoy se constatan no existían entonces. Se cerraban filas ante el enemigo. Antes de actuar se consultaba. Nos creímos protegidos contra cualquier peligro. En cuanto a mí, pienso que tuvimos una excesiva confianza en nuestras fuerzas. No estábamos suficientemente

organizados. Es bueno que un partido que pretende reparar sus errores haga, en determinados momentos, una confesión pública.... Estallaron odios inexplicables, cóleras inconfesables. Moderados y progresistas, todos tienen su parte de responsabilidad en estas guerras intestinas. Las violencias fueron idénticas de parte y parte.

¿Saben ustedes a qué le tengo más temor, lo que todos debemos evitar? Es que este país, cansado de incesantes declaraciones, de teorías más o menos fútiles, de constantes promesas que casi nunca se realizan, se irrite o al menos se decepcione y que llegue a no darle nunca más crédito al régimen republicano. Un país de trabajo y de energía como el nuestro no vive de esperanzas ni de dogmas. Los dogmas, de donde quiera que provengan, han perdido a sus ojos todo prestigio. Tengo la convicción de que respondo a los deseos de todos ustedes, al declarar que pretendemos perseguir de manera obstinada la destrucción de los abusos y el estudio de las más serias mejoras. Permítanme, para concluir esta alocución, tal vez demasiado larga, que brinde por la concentración del partido republicano del departamento del Oise, por las reformas decisivas y la política de trabajo y de tolerancia mutuas”.

Una vez concluido el discurso, se dirige a Spüller para darle un abrazo. Es un hermano masón y un amigo, y hasta hacía muy poco había sido el fiel amigo de Gambetta. Lo llaman “el teólogo”, pues es acaso uno de los franceses que más sabe de teología, y Severiano lo admira especialmente por la franqueza que siempre ha manifestado al decirle, cuando lo ha juzgado necesario, las verdades a sus electores parisinos, sin temerles a las consecuencias para su carrera parlamentaria. En tanto que hermano, asume sus compromisos políticos sabiendo que no son muchos para lograr mantenerlos. Y, luego de la histórica alianza sellada entre la Unión de Derechas y los republicanos moderados, acontece un gran desconcierto en las filas del partido monárquico y le solicitan al conde de París que precise sus posiciones en una proclama que redacta en septiembre con el título de “Instrucciones al partido realista”. En ella explica que la restauración monárquica resulta la única capaz de restablecer el orden y la estabilidad política que Boulanger, junto a sus amigos radicales, ha perturbado. Y considera que esa restauración debe tener lugar de manera pacífica, mediante un pacto de unión entre el pueblo y el soberano, ya sea a través de una Asamblea Constituyente que solicite el voto popular. Invita a todos los franceses a una especie de plebiscito, describe el funcionamiento del futuro régimen con un poder ejecutivo reforzado y libre de todo control parlamentario. Se refiere, en cierta medida, a un régimen autoritario de tipo bonapartista. Pero los medios comerciales orleanistas no aceptan esa ruptura con la monarquía parlamentaria, la esencia misma de la Monarquía de Julio. Afortunadamente, ese programa no se realizará nunca. Boulanger, quien todavía ayer alarmaba con sus planteamientos guerreristas al estado mayor monárquico, trata de volver a ser su aliado, pues sigue creyendo ser el último recurso

de los conservadores y el único individuo verdaderamente popular, capaz de derrocar el régimen republicano.

Y entonces, determinados acontecimientos catastróficos que tal vez el general no había previsto, van a servir fortuitamente a su causa. El otoño comienza mal: circulan rumores acerca de un grave escándalo que afecta a Daniel Wilson, el antiguo subsecretario de Estado para las Finanzas y relator general de la Comisión de Finanzas ante la Cámara y que, para colmo de desdichas, es yerno del presidente de la República. Al parecer, ese personaje estaba implicado, junto con el general Caffarel, agregado del Ministerio de la Guerra, en cierto tráfico de condecoraciones. Como es lógico, es detenido de inmediato y se le elimina de la lista de cuadros, pero los diputados no se sienten satisfechos, por lo que exigen en el transcurso de la siguiente sesión una solicitud de autorización para realizar una investigación con relación al señor Wilson, “acusado de complicidad en la sustracción fraudulenta de documentos, de desvío, supresión o destrucción de títulos o actas...”.

El caso se hace público y entre las personalidades implicadas, se menciona al mismo general Boulanger, quien protesta con tal insolencia ante el ministro de la Guerra, que le aplican una detención rigurosa por 30 días, pero luego no se le vuelve a implicar. La prensa y la opinión pública están consternadas. Se nombra una comisión investigadora. Para Severiano no resulta una sorpresa, pues en 1884 ya había denunciado el citado tráfico en un proyecto de ley. ¡Además, el mismo Rouvier reivindica la posibilidad de que los diputados puedan tener negocios! Tal vez... Pero de ahí a vender condecoraciones hay un abismo, que Heredia, su ministro, no quiere franquear. Y cuando el primer ministro lo apostrofa en la Asamblea, responde: “¡Pues bien! ¿Qué dicen ustedes que ellos venden? Para alimentar a la prensa, para llenar las urnas electorales hay que dar algo: la nobleza por aquí, la cruz de honor por allá...”. No hay que sorprenderse, si luego Rochefort, el ex comunero, el revolucionario, el izquierdista, estima que la Asamblea es una podredumbre. Todos esos conflictos alimentan la oposición y crean un clima malsano, haciendo que se tornen sospechosos no sólo el oficio de parlamentario, sino también el poder político e, incluso, a veces los mismos ministros. Y los vendedores de periódicos se divierten de lo lindo al pregonar la noticia por todas las grandes avenidas de París, repitiendo con tono irónico el estribillo de una célebre canción: “¡Ah, que desgracia es tener un yerno!”

¿Pero quién es este señor Wilson y qué ocurrió? Por supuesto, no es un cualquiera, sino el yerno de Grévy. Hijo del fundador de los establecimientos del Creusot y miembro de la gran burguesía industrial; también un diputado sarcástico y tenebroso que se dio a conocer por haber intrigado junto a los moderados en contra de Gambetta y luego, junto a los radicales, contra Ferry. Es ambicioso y, según dicen, reside en el palacio del Eliseo, así como que ejerce una desastrosa influencia sobre su suegro. No es la primera vez que subvenciona los periódicos provincianos y las imprentas, de las cuales es

además propietario, pero ahora se ha sabido que, en varias ocasiones, ha utilizado su influencia para que se les otorguen diferentes distinciones de la Legión de Honor a algunos amigos generosos. Al parecer, logró, incluso, que cierto señor Legrand, mediante determinada suma, recibiera la cruz de la Legión de Honor y que les prometió distinciones honoríficas a muchas otras personas. El escándalo resulta demasiado grande. Por último corrió la voz de que había rectificado en los registros del *Moniteur de L'Exposition de 1889* la cifra que había abonado por concepto de publicidad.

Entonces, el presidente Grévy, de quien se sospecha que ha querido silenciar el asunto, es culpabilizado y la Cámara decreta al unísono que se le retire la inmunidad parlamentaria. Se solicita su salida muy suavemente y después se le conmina a renunciar; resiste por algún tiempo, alegando que su deber es permanecer en el palacio del Eliseo. Entre los radicales y los moderados no encuentra a nadie que quiera formar con él un nuevo ministerio, pero insiste y todos aguardan. Corre el rumor de que Boulanger podría regresar al Ministerio de la Guerra. Numerosos encuentros se producen entre el general y Rochefort, Déroulède y Naquet, boulangéristas todos. A fines de noviembre, Boulanger se juega su última carta, tratando de utilizar por última vez al famoso conde, Arthur Dillon, hijo de un general que murió a manos de sus soldados cuando la Revolución, para que a su vez trate de convencer al conde de París de lo acertado de su causa. “Soy realista —le dice—, quiero servir vuestra causa... Quiero que Boulanger también se ponga al servicio de esta causa. Quiero que se convierta en instrumento del restablecimiento de la monarquía”. Grévy se atemoriza entonces y les dice a sus partidarios que “nadie quiere servirlo, sino servirse de él”, utilizando el nombre del general como contrapartida. La efervescencia ha llegado al colmo. ¿Cómo va a resolverse la crisis? Los candidatos a la presidencia son numerosos. Las manifestaciones contra la posible elección de Jules Ferry a la presidencia de la República salen mal y son reprimidas por las fuerzas armadas. Se espera la decisión del presidente de la República y se aplazan las sesiones del Senado y de la Cámara. El primer ministro Rouvier, indulgente por naturaleza ante todas las debilidades humanas, decide pedirle a la Asamblea un voto de confianza. Y la respuesta no se hace esperar: la derecha ya no quiere absolver las taras del régimen, por lo que se une a los radicales.

El 19 de noviembre, se desploma el ministerio por una votación de 327 a 228. El gobierno dimite, pero Jules Grévy, que no se siente implicado en el asunto, se niega a abandonar el palacio del Eliseo y luego de despedir a su yerno, reafirma su derecho a mantenerse en sus posiciones. “Soy inquebrantable, como una roca” dice, pero todos los políticos a quienes acude para constituir un nuevo ministerio, Freycinet, Goblet, Clemenceau, Brisson, se van negando uno tras otro. París está en plena ebullición. Los hombres de la Liga de los Patriotas se unen a los del Comité Central Revolucionario blanquista para abuchear tanto a Grévy como a Ferry.

El 2 de diciembre, los enardecidos diputados lanzan un ultimátum al presidente de la República que, ante la creciente agitación popular, no le queda más remedio que resignarse. Declara que está listo para partir, si ese es el deseo de los franceses. Y al día siguiente, con una carta muy digna, el viejo Jules Grévy envía su renuncia al Senado y a la Cámara. Floquet la leerá. El 4 de diciembre, Maurice Rouvier vuelve a plantear la decisión de su gobierno a Sadi Carnot, el nuevo presidente de la República, elegido por la Cámara de Diputados y el Senado, reunidos constitucionalmente como Asamblea Nacional. Severiano ya no dice una sola palabra. Su gobierno está manchado y ha sido puesto en entredicho; incluso, por el boulangismo, movimiento provocador que nunca ha dejado de combatir de manera apasionada y valiente, pues en ese momento se apoya esencialmente en la monarquía y recibe importantes subsidios de la duquesa de Uzès, una gran amiga del general. Por desgracia, las luchas intestinas de los republicanos, las fracciones y las divisiones, que suelen decepcionar a los electores, han resultado muy beneficiosas para el boulangismo, movimiento que poco a poco ha ido tomando grandes proporciones, tanto así que ya Severiano no puede sino constatar la amplitud de la derrota. No obstante, Heredia será el último en abandonar el gobierno; hasta el 11 de diciembre de 1887, cuando Sadi Carnot, el nuevo presidente, nombra a Pierre Tirard como presidente del Consejo de Ministros conserva la cartera de Obras Públicas, que tanto amaba y a la cual se había consagrado. Más tarde, aunque un poco amargado, confiará en los resultados de las próximas elecciones.

Es un inmenso desastre. Y entonces recuerda con infinita tristeza el brindis que hizo, tanto en su nombre como en el del gobierno hace apenas seis meses en medio de frenéticos bravos y ovaciones: “¡Señores, brindo por la República, por Francia!”

## 1885-1887

### El salón de José María de Heredia

De la calle de Berri, la familia se traslada pronto a un apartamento más amplio y confortable, situado cerca de los Campos Elíseos, en el N° 11 bis de la calle Balzac, una callejuela muy tranquila que se encuentra aún más cerca de la plaza de Étoile. José María se enamoró del lugar desde su primera visita: la gran elegancia de este apartamento, en un cuarto piso y con una vista magnífica, se debe sobre todo al inmenso comedor, especie de vestíbulo que se extiende en una amplia arcada de medio punto hasta la avenida de Friedland, y a la larga sucesión de salones que dan a una terraza con balaustres. Él lo evalúa, y de un vistazo se da cuenta de que es el lugar ideal para sus recepciones: es luminoso, hace esquina, es amplio, con aire señorial y el techo muy alto, con decorados de estuco. Hay mucho espacio y uno se siente a gusto, tal parece que las habitaciones se crearon para celebrar recepciones oficiales, con sus chimeneas de mármol y sus pisos encerados. Era justamente lo que le faltaba para afirmar su fama en la sociedad parisina y lograr la consagración de su carrera. Por eso adora contar a sus amigos, al mismo tiempo que les hace los honores de su nueva vivienda, su entrevista con el propietario el primer día que visitó el apartamento en cuestión.

—Pues entonces —nos cuenta—, fui a verlo y le dije:

—Señor, su apartamento vale 7 000 francos, sin dudas. Sólo que yo no puedo ofrecerle más que 5 000. Dígame si eso le conviene.

—Y ese señor, tan honesto, pueden creerme, no dudó un segundo en bajarme el precio, al reconocer mis méritos y fama; luego me besó la mano, muy honrado de poder alojar al gran poeta Heredia.

Y el contar esto siempre le causaba risa. “Y yo que no tengo un céntimo”, decía con aire socarrón. Esa era una de sus bromas favoritas y la repetía con frecuencia.

Poco le preocupa, por demás, si tendrá dinero suficiente para decorarlo y amueblarlo. Ya ha pensado en todo: los cuadros y muebles antiguos forman parte de la decoración; las colgaduras y tapices que cubren las paredes y los sofás están raídos y ajados, como todos sus ancestros. Pero, después de todo, son testigos del tiempo, ¿no? ¡Sólo algunas lámparas de cristal de Venecia

hablan de épocas más prósperas! Al menos de esta forma es como José María pretende vivir en su nuevo apartamento, que no se parece mucho a un castillo, pero que tampoco tiene nada que ver con la casa de un nuevo rico. Él es lo que es: hijo y nieto de antiguos conquistadores. Y está orgulloso de su linaje, que según se cree, se remonta a 1533, fecha en la cual su abuelo, don Pedro de Heredia, fundó la villa de Cartagena de Indias en la costa norte de América del Sur, y se convirtió en su gobernador. Y aunque estos datos históricos eran, en su gran mayoría, falsos, José María vivía orgulloso de su sangre azul, de su nobleza de origen español, y se preparaba para recibir en su salón a lo mejor del mundo literario, a la crema y nata de la sociedad parisina: hombres de mundo, artistas, académicos, diplomáticos... y a todos aquellos que de una forma u otra soñaban con alcanzar la fama.

En ese salón se encontraron futuros académicos, futuros presidentes, futuros ministros, con excepción, de su primo Severiano. Como señaló muy justamente un amigo común, Léon Barracand, en sus *Souvenirs littéraires*, aunque, en esa época, Severiano se desempeñaba como ministro de Obras Públicas, nunca tuvo el honor de ser invitado a la casa del gran poeta parnasiano. En efecto, nunca se le vio en casa de José María, ni en esta época ni un poco después, durante las cenas ofrecidas por el matrimonio de sus hijas. En cambio, a los blancos, el verdadero Heredia les daba una increíble bienvenida, los acogía de forma muy natural, con afecto, intimaba con ellos de inmediato. Era muy servicial y abnegado; por esto, enseguida se le cogía cariño. Y así vinieron, poco a poco, todos aquellos que estaban seguros de hallar en esas reuniones a la persona que podía ofrecerles ayuda y apoyo; o sea, al anfitrión en persona.

Pero antes de convertir el apartamento de la calle Balzac en uno de los salones más frecuentados de París, José María entrega al *Journal des Débats*, desde el mes de enero, un cuento andaluz traducido libremente de los *Cuentos populares* de Fernán Caballero. Durante la primavera publica su tríptico “Perseo y Andrómeda” en la *Revue des Deux Mondes*, la más conocida y antigua revista literaria, que dirige en la actualidad el hijo del muy famoso François Buloz, y que sigue considerándose como la antesala de la Academia Francesa. Este poema se incluye en “Grecia y Sicilia”, primera parte de *Los Trofeos* que prepara desde hace tiempo. Con una precisión de orfebre, cincela amorosamente cada soneto, que narra la historia de las civilizaciones desaparecidas. Luego vendrán “Roma y los bárbaros”, “La Edad Media y el Renacimiento”, “Oriente y los trópicos”, “Naturaleza y sueño” y “La conquista española”. El ciclo de la serie *Perseo y Andrómeda* está compuesto por tres sonetos: “Andrómeda y el monstruo”, “Perseo y Andrómeda” y “El rapto de Andrómeda”. Es la historia de la hija del rey de Etiopía, Cepeo, a quien Neptuno castigó por haberle disputado a las Nereidas, ninfas marinas, un premio de belleza. La virgen, aún viva, con los cabellos al aire, atada a una roca, está a punto de ser devorada por un monstruo marino, cuando Perseo, montando sobre Pegaso, el gran caballo alado nacido de la sangre



de Medusa, mata al monstruo, libera a Andrómeda, la virgen de cabellos dorados, y se la lleva por los aires en medio de aquella noche terrible y estrellada, para desposarla.

*Siguen.*

*(...)*

*Cual velas infla el viento, luminosas y bellas*

*Las alas que, volando de estrellas en estrellas,*

*Son la cuna en que, unidos, se abrigan los amantes.*

Si Heredia prefiriera esta estructura en series, es porque piensa que los sonetos, cortos y concisos, convienen mejor a esas historias, poemas o pinturas de la mitología griega que ilustran los diversos episodios de la vida y las hazañas de un héroe; además, piensa que sólo de forma global puede captarse el sentido mítico de la historia. Estos sonetos se inscriben en la más pura tradición de los parnasianos, quienes desde los años 1860 persiguen el mismo sueño helénico bajo la influencia de Louis Ménard. Él transmitió a todos los poetas de su grupo “la comprensión general, el amor y la añoranza por esta divina civilización sepultada bajo las ruinas de los templos”. Sin embargo, Heredia había desarrollado desde muy temprano esta pasión por la Antigüedad, no sólo gracias a las enseñanzas de los jesuitas del Colegio de Senlis, sino también gracias a sus conocimientos y a su sólida formación en las lenguas latina y griega, cosa que la crítica le reconoció desde sus inicios en el mundo de la literatura. Y cuando se publican, aquí y allá, los primeros trípticos que componen la selección de *Los Trofeos*, le llega a José María, el 22 de mayo de 1885, la noticia de la muerte de Víctor Hugo, tan criticado por los parnasianos por haber seguido y amado tanto el romanticismo, pero que, no obstante, siempre fue para ellos ese monstruo sagrado, ese monumento de la literatura. ¿Acaso no dejó, como homenaje a los poetas del mundo entero, más de 3 000 páginas para hacer soñar, durante mucho tiempo aún a las generaciones futuras? Por eso, dos días más tarde, nadie se sorprendió por sus exequias nacionales, ni siquiera sus enemigos. José María no asistió, pero nadie notó su ausencia, pues la multitud de admiradores era inmensa. Todo el pueblo de París, que siempre había apoyado y defendido sus ideas, estaba allí; la emoción y el respeto fueron unánimes para rendir homenaje a ese testigo del siglo, a ese narrador inspirado que habló no sólo de su época, sino también de la historia en general.

En cuanto llega el buen tiempo, José María se prepara para irse a Bretaña o a Normandía, donde siempre alquila una villa diferente. Este año lo encontramos en Veules, a menos de una hora de Saint Valéry, estación balnearia de moda que frecuenta una clientela más mundana. “En este momento hace un tiempo espléndido, excelente para bañarse en el mar” —escribe a su amigo Alfred Morel-Fatio— y lo convida a ir a compartir con él

no sólo “la comida sino también la casa, pues no creo que mi suegra venga (...) Por otro lado, no he hecho nada desde que llegué, el aire fresco me entontece y me duerme. Lo que no es del todo desagradable —le confiesa, y añade— que su amigo el doctor Samuel Pozzi, ginecólogo de su familia y amigo de Leconte de Lisle, le presentó a un tal Albert Dastre, graduado de la Escuela Normal Superior, catedrático en Ciencias Naturales y Doctor en Medicina, quien le causó muy buena impresión. Es muy inteligente y amable, y para colmo, suplente de Paul Bert. ¿Lo conoce?”, le pregunta condescendiente, pues como nunca se ha interesado en la política, José María sólo tiene una vaga idea de todos esos hombres que dirigen la nación, iy aún más cuando este parlamentario es un gran amigo de su primo Severiano!

Y a través de su correspondencia veraniega, en la cual predomina el interés anecdótico, habla de todo y de nada, del nuevo nombre de su Villa Bellevue, rebautizada pomposamente como *Château Rouge*, de su esposa y de sus hijas; en fin, de todo un poco. Pero, en ocasiones, introduce algunas críticas sobre las muestras de los volúmenes que recibe, y con un tono autoritario que pretende ser profesional, se permite dar consejos a sus colaboradores, ya sea para dar su versión personal de una traducción o con más exactitud de una frase en la cual duda su amigo Morel-Fatio, ya sea para anunciarle que enviará pronto a su editor la reproducción de la foto del manuscrito guatemalteco que le parece “muy buena” y que debe salir en su último volumen de la traducción de Bernal Díaz, que está a punto de terminar. Así pasan los días y no se dice nada que ya no se sepa. Charlas insignificantes en las cuales lo vemos compartir su tiempo entre su familia y los eventos mundanos, y en las cuales en ocasiones critica a sus conocidos. A veces llega a ser irónico: “Dastre está absolutamente afónico, lo que tiene muy afligido a este maestro parlanchín; se va de paseo en auto para tratar de olvidar su hastío o su silencio, si Usted quiere, y regresa con la voz cada vez más apagada. Ya no hay más partidas de ajedrez, ni más baños de mar con las ninfas; su partida ha dejado a Veules en el marasmo...”. En ocasiones es hasta adulator, cuando evoca los halagos que ha escuchado sobre su amigo y se apresura a contárselos: “Después de su partida no cesan las alabanzas. En la playa sólo se menciona su nombre: el muchacho encantador, el rubio bello, distinguido, extraordinario, simpático, etc. Le di su mensaje a la dulce niña de sus sueños, y no bromeo, enrojeció hasta la raíz de los cabellos, y sus vellos se erizaron en un escalofrío voluptuoso. Estoy seguro de que lo ama”.

En resumen, a dondequiera que va está rodeado de personas. Este verano recibe a su cuñado Despaigne, al marido de su hermanastra Elisa, Jules Dutocq, plantador de café, y a su viejo amigo Becq de Fouquières,<sup>39</sup>

---

<sup>39</sup> Dos años después, cuando se murió su viejo amigo, Becq de Fouquières, Heredia escribirá una nota necrológica publicada el 5 de noviembre de 1887 en el *Journal des Débats*.

a cuya casa se autoinvita a menudo para descansar en la bella mansión estilo Luis XIII, el castillo de Bourdonné situado a algunas leguas de París. Luego, llegan la temporada de caza y el fin de las vacaciones, y los parisinos regresan a la capital. Todos abandonan la playa, sólo queda “un grupo de jóvenes y mujeres de mundo que van a divertirse por las noches al hotel Boudeune con esas ‘princesas de medio pelo’. Hicimos un gran picnic en el bosque Etennemare, con mucho vino de champaña y también con mucha agua de lluvia, por desgracia. No le digo adiós, sino hasta pronto”.

Su vida sigue transcurriendo de esta forma feliz y despreocupada hasta finales de septiembre, cuando regresa a su cuartel general en París. Pero, apenas llega y ya se prepara a partir de nuevo, esta vez para España, en compañía de su cuñado Léonce Despaigne. En el *Journal des Débats* del 4, 10 y 26 de enero aparecen publicadas tres de sus cartas no firmadas bajo el título *Cartas de España*: “Noche de Navidad”, “Una visita a los cuarteles” y “Misa militar en Carabanchel”; más tarde seguirán otras sobre temas de la actualidad política española, en ocasiones escritas en colaboración con su cuñado. En esa época le envía a Morel-Fatio sus felicitaciones por el artículo que acaba de leer en *Le Temps* del 9 de enero, acerca de ese gran hombre político español, Emilio Castelar y Ripoll. “También escribí un pequeño artículo sobre Castelar —le cuenta— y hay que admitir que ambos estamos en lo cierto, pues mi artículo es un resumen del suyo. Me encuentro sumergido en el muy notable prólogo del Lazarillo. Estas dichosas cartas me agobian, y una vez que las termine, renunciaré. No nací para ser periodista”. Mas, nunca se harta de su existencia burguesa y de su vida en familia, de sus ceremonias tradicionales, repetitivas e incesantes, y continúa comiendo el pastel de Reyes, saliendo, llevando un ritmo insensato de bailes y cenas, y quejándose a su amigo Morel de que no lo ve con tanta frecuencia como quisiera. “Estoy resuelto, a partir de la semana próxima, a dejarlo todo, pues ya no puedo más... el jueves próximo es la Primera Comunión de la pequeña Marie y no puedo comprometerlo a venir, pero trate de encontrar otro día, querido amigo, pues su ausencia me pesa en verdad y todos estaríamos muy felices de verlo”.

Así transcurre la primavera, y ahora ha tomado la costumbre de reunir en su apartamento parisino a los jóvenes poetas parnasianos y simbolistas todos los sábados a partir de las 3 de la tarde. Le encanta recibir y adora declamar sus versos alejandrinos que se adaptan a todas las cadencias, sin que por ello se rompa su ritmo sostenido y persistente; enseña a los jóvenes todos sus recursos inagotables, pues siempre está a la caza de nuevos talentos literarios; sobre todo, en las obras líricas. Pero el placer más grande de José María es descubrir los méritos de los jóvenes poetas y animarlos a saber a qué pueden aspirar. Prodigia entonces sus consejos y en sus observaciones señala, con delicada cortesía, las reflexiones pertinentes. Sus elogios nunca los brinda al azar, tienen al menos el mérito de estar bien fundados. En resumen, hay que reconocer que sus lecciones, aunque pudiesen parecer

irritantes a quienes no forman parte de su cenáculo, son de una gran sabiduría y demuestran su gran dominio del tema. Rápidamente comienzan a frecuentar esos sábados literarios no sólo aprendices de escritor, sino también magistrados cultos, tanto franceses como extranjeros. La atracción y el poder de seducción que ejerce infatigablemente en los hombres de su generación y en los recién llegados al mundo del arte y la poesía, son ya indiscutibles. Nadie sabría decir si esas dotes se deben a su espíritu abierto, a su saber lúcido, a su extrema sensibilidad, a su bondad legendaria, a su candor generoso o a su físico que aún es muy bello, a pesar de la barba y los cabellos que ya se vuelven grises. Quizá sea el conjunto, sin necesidad de ir más lejos.

Sin embargo, todo ese mundo parisino trata de agradar a esta pareja exótica y con clase, y alrededor de la bella señora de Heredia se reúnen ya algunos jóvenes, que no se sienten atraídos por la conversación insignificante de la madre, sino por el encanto bien real de sus tres hijas, que tienen respectivamente 16, 12 y 9 años. A la izquierda de la entrada, lindando con todos esos salones uno a continuación del otro, el dueño de la casa tiene su oficina. Es ahí donde a José María le gusta recibir a sus amigos, y la habitación siempre está llena. Y allí, sentado, mientras conversa, le gusta sostener un habano entre sus dedos, o si no sacudir incansablemente en su mano una pequeña pipa de barro provista de una larga caña, que rellena y enciende sin cesar. Es una especie de ritual de este gran burgués, y sobre la chimenea de mármol gris, donde arden algunos troncos desde que empieza el invierno, hay dos o tres cajas abiertas de magníficos tabacos cubanos que ofrece a sus visitantes como si fuese lo más natural del mundo. Porque todos los que pasan por la oficina del señor vienen buscando ayuda, y a veces, apoyo.

Los primeros en frecuentar asiduamente los sábados la calle Balzac son, por supuesto, los más reconocidos de los parnasianos: Sully Prudhomme, Leconte de Lisle y Léon Diérix. Luego surgen, rápido “como el vuelo del halcón”, Hanotaux, Marcel Prévost, Melchior de Vogüé, Maurice Barrès, Robert de Montesquiou, y algunos jóvenes, como Pierre Louÿs, Henri de Régnier y Maurice Maindron, quienes se convertirán, algunos años más tarde, en los yernos de Heredia. Pero lo que logra, sobre todo, el éxito de este salón, es la afabilidad admirable con que recibe el dueño de la casa. Sin embargo, no se invita a cualquiera. Todos los recién llegados deben traer referencias, y la primera vez tienen que mostrar su tarjeta para penetrar en este cenáculo tan codiciado, al menos hasta que lleguen a formar parte de los íntimos. Si a José María no se le olvida nunca, como dicen los rumores, él tampoco olvida a nadie. Para cada persona que llega tiene una palabra amable que lo realza, lo da a conocer de pies a cabeza, y después recorre con su anfitrión el auditorio presente, habiendo tenido antes el cuidado de decirle al oído los nombres y títulos de los personajes más influyentes. Gracias a la diversidad de los invitados, la conversación toma un colorido

y una animación singulares; se conversa de todo, tanto de las noticias del día, como de las novedades literarias; el tono no es grave, sino vivo y ligero, agradable y alegre. Porque José María no tolera que nadie evoque un drama o un hecho triste en su casa. Allí hay que soñar, divertirse, hacer piruetas, y bajo una apariencia de bienestar, frívola y mundana, se cultiva ese arte de vivir, donde todo lo pobre y mediocre deber ser sistemáticamente rechazado. Ese es el precio de la paz y la armonía. Por tanto, resulta evidente que su pasado criollo debe permanecer oculto, y que nada ni nadie debe nunca recordárselo. Siempre en movimiento, de pie, pues no hay suficientes asientos para todos, se desplaza con soltura de un grupo a otro, iniciando aquí un tema, continuando allá otro, manteniendo en todas partes la llama del debate.

No obstante, sin intención de ofenderlo, siempre había entre sus admiradores algunos hombres de letras, a quienes, desempolvando sus recuerdos, les divertía de paso hablar mal de José María. Por ejemplo, Léon Barracand, amigo de Anatole France y crítico literario, que lo conocía bien, se divertía contando una anécdota que circulaba en los salones sobre el poeta por aquella época.

“Imagínense que un día en casa de Leconte de Lisle, quien reunía a menudo a sus amigos en su casa del boulevard des Invalides, José María vio, conversando en medio del salón y haciéndose notar —con el simpático contraste entre el blanco de sus ojos, su tinte de ébano y aquel pedazo de tela roja que tenía por lengua— al joven y muy correcto doctor Louis-Joseph Janvier, quien, además, era muy alegre, brillante y no dudaba en reivindicar con gran pasión sus raíces haitianas y sus antepasados amerindios por línea paterna.

”De inmediato, Heredia se inclinó y me dijo al oído, con un tono que aún puedo escuchar: ‘¡Es la primera vez que veo un negro de traje en un salón, sin una bandeja en la mano!’ Este comentario me dejó desconcertado, aún más cuando el decirlo no hablaba nada bien de su persona. Pues el personaje en cuestión era una personalidad reconocida, quien, luego de haber realizado estudios de medicina y de ciencias políticas en la capital, se había convertido en miembro de la Sociedad de Antropología de París. Además, había escrito numerosas obras sobre ‘la República de Haití’, ‘la igualdad de las razas’, ‘los antinacionales’, entre otros, y se había hecho notar en la prensa por su vibrante homenaje en memoria del historiador Michelet en ocasión de la inauguración de su tumba en 1882. Por otra parte, era uno de los habituales en el salón de ese gran poeta parnasiano.

”Creo que por eso, instintivamente, me vino a la memoria lo que se comentaba sobre él y su relación con su primo Severiano de Heredia, a quien ignoraba por completo y que yo había tenido la oportunidad de conocer mucho antes que a él. Y que por cierto, era un hombre encantador”.

Por desgracia, el poeta José María sentía horror, como todos los criollos, por los hombres de color; y, a pesar de su noble ascendencia, tenía,

como todo señor que se respete, algunas gotas de sangre mestiza. Por más méritos que se le reconociesen, no podía negarlo. Por ende, era todo un caballero cuando estaba entre los suyos y en su muy elitista círculo, y generalmente eso no se le tenía en cuenta.

Por esta época, cada vez con más frecuencia y acaso porque José María envejece, comienza a sumarse a sus antiguos amigos una nueva generación de poetas y hombres de letras, fascinados y deslumbrados por Marie, la segunda hija del poeta. Es sin discusión su preferida: la que más se le parece, la que escribe, la que inventa fantasías que su padre transforma en versos:

*No se podrá al través de un aire en tonos rosa  
Distinguir entre flor y nívea mariposa.*

Por su parte, Jules Lemaitre, cronista literario y crítico dramático, aquel para quien “los sonetos de Heredia poseen tanta sonoridad que la voz humana no es suficiente para declamarlos, sería necesario un cuerno de bronce sólo para ellos”, no duda tampoco en dedicarle un poema que titula: “Para la niña que escribía”. Y todo París se pregunta: ¿Sería posible crear, sólo por un instante, que se haya enamorado? ¡La muchachita aún no ha cumplido los diez años!

*Por juguetes, las niñitas  
Tienen bellas piedrecitas  
En la arena recogidas;  
Con palabras juega ella  
Más brillantes que una estrella  
En sus sueños reunidas.*

También Charles-Marie-René Leconte de Lisle, quien podría ser su abuelo, la llama afectuosamente su “ilustre colega”, pues la niña escribe desde los 8 años, y con su obra *Myosotis* acaba de hacer su entrada en el círculo de los autores jóvenes.

Por eso, toda la familia se alegra cuando, el 31 de marzo de 1887, Leconte de Lisle ingresa en la Academia Francesa y pronuncia su discurso de bienvenida: “Señores, al escogerme para suceder junto a ustedes al Poeta inmortal, cuyo genio honrará para siempre a Francia y al siglo XIX, ustedes me han hecho un honor tan grande como inesperado...”. Alejandro Dumas hijo hará el discurso de recepción.

Luego de diez años de espera, Leconte de Lisle es elegido por fin para ocupar el puesto número 14, sucediendo al ilustre Víctor Hugo. En efecto, cuando este poeta natural de Reunión se presentó a las elecciones de la Academia Francesa el 7 de junio de 1877, los miembros lo recibieron de forma glacial, y sólo obtuvo un voto a su favor: el de Víctor Hugo. Para agradecerse, el desdichado candidato le escribió una carta a su

“Querido e ilustre maestro:

”Al haberme honrado con sus tres votos en las últimas elecciones académicas, me ha recompensado usted con creces por toda una vida de trabajo dedicada únicamente al arte supremo del que usted es el más glorioso talento. Mi mayor ambición está satisfecha: usted votó por mí y, por tanto, me siento elegido. Reciba usted, querido maestro, toda mi gratitud y toda mi admiración”.

Y exactamente al día siguiente, Víctor Hugo le respondió:

“Mi eminente y querido colega:

”Voté por usted tres veces, y lo hubiese hecho diez veces. Prosiga con sus bellos trabajos y publique sus nobles obras que forman parte de la gloria de nuestros tiempos. Ante la presencia de hombres como usted, una Academia, y en particular la Academia Francesa, debería tener en cuenta que ustedes no la necesitan a ella, pero ella sí los necesita a ustedes.

”Un abrazo,

”*Víctor Hugo*”.<sup>40</sup>

Ese verano, José María vuelve a Bretaña, y cuando no visita a sus amigos, que lo invitan a quedarse en sus casas, arrienda una casa o una villa. Por tanto, piensa permanecer hasta septiembre en Douarnenez, ese pequeño puerto pesquero del Finistère, donde en otra época conoció a su gran amigo de juventud Emmanuel Lansyer, pintor paisajista que se había enamorado de la costa bretona, de sus cielos de tormenta, de sus peñascos impresionantes cuando está baja la marea, y de ese mar salvaje, de esos lugares casi desconocidos por los artistas hacia el año 1863. Ese paisaje severo y pintoresco había sido, para ambos, una inagotable fuente de inspiración. Tras haber permanecido allí algún tiempo en familia, decide invitar a su viejo amigo Melchior de Vogüé a que venga a visitarlo, y durante una de sus conversaciones, no puede evitar confesarle su estado depresivo; no obstante, no olvida felicitarlo por la publicación de su último libro *Novela rusa*, que ha tenido un gran éxito. Para José María no existe duda alguna. Este hombre de letras, demostrando una gran fe cristiana, se ha reconciliado simplemente con un tipo de literatura aún poco conocida, y, gracias a su idealismo y sobre todo a su antipositivismo, esta novela marca el inicio de una ruptura entre el pensamiento de una pequeña elite, a la cual, por otra parte, está muy orgulloso de pertenecer, y el pensamiento oficial.

“Me disgustaría en exceso —le escribe a Morel-Fatio— no poder hacerle los honores de esta bella región. Llega mañana de Pouliguen y quiere ver ‘el calvario de Sta. Anne de La Palud’ que tendrá lugar el sábado (...). Si el tiempo y el médico me lo permiten, quisiera aún tomar algunos baños de mar, pero una ligera recaída de la gota me ha hecho desistir. Mi esposa

---

<sup>40</sup> Víctor Hugo: *Ceuvres Complètes, Politique*, Annexe VII, pp. 1050-1051. En *Le Rappel* de 10 y 11 de junio de 1877.

me reprende y dice que es un castigo por haber comido tanto pescado y crustáceos...”. Luego le transmite los saludos de Louise y las niñas, a los que añade su más cordial “abrazo”.

Cuando regresa a París, ya el simbolismo ha hecho su entrada oficial en el mundo literario. El 18 de septiembre último, *Le Figaro* publicó un artículo de Jean Moréas, llamado “Manifiesto del simbolismo”, en el cual este reconoce tener tres maestros: Mallarmé, quien será la figura principal de este círculo literario; Verlaine, y Villiers de l’Isle Adam. “Este movimiento, escribe, tiene como meta expresar todo lo que hay de más sensible y de más secreto en el alma humana, pero insinuando más que describiendo; de cierta manera es todo lo contrario del estilo del Parnaso.

”Nuestro objetivo —continúa el autor del artículo, quien también es un poeta— es encontrar la inspiración en los mitos y leyendas, en el sueño y en la alegoría. Nos inspiramos en Baudelaire y sus *Correspondances*, pero también en el onirismo de Nerval y en la música de los poemas de Verlaine”.

En efecto, a partir de 1880, la crema y nata de toda una generación de poetas nacidos entre 1855 y 1871, empezó a reunirse todos los martes en la calle de Rome: Émile Verhaeren, Jean Moréas, Rémy de Gourmont, Gustave Kahn, Saint-Pol Roux, Henri de Régnier, Paul Valéry... En este período nacerá el verso libre, cuya paternidad, discutida por algunos, se le atribuye a Gustave Kahn. Para estos espíritus aventureros, el arte objetivo de Leconte de Lisle debe ceder su lugar a un lenguaje innovador y sugerente, que pretende explorar aún más las profundidades del ser humano. Esta corriente cultural, que se presenta como enemiga de la declamación, de la educación y de la falsa sensibilidad, preconiza el uso de palabras raras, de metáforas rebuscadas y de versos impares, lo que permitiría renovar el lenguaje poético.

José María está consciente de que la estética parnasiana debe ceder el lugar a los simbolistas, a Baudelaire, Mallarmé, Verlaine, esos poetas de lo indecible, para quienes la poesía es un “Viaje en busca de su alma”. Llamados poetas peregrinos o poetas vagabundos, su vida bohemia no tiene nada que ver con la de sus mayores, que son estetas, hombres maduros, fieles a los ideales que alcanzaron en su juventud, y que pertenecen en su mayoría a familias nobles o conservadoras. Acaso, José María no tenga nada que envidiarles, o al menos eso hace creer a quienes lo rodean, pues su vida parisina está bien ocupada con visitas, invitaciones, recepciones y toda clase de eventos mundanos, como para que desee cambiarla. Trabaja poco, pero retoma sin cesar sus poemas, añade, corrige, perfecciona, hasta que cada verso, cada imagen, cada sonido, sea perfecto. Y los declama en alta voz en su casa, en los salones, en los diferentes círculos, ante un auditorio compuesto en su mayoría por poetas, insignes periodistas y mujeres de mundo. Lo felicitan, lo aman, lo adulan: lo único que desea es continuar escribiendo.

Sus sonetos se publican aquí y allá, en todos los diarios, libros y revistas de Francia: *Paris-Noël*, *Le Meuble en France au xvi<sup>e</sup> siècle*, *La Vie*



*moderne, La Revue des lettres et des Arts, La Revue indépendante, La Revue félibréenne, La Revue des Deux Mondes;* pero en ocasiones los reúne y esos versos escogidos encuentran su lugar natural en el tomo III de la *Antología de poetas franceses del siglo XIX*. Su secreto, confiesa, es mantenerse el mayor tiempo posible, y lograr publicar aquí y allá sus sonetos, y hacer que a todos les resulten familiares, para que los poetas jóvenes los reciten y los den a conocer a su vez. De esta forma, su aura irá creciendo por días.

Su divisa siempre ha sido “Vivir para escribir”, y espera de todo corazón, que nunca sucederá lo contrario. Sin embargo, hace ya algunos años, ha comenzado a jugar al póquer y al bacará. Todos lo saben, pero un día, luego de haber perdido una suma considerable, se ve obligado a anunciar a su familia que su situación financiera es catastrófica. Al borde de la ruina, deberá quizás hipotecar algunos de sus bienes, hasta su apartamento, para pagar una parte de su deuda. Sus rentas no bastarán para vivir sin ningún tipo de carencia, como él había pensado. No le queda casi nada de la gloria y la fortuna de sus ancestros, sólo esa arrogancia y ese desprecio, salpicado de celos, hacia los negros, que perdurará hasta el final de sus días. Ironías del destino: esos mismos sentimientos serán compartidos por aquel que, por una suerte desgraciada, pertenecía a la misma familia de esa raza vilipendiada de la cual José María siempre trató de diferenciarse. Pues Severiano, como él, no tenía ni el tiempo ni los deseos de conocerlo. Por eso, durante toda su vida, en lugar de sentir odio o rencor hacia el poeta, le profesó una indiferencia total.

Aquella noche, al regresar a su apartamento espacioso y señorial, José María prefiere retirarse a su habitación, justo al lado de la pieza que le sirve de oficina. La casa le parece más vacía que nunca, demasiado solemne y fría, un tanto convencional con sus suelos encerados, sus asientos raros, sus techos altos decorados con molduras de estuco y esos salones uno a continuación del otro, concebidos especialmente para celebrar fiestas. Esta noche sólo hay fantasmas que vagan y un pesado silencio lo cubre todo, hasta las risas de las niñas. Tal vez por eso, escoge sin dudar su habitación para hacer una confesión un tanto peculiar. Está visiblemente nervioso, y absorbe su pipa, pero no logra encenderla. Luego de haber abierto y vuelto a cerrar la ventana, se sienta en el gran lecho de caoba maciza, de fabricación artesanal, el único recuerdo que pudo traer de Cuba y al que tiene gran cariño, sólo porque su padre plantó el árbol que sirvió para fabricarlo. Y delante de la familia reunida anuncia brutalmente que ha vuelto a jugar y que lo ha perdido casi todo, y que su error es tan grande que nunca podrá repararlo. La consternación general precede a un largo y embarazoso silencio, pero para evitar convertir la situación en un drama, todos evitan hablar. En casa de los Heredia debe triunfar siempre el optimismo, pase lo que pase, y por eso, al día siguiente se realiza una espléndida cena bañada en champaña, para celebrar la noticia. Y pronto todo se olvida y la vida sigue su curso, tranquila y agradable, porque para él no existe otra forma de vivir.

Se dedica con pasión a perfeccionar su obra, sus *Trofeos*, y a este trabajo de orfebre que comenzó desde los 20 años, se dedica minuciosamente y con toda la perseverancia que necesitará para lograr este esfuerzo artístico de larga duración, que no tiene precedentes en la poesía.

Finalmente en el año 1887 aparece su cuarto y último volumen de *La verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, cuya traducción acaba de terminar. Y como le aconseja su amigo Leconte de Lisle, continúa incansablemente agrupando por temas sus “versos dispersos”, que tratan tanto la mitología como la historia. En total, podrían alcanzar los 300 sonetos, dice con orgullo, y todos sus admiradores se ufanan de conocerlos, ya sea porque los han leído en los diarios o revistas, ya sea porque los han escuchado por todas partes, declamados en alta voz en todos los salones de moda.

**1888-1893**

## **Después de cosechar la gloria, el combate prosigue**

En realidad, nada ha cambiado desde que Severiano ya no es ministro; con toda naturalidad vuelve a tomar el camino de la Asamblea. Como diputado, ahora, le corresponde presentar las propuestas de ley; la última de ellas, la hizo el 23 de febrero de 1888 en su propio nombre y en el de varios colegas suyos. Tenía por objetivo autorizar la construcción de un Museo de la Revolución francesa en los terrenos del palacio de las Tullerías, “refugio de reyes” que había sido pasto de las llamas el 23 de mayo de 1871, con el fin de conmemorar el año próximo el centenario de ese acontecimiento histórico. Luego solicita la instalación de columnas conmemorativas por el centenario de 1789 en todas las comunas de Francia y la concesión al Ministerio de Instrucción Pública y de Bellas Artes, para el año 1888, de un crédito de 6 millones de francos para rehabilitar las ruinas del palacio, que para todos los hombres imbuidos de ideales revolucionarios, constituían un viejo sueño de juventud, de ilusiones perdidas y de promesas futuras.

Un mes más tarde presenta un nuevo proyecto de ley relativa al control de la Caja Nacional de Ahorros; esta vez hace la proposición él solo, pero conoce muy bien el asunto por haber sido miembro por mucho tiempo de la Comisión de Presupuesto. Se siente a sus anchas en la sala de audiencias, si bien no es frecuente que un negro tome la palabra para hablar en la tribuna de la Asamblea Nacional. Todas las miradas convergen en su dirección y, ahora, mucho menos que nunca puede permitirse el más mínimo error. Y sonrío cuando por una fracción de segundo piensa en su primo José María, de quien últimamente se habla mucho en todos los salones parisinos, pero que por nada del mundo habría aceptado estar en su lugar, ni tan siquiera en ese sitio simbólico. La razón resulta muy simple: ese tartamudeo del que nunca ha logrado librarse, pero que oculta sabiamente detrás de una increíble autosuficiencia. Por ello, Severiano, *el Pardo*, experimenta de repente una singular fuerza, cuando pronuncia estas palabras que dice con una claridad y un evidente placer cuando, con su potente voz, todo el hemiciclo lo escucha decir por última vez: “Señores, tengo el honor de someter a su aprobación este proyecto de ley que presento en nombre del señor presidente, Sadi Carnot...”.

Mas, no son tanto esos recuerdos personales y familiares lo que más le preocupan, sino la incesante lucha que debe llevar a cabo contra su mayor enemigo, el general Boulanger, una presencia constante en la escena política y que espera impacientemente su hora. La renuncia del presidente Jules Grévy y la crisis política que de inmediato se originó, serán el precipicio por el cual caerá junto a sus amigos. El general pone a prueba su popularidad, concurriendo a siete elecciones parciales, ilegalmente, pues es un militar en activo. Después, declarando paralelamente que se mantiene ajeno a todo lo que ocurre en esas elecciones legislativas, obtiene un éxito que enseguida se transforma en provocación política. Un diputado radical le pide que “hable de otra forma, que utilice un lenguaje más republicano” y los amigos de Clemenceau comienzan a movilizarse, temerosos de su audacia y el apoyo financiero y político que nadie ignora. Y ante el peligro que representa licencian al general, aduciendo graves faltas de disciplina. El 20 de marzo responde al nuevo ministro de la Guerra, proclama su inocencia y rechaza todas las acusaciones. “Se afirma —dice— que he traicionado la fe en la causa de la República y en la de mis amigos republicanos. Ustedes me conocen suficientemente como para saber que nunca, por ninguna causa, y en ningún momento establecería alianza alguna con los enemigos de la República”.

En esto se observa toda la ambigüedad de este hombre y de su actuación, pues al mismo tiempo que se declaraba republicano, nunca dejó de aliarse secretamente a los monárquicos. Para él, lo primero era el problema del subsidio, dado que el dinero siempre constituyó el factor decisivo en la guerra, pero el conde de París, jefe de los orleanistas y único pretendiente al trono desde la muerte del conde de Chambord, sabe bien que la popularidad de Boulanger es grande y constituye el último recurso de los conservadores, el ariete ideal para destruir el régimen republicano. Ya todos saben que, a inicios de año, el conde de París sostuvo un encuentro con Bismarck y que resulta evidente que Alemania prefiere que en Francia haya una monarquía cristiana y no una república socialista. Así, hasta ese día, los dos han sopesado las ventajas y han tratado defender sus objetivos con esa alianza. Pues la demagogia de Boulanger no conoce límites. Después de reunir a todos los descontentos, causando todos los escándalos financieros que estallaron en el transcurso de los últimos años y que han empobrecido aún más a muchas personas de ingresos modestos, acaba logrando que lo financien los monárquicos. Todo lo que consolidaba su popularidad le venía bien. Así, para afianzar sus posiciones en los medios de la extrema izquierda, entre los obreros y los socialistas parisinos, no vacila, cuando llega la ocasión, en difundir calumnias acerca de su antiguo enemigo, el antiguo y futuro candidato a la presidencia, Jules Ferry. Lo califica de bandido y de oportunista, mientras al mismo tiempo se aproxima a la Unión de las Derechas, en el otro extremo del panorama político.

Y entonces, después de haber sido licenciado, Boulanger decide constituir su propio movimiento y acrecentar su prestigio en el terreno elec-

toral, gracias a la generosidad de Arthur Dillon, monárquico convencido y hombre de negocios enriquecido a costa de un oscuro negocio de cables transatlánticos, quien de inmediato le propone financiar su campaña. Crea su propio Comité Republicano de Protesta Nacional y coloca en su estado mayor, además de los diputados tránsfugas del radicalismo como Déroulède, Laguère, Michelin, algunos directores de periódicos, como el blanquista Georges de La Bruyère, que dirige *La Cocarde*; Lalou, *La France*; Eugène Meyer, *La Lanterne*, y Henri de Rochefort, *L'Intransigeant*, todos abiertamente boulangéristas y cuya consigna es “disolución-revisión-constituyente”, el leitmotiv de su campaña plebiscitaria. Estos militantes no vacilan en publicar su programa, que resulta bastante vago para el lector: “En el interior, el gobierno ha demostrado su total impotencia; en el exterior, ha demostrado su total trivialidad. El nombre de Boulanger encarna las libertades públicas y las reformas democráticas en el interior y la dignidad en el exterior. No se trata de colocar un individuo en el poder, sino de afirmar, gracias al nombre de un soldado republicano y patriótico, la existencia misma de la nación”.

Y cuando se postula en las elecciones, el candidato Boulanger, secauz más que ferviente de los realistas, por una parte, y con el apoyo de las voces de los obreros y de los habitantes de los centros urbanos, por la otra, resulta victorioso en la circunscripción de Lille por 172 000 votos a su favor contra 75 000 obtenidos por el candidato oportunista y 9 600 por los radicales. Resulta electo, pues una vez más ha logrado engañar a las multitudes, ipero por poco tiempo! No acude muy a menudo a la Cámara de Diputados, pero cada una de sus intervenciones, orquestadas por Déroulède, es un estallido que pronto conduce a la revuelta. El 19 de abril, cuando sale del hotel del Louvre, situado en la plaza del Palais-Royal, y sube a su coche, cuyos conductores llevan un clavel rojo en el ojal en señal de adhesión, Boulanger es aclamado por todos sus seguidores; le lanzan flores durante todo el trayecto y la multitud atropella a los agentes del orden, que temen mayores disturbios. Alrededor del palacio Bourbon, la policía se apostea y se declara estado de alerta para esa barriada. Se movilizan los soldados en el sótano de la Cámara de Diputados; se teme lo peor. Pero, por esta vez, nada ocurre.

Al mismo tiempo, ante el peligro de la dramática ruptura que se anuncia, Clemenceau solicita al Gran Oriente de Francia que se cree, en ocasión del centenario de la Revolución, la Sociedad de Derechos del Hombre y del Ciudadano, que agrupara, sobre bases radicales, a los socialistas y a los oportunistas, partidarios de una revisión republicana de la Constitución, pero decididos, sobre todo, a combatir el boulangérismo “mediante una lucha sin cuartel contra todo intento de reacción o de dictadura”. Y cuando Boulanger regresa a la Cámara, el 4 de junio de 1888, para proponer un proyecto de revisión de la Constitución y ataca una vez más a la República oportunista y al parlamentarismo que no son —según dice— sino “agitación en el vacío, desorden, corrupción, mentira y esterilidad”, afortunadamente

el texto resulta rechazado por los republicanos que se constituyen en un bloque contra este nuevo Bonaparte que no se decide a escoger entre el revisionismo radical y el cesarismo. En ese momento, se eleva una voz en las tribunas y le espeta con voz sarcástica: “A su edad, señor general Boulanger, Napoleón ya estaba muerto”. Es el radical Charles Floquet, presidente del Consejo, que se atrevió a reaccionar contra esas invectivas. El mismo que, tres meses después, cuando Boulanger solicita ante el hemiciclo la disolución de la Asamblea, también le responde al provocador acusándolo de “haber pasado de las sacristías a las recámaras de los príncipes”. Y para terminar, le lanza el golpe de gracia, cuando dice: “¿Sabe usted cuál es la disolución inevitable? La de su partido”. “Usted no es más que un mal educado”, le responde Boulanger, quien de inmediato anuncia su renuncia y lo reta a duelo. A continuación se origina un tumulto y al día siguiente el desafío tiene lugar en Neuilly, en un terreno propiedad de Arthur Dillon. Es un duelo a espadas, como es usual en la República, si bien Gambetta se había batido con pistolas, como Clemenceau. Y aunque este episodio trágico sorprende a algunos, Severiano se tranquiliza cuando se entera de que el audaz general fue herido en la garganta por el sexagenario Floquet. Este hecho no sólo resquebraja el prestigio y la gloria del jefe militar, sino también constituye una seria sacudida para todo el movimiento boulangierista.

Además, durante todo ese tiempo, Severiano no ha dejado de luchar. No sólo combate el boulangierismo, sino también todas las injusticias sociales. Así, durante la presidencia de Sadi Carnot, vuelve a ocupar su lugar, en junio de 1888, junto a la Izquierda Radical e interviene a favor de los trabajadores ferroviarios, de la lucha y de la supresión del trabajo nocturno de niños y mujeres, empleados en los talleres y las manufacturas. Y reclama también para estos la reducción de la jornada de trabajo a 11 horas; vota a última hora por el restablecimiento del escrutinio de distrito, donde los hombres, según cree, pesan más que las ideas; se abstiene con relación al aplazamiento indefinido de la revisión de la Constitución y se declara contra el proyecto de la Ley Lisbonne, que restringe la libertad de prensa. Y si, por un lado, se niega a pronunciarse con respecto a los procesos que se siguen contra tres diputados miembros de la Liga de los Patriotas; por el otro, reafirma, con mucha fuerza, su combate en contra del general Boulanger. Pues no deja de luchar por la unión de los republicanos contra el boulangierismo, movimiento popular que tanto ha preocupado a los parlamentarios y que nació por la falta de gobierno en un país que debería sentirse gobernado.

Poco a poco ha visto cómo ese general ha ido ganado la causa de los radicales y cómo estos últimos, convertidos en ardientes promotores de su movimiento, llegaron a constituir la piedra angular de la oposición, que en aquellos momentos se manifestaba por todas partes y que procedía de los medios más disímiles. Entre los decepcionados por la República se encontraban, por supuesto, no sólo los enemigos del parlamentarismo, irritados por las intrigas y los escándalos, por la inestabilidad y el inmovilismo, sino

también algunos patriotas que se sentían felices de que el ejército francés tuviera a la cabeza un general jacobino, luego un general revanchista y en la actualidad un general *limpieza*, “dispuesto a expurgar toda la nación”, como decía él mismo, así como un sector de católicos del cual su primo debía formar parte, que se sentía ulcerado por una agresiva laicidad.

Es cierto que todo el idealismo, el patriotismo y el dinamismo de los primeros años de la Tercera República habían desaparecido, Severiano no se atreve a negarlo. Ese pasado se había esfumado y el futuro no era lo que había soñado. ¡Quién sabe si no era porque había envejecido! Se preguntó entonces por qué él mismo y sus hermanos masones no habían sido capaces, en ese preciso instante de la historia, de agrupar alrededor de algunas ideas centrales a todos aquellos que se habían decepcionado por una política sin generosidad en la cual el egoísmo social asfixiaba todo intento de progreso, todo aliento personal. ¿Por qué se había dejado en otras manos el poder de cambiar las cosas, cuando ellos estaban mucho mejor situados para hacerlo? ¿Qué había ocurrido en las logias que había frecuentado asiduamente en estos últimos años, cuando los programas sociales se habían tornado objeto de estudio y cuando se estudiaba el capital y los monopolios a partir de una lectura de Marx? No tenía respuesta para estas preguntas... Tal vez, sencillamente, porque estos encuentros entre los hermanos masones no habían sido lo bastante regulares y porque las ausencias a las reuniones bimensuales habían sido numerosas. En fin, tal vez también porque los hábitos de discusión y de concertación a los que estaban acostumbrados para sus “trabajos”, se habían ido perdiendo de manera definitiva a lo largo de los años. Y entonces, cada vez que sentía a su alrededor ese inmenso vacío que no podía llenar con nada, se volvía, con amoroso ímpetu, hacia su patria, hacia ese Nuevo Mundo que nunca había olvidado. Su madre, Madeleine Godefroy, había fallecido recientemente, el 9 de mayo pasado, en su domicilio, a las 8 de la mañana y dos días más tarde un gran número de amigos y de personalidades políticas le habían rendido un homenaje postrero en la iglesia de San Francisco de Sales, su parroquia, donde se le había tenido, desde hacía muchos años, por una persona buena. Incluso había dejado una parte de su fortuna a los pobres y había distribuido numerosos regalos a los indigentes del barrio de la Plaine Monceau donde residía, en el N° 82 de la calle Wagram, en el 17° distrito, a unos pasos de la casa de su hijo.

Con ella desaparecía todo un capítulo de su pasado: era su madre adoptiva y le debía todo lo que era en la actualidad, e, incluso, mucho más. Pues nunca había querido responder a los insultos, a los sórdidos vejámenes que le habían dirigido. En efecto, esos ataques resultaban tan bajos, tan viles y, sobre todo, provenientes de personas tan mediocres cuyas ideas combatía generalmente, que no podía descender a ese nivel. No obstante, nunca hubiera expuesto su mejilla izquierda para ser abofeteado. Además, esas frases irrespetuosas, esos motes, esos epítetos añadidos eran

en su mayoría vulgares, muy tontos, impregnados de hiel y de odio racial; venían por lo general de los periódicos panfletarios o de sueltos escandalosos que gustaban de los juegos de palabras y los retruécanos del peor gusto. Había, por ejemplo, aquellos que le reprochaban a Heredia que, por ser negro, “se blanqueaba un poco cada vez que podía”, u otros que no vacilaban en llamarlo “El negro del Eliseo”, “El negro del ministerio”, “El negro negrero”, “El negro mistificado” y otros calificativos que divertían a los autores de canciones y hacían sonreír a Severiano. Se hablaba incluso del color de su piel, “de un matiz de tabaco Colorado”, o de su actitud misteriosa, y se atrevían a decir que ese “Ministro Chocolate, antes de serlo, sólo había ambicionado ser prefecto del departamento del Sena o, aún mejor, prefecto de la policía”. Habían corrido tantos y tantos rumores acerca de él: “que no era francés, sino extranjero, de origen cubano, nacido en un país donde abundan los reptiles; que no era blanco sino que tenía sangre bien negra, que mentía constantemente, que era muy rico y que vivía del comercio de esclavos”, cosa que desmintió de inmediato. Pues había ciertas acusaciones que no toleraba y de las cuales, con razón, quería defenderse. Por ello le escribió al director de *Le Figaro*, el cual, en el número del 18 de agosto de 1881, pedía disculpas por sus errores. “Pues si bien no sentimos el menor aprecio por las ideas del señor Heredia, no por ello hemos de dejar de ser leales con él. Debemos declarar, en honor a la verdad, que el señor Heredia, nuevo diputado radical, hace mucho tiempo que renunció formalmente a la herencia paterna. Además, la esclavitud ha sido abolida en la isla de Cuba por ley del 13 de febrero de 1880”.<sup>41</sup> En cuanto al resto, Severiano creía que no valía la pena prestar atención a todas esas injurias, que no tenían la menor relevancia. Su inteligencia y su nobleza le aconsejaban ignorarlas. Eso fue lo que, con gran finura, hizo en numerosas ocasiones.

El 26 de julio de 1888, Severiano sustituye al colombiano José María Torres Caicedo en la presidencia de la antigua sociedad de la Unión Latina, en ese momento ya contaba con un número considerable de afiliados, dispersos por toda la superficie del continente americano. Esta nueva sociedad toma, a partir de entonces, el nombre de Unión Latina Franco-Americana y le concede plenos poderes a su nuevo presidente, antiguo ministro de Obras Públicas, para ejecutar las negociaciones necesarias para darle una organización social a esa asociación.

---

<sup>41</sup> El 13 de febrero de 1880 se promulgó una ley conocida con el nombre de Ley de Abolición de la Esclavitud, que pronto se hizo popular con el nombre de Ley del Patronato. En ella se declaraba el fin del régimen de esclavitud y ponía en vigor un estado patronal que cada dos años permitía liberar a grupos de antiguos esclavos mediante sorteo. Fue válida hasta 1888, fecha en que se hizo definitiva la abolición. Ver Eduardo Torres-Cuevas y Oscar Loyola Vega: *Historia de Cuba, 1492-1898. Formación y liberación de la nación*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2001, p. 301 y ss.



“Cubano por nacimiento, el señor Severiano de Heredia es —según dicen— por su propio origen, el vínculo natural que debe reunir en un pacto de amistad a los franceses y los hispano-americanos. Además, ya se le conoce por sus brillantes cualidades como trabajador incansable y organizador metódico, así como por su incesante actividad puesta siempre al servicio de las más generosas ideas; todo ello debe contribuir al éxito definitivo de esta nueva sociedad”. Pero Severiano nunca tuvo tiempo suficiente que dedicarle y conoce todos los peligros concernientes a la orientación que debe tomarse y las divisiones que acechan a esta organización compuesta por cierto número de personalidades tanto latinoamericanas como francesas: ministros, cónsules y antiguos presidentes de varios países de América Latina, diputados, administradores, directores de periódicos, delegados de la Sociedad de Literatos.

Sin embargo, en el mismo momento en que va a acontecer la apertura de la Exposición Universal de 1889, en la cual América Latina debe mostrar su verdadero rostro, la de una región rica, variada y unida, la primera Conferencia Panamericana, que debe reunirse próximamente en Washington, suscita más desconfianza y hostilidad que entusiasmo entre los miembros más influyentes de la colonia latinoamericana de París. Algunos observan enseguida la sombra de Estados Unidos perfilándose peligrosamente detrás de ese proyecto. Se decide entonces la creación en París de un gran círculo, tomando como modelos los clubes ingleses y estadounidenses, cuyo objetivo sería la agrupación de todas las fuerzas vivas de los países latinos. Para acompañar esta acción emprendida por los representantes más eminentes de las repúblicas latinoamericanas, se le dirige una carta al ministro de Relaciones Exteriores:

“Señor Ministro,

”Francia goza de toda nuestra simpatía. Creemos que en este mismo instante le estamos dando considerable muestra de ello en el contexto de la Exposición de 1889. Nuestros amigos de ultramar se disponen a venir en masa a visitar las maravillas expuestas en el Campo de Marte ante los ojos de todo el mundo.

”Por otra parte, la colonia brasilera e hispanoamericana se hace cada vez mayor en París. Nuestras relaciones comunes se multiplican día a día y es nuestro deseo ver que se establezcan vínculos cada vez más estrechos entre nosotros y los franceses. A esos efectos, hemos estimulado la creación de una nueva asociación: la Unión Latina Franco-americana, que se propone, a través de conferencias, fiestas, exposiciones artísticas e industriales, consagrar en el plano económico esos acuerdos que ya se han vuelto necesarios. Nuestros amigos solicitan nuestro concurso para constituir en la ciudad de París un círculo convenientemente instalado, como resulta usual entre los hombres más eminentes de ambos mundos, los cuales podrán darse cita durante la Exposición y después de que tengan lugar las solemnidades que tendrán lugar en este memorable año.

"Todos los ingresos por concepto de ganancias serán destinados exclusivamente a subvencionar creaciones de orden público, instituciones de interés general, como museos comerciales, bibliotecas especializadas (como la Biblioteca Bolívar, creada bajo nuestros auspicios en 1883), exposiciones artísticas internacionales, viajes profesionales a precios reducidos hacia nuestros países.

"Le rogamos, señor Ministro, que le trasmita nuestra solicitud de autorización a su excelencia, el señor Ministro del Interior. Hemos escogido como presidente de nuestra nueva sociedad, la Unión Latina Franco-Americana, al señor Severiano de Heredia, quien podrá ofrecerle todas las informaciones requeridas por el honorable Ministro. Le concedemos plenos poderes para resolver, de acuerdo con la administración, los detalles de la nueva organización. La intervención de su Excelencia nos será particularmente valiosa, pues usted conoce mejor que nadie los supremos intereses, los ideales comunes de justicia y libertad que nos animan cuando tratamos de estrechar los vínculos que nos unen a Francia.

"Reciba, señor Ministro, nuestro más respetuoso saludo".

Y entonces comienzan a producirse las divisiones en ese Comité, cuyo vicepresidente, el sabio Betances, una de las personalidades más veneradas de ese importante grupo de latinoamericanos residentes en Francia, se niega obstinadamente a aceptar que la organización se transforme en una empresa comercial. Ese no era el objetivo que se perseguía y así lo hace saber. Para él no se trata, en absoluto, de responder a los intereses de los círculos financieros y comerciales franceses y mucho menos de ayudarlos a exportar sus negocios a América Latina, sino de fundar en París, como fue el caso de la Biblioteca Bolívar, diferentes instituciones útiles y necesarias, como la construcción de un hospital latinoamericano, de un liceo o de un colegio que llevaría el nombre de San Martín.<sup>42</sup> Mas, el ex ministro de Obras Públicas, de origen cubano, Severiano de Heredia también sabe, pues durante muchos años trabajó en la Comisión de Presupuesto, cuán indispensable resulta el apoyo moral y financiero de Francia para la realización de esos proyectos; sobre todo, en este fin de siglo, aunque sólo sea una forma de contrarrestar la creciente influencia de Estados Unidos en América Latina!

Y cuando se inicia el año del centenario de la Revolución, Severiano sigue combatiendo, convencido, como los demás republicanos, de que para librarse definitivamente de Boulanger es preciso obligarlo a presentarse por un departamento aliado a la República, por ejemplo, el departamento del Sena, donde no hay posibilidad alguna de que lo elijan. Piensa que París

---

<sup>42</sup> José de San Martín (1778-1850), general y político argentino, nacido en Corrientes y fallecido en Boulogne-sur-mer. Luego de derrotar a los españoles en 1816, asegura la independencia de Argentina, libera Chile y proclama la independencia de Perú antes de subordinarse a Bolívar. Más tarde se retira a Francia y, a partir de 1822, renuncia a todo cargo público.

es una ciudad roja, fortaleza comunera y bastión radical desde 1885 y se dice que es muy fiel a la República y muy especialmente al radicalismo, por lo que no podrá resistir a ese general arrivista y fanfarrón. Esa no es la opinión de Rochefort, que sigue convencido de que el electorado de izquierda, decepcionado de los gobiernos oportunistas, se lanzará en brazos de Boulanger, por lo que le aconseja que acepte el reto. Se necesita crear determinada agitación, cierto clima de prerrevolución, que haga que el pueblo crea que cuando Boulanger acceda al poder, sólo podrá instaurar el socialismo. Y el electorado blanquista suscribe este análisis.

Después de una movilización de sus militantes para realizar mítines por todos los distritos de París bajo la consigna “La República francamente democrática y sinceramente reformadora que quiere poner en marcha el general Boulanger”, los socialistas trataron inútilmente de manifestarse de forma virulenta contra lo que ellos consideraban “la dictadura del señor Boulanger y de sus cómplices monárquicos”; tampoco obtuvieron nada con la creación de comités antiboulangeristas en cada distrito: era demasiado tarde. Todo el mundo ha sido comprado para apoyar el boulangerismo y pronto circulan rumores de que la huelga de los obreros de los terraplenes de París fue financiada por los boulangeristas. El resultado no se hace esperar. En la confrontación decisiva entre republicanos y boulangeristas, el ganador resulta ser Boulanger. Numerosos militantes obreros se han sumado a las organizaciones boulangeristas junto a la poderosa Liga de los Patriotas, a la cual Rochefort se ha afiliado y que cuenta con cerca de 20 000 miembros en París, así como a la Liga de Acción Republicana de los ex blanquistas, sin contar los comités de distritos, alentados por antiguos radicales o socialistas, conservadores vacilantes e, incluso, bonapartistas.

El príncipe Jerónimo declara que “hay que actuar sin tener en cuenta de dónde viene la ayuda; hay que apoyar y bendecir al que quiere derrocar el orden establecido y aplastar la República”. Los republicanos, generalmente divididos, ya no pueden hacer nada; ni tan siquiera las logias masónicas o la Liga de los Derechos del Hombre, fundada por Clemenceau con un programa de extrema izquierda para luchar contra el boulangerismo, cuentan con la fuerza necesaria. Y, sin embargo, en las páginas del diario de los moderados, *Le Temps*, su director interpela a sus lectores diciendo: “Ustedes, que son los hijos de los combatientes de 1793, de 1848, de marzo de 1871, no deben votar por aquel que fusiló a los republicanos de 1871”. De nada vale. Es un verdadero ras de mar y el general progresa globalmente en un 12 %, constituye, en esencia, un voto de protesta de la extrema izquierda, bastante popular y compuesta por obreros y pequeños artesanos. La noche misma de las elecciones, en los titulares del periódico *Le Temps* podía leerse: “¡Qué vergüenza y que humillación!” Mientras millares de manifestantes boulangeristas vendrán a manifestar su júbilo bajo las ventanas del restaurante Durand en la plaza de la iglesia de la Magdalena, donde Boulanger cena en compañía de su amante, Margarita de Bonnemains. Por el momento,

Bou langer le hará el juego a la democracia: rechaza la idea de un golpe de Estado y espera las elecciones generales de octubre de 1889, que llevarán el bou langerismo al poder de manera totalmente legal.

Ya sólo les quedan nueve meses a todos los republicanos para derrocar esa tendencia y salvar la República. Y entonces, un reflejo de espíritu republicano va a invertir el orden de las cosas. Poco a poco, oportunistas y radicales van a ir reconciliándose ante el peligro bou langerista y van a emplear todo tipo de recursos —legales o ilegales—, para arruinar el prestigio de ese general que, a fin de cuentas, les infunde temor. Después, para gran alegría de Severiano, que siempre ha sido proclive, como muchas otras notabilidades locales, se restablece la forma de escrutinio uninominal por distrito, puesto en práctica hasta 1881 y sustituido en 1885 por el escrutinio de lista departamental. Obligando al movimiento bou langerista a presentar un candidato por circunscripción, se busca poner al general en una situación difícil, pues se piensa que este no encontrará partidarios suficientes entre sus filas. De inmediato se ataca a su guardia pretoriana, la Liga de Patriotas, suprimiendo la inmunidad parlamentario de sus jefes con motivo de una sombría historia del pasado. Incluso se lleva a cabo una investigación judicial en los locales donde tiene su sede esa Liga, en el N° 9 de la plaza de la Bolsa y como Déroulède se niega a abrir la caja fuerte, el fiscal de la República procede por la fuerza. El estado mayor bou langerista ha sido atacado en su lugar más sensible y se disuelve la Liga. Y entonces, por temor a verse implicado él mismo en el asunto, Bou langer, obrando como un malhechor, huye precipitadamente a Bruselas. Su partida causa una gran conmoción entre los monárquicos, quienes se habían unido al general, después del aplastante éxito de las elecciones y, sobre todo, luego de la muy aristocrática velada que había ofrecido la duquesa de Uzès en su residencia particular y a la cual había asistido toda la elite política y aristocrática.

“Por fin tenemos un republicano que hace que amemos la República”, fue una frase que se escuchó en algunos lugares. Incluso, un conservador exclamó que rápidamente se podría ver que ese partido que Bou langer había tratado de fundar reuniría a todos los franceses. Pero algunos días después de su desafortunada huida, ante la perspectiva de las elecciones generales de septiembre, el general decide regresar a Francia. El 17 de marzo pronuncia en la ciudad de Tours un extraño discurso en el cual confirma su fe en el ideal republicano y niega haberse aliado a los antiguos partidos realista e imperialista. Considera que la República debe ser liberal y tolerante, que debe repudiar su herencia jacobina, así como las condiciones de la República actual y que debe brindarle al país una pacificación religiosa. Su discurso, debido a las ambigüedades y contradicciones, está muy lejos de lograr que el electorado bou langerista se sienta seguro, además de que irrita tanto a los radicales como a los conservadores. Convencido de la inminencia de un arresto y obsesionado por la idea de un complot contra él, Bou langer decide escapar por segunda

vez a Bruselas y desde allí envía una declaración a sus amigos: “Nunca consentiré en someterme a la jurisdicción de un Senado compuesto de gentes enceguecidas por sus pasiones personales, sus insensatos rencores... Esperaré en este país libre que las elecciones generales constituyan por fin una República habitable, honrada y libre”. Esta nueva deserción provoca la cólera de todos sus seguidores y lo desacredita ante sus electores. Por último, al sentirse amenazado de expulsión en Bélgica, se refugia en Londres y deja que la campaña tenga lugar sin su presencia.

Afortunadamente, un hecho de mucha mayor importancia facilita esta vez la exaltación de los éxitos de la República parlamentaria, la Exposición Universal. Y pronto se olvida por completo a ese personaje, que un día, gracias a su agudo sentido de la demagogia y de la publicidad, se convirtió en el salvador providencial de Francia, el único capaz de vengar las humillaciones de 1870 y de restaurar la perdida grandeza de la patria. ¿Qué ocurrió para que desapareciera de un solo golpe del horizonte político ese lunático general de división, que el 8 de enero de 1886 había sido nombrado ministro de la Guerra? ¡Ahora lo vemos convertido en un fugitivo, un exiliado, un proscrito que ya ni tan siquiera disfruta de inmunidad parlamentaria! Y con todo el fasto que corresponde, París celebra el centenario de la Revolución francesa con una ceremonia conmemorativa el 5 de mayo en presencia del presidente Sadi Carnot en la Galería de los Espejos de Versalles. Al día siguiente se inaugura la Exposición Universal, en primera instancia una autocelebración del régimen republicano. Cien años después de los Estados Generales que sucedieron en ese mismo palacio, queda inaugurada esa Exposición, vitrina de la Tercera República, deseosa de mostrar al mundo entero los valores de la democracia y del progreso del cual es depositaria. Se extiende por todo el Campo de Marte, desde la explanada de los Inválidos hasta los jardines del Trocadero, y se ha concebido en el espíritu del hierro y de la cerámica. Sus dos obras prodigiosas, sus dos platos fuertes, son la Galería de Máquinas y la Torre Eiffel; ambas muestran el triunfo de la técnica moderna y la victoria del ingeniero contra el arquitecto.

La Galería de las Máquinas es un gigantesco corredor de 420 metros de largo, 115 metros de ancho y 45 metros de altura, y su estructura es totalmente metálica con una armazón sostenida por bases de una sola pieza con intervalos entre los arcos cubiertos con cristales. Por su parte, la Torre Eiffel, cuya construcción se había iniciado en 1887, estuvo lista en la fecha programada y todavía hoy se yergue magnífica y arrogante en medio del Campo de Marte; es una torre totalmente metálica que pesa 7 000 toneladas y mide 300 metros de alto. Para esa época es el edificio más alto del mundo. Gustavo Eiffel, el feliz inventor, no es un desconocido; egresado de la Escuela Central, ya ha realizado numerosas construcciones metálicas: en Francia, el puente de Burdeos, el viaducto Garabit en el departamento de Cantal y, en Portugal, el puente ferroviario sobre el Duro.

Pero en cuanto se expone al público, la torre suscita tanto elogios como críticas. Pierre de Coubertin, fundador de los Juegos Olímpicos, espera a que todos los andamios sean retirados para exclamar: “Cuando la bandera comenzó a ondear en lo alto de la Torre Eiffel, y en los resplandecientes jardines empezó a fluir el agua de las fuentes, todo París supo que la realidad superaba a la imaginación”. Y en la *Illustration*, los periodistas exclaman jubilosos: “¡Hela ahí, la Torre Eiffel, que tanta cólera y entusiasmo ha suscitado! Fue terminada en la fecha exacta, a la hora precisa, matemáticamente implacable como el destino y su orgullosa cabeza, sobre la cual ondea la bandera tricolor, parece convidar a su apoteosis a todos los pueblos del mundo...”. Pero otros, sobre todo los escritores y los poetas, rechazan la idea de dejarse llevar por un lirismo cándido y popular, y estiman que la torre es verdaderamente horrible. Ya circulan cartas de protesta: “El yeso, la grava, los ladrillos ya no disimulan bajo un decorado ficticio el hierro fundido...”.

Todo se centra en las nuevas invenciones técnicas y en todas partes se ve cómo la ciencia ha vencido al oscurantismo. Después del teléfono en 1877, el primer automóvil de petróleo en 1883, y ahora ha llegado el “hada Electricidad”, la cual, en cuanto cae la noche, realiza su milagro con 1 150 lámparas de arco voltaico y 10 000 bombillos incandescentes. Se ve como si fuera de día y el espectáculo es mucho más hermoso.

Pero esta grandiosa Exposición es un poco la de Severiano y de Lucien Dautresme, su colega y amigo desde cuando coincidieron en el gabinete de Rouvier, junto a quien ha presentado tantos proyectos de ley entre los meses de junio a noviembre de 1887. Por ello, cuando viene a visitarla de incógnito, no puede sino sentirse orgulloso de todos los preparativos de una empresa en la cual ambos colaboraron activamente y que constituye un éxito artístico, técnico e industrial. Pues no puede olvidarse que esta obra nacional se concibió para mostrarle al mundo lo que Francia, a menudo acusada de ligereza, ha sido capaz de llevar a cabo durante la República de los republicanos. Y además, ¿cómo no enorgullecerse de los progresos en la construcción de la red de vías férreas, esos 11 000 kilómetros de ferrocarriles, 1 500 kilómetros de canales, sin contar los 50 000 kilómetros de carreteras realizados en una década?

Pero lo que deja a Severiano un tanto escéptico es el lugar que se le ha brindado al vasto imperio colonial, una de las obras de la Tercera República, la más discutida y la más singular. Era la primera vez en el mundo que, en cierta medida, los republicanos legitimaban la colonización, pues, si resultó incluso atractiva para algunos o necesaria para otros, como era el caso de su amigo Paul Bert, que la transformó en proyecto y apostolado religioso, científico y hasta humanitario, en realidad no dejaba de ser criticada y con frecuencia se sospechaba que detrás de la fachada republicana se escondían intereses mucho más mercantiles, por lo que nunca contó con el apoyo popular. Por ello escucha, con atención, todas las voces que se alzan en ese momento para lamentar el dinero gastado en esas empresas

coloniales y para declarar que hubiera sido mejor que los gobiernos aligeren las cargas sociales. Piensa, además, que este entusiasmo por las colonias se explica mucho mejor a través del mito de la Revancha, como una forma de vengar en cierta medida —al menos para los de su generación— la humillación sufrida en 1870, al crearse así una Francia mayor y más fuerte. Para los jóvenes, fuera de la atracción que podía ejercer de manera inevitable el descubrimiento de nuevos territorios, tal vez era también una forma de ialejarse de una vida demasiado materialista y a menudo demasiado burguesa para su gusto!

En conclusión, la Exposición constituirá un éxito para los organizadores, pues se contabilizaron más de 25 millones de entradas. Sin embargo, aunque constituye un testimonio de los esfuerzos logrados en diez años por la República, también se ve acompañada de algún desencanto para numerosos patriotas. A pesar de la euforia general suscitada por la apertura de la Exposición Universal, en el paisaje de la Francia de 1889 hay cierta morosidad que no engaña a los observadores más atentos, por ejemplo, al antiguo colaborador de Gambetta en la ciudad de Tours, quien, en su libro *La Francia de 1889*, expresa su malestar cuando escribe: “Una nación que cuenta con 1 000 años de existencia, no perece en un solo día, pero ese día, aunque dure un siglo, no dejará de llegar”. Por suerte, los medios oficiales, una gran parte de la Universidad y numerosos intelectuales de izquierda que componen en realidad la fracción de la burguesía volteriana, creen siempre en las virtudes civilizadoras de la ciencia experimental, por ejemplo, Ernest Renan, quien, luego de afirmar en su *Vida de Jesús*: “la ciencia es mi religión”, se decide, 40 años después, a publicar un manuscrito que había conservado con todo cuidado, *El futuro de la ciencia*, en el cual expresa claramente sus convicciones teñidas de un escepticismo de buena fe. “Hueso de mis huesos y carne de mi carne”, escribe en ese testimonio que resume en alguna medida las grandes ideas que constituyen el fundamento filosófico de la República de los republicanos. En fin, pensándolo bien, para cierto número de políticos, casi todos masones y republicanos, que hicieron posible el advenimiento de esa República y de quienes Severiano forma parte, el pesimismo y la inquietud carecen de razón de ser en ese momento preciso, pues el combate que llevan a cabo contra el boulangismo, considerado cada vez más como una resurgencia del bonapartismo, está a punto de alcanzar la victoria.

Además, el prolongado exilio de Boulanger lo desacredita cada día más ante sus electores y el verano que se anuncia va a resultar fatal para los partidarios de ese movimiento. Se abrirá un proceso contra Dillon, Rochefort y Boulanger, pero a este último no le importa. Aprovechando el aplazamiento de la ley que prohíbe las candidaturas múltiples, el general se presenta en la primera vuelta de las elecciones cantonales de julio de 1889 en 80 circunscripciones. Y acaso, ese constituye, luego de su huida, su segundo error político. En la primera vuelta sólo será elegido en 17 cantones

y fracasa totalmente en la región del norte, donde había resultado vencedor en el plebiscito del año anterior. Terriblemente decepcionado, decide no volver a presentarse a la segunda vuelta y se retira, no sin antes haber denunciado a todas las personalidades mezquinas y las rivalidades pueblerinas. Pero al mes siguiente es declarado culpable de complot contra la República y de atentado contra la seguridad del Estado. Y mientras Dillon y Rochefort son condenados a la deportación de por vida, Boulanger será privado de sus derechos ciudadanos y, por tanto, resulta inelegible. La falta de dinero y de jefe causa la total desorganización entre las filas de sus partidarios y en los bastiones populares de los centros mineros del norte y de la región parisina. Para llenar ese vacío se crea la Unión Revisionista que agrupa a los boulangéristas, los monárquicos y los bonapartistas. Y después de la diatriba de Boulanger, en la cual afirmaba que la monarquía conduciría a la guerra civil, el conde de París le responde en su Manifiesto a los Franceses: “No traten de enemigos a los que combaten a los mismos adversarios que ustedes”. Para ellos, la causa queda clara; la revisión triunfará sin necesidad de etiquetas; los electores ya no confían en los hombres de un partido.

Los radicales están ansiosos y Severiano en particular. Sabe que existen disensiones entre ellos, que no ven qué ventaja puede haber entre un general Boulanger, representante del Imperio, y un Ferry, agente de la reacción burguesa. Incluso entre los republicanos no existe una total unanimidad y existe siempre la posibilidad de una alianza puntual con la extrema izquierda. Hay que advertir de inmediato al electorado: “Atención —le insisten—, su boleta será la salvación o la pérdida de las ideas que nos ha legado la Revolución francesa”. Pues todo es posible en un París-rojo; allí el boulangérismo no es monárquico sino radical y blanquista —es decir, de extrema izquierda— y hará cualquier cosa con tal de no ceder ante las presiones de los conservadores. Eso explica que haya candidatos boulangéristas en casi todos los distritos de la capital. En el 17º distrito, por ejemplo, está Ernest Roche, el célebre líder blanquista, y en la primera circunscripción, la de Ternes, a la cual se presenta Severiano, compite también el abogado Charles-Etienne Le Senne, consejero judicial de la Sociedad de Literatos y Autores Dramáticos, candidato boulangérista cuyo programa se resume en los siguientes términos: “revisión, Constituyente, referéndum”. Persigue, en cierta medida, el objetivo de destruir el parlamentarismo que ha deshonrado a Francia y derrocar un gobierno que considera que, al dejar de ser justo, ha dejado también de ser legítimo. En la primera vuelta gana Severiano con 145 votos de ventaja, pero hay empate con un tercer candidato, cierto Desprez, cuyos votos se sumarán en la segunda vuelta, que tendrá lugar el 6 de octubre, al candidato boulangérista, Le Senne. Hay 700 votos de diferencia entre ellos; votos que ha perdido y no deja de pensar con gran amargura que las abstenciones hicieron que la balanza se inclinara a favor del candidato boulangérista. Doble revés, pues su amigo, el radical Lepelletier, resulta derrotado, también en el 17º distrito, por un aliado del general: Ernest Roche.



Severiano está terriblemente decepcionado, pues, luego de haber sido el alma de un distrito donde ha vivido durante tanto tiempo y desarrollado toda su carrera política, después de haber recorrido todo el área para cosechar los sufragios, arrancándolos uno a uno —única forma, según le gustaba repetir, de ser elegido, como lo había sido en varias ocasiones: para presidente del consejo municipal, luego para diputado y, finalmente, para ministro—, ahora ya todo había terminado para él. Ya no había nada que esperar. Y, de inmediato, su fracaso electoral provoca su retiro de la vida pública. La alegría que le queda es, tal vez, la invalidación de esas elecciones para los boulangéristas elegidos y la desbandada de los vencidos. El periódico *Le Gaulois* los saluda y les envía un “Buenas noches, señores”, que implica una despedida a Boulanger. Por falta de medios, el general deberá abandonar su residencia londinense para refugiarse con su amante, minada por la tuberculosis, en la isla de Jersey, pero a consecuencia de la revelación en la prensa de ciertos escándalos financieros a los cuales siguieron varios duelos no menos espectaculares, Boulanger decide disolver su Comité Nacional. Mas, sigue afirmando con arrogancia “que ahora tienen una gran ventaja y que lo único que tiene que hacer es seguir siendo lo que fueron desde el principio: el partido de los oprimidos, el partido de las reivindicaciones patrióticas y sociales”. Son los últimos estertores de un movimiento que desaparecerá unos meses antes de la muerte de quien fue su líder.

Desgraciadamente, incluso ya moribundo, el boulangérismo dejará huellas profundas en el electorado parisino, huellas que no están dispuestas a desaparecer y perdurarán en *La Cocarde*, órgano oficial de un partido que ha recurrido de manera sistemática a la propaganda antisemita como plataforma ideológica. Y en breve se verá cómo estas ideas van a consolidarse en la extrema izquierda, cuando ocurra la campaña anti-Dreyfus, que tendrá lugar algunos años más tarde. La continuación de la historia de ese apuesto general llamado “el preferido de las damas”, termina como un banal relato. Dos meses después de la muerte de su amada, víctima de una pleuresía el 30 de septiembre de 1891, el inconsolable Boulanger se dará un tiro en la sien junto a la tumba de su amante. Esta noticia no causará aparentemente emoción particular alguna en la opinión pública francesa y el mismo Clemenceau propondrá este irónico epitafio: “Aquí yace Boulanger, que murió como vivió: como un subteniente”. No obstante, para sus exequias, que tuvieron lugar en Bruselas, donde se había refugiado en los últimos tiempos, las personalidades más célebres del boulangérismo vinieron a acompañar el féretro cubierto por una gran bandera tricolor. Entre ellos se destacaban Déroulède, Rochefort, Maurice Barrès, Laguerre, quienes de cierta forma representaban todas las tendencias de un movimiento en el cual se mezclaban el nacionalismo, el blanquismo, el radicalismo y el antisemitismo.

En cuanto se olvidaron los primeros éxitos de la Exposición, la atmósfera volvió a cargarse. La actividad general, que ya declinaba desde 1875, disminuyó aún más. A esto siguió un período de depresión económica ali-

mentada por una crisis agrícola y financiera. A esto se añaden los conflictos que estallaron entre los huelguistas en Fourmies el 1º de mayo del año siguiente, mientras que el descontento de los obreros aumenta debido al bloqueo de sus salarios. Y pronto se sucederán otras manifestaciones en las cuales tienen lugar reyertas y atentados de los anarquistas. Severiano se aleja de inmediato de la política, no obstante haber sido el centro de atención de toda su vida, pero en su memoria conserva numerosos hechos conmovedores que no está dispuesto a olvidar. Piensa, en particular, en el sobrenombre ligeramente provocativo con el que, cuando era ministro, lo había bautizado Henri Rochefort y en todas las canciones satíricas que los compositores de la época le habían consagrado, en las cuales se le presentaba al público como una variedad de *Footitt*, de *Bambula* o de *Chocolate*. Como puede suponerse, Severiano había sido el primero en reírse al escucharlas, pero, como buen jugador, nunca había manifestado la menor incomodidad ante tanta tontería y mediocridad. Al contrario, cada noche, cuando regresaba a su casa luego de una jornada agotadora en la Asamblea, enseguida les daba a conocer a su esposa y a su hija la última canción de moda que le habían dedicado, para que la tocara al piano y entonces, sin importarle esas mezquinas contingencias, se controlaba y reía a carcajadas, cuando repetían el estribillo, como si ya nada pudiera afectarlo. Y de repente, al mismo tiempo a su mente acudían toda una serie de anécdotas grotescas en las cuales estaban implicados los políticos que había frecuentado en otros tiempos y que en su mayoría escondían bajo una apariencia engañosa su verdadera personalidad. Había algunos, por ejemplo, que no eran capaces de abotonarse la levita y se sentían incómodos cuando se ponían un sombrero de copa, de acuerdo con la moda descuidada en el vestir que había lanzado Gambetta y otros que, por el contrario, eran verdaderos dandis, como Deschanel, de quien se decía maliciosamente que “si formara un gabinete, sería más bien un tocador”. Sin contar todos los corrillos y chismes que circulaban por todas partes acerca de las personalidades más legendarias de la Asamblea, como el padre Michou, diputado radical del departamento de Aube, cuya caricatura fuera redactada en unas pocas palabras mucho más ácidas que un dibujo: “Se sujeta el reloj con un cordel y cuando va de visita, monta una bicicleta, llevando en bandolera su paraguas. Gasta 16 céntimos al día, cifra que él mismo ha certificado en asamblea pública”.

Sin embargo, para la mayoría de los diputados, la mayor preocupación era la obsesión por las elecciones, y para Severiano, ese fue uno de los escalones indispensables para alcanzar la cima. Tal vez sabía mejor que nadie que era preciso estar siempre alerta, desconfiar de la ideología e interesarse por las acciones visibles, pues lo peor de esos intrigantes era su gusto por alimentarse con palabras y vivir en un mundo de habladurías ique sólo consiguen alejarlos de la acción! En fin, esa pasión política, más fuerte que todo, exigía que los diputados supieran incorporarse luego de

la caída y, sobre todo, saber retirarse a tiempo, antes de que esta termine por destruirlo!

Y Severiano se hallaba en una posición privilegiada para saberlo bien. La política sólo había sido para él un medio de cambiar las cosas y no un fin en sí mismo. En cada ocasión se orientaba hacia otras luchas, otros combates, pero nunca renunciaba. Quizás, esa tenacidad lo había salvado siempre. A fines de ese año de 1889, en tanto que presidente de la Unión Latina Franco-Americana, Severiano de Heredia ofrece un fastuoso banquete para celebrar la partida del coronel Díaz, representante diplomático de la República de Uruguay en París desde 1882, que acababa de ser nombrado ministro plenipotenciario en Madrid. Entre los invitados, además de los ministros latinoamericanos, se hallaban el director general de la Exposición Universal de 1889, el jefe del gabinete del ministro de Instrucción Pública, el senador Poirrier, presidente de la Cámara de Comercio de París y numerosos representantes de la prensa *Le Temps*, *Le Matin*, *L'Événement*, *Les Débats*, *Le Figaro*, *Le Petit Journal*, *Le Gaulois*, *L'Echo de Paris*, *Le Soir*, *L'Intransigeant*, *La Revue Sud-américaine*, *La Revue Diplomatique*, *Le Nouveau Monde*, y la agencia *Havas*. De inmediato, Severiano toma la palabra y, después de lamentar la partida del coronel Díaz, dice con voz cálida y firme: "Esta manifestación improvisada en su honor, querido amigo, nos sirve para afirmar la verdaderamente indisoluble unión entre Francia y esa república sudamericana. Considero, en efecto, que todo divorcio entre nosotros es ya imposible. Además, ¿acaso no estamos unidos por afinidades de raza y de mentalidad, por intimidades políticas fundadas en un igual amor a la libertad y en una pasión igualmente generosa por el Derecho, la Justicia, y la Fraternidad entre los Pueblos?"

Luego de cálidos aplausos prosigue: "Vivimos en un siglo que no es sólo un siglo de teorías humanitarias, sino también un siglo de trabajo, un siglo consagrado al progreso económico. Pues bien, considero que la Francia necesita y se beneficia vinculándose cada vez más a los pueblos que ustedes representan. Es preciso que siempre se mantenga entre nosotros una corriente cada vez más íntima que responda a las crecientes necesidades del comercio y de la industria..."

Y con tono grave pronuncia estas proféticas palabras: "La América del Norte prepara, en estos mismos momentos, la mayor revolución económica de estos tiempos. Si la vieja Europa no toma medidas, se arruinará de manera irremediable. Pero estamos atentos y estoy seguro de que si se intenta poner en práctica acciones verdaderamente serias contra las teorías económicas que prevalecen en América del Norte, los tendremos a ustedes como aliados. No es posible que se dejen reducir al estado de consumidores sometidos a impuestos inmisericordes. La Unión Latinoamericana que se honra con su presencia esta noche, se creó precisamente para constituir, aquí en el corazón de nuestra amada Francia, un centro de acción útil, un Consejo Superior de dirección en beneficio no sólo de los intereses mate-

riales a los que acabo de referirme, sino también de los grandes intereses morales que compartimos”.

El discurso de Severiano de Heredia es ovacionado y, de inmediato, el coronel Díaz toma la palabra para expresar su agradecimiento: “Agradezco al eminente presidente de la Unión Latina Franco-Americana en tanto que político y también como amigo. Agradezco a aquellos primeros comerciantes que atravesaron los mares para crear relaciones entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Fueron los pioneros de esta gran industria francesa y merecen la simpatía de todos los que se interesan por el desarrollo del comercio francés. La gran producción americana pertenece a Europa e, incluso, a pesar de los intentos de otras potencias industriales que pretenden hacer fracasar la industria europea, ustedes son y serán por largo tiempo los dueños de nuestro mercado...”.

Y mientras Ramón Betances, con su idealismo habitual, renueva sus votos para la instalación de un Colegio Latinoamericano, institución que le parece indispensable para establecer vínculos aún más estrechos entre los franceses y los americanos, Severiano, más realista, se alarma con el Congreso de Washington. Piensa que hay que apresurarse y que es preciso actuar lo antes posible, para hacer posible la puesta en práctica de esas ideas de civilización general. De reuniones en banquetes, esta Unión Latinoamericana, cuyo buró se compone de 19 miembros y que Severiano preside, se reúne en la residencia del doctor Betances el 10 de febrero de 1890, bajo la protección y el apoyo de los representantes diplomáticos de las repúblicas americanas. Fiel a sus compromisos, la sociedad expone su programa: se propone propagar en Francia mediante conferencias, publicaciones y congresos, las nociones más precisas acerca de los Estados latinos de América; organizar tanto en París como en América, exposiciones geográficas, artísticas e industriales; promover viajes de exploración y de estudio; la creación de instituciones científicas, económicas y literarias, y constituir, con la colaboración de los especialistas más competentes, Comités de Estudios en los cuales se examinen todos los proyectos de las grandes empresas y las obras de interés para América Latina en ramas tan variadas como la construcción de ferrocarriles, canales, puertos y minas.

Siete meses más tarde, esta Unión Latina Franco-Americana deviene gran Centro de Estudios Económicos e Industriales, en el cual estadistas, financieros e industriales podrán encontrar consejeros autorizados y colaboradores abnegados. Esta organización decide apoyar los intereses de todo un grupo de naciones hermanas y, en vísperas de las revoluciones económicas que se preparan en todo el mundo, su programa de estudios teóricos y de aplicaciones inmediatas, concita la adhesión de los más previsores. Su sede definitiva es, a partir de ese momento, en el Hotel del Gran Círculo, en el N° 16 del bulevar de Montmartre.

Por otra parte, en ocasión de un segundo banquete que tiene lugar en 1890, Severiano de Heredia no vacila en declarar: “Quiero albergar la

esperanza de que la voz de Francia, cuando dice 'Estoy con ustedes, estoy dispuesta a apoyar sus esfuerzos', se escuchará más allá del Atlántico. ¿Quién se atreverá a dudar de su palabra?"

Y volviéndose hacia su vecino, añade: "A mi lado se encuentra un hombre que representa, de la forma más autorizada posible, los intereses franceses, el presidente de la Cámara de Comercio de París, el señor Cousté. Brindo por la incesante propaganda de nuestras ideas comunes, por la unión permanente que debe existir entre la Francia republicana y todas las repúblicas de América Central y de América del Sur. Brindo por la Unión Latina".

Y entonces, el senador Jules Simon responde a su amigo, el señor de Heredia, luego de haber recordado al auditorio que todos los asuntos que pudieran plantearse en esa reunión, ya habían sido abordados por su predecesor y con la autoridad que le es propia: "En otro tiempo creímos que la América del Norte ofrecía un modelo de república fraterna. Pero no era un modelo propio de la raza latina. Hace sólo algunos años comenzamos a ver más claro y entonces nos percatamos de la existencia en el Nuevo Mundo de la parte más querida de ese continente, la que nos pertenece, la parte latina, señores. Y vimos, del otro lado de las olas, algo así como otra nación francesa surgida como nosotros de igual tronco, que hablaba originalmente una misma lengua, que tenía los mismos sentimientos en el corazón y las mismas ideas en la mente y nos preguntamos cómo fue posible que durante tantos años, manos que se concibieron para estrecharse se hubieran mantenido tan alejadas unas de otras. Se ha producido el acercamiento. El señor de Heredia nos dice que será duradero. Así lo creo.

"¿Cómo podrán ustedes separarse si son hermanos surgidos de una madre común? Tal vez, el futuro nos pertenezca y tomo por testigo el pasado de la humanidad. Salidos de un tronco común, lograremos el mismo objetivo y de la misma forma que condujimos a la humanidad en su desarrollo inicial, acaso seamos nosotros también quienes la conduzcamos al logro del objetivo final hacia el cual debe orientarse".

Pero para ese entonces, otro escándalo, "el escándalo de Panamá", que se incubaba desde 1885 y que cuestionaba uno de los aspectos más criticados de la política oportunista —en particular, su liberalismo desenfrenado en materia económica—, va a estallar como consecuencia de la liquidación de la Compañía. Le llaman el "crac de los ahorros" y un millón de infelices suscriptores empiezan a agitarse. En marzo de 1889, los titulares de acciones y obligaciones demandan a los administradores de la Compañía, quienes habían recibido un total de casi 1 500 millones de francos. Pero sólo en junio de 1891 se abre un proceso contra los administradores de la Compañía, luego de una prescripción de tres años que corre el riesgo de cubrir todas las operaciones que se les reprochan. De inmediato, los escritores se hacen cargo del asunto. Dos años antes de que los diarios trasmitan su versión, Zola es el primero en declarar: "Creo que nunca, en

ningún momento hemos asistido a semejantes revelaciones”. Después, Maurice Barrès, en *Le Figaro*, denunciará, por su parte, a “los 104 zánganos de la Cámara”, pagados para apoyar con sus votos las finanzas, muy deficitarias por demás, de la Compañía del Canal de Panamá, dirigida por el francés Fernando de Lesseps, el creador del canal de Suez.

El asunto es bastante sombrío como para que Severiano se abstenga de hablar, pues él no ha tenido nada que ver en ese asunto, si bien, cuando Rouvier era ministro, en junio de 1886, se había solicitado a la Cámara una autorización de préstamo, pedido por el mismo Fernando de Lesseps y planteado por Baihaut, su predecesor, el ministro de Obras Públicas. El gobierno del que había formado parte no tenía nada que ver con el voto de la ley del 9 de junio de 1888, que autorizaba a la Compañía a emitir títulos reembolsables con lotes y a solicitar un préstamo de 600 millones. Y ocurrió lo inevitable. Los resultados del empréstito fueron demasiado mediocres para salvar la empresa y ante el pánico de numerosos pequeños ahorradores que se creyeron arruinados, se lanzó una última emisión bautizada con el nombre de “emisión de la agonía”. Además, la construcción de ese canal interoceánico había comenzado mal, hacía ya diez años, en mayo de 1879, cuando un congreso internacional convocado por el célebre Fernando de Lesseps, se había pronunciado favorable a construir el canal en el istmo de Panamá. Pero el proyecto se había estudiado mal y no había tenido en cuenta ni los obstáculos, ni las enormes masas de rocas, ni aquel río indomable, ni las lluvias torrenciales, y mucho menos el clima malsano y la epidemia de fiebre amarilla que segó la vida de centenares de obreros e ingenieros.

Severiano no ignora todo el daño causado por ese escándalo; sobre todo, después del provocado por el “tráfico de medallas”, en el cual estuviera implicado hasta el mismo Jules Grévy. Además, justamente un diputado confiesa durante una tormentosa sesión de la Asamblea que “esa historia de condecoraciones y medallas no fue más que una minucia si se le compara con el tráfico ocurrido en Panamá y Daniel Wilson no reflejó más que una falta de conciencia personal, mientras que en Panamá, el oprobio y la venalidad pesan sobre todo un sindicato político. Panamá es el despojo en pleno día de la fortuna de los ciudadanos... y ha sido perpetrado por aquellos que tienen la misión de defenderla”.

Este escándalo no ha dejado de propagar acusaciones populares, falsas o no, que implican ahora a la prensa, así como a los medios financieros y políticos. Y sobre aquellos que participaron y que han sido bautizados con los nombres de “chequeros” o “panamistas”, recaerá la sospecha de haber ocultado informaciones y de haberse enriquecido a costa de los pequeños ahorradores. Los diputados oportunistas se han comprometido seriamente y los boulangéristas aprovechan la ocasión para desencadenar en sus diarios, tanto en *La Libre Parole* como en *La Cocarde*, una virulenta campaña contra todos los que han tenido alguna responsabilidad en el caso Panamá.

La esfera política, implicada en el escándalo, niega haber estado alguna vez vinculada al asunto, por lo que acusó a sus enemigos. Incluso se temen repercusiones para el régimen republicano y no es posible contener los excesos provenientes de todas partes. El director del diario antisemita *La Libre Parole*, fundado por Edouard Drumont, se deja llevar por su exagerada demagogia y para referirse al caso del canal de Panamá habla del “mayor filibusterismo del siglo” y desencadena una campaña antisemita sin precedentes en la cual se mezclan argumentos racistas y anticapitalistas. En realidad, todo el sistema de acaparamiento financiero de la alta banca y de sus dirigentes está en la mirilla. Pues, al denunciar los escándalos del régimen, los boulangéristas desacreditan el parlamentarismo triunfante, toda una generación de radicales y de oportunistas; durante una sesión particularmente tempestuosa a finales de ese dramático año, el mismo Déroulède ataca, en particular, a Clemenceau y solicita a la Asamblea que se le suspenda de inmediato la inmunidad parlamentaria, sanción que se acuerda por unanimidad.

Entonces, la prensa se da gusto en provocar el rechazo contra los chanchullos de los parlamentarios, los “vendidos”, como se les llama, nutriéndose de todo tipo de fábula sensacionalista. Hay que reconocer que, sin quererlo, esa prensa parcializada va a estimular la anarquía, cuya primera manifestación es el atentado fallido contra el presidente de la República, Sadi Carnot, el 5 de mayo de 1889, en la esquina de la calle de Saussaies, a la entrada de la plaza Beauvau, en París. Luego, en marzo de 1892, ocurre toda una serie de explosiones que tienen lugar en los cafés y los restaurantes y un individuo llamado Ravachol atenta contra las residencias de algunos magistrados. Una vez detenido, el culpable es ejecutado.

Y mientras se reprimen severamente todas las tentativas de complotos anarquistas, determinadas personalidades y políticos implicados en el escándalo de Panamá o en otras malversaciones, son condenados a penas de envergadura. Nadie se salva de las sanciones. El antiguo ministro de Obras Públicas, Baïhaut, industrial egresado de la Escuela Politécnica, resulta detenido. El francés Fernando de Lesseps y su hijo Carlos son conducidos a los tribunales, así como el *hombre de la Torre*, Gustavo Eiffel, y tres administradores de la Compañía de Panamá, acusados todos de haber colaborado en el mayor fraude del siglo, mediante maniobras fraudulentas. Se pagaron bien caras cada una de las letras del nombre de Gustavo Eiffel, quien, además, había sido condecorado con la Legión de Honor. Las sentencias no se hacen esperar. Eiffel será condenado a dos años de prisión y a una multa de 20 000 francos; Lesseps y su hijo, a cinco años y a una multa de 3 000 francos. Pero un mes más tarde, gran golpe de efecto, las pruebas establecidas contra personalidades y parlamentarios no son corroboradas y la Corte de Casación del departamento del Sena los exonera a todos, salvo a Baïhaut, el único que confiesa, por lo que será condenado.

En lo tocante a Rouvier, Severiano recuerda que su audaz respuesta había sido que la culpa era del régimen: “No he encontrado entre los fondos

que el Parlamento ha puesto a disposición del gobierno una suma suficiente para defender la República... Para gobernar hace falta dinero y cuando las Cámaras no facilitan la cantidad necesaria, uno se siente muy feliz cuando la obtiene gracias a sus relaciones personales. Todos los políticos dignos de ese nombre lo han hecho antes que yo". Por desgracia, todo esto sucedió demasiado tarde y la campaña de difamación alrededor del canal de Panamá tuvo terribles repercusiones; despertó adormecidas pasiones y nutrió una prensa siempre gustosa de mezclar hechos y calumnias, lo que imposibilitó que el ciudadano honrado pudiera discernir la verdad de los hechos.

Severiano, aterrorizado por los acontecimientos, piensa que después de haber visto que "el Parlamento y las Finanzas hablan por los rincones y se sientan a tomarse unos tragos juntos", no resulta sorprendente que por esa época se asista a una descomposición social. La República ha quedado completamente desprestigiada. Clemenceau, excluido de la vida pública, desaparece de la Cámara y Rouvier no podrá ocupar cargos en ningún ministerio durante los próximos diez años. Con 57 años, Severiano ve que algunos jóvenes que recientemente se incorporan a la vida política, que apenas tienen 30 años y toda la vida por delante, le hacen la competencia, como Raymond Poincaré. Con ese espíritu, Severiano se presentará de nuevo, por la misma circunscripción del 17º distrito, a las elecciones del 20 de agosto de 1893, pero en la primera vuelta sólo obtiene 1 556 votos de un total de 7 757 electores, lo que lo coloca en tercer lugar. Como hay empate, va a la segunda vuelta, el 3 de septiembre, pero debe ceder el lugar ante el mismo competidor, Charles-Etienne Le Senne, antiguo candidato boulangérista, oficial de la academia, galardonado con una orden militar por sus acciones durante el sitio de París y que se ha presentado a las elecciones con la etiqueta de "socialista-revisionista". Apenas elegido, este exclamará: "Lo que el pueblo no puede admitir, es que se olviden tan fácilmente las desgracias del año terrible. Lo que el pueblo no comprende es que se puedan malbaratar nuestros recuerdos patrióticos".

No obstante, aunque se conceda a los problemas sociales más importancia que al patriotismo y al anticlericalismo con la victoria de los socialistas, que se han situado a la izquierda de los radicales, se producen todavía las mismas disensiones entre las fracciones rivales desde la fundación de la Tercera República. Severiano lo sabe; siempre las ha combatido y observa, no sin experimentar alguna tristeza, que mientras el socialismo no logre eliminar sus divisiones internas, nada será posible. En efecto, junto a los socialistas revolucionarios se encuentran el Partido Obrero Francés, creado en 1879 por Jules Guesde, y los blanquistas marxistas con Edouard Vaillant, siempre dispuestos a asestar golpes espectaculares. Ni por un momento, Severiano ha tratado de minimizar la realidad; sabe que el peor de todos los males está agazapado detrás de todos esos movimientos: el terror mediante el asesinato. La doctrina anarquista tiene ahora un jefe en la persona de un tipógrafo venido de Auvernia a quien llaman "el papa de la calle Mouffetard",



Jean Grave, quien escribe ese año *La sociedad agonizante y la anarquía*, título que refleja en sí mismo un grito de rebeldía contra la sociedad y sus vicios de organización, y sobre todo un arma temible que esconde todo un programa para el futuro inmediato.

En efecto, el 9 de diciembre de 1893, cuando ya se está acabando ese año que le resultó fatal, Severiano se entera de que desde la tribuna lanzaron una bomba en medio de una sesión de la Asamblea Nacional; al explotar en el hemiciclo causa algunos heridos en el público y los diputados. Y antes de que se disipe el humo, se escucha de repente la voz del presidente de la Asamblea: “Señores, prosigue la sesión”, lo que provoca numerosos aplausos provenientes de todas partes. De inmediato detienen al autor del atentado. Se trata de un joven iluminado, Auguste Vaillant, quien forma parte del grupo de individuos sencillos, asqueados de la falta de honradez de los políticos. Desgraciadamente, su gesto no será único. Tal vez se trate de la acción desesperada de quien considera que la libertad viene acompañada por la anarquía! En todo caso se trata de una poderosa ola que sumergirá a toda Francia de los siguientes años. En medio del pánico que ocurre enseguida, el gobierno responde rápidamente con la represión y logra que se apruebe una primera ley llamada “ley canallesca”, que prevé cinco años de detención por todo tipo de provocación o tentativa de asesinato o de sabotaje.

Pero, para Severiano, esa ola de atentados que invade toda Francia resulta algo mucho más terrible: es el presagio de un mundo que se desploma y que va a desaparecer, por lo que cae en un profundo desconcierto; además, de que su último fracaso electoral le parece una sentencia irreversible. Ya no se presentará más y decide poner un punto final a su vida política pública. Sin embargo, no hay obra de instrucción o de beneficencia a la que no preste su apoyo y decide que, a partir de ese momento, le dedicará todo el tiempo que sea necesario. Su fe en el futuro resulta mucho mayor que sus decepciones. Por ello le repite a sus allegados —en particular, a la mujer de quien se había enamorado cuando escribía sus primeros poemas y que siempre lo ha acompañado en sus horas sombrías o luminosas— que en el mundo hay tantos servicios que prestar y tantas penas que aliviar, que una sola vida nunca resulta suficiente.

**1888-1893**

## ***Los Trofeos, el sueño de la inmortalidad***

Muy lejos de toda preocupación por la política, José María continúa tratando de alcanzar su sueño de inmortalidad, y para lograrlo, un primer paso es hacerse ciudadano francés. Hace la solicitud al Estado francés, para él y para su esposa, y el 24 de enero de 1888, cuando celebran en familia su naturalización, exclama, con vanidad espontánea, que es “el más joven de los poetas franceses”. Este primer paso le permitirá ascender rápidamente a lo alto del podio, y el 14 de agosto, ya recibe la condecoración de Oficial de la Orden de la Legión de Honor, que llega justo después de la Orden de Caballero, obtenida en diciembre de 1882, en la categoría de extranjero. Todos esos títulos y condecoraciones forman parte, por demás, de toda la panoplia que conviene a la consagración de un avezado hombre de letras, pues José María forja su fama con la misma atención y el mismo cuidado con que cincela sus *Trofeos*. La *Revue des Deux Mondes* acaba de publicarle algunos sonetos que se agrupan bajo el nombre de “Epigramas y bucólicas” y de “Hércules y los Centauros”; después, otras revistas como *Indépendante*, *Félibréenne*, *Le Semeur* o la *Grande Revue de Paris et de St-Pétersbourg* le publicarán alguna que otra vez uno o varios sonetos, más o menos conocidos, a lo largo de días y meses. Se le da promoción con parsimonia y elegancia, se habla poco de él, pero con regularidad, y esto es precisamente lo que le gusta; y así transcurre su producción literaria a imagen y semejanza de su vida, feliz y despreocupada, mundana y familiar. Su vida se divide entre los constantes viajes a sus curas en estaciones termales, al País Vasco, o a Bretaña, donde visita con frecuencia a su amigo, el pintor Toulmouche, primo político de los Lecadre, cuyos hijos han heredado una gran abadía del siglo XVIII, luego de la muerte de su padre, Alphonse Henri.

Aunque José María visita a menudo la abadía de Blanche-Couronne para visitar este matrimonio de amigos, ya existen rumores de que la belleza y el encanto de la esposa del pintor, de 52 años de edad, nunca lo habían dejado indiferente; sobre todo, cuando ella tocaba el piano, o cuando él declamaba algunos de sus más bellos sonetos para agradarle. Precisamente Andrée Mégard, una de las modelos de Toulmouche que formaba parte de su harén parisino, del grupo de sus “deliciosas muñecas”, como les llamaban

en aquella época, se entretuvo contando en sus *Memorias* algunas escenas de las que fue testigo. Ella recuerda que Toulmouche recibía a muchos artistas, entre los cuales se encontraban escritores, músicos, pintores y actores. Un día, mientras el pintor estaba dibujando el retrato de Réjane, en la época de sus grandes éxitos, vio entrar al estudio instalado en uno de los cuatro pabellones de la abadía, al muy elegante José María, quien acababa de hacer entrada, sonriente, para pasar algunos días en su casa. Aunque, en apariencia, el dueño de la casa no prestó mucha atención a este hecho, pues el gran poeta iba a menudo a visitarlo a su estudio parisino de la calle Notre-Dame-des-Champs, no dejó de exclamar en cuanto lo vio: “Mira, ahí está el poeta que flirtea con mi mujer”, y al presentarlo a la actriz añadió en tono confidencial: “Mi esposa y él son grandes amigos”. Era común que artistas y familiares del pintor se reuniesen en esta abadía, con una ubicación privilegiada, pues para algunos era un lugar de trabajo, y para otros, un pretexto para reunirse y descansar; pero era sobre todo el punto de partida de las excursiones más agradables de toda la región. Todas las estaciones balnearias a la moda, como Le Pouliguen o Le Croisic, formaban parte de las visitas obligadas en el programa de una estancia en Blanche-Couronne. Por esto, José María escribe a Leconte de Lisle, no sin cierto placer, para contarle sus impresiones sobre este lugar que lo inspira, porque, más que un sitio de veraneo, para él es un polo cultural. “En este convento encantador —relata José María— llevamos una existencia más vegetativa que claustral. Aquí reina una encantadora soledad, la brisa del mar sopla suave, debido a la proximidad del Loira. La temperatura es fresca y agradable en las inmensas habitaciones, en los largos pasillos y en el patio interior del convento, que está repleto de flores”.

Y cuando comienza a edificarse la Torre Eiffel en los terrenos del Campo de Marte y ya alcanza los 60 metros de altura, los intrigados parisinos acuden a ver el avance de los trabajos por la parte de la Escuela Militar. El hecho de que se estén haciendo estas obras de tal dimensión a orillas del Sena, frente al puente de Iéna, sorprende tanto por la simplicidad de sus instalaciones como por los medios utilizados para construir este colosal monumento. Los materiales se descargan con un torno elevador y se trasladan en vagonetes hasta pie de obra. Las cuatro bases de la torre son idénticas y cada una está formada por cuatro vigas angulares artesonadas, que están unidas a su vez por barras entrecruzadas y por piezas en forma de malla. En el centro hay situados enormes andamiajes de madera para construir las vigas horizontales que unen entre sí las cuatro bases y que conforman el primer piso de la torre.

Pero sólo cuando la torre hubo alcanzado finalmente los 300 metros de altura, y la bandera tricolor, izada por el señor Eiffel en persona, ondeó sobre la cima orgullosa de esta nueva divinidad, su construcción empezó a suscitar en el público un arranque de pasiones, en ocasiones irracionales, que transformarían el entusiasmo oficial en un movimiento de cólera

en los medios artísticos e intelectuales. A partir de entonces, las quejas se multiplican y los periodistas se apoderan de la noticia. Algunos se entusiasman: “Por encima de la cúpula, un faro, y a partir de ahí, ya no hay escaleras. Un enorme mástil de hierro hueco, de un diámetro aproximado de 60 centímetros, y en cuyo interior han sido soldados barrotes de hierro que sirven de escalones, conduce hasta la cima. Una decena de personajes oficiales, los únicos que serán admitidos en esta parte de la torre, acceden de esa manera a la última plataforma, una estrecha terraza circular, desde donde la vista se pierde, maravillada, hacia los confines del horizonte”. Otros critican: “Por una graciosa coincidencia, la Torre Eiffel se levanta justo al lado del museo de Historia de las Casas, de forma tal que, de sólo un vistazo, puede apreciarse el camino que ha recorrido el hombre desde la época en que, empujado por la necesidad, buscó refugio en una caverna, hasta el día en que levantó esta gigantesca armazón metálica sin una necesidad real, casi por aburrimiento, para divertir a la gente, cual pasatiempo de intelectual hastiado...”. Y son aún más numerosos quienes se inquietan: “Bien firme sobre sus piernas arqueadas, sólida, enorme, monstruosa y brutal, la torre explora y desafía las alturas, de un tirón, sin preocuparse por lo que se mueve a sus pies, justo como dijo Víctor Hugo: ‘Esto matará aquello’”. Y un periodista de *L'illustration* se pregunta: “¿Acaso el libro desterró para siempre las creencias que albergaba la catedral de Nuestra Señora de París? ¿Acabará el coloso en su momento con las viejas torres góticas que, tristes y humilladas, no llegan ni a su primera plataforma? Este Pantagruel de hierro podría cruzarlas pasando por encima de ellas sin gran esfuerzo. Quizás... Esperemos y observemos como buenos filósofos”, comenta irónico el periodista, una vez que los 21 cañonazos saludaron, desde la tercera plataforma de la torre, su nacimiento y su coronación.

Por su parte, José María, por solidaridad con los artistas marginados por la sociedad y con los eternos inconformes con la República, lamenta, como ellos, que esta gran Exposición Universal, que se precia de celebrar el Centenario de la Revolución francesa, haya concentrado toda su atención en esa proeza técnica. Hubiese preferido seguramente que el pensamiento francés; es decir, la creación artística y literaria no se dejase aventajar por la ciencia. Siente horror por una época en la que el positivismo científico se cree infalible, y espera que el creciente escepticismo tomara, poco a poco, el lugar de este triunfalismo naciente en las nuevas generaciones. Lo que más detesta de este siglo que agoniza es justamente la política, aquello que constituye el basamento filosófico de la República de los republicanos... pues detrás de esto percibe, una vez más y por siempre, la sombra del hombre que lleva su mismo apellido: ¡Severiano de Heredia!

Por fortuna, entre los círculos que frecuenta, tiene la suerte de relacionarse con toda una generación de jóvenes escritores, algunos provenientes de medios muy católicos, por ejemplo, su amigo, el novelista Paul Bourget, quien ha publicado con éxito *El discípulo*, en que denuncia los problemas

que causa el materialismo y la infalibilidad de la Razón razonadora que propaga inútilmente la inquietud espiritual. Este mismo año se publica por fin *Un hombre libre* de Maurice Barrès, obra en la cual el autor de 27 años de edad, se convierte en el defensor de todos los valores tradicionales, y a menudo no vacila en declararlos superiores a los valores de la experimentación científica. Es un adepto del boulangierismo y está a favor de un regreso a las fuentes de energía nacional. Por su parte, su gran amigo, el vizconde Eugène-Melchior de Vogüé, a quien invitó a su casa el verano pasado para que conociese Bretaña, parece tener una opinión más medida sobre el asunto, y en la *Revue des Deux Mondes*, en la cual José María continúa publicando con regularidad sus sonetos, escribe una especie de “Plegaria sobre la Torre Eiffel” que conmueve hasta las conciencias más conservadoras y en la cual se dirige a la torre en estos términos: “Hija del saber, inclina tu orgullo, pues no basta con iluminar el espíritu si no se curan las eternas penas del corazón... Debes saber fundar el templo de la nueva alianza entre la ciencia y la fe”.

Aunque los simbolistas están a la moda en este momento, a José María no le preocupa el futuro. Y si para los críticos la muerte de Víctor Hugo representó el fin del romanticismo, se aprecia, sin embargo, que los parnasianos están aún bien vivos. Sus sonetos lo demuestran; además, ahí están también Leconte de Lisle, Sully Prudhomme y François Coppée, quien siempre ha sido muy popular. También se habla de un cierto Jean Moréas, poeta de origen griego y autor de las “Cantinelas”, quien hace sólo dos años publicó en *Le Figaro* un manifiesto que tuvo gran repercusión; en ese manifiesto, el autor se autoproclama como el promotor de una nueva escuela, que los diarios tildarán erróneamente de “decadente”, pues en este caso no se trata, en absoluto, de decadencia, sino de una reacción contra la elocuencia del romanticismo y el rigor parnasiano. José María comprende rápidamente que este poeta, como tantos otros, se inspira en Baudelaire y que los mismos simbolistas lo critican porque no encuentran en su obra más que una música popular, un sencillo e ingenuo lamento con un ritmo muy ordinario. Mas, no puede negar que este movimiento, que inaugura una poesía diferente, ya existe e, incluso, tiene cierta importancia en el mundo literario y se dedica ante todo a evocar los confusos sentimientos del subconsciente, los estados de ánimo y las impresiones efímeras.

Por otro lado, lo que tranquiliza al poeta parnasiano es el hecho de comprobar que el gran público no comprende mucho mejor a estos poetas “decadentes” y que, por ende, se mantienen al margen de la ideología oficial. Ese es el destino de todos los artistas. Los simbolistas son anarquistas en su gran mayoría, algunos son fervientes católicos, pero lo fundamental radica en que ya no se suman al credo positivista y se encierran en su torre de marfil, contradiciendo las palabras de Gambetta, quien soñaba con que los gustos de las masas y de los medios literarios terminarían por fundirse un día en una República ateniense.

De esta forma, en otra capa de la sociedad, cuando se apagan las luces de las fiestas y la Exposición Universal cierra sus puertas en el mes de octubre, la euforia de las clases dirigentes pronto se transforma en una profunda inquietud; sobre todo, de orden moral. Persiste una preocupación, una especie de melancolía que se nutre del boulangierismo, movimiento agonizante que alienta todos los miedos, todas las angustias, las pasiones y las venganzas, y en el cual se han unido, por motivos diferentes, todos aquellos a quienes el régimen ha decepcionado: conservadores, monárquicos y anarquistas. Y para José María de Heredia y sus amigos, esto significa que, un siglo después de la Revolución francesa, todos los síntomas de la decadencia se han reunido al fin para quebrantar definitivamente la famosa República de los republicanos.

A partir de entonces, su único objetivo es alcanzar lo más rápidamente posible la cumbre de la gloria, y emplea todos los recursos posibles para lograrlo: se vuelve cada vez más mundano, frecuenta los salones literarios que reúnen a toda una sociedad de escritores y cultiva un tipo de sociabilidad muy conocida en esa sociedad francesa de fin de siglo. Le gusta ir a menudo al barrio de St. Germain; a visitar a Geneviève Straus, a quien conoció en casa de Toulmouche; hija del compositor Fromental Halévy, viuda de Georges Bizet, Geneviève contrajo matrimonio con Émile Straus, el abogado de los Rothschild. En su salón hay, además de personas de una inteligencia cultivada, un elegante y discreto mobiliario, una bella colección de cuadros impresionistas y, detalle interesante, unas cómodas butacas muy apreciadas por el público masculino. También se comenta que es amiga y confidente de la princesa Matilde, a quien visita con frecuencia en estos últimos tiempos, para divertirla con las infidelidades de su voluble amante Claude Popelin.

De hecho, detrás de cada hombre famoso se esconde una musa. La de Anatole France es la señora de Caillavet, que pertenece a los altos círculos financieros judíos; la de Jules Lemaitre es Jeanne de Loynes, mujer aún bella, a pesar de haber pasado ya de los 50 años, con su larga y espesa cabellera negra, y que se sabe fue una mujer de vida fácil. El domingo por la tarde recibe a sus fieles amigos Alexandre Dumas hijo, Samuel Pozzi, Leconte de Lisle, Renan y Maupassant, a quienes se une en ocasiones José María de Heredia. Entre esos asiduos caballeros pueden citarse hasta a Flaubert y a los hermanos Goncourt, quienes en otra época iban a su casa a disfrutar de unos juegos imaginativos, inocentes y obscenos, de eso hace ya unos 20 años. Se cuenta que la dueña de la casa, dirigiéndose al público, lanzaba una palabra como "maltusianismo" y pedía a sus invitados que la definieran. Por supuesto, luego cada quien, sintiéndose atrapado, debía improvisar al momento alguna tontería o grosería cualquiera. Como es lógico, este tipo de bromas sólo se realizaba en algunos salones frecuentados por un público bien selecto, que resultaron, por cierto, muy afectados por la tormenta boulangierista, pues muchas mujeres de mundo se habían sentido atraídas por el bello general Boulanger, y no habían dudado en recibirlo en sus días de gloria.

Y cuando en los salones ya no había tema para sostener una conversación mundana, algunos de los habituales se dedicaban a propagar todo tipo de maledicencias, como aquella anécdota que estaba de moda acerca de Leconte de Lisle, poeta que en su tiempo había sido tan brillante. Se decía que el maestro había perdido la memoria con los años, hasta al punto de olvidar sus propios versos. O al menos eso contaba uno de sus admiradores, que había sido invitado a su casa recientemente, y que, para rendirle homenaje, había declamado uno de sus más bellos poemas. Cuentan que no bien había terminado, el gran parnasiano exclamó: "¡Ah!, ¡Qué bellos versos, son casi geniales!" Y la noticia se transmitió tan rápido que pronto llegó a oídos de José María. El poeta no se asombró en demasía, pues hacía tiempo sabía que el viejo sabio ya no quería salir. Incluso, en los últimos tiempos se había negado a asistir los sábados al salón de José María de Heredia, y prefería visitarlo en la intimidad de su familia, con sus hijas, y, sobre todo, con la joven Marie, a quien consideraba muy talentosa y que se parecía tanto a su padre.

Consciente de las maledicencias que corren en esta sociedad, José María está cada vez más atento a lo que pudiera decirse sobre su persona. Sabe que la crítica en Francia es cruel y que los salones se alimentan de la más mínima anécdota. Quizá, por esta razón lee con genuina satisfacción en los *Cahiers trimestriels de la Muse Française*, que "el poder de atracción y de seducción que ejerce sobre los hombres de su edad y sobre los recién llegados al mundo del arte y la poesía, continúa siendo igual de grande en la actualidad". Sin embargo, al leer este elogio no puede evitar un rictus de amargura, pues sabe que la juventud es despiadada; aun así, pasa sus días rodeado de una corte de jóvenes, como siempre le ha gustado estar. Es toda una multitud de pretendientes y admiradores la que viene cada sábado a su apartamento de la calle Balzac, atraídos tanto por la gracia y la belleza de sus tres hijas que tienen, la mayor 19, la segunda 15 y la menor 12 años, como por la devota admiración que le profesan a su padre. No existe en la actualidad un solo poeta, joven por demás, que para lanzarse al mundo literario no trate de que José María de Heredia lo apadrine. Y esto le basta para satisfacer su amor propio. Por esto se deja llevar, despliega sus encantos, aconseja, halaga; en ocasiones, también se vuelve duro y hasta intransigente, cuando comenta los primeros poemas que le son presentados. Teniendo siempre como guía la poesía parnasiana y el respeto por las estructuras poéticas tradicionales, José María estudia minuciosamente todas las posibilidades de una locución o de una palabra, las detalla, valora cada adjetivo, hace brillar cada imagen, vibrar cada sonido y se enorgullece de ser el único que enseña, como nadie nunca supo hacerlo, el arte de esculpir los versos.

El maestro siempre recibe a sus invitados a la entrada de su lujoso apartamento del cuarto piso, de pie frente a la larga hilera de salones, bien erguido, como siempre, para no perder un solo centímetro de estatura, elegantemente vestido, con pantalón escogido con gusto exquisito al igual que sus corbatas, que combinan a la perfección con el color del saco, y

con la tez fresca y bien rasurada. En cuanto llegan sus invitados, les tiende generosamente la mano antes de conducirlos, con unas palmaditas amistosas, hacia su gabinete de trabajo, que pronto se transforma en fumadero, y donde los poetas se dejan envolver y seducir por la mezcla de efluvios de las pipas y los cigarros. Ese día va a conocer a quien se convertirá un tiempo después en su yerno y amigo, Pierre Louÿs, y es Henri de Régnier, joven poeta simbolista que acaba de publicar su primer libro de poemas *Lendemains* con la editorial Vanier, quien se lo presenta. Y en breve se formará a su alrededor toda una corte de pretendientes, enamorados del padre o de las hijas, en ocasiones de ambos a la vez. El nombre de los Heredia brilla en el firmamento y él se deja embriagar por todos estos honores, por estos éxitos, sin sombra de celos por los futuros poetas que siguen los pasos del maestro, en busca de glorias futuras. A menudo se olvida del paso del tiempo y va en busca de un soneto, preferentemente de uno inédito, y con su voz potente y vibrante, lo lee una vez más, una vez de más tal vez, ante su público que lo escucha, aparentemente encantado como siempre. En ocasiones, hasta tartamudea, pero, ¿qué importa? Su dicción hace el resto y suple esta deficiencia. Podemos hasta llegar a creer que esta vacilación es fingida, necesaria para resaltar el texto. A veces, también se interrumpe y pregunta al auditorio si sería preferible utilizar esta u otra variante, o si no sería más juicioso escoger otro adjetivo. Nadie lo contradice, él corrige y recita sólo sus propios textos, siempre solo, pero de manera invariable en presencia de literatos, de críticos y de artistas cuidadosamente seleccionados.

De hecho, su salón es ante todo el lugar privilegiado para la transmisión oral de su obra, sus famosos *Trofeos*, que exhibe poco a poco en espera de su consagración final, ante un público de privilegiados. Nunca se cansa de recitarlos, para escuchar cómo suenan, siempre en alta voz, siempre dando pequeños paseos. Pero, en ocasiones, se pone a razonar, casi siempre acerca del verso, de todos los versos creados desde los principios de la humanidad. Toma entonces un fragmento de poesía, le da vueltas al derecho y al revés, lo sopesa, lo hace sonar. Luego lo retoca con infinitas precauciones y ciertos escrúpulos. Es una especie de bolsa de valores poéticos, en la cual se fijan los precios y se habla de las revistas de tirada reducida que pudieran publicarlos hasta en los más recónditos confines de cada provincia. Su originalidad, como lo precisa, no está tanto en las ideas como en las imágenes, pues domina el arte de combinar las palabras para producir un efecto determinado y provocar una emoción estética: ese es su propio sistema, al mismo tiempo musical y plástico. Se sirve de la música que hay en las palabras para esculpir y para pintar. Para él, la visión de las cosas se traduce en sonoridad.

Entre todos sus poemas, el que más llama la atención de la juventud simbolista representada por Pierre Louÿs y Henri de Régnier, es ciertamente su soneto "Jasón y Medea", que ha dedicado a Gustave Moreau, porque su simbolismo pictórico y su sobrecarga decorativa tienen ciertos lazos de



parentesco con ellos. A partir de entonces, esas afinidades que van desde el simbolismo hasta el “decadentismo”, no sólo le permitirán ocupar una posición estratégica en el mundo de las letras, sino también recibir en su salón a los amigos de Mallarmé, rival poético cuya influencia no puede menospreciarse. Y si se dice que Heredia es más rítmico, Mallarmé, por su parte, es sin dudas más musical, pero ambos tienen tendencia a la perfección y tratan de expresarlo todo mediante una unión del pensamiento, del verbo y de la imagen. Los martes de la calle de Roma tienen tan buena reputación como los sábados de la calle Balzac. La única diferencia entre los dos hombres está en la cantidad de relaciones que tienen, en sus esferas de influencia y en los medios materiales de los que cada uno dispone. Y, por supuesto, a nadie se le ocurriría comparar el comedor de Mallarmé, donde sólo cabe una decena de personas, con el salón de Heredia. Este descendiente de los grandes de España, que se cree un dios desde hace un cuarto de siglo, sólo desea ser famoso entre un pequeño grupo de amigos, y ser amado por, como máximo, una veintena de personas. El sueño de ver publicada su obra en un centenar de ejemplares, es algo que refleja en él una impotencia, o, tal vez, la certidumbre de pertenecer a una élite, ¡a sabiendas de que entre ese grupo de iniciados habrá pocos elegidos!

En esta sociedad, mientras más grande es el éxito, más efímera resulta la gloria. Y esto sucede con todos los artistas, y entonces piensa particularmente en su amigo Toulmouche, cada vez menos solicitado por los coleccionistas, simplemente está pasando de moda. La evolución de los gustos es acaso la causa principal del desinterés creciente por esos “pequeños cuadros de trazos minuciosos pero agradables” y como Toulmouche, hay toda una generación de “pintores del género” que se ve afectada; entre ellos, Gérôme, Boulanger, Leloir, Vibert, Worms y Saintin. Esto no constituye nada nuevo. Ya en mayo de 1876, luego de dos exposiciones, el escritor Émile Zola se lamentaba en *Le Messager de l'Europe* de que este pintor hubiese ganado reputación en este género, y se preguntaba cómo podía continuar atrayendo a tanto público ante sus cuadros. ¿Cómo es posible que esas “deliciosas muñecas”, escribe, expuestas cada año en el salón, puedan estar entre las obras más admiradas? Después opina que “incluso si nadie puede rivalizar con él en la ciencia de hacer ondear con gracia una falda de satén, o de dibujar encajes alrededor de un bello cuello, esos no son más grabados de moda, sólo un poco más perfectos en cuanto al trazado de los dibujos, que los que se encuentran en las vitrinas de las modistas”. Hay otros comentarios más explícitos sobre esas pequeñas figuras de mujer, vestidas a la última moda, que gustan enormemente al público. Uno de los críticos declara que “continuaremos admirando y comprando esas obras tan caras, es cierto; pero, a decir verdad, pienso que esta escuela, que ha tenido su reinado absoluto durante los últimos 20 años, está viviendo sus últimos días de gloria. El siglo se mueve, así como la atención del público, en dirección completamente opuesta. Y esto es para mí un gran consuelo”.

Por eso, este año, Toulmouche decide no exponer en el salón de los Campos Elíseos, e ir, en su lugar, a la Exposición de la Sociedad Nacional de Bellas Artes, siguiendo el ejemplo de su amigo Puvis de Chavannes, uno de los fundadores de este nuevo salón. “Es cierto que sus obras desentonan en medio de las extravagantes audacias de los artistas de la nueva escuela, pues estos se contentan a menudo con los bocetos, mientras que el señor Toulmouche sólo se conforma cuando ha pasado y repasado sus cuadros”. Esta frase de un crítico de arte lo fulmina, y sigue deprimiéndose lentamente hasta la muerte de su padre, hecho que le asesta el golpe de gracia. Dos años más tarde, durante una velada entre amigos, es víctima de un síncope hacia las 11 de la noche, y muere súbitamente, a los 61 años de edad, en su apartamento de la calle Víctor Massé. Luego de haber llorado a este amigo simpático, devoto y de carácter jovial, siempre feliz por el éxito ajeno, José María se propone ir durante el verano siguiente a Douarnenez, y de allí llegarse a la abadía de Blanche-Couronne para visitar a su prima, la bella viuda de Toulmouche, que canta, toca el piano y declama sus versos a la perfección. Él es su confidente y sabe bien cómo consolarla.

Pero el 12 de marzo de 1891, Théodore de Banville le anuncia la publicación de su primera novela, *Marcelle Rabe*, la única que ha escrito hasta ahora, y al día siguiente José María se entera por unos amigos de su repentina muerte. Acaba de fallecer en su domicilio de la calle Eperon. La brusquedad de esta noticia lo sacude. Con él desaparece una parte de su vida, de su pasado. ¿Acaso no era él uno de los principales representantes de la llamada escuela parnasiana, uno de sus precursores, que profesaba un exclusivo amor por la belleza y que se había opuesto tanto a la nueva poesía realista como a la que se derivó del romanticismo? Como para tantos otros, las críticas no le habían faltado: le habían reprochado, sobre todo, su falta de sensibilidad, haber perfeccionado en exceso el tema de la forma poética en su *Pequeño tratado de poesía francesa* y, además, el hecho de haber roto con el simbolismo. Pero él nunca había dejado de escribir, de criticar los remilgos de algunos autores, y fue un escritor prolífico hasta el último día de su vida. Cada año, cuando llegaba la primavera, publicaba un nuevo volumen. El año anterior, luego de *El alma de París* y de *Nuevos recuerdos*, había publicado también *Sonajas y campanillas*.

Y resulta que un día, uno de esos sábados brillantes en los que Heredia recibía como de costumbre, hacia las 4 de la tarde, uno de sus invitados, Pierre Louÿs, quien fuera presentado el año anterior por Henri de Régnier, le anuncia que otro de sus amigos, particularmente huraño y tímido, desea conocerlo y entregarle en sus propias manos su último manuscrito. Se llama André Gide, y forma parte, junto a Gauguin y a Whistler, del reducido grupo de poetas y pintores que frecuentan a Stéphane Mallarmé. Al día siguiente, con el corazón palpitante, este joven autor, que ya nadie duda se volverá famoso, toca a la puerta de su apartamento de la calle Balzac. Sus primeras impresiones fueron tan fuertes y su emoción tan grande, que

constituirán más tarde el tema de un capítulo de una de sus novelas, *Si la semilla no muere*,<sup>43</sup> que llegará a formar parte de la leyenda del parnasiano, y enriquecerá, sin quererlo, lo que es llamado comúnmente anecdótico.

“Heredia aún no había reunido sus sonetos en un volumen. *La Revue des Deux Mondes* había publicado algunos, Jules Lemaitre había citado otros. La mayoría, inéditos aún y de cuyo recuerdo éramos celosos guardianes, nos parecían aún más espléndidos por el hecho de que el vulgo los ignoraba.

”Lo que me consternó, en primera instancia, fue el hecho de lo poco que Heredia se asemejaba a la idea que yo tenía en aquel entonces de un poeta. En él no había silencios, no había misterios, ni ningún matiz en el tartamudeo de su fuerte y clara voz. Era un hombre pequeño, considerablemente apuesto, aunque un tanto rollizo, pero iba bien erguido y caminaba haciendo sonar los talones. Tenía una barba recta, el cabello corto, y para leer usaba unos impertinentes por encima de los cuales, o mejor dicho, por cuyos lados, lanzaba unas miradas particularmente confusas y veladas, sin malicia alguna. Como los pensamientos no lo abrumaban, podía decir sin ceremonias todo lo que le pasaba por la mente, y eso le daba a la conversación una frescura muy agradable. Se interesaba casi de manera exclusiva por el mundo exterior y por el arte; quiero decir, no era muy bueno en el terreno de la especulación, y de los demás sólo conocía los gestos. Pero como había leído mucho y como desconocía sus carencias, no necesitaba nada. Era más un artista que un poeta, aún más, un artesano.<sup>44</sup>

”Primero me sentí terriblemente decepcionado; luego me pregunté si mi decepción no vendría acaso de la falsa idea que me había hecho del arte y de la poesía, y si la simple perfección de esta profesión no era algo mucho más valioso que lo que hasta entonces había creído. Heredia recibía con los brazos abiertos, y su acogida resultaba tan cálida que nadie se daba cuenta enseguida de que su mente era un poco menos abierta que sus brazos; pero amaba tanto la literatura que, incluso si su intelecto no comprendía, al final lograba entender gracias a la palabra, y no recuerdo haberlo escuchado decir tontería alguna”. Sin embargo, al día siguiente de su visita, Gide le escribe a Paul Valéry: “Ayer por la tarde en casa de Heredia, me quedé verdaderamente aterrizado con la furiosa pelea que se vive en el ‘mundo de las letras’. Se comen unos a otros furiosamente. ¡Ah! ¡Qué odioso egoísmo se siente en esas almas! Allí todo se convierte en carnada para la prensa y para la publicidad; el salón de Heredia se asemeja a una agencia de publicidad”.

---

<sup>43</sup> Primera visita de André Gide presentado por Pierre Louÿs a José María de Heredia, el 7 de marzo de 1891. En André Gide: *Si le grain ne meurt*, cap. X, pp. 260-261.

<sup>44</sup> Además, Gide brinda una explicación con relación al empleo de la palabra *artesano*: “Quien aquí dice poeta, quiere decir artista; y quien dice artista, quiere decir artesano”. “Pienso sobre todo en Heredia cuando empleo esta palabra —dice André Gide— y pienso que no conlleva idea despreciativa alguna, pues la perfección sólo puede alcanzarse aquí”, André Gide: *Essais critiques*, p. 530.

En cuanto las temperaturas comienzan a subir y a incomodarlo, José María se va a Douarnenez, pues está enfermo desde hace un tiempo, o al menos eso le escribe a su viejo amigo Morel-Fatio: “Tengo una crisis de gota, además de la enfermedad de mi suegra”, después se interesa por su salud, pues hace ya algunos años que no tiene noticias suyas. Y luego de agradecerle por su interesante artículo sobre los Archivos de la Casa de Alba, aparecido en la *Revue Historique*, que acaba de recibir, se alegra por la aparición de su nombre en *Le Figaro*, al pie de sus primeros sonetos: “Un pintor”, “Arvor”, “Floridum mare”, “El baño”, “Marea alta” y “Maris Stella”. Y cada vez que relee un soneto, es como si acabase de crearlo de nuevo, se maravilla, se detiene en él, y se toma su tiempo para saborearlo. Los aparta uno a uno, los recita poco a poco, se sorprende y se asombra de sorprenderse otra vez, pues cada soneto, con su unidad y su estructura rigurosa, es como el capítulo de una historia diferente, totalmente independiente de la precedente, distinta en su misma semejanza. Al final desea que el lector, cuando los descubra, se pregunte si cada *Trofeo* es para él un óleo, un aguafuerte, un pastel, una acuarela o un carboncillo; si ha sido moldeado en barro, esculpido en granito, en madera o en mármol. En ocasiones, para representar los combates, el ruido de las cascadas, la furia del mar o los rumores confusos de la selva virgen, no ha dudado en utilizar onomatopeyas metálicas que aún resuenan en sus oídos, y que hacen vibrar los sonidos, prolongándolos como un eco. Hace ya tiempo que sueña con todas las posibilidades que le ofrece el arte literario, tanto como la escultura, la pintura e, incluso, la música. Y en esto se aproxima en secreto al universo de Baudelaire, para quien “los perfumes, los colores y los sonidos se corresponden”.

A fines de noviembre, después de haberse retirado por algún tiempo de la sociedad parisina, afectado por los comentarios sobre su persona que aparecieron en *l’Echo de Paris*, en un artículo de Jules Huret titulado “Encuesta sobre la evolución literaria”, se apresura en escribirle a Bernard Lazare, narrador y crítico literario, por haberse hecho eco de la opinión que tienen los jóvenes de él. En efecto, gracias a este habitual de los martes de la calle de Roma, José María se entera, encantado, que la nueva generación lo tiene casi al mismo nivel que Mallarmé. Está entusiasmado, y si interiormente le cuesta trabajo soportar las lucubraciones de los simbolistas, no deja que los invitados de su salón lo perciban. Por el contrario, siempre mantiene la cabeza fría y no olvida su reputación de ser acogedor y, tal vez, menos intransigente que los otros parnasianos. Por esto, todos los elogios que se le hacen, vengan de donde vengan, nunca lo dejan indiferente; en especial, estos que acaba de leer.

“Ninguno de quienes han visitado su casa podrá olvidar la exquisita bienvenida que usted le dio, ni el fraternal interés que demostró por sus obras, ni sus nobles consejos, para los cuales debió olvidarse de sus teorías y de sus concepciones, para poder ponerse en nuestro lugar.

”En estos tiempos en que la benevolencia resulta tan rara, es un gran consuelo y una gran alegría encontrarla en uno de los más grandes artistas

que yo conozca. Usted conoce además toda la admiración que sentimos por sus tan bellos y admirables versos, conservados en nuestra memoria, y cuán inestimablemente preciosa nos es su simpatía.

”Junto a la de Mallarmé, su entrevista quedará como una de las más puramente estéticas que hayamos escuchado jamás...”.

El poeta de *Los Trofeos* espera esta última frase desde hace tiempo, y se alegra enormemente de que lo tengan al mismo nivel de ese poeta enigmático, por quien siente en secreto una profunda admiración, quizá sólo porque brinda sus conocimientos a un cenáculo de iniciados y porque habla con tanto misterio y con un tono tan poco doctrinal. De Mallarmé también se dice que sus conversaciones, siempre preparadas de antemano, no se diferencian mucho de sus “divagaciones”. Nunca confirma una nueva propuesta antes de someterla a consideración y, con el índice en el aire, la lanza, casi de forma interrogativa, como diciendo “¿No podría decirse también...?... quizás...” y casi siempre concluye sus frases con un “¿No les parece? Como vive atormentado con su preocupación por la elegancia y el preciosismo, deja que su arte se aleje de la vida, de manera deliberada, como lo hace con sus semejantes.

Pero José María sabe bien de qué habla cuando evoca la personalidad de Mallarmé, quien nunca le hizo el honor de venir a su casa de la calle Balzac, mientras que él sí fue en varias ocasiones a la calle de Roma, y estuvo en su pequeña habitación llena de humo que le servía de salón y de comedor, y en donde recibía a sus discípulos. La atmósfera del lugar resultaba casi religiosa, reinaba una gran calma y el interior era modesto; así la describe: “Nos sentábamos, escribe, alrededor de una mesa redonda en la cual había un enorme recipiente con tabaco, del que nos servíamos para liar nuestros cigarros o rellenar nuestras pipas de arcilla. Hacia las 11 de la noche, entraba su hija Geneviève y traía unas bebidas, pues no había doméstica, y cada vez que sonaba el timbre, el Maestro debía levantarse para abrir”. Mas, Heredia nunca quiso saber por qué Mallarmé detestaba tanto la vida mundana... ¿Era acaso timidez o simplemente le huía al personaje de “*poeta de moda*” que José María encarnaba tan bien y tan mal? ¿O quizá en verdad consideraba —como dejaban entrever ciertos rumores— que era el único modelo poético de este siglo?

Es cierto que nunca faltaban los elogios cada vez que se publicaban sus poemas. Acaba de publicarse un artículo de Paul Verlaine en la revista *Hommes d'Aujourd'hui*<sup>45</sup> en el cual este se refiere a José María en términos elogiosos: este español singularmente francés que, “por la unidad rigurosa de cada uno de sus pequeños versos, pequeños por la dimensión, grandes por las ideas que exponen y por las imágenes que dibujan, ocupa un lugar aparte en el soneto francés”. José María lo sabe y prepara febrilmente la salida de su libro sobre *Los Trofeos*; está trabajando en él desde hace un buen tiempo y decide, para lograr terminar este trabajo, dejar París y refugiarse

---

<sup>45</sup> Artículo de Verlaine, quien firma su nota biográfica sobre José María de Heredia en la *Revue des Hommes d'Aujourd'hui*, N° 405.

en Bretaña. Luego de una estancia en Le Croisic, donde recibe a Henri de Régnier, enamorado de su hija Marie, parte de nuevo a pasar el verano en familia en Savenay, en la antigua abadía de Blanche-Couronne, residencia de su gran amiga, la viuda del pintor Auguste Toulmouche. Ahora ya tiene prácticamente reunidos los 117 sonetos que conformarán sus *Trofeos*, la obra de toda una vida, y al final añadirá dos largos poemas: el “Romancero”, en tres partes, y el fragmento épico titulado “Los conquistadores del oro”. Y antes de que termine el año 1892, prepara una tirada excepcional, de sólo diez ejemplares, para un concurso en la Academia Francesa.

Un mes más tarde, la *Revue Blanche* ya anuncia la próxima aparición de los famosos *Trofeos*, inspirados por “Grecia y Sicilia”, “Roma y los bárbaros”, “La Edad Media y “El Renacimiento”, “El Oriente y los trópicos” y “Naturaleza y sueño”. Un poco antes de este acontecimiento, Heredia participa en el 7º Banquete de la Pluma,<sup>46</sup> que preside Stéphane Mallarmé, y al finalizar la cena, de repente, ve que el poeta se levanta, toma su copa de champaña y con una voz sonora, aunque un poco insegura, recita su soneto “El brindis” ante el público invitado, formado en su mayoría por jóvenes, quienes, en un inicio sorprendidos por este gesto insólito, lo aplauden con tres ovaciones sucesivas. No es común que el maestro lea sus versos en alta voz, pues no cesa de repetir a sus alumnos “que un poema no está hecho para ser escuchado, sino para ser leído”.

Al fin, el 16 de febrero llega el tan esperado acontecimiento literario. *Los Trofeos*, editados por Alphonse Lemerre ya están en las librerías, y en 24 horas se agota la primera edición de los 600 ejemplares, a pesar del escepticismo de José María, quien en la dedicatoria de su libro a Leconte de Lisle, deja ver cierta molestia por recopilar sus “versos dispersos” y por publicar un volumen que le parece en parte incompleto. En efecto, dedica sus poemas a su maestro indiscutible, Leconte de Lisle, “no sin lamentar el no haber podido hacerlo mejor, pero con la conciencia tranquila por haber hecho mi mayor esfuerzo”. Finalmente, en el breve prólogo del libro, José María desea a sus lectores que experimenten, “cuando lean sus poemas, el mismo placer que él sintió al componerlos”.

Pero si algunos le reprochan que sea el único poeta de su tiempo que ama la forma por la forma y no por lo que expresa, su éxito se confirma rápidamente en el público; los únicos elogios que le interesan en especial son ciertamente los que espera del poeta Stéphane Mallarmé, a quien acaba de enviar su selección de poemas. Una semana más tarde recibe la respuesta de este amigo difícil, mucho tiempo desdeñado.

“Su obra debe confirmar conscientemente, lo que a primera vista parece ser: un libro completo, nuevo en cada página, un volumen de versos

---

<sup>46</sup> Manifestación literaria organizada a partir de 1891 y que reunía en un banquete a todos los escritores de moda. Aquí se trata del 7º Banquete de la Pluma, celebrado el 15 de febrero de 1893 y presidido por Stéphane Mallarmé.

por excelencia. Como un libro de horas, como un ritual... Y esto lo sugiere mediante el empleo exclusivo de sonetos. Yo nunca hubiese osado insinuarle que abandonase ni sus tercetos, ni su canto épico; pero me siento feliz de que lo haya hecho, dejando así al descubierto el extraordinario sentido de *Los Trofeos*. Este libro le da la razón espléndidamente, en cuanto a la unidad de forma del tipo de poema adoptado, el soneto, al que usted ha liberado de su papel de figura decorativa para convertirlo en la expresión definitiva, plena y suprema de la poesía”.

Y hasta llega a añadir: “He aquí la nueva forma de presentar el verso, del cual tanto hemos abusado”.

Heredia, siempre muy susceptible y atento a la menor crítica, cree percibir un reproche en lo referente a los poemas sobre el Cid que añadió a *Los Trofeos*, y que no están en forma de soneto. Y le responde en el mismo sentido: “Decidí añadir a mis sonetos tres poemas sobre el Cid y un gran fragmento épico de *Los conquistadores del oro*, con la idea de probar que era capaz de hacer otra cosa diferente a los sonetos, y de desarrollar con una amplitud de fresco, un tema poético (...) No lamento haberlos colocado al final de mi libro; sirven de demostración y de contraste. No estoy para nada choqueado, pero me parece que en su caso la experiencia es concluyente. Si Dios me da (o más bien las musas) vida y fuerzas, añadiré a los 12 primeros sonetos, otros 50 que he comenzado y que cerrarán mi pequeño ciclo; luego conformaré un todo homogéneo en una edición definitiva, de la cual eliminaré los poemas...”

José María ha refinado, tallado, pulido y repulido tanto y tanto, tanto y tanto estos *Trofeos*, que no soporta que un ojo ajeno pueda ver un defecto en su concepción o en su fabricación. Y le confía a Pierre Louÿs que todo debe quedar perfecto, pero no deja cada día de dudar, de justificarse sobre esta obra inacabada, pues hay fragmentos de poemas esbozados que de seguro le será imposible terminar en lo que le queda de vida, y que otros se encargarán de hacer después de su muerte. En efecto, para el poeta aún no se ha detenido la composición de la obra en su totalidad. ¿Impotencia de su parte u orgullo de genio? Lo único que puede hacer para que al lector le resulte más agradable su obra, es una clasificación clara y lógica de sus más bellos poemas. Por otra parte, quizás había querido construir su obra como *Las bucólicas*, del poeta André Chénier, obra que había estudiado y que admiraba tanto por su poder de evocación, su arte de la puesta en escena y de la composición. “¡Es el primero —decía— desde Ronsard y La Fontaine, que, en la poesía francesa, había poseído el sentimiento de la naturaleza!” Y resultaba probable también que los fragmentos de Chénier que se incorporaban al final de la selección de sus poemas acabados, estaban concebidos a imagen y semejanza de lo que Heredia había querido reproducir en sus *Trofeos*, “con sus versos dispersos que no podían unirse con nada”, pero de los que se desprendía un valor poético propio. Era su concepción de una obra que pretendía parecer fragmentaria, y en que sus

sonetos inacabados encontraban un lugar junto a los sonetos terminados, pues la creación en sí debía ser aprehendida como algo que está en proceso de composición. Composición que era constante y nunca se detenía, hasta alcanzar la perfección. No obstante, a veces sucedía que las imágenes demasiado perfectas inmovilizaban la vida. El soneto, por su forma mística y matemática, traía consigo exigencias de composición irrealizables. Y esos fragmentos de sonetos constituían siempre una puerta abierta a algo más. De esta forma, al salirse de un contexto, algunos de estos versos escapaban a veces al ejercicio rígido y formal de las leyes de la poesía y sugerían otras formas, diferentes a las que uno hubiese querido imponerles. De hecho, era todo un poder de sugestión, de evocación, lo que él trataba de alcanzar con esta mezcla de géneros, prosa y poesía. Para él, lo fundamental era que su trabajo poético lograra producir una imagen y que nos permitiera entrever un sueño.

Quince días después de la venta en librerías de *Los Trofeos*, y ante el éxito que tuvo la obra, *Le Figaro* organiza una votación para saber quién debe ser designado para pertenecer a la Academia Francesa, y el nombre de José María de Heredia ya circula en las salas de redacción. Y como, en ocasiones, el azar hace bien las cosas, José María se entera el 19 de abril de la muerte del poeta y crítico Charles Mazade, que había sido miembro de la Academia desde el 7 de diciembre de 1882. Mazade trabajaba en la *Revue de Paris* y era cronista político en la *Revue des Deux Mondes*. Para Heredia, que ya se veía bajo la cúpula del edificio de la Academia, pronunciando su discurso de bienvenida y elogiando los méritos de su predecesor, iese hecho fue verdaderamente como una bendición del cielo!

En cuento comienza el calor, José María no duda en dejar la capital, y sobre todo porque desde la muerte de Auguste Toulmouche no deja de visitar regularmente a su viuda, y permanece varios meses en Blanche-Couronne, cerca de Blain, en el departamento de la Loira Atlántica, en esa magnífica abadía rodeada por un frondoso parque y por un bosque donde pueden cazarse jabalíes. Fuera de la temporada estival, también se encuentra con la viuda en París, tanto en el salón de Geneviève Bizet, antigua esposa del célebre compositor y que acaba de casarse con Émile Straus, como en la casa de la princesa Matilde. Y cada vez que un invitado pronuncia su nombre, *Marie*, él sonríe, pues es también el nombre de su hija preferida. Sin embargo, para que nadie malinterprete sus intenciones, le complace recordar a todos los que le rodean sus estrechos lazos de parentesco con los Lecadre, de donde se comprende su legítimo afecto por esta mujer que, además de ser bellísima, es artista y músico!

Ese año de 1893, que quedará en los anales como el año de *Los Trofeos*, para Heredia es también el año de todos los éxitos, está completamente embriagado: nunca libro alguno suscitó tantos artículos elogiosos, ni tantas referencias de amplitud variada, referidas a todo lo que, de manera directa o indirecta, pudiese tener relación con la poesía. La obra constituye



un gran acontecimiento, la prensa la acoge de forma entusiasta, su lectura es fácil. Con sólo una o dos horas se logra conocer toda la obra del poeta. Se dice, por demás, que cada uno de esos pequeños poemas, contruidos y perfeccionados con tanto esmero, constituye “un hito erigido en cada una de las etapas de la humanidad”. Un sinnúmero de artículos aparece cada día. Y el crítico literario Barracand cuenta en sus *Memorias literarias* la siguiente anécdota: “Una noche, en un rincón del gabinete de Leconte de Lisle, mientras la velada continuaba en el salón donde estaba Heredia, estábamos hablando de *Los Trofeos*. Un poco picados por este triunfo rotundo, sus más queridos amigos presentes no podían evitar el buscar los puntos débiles de la obra, y sólo lograban sacar bagatelas insignificantes. Yo tuve la imprudencia de decir:

”—¿Habéis visto en ‘La conquista del oro’ esas cuatro rimas agudas una a continuación de la otra?

”Todos se levantaron de un tirón. El libro estaba sobre la mesa y resultó muy fácil comprobar la incorrección. Me arrepentí de haber hablado.

”—No le digamos nada, ya tendrá tiempo de darse cuenta.

”—Que sí, digámoselo, le estaremos haciendo un favor.

”Y uno de ellos, con el libro en la mano, corrió al salón, seguido por todos los demás. Nunca había visto tamaño asombro. Heredia palideció, y miraba el libro sin creer lo que sus ojos veían.

”—¡Lo he leído un centenar de veces! ¡Es incomprensible, extraordinario!”

Por desgracia —añade el cronista— me encontré con un joven escritor amigo y cometí la imprudencia de contarle la anécdota, sin pensar en el uso que podría hacer de ella. En efecto, este se apresuró a escribir, para no sé qué diario, una nota divertida y condimentada con un poco de maldad que no tenía mucho que ver con la literatura. El poeta cubano reprobaba ese espíritu crítico de los franceses, aunque no les guardaba rencor. Por otra parte, gozaba con brillantes revanchas. No había una semana en la que no le informaran acerca de una nueva edición encuadernada de *Los Trofeos*, en la cual cada soneto estaba, en la mayoría de los ejemplares, adornado con composiciones artísticas, obra de los más ilustres maestros del pincel y del grabado. ¡Estas obras eran únicas y de un precio inestimable! Se le veía entonces sentarse ante su escritorio, comprobar concienzudamente su pluma, y con su bella escritura, aplicada y firme, escribir dedicatorias a cada cual. Luego, con un amplio gesto de la mano y del brazo, firmaba todas sus cartas, hasta la nota más insignificante. Al día siguiente, los periodistas comentaban su firma “que se incrustaba como un sello real en el que el trazo se alzaba al final, cual penacho triunfante”, pues todo lo que sale de esa pluma —precisaban— es noble y prolijo.

Y cuando el 8º Banquete de la Pluma decidió reunirse de nuevo a mediados de octubre, la presidencia recayó, naturalmente, en el querido José María de Heredia, brillante rival de Stéphane Mallarmé.

## 1894-1898

### El caso Dreyfus y el Comité Francés de Cuba Libre

Nada parece poder detener esa abrumadora ola de atentados anarquistas; no hay ley represiva que logre intimidar a sus autores, ni la que faculta que las autoridades judiciales condenen a todo individuo que haya participado de manera directa o indirecta en un atentado ni la que condena a cinco años de prisión cualquier incitación al crimen, al incendio o al robo. Incluso se aprueba una ley que identifica a los anarquistas como maleantes y se les castiga con trabajos forzados. Estas nuevas “leyes criminales”, que al parecer se han aprobado sin discusión, alarman a algunos diputados radicales y excitan la cólera de la extrema izquierda, la cual no vacila en interrumpir los discursos de los ministros en plena Asamblea, provocando así sesiones tumultuosas que en ocasiones se tornan violentas. A esa agitación que cada vez se hace más fuerte, se responde con la represión. A inicios del mes de enero, la Corte de Casación condena a muerte a Auguste Vaillant, quien será guillotinado el 7 de febrero. Y resulta que la duquesa de Uzés, siempre en contra de la corriente, después de haber apoyado y financiado a su amigo, el general Boulanger, se propone responsabilizarse con la educación de la hija huérfana del condenado. Pero mientras más registros y arrestos suceden, más virulenta es la respuesta de los anarquistas. Unos días después de la ejecución de Vaillant, explota una bomba en un café parisino próximo a la estación terminal de trenes de Saint-Lazare, dejando un saldo de un muerto y una veintena de heridos. A continuación se produce toda una serie de atentados; un artefacto explota en un restaurante causando varias víctimas entre las cuales se encuentran, en esa ocasión, los defensores de su propia causa: el poeta Laurent Tailhade, que se hallaba por casualidad en el establecimiento, pierde un ojo. Coincidencia dramática, pues es el mismo que había escrito al día siguiente del atentado de Vaillant: “¡Oh, antorcha de la anarquía! ¿Qué importan las víctimas, si el gesto es hermoso? ¿Qué importa la muerte de vagas humanidades, si con ella se afirma el individuo?”

Y entonces, el 24 de junio de 1894, el presidente Sadi Carnot, de visita en Lyon para asistir a la inauguración de una exposición, es asesinado cuando se dirigía a una gala que se daba en su honor. El joven autor del atentado

es un anarquista italiano, Santo Caserio, obrero panadero, que después de abrirse camino entre los coraceros de la escolta, se sube a la puerta de la calesa que lo conduce y le clava un puñal que atraviesa el hígado del presidente. Una vez en medio de la multitud, el asesino comienza a gritar “¡Viva la anarquía!”, y rápidamente lo detienen. Cuando lo interrogan, responde que lo obsedía la idea de realizar una gran hazaña. También quería vengar la muerte de su hermano, de su camarada, el obrero Auguste Vaillant, a quien el presidente le había negado la gracia, a pesar de que su atentado, si bien espectacular, pues había tenido lugar en medio de la Asamblea, había causado más temor que daño, pues sólo había resultado herido ligeramente un diputado, el abate Lemire.

La súbita desaparición de Sadi Carnot y su violenta muerte acentúan mucho más las inquietudes de Severiano, pues retrata uno de los últimos políticos cuya dignidad e integridad absolutas incitaban al respeto. No obstante, si bien su ausencia le crea un inmenso vacío, también le hace recordar momentos desagradables. Se acuerda, en particular, de su arribo al palacio del Eliseo aquel día de diciembre de 1887, luego de la renuncia forzada de Jules Grévy. Lo recuerda aún ayer, con sus gestos estirados, su barba negra muy bien cuidada, su aspecto de gran burgués, muy digno, muy creído de sus funciones oficiales, con su aire distante y mundano; pero tal vez sólo era una impresión subjetiva, pues este hombre llegaba a la escena política justamente en el momento en que de Heredia la abandonaba. Detrás de esos acontecimientos, a Severiano le parece entrever sombríos presagios. Con razón no sólo le preocupa la evolución de la sociedad, sino la evolución de la República hacia la derecha con la aplicación estricta de sus “leyes criminales”; en particular, la que somete los delitos de la prensa a los tribunales correccionales. En realidad, todas esas leyes ponen en peligro las libertades individuales, y al hacerse cada vez más severas, poco a poco van a ir prohibiendo la propaganda revolucionaria, sea o no anarquista.

Por eso le desagrada la elección de Casimir Périer, antiguo presidente del Consejo, que tiene fama de tener un puño muy fuerte, pues sabe que va a hacer uso de los plenos poderes que le confiere la Constitución de 1875. Algunos ya lo llaman “el enemigo” y Jaurès, siempre brillante, haciendo un juego de palabras dice, al referirse a Périer, que hubiera preferido para Francia “las casas de dudosa moralidad donde agonizaba la vieja monarquía del Antiguo Régimen que las casas bancarias o usurarias donde agonizaba el honor de la República burguesa”, pues todo el mundo conocía sus vínculos con la familia Orleáns. Otros, como Henri Rochefort, no vacilan tampoco en tratar a ese burgués, muy afortunado pero muy impopular, de “canalla oportunista y chequero” y de “negociante de carbón de Anzin”, por ser titular del mayor volumen de acciones de la Compañía de las Minas de Anzin. Humillado por los persistentes ataques de la izquierda y de la extrema izquierda que se ha proferido contra él, inquieto e incapaz de defenderse o de responder esos panfletos, prefiere renunciar al cabo de seis meses, en

enero del año siguiente. Los moderados y la derecha se ponen de acuerdo para elegir a un nuevo presidente, a Felix Faure, un oscuro parlamentario que es, según dicen, comerciante en el Havre. Es un hombre elegante, rico, que muestra cierta prestancia y con quien muchos simpatizan; por ello no le reprochan su fortuna, que al parecer ha ganado de la forma más honesta que pueda imaginarse. Además, se interesa por la política extranjera y se sabe que es uno de los artífices de los acuerdos con Rusia, como lo había sido Carnot, su predecesor.

A todo ese desperdicio y a toda esa violencia inútil sigue un desagrado general que poco a poco irá provocando la desaparición de numerosas certidumbres. Los grandes días de la anarquía tal vez hayan terminado, pero la duda subsiste. Otra ola de antimilitarismo y de pacifismo se cierne sobre Francia y aunque el ejército conserva su prestigio, ocurre un sombrío acontecimiento que acaba por empañarlo. A fines de 1894, un oficial de artillería destacado en el Estado Mayor General del Ejército, el capitán Alfred Dreyfus, hombre rico, brillante, pero judío,<sup>47</sup> es detenido y juzgado por alta traición durante un proceso que se lleva a cabo a puerta cerrada y sin que el mismo interesado, ni su abogado, hayan podido consultar el expediente. Se sospecha, en efecto, que ha comunicado a determinados extranjeros, en este caso, al agregado militar de la embajada de Alemania, el contenido de ciertos documentos de poca importancia, pero, según dicen, lo bastante confidenciales como para que en las altas esferas se haya decidido su arresto. A consecuencia de presunciones que se consideran muy serias, el joven oficial es acusado unánimemente de espionaje y condenado a degradación y detención perpetua en la prisión de la Isla del Diablo en Guyana.

En el gran patio de la Escuela Militar, en presencia de 4 000 hombres, Dreyfus es degradado y abucheado por la multitud que se ha concentrado tras de las rejas de la institución. El pueblo reclama la muerte, pero el acusado reitera que es inocente. De inmediato, la familia del condenado solicita firmemente la revisión del proceso y ciertas sospechas empiezan a recaer sobre Esterhazy, un antiguo jefe de batallón de infantería de origen húngaro, que había sido con anterioridad teniente en la Legión Extranjera y cuya amoralidad y comportamiento, así como su evidente desprecio por los franceses, resultaban notorios.

Pero Severiano comprende de inmediato que este caso se inscribe en el contexto mucho más amplio de una importante campaña antisemita, ya iniciada por Edouard Drumont, quien en 1886 publicara *La Francia judía*, y que algunos años más tarde fundara el diario antisemita *La Libre Parole*.

---

<sup>47</sup> Por desgracia, los judíos resultaban sospechosos para una considerable fracción del público; sobre todo, luego de ciertos escándalos financieros ocurridos bajo la Tercera República. El más importante fue el del banco católico Unión General, con cuya quiebra se responsabilizó injustamente las maniobras de las altas finanzas judías. Jacques Chastenot: *Triumphes et Malaises*, p. 144.

¿Cómo olvidar, además, que este mismo individuo ya había acusado de corrupción a tres judíos, cuando el escándalo de Panamá? Sólo que, en esta ocasión, el caso es de tal gravedad que no sólo pone la República por primera vez en peligro, sino que además pronto provocará una escisión en el seno de la población francesa que la dividirá en dos campos totalmente opuestos desde el punto de vista ideológico. Aunque el antisemitismo parece retroceder entre los socialistas, por el contrario, en algunos medios intelectuales —en particular, entre los burgueses tradicionalistas— adquiere una gran importancia.

Y si numerosas personalidades cercanas a Severiano, entre quienes se cuentan periodistas, políticos y literatos no habían sido capaces de detectar oportunamente toda la complejidad de la herencia boulangierista, él nunca se dejó engañar con relación a las intenciones del general, e incluso pensaba que el recurso sistemático de la propaganda antisemita había nacido en el ala izquierda de ese partido que se había nutrido de esa manera de pensar para construir su plataforma ideológica. Esa era también la opinión del diputado radical Alfredo Naquet, de origen israelita, quien, el año anterior, en una entrevista concedida al periódico *L'Éclair*, había confirmado sus posiciones: “El antisemitismo, que es un movimiento abominable, no fue causado por el boulangierismo, sino que se ha injertado en él y en él ha encontrado una forma de supervivencia”. Por ello, desde un principio, Severiano, diputado francés de origen cubano, había combatido de forma virulenta esa corriente de pensamiento, mientras Clemenceau y muchos otros seguían coqueteando con ella.

Ha llegado la hora de sacar conclusiones y, por supuesto, sabe que, como todos los políticos, ha tenido su parte de responsabilidad en los acontecimientos actuales. Lo esencial es, ante todo, la crisis económica, social y política que ha puesto de acuerdo a todos los descontentos. El reino de los partidos, la inestabilidad ministerial, la corrupción, el inmovilismo; en fin, la imposibilidad desde 1885 de alcanzar un entendimiento entre los radicales y los oportunistas, originó en el pueblo la expectativa a un “salvador presidencial”. Y ninguno de los políticos, ni Gambetta, ni Thiers, ni Clemenceau estuvieron a la altura de esa aspiración. Ahora establece un vínculo entre los apasionados y los nacionalistas, como Déroulède y Alfred Naquet, y la imagen de otros políticos con quienes ha participado en otros combates, como Henri Rochefort, con su fuerte y singular personalidad, el blanquista Ernest Roche o, incluso, Pablo Lafargue, el yerno de Karl Marx, todos ellos comprometidos con el Comité de Apoyo a la Guerra de Independencia de su país. Y al evocar sus nombres, recuerda períodos enteros de su pasado. Pero no es típico de su carácter dejarse llevar por sus estados de ánimo; si ese hubiera sido el caso, nunca habría actuado.

En efecto, después de tantos años, Severiano tampoco ha dado con las respuestas a todas las preguntas que se hace desde hace tiempo. ¿Qué pensar del amigo de juventud, de Domingo del Monte, que nunca quiso

volver a ver a José María y que lo trató de “ángel caído” cuando vino a visitar a su madre para abrazarla por última vez? ¿Cómo perdonar a quien traicionó a su bienamado primo, a quien lo denunció injustamente? ¿Y qué decir de la actitud de sus hermanos de la logia Caballeros Racionales, del clima de delación, de temor y de hipocresía que lo había circundado poco antes de su exilio? Severiano piensa que nada podrá excusar nunca lo injustificable y que el único consuelo cuando desaparece la fe en el hombre es, sin duda alguna, el regreso a los orígenes, a su infancia, a esa inmensa nostalgia por su Isla que ha conservado en el fondo de su corazón como un tesoro escondido. Todavía hoy le basta con cerrar los ojos para recordarlo todo: la hermosura de la naturaleza, la altiva nobleza de sus palmas reales, el dulzor del Pan de Matanzas, las orillas del río Yumurí, el aroma del campo, la humedad del aire en los días lluviosos, el furor del viento y el mar desencadenado cuando se aproximan los ciclones. Y esas bocanadas de aire que venían del infinito eran para él como un rayo de luz que de un golpe barría los malos pensamientos.

El combate se ha reiniciado en su Isla, y Severiano confía en que será la última fase de la Guerra de Independencia como lo proclama *L'Intransigeant*, el polémico diario del comunero Henri Rochefort. Pero otras revistas más burguesas como *La Ilustración* hablan de “bandas compuestas por 50 o 100 hombres, mayoritariamente negros o mulatos, armados de todo tipo de armas y con unos sombreros de labradores, que operan principalmente en la parte oriental de la Isla, en las provincias de Puerto Príncipe y de Santiago de Cuba, cuyo suelo montañoso y boscoso se presta para las maniobras y a las emboscadas de los guerrilleros. Se apropian las armas y los caballos de los habitantes de la región. Siempre huyendo e inaccesibles, realizando escaramuzas sin descanso, asedian las tropas españolas... atrayéndolas a emboscadas en las cuales caen como en el vacío (...) Es así como los insurrectos saquean e incendian los almacenes, los cafetales, los ingenios situados en medio de los cañaverales que, junto al cultivo del tabaco, constituyen la principal industria y una de las mayores fuentes de riqueza de la mayor de las Antillas”. Era como para echarse a reír si no fuera que esos relatos ejercían determinada influencia en los lectores medianamente informados acerca de los acontecimientos que sucedían en Cuba.

Desde hace mucho tiempo, Severiano sabe que la gran burguesía francesa, por muy republicana y liberal que aparente ser, se solidariza con la burguesía española, debido a los intereses franceses que existen en España, a los banqueros que financian los establecimientos comerciales que aplican tarifas aduaneras preferenciales entre ambos países. Por otra parte, Francia importa muchos productos españoles y exporta pocos. Y además, siempre se mantiene toda una serie de cuestiones relacionadas con el imperio colonial que nunca se ha resuelto, ni tan siquiera para los diputados franceses. ¿Por qué entonces —se preguntan— no ayudar a España a conservar sus colonias en América y en Asia? Por último, no hay que olvidar que las inversiones

de capitales franceses en la Isla —sobre todo, en la agricultura, el café y el azúcar— explican en gran medida la posición de algunas de las grandes familias cubanas, a las cuales pertenecen sus primos, los Heredia, quienes siempre encuentran alguna buena razón para rechazar todo compromiso con los insurrectos.

Por suerte, las líneas fundamentales de la estrategia revolucionaria de José Martí estaban en concordancia perfecta con las de Betances, muy consciente de que nada podía esperarse de España ni de sus tardías y mezquinas reformas y que no quedaba más remedio que lograr la independencia mediante una guerra liberadora, popular y rápida, cuyo objetivo final sería preparar las condiciones para la futura República democrática. Pero cuando José Martí quiso viajar a París en 1894, para buscar apoyo para la colonia cubana, el mismo Ramón Betances le aconsejó no visitarlo en la capital francesa, pues la policía —le precisaba— mantenía bajo estrecha vigilancia a todos los patriotas cubanos sospechosos de simpatizar con la Guerra de Independencia. Fue en Nueva York donde el doctor Betances, con 67 años de edad, fue nombrado como delegado del Partido Revolucionario Cubano, representante diplomático de la República de Cuba en Francia, oficializando así en cierta medida las funciones que había asumido desde hace unos 20 años: búsqueda de fondos y envío de armas y de combatientes a los insurrectos. Y entonces, junto a un grupo de amigos y patriotas cubanos, entre quienes estaban el doctor Luis de la Calle, el pintor Guillermo Collazo, el doctor José Francisco Ruz, pertenecientes todos a la pequeña burguesía profesional, integrada mayoritariamente por médicos, cirujanos o dentistas, Betances decide fundar de inmediato el Comité Cubano de París del cual será espontáneamente su presidente.

Juntos, todos estos cubanos, científicos, abogados y escritores, sienten la necesidad de que la opinión pública condene a España y, para transmitir su pensamiento y convencer a los franceses de la legitimidad de su causa y de la emancipación de la Isla, harán uso de algunas publicaciones periódicas francesas como *L'Intransigeant*, el primer periódico parisino que le concedió la debida importancia a la guerra de Cuba, y *La Revue Diplomatique*, que luego de una entrevista con el doctor, clarifica de inmediato la situación real. Informan que, ese 24 de febrero, Martí, Gómez y Maceo se encuentran una vez más a la cabeza de la Revolución, mientras el gobierno español no deja de presentar los hechos como un ataque de bandidos, una revuelta de negros e, incluso, como un movimiento insurreccional sin mayor interés.

Pero entre todos esos compatriotas emigrados, Severiano siempre había creído hallarse en una posición ventajosa para interpretar lo que había que entender por “Independencia”. En el momento en que, 20 años atrás, la voz de Víctor Hugo se alzaba contra la tiranía española, Severiano ya se había comprometido definitivamente con la emancipación de su país y la liberación de los esclavos. Además, ¿cómo podría, ni por un instante dejar de solidarizarse con sus hermanos negros, que luchaban por convertirse

justamente en lo que él había llegado a ser? No obstante, en el pasado se había decepcionado con frecuencia y el contexto en el que combatió durante mucho tiempo le había resultado desfavorable. Por una parte, la tibieza de algunos de sus compatriotas cubanos, cansados por la lentitud de los acontecimientos insurreccionales que ocurrían en su Isla y, por otra, las divergencias que había encontrado entre sus colegas franceses, socialistas, oportunistas y radicales, le habían dificultado la tarea. Sólo lamentaba que toda la pasión que había depositado en ese combate no siempre fuera reconocida en su justo valor por sus compañeros, pues se había visto obligado a actuar de manera diferente, más secreta y más diplomática, debido al puesto oficial que ocupaba en ese momento.

Justamente por esa época se publican en París las famosas *Memorias sobre las revoluciones de Venezuela* de José Francisco Heredia,<sup>48</sup> padre del Cantor del Niágara, precedidas por un estudio biográfico redactado por el escritor cubano don Enrique Piñeyro, y seguido de documentos históricos inéditos. Severiano, muy conmovido al ver que se publicaban en Francia, se sumerge de inmediato en ese texto pletórico de enseñanzas que, con la perspectiva del tiempo, le parece de significación capital. Pero la primera anécdota que recuerda y que su padre adoptivo le había relatado en numerosas ocasiones cuando era niño, es la consternación del joven poeta José María cuando leyó esos testimonios y la respuesta que envió a su madre cuando le pidió que se ocupara de que se imprimieran en Nueva York.<sup>49</sup> Severiano desea ardientemente, pero en silencio, que no le llegue la hora demasiado pronto y que pueda vivir lo suficiente para ver cómo el sol ilumina su Isla.

Mas, los acontecimientos se precipitan. El 16 de julio de 1896, un diputado a Cortes denuncia la implicación de Betances en ese conflicto y el diario español *El Heraldo de Madrid* solicita a su gobierno que se tomen medidas contra el presidente de esa organización y que el enemigo de España sea simple y llanamente expulsado de Francia. El 30 de julio, el embajador de la República francesa en España escribe desde San Sebastián al ministro de Relaciones Exteriores de Francia con el objetivo de que solicite al Ministerio del Interior la intensificación de la vigilancia al Comité Revolucionario con sede en París, cuya audacia es, según dice, cada vez mayor. Insiste en que se le informen todas las acciones de esa organización. La represión se acrecienta enseguida contra los exiliados cubanos —en particular, contra todos aquellos que aún no se han naturalizado— y en los titulares de la primera página de *L'Intransigeant* se lee que “Se persigue a los cubanos en tierra francesa”. En realidad, Betances asume con mucha filosofía esa amenaza

---

<sup>48</sup> Don José Francisco Heredia: “Memorias sobre las revoluciones de Venezuela”, monografía publicada por Garnier hermanos, en París en 1895. En Ángel Augier: *José María Heredia, Novela y realidad de América Latina*, p. 54.

<sup>49</sup> Carta que José María enviara a su madre acerca de la obra de su padre. En Ángel Augier, ob. cit.



y estima que esa medida no le incumbe, dado que gracias a su avanzada edad, sus amistades y su honorabilidad, no le sería aplicada. No obstante, en seis ocasiones lo amenazan con la expulsión, por lo que, el 4 de septiembre, Estrada Palma le pide por última vez que, en interés superior de la causa revolucionaria y de acuerdo con las instrucciones de la Delegación de Nueva York, se pliegue a los imperativos de la policía francesa. Después de una visita a su domicilio, le notifican sin ambages que se vaya a respirar otros aires por algún tiempo. Su nombre no debe aparecer al pie de los artículos que hablen de Cuba.

El ex ministro Heredia ha quedado consternado por la actitud de Francia en un conflicto que el gran Víctor Hugo había defendido con tanta pasión cuando la Guerra de los Diez Años,<sup>50</sup> y su decepción resulta inmensa cuando se entera de que la Sociedad Francesa de Municiones debe enviar desde el puerto de La Rochela más de 666 cajas que contienen un millón de cartuchos de siete milímetros para los fusiles Máuser españoles. El cargamento se embarcará en el vapor danés *Nicolás II* con destino a La Habana. Severiano no comprende en absoluto, cómo, bajo una aparente neutralidad, el gobierno francés ha podido adoptar una actitud parcializada con respecto al embargo y rechaza por completo la actitud de los dirigentes burgueses, quienes, en nombre de una supuesta defensa de la civilización europea, temen sencillamente que se revitalicen las relaciones de parentesco entre los pueblos neolatinos. Piensa más bien que ese apoyo a la política colonial española sufre la influencia directa de cierta prensa mayoritariamente hispanófila, que se evidencia en las palabras de Paul Espinasse-Secondat,<sup>51</sup> quien no vacila en justificar su punto de vista, declarando que no cree en una Cuba libre y que, en ese momento, los verdaderos patriotas no son los cubanos sino los españoles, por lo que afirma: “Si la revolución triunfara, el último vestigio de la raza latina desaparecerá de Cuba, país demasiado inexperto como para gobernarse por sí mismo. Cuba independiente ofrecerá el espectáculo atroz o grotesco de la república haitiana, donde el antagonismo de razas se disputa el poder como si fuera una presa”.

Entonces, el Comité Francés de Cuba Libre decide lanzar un llamamiento a todos los españoles residentes en Francia, a aquellos que dudan en España y a quienes son manipulados en Cuba, recordándoles que los cubanos son también hijos de España, en el que se dice: “Si la República

---

<sup>50</sup> La Guerra de los Diez Años, la Guerra Grande, duró de 1868 a 1878 y concluyó con el famoso Pacto del Zanjón, firmado el 10 de febrero de 1878 por un grupo de jefes revolucionarios que habían logrado un acuerdo con las autoridades militares españolas. Pero una gran parte de los patriotas, entre quienes se encontraba el general Antonio Maceo, no aceptaron deponer las armas, pues no habían obtenido ni la independencia ni la abolición de la esclavitud, por lo cual continuaron la lucha en el exilio.

<sup>51</sup> P. Espinasse-Secondat: *A Cuba. L'insurrection cubaine de février 1895 à mai 1896*, p. 71.

resulta victoriosa, la veréis irradiar hasta las llanuras de Aragón y de Castilla, y nos encontraréis listos para tenderos una mano fraterna, dispuestos a ayudaros, como queremos ayudar a los que se encuentran allende el mar: todos los que luchan, que sufren y que mueren por la libertad”.

Por desgracia, Severiano, que tuvo la suerte de ocupar un puesto importante durante la presidencia de Jules Grévy, conoce demasiado bien a los políticos para pensar que ese llamamiento vaya a ser escuchado y está seguro de que esas hermosas palabras tendrán un eco muy limitado en la prensa y en el actual gobierno del muy conservador Jules Méline, en ese momento a la cabeza del país. En su opinión, la posición del imperialismo francés puede resumirse a esta declaración: “No nos resulta nada ventajoso que Estados Unidos ceda su papel de guardianes de ambos accesos al océano Pacífico a favor de los españoles”. Y mientras la célebre *Revue des Deux Mondes* habla de preocupaciones humanitarias, mezcladas con circunstancias estratégicas para estigmatizar las maniobras norteamericanas, los diarios publican en primera plana grandes titulares falsos: “Giran victoria española”, “Destrucción de navíos norteamericanos”. Está claro que cualquier cosa viene bien, cuando se trata de demostrar la fuerza donde quiera que uno esté, por lo que recientemente se sabe de un pequeño grupo de intelectuales, surgidos de esa sociedad burguesa y conservadora, que ha ofrecido testimonios de simpatía a la reina de España y a su pueblo. Pero Severiano no mencionará nombre alguno para no indisponer a nadie. Además, no es la primera vez que determinados literatos asumen las posiciones del poder y de la represión. Nunca les gustó mucho la Revolución y mucho menos la Comuna, excepto a algunos de ellos que no tuvieron necesidad de ser *Immortales* para entrar definitivamente en la historia. Pero el ex ministro cubano muestra ya suficiente amargura con respecto a la actitud de la Cancillería francesa y por ello no repara en casos particulares. Y ese clima de hostilidad estalla con tal intensidad que, para este hombre de acción, la única solución es involucrarse a fondo y de manera inmediata a favor de la independencia de su país. El proyecto ha madurado suficientemente para unir las dos corrientes: una proviene de los patriotas cubanos que desean extender su propaganda, y la otra, de los franceses deseosos de intensificar su solidaridad.

Así nacerá, un mes más tarde, en medio del verano de 1896, un comité franco-cubano presidido por Betances, quien ha sido nombrado delegado de la República de Cuba en París y quien lo bautiza con el nombre de Comité Francés de Amistad con Cuba. Todas las directivas de este nuevo comité se firman con las iniciales E. A.; es decir, *El Antillano*, seudónimo de Betances. Su originalidad radica en que se compone sólo de franceses a quienes es imposible expulsar del país. Luego se convertirá en el Comité Francés de Cuba Libre, cuyo objetivo es que la prensa tome conciencia de la gravedad de la situación y organizar mítines con el fin de despertar la opinión pública. Desde el mes de noviembre, el semanario bilingüe *La Republique Cubaine*, dirigido por el patriota cubano Domingo Figarola-Caneda y orientado a los

ciudadanos de ambos países, publica la lista de sus miembros, que pasan rápidamente de 12 a 31.

Ese comité reúne a literatos, políticos, periodistas, Charles Malato, Achille Steens, Ernest Roche, Henri Rochefort, Vicente Mestre Amábile, y críticos literarios y artísticos como Bernard Lazare, uno de los primeros en lanzar una campaña de prensa para que se reabriera el proceso del capitán Dreyfus y se le rehabilitara. Sin embargo, no puede pasarse por alto el lugar muy particular que ocuparon junto a ellos los emigrados políticos cubanos, miembros de las grandes familias de patriotas instalados en París, algunos desde hacía mucho tiempo, como Aguirre, Armas y Céspedes, Collazo, Lombard, Ruz, Varona y, por supuesto, Severiano de Heredia, tal vez uno de los primeros que hizo escuchar la voz de Francia republicana, utilizando medios hasta entonces no empleados. A eso se debe el hecho de que se haya hablado menos de él que de los otros, pero su compromiso fue permanente, incluso durante la “Gran Guerra”, que había devastado su Isla durante diez largos años; se limitó simplemente a defender a los insurrectos, pero también combatió por la abolición total de la esclavitud, él que había “nacido libre”, hijo de una pareja de mulatos sin instrucción, originarios de La Habana, que durante toda su vida tuvo que aprender a ganarse el respeto y la consideración de sus hermanos blancos, a fuerza de paciencia, de inteligencia y de empecinamiento. Le fue necesario esperar el fin de su carrera política para consagrarse por entero a este postrer combate que había decidido llevar hasta sus últimas consecuencias.

En ese momento, la situación ya no es la misma y Severiano lo sabe. Para los herederos de quienes hicieron la gran Revolución de 1789, había llegado la hora de declarar a la opinión pública francesa la legitimidad de la causa cubana. Además, a pesar de sus divergencias pasajeras y de sus sugestivas y, en ocasiones, desconcertantes etiquetas de comuneros, anarquistas, boulangéristas y antisemitas, todos declaran su pasión por los principios republicanos y democráticos. En fin, la mayoría de ellos es francés, de origen o por naturalización; sólo unos pocos siguen siendo cubanos, pero han renunciado a la nacionalidad española, como Vicente Mestre Amábile, quien, después de su arresto por conspiración en Santiago de Cuba en 1885, fue expulsado a Estados Unidos, fue a vivir a París donde residía desde hacía unos diez años. Por eso, Severiano se incorpora rápidamente y deviene colaborador asiduo de *La République Cubaine*, y escribe como antes lo hacía en su *Crónica Universal*. Los contactos se establecen en la sede del diario *L'Intransigeant*, bajo la presidencia de Henri Rochefort; en lo referente a las cotizaciones y de las colectas del dinero necesario para el envío de armas y de municiones a los combatientes, todo debe entregarse en el domicilio del doctor Betances en la calle de Châteaudun. El 11 de noviembre, el Comité publica en los diarios una declaración pública aprobada unánimemente en la cual se hace un llamado a los franceses para que se movilicen en función de la ayuda a ese pueblo que ha luchado y vertido su sangre en centenares

de ocasiones en los combates contra las tiranías, pues como dijera Henri Rochefort: “le pedimos al pueblo francés que apoye con toda la fuerza de su voz a todos los que luchan para conquistar aquello que les resulta más precioso que la vida: la libertad. Que una vez más ayuden a los oprimidos a romper sus cadenas y que su clamor brinde apoyo a quienes solicitan, en nombre de la justicia, el reconocimiento de la República cubana”.

Y en el momento en que el Comité, a pesar de su variadísima composición social y política, trata de lograr cierta cohesión entre sus miembros y alcanza su cenit, la muerte en el campo de batalla de uno de los grandes jefes revolucionarios cubanos, Antonio Maceo,<sup>52</sup> viene a afectarlos cruelmente. El presidente del Comité francés, Henri Rochefort, publica tres días más tarde un vibrante e indignado “Manifiesto al pueblo cubano”,<sup>53</sup> en el cual expresa el pesar que le ha causado la muerte de Maceo.

“Pero con Maceo sólo desaparece uno de los más valientes de entre ustedes. Pero no son los hombres sino las ideas las que hacen una revolución. Aunque Maceo esté muerto, la Idea está viva, fecundada incluso con la sangre del héroe, más grande, más pura. Venceréis: el derecho y la libertad no habrán luchado en vano contra la arbitrariedad y la opresión.

”Cubanos, el eco de vuestras reivindicaciones ha llegado hasta nosotros. Hemos escuchado vuestras quejas, que un siglo de protestas pacientes han hecho aún más fuertes (...)

”Nosotros, los nietos de los grandes revolucionarios franceses que ante todos los despotismos coaligados proclamaron los Derechos del Hombre, saludamos en vosotros, revolucionarios cubanos, a los defensores de la más justa de las causas, ilos voluntarios de la libertad!

”¡Cubanos, ante la execrable monarquía española que os ha corroído con su lepra, alzad con audacia la bandera de la estrella solitaria, enrojecida con la sangre de vuestros mártires!”

Sin embargo, en el *Courrier de Paris*, revista bimensual de la elite de la colonia hispanoamericana capitalina, que pretende ser conocedora de América Latina, puede leerse el siguiente comentario, bastante lacónico, de su director, un mallorquín: “Todos los que mueren y luchan merecen una corona de laureles sobre su tumba”. Y entonces, como si todo eso anunciara un sombrío presagio, las divergencias entre los hombres comienzan a manifestarse y lo que ayer parecía unirlos, súbitamente los aparta.

---

<sup>52</sup> Antonio Maceo y Grajales (1845-1896). Fue nombrado Lugarteniente general del Ejército Libertador; su abnegación sin límites a la causa de la revolución, su genio militar, su firmeza ideológica y sus convicciones, pronto hicieron de él un héroe popular; especialmente apreciado en la provincia oriental por la clase campesina de la cual procedía. Fue el general mambí que recibió más heridas en el campo de batalla.

<sup>53</sup> “Manifiesto del Comité Francés de Cuba Libre al Pueblo Cubano”, firmado por Henri de Rochefort y publicado en *L'Intransigeant* el 19 de diciembre de 1896. En Paul Estrade: *La colonia cubana de Paris. 1895-1898*, pp. 356-357.

Pronto se verá cómo en el seno de ese Comité Francés de Cuba Libre, algunos miembros de entre los más activos se preguntan: “¿Quién es quién?” o “¿Quién quiere qué?” Otros se cuestionan la personalidad de Vicente Mestre Amábile: “¿Caprichoso o revolucionario?”

En ese momento preciso, *Le Figaro* publica una encuesta acerca de los temas sociales en los medios burgueses e intelectuales y observa que, si estos se la pasan hablando del asunto y que muchos de ellos manifiestan sus deseos de acercarse al pueblo, en realidad no les interesa para nada. Y como desde su fundación ese diario se ha insertado en ese medio que conoce muy bien, puede permitirse el lujo de hacer notar que aquellos que en ese momento profesan ideas anarquistas, lo hacen más bien por moda que por convicción. Y el periodista Jules Huret escribe con gran sentido del humor: “El Papa es socialista, Guillermo II es socialista, Maurice Barrès es socialista, Niní-pies-en-alto es socialista. Mientras mayores son las rentas, mientras menos se hace, mientras más se juega al póquer, más té se toma a las 5 de la tarde, mientras más se visten con ‘Redfern’ o se peinan con ‘Lenthéric’,<sup>54</sup> más socialista se es”.

Por supuesto, todo el mundo dice que es de izquierda, pero nadie se engaña totalmente con relación a las ambiciones que se esconden detrás de esa etiqueta. Están quienes apoyan a los americanos y quienes se oponen. Los hay que tienen una fuerte personalidad y sólo sueñan con dirigir a los demás; quienes huyen de la disciplina y rechazan todo: las órdenes, un puesto; quienes se declaran anarquistas y establecen vínculos con los movimientos europeos. Están quienes han llegado, como Rochefort, con la aureola de la gloria luego de su exilio en Nueva Caledonia y quienes tratan de procurarse, a toda costa, un lugar en la sociedad. Además, desde su creación, la tendencia política generalizada de ese Comité es la “blanquista” y la “rochefortista”.

Pero Severiano se preguntará: ¿Qué hacen, en realidad, por la defensa de *Cuba Libre*? Por el momento, estos hombres y mujeres que parecen simpatizar con la causa de la emancipación de Cuba, recorren toda Francia; sobre todo, por el sur, por Marsella, Aviñón, Montpellier, Béziers, Burdeos, Toulouse, donde las secciones socialistas locales organizan las reuniones. Desgraciadamente, esas reuniones resultan interrumpidas por los contrarior-manifestantes españoles que viven y trabajan en la agricultura en Francia y que son asalariados de sus compatriotas. No obstante, en esas ocasiones, el Comité trata de recolectar la mayor cantidad de donativos para ayudar a los heridos cubanos de ambas facciones, a quienes se deja morir en el campo de batalla por falta de cuidados médicos. Las damas francesas de la Cruz Roja, los laboratorios farmacéuticos y los productores de instrumental quirúrgico proponen numerosas iniciativas.

---

<sup>54</sup> *Redfern* fue un sastre muy famoso por sus trajes, trajes-sastre y vestidos femeninos; *Lenthéric* fue un famoso peluquero, inventor del cabello ondulado en 1870.

Sólo cuando se celebra la última asamblea organizada por la Internacional Científica, el 28 de diciembre de 1896, en la Sala Pétrele, Severiano se sorprende del cariz que van tomando los acontecimientos. Según la orden del día anunciada, debe darse la palabra a todos los anarquistas de todas las tendencias, para que hablen sobre la Revolución cubana y sus consecuencias, así como de la Inquisición en España. Se suceden los oradores, primero Charles Malato, uno de los primeros participantes del Comité; le sigue el ebanista Joseph Tortelier, un alemán, Francis Prost, y por último, Sebastián Faure, ideólogo y amigo de Luisa Michel, quien, luego de expresar su admiración por los cubanos, manifiesta su deseo de aceptar la ayuda de Estados Unidos para expulsar el ejército español del territorio de Cuba. Y entonces toman la palabra sucesivamente Achille Steens, en nombre del Comité Francés de Cuba Libre; Marcel Sembat, de tendencia blanquista-reformista, en nombre de los socialistas, y Edouard Vaillant, representante del blanquismo. Durante el curso de la reunión se habla, incluso, de establecer una lista de voluntarios para ir a luchar a Cuba. Pero nadie se presenta; ya no se habla de programas sino de acción revolucionaria, y el acto termina con gritos de “¡Viva la anarquía!” y “¡Abajo la sociedad burguesa!” Después se corean las consignas del anarquista Ravachol, quien durante el proceso que se le hizo por atentado, vociferó contra “los burgueses rollizos que responden con una sonrisa despectiva a las lágrimas de los hambrientos”. La reunión concluye en medio de la mayor confusión.

En los días siguientes habrá nuevas reuniones cada vez con mayor cantidad de manifestantes y más violentas; la policía interviene, hay algunos heridos y se producen arrestos y gran número de expulsiones entre los anarquistas españoles e italianos. Y muy pronto, al grito de “¡Viva Maceo, viva Cuba libre!”, se precisan convocatorias más explícitas para el envío de armas y de voluntarios a Cuba. Cada vez que los ciudadanos envían su saludo fraterno, republicano y revolucionario a los valientes defensores de Cuba, nunca se olvidan de hacer un llamado a la solidaridad entre los pueblos; en particular, la de los pueblos americanos, al mismo tiempo que critican abiertamente la monarquía española. Entonces, de acuerdo con la consigna recibida por Tomás Estrada Palma, Betances, el representante de la delegación cubana en Francia, se molesta profundamente y pone en evidencia a esa juventud anarquista, precisando con claridad en *l'Intransigeant*: “En Francia nadie se ha alistado para la guerra de Cuba”.

Es una decepción para muchos; el sueño ha concluido. Nadie irá a combatir en Cuba, como sin dudas lo habían supuesto y deseado. Pero en ese momento estallan otras luchas, otras masacres en otros sitios: en Grecia y en Creta, donde el gobierno turco, con el apoyo de Francia, y por razones políticas, reprime salvajemente al pueblo griego. Y Rochefort, fiel a su ambición personal de crear el desorden estableciendo varios frentes paralelos de oposición, decide que presidirá un comité “Por Grecia”. En breve se le unirán todos los anarquistas: Malato, Clovis Hugues, Ernest Roche, quienes,

con idéntico objetivo que en el caso de Cuba, tratan de enrolarse junto a los griegos en contra de los turcos. Uno de ellos lo logrará, irá y resultará herido en la frente. La nueva moda, la nueva consigna es “el apoyo a Grecia”, y pronto se dejará de hablar de Cuba. Ya no hay dinero; las colectas ya no aportan casi nada y, sin embargo, los gestos de solidaridad todavía se multiplican un poco por todas partes. En la ciudad de Troyes, los obreros tipográficos del *Petit Troyen*, diario dirigido por Gastón Arboin, viejo amigo de Cuba, cada uno de los cuales ofrece 50 céntimos para los heridos cubanos y también los obreros de una empresa de mayor envergadura recolectan más de 30 francos. Desgraciadamente, al pueblo francés no se le puede pedir que apoye todos los combates, todas las causas justas que se lleven a cabo en el mundo; sobre todo, porque siempre son los mismos quienes actúan y hacen donativos. Después de Cuba, ahora es Grecia y mañana se abrirán nuevos frentes en casi todas partes.

Ya Severiano ni tan siquiera se sorprende. Conoce muy bien ese espíritu muy francés que bulle como las burbujas del champaña. Pero, para él, esa nunca ha sido la verdadera izquierda. No es la que promete y luego se escabulle, sino la que actúa y persevera. Le viene a la mente el bello poema sobre el amor a la libertad compuesto por su primo José María, el Cantor del Niágara, y dedicado “A la insurrección de Grecia”<sup>55</sup> en 1820, antes de su nacimiento. Era ya una primera referencia a la libertad de su propia patria y lo relee en voz alta lentamente, en su lengua materna:

*Vivo en el porvenir: como un espectro,  
Del sepulcro en el borde suspendido,  
Dirijo al Cielo mis postreros votos  
Por el alma Libertad: miro a mi patria,  
A la risueña Cuba, que la frente  
Eleva al mar, de palmas coronada,  
Por los mares de América tendiendo  
Su gloria y su poder: miro a la Grecia  
Lanzar a sus tiranos indignada,*

En mayo, el comité agoniza y, cuando en agosto de 1897 algunos patriotas cubanos son expulsados con el pretexto del atentado contra Cánovas del Castillo, presidente del Consejo español, quizás es ya demasiado tarde para que ese cadáver se reanime.

En ese momento, Francia tiene que enfrentar uno de los mayores escándalos del siglo, mucho más importante que todos los precedentes, que va a sacudir no sólo la opinión pública, sino todos los movimientos progresistas y que escindirá toda la sociedad francesa en dos campos: los “dreyfusistas” y los “anti-dreyfusistas”. Dos corrientes diametralmente opuestas. Por una

---

<sup>55</sup> Garcerán de Vall: *Heredía y la libertad*, ob. cit., p. 297.

parte, los dreyfusistas, conmovidos por el sufrimiento de un inocente, acusan a la justicia militar de crimen y se sospecha que ha fabricado falsos documentos. Por la otra, los anti-dreyfusistas invocan los intereses de la patria y el honor burlado del ejército. En realidad, estos últimos carecen de verdaderos argumentos y ocultan mal su animosidad gratuita contra todo tipo de influencia extranjera y judía. Se trata, en verdad, de antisemitas y boulangieristas. Y ocurre que, entre los miembros del Comité, algunos, como Achille Steens y Bernard Lazare, de inmediato se colocan junto a los defensores de Dreyfus y proclaman su inocencia, mientras otros, como Henri Rochefort, Ernest Roche y Clovis Hugues, van a dar un vuelco, junto con su periódico, *L'Intransigeant*, hacia el campo de los antisemitas, en defensa del ejército francés.

Entonces, alejado desde hace algún tiempo de un Comité que, por no tener ya iniciativa alguna, acaba de transformarse en Comité de Acción de los Jóvenes Defensores de Cuba Libre y se propone reunir en el barrio obrero de Belleville a más de 300 manifestantes, gracias al apoyo de numerosos anarquistas, Severiano decide súbitamente no establecer compromiso algunos con aquellos que lo dirigen. Y mientras Rochefort trata, por última vez, de mantener su presencia en el escenario político, autonombrándose presidente del "Comité Parisino por la Independencia de Cuba", Severiano, especialmente decepcionado con la toma de posición de sus amigos políticos en el caso Dreyfus, se retira de manera definitiva.

El 13 de enero de 1898, el escritor Émile Zola publica en la primera página del periódico *L'Aurore*, que dirigía Clemenceau, un artículo cuyo título es "Yo acuso", en el cual inculpa al señor Felix Faure, presidente de la República, al ministro de la Guerra y a los miembros del tribunal militar por complicidad en el crimen al condenar a Dreyfus. En cuanto sale a la luz, se venden 200 000 ejemplares y el socialista Jules Guesde lo elogia, diciendo que constituye el acto más revolucionario de todo el siglo. Severiano lo admira. Es el primer escritor, casi el único, que ha tenido el valor de alzar la voz, en nombre de la justicia y de la verdad, contra todos los poderes del Estado. Zola ha decidido influir en la opinión pública y la respuesta no se hace esperar. Jules Méline, presidente del Consejo, quien siempre ha negado la existencia de un caso Dreyfus, acepta procesar a Zola con la condición de que el tribunal no plantee el problema de la culpabilidad de Dreyfus. El escritor es condenado a un año de prisión y a pagar una multa de 3 000 francos. Después de un segundo proceso, que se celebra en julio, se traslada a Inglaterra y le retiran la orden de la Legión de Honor. Entre la 12ª y la 13ª audiencia de su proceso se observa un reforzamiento de La Liga de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, la cual, desde su creación, ha estado recibiendo el poderoso apoyo de las logias masónicas. Es, acaso, el último combate que Severiano va a entablar junto a sus hermanos masones. Unidos, abogan por la revisión del proceso y son, sobre todo, los científicos, los profesores de la Facultad de Medicina, el director del Instituto



Pasteur y algunos parlamentarios —radicales en su mayoría— quienes se suman a esa lucha.

Durante ese verano, la *Virgen Roja*, Luisa Michel, la revolucionaria, la heroína de la Comuna de París, que acaba de llegar de Londres, es aclamada por los anarquistas, cuando se mofa del gobierno español, que ve como un símbolo de la más execrable represión. Elogia, en cambio, a los libertadores norteamericanos cuando ocurre la intervención imperialista en Cuba. De hecho, al elogiar la actitud de Estados Unidos, que —según cree— va a ayudar a los cubanos a emanciparse y a trasladar a la orgullosa España los fermentos de la liberación, evidencia que no se propone modificar su discurso de la reunión de la sala Pétrelle en 1896. Lo que divulga es simplemente el mensaje anarquista, el de los partidarios de la fraternidad universal, quienes creen que han superado la etapa de las luchas nacionales y suele insertar la insurrección cubana en el gran movimiento popular que está llamado a barrer con el viejo mundo en España, en Italia y en Francia. Severiano no se irrita con Luisa Michel, pues desempeñó un gran papel en la historia, si bien la pasión no siempre es buena consejera.

Pero cuando el 16 de septiembre, indignado por la inminente intervención norteamericana en su país y en Puerto Rico, Severiano se entera de la muerte, luego de una larga y cruel agonía, de su amigo Ramón Betances, su desesperación es grande. El viejo agitador, muy afectado por los acontecimientos sucedidos en Cuba en los últimos tiempos, se retiró a una casa de descanso en Neuilly-sur-Seine. Cuatro días después de su desaparición física, Severiano asiste a las exequias, que el puertorriqueño había previsto que fueran civiles y muy simples, tal y como había sido toda su vida. Y, en gesto conmovedor, Simplicia Jiménez, su viuda, que siempre había estado a su lado, solicita a sus amigos cubanos que la ayuden a cubrir sus necesidades, pues su marido —dijo con orgullo— había consagrado 50 años de su vida a la defensa de la independencia de Cuba y su casa siempre había sido la sede europea y parisina de las acciones en favor de la Revolución cubana.

Severiano va sintiéndose invadido por una profunda tristeza. ¿Cómo es posible que este sabio, este profeta que tan prematuramente había comprendido las intenciones de los norteamericanos con la isla de Cuba y había repetido en muchas ocasiones: “Sí, América para los americanos, pero las Antillas para los antillanos”, no haya podido ver, antes de que se cerraran sus ojos, la bandera cubana ondeando sobre una isla que había defendido y amado tanto o más que la suya propia? Severiano sabía que sus ideas no morirían con Betances y que en el futuro Cuba sería libre. Pero esa proyección hacia el futuro lo llevaba más lejos de lo que hubiera deseado, pues iba en dirección hacia otra interrogante que lo apesadumbraba: “¿Y yo? ¿Dispondré yo del tiempo y de la fuerza necesarias para llegar al fin de la noche y ver cómo surge el nuevo amanecer?”

El 2 de octubre de 1898, cuando de regreso a su casa toma por la avenida de Wagram, Severiano será testigo involuntario de una manifesta-

ción que pronto va a degenerar. Debe tener lugar una asamblea en la sala Wagram en torno al caso Dreyfus, pero ante la agitación de un importante grupo de jóvenes que corean la consigna “¡Revisión! ¡Revisión!” con la música de una canción popular, se cancela la reunión. Millares de manifestantes dreyfusistas concentrados en la avenida de Ternes, en la plaza de Ternes y en la calle del Faubourg Saint Honoré, tratan de franquear la barrera que el prefecto de la policía ha hecho situar para separarlos de sus adversarios que son sólo 4 000 y que vociferan la consigna de “¡Viva el ejército!” y que agitan sus sombreros en la punta de sus bastones, mientras desfilan a lo largo de toda la avenida. A la cabeza del cortejo —esto es, del lado del Arco de Triunfo— se encuentran Déroulède y sus “patriotas”, sus antiguos enemigos boulangéristas, a quienes un pelotón de guardias republicanos de a caballo trata de proteger detrás de una columna de policías. Ante ese mar humano que amenaza con caerles encima, un grupo de vigorosos partidarios cargan en andas a Déroulède, empapado en sudor. Pide la palabra, se le concede y exclama con voz estentórea: “Amigos míos, que habéis venido para protestar contra quienes insultan al ejército. En mi calidad de diputado, voy a hacer que los que insultan al ejército sean liberados. Evitad todo conflicto con los guardianes de la paz, pues, como sabéis, todos ellos son antiguos soldados”.

Pero en cuanto pronuncia esas palabras, los policías hacen que se repliegue hacia la plaza de la Estrella el pequeño ejército de patriotas que dan vivas a Francia y abuchean a los amigos del traidor. Retroceden gritando: “¡Viva el ejército! ¡Viva Déroulède! ¡Abajo los judíos!” Se producen enfrentamientos y se intercambian puñetazos y bastonazos, uno de los cuales alcanza a Severiano, quien responde con dos y luego trata de abrirse camino en medio de la agitada multitud. ¡Nunca hubiera imaginado, cuando era ministro, que algo semejante pudiera ocurrirle! ¡Ya han pasado diez años! Y en cuanto llega a la puerta de su domicilio y se siente al amparo de los gritos y de los insultos, le da gracias al cielo por haberle permitido vivir esa experiencia.

## 1894-1898

### Agasajos y honores en la Academia

“Entre los 120 sonetos de *Los Trofeos*, no hay uno solo que no sea una maravilla, y esa perfección se debe al empeño y al trabajo de un artista difícil y concienzudo. Las cuartetas y los tercetos exhiben simétricamente su bella estructura y la regularidad de su suntuoso esplendor. Ninguna interrupción del verso o de la palabra viene a turbar su prestigiosa monotonía (...) Sus contornos son puros y armónicos; si bien el poeta siente profundamente la belleza de las líneas, prefiere su precisión, y esta precisión es el alma de su ritmo”. De esta forma, el novelista Henry Bordeaux se refiere al poeta José María de Heredia, aunque pronto se una a los elogios un ligero tono sarcástico: “Para lograr en su forma tanta calma y seguridad, el señor de Heredia seguramente ha debido ignorar la lucha cotidiana del artista frente a las dificultades de la vida, y con las preocupaciones de su propio pensamiento, el esfuerzo del estilo para lograr la perfección nunca es doloroso ni angustioso en él, por el contrario, es bello como el juego de los músculos de esa estatua griega del corredor, a cuya realidad dirige su sobrecogedor canto”.

Más tarde, luego de haber alabado la perfección de la forma de este artista que “muestra las cosas del pasado”, el escritor tradicionalista destaca que “su amor por la riqueza y el esplendor debe hacerle lamentar la falta de brillo de nuestra lengua francesa. Con sus sílabas algo pálidas, con sus finales un poco débiles y femeninos, nuestra lengua, desde el punto de vista del ritmo, gana en profundidad lo que pierde en brillo; más que el italiano y el español, que resuenan con sus notas brillantes, el francés está hecho para expresar las ideas abstractas y los delicados matices del corazón”. José María nunca dirá lo contrario, y su predilección por ciertos vocablos es la prueba más fehaciente. Como si estuviese hechizado por la palabra *oro*, muchos de sus sonetos terminan con esta palabra, sus versos están repletos de ella, y esta repetición aumenta el efecto. Por otra parte, como lo señala muy justamente la crítica, toda su poesía es de oro macizo; del oro tiene su esplendor uniforme, el crepitar del fuego y el color dorado y metálico.

De hecho, esta dualidad y ese sentido de pertenencia que sentía por sus dos patrias nunca habían estado muy claros para él, y su herencia

española era ciertamente muy fuerte; sobre todo, del punto de vista lingüístico. Así, al responder a un crítico cubano de la época, Manuel de la Cruz, a propósito de su naturalización francesa, le hace esta sorprendente confesión: “Créame, querido compatriota, que si he devenido francés, no deje de seguir siendo Cubano de corazón”.

Después de esta consagración de sus *Trofeos*, sólo le faltaba, no obstante, ser elegido miembro de la Academia Francesa, y con todas las bellas y útiles relaciones que se había procurado, y tras la muerte de Charles de Mazade el año anterior, parecía que en lo adelante tenía el camino libre. Nunca antes se sintió tan cerca de esta oportunidad que ahora se le ofrecía. Al menos así pensaban los críticos literarios, y precisamente eso le sucedió, el 22 de febrero, cuando fue electo en la quinta vuelta de las votaciones, para ocupar la butaca número cuatro, en sustitución de su colega, crítico, poeta y cronista político de la *Revue des Deux Mondes*.

Para José María, esto no resultó una gran sorpresa, pero su júbilo fue inmenso, pues estaba realizando su mayor sueño: la consagración y la coronación de toda una vida dedicada por completo al arte de la poesía. Y su éxito era tal y como lo había imaginado: hoy era un poeta satisfecho. Es cierto que durante toda su vida había buscado la perfección de la forma y lo había conseguido, pero le faltaba lo esencial, esta armonía, esta concordancia entre su persona y los demás, entre la belleza natural y la tiranía de los hombres, esta perfección moral que había tratado desesperadamente de alcanzar su antepasado, el otro poeta de la familia, José María, el Cantor del Niágara, hasta el día de su muerte. Por el contrario, había un lado que se conocía menos de su persona y era ese gusto desmedido por la comodidad y la vida fácil; y para tratar de recuperar esa fortuna, que consideraba le había sido vergonzosamente arrebatada, y que hubiese debido pertenecerle como a todo gran señor que se respete, no cesó de querer lanzarse a la búsqueda de algo que en realidad no formaba parte de su mundo: el dinero. Y como nunca había aprendido a ganarlo, sólo se le ocurrió jugar, y jugó hasta la locura, hasta la desesperación, creyendo, en cada ocasión, que la suerte le sonreiría; pero perdía, se endeudaba, se hipotecaba, y mientras menos tenía, más gastaba. Por eso, para pagar sus deudas, que se acumulaban poco a poco, pronto sólo le quedó la solución de buscar lo más rápido posible, algunos pretendientes, ricos y famosos de preferencia, para sus tres hijas casaderas.

Por tanto, esta elección a la Academia Francesa va a abrirle todas las puertas. Sólo aparentemente, pues la consagración literaria ya la tiene. En lo tocante a las otras, él sabe que esa se fabrica en los salones mundanos, que se construye y destruye en el transcurso de los días, de los meses, de los años. Todo es cuestión de moda y cambia muy rápido según los acontecimientos. De esta forma, mientras él aspira a ser inmortal, hace ya más de 20 años que los mismos autores se preguntan si la Academia no forma ya parte del pasado. Ya en 1876, Émile Zola escribía: “Al salir del Instituto,

me preguntaba por el singular destino de nuestra Academia Francesa. Ya ha hecho el ridículo y no tiene ninguna influencia literaria; la vida se retiró de ella, la corriente principal del siglo está en otra parte. Sin embargo, aún se mantiene en pie. La explicación es que constituye una vanidad: tiene el mismo poder de un adorno, del cual los más escépticos y los más revolucionarios, ya viejos, sueñan ardientemente con apoderarse”. Esta sociedad a la que José María se integra como pez en el agua, lo halaga quizá, pero no le sirve de nada; ya su fama está hecha y está bien consciente de eso. Por ende, se cansa, y un día se lo confiesa a su amigo Morel-Fatio: “Esperaba poder verlo el sábado, por eso no le escribí. Le hubiese dicho que ya no quiero presidir nada, ni firmar nada, ni manifestarme de ninguna otra forma. Me siento hastiado y enfermo. Diríjase a Sully-Prudhomme, a él le gusta hacerse notar como representante de la poesía francesa”. Mas, a José María aún le gusta que se hable de él y cuando lo hacen, nunca se queja.

El 1º de marzo aparece publicado por Lemerre su novela traducida del español *La morja alférez* ilustrada por Daniel Vierge. “Junto a *La morja Alférez* y los cuatro volúmenes de su traducción de *La conquista de la Nueva España*, escritos con un bello estilo, aunque un poco tenso, según el crítico Léon Barracand, José María nos deja esos inmortales *Trofeos*, en los cuales pueden encontrarse una veintena de sonetos ‘sin defectos’. Ya eso, como se sabe, significa algo que quedará para siempre como testimonio de su naturaleza rica, generosa y suntuosa”. Y termina con estas palabras: “La humanidad, en su largo recorrido a través de los tiempos, no se carga con un pesado equipaje. Por eso conservará cuidadosamente este raro y precioso libro”.

A un ritmo desenfrenado se suceden las inauguraciones y conmemoraciones; es un poeta adulado, se le llama cada vez que hay que dar un discurso. Allí estará el 21 de julio, en el conmovedor homenaje que se le rinde a su gran amigo y maestro indiscutible Leconte de Lisle, en sus funerales; más tarde, el 2 de septiembre, en Ancenis pronunciará otro discurso con motivo de la inauguración de la estatua dedicada a Joachim du Bellay, poeta conocido por sus odas y sonetos de amor, que evocan el idealismo platónico y el amor místico de Margarita de Navarra. Entre la redacción de estos dos discursos, permanece en Blanche-Couronne, en la residencia de la viuda de Toulmouche. Es un remanso de paz y tranquilidad, un lugar de relajación donde siempre se siente muy bien. Y mientras más envejece, más tiempo permanece allí; en ocasiones, su estancia se prolonga hasta tres meses, durante los cuales se pasea y visita los alrededores. El aire de París lo fatiga, el de la Bretaña lo revive. Una de sus numerosas admiradoras, la hija de Théophile Gautier, Judith, es la primera en felicitarlo por la buena nueva de su elección a la Academia, y le envía una corta misiva en la cual le dice: “Con qué alegría gritamos ¡Hurra! por el ‘Caballero vencedor del Monstruo y la Medusa’. Quiero ser de las primeras en besarlo. ¡Usted es inmortal y ellas deben estar tan contentas!” Ellas, o sea, todas las mujeres

que lo rodean; en primer lugar, sus hijas, sus *princesas abencerrajes*, las tres infantas reales, como las bautiza, y sobre todo “Marie”, de quien tan orgulloso está y que acaba de publicar en la *Revue des Deux Mondes* sus primeros versos, que firma con tres estrellas.

Las tres hermanas Heredia siempre habían adorado a esta admiradora de su padre, a esta mujer original, vestida como una emperatriz china, con una amplia túnica de seda con arabescos dorados, flores y aves. Para ellas era un placer ir a visitarla al pequeño apartamento heredado de su padre, el ilustre escritor Théophile Gautier, de techo muy bajo, en el último piso del Nº 30 de la calle Washington. El desorden que reinaba en aquel lugar tenía algo de particularmente perturbador. El antro donde recibía estaba perfumado con inciensos y fragancias, atestado de colgaduras y tapices, y sin ningún mueble. Ellas recordaban especialmente su amabilidad y de su teatro de marionetas, con sus figurines heroicos e ingenuos fabricados por ella misma, como aquel personaje de la Walkiria, cuyo espectáculo debía ser, explicaba, o bien colosal o bien minúsculo, para dar la impresión de magia, de cuento o de epopeya. De esta mujer nadie ignoraba que había sido, en su momento, la amante del gran poeta Víctor Hugo, quien a la muerte de su padre, en un discurso de despedida, se atrevió a confesarle: “A fuerza de contemplar lo ideal, él la creó a usted que, como mujer y como carácter, encarna la belleza perfecta. Beso sus alas”.

A decir verdad, ella había sido muy bella, y podía decirse con gusto que encarnaba a la perfección la belleza antigua que su padre había celebrado en otra época. Y aún era muy bella. Dos años menor que José María, continuaba recibiendo a la crema y nata del mundo de las letras parisino, recostada en un sofá en medio de una multitud de cojines, de estatuillas de Buda, de espejos, rodeada de gatos, de perros y de todo tipo de animales, entre los cuales también podían hallarse alguna culebra, un lagarto y hasta una tortuga. A su alrededor siempre había un constante ir y venir, y entre las personas que venían a visitarla, además de miembros de la Academia, escritores, músicos y orientalistas, podía encontrarse también alguno que otro misterioso personaje que llegaba de China, de Serbia o del Perú. La única condición que se imponía a todos los invitados que entraban en su casa, era que nunca pronunciasen el nombre de Zola. Ese personaje, en su opinión, no tenía derecho a ser citado en ese lugar sagrado.

Luego de haber preparado la edición póstuma de los *Últimos Poemas* de Leconte de Lisle, José María decide partir algunos días al mar, para recobrar fuerzas, como le comenta a su amigo Morel. En esta misma ocasión le agradece haberle dedicado su tan bello libro de *Estudios sobre España*, y lo felicita por su puesto de secretario en la Escuela Nacional de Archiveros. “Aún no estoy bien de salud y, antes del discurso de recepción que preparo por mi elección en la Academia —le dice— voy a descansar un poco”.

Y como su discurso no acaba de estar listo, se retrasa la recepción cada vez más. Ahora que ya tenía el puesto, no estaba apurado. Nunca se

había apresurado para nada, y todo le había llegado en su momento. Esto se comentaba de él; sobre todo, François Coppée, quien estaba bastante molesto con el considerable retraso para concluir la tarea y cuya paciencia estaba agotada. “Él tiene que componer su discurso como si fuera un soneto, darle mil vueltas a la pluma antes de decidirse. Cuando se es un poeta, esa lentitud se explica debido a la vieja costumbre de buscar la rima, de combinar el efecto de cada verso. Pero yo también he escrito versos, exclama, y nunca he abusado. Comete un error al no darme explicaciones; me cansaré y le daré esta tarea a otro que estará quizá mucho menos dispuesto que yo a esperar”. Él debía acoger a José María de Heredia en la Academia con todos los honores que su rango merecía.

Al fin, el 30 de mayo, José María se declara listo para entrar en la Academia. Allí lo recibe su amigo François Coppée, y a pesar de cierta irritación por la tardanza de su famoso discurso inconcluso, finalmente demuestra ser un buen perdedor y se muestra adulator hacia el nuevo miembro. A modo de bienvenida, le recuerda esa comparación que los críticos osaron formular sobre su obra, cuando se publicó su famosa selección de poemas.

“Sus *Trofeos*, le dice, son una especie de *Leyenda de los Siglos* en forma de soneto. Ese viaje a través de los tiempos que Víctor Hugo realizó a vuelo de águila, usted lo ha llevado a cabo mediante los cortos recorridos de un ave migratoria. Usted no pinta un fresco, pero en sus cuadros estrechos, usted resucita toda la belleza de un mito olvidado, toda el alma de un siglo muerto, todo el folclor de una civilización desaparecida”.

Y con una voz altanera y grave, Heredia le responde: “El agradecimiento que les debo no es pequeño, como tampoco lo es el honor que ustedes me hacen. Al recibirme en su Compañía, ustedes han consagrado mi adopción por parte de Francia. Francia siempre me ha sido muy querida. Era la patria de mi inteligencia y de mi corazón. La amo desde la cuna. Su lengua fue la primera en llegarme a través de la voz materna. Es por amor a esta noble lengua, la más bella que, después de Homero, haya brotado de labios humanos, que debo estar entre ustedes. Gracias a ustedes señores, y no sabría cómo agradecerse, soy doblemente francés. Y no es sólo el poeta quien honra vuestra elección, el honor brota también de nuestra hermana latina, España, y aún más lejos, de ese Nuevo Mundo que nuestros ancestros comunes se disputaron, del otro lado del océano que baña la resplandeciente y lejana isla donde nací (...)”

”Pero no hay felicidad sin lamentos. Hoy no se encuentra a mi lado el gran poeta que hubiese disfrutado con júbilo paterno al servirme hoy de padrino, tras haber sido durante largo tiempo mi maestro venerado”.

Y continúa con esos dos rostros de la Revolución, que se complace en comparar: “Veán aclarado en este día tormentoso estos dos personajes femeninos: Marie-Antoinette y Madame Rolland. Nunca un contraste de nacimiento y fortuna había sido tan sorprendente, jamás una semejanza tan fatal. Una, hija de la más imperiosa de las musas, reina del más bello reino

de la cristiandad. He aquí su bien máspreciado. La otra, hija de pequeños burgueses, enérgica de cuerpo y alma, educada en los principios de Plutarco y de Rousseau, es la musa de la revolución, la heroína de la Gironda. Todo las separa. Ellas fueron, debían ser enemigas. La belleza, el valor, el mismo destino funesto, el idéntico suplicio, las unen.

”La reina muere con una decencia orgullosa, una muda majestad. La burguesa acaba en Romana, y acordándose de Brutus, lanza de lo alto del cadalso a la indiferente multitud este grito, estas últimas palabras de discordia civil: ‘¡Oh libertad, cuánto te han engañado!’ Aún no se ha hecho la retrospectiva necesaria de la Revolución. Está aún demasiado cercana, demasiado viva. Hemos salido de ella hace muy poco. Ella nos ha hecho como somos. La luz que proyecta es como el resplandor del relámpago, que en vez de iluminar, enceguece”.

Luego, como por compromiso, pronuncia el discurso que se esperaba sobre su predecesor, Charles de Mazade. Dejando a un lado al político y resumiendo a grandes trazos la obra del historiador, hace el recuento de su vida en unas pocas líneas: “Hijo de la Revolución, que declara legítima y necesaria, sin repudiar ninguna de las grandes ideas, juez severo de los crímenes que la ensangrentaron, pues nadie estaba mejor preparado que el señor de Mazade para hablar de esos trágicos días. En su infancia sintió los últimos vientos de la tormenta, y asistió, gracias a los recuerdos de su abuelo, a los primeros prodigios de la libertad naciente”.

Finalmente se recrea con placer en el crítico literario, autor de un libro sobre la vida política y literaria de Lamartine, y en su nombre se emociona y habla sobre la personalidad de este poeta tan querido, de quien hace el elogio con pasión: “¡Lamartine! Su nombre, dulcemente sonoro, fue el primer nombre de poeta que acarició mis oídos. Sus versos fueron los primeros que retuvo mi memoria, cuando, siendo muy pequeño, me arrodillaba en el gran lecho materno, y juntando las manos, recitaba palabra por palabra, al compás de una voz muy querida que hace tiempo se apagó tras la plegaria matutina:

*¡Oh, padre que adora mi padre,  
De hinojos te nombro, rendido!  
¡A tu nombre dulce y temido  
Se inclina la faz de mi madre!*

”Lamartine, decía Humboldt en 1843, es un cometa cuya órbita aún no se ha medido. Sólo 25 años después de su muerte, en los últimos años de este siglo del que es la gloria más pura, comenzamos a concebir cuál fue la grandeza de este poeta de pensamiento y acción, que reunió todas las características, todas las condiciones de un genio. A menudo se ha opuesto a Lamartine con Víctor Hugo. Incluso se ha tratado en vano de compararlos. Ambos son incomparables”.



Y para concluir su discurso, vuelve a hablar de aquel a quien va a sustituir en lo adelante, Charles de Mazade, y termina con este último pensamiento, que conviene a un poeta: “Este hombre, tan honesto, trabajador incansable, siempre soñó con terminar sus días en su querida casa de Flamarens, disfrutando del descanso del sabio que fue toda su vida. No tuvo siquiera el consuelo de morir allí. No volvió a ver, una última vez, en primavera, el pequeño prado que termina en un arroyuelo bordeado de álamos... la vieja mansión familiar, el jardín en flor y sus mil rosales...”

”Su cuerpo reposa en el modesto cementerio del pueblo. Cuando lo llevaron allá, aún no había llegado la época en que florecen las rosas. Pero ellas se apresuraron a florecer, piadosamente, para adornar con su frescura y embalsamar con su perfume el ataúd de aquel que tanto las había amado”.

Después de haber pronunciado su *Discurso de recepción*, le envía de inmediato un ejemplar, dedicado con tinta violeta y con su bella escritura, “a Alfred Morel-Fatio, su viejo amigo”.

Y para que su felicidad sea completa, el sábado 13 de julio de 1895, el matrimonio de Heredia anuncia el noviazgo oficial de Marie, la más joven y la más bonita de sus tres hijas, con Henri de Régnier, el poeta más renombrado de la joven generación, que forma parte desde hace tiempo del círculo de José María. Las malas lenguas comentan enseguida que es un matrimonio de conveniencia, y que la joven no está enamorada de nadie, a no ser quizá de su amigo más cercano, Pierre Louÿs, quien ha demorado demasiado en declararse. Poco importa. En el bolso de su prometida, Régnier ha depositado todo lo necesario para pagar las deudas financieras de su suegro, que continúa jugando. La situación de la familia es bastante desastrosa, así que vale la pena que, al escoger un buen partido como Henri de Régnier, Marie, la preferida del poeta, se sacrifique para salvar a su padre. Aún es sólo una niña y, como escribe José María a su amigo Alfred Morel, acaso no he tenido tiempo de verla crecer. Demasiado tarde, el 17 de octubre se celebra la boda entre la hija del más famoso de los parnasianos y el representante más eminente de los jóvenes poetas simbolistas.

La unión hubiese podido ser prometedora, tuvo hasta un poco de milagro. Primero, la ceremonia religiosa se realizó en la parroquia donde se habían casado sus padres, la más chic y la más aristocrática de París, Saint-Philippe-du-Roule; luego fue el desfile en la sacristía para felicitar a los recién casados, seguido de una cena en la calle Balzac, adonde asistió lo mejor de la sociedad parisina, aristócratas, poetas, hombres de letras, académicos famosos y ricos. Todos acudieron para estrechar la mano del maestro de ceremonias. De cierta manera, fue un bello casamiento, un matrimonio en blanco, en toda la extensión de la palabra. Y Severiano de Heredia no fue invitado, por supuesto.

En los salones, José María sigue siendo el centro de la atención. En la Academia, su presencia es indispensable para distribuir los premios a los jóvenes autores que presentan sus obras. José María nunca se sorprende con la belleza de una obra sin verse reflejado y decir que “eso le recuerda su propio estilo”. Así es, y todos sus amigos piensan que está en las serenas esferas de la más noble ambición satisfecha. Ciertamente, ha llegado hasta allí sin intrigas, con sus buenas maneras y con la más firme convicción de ser digno del nivel al que ha aspirado. Hubiese debido sentirse feliz. Tenía todo lo necesario para serlo, aunque quizá le faltó sabiduría. En ese punto, su vida comenzó a ir cuesta abajo.

La decadencia del poeta Verlaine ya venía desde hacía tiempo, y cuando murió, en medio del mayor desamparo y de la más sórdida miseria, ya José María estaba lleno de deudas. Y para satisfacer las necesidades de su familia, sus amigos le ofrecen espontáneamente la dirección del diario literario *Le Journal*. Porque ya nada funciona en casa de los Heredia. El matrimonio de su hija menor, Marie, ya está agonizando, y las malas lenguas hablan de separación y de la obstinación de la madre, quien se esfuerza por casar a sus otras dos hijas solteras, cueste lo que cueste, empujándolas a los brazos de algunos buenos partidos, de preferencia pertenecientes al grupo de jóvenes admiradores de su esposo. En todas las conversaciones mundanas sólo se habla de las deudas del padre, de las tres hijas y de la madre,<sup>56</sup> historias de familia, de dotes y de reembolsos. Y cada paseo, cada romance de la hija mayor o de la más pequeña con un poeta o con un hombre de letras, está en la primera plana de todas las revistas mundanas del mundillo intelectual parisino.

El 6 de octubre de 1896, la princesa Pierre-Napoleón Bonaparte y el príncipe Roland invitan a los Heredia a asistir desde la terraza de su residencia, a los fuegos artificiales en el Campo de Marte en honor al zar Nicolás II y a la zarina Alexandra, en su primera visita a Francia. El día siguiente, en presencia de sus majestades el Emperador y la Emperatriz de Rusia, del presidente Félix Faure y del primer ministro Méline, tiene lugar la ceremonia de colocación de la primera piedra del Puente Alejandro III, que se construirá en la misma dirección de la avenida que separa el Gran Palacio del Pequeño; ya se habla incluso del majestuoso porte de su único arco. Su construcción está prevista para la Gran Exposición Universal que se celebrará en 1900. En esta ocasión, José María de Heredia, “el poeta más a la moda”, según el comentario de los salones, compone sus famosas “Estancias al Emperador”, y para dar a sus versos un tono más enfático, o tal vez para evitar que el autor, emocionado en demasía, tartamudee justo en ese momento, se decide que el poema sea leído por Paul Mounet, actor de la Comedia Francesa.

---

<sup>56</sup> Título que le dio Pierre Louÿs a su libro, la familia Heredia lo consideró escandaloso y sólo se publicó después de su muerte, en 1926.

*Saludo al Emperador*  
*¡Oh, hijo de Alejandro, ilustre Emperador!*  
*Toda Francia celebra tu llegada grandiosa.*  
*Con mi voz te saluda en su lengua preciosa,*  
*Pues sólo un bardo puede tutear a un gran señor.*

A partir del día siguiente, se critica al poeta por haberse atrevido a tutear al zar en su "Oda", como hacían antaño los poetas del siglo XVII, al hablarle directamente durante la inauguración del puente de Alejandro III. Y mientras algunos se divierten y lo encuentran ocurrente, otros prefieren hablar de torpeza diplomática. José María se burla de todo eso. Para este orgulloso descendiente de famosos conquistadores, quienes, imitando a Francisco Pizarro,<sup>57</sup> fueron a construirse sus principados en el Nuevo Mundo, es de lo más natural enfrentarse sin complejos a los más grandes de este mundo.

Ya se sabía que nada lo impresionaba, y en ocasiones hacía buenos favores a sus amigos. Ya se tratase de una carta de recomendación o de algunas palabras a pronunciar en determinada ocasión ante algún personaje influyente, siempre podía contarse con él y siempre se mostraba admirable. Por cualquier buena causa, él se enfrentaba a todo. No había nadie que fuera tan importante o que estuviera en una posición tan elevada como para que José María no estuviese listo a dirigirle la palabra para ayudar a alguien. Al menos, eso se decía de él.

Por desgracia, al año siguiente, el caso Dreyfus comienza a envenenar la vida política y social, y tiene repercusiones en toda la sociedad parisina; sobre todo, en los medios judíos de la burguesía rica, quienes, sin embargo, habían aceptado en un principio la condena de uno de los suyos como definitiva y justa. Pero luego empieza a cuestionarla porque Zola se convierte en un aguafiestas. En efecto, poco a poco, el escritor ha logrado que numerosos intelectuales y jóvenes escritores, como André Gide, Marcel Proust y Pierre Louÿs se unan a su causa. Y pronto en los salones más literarios y cultos se ve cómo las personas se atacan unas a otras. Y aunque José María nunca ha querido meterse en política, su nombre se cita con frecuencia, aquí y allá; él forma parte, junto a Léon Daudet, Jules Lemaitre, Barrès y Déroulède, de esa otra Francia, la de los anti-dreyfusistas, a la cual se unen los nostálgicos del boulangierismo. Mas, Anatole France, aunque no está completamente convencido de la inocencia de Dreyfus, se pronuncia en todo caso en contra del secreto de instrucción, contra las jurisdicciones especiales y contra el antisemitismo. Pronto se separan los bandos, y la mayoría de los salones sufre las consecuencias. Numerosos hombres políticos,

---

<sup>57</sup> Francisco Pizarro. Conquistador español (1475-1541), llevó a cabo la conquista de Perú para la Corona española y sometió el imperio de los incas, después de ejecutar a Atahualpa en 1533.

y hasta algunos diplomáticos, entre ellos Clémenceau, Poincaré e inclusive Jaurès, no dudan en cambiarse de bando, pues la opinión de los salones y de las cenas parisinas resulta determinante, debido a que la prensa influye en los parlamentarios. Se observa cómo se radicalizan las posiciones, poco a poco; algunos escritores prefieren callarse y permanecer en los salones que siempre han frecuentado, mientras otros no vacilan en retirarse, con el corazón oprimido. El salón de Heredia también se verá afectado por este asunto tan siniestro e irá desapareciendo poco a poco.

Después, con el paso de los años, se acumulan los problemas de salud. José María se siente frágil y así se lo comunica a sus amigos; sus ojos están cansados y teme quedarse ciego en la vejez. A estas preocupaciones se añaden problemas financieros, la angustia de perder todo su dinero en el juego, de terminar sus días en la miseria, lo que le trae otras preocupaciones de orden familiar, primero por sus hijas, luego por su esposa. Miseria física y moral, que ninguna alegría alcanza a borrar, y que ya no puede ocultarse. Se hunde en el juego y la vida mundana. Ya no quiere saber nada de los secretos de familia, ni del dolor, ni de la traición, y mucho menos del fracaso.

Sin embargo, habrá un hecho particularmente traumatizante que lo conmocionará esa primavera. Un acontecimiento, que hubiese podido parecerle banal si no hubiese ocurrido en ese medio que conoce tan bien, y probablemente eso lo impresiona más. El 4 de mayo de 1897 se produce un cortocircuito en un cinematógrafo, situado en una barraca de feria, hecha de madera de pino; esto origina un incendio de amplias proporciones que se propaga a una velocidad espantosa durante una venta destinada a financiar obras de caridad, organizada, como cada año, por personalidades pertenecientes en su mayoría a la alta aristocracia parisina. En algunos minutos, el llamado *Bazar de la Caridad*, se convierte en una inmensa hoguera en la cual perecen cientos de personas, debido a la ineficacia del rescate.

Esta famosa institución estaba situada, desde hacía tiempo, en pleno barrio de los Campos Elíseos, en la calle Jean-Goujon, en un terreno baldío, generosamente puesto a disposición de los organizadores y decorado con una lona pintada. Esa frágil edificación medía 80 metros de largo y 13 de ancho, y ese año se esperaba una enorme afluencia de público y un número creciente de visitantes. Toda la aristocracia se daba cita ese día para realizar una buena acción, y los mostradores eran atendidos por señoras y muchachas cuyos apellidos contaban entre los más ilustres de Francia; el lugar era también frecuentado por muchos niños. Para el segundo día de esta importante ceremonia, que en 12 años ha reportado más de 7 millones de francos de oro, se ha anunciado la visita del nuncio apostólico. La fiesta está en su apogeo, son alrededor de las 4 de la tarde, ya han entrado más de un millón de personas, la atmósfera es asfixiante, cuando de repente un grito siniestro resuena en el público: “¡Fuego, fuego!” La explosión del proyector del cinematógrafo, instalado en una salita adjunta a la galería, acaba de incendiar la lona, transformándola de inmediato en un inmenso

mantel de fuego. Por todas partes caen fragmentos, sobre las vendedoras y sobre los visitantes, y en breve, las llamas corren a lo largo de las tablas resinosas, lo alcanzan y lo consumen todo a su paso: las colgaduras, el suelo, la lona y la estructura del decorado. Cinco minutos más tarde, la sala es una inmensa hoguera.

Los diarios dan todos los detalles de la catástrofe: el pánico inevitable, la huida demente hacia las puertas cerradas y demasiado estrechas, mujeres pisoteadas, algunas medias muertas, otras a medio devorar por las llamas; se citan algunos magníficos actos de salvamento, gestos individuales de coraje y otros, ¡cuántos otros!, de cobardía, de miedo, de locura, de supervivencia, de ignominia... Un hombre ofuscado, con las ropas en desorden, empuja a una mujer joven, la golpea para apartarla de su camino. Gritos por todas partes... “Se lo suplico, ayúdeme a salir, me ahogo. ¡Auxilio!” Y en medio de esos gritos, se escucha una voz de mujer, trastornada: “Sálvate tú”, luego otra voz que se quiebra antes de poder responder.

Y cuando José María se entera, dos días más tarde de que, de los 120 muertos, 115 eran mujeres, y que sólo cinco pertenecían al sexo fuerte, de los cuales había tres ancianos, un médico y un niño de unos 12 años que era el botones de un gran hotel de lujo del barrio, no pudo impedir sentir vergüenza por los suyos, esas gentes del mejor mundo, jóvenes o viejos, quienes, revolteando alrededor de las jóvenes herederas, se habían salvado abriéndose paso a través de la carne femenina, a patadas, puñetazos, bastonazos, como lo describe crudamente esa periodista feminista en su crónica semanal.

No obstante, ya Heredia se había formado su opinión sobre el asunto. Se acordaba precisamente de un altercado que su hija Louise había tenido con ese dandy, ese fiestero, ese mundano de Robert de Montesquiou, quien ya le había sido presentado en otras ocasiones por las dos musas más importantes del siglo en el ámbito musical y literario, Geneviève Straus y Elisabeth Greffulhe, y que había sido muy discreto sobre lo que hizo esa tarde.

Algunos días después del drama, Louise le había relatado a su padre: “me encontré por casualidad con ese personaje en uno de los salones que frecuenta de manera asidua, y discutí violentamente con él”. ¿Qué sucedió en realidad?, se pregunta Heredia. ¿Acaso, ella le dijo algo inadecuado sobre el incendio, o bien el comportamiento atrevido de su interlocutor la había irritado? Poco importa, lo cierto es que él tomó muy a mal el comentario que ella le hizo sobre su bastón. “Más le hubiera valido llevar aquel día una sombrilla”, le dijo ella irónica. Y esa fue la chispa que provocó el incendio. Al sentirse agredido por la joven, quiso responder, y su cuñado Henri de Régnier, testigo de la escena, tuvo que aceptar el duelo y batirse con él. En efecto, corrían rumores sobre la presencia de tal personaje el día de la catástrofe en el Bazar de la Caridad; se decía que fue visto charlando entre las damas unos minutos antes del drama, y luego, bruscamente, cuando había comenzado la estampida, había desaparecido, en lugar de tratar de

salvar a las víctimas. Entre estas se encontraban la duquesa de Alençon, que sería inhumada en Dreux, y dos compatriotas, dos cubanas, Inés de Morato y su hija Rosina, que sufrieron ligeras quemaduras. El asunto se quedó ahí, pero toda la buena sociedad se conmocionó con esta hecatombe de la calle Jean-Goujon y con la conducta tan poco caballeresca de algunos de sus propios miembros.

Al año siguiente, Louise, la menor de la familia Heredia, se casa con el talentoso poeta Pierre Louÿs, a quien su maestro ha tomado cariño desde que sabe que está enamorado de Marie, su hija predilecta. Por desgracia, ya ella está casada; por eso, José María no comprende los motivos del joven quien, en la noche de bodas, le confiesa a su esposa que se ha casado con ella por amor a su padre. Pero José María no tiene tiempo ni deseos de escuchar esos comentarios malintencionados que se dicen por ahí.

En efecto, en el mes de julio, el poeta parnasiano debe representar a la Academia Francesa y elaborar un discurso para la inauguración de un monumento a Leconte de Lisle en París, en los jardines de Luxemburgo, cerca del Senado. Se ha abierto una suscripción pública luego de su deceso para levantarle esta escultura, encargada a uno de los grandes premios de Roma, Denis Puech. La escultura es una alegoría a la gloria, con las alas desplegadas y enlazando el busto del poeta, que va camino al Parnaso. En esas avenidas frondosas, adonde le gustaba venir a pasearse, aún se siente su alma. La naturaleza es la mejor compañía para esta última cita.

“Sí, Leconte de Lisle estaba muerto; Rimbaud perdido; Verlaine extraviado, imposible de alcanzar; la conversación de Heredia, siempre inspirada, ya no inspiraba como antes; Sully Prudhomme se confundía; cierto desprecio fatuo impedía reconocer en Moréas<sup>58</sup> sus cualidades de verdadero poeta; Régnier, Griffin<sup>59</sup> apenas estaban empezando...

“¿A quién dirigirse? ¿A quién admirar, Dios mío? Al entrar a la casa de Mallarmé, por la noche, se le encontraba primero en un gran silencio. En la puerta se apagaban todos los ruidos de la calle; Mallarmé comenzaba a hablar con una voz dulce, musical, inolvidable. Por desgracia apagada para siempre. Cosa extraña, itenia que pensar antes de hablar! Y por primera vez en su presencia, sentíamos, tocábamos la realidad del pensamiento: lo que buscábamos, lo que queríamos, lo que adorábamos en la vida, existía; un hombre, aquí, lo había sacrificado todo por esa causa. Para Mallarmé, la literatura era el objetivo, el fin mismo de la vida; aquí la sentíamos, auténtica y real. Para sacrificarlo todo, como él lo había hecho, era necesario creer sólo en eso. No creo que en nuestra historia literaria haya ningún

---

<sup>58</sup> Su verdadero nombre era Jean Papadiamantopoulos; poeta francés de origen griego (1856-1910), de quien Gide decía en sus *Ensayos* que junto a Chenier y Heredia era de “los metecos ilustres”.

<sup>59</sup> Francis Vielé-Griffin (1847-1937), poeta francés que frecuentaba los famosos “martes de Mallarmé”; a partir de 1900 publicó poemas de inspiración religiosa.

otro ejemplo de tan ciega convicción”. Así se refería André Gide a este gran poeta, Stéphane Mallarmé, quien falleció algunos meses más tarde.

José María asistió a su entierro en Valvins, en compañía de Henri de Régnier y de Paul Valéry, pero fue un homenaje contenido. Le hubiera gustado tanto que el poeta lo hubiese estimado en momentos en los que alcanzaba la gloria. Si sólo hubiera elogiado algunos de sus sonetos, se hubiera sentido realizado. Deseaba, por encima de todo, ese reconocimiento por parte del hombre que tantos poetas admiraban y querían imitar, y que había desencadenado tantas pasiones y violencias. Aún hoy, trataba de comprender la extraña personalidad de ese gran solitario, ique rechazó el mundo exterior gracias al poder de su fe! Algunos vieron en él al iniciador y otros, al representante del Parnaso, su cumbre, su realización más perfecta. Y desafortunadamente, Heredia ignoraba en ese momento preciso el elogio<sup>60</sup> que haría a su vez sobre su persona, cuando ya no estuviese, ese mismo escritor, André Gide, quien siempre mantuvo, aunque muchos no lo vean así, buenas relaciones con José María, cuya obra, además, estimaba en grado sumo.

Ese año, a principios del verano, se entera de la rendición de su ciudad natal, Santiago de Cuba, y de todo el resto de la provincia, a pesar de los rumores que corrían sobre ciertas negociaciones indirectas que ya se realizaban para lograr la paz. En la revista *L'illustration* se lee: “En la mañana del 17 de julio la guarnición española, dirigida por el general Toral, abandonó sus trincheras para presentarse ante las tropas estadounidenses y deponer las armas”. La capitulación es ya un hecho consumado. La bandera estadounidense ondea desde el domingo pasado sobre la segunda ciudad de la isla de Cuba.

José María no parece entristecerse demasiado con la noticia, pero, ¿por qué habría de lamentarse, si en realidad no había contribuido —más bien, todo lo contrario— a que esa horrible guerra, que ya duraba muchos años, concluyese con la victoria de los cubanos? Se le reprochaba incluso haberse negado a escribir un himno a la gloria de Cuba Libre, con música de Jean-Baptiste Faure, cantante de ópera, compositor y profesor del Conservatorio de Música, porque esto le parecía —así decía sin el menor embarazo— una agresión contra España. Ante esta actitud, Betances sólo encontró una explicación: “Lo creo más español que cubano”. Por otra parte, él nunca desmintió esos rumores. Incluso en aquella época, tal vez, lo llenaron más bien de orgullo.

---

<sup>60</sup> Homenaje a Heredia firmado por André Gide y publicado en *L'Ermitage* del 15 de noviembre de 1905. En André Gide: *Essais critiques*, pp. 855-857.

## **1899-1901**

### **Fin del siglo. Fin de la vida. Incertidumbres sobre la independencia de Cuba**

El caso Dreyfus sigue envenenando la vida política y social de Francia. Pronto, cada individuo toma posición y se afilia a alguna Liga y se organizan manifestaciones de ambos bandos; la violencia se desencadena; todo el país enloquece; los nacionalistas se exaltan y se impacientan, pues quieren actuar. Y ante la idea de que los miembros de la Corte de Casación puedan pronunciarse a favor de una revisión del proceso, Henri Rochefort se rebela contra ellos en *L'Intransigeant* y reclama “que un torturador les cercene los párpados y les ponga arañas venenosas en los ojos para que les coman las pupilas y el cristalino a esos ciegos repugnantes, que en realidad debían ser arrastrados hasta el Palacio de Justicia donde tuvo lugar el crimen, con un cartel colgado al pecho que diga: ‘Así castiga Francia a los traidores que tratan de vendérsela al enemigo’ ”.

Severiano había asistido la víspera a ese drama sin poder hacer nada. Recuerda la conmovedora escena de la degradación del capitán Alfred Dreyfus en el patio de la Escuela Militar: un sargento le arranca los grados y rompe en pedazos su espada y luego un general pronuncia las siguientes palabras: “Dreyfus, usted es indigno de llevar armas y conforme con la ley se le degrada” y él, con voz grave y serena, responde por encima de los gritos de la multitud: “Soy inocente; lo juro por la vida de mi esposa y de mis hijos. ¡Viva Francia!” Esa misma tarde fue transferido a San Martín de Re, en cuyo puerto pesquero lo embarcaron en un vapor que lo trasladaría en la Isla del Diablo, un promontorio rocoso perdido en medio del Atlántico, frente a las costas de la Guyana francesa. Se creyó que nunca más se oiría hablar de ese personaje, salvo aquellos que se opusieron a la condena y Severiano recuerda cuánto lo había impresionado la forma en que se había ido tejiendo esa tela de araña en torno al acusado hasta asfixiarlo, transformando así un simple acontecimiento en una absurda tragedia.

Los nacionalistas, herederos de los boulangéristas, han seguido tratando de atemorizar a los dreyfusistas, acusándolos de empañar la conciencia de Francia y de ser antipatriotas, una especie de psicosis va apoderándose poco a poco de las mentes y una parte de los republicanos moderados comienza a inquietarse por la amenaza que pesa sobre las instituciones republicanas. La



nación vuelve a estar a un paso de la guerra civil. El peligro ahora procede de la derecha, alimentada por la reacción clerical. Y Raymond Poincaré se ve obligado a subir a la tribuna para dar rienda suelta a su conciencia: “El ejército no es una casta en nuestra nación —dice—, sino que es la nación entera... ¿Qué sería del patriotismo si no se basara esencialmente en el respeto de nuestras tradiciones nacionales de justicia y de libertad?”

Y pronto, todos los anti-dreyfusistas tratan de presionar al ejército, haciéndole creer que los defensores del judío traidor no han hecho más que ultrajarlo. Se aprovechan de cualquier cosa para explotar odios y provocaciones en beneficio propio. Por eso, la súbita muerte de Félix Faure, víctima de una apoplejía en el palacio del Eliseo, el 17 de febrero de 1899, deja insensible a Severiano. Además, tal vez no es el único que piensa que su fallecimiento está muy lejos de ser una catástrofe, pues se conoce su terminante oposición a la revisión del caso Dreyfus y en el momento en que el presidente Loubet va a sustituirlo, el mismo Clemenceau, desengañado, comentará: “No se le echará de menos en Francia”.

Y entonces, Déroulède intenta un golpe de Estado y, con ayuda de un general, trata de que el ejército ocupe el Eliseo y se sustituya la República parlamentaria por una República plebiscitaria. Por suerte fracasa y Émile Loubet, antiguo presidente del Senado, sexagenario discreto y hábil conciliador, sustituye a Félix Faure, pero por poco tiempo. Los republicanos lo apoyan, pero la derecha lo abuchea y lo trata de “panamista” y hasta le llaman “Panamá I”, pues era el presidente del Consejo cuando estalló el escándalo de Panamá. Y su carrera termina apenas iniciada cuando, luego de haber sido ministro durante siete meses, un hermoso día primaveral, durante las carreras de caballos de Auteuil, recibe un bastonazo en su sombrero de copa asestado por los nacionalistas. Para estos, esta es una forma de expresar su descontento y de nuevo parece que el orden público está en peligro. Desde el boulangierismo no se producía semejante situación. Y entonces, Clemenceau se dirige a los republicanos de todas las tendencias, exclamando: “Espero que hayan comprendido la relación del caso Dreyfus con las ideas más esenciales de la República misma (...) Ante las amenazas de la Iglesia y de la monarquía, ha llegado el momento en que el partido republicano debe recuperarse y ofrecerle un gobierno a la República”.

Dado que los católicos se comprometieron en masa contra el proyecto de revisión y se pusieron de parte de los opositores, deberán pagar el precio de su derrota. En la oposición se comienza a hablar de reversión política del caso, de una gran comedia de la República en peligro y circulan rumores de que se había fraguado un complot. Ante el peligro que amenaza a la República, la concertación de los grupos republicanos, hasta entonces había parecido imposible, se produce de inmediato, lo que permite a los socialistas sumarse al campo de los radicales y constituir, junto a los progresistas disidentes, la mayoría que va a llevar al poder a Waldeck Rousseau. Pero la composición del gabinete irrita a muchos; en particular, la designación del

marqués de Gallifet, general a quien llaman “verdugo de los comuneros”, como ministro de la Guerra. Había sido hombre de confianza de Gambetta y es el único que goza todavía de la confianza del gobierno en todo el ejército, dado que las divisiones originadas por el caso Dreyfus siguen envenenando el clima político, y será necesaria toda la diplomacia de Brisson, su hermano masón, quien desde la tribuna hará un llamado a los diputados para que voten, no ya por el gobierno, sino por la República. Finalmente, la razón de Estado resulta vencedora. Inocente o culpable, absuelto o no, ya se ha librado la última batalla. Dreyfus, condenado por delito de alta traición a diez años de trabajos forzados, es puesto en libertad debido a un “interés político superior”. El general De Gallifet declara cerrado el caso y concluye con las siguientes palabras: “¡Viva el ejército, que no pertenece a partido alguno, que es patrimonio exclusivo de Francia!” Así se liquida el caso y se olvida al acusado por un tiempo. Sin embargo, Déroulède y otros 20 nacionalistas, son conducidos ante el Senado, constituido en Corte Suprema de Justicia y es condenado a diez años de proscripción o de presidio.

Es como si se hubiera restablecido el orden, pero sólo en apariencia, pues la coalición de los antiparlamentarios, de los católicos y de los antisemitas, estimulada por una prensa que emplea métodos que no tienen nada de liberales ni de democráticos, y que desarrolla temas irracionales que el público parisino adora, infunde temor. Esa prensa es, en su inmensa mayoría, antirrepublicana y católica, por lo que el diario *La Croix* puede vanagloriarse de que ha multiplicado por dos y luego por cuatro el número de lectores, si se le compara con *L'Intransigeant* y el *Journal des Débats*. Hay que recordar que después de simpatizar con Boulanger, ese diario sigue desplegando una batalla inescrupulosa contra Dreyfus y los judíos. Afortunadamente, esos vínculos que aproximan el dreyfusismo y el anticlericalismo —en particular, entre los hermanos del Gran Oriente— se irán tornando cada vez más un arma política en su contra. Pero para Severiano, que milita desde hace mucho tiempo en las filas de la masonería, a favor de la separación de la Iglesia del Estado y la instauración de una sociedad laica, esa idea no es en realidad nada nuevo y sigue sin entender por qué les ha tomado tanto tiempo para que sea aceptada. ¿Durante cuántos años se habían discutido esas leyes en las logias y cuántos hermanos tenían conciencia de su importancia mucho antes del caso Dreyfus, durante y, sobre todo, después, y cuántos habían ocupado puestos en los sucesivos gobiernos? ¿Qué había ocurrido entonces para que no hubieran podido convencer la opinión pública, a pesar de la movilización permanente y los continuos debates?

Esas eran algunas de las preguntas que Severiano todavía se hacía en tanto que masón y antiguo miembro del gobierno, aunque ya alejado de la vida política. Pero estaba seguro de haber realizado al menos su más querido sueño: ser parte del demoníaco mundo de la política, en el cual lo mejor y lo peor coexisten y se mezclan sin cesar día tras día. En efecto, para él, la conquista del poder no había sido un juego, sino la posibilidad

de insertarse en la política y entrar a ese reducido espacio en el cual se movían los ministros, pero no siempre los diputados. Pero no bastaba con entrar; era preciso mantenerse y luchar para evitar la exclusión, pues esa constituía la única manera de poder desempeñar un papel y de ejercer una influencia duradera entre sus conciudadanos. Así, en el transcurso de los acontecimientos de los cuales había sido un cuidadoso observador antes de participar en ellos como actor, se dejó devorar por esa pasión hasta convertirse en ministro en esa Tercera República que había visto nacer y crecer a su lado y que había admirado como un hijo admira a su padre. Y aunque sólo por una vez ocupó un cargo oficial, la experiencia fue suficientemente enriquecedora para no extrañarla. Como todo parlamentario, tenía una concepción muy particular de la movilidad del tiempo y siempre había vivido en el presente. El mañana sería diferente; eso no lo inquietaba. Sus buenas cualidades como orador se las debía a su padre adoptivo, que había sido abogado, pero pertenecía más a la categoría de los eficaces, los que encontraban la elocuencia en la acción, que a quienes se nutrían sólo de palabras y más palabras, pues, para él, lo que contaba no era el efecto oratorio, sino el resultado, que debía ser convincente. Y para lograrlo nada había como la sinceridad de sus emociones y la energía de su fuerza vital, independientemente de todo lo demás, que no era más que simulacro y engañosa apariencia.

Por eso había admirado tanto en una época a Rouvier, uno de los políticos más capaces de su tiempo, no sólo en el campo de las finanzas, sino también en muchos otros temas. Se decía que era capaz de citar de memoria pasajes enteros de *Los castigos* de Víctor Hugo, así como de dar puñetazos sobre la mesa, de apretar un vaso de agua hasta quebrarlo, de dirigirse arrogantemente a sus adversarios, de estremecerse de cólera, de dar saltos de alegría. Insensible ante el ridículo y la agitación que ocurría a su alrededor, tenía un temperamento infernal, un valor que iba más allá de lo común y un talento oratorio de primer orden. Pertenecía a esa familia de republicanos, generalmente cultos, bonachones, incluso a veces divertido, capaces de grandezas, pero también de mezquindades, seres humanos en el sentido más amplio del término.

Sin embargo, Severiano tampoco ignoraba que los celos y las rivalidades eran muy tenaces en ese mundo; sobre todo, cuando se trataba de descubrir los vínculos secretos que algunos políticos habían establecido a lo largo de su carrera entre la política y las finanzas. Al mismo Severiano muy pronto lo habían asociado junto a Paul Bert, su protector, a Armand Donon, a Jules Roche e, incluso, a Georges Clemenceau —cuyo hermano, Paul, era uno de los franceses más ricos de su época—, a ese vasallaje del dinero característico a las muy burguesas dinastías de la Tercera República. Y si todos esos comentarios habían circulado, es porque en otros tiempos había estado muy cerca de hombres de negocios, que poco a poco se habían ido integrando al equipo de dirigentes que tendrían a su cargo los destinos de

todo el país. Las estrechas imbricaciones que existían entre los intereses financieros, industriales y políticos, ensombrecieron la orientación de esas futuras elites republicanas, de las cuales Severiano formaría parte.<sup>61</sup>

Tal vez, esa sea la razón por la que se le incluyera más tarde en la lista, si bien había abandonado prematuramente la vida política, de los parlamentarios respetados por su fortuna. Se decía que era administrador de la Sociedad General de la Industria Sardinera de Francia, él, que había sido diputado y ministro, y ya con eso bastaba.<sup>62</sup> Para cualquier político retirado, cualquier participación en los consejos de administración —sobre todo, si se repetía— resultaba sospechosa ante los ojos de sus conciudadanos, y sobre todo los de ciertos políticos que trataban de explotar los más discretos rumores por razones generalmente poco honorables; en realidad, nunca se le había perdonado el hecho de que en 1889 había sido el abanderado de la República contra el boulangérismo. Por último, luego de la quiebra del Banco Popular y de la liquidación judicial de la Compañía de Seguros La República, de cuyo consejo de administración había sido presidente, también trataron de imputarle “el escándalo y el déficit de 150 000 francos del Círculo de la Unión Latina”, del cual había sido presidente de honor. Y así, cada vez que lo atacaban, sus amigos, que por fortuna eran mucho más numerosos que sus enemigos, lo defendían inmediatamente y proporcionaban a los periodistas, que difundían cualquier noticia sin verificarla, las pruebas irrefutables de su honradez.

Mas, cuando lo consideró verdaderamente necesario, como ocurrió el 27 de noviembre de 1895, ocasión en que su nombre fue citado en un artículo de la *Libre Parole*, con relación al oscuro “caso Panamá”, no vaciló ni un instante en responder personalmente al diario que lo incriminaba: “Ustedes publican insinuaciones que, bajo una apariencia un tanto vaga, son directamente insultantes. Y no estoy dispuesto a tolerarlas ni por un instante. El ansia de provocar escándalos es tal hoy en día, que resulta muy importante aclarar de semejantes sospechas. No acepto que se me confunda con aquellos que, en algún momento de su vida parlamentaria, fueron capaces de vender su conciencia o su voto. Alejado totalmente de la vida política y de sus miserables luchas, me importa conservar intactos mi honor y mi nombre. Le ruego que inserte mi protesta en el próximo número de su diario.

”Reciba usted, señor, un saludo respetuoso”.

Incluso en esos últimos años se le habían reprochado todas las actividades paralelas que probablemente no tenían nada que ver con la política, pero vinculadas al sector de transportes públicos, en el cual había trabajado al más alto nivel oficial. Así se convirtió en presidente del consejo de administración de la Compañía de Vehículos L’Abeille, que él mismo había

---

<sup>61</sup> Su nombre aparece citado en Jean-Yves Mollier y Jocelyn George: *La plus longue des Républiques*, pp. 101-133.

<sup>62</sup> A. Hamon y G. Bachot: *La France politique et sociale de 1890*, t. II, pp. 45-47.

creado y fue nombrado miembro del Comité de la Cámara Sindical de los propietarios de los “vehículos de alquiler”<sup>63</sup> del departamento del Sena. La prensa se hizo eco de los rumores que circulaban. Habían visto “al señor de Heredia” cuando paseaba en su calesa automóvil, cuya marcha ligera y veloz llamaban la atención tanto como su elegancia. Y el cronista de la gacetilla *Le Gil Blas* comentaba que era uno de los primeros en servirse de semejante locomotora que más tarde sería el vehículo común. Corría el mes de noviembre de 1896.

De hecho, los tiempos habían cambiado considerablemente desde la época en que era ministro y Severiano constataba, no sin cierta amargura, el reverso del poder y de la gloria. Nunca se había sentido tan solo. La mayoría de sus colegas de la época en que iniciaba su carrera periodística, se habían convertido en sus más feroces adversarios, salvo algunos, como Louis Barracand, que trabajaba a sus órdenes cuando Heredia era el director de la *Crónica Universal* y quien, en sólo unas conmovedoras líneas, había trazado para siempre su retrato en sus *Recuerdos*.

“La guerra destruyó esas agradables relaciones que apenas se iniciaban y, mientras yo seguía en el interior del país, mi antiguo director abandonaba la literatura para sumarse a la política. Fue sucesivamente consejero municipal de París, luego, diputado; durante algún tiempo ocupó un puesto de ministro... de Comercio o de Obras Públicas, ya no recuerdo cuál. Y entonces me vino a la mente el famoso portafolio que nunca lo abandonaba. Era un hombre predestinado.

”Lo perdí de vista durante algunos años. Seguramente no se acordaba de mí y yo no hice nada para recordarlo. Como tantos otros que fueron tocados por la gloria desapareció de mi horizonte”.

Y vino entonces el período en el cual las decepciones que van jalando toda una vida le parecieron mucho más abundantes que las alegrías y, volviendo a su pasado, a su Isla, Severiano pensó en su querido primo, el Cantor del Niágara. Desde muy joven, las desilusiones de José María resultaron tan impactantes, que pronto atemperaron su entusiasmo juvenil. Pronto supo lo que era la traición, la de aquellos que hacen uso de las palabras, de la ideología y buscó más allá, cada vez más lejos, la verdad, la que no se oculta tras una imagen o un sueño, sino la que le proporcionaba la plenitud de la inteligencia y del alma. Y, llegado el fin de su efímera existencia, cuando creía haberlo comprendido todo, sucedió la última felonía, la de su amigo más íntimo, Domingo del Monte. ¿Cómo fue posible que Domingo pusiera en duda por un instante el santo amor que profesaba por su madre? ¿Cómo fue capaz de imaginar otra cosa? Severiano nunca pudo olvidar lo que le contara su padre adoptivo. La experiencia de su primo no le sirvió de mucho. Por eso, en el momento presente sólo le agradece el

---

<sup>63</sup> Vehículos de alquiler: automóviles provisto de un contador que indica el precio de la carrera; después fueron llamados taxis.

haber nacido 33 años antes que él, tiempo necesario para mostrarle cuál es el único camino válido que conduce a la libertad: el de la fidelidad a sus ideas en el espacio y en el tiempo.

Lo había conocido todo: el amor, los duelos desgarradores y los gozos desbordantes. Después de casarse con Henriette Hanaire, la joven viuda de quien se enamoró perdidamente en el primer encuentro, una parisina que, luego de amarlo tanto como sus dos madres —la que lo llevó en su seno y la que lo adoptó—, lo acompañó durante 33 años con valor y orgullo a través de todas las dificultades familiares o profesionales, y le dio dos hijos. Un hijo que desapareció trágicamente a la edad de 13 años y una hija, muy inteligente, que sería una famosa neurofisióloga, una de las primeras científicas del siglo xx, y que se casaría con Louis Lapicque, sabio biólogo de fama internacional, a quien se debe el descubrimiento de las leyes de la cronaxia.

A su mujer hará sus últimas confidencias: “No sé lo que será de mí en el futuro, pero no siento pesar alguno por lo que ha sido mi vida: ni mi infancia, ni el exilio... ni las miserias humanas, ni las desilusiones, ni la amargura que se va acumulando día a día, año tras año. Pues una vez muertas todas las certidumbres y quebrantados todos los credos, tanto políticos como metafísicos, ¡fue sin duda alguna en el duro aprendizaje de la vida donde encontré la fuente más importante de sabiduría!” A esto siguió un largo silencio antes de que añadiera lo que nunca le había confiado a nadie. “El único deseo que aún tengo, si el gran arquitecto del Universo me lo permite, es el de tener la posibilidad de renacer algún día. Volver a la vida, sí... pero, por supuesto, volver siendo blanco”.

En pocos días deberá abrir sus puertas la Gran Exposición Universal, que le dará la bienvenida al siglo que comienza y enterrará el siglo que acaba. ¿Qué queda de él? A lo largo de los últimos 100 años se han acumulado tantas esperanzas como decepciones. El descubrimiento del mundo en todas sus dimensiones ha resultado sorprendente; fabulosas invenciones lo han enriquecido. El ferrocarril, el barco de vapor, el telégrafo permitieron que desaparecieran las distancias y se llegó a pensar que se alcanzaría la sabiduría y la felicidad gracias a la inteligencia. Los hombres, con sus rivalidades, sus guerras, sus explosiones de violencia y de anarquía, su espíritu de agresividad y de destrucción extremas, no lo hicieron posible, por lo que el pesimismo pronto sustituyó al optimismo. La ciencia y el progreso fueron poco a poco destronados y condenados por la religión, siempre apoyada por la misma clase de intelectuales conservadores. Y entonces, después de la muerte de Ernest Renan y de Hipólito Taine, Ferdinand Brunetière publica *La ciencia y la religión*, panfleto en el cual anuncia el fracaso de la primera.

El anti-dreyfusismo y el clericalismo que Severiano siempre había combatido desde sus inicios en la política, tratan de salir vencedores después de esa larga lucha; pues, en efecto, a fines de siglo hay todavía muchas mentes que mantienen su estado de ebullición. Los estudios teológicos viven

un verdadero renacimiento y durante algún tiempo hasta se tratará de condenar a todos los dioses que fundaron la República. Después de la crítica a la ciencia, se le asestaron rudos golpes al patriotismo —virtud retrógrada de los republicanos de tiempos de Jules Ferry— y se asiste, en algunos medios socialistas, a cierto rechazo por las instituciones militares, que se nutría de una crítica despiadada de lo que fue un ideal patriótico. Incluso, algunos jóvenes intelectuales, como Jules Renard, autor de *Cabeza de zanahoria*, se expresan en los siguientes términos: “Confío en que pronto la guerra de 1870-1871 se considerará como un hecho histórico de menor importancia que la publicación de *El Cid* o de una fábula de La Fontaine”. Asimismo, otros exclaman: “El patriotismo es un sentimiento artificial, irrazonable, funesta fuente de la mayoría de los males que aquejan a la humanidad”. Esas ideas se avienen perfectamente con la doctrina anarquista, que puede resumirse en unas pocas fórmulas muy simples: “No hay Dios, ni Estado, ni Patria, ni propiedad. Todo es de todos. Haz lo que quieras”.

El 14 de abril de 1900, Severiano, aunque muy cansado, asiste a la inauguración de esa Gran Exposición Universal del siglo xx. ¡Por nada del mundo se la hubiera perdido! Pero el ex ministro está cada vez más agotado; sobre todo, después de los lamentables acontecimientos ocurridos en abril de 1897, cuando tuvo que retar a duelo a cierto señor X en el jardín de Saint Ouen. Una sombría historia acerca de la cual nunca quiso dar explicaciones. Afortunadamente, el desafío no tuvo lugar, pues el mismo día en que debía celebrarse, Severiano fue víctima de un tonto accidente del tránsito y no pudo acudir a la cita. De acuerdo con el informe de la policía: “mientras atravesaba la avenida de Wagram, un vehículo de carga<sup>64</sup> que iba a toda velocidad lo hizo caer; el varal derecho lo había golpeado en el pecho, las piernas y la cabeza”. Ni el personaje ni el tiempo están para fiestas. Toda la noche se la ha pasado lloviendo, el cielo de París está nublado; los trabajos no han terminado y el clima político es más bien sombrío. Todavía se escucha a cada rato el ruido de los martillos y las sierras, y hay que evitar que las personalidades pisen los charcos, los escombros o las piedras. Sin embargo, para presentar el “Balance del Siglo”, se ha pensado en grande, mucho más que para el centenario de la Revolución.

Hace diez años, la Exposición se extendía por todo el Campo de Marte, la explanada de los Inválidos y el Trocadero, pero ahora va bordeando el Sena hasta la plaza de la Concordia, hasta completar un total de 112 hectáreas. Luego de realizar una rápida visita a los pabellones coloniales donde, según dicen, los franceses muestran el orgullo que sienten por su imperio colonial, que sigue expandiéndose y organizándose, Severiano se detiene por un instante en el de China. Una revuelta xenófoba de los llamados

---

<sup>64</sup> Vehículo de apariencia elegante, más lujoso que los *fiacres*, puede alquilarse por un período determinado de tiempo.

*boxers*,<sup>65</sup> recién ha estallado en ese país y un cuerpo internacional de expedicionarios se prepara para ir a apoyar las legaciones de Pekín, asaltadas por la multitud. Recuerda el lamentable fracaso de la política internacional francesa; sobre todo, en Asia, y de los sobrenombres que le habían puesto en esa época a Jules Ferry: *Ferry-sin-Dios* o *Ferry-el-tonquinés*. Pero ahora los tiempos han cambiando y los más encarnizados adversarios de la expansión ultramarina afirman que “ya no es el momento de preguntarse si se ha hecho bien anexas ese vasto imperio colonial... sino que se está en presencia de un hecho consumado y lo que hay que preguntarse es si las colonias van a enriquecernos o a arruinarlos”.

Pero no. Lo que fascina al antiguo ministro de Obras Públicas son, sobre todo, las nuevas creaciones; por ejemplo, el magnífico conjunto arquitectónico que se ha erigido en la margen izquierda del Sena: el Pequeño y el Gran Palacio, separados por la avenida Nicolás II, que enlaza los Campos Elíseos con el nuevo puente de Alejandro III, con su único arco de 108 metros de ancho, lo que constituye una obra maestra de la ingeniería. La construcción del Gran Palacio se les confió a tres arquitectos; según los críticos parece “una estación terminal que huye de un pórtico romano”; posee un inmenso salón y luego galerías circulares y escaleras monumentales, mientras el Pequeño Palacio, edificado bajo la dirección de Charles Girault, de estilo neoclásico, muestra una puerta monumental cuya forma fue copiada de los establos de Chantilly. Ambos palacios muestran colecciones de obras de arte: el Gran Palacio ofrece una espléndida retrospectiva del arte moderno con obras de David, Gros, Ingres, Delacroix y Courbet, mientras el Pequeño se dedica más bien a las artes decorativas: muebles, tapices, porcelanas, esmaltes y orfebrería. Pero lo que ha motivado mayormente su visita son las dos innovaciones técnicas que permiten a los visitantes transportarse rápidamente de un extremo al otro de la Exposición: el “tren eléctrico” y la “acera rodante”, que se halla a la altura del entresuelo y que posee dos plataformas que marchan una a cuatro kilómetros y la otra a ocho kilómetros por hora.

Por último, Severiano quiere encontrarse también entre los primeros pasajeros que inauguran el nuevo metro que la Compañía de Ferrocarriles Metropolitanos ya ha puesto en marcha: la línea N° 1 Vincennes-Porte Maillot. Todo es sorprendente: la iluminación de las estaciones, la frecuencia de los trenes, su velocidad, si bien todavía hay que combatir las reticencias de algunos parisinos que temen los embotellamientos en esos largos túneles e, incluso, los microbios. Se trata de un viejo proyecto que acarició durante mucho tiempo y que había estudiado muy seriamente cuando era ministro de Obras Públicas, al mismo tiempo que proponía que se duplicara la cantidad de tranvías y los voluminosos ómnibus con el fin de facilitar la

---

<sup>65</sup> Secta china fundada hacia 1770, combatía la creciente influencia occidental en su país.



circulación en las ciudades y sus barriadas periféricas, pero lamentablemente el proyecto había fracasado en varias ocasiones. Casi siempre, el consejo municipal se oponía, por temor a que se produjera un éxodo de ciudadanos hacia las comunas vecinas y no fue sino en 1895, y luego en 1898, que se declaró que el trazado de un ferrocarril metropolitano subterráneo resultaría de utilidad pública.

Por esa fecha, Cuba todavía no era libre. Si la rendición de las fuerzas españolas en Santiago de Cuba había significado el fin de la Guerra de Independencia, la firma del Tratado de París, el 10 de diciembre de 1898, había oficializado el acontecimiento. No obstante, al año siguiente ya corrían rumores relativos a una solución anexionista. Se decía que se iba a constituir un gobierno civil de ocupación que normalizaría de esa manera la intervención norteamericana, pues en Estados Unidos se pensaba que Cuba tenía que unírsele necesariamente mediante vínculos especiales y que sólo el futuro podría decidir sobre los destinos de una isla que, en su opinión, debía unirse de manera irrevocable a ese país. Y en esa coyuntura, a partir del mes de septiembre de 1900, se organizaron las primeras elecciones para el reclutamiento de funcionarios municipales. Desgraciadamente, sólo una pequeña cantidad de cubanos pudo participar: aquellos que tenían propiedades por valor de no menos de 25 000 dólares, o, según se decía, quienes habían combatido en las filas del Ejército Libertador. Además, se excluyeron todos los que no sabían leer y escribir. Sencillamente, le habían robado la victoria al pueblo cubano, y Severiano se sintió de nuevo aniquilado. Infelizmente, para él ya era demasiado tarde para poder actuar. Recordó la profecía de su hermano José Martí, muerto heroicamente en 1895 en la batalla de Dos Ríos, quien, presintiendo desde muy pronto el peligro del imperialismo, había exclamado: “Viví en el monstruo y le conozco las entrañas —y mi honda es la de David”. Después acuden a su mente fragmentos del discurso que ese revolucionario nacionalista había dirigido a los delegados hispanoamericanos de la Conferencia Interamericana celebrada en Washington en 1889, hacía apenas diez años, en el cual, ante el enfrentamiento de dos mundos que se preparaba, tuvo que exclamar: “Pero por grande que esta tierra sea, y por unguida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez”.<sup>66</sup>

Y esa América mestiza de la cual hablaba con tanto amor José Martí, estaba muy lejos de dejar indiferente a Severiano; era también la suya y José María, el Cantor del Niágara, su más pura encarnación. Siempre había mantenido su intransigencia, incluso cuando se había dado cuenta de los errores cometidos en nombre de las revoluciones, en nombre de la libertad

---

<sup>66</sup> El poeta cubano José Martí se refiere a la América mestiza, aquella donde nació el indio Juárez, que venció a los europeos. Cf. José Martí: *Notre Amérique*, p. 17.

y había luchado apasionadamente contra la sociedad esclavista hasta el agotamiento, hasta el último aliento. Nunca había aceptado que sólo una pequeña elite disfrutara de bienestar económico en un mundo de miseria moral y durante toda su vida siguió denunciando a todos los traficantes del poder que, en alguna ocasión, habían vendido su alma a cambio de dinero.

Entonces, por respeto y profunda admiración hacia quien seguía considerando un modelo a seguir, Severiano hizo lo posible por transformar sus palabras en acciones, consagrando toda su vida de militante político a luchar junto a los más pobres y desfavorecidos, a denunciar la injusticia, el racismo y la hipocresía en un mundo que ya no era el mismo.

Ese año asiste en el Gran Oriente a la reunión de todos los venerables de la región parisina, quienes crean La Liga de Acción Republicana, que prepara la victoria de un bloque de todos los partidos de izquierda en las próximas elecciones, las cuales deben efectuarse en 1902, lo que constituye una gran alegría para Severiano. Por fin, todos sus hermanos masones unidos han decidido imponer su voluntad esta vez y, pase lo que pase, laicizar el Estado y separarlo de manera definitiva de la Iglesia. Quieren asegurar la realización de su programa, pues esa concepción masónica que le proporcionó el más bello ideal a la Francia de la Tercera República, ha constituido, desde hace decenios, el alma del partido republicano.

Por desgracia, Severiano ya no estuvo presente para saludar la creación de ese nuevo órgano de combate, *el radicalismo*, que reunía a radicales y socialistas, así como se estimaba cercano al programa de 1881, anticlerical e impregnado de filosofía positivista. Tampoco pudo ver esa separación de la Iglesia y del Estado, por la cual tanto había luchado desde su juventud. Se fue soñando con ambas: la unión y la ruptura, dos ideas esenciales para él. Y gracias a su extrema sabiduría, de seguro las imaginó mucho más hermosas de lo que fueron en realidad. Antes de cerrar los ojos, sus pensamientos postreros se dirigieron una vez más hacia su querido modelo, cuyo centenario se celebraría próximamente. José María vino al mundo el último día del año de 1803. Severiano lo abandonaba el 9 de febrero de 1901.

Un siglo más tarde, el nombre de Severiano de Heredia ya hacía tiempo que estaba inserto en la historia de esa Tercera República, de la cual le gustaba decir, como muchos de sus contemporáneos, “que había sido muy hermosa, pero no muy amada”.

Tal fue su vida: brillante y llena de asperezas. Hubiera querido ser poeta, pero consagró su vida a los demás. De ello son testimonio sus acciones, sus realizaciones y sus compromisos, todo lo cual honra y hace justicia a su memoria. Y si, gracias a su inteligencia, sus cualidades y su valor, alcanzó las más altas responsabilidades en la vida pública en esa tierra francesa que había adoptado como suya, la imagen que nos deja en la actualidad es la de un hombre excepcional, mulato y descendiente de la gran familia de los Heredia.

**1899-1905**

## **Un poeta de moda en la *belle époque***

No bien acaba de comenzar el año y ya se vuelve a hablar del “caso Dreyfus”. Este asunto no sólo envenena la vida política, sino también afecta todas las esferas de la sociedad y todas las clases sociales; y José María acaba de tener la prueba más evidente de ello en su propio medio. Entre sus amigos, escritores y hombres de letras, nadie ha podido permanecer indiferente ni mantenerse al margen, pues además del mismo Dreyfus, todo el pueblo francés se halla estremecido y debe decidir de qué lado está. Y cada uno defiende una posición diferente. Él conoce bien a los dreyfusistas: son, ante todo, hombres antimilitaristas y fieles partidarios del laicismo; están convencidos de que todo ha sido un error judicial y pretenden no sólo vengar el honor de un hombre condenado injustamente y lograr que se revise el proceso, sino también demostrar su apego a la República. Con ese objetivo acaban de crear la Liga Francesa para la Defensa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. El otro bando, los anti-dreyfusitas, del cual él forma parte, pretende preservar el honor del ejército. Ahí están todos sus amigos, quienes pertenecen a ese medio tradicionalista, ultracatólico, antirrepublicano y antisemita, aunque no siempre se atreven a admitirlo. Ellos también organizan un movimiento nacionalista y conservador, La Liga de la Patria Francesa, que de cierta forma es la continuación de La Liga de los Patriotas, reformada en 1895 por Déroulède. De inmediato, Jules Lemaitre y François Coppée le piden que se les una, aunque sólo sea para defender los intereses vitales de la patria en peligro, y para combatir a los francmasones y a todos los enemigos del ejército. Allí, José María se encuentra con otros miembros de la Academia Francesa, sobrevivientes de otra época, como él; entre ellos, el duque de Broglie, el conde de Haussonville y el marqués de Vogüé.

Una vez más, la política viene a importunarlo, aunque siempre se haya esforzado por ignorarla, pues desprecia todo aquello que no pertenece a su mundo. Mas, no puede rechazar las proposiciones de sus amigos sin pasar por un cobarde o un egoísta. Tiene que unirse a una facción, y la suya ya está decidida desde hace mucho tiempo. Por tanto, su nombre figurará junto al de los principales miembros fundadores: los escritores

Jules Lemaitre, François Coppée, Maurice Barrès, Charles Maurras, André Theuriet, Henri Lavedan, Paul Bourget, Albert Sorel, Émile Faguet y Ferdinand Brunetière. Y resultó una verdadera avalancha de miles de nuevos miembros que llegaban cada día. Al reclutarlos, su objetivo es que el amor por la patria llegue a convertirse en el equivalente de la fe confesional que esos desarraigados, esos enemigos de la sociedad —como llaman a todos aquellos que no comparten sus ideas— han perdido ante sus ojos. Incluso crearán un tiempo después otro movimiento nacionalista para la defensa exclusiva del catolicismo, que se llamará La Acción Francesa.

En los salones se propaga la onda de choque, los pro y los anti-Dreyfus riñen; las familias se dividen; los escritores discuten; Zola logra convencer a André Gide, Pierre Louÿs, Fernand Gregh, Halevy y Proust, en contra de Léon Daudet, Jules Lemaitre, Barrès y Hanotaux. Los poetas y los pintores, por su lado, se pelean: Monet y Pissarro son dreyfusistas, mientras que Renoir, Cézanne, Forain y Degas se pasan violentamente al otro bando. Por más que se juren no hablar del *affaire*, ya es demasiado tarde: se ha roto la armonía. Las transformaciones provocadas por la guerra han quebrantado esta especie de sociedad de salón y, por desgracia, las personas que la frecuentan pertenecen a sectores tan conservadores de la sociedad que, preferiblemente, profesan los valores predominantes en las ideas vanguardistas. Por supuesto, siempre hay algunos que no tienen enemigos, como la princesa Matilde, quien con frecuencia trata de convencer a unos u otros, aunque sin mucho éxito: todos se aferran a sus opiniones. Al principio tratan de mantener la calma, luego todo estalla: la crisis resulta demasiado profunda; los rencores van más allá de las clases sociales, las pugnas ya no pueden evitarse y, entonces, algunos se van del salón con el cual ya se habían familiarizado, al que era un asistente habitual, para no regresar nunca más.

Ése es el caso del salón político-literario de Geneviève Straus, cuando la anfitriona anuncia un día a sus invitados que tiene que hacerles una revelación. Un amigo de confianza acaba de revelarles que el capitán Dreyfus era inocente, por lo cual se pone en el bando de quienes piden una revisión del proceso. Numerosos invitados presentes ese día; entre ellos, algunos de sus fieles, Jules Lemaitre, Claude Debussy, los pintores Jean-Louis Forain y Degas, se ponen de pie de inmediato y abandonan definitivamente ese salón que frecuentaban con gran placer, algunos incluso desde hacía varias décadas.

Hay otro salón que también desaparece por la misma época, el de madame Charpentier, esposa del gran editor parisino, quien en su época publicó a Flaubert, a Gautier e, incluso, a Zola. Esta anfitriona, con una gran reputación desde hace 20 años por haber sabido mezclar los medios y los géneros, y por haber logrado la fusión completa entre las artes y las letras, ya no puede resistir el clima malsano que envuelve el proceso, y sobre todo, no resiste las críticas de las cuales son objeto ella y su esposo, pues ambos son dreyfusistas. Para los parlamentarios, las reglas son las mismas.

Mientras algunos se van a la casa de madame de Caillavet, la musa de Anatole France; otros se van a la de madame de Loynes, en los Campos Elíseos, donde se reúnen Maurice Barrès, Léon Daudet, François Coppée, Jules Lemaitre, Déroulède y los otros.

La *belle époque*, así le llaman a este fin de siglo. Época tremendamente frívola, que para algunos es algo perfumado y exquisito; sobre todo, en las artes decorativas que se inspiran en la naturaleza, en la flora y en la fauna marina. Es lo que se conoce como *art nouveau*, que por el empleo abundante de la decoración, de las líneas curvas y asimétricas, de volutas y redondeos, hace pensar de inmediato en el resurgimiento de una especie de barroco y en un regreso de la fuerza de la imaginación y de lo imaginario, como reacción contra el clasicismo del pasado. En la pintura nace el impresionismo, y la música se adapta a las nuevas tendencias de la poesía y de las artes con Camille Saint-Saëns, Gabriel Fauré, Claude Debussy y Maurice Ravel. La tendencia es una ruptura con las tonalidades clásicas, con las melodías tradicionales, y se inspira de buena gana en los poemas de Mallarmé, como el *Preludio a la siesta de un fauno*, con música de Debussy, e incluso en la poesía de Verlaine, que podemos encontrar en algunas obras instrumentales o vocales de Gabriel Fauré. Después de haberse mantenido a la vanguardia durante unos 30 años, la Escuela Parnasiana, fundada en 1866 por Leconte de Lisle, Théophile Gautier y Théodore de Banville, pierde importancia progresivamente y, como todos los movimientos que le precedieron o que le siguieron, está a punto de desaparecer. Nunca había existido tanta coincidencia entre las diferentes ramas artísticas, entre las diferentes escuelas, entre los artistas nacionales y los llegados del mundo entero, entre los motivos de inspiración que exige la creación y ese sople de libertad que fue creciendo poco a poco hasta extenderse plenamente en Francia a principios de siglo, envolviendo en su torbellino todas las formas nuevas y lanzando hacia la periferia a algunos artistas aislados como André Gide o Marcel Proust en literatura.

Por ello resulta lógico que José María de Heredia, unos 20 o 30 años mayor que ellos, se sienta pronto rechazado, a pesar de sus *Trofeos*, que procuró fuesen lo más perfectos posible. El callejón sin salida al que lo condujo ese culto del “arte por el arte” resultaba previsible; él conocía las observaciones de sus contemporáneos sobre su obra refinada y demasiado perfecta, y los reproches que le hacían con regularidad a causa de su obstinación en no caer ni en la efusión lírica ni en el compromiso social. Pero aún no comprende esas críticas y se pregunta: ¿Por qué esas rimas perfectas no podrán ser el apogeo del arte y por qué no podrán apreciarse en su justo valor como un lujo del cual sólo una elite es capaz de disfrutar, incluso si para los simples mortales sólo poseen un interés relativo?

Poco le interesa al poeta quién tiene la razón y quién no, sólo escucha a su musa, y con el orgullo que lo caracteriza y que defiende celosamente, piensa que esos no son tiempos de lamentaciones. Sus preocupaciones son

otras. Mañana se casa su hija, Hélène, con el erudito naturalista Maurice Maindron, sabio apasionado por la entomología, gran viajero y novelista, y constituye un alivio para él, pues la acumulación de sus deudas ya se estaba convirtiendo en un gran obstáculo para casar decentemente a la última de sus “princesas”, quien también es la mayor. Además, con todo el honor, la gloria y el prestigio que posee, debe enfrentar, con toda la nobleza que exige su rango, todas las desgracias que lo agobian sin cesar. Si en los salones, por cortesía, todos pretenden ignorar sus problemas, todo el mundo sabe muy bien que se ha arruinado jugando al bacará y que sigue perdiendo, sin que nadie pueda prever hasta dónde lo arrastrará este vicio.

Corren rumores sobre su familia. Se dice que el poeta inventa un escritor cada vez que quiere casar a una de sus hijas; también se dice que sus yernos, hombres de letras y autores eruditos los tres, han elegido al padre antes que a las hijas, y que la afinidad profunda con su maestro, hizo que, uno tras otro, escogiesen a su esposa en el círculo íntimo de los Heredia para acercarse a él. Ante estas insinuaciones, guarda silencio y finge no haber escuchado nada, pero en realidad reboza de indulgencia, como para hacerse perdonar sus extravagancias por esta sociedad que sabe horriblemente hipócrita y mezquina. La conoce desde hace mucho tiempo y la ha frecuentado desde siempre. La crema y nata de la sociedad parisina, intelectual y mundana, es así. En efecto, la inteligencia no lo es todo, y la frivolidad francesa, bien conocida en los salones parisinos, siempre ha sido muy peligrosa para los que la profesan. O al menos es lo que afirma Henri de Régnier a su suegro. Lejos de ser una fuente de inspiración para un escritor, por el contrario, lo mundano mata sus facultades creadoras. Incluso escribió hace algunos años en su *Diario*: “Si quiero seguir frecuentando la sociedad, como lo hago, y conociendo personas, será necesario que, para compensar, cada mañana trabaje algunas horas. Las fantasías no bastan, hay muchas influencias externas; hay que purificarlas, extraer la esencia (...) si no, dejaría que me domine lo imprevisible, lo inútil, y no quiero, luego de haber cultivado mi espíritu durante diez años de grandes tensiones internas, desperdiciar los frutos en habladurías de salón o en debates de fumadero”.

El defecto de las habladurías mundanas, repite sin cesar José María, es que no se juzgan ni los hombres ni los hechos, sino que se les enumera y se les comenta superficialmente. Se habla de ellos, durante horas, de los individuos, de sus historias, de sus ambiciones, de sus vicios íntimos, lo que sólo provoca superficialidad y confusión de espíritu, pues se privilegia la anécdota y se olvida lo esencial.

De todas formas, en este principio de siglo, José María continúa siendo el poeta más a la moda de París, y se le llama sin vacilar cada vez que es necesario redactar un discurso oficial para honrar a alguno de sus predecesores, ya sea por el aniversario de su muerte, e, incluso, algunos años más tarde, para la inauguración de un monumento en su memoria. De hecho, las recepciones y los honores nunca terminan; sobre todo, desde

que forma parte de la Academia Francesa, de la cual es, en cierta manera, el representante oficial. Por otra parte, debe preparar un discurso en su nombre para la inauguración en Ruán de un monumento en homenaje a Guy de Maupassant. El académico Albert Sorel<sup>67</sup> lo acompaña y hacen el viaje juntos. Una vez allá, Heredia lee con magnificencia el elogio al novelista y a la tierra normanda, y su amigo estima que ese homenaje es algo exagerado; sobre todo, porque ese escritor había dicho un día, refiriéndose a él: “Éste es José María de Heredia, el famoso compositor de sonetos, que quedará para la historia como uno de los poetas más perfectos de esta época”. Al terminar la ceremonia, el público se dispersa y ambos académicos se alejan, pensando que no está lejos el día en que también se rendirá algún homenaje en su memoria. Tras de recorrer penosamente los inclinados caminos del pequeño cementerio, situado en la ladera de la colina, Heredia se aleja un instante de su amigo para visitar la tumba de su madre. Y dice en voz muy baja: “La piadosa colina de Bon Secours, donde los muertos amados están más cerca del cielo”. Allí descansaba su madre, en aquel lecho de nacimiento y de muerte a su regreso de aquella isla lejana donde él había nacido.

Caía la noche. El poeta estaba silencioso y soñador. Y de repente, se escuchó: ¡Es mi madre, extranjero!”

Pero Heredia está cada vez más agotado, la ceguera lo va ganando, la sordera y la diabetes también; ahora busca la tranquilidad y el reposo lejos de la sociedad parisina. Arrienda una vieja mansión en Seine-et-Oise, Montfort-l’Amaury, una casa blanca, señorial y burguesa, que hace esquina en el N° 1 de la calle Moutière. El bosque de Rambouillet es su lugar de paseo favorito; sobre todo, porque donde acaban estos magníficos árboles se encuentran Condé-sur-Vesgre y el castillo de Bourdonné, donde reside su amigo Becq de Fouquières, quien también tiene tres hijos casaderos y un blasón al cual los Heredia no pudieron, por desgracia, devolver su antiguo esplendor. Y en ese sitio encantador comienza a trabajar en los manuscritos originales de *Las bucólicas* del gran poeta André Chénier, pues nadie como él vio ni sintió la belleza múltiple de las cosas. Él fue su maestro en la época en que el romanticismo estaba en su ocaso y ahora desea hacer una nueva edición crítica, e incluir algunos fragmentos. Pero esto le exige realizar un estudio profundo, y en el prefacio precisa que intentó recomponer y estructurar una obra escrita, fragmentaria e inacabada, al mismo tiempo que afirma que debió enfrentar numerosas dificultades para hallar la secuencia de una composición que no había estado aún muy clara ni para el mismo poeta. En resumen, añade, “pienso atenerme a una clasificación clara y lógica que facilitará y hará más agradable la lectura de estos bellos poemas”.

---

<sup>67</sup> Gabriel Hanotaux: *In Memoriam*, epitafio de Albert Sorel en homenaje al desaparecido poeta José María de Heredia.

Cuando estudia los poemas de Chénier, se enfrasca en descifrar todos esos símbolos, los puntos suspensivos que señalan los espacios en blanco entre los versos, el espacio que cierra un poema con el verso precedente, y otras tantas indicaciones importantes, de las cuales también se sirvió en sus propios manuscritos. La personalidad de este poeta lo conmueve personalmente, pues la forma de su obra resulta, en todos los sentidos, similar a la suya. Es la impotencia por terminar una obra en vías de composición, el pasaje de un poema independiente, terminado o no, hacer una recopilación, lo que le interesa en especial. Para él, el problema fundamental que aún no ha podido resolver es el lugar que deben ocupar en su obra esos versos dispersos, esos fragmentos de sonetos, que, como no pueden unirse a nada, como él mismo dice, ofrecen posibilidades infinitas. De esta forma, al crear un vacío a su alrededor, se abre el espectro de posibilidades, lo que permite en ocasiones imaginar dónde se hubiesen podido insertar; pues lo esencial es siempre que el infinito poder de sugestión de las rimas permita evocar una imagen destinada a menudo a hallar su lugar al final del soneto. José María no cesa de deplorar las rígidas reglas de la composición, que restringen la libertad creadora y que encontramos, sobre todo, en esa forma “mística y matemática” que es el soneto, que impone reglas de composición difíciles de lograr. Por eso, piensa que en esos versos aislados e inclasificables, en esos fragmentos esbozados reside todo su talento.

Sin embargo, en cuanto regresa a París se ve obligado a abandonar momentáneamente las investigaciones sobre sus trabajos poéticos, para asistir a las sesiones de trabajo de la Academia Francesa, que incluye con regularidad nuevas palabras en su diccionario. El año de la Gran Exposición Universal, dedicado a hacer un balance del siglo, por el desarrollo y las innovaciones de nuevas técnicas, será quizás enriquecedor para los académicos, pero, por otra parte, los pondrá en numerosos aprietos. Por ejemplo, tendrán que encontrarle un nombre a esos nuevos autos con chofer que acaban de surgir. Estos curiosos artefactos, con su minúsculo motor, sus grandes ruedas, su “barra” horizontal de dirección y su falta de parabrisas, ya circulan por los caminos, en medio de una nube de polvo y desprendiendo un olor bastante desagradable. Además, son feos, ruidosos y siembran el terror. Por ende, los académicos proponen aceptar este año la palabra “automóvil” en su diccionario, con el género femenino. Algunas otras variantes se proponen, pero Heredia, que piensa que estos autos aún marchan demasiado lento, pues no sobrepasan los 30 kilómetros por hora, prefiere bautizarlos como las “cafeteras”. Por esa razón, cuando su propuesta no es aceptada, se siente decepcionado, y lo lamenta aún más porque considera que ese apelativo nos hace evocar una imagen, es sonoro, expresivo y se parece a los que aún se emplean en su país natal y en todo el Caribe; además, estima que las numerosas onomatopeyas de ese género han enriquecido de manera considerable el vocabulario de su lengua materna. No obstante, la palabra irá introduciéndose poco a poco en el lenguaje familiar y, gracias a él, se



incluirá en el diccionario. Al final, la administración decreta que, tras pasar un examen de conducción, se otorgará una licencia de conducción a los automovilistas, y además que la casa Michelin publicará la primera edición de su Guía.

A la fatiga de los años se une pronto una necesidad cada vez más apremiante de volver a sus raíces, y este año, Heredia se escapa algunos días a Palma de Mallorca, y de ahí embarca para España a principios de la primavera. Por esta época también es corresponsal del diario argentino *El País*, y envía a Buenos Aires, al director del periódico, cinco artículos escritos en francés que abordan esencialmente la actualidad francesa, y que se traducirán al español para su publicación. En ocasiones, los artículos van acompañados de cartas, en las que dice a su colega argentino que “para él, nacido en Cuba, última colonia de América que aún lucha por su independencia, es un placer saludar a Argentina, la primera colonia en haber lanzado el grito de libertad”. Y quisiéramos creer al menos por un instante en su sinceridad, con la esperanza de que no sea por completo insensible a la lucha del pueblo cubano por su independencia nacional... ¡a menos que esas diplomáticas palabras sólo sean pura cortesía de su parte!

Ya en su primer artículo al diario argentino, describe lo que la palabra *El País* evoca en él: “Esa palabra tan corta despierta en mí toda una nube de pensamientos, de sueños inmensos. Me conduce hasta la espléndida y lejana Isla donde nació. Vuelvo a ver las hermosas montañas de la Sierra Maestra, que dominan la bahía de Santiago de Cuba, la casa paterna, rodeada de naranjos, limoneros y laureles, el jardín repleto de colibríes, zunzunes y flores; sigo el curso del Baconao, que, sobre un lecho de mármol, deja correr sus cristalinas aguas bajo la sombra de los cocoteros, de los mangos y de los altos bambúes que tiemblan con la más mínima brisa”.

Por desgracia, este trabajo lo absorbe demasiado para su gusto, y su salud, ya frágil, lo obliga a suspender la colaboración. Sin embargo, le gusta mucho escribir los prefacios de obras que aborden las relaciones entre el Viejo y el Nuevo Mundo. El primero de los tres prólogos que ha realizado, hace ya algunos años, es en realidad un comentario sobre la personalidad del dibujante español Daniel Urrabieta Vierge, encargado de ilustrar la obra de un autor poco conocido y que se titula *El cabaret de las tres virtudes*. El segundo, *En Patagonia*, que está a punto de terminar, se inserta en el relato del “Viaje a Patagonia” del conde Henry de La Vaulx.<sup>68</sup> Y ya está preparando para el próximo año un tercer prefacio, para la novela de Emilio Bobadilla, *Vórtice*, en la cual Heredia, mediante una juiciosa observación, hace referencia al poeta y dramaturgo español Ramón de Campoamor, y descubre a sus lectores su gran erudición, que no se limita solamente a los poetas griegos y latinos de quienes se inspiró en su juventud, sino que

---

<sup>68</sup> Aeronauta francés (1870-1930), voló en aerostato y en dirigible, morirá víctima de un accidente de aviación en las proximidades de Nueva York.

también se extiende a las letras españolas contemporáneas. Ahora bien, acaso ese detalle sea de gran importancia para Heredia, pues los críticos se complacen a menudo en resaltar las numerosas influencias francesas que aparecen en su obra, tanto las imágenes como los detalles concretos; no obstante, generalmente pasan por alto sus profundas influencias españolas, que también forman parte de su cultura y de su personalidad. Por ejemplo, en sus *Trofeos*, según los mismos eruditos y los traductores latinoamericanos de sus poemas, esa forma de tratar los temas de la Antigüedad a través de sonetos parece que es una inspiración recibida directamente de los clásicos españoles<sup>69</sup> Juan de Arguijo y Lope de Vega.

El 2 de febrero de este primer año del siglo que comienza, José María de Heredia es nombrado oficialmente administrador de la Biblioteca del Arsenal, y de inmediato se muda de la calle Balzac para instalarse en la calle Sully, en la antigua mansión de los capitanes de artillería, en el corazón del antiguo Arsenal de París, fundada por Francisco I, reconstruida por Sully<sup>70</sup> y luego ampliada en el siglo XVIII. Por otra parte, el marqués de Paulmy, luego de haber reunido una magnífica colección de volúmenes enciclopédicos, de manuscritos medievales y de grabados, siguió aumentando poco a poco su biblioteca antes de venderla al conde de Artois. Aunque fue ocupada durante la Revolución, la biblioteca permaneció en el lugar y, tras haberse nutrido con otros preciosos volúmenes provenientes de grandes abadías parisinas y de los archivos de la Bastilla, fue declarada biblioteca pública el 5 de Floreal del año V.<sup>71</sup> Para José María constituye un gran honor habitar un lugar tan prestigioso, célebre gracias al escritor Charles Nodier, quien, entre 1824 y 1844, convirtió esta biblioteca en un salón literario de enorme reputación, al abrir sus puertas a todos los jóvenes escritores románticos. En aquella época, allí se reunían los domingos en la noche Víctor Hugo, Alfred de Vigny, Sainte-Beuve, Alfred de Musset, Alphonse de Lamartine y Alejandro Dumas, quienes asistían no sólo para entablar agradables charlas, sino también para demoler antiguos bastiones y crear una literatura nueva. De hecho, fundaron el primer Cenáculo del Arsenal, esencialmente romántico. Su musa de aquel entonces era la hija de Nodier, otra Marie de nombre predestinado. Luego se les unieron otros artistas, como los pintores Delacroix y Boulanger, el escultor David d'Angers y el grabador Devéria.

Habiendo tenido la suerte de reunir en el mismo lugar su trabajo y su domicilio, José María trata entonces, poco a poco, de adaptarse a sus nuevas condiciones de vida, y, queriendo perpetuar la tradición instaurada por su

---

<sup>69</sup> Observación comunicada por Max Henríquez Ureña, crítico, especialista y traductor de los poemas de José María Heredia. En *Revista Ibero-Americana*: "Poetas cubanos de expresión francesa", p. 313.

<sup>70</sup> El duque de Sully había sido camarada de Henri IV, luego fue su consejero y estuvo encargado de controlar las finanzas.

<sup>71</sup> El 28 de abril de 1797.

predecesor, decide continuar recibiendo a sus amigos los sábados en el Arsenal. Al principio, recibe a sus yernos Henri de Régnier, Pierre Louÿs y Maurice Maindron; después vendrán los habituales, Maurice Barrès, el crítico de arte y poeta Georges Lafenestre, conservador del Louvre, Sully Prudhomme y, más tarde, el poeta Emmanuel des Essarts, un amigo de la juventud de aquel a quien nunca nombra, Severiano de Heredia. De hecho, él le contará un día, por casualidad, la noticia de su muerte, ocurrida a inicios de ese mes de febrero, pues mientras estuvo vivo nunca quiso saber nada de él.

Pero sus recepciones han perdido todo el esplendor del salón de la calle Balzac. También hay que admitir que ya nada es como antes. Como en todas partes, el *affaire* Dreyfus y la adhesión del poeta a La Liga de la Patria Francesa, movimiento nacionalista que cuenta en la actualidad con más de 300 000 miembros, parecen haber ahuyentado de su salón a algunos de sus fieles habituales. Los primeros fueron todos esos jóvenes autores en ciernes, aún ayer atraídos por la belleza de sus tres hijas, quienes, tras haberse quemado las alas como mariposas alrededor del candil, fueron alzando el vuelo poco a poco. Y muy pronto de aquellas reuniones que se transformaban en consultas de poesía no quedó más que un ligero desencanto. Entonces, otros poetas más tradicionalistas venían a visitarlo al viejo edificio del Arsenal. Como ha instalado su residencia en el segundo piso, recibe a las visitas en su gabinete de trabajo, en el primer piso de la biblioteca, rodeado por sus inestimables maravillas: incunables, libros de horas, manuscritos iluminados y miniaturas, que contempla plácidamente durante todo el día y por los que vela con gran orgullo. Consciente de que este puesto honorífico en ese lugar histórico se corresponde con su rango, hubiese podido quedarse satisfecho y agradecerle al cielo por ese regalo que sus amigos habían decidido hacerle; en especial, para hacerle más agradable el final de su vida. Por desgracia, él no pensaba así, y si aceptó el puesto fue porque no tenía otra opción. ¡Lo hizo más por necesidad que por gusto personal! Además, las habitaciones donde reside son viejas y están mal decoradas, y debido al hecho de que se encuentran al final de unas escaleras de amplios rellanos y se ubican al final, contra la puerta de entrada, está muy mal distribuida la casa, lo que no resulta para nada elegante. O al menos es lo que comentan sus amigos, cuando vienen a visitarlo con el fin de distraerlo.

En resumen, es una vivienda de funcionario, poco atractiva pero gratis; por ende, no puede decir nada, porque no es tonto. Está tan lúcido como siempre, aunque le encante soñar tanto como antes. Sabe que está arruinado y que sus amigos han intervenido a su favor, lo cual no le molesta para nada, ni lo avergüenza, simplemente se acuerda de Flaubert, quien, en la misma situación que él, aceptó en 1879, en sus últimos años, un empleo honorario en la Biblioteca Mazarine que le había ofrecido Jules Ferry. Sin embargo, las circunstancias no eran las mismas. Flaubert había

querido salvar de la ruina a sus sobrinos y por ellos, sin dudarle ni un minuto, había abandonado casi toda su fortuna. Los problemas de dinero y los honores le importaban bien poco, y nunca soñó con pertenecer a la Academia Francesa, aunque fue nombrado Caballero de la Legión de Honor sin siquiera haberlo pedido.

Por el contrario, para José María, ese cambio total en su vida, ese trabajo excesivo, ese enclaustramiento absoluto, esa dependencia de la sociedad eran, sin duda alguna, un peligro aún más grande que cualquier otra preocupación material. En efecto, varios meses después de haber aceptado el puesto, le confiesa a una de sus amigas: “Estoy muy cansado de vivir, todo me parece demasiado, todo me pesa, ¡hasta un buen ataque sería bienvenido!” Acaso no hubiese debido jugar con el destino como le gustaba tanto hacerlo. Porque, esta vez, sus plegarias fueron escuchadas y, cuatro años más tarde, fue fulminado por una hemorragia cerebral a la edad de 63 años.

Mas, Heredia ya no tiene tiempo para deprimirse y poco a poco se acostumbra. Ama demasiado la vida y no tiene otra opción: está colmado de deudas. Su biblioteca es su jardín secreto y se divierte mostrándoles a sus amigos las rarezas que tiene bajo su custodia y que provienen en su mayoría de la colección del marqués de Paulmy y de las confiscaciones revolucionarias: 100 000 grabados y series topográficas con más de 1 000 mapas y planos de ciudades francesas y extranjeras. Está tan orgulloso como si todos esos tesoros le perteneciesen, y su pasado como documentalista vuelve. No cesa de tratar de renovar tanto los interiores como los exteriores del edificio, con el fin de devolver el brillo del pasado a todos esos salones del siglo XVIII; también compra libros valiosos para aumentar las colecciones, e, incluso, planea crear un Museo del Libro, para que todas esas maravillas puedan apreciarse algún día por una mayor cantidad de personas.

Luego, de repente, las reuniones de los sábados desaparecen. Los visitantes se hacen cada vez más raros, y ahora quienes tocan a su puerta son algunos principiantes, jóvenes autores cuyo nombre a veces ni siquiera conoce. Ahora recibe los domingos, el día del Señor. Las reuniones son más íntimas que antes, y tienen lugar en el viejo edificio del Arsenal, donde Nodier reunía a los primeros románticos. Heredia encuentra un gran placer en conducir a esos jóvenes a través de las enormes salas forradas de maderas claras, para hacerlos descubrir la colección más completa de los poetas del Renacimiento, esas magníficas obras encuadernadas en tafilete púrpura, con el escudo de armas de los arzobispos o de las cortesanas reales.

Y corre rápidamente la voz de que sus invitados pueden tener la suerte, si llegan bien temprano en la mañana, de ir a pasearse con el maestro, aquel que todo el mundo sabe que es “el único poeta que ha tenido el privilegio de tutear a los reyes”. Su reputación ya está hecha, desde hace tiempo. Siempre recibe a sus alumnos, con el gesto amplio y la voz poderosa, con esa mezcla de magnificencia y bonachonería. A nadie le asombra

su actitud, pues en realidad esta esconde rencores muy antiguos por algo que lo afectó mucho: en sus inicios, cuando le fue presentado a Baudelaire, este le dijo: “¡No me gustan los jóvenes!”

Se sintió humillado por esta frase y, desde entonces, decidió comportarse de otra forma con los jóvenes. Nunca se cansaba de abrirles su puerta de par en par, de corregir sus ensayos e, incluso, de proponerles otras variantes mejores y más acertadas. Explicaba su actitud diciendo: “Siempre trato de comprender lo que quisieron decir, y aunque su esfuerzo no se aproxime mucho al objetivo, yo se los tengo en cuenta”. Desafortunadamente, en cuanto comienzan a subir las temperaturas, el aire viciado de la capital lo deja indispuerto. Su apartamento está situado bajo el techo, justo encima de las estanterías de los libros, el barrio no es tan residencial como el de los Campos Elíseos y el espacio le hace una falta terrible. Por eso, le gusta bajar a su pequeño jardín para tomar el aire. Por supuesto, no es grande, es un parterre estrecho que bordea la casa, pero José María está muy apegado a él, como le cuenta a su hija Marie: “Mi jardín es magnífico. Los grandes citisos tienen más flores que hojas y parecen gigantes ramos dorados”. Y añade: “A tu regreso verás mis quince hortensias en flor. Ya están llenas de botones”. Por eso, cada vez que puede se escapa al campo, a su vieja mansión de Montfort-l’Amaury, en los alrededores de París. Ese año, a mediados de septiembre, se publica en *Le Journal* y en los *Anales políticos y literarios* un madrigal, “Francia en flor”, dedicado a Su Majestad, la emperatriz de Rusia, cuya flor preferida es el brezo. Además, en *La Renaissance Latine* se publica uno de sus más bellos poemas de amor, “Malagueña”, que evoca la época de Herodes en Palestina, cuando las santas mujeres llevaban a su tumba en un sudario de finas telas al Cristo inerte y bello... Un hálito de misticismo pasa... y el poeta nos hace llegar el recuerdo de una bella desconocida a quien pregunta:

*¿Dime, llorarás a lágrima viva,  
Carmen, sobre mi muerto corazón,  
Para que nuestro amor así reviva  
Como Jesús en su resurrección?*

Entre sus numerosas ocupaciones, ni siquiera incluye las conmemoraciones de los centenarios, pues es un habitual de estos actos, nunca niega su colaboración en cualquier recepción literaria. El 27 de febrero de 1902 preside, a título puramente honorífico, la conmemoración por el centenario del nacimiento de Víctor Hugo en el gran anfiteatro de la Sorbona, organizado por la asociación de estudiantes de París. Luego, al pedirle que participe en una recopilación de versos para celebrar el evento, y presionado por el tiempo, José María retoma esta vez el terceto final de un soneto anterior inconcluso, llamado “Pegaso”, que en realidad formaba parte de su tríptico “Perseo y Andrómeda”, ya publicado en 1885. Esta nueva versión de su

“Pegaso”, publicada en *Le Journal* el 7 de junio, apareció también dos días más tarde en *Le Figaro*, y de forma parcial en *La corona poética de Víctor Hugo*, pues, de hecho, sus discípulos interpretaron este homenaje más bien como una obligación de Heredia hacia ese gran poeta que los parnasianos, hay que confesarlo, nunca lo apreciaron en verdad.

Finalmente, el 12 de junio de 1902, José María debe pronunciar la respuesta al discurso de recepción a la Academia Francesa de su amigo el marqués de Vogüe, el mismo que cinco años más tarde, tras la muerte del poeta, le rendiría homenaje en la Academia, al recordarles a sus colegas que “a ese exuberante criollo le divertía la caza de vocablos raros como le divierte a un niño el perseguir bellas mariposas”. Pues todos esos bellos discursos formaban parte del trabajo de los académicos, como lo hizo en su tiempo François Coppée, cuando lo recibió en la Academia en 30 de mayo de 1895.

Sin reposo, y a pesar de que su salud se deteriora cada vez más, continúa presidiendo concursos, y clasificando, según el mérito, noticias, cuentos y variedades que participan en torneos literarios, pequeños trabajos que su nombre y su calidad de *Inmortal* le atribuyen naturalmente y a los que no puede negarse. Pero sobre todo trabaja con regularidad en la Comisión del Diccionario de la Academia, y sustituye de manera inevitable a los colegas que ya no están. Los domingos y los días de fiesta en que permanece en París, se pasea con toda una corte de jóvenes escritores y poetas, franceses o españoles, como Ángel de Estrada. Lo adulan y se acostumbra con facilidad, se enorgullece de ser el más grande hispanista del siglo. Tras haber sido ignorado durante largo tiempo por la crítica erudita, finalmente el poeta lo da a conocer a sus colegas parisinos. Sus traducciones son ahora reconocidas entre las mejores, y se siente muy orgulloso de agregar a su pomposo título de *Grande de España de las letras francesas*, el otro no menos halagador de *uno de los fundadores del hispanismo científico*. Insiste en esta palabra, que no es un pleonasma y que hay que distinguir, dice, del españolismo. Se atreve a traducir la palabra española *hispanista* por la palabra francesa *hispaniste*.<sup>72</sup> Él la inventó y lo comunicó a los lexicólogos y a los hispanistas, luego de haberles señalado también que la etimología de la palabra *haricot* (frijol) es un préstamo del azteca *ayacotl*.

“Su obra marcará la historia de la traducción en Francia”. Esta corta frase, en apariencia insignificante, publicada hace 20 años en la *Revue Critique* y formulada por su viejo amigo hispanista Alfred Morel-Fatio por su traducción de Bernal Díaz de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, le hace ahora tomar conciencia de su verdadero valor. Desde ese día se declara, sin ningún complejo, *el más grande de los poetas españoles en lengua francesa*, y fue un orgullo para él sentir esa doble pertenencia a esas dos culturas y a esas dos raíces. Nada había podido borrar

---

<sup>72</sup> *Lettres inédites de José María de Heredia à Alfred Morel Fatio*, nota 7, p. 11.

la lengua de su padre y de sus ancestros, al menos es lo que se dice a sí mismo, posando la mirada con una ternura infinita en la pintura esmaltada de Claudius Popelin que lo inmortalizó bajo la armadura de un conquistador.

El año 1903 será la coronación de su carrera con esa feliz noticia que le llega de muy lejos, de su tierra natal, Santiago de Cuba. Cien años atrás nació, en una mañana de diciembre de 1803, en esa pequeña ciudad de la provincia oriental, su homónimo, el otro Heredia, el otro José María, el otro poeta. Y para celebrar este aniversario, ya no es Francia quien le pide honrar el recuerdo de uno de los suyos, sino Cuba, esa isla donde nació y de la cual sólo conserva en su memoria el azul del cielo y del mar, y el verde profundo de las palmas reales. El alcalde de Santiago, Emilio Bacardí y Moreau, pensó en él, en el hijo del país, para escribir este homenaje y él responde que “los sentimientos de un poeta que lleva el nombre de Heredia serán siempre los de un cubano de corazón que desea la grandeza y la felicidad de su tierra natal”.

Rápidamente y con una escritura febril, compone tres sonetos en español, los únicos versos de su obra escritos en castellano, y los dedica a la memoria de su pariente homónimo, el poeta cubano José María Heredia, el Cantor del Niágara, en ocasión del primer centenario de su nacimiento.

*A José María Heredia en su centenario*

*Desde la Francia, madre bendecida  
De la sublime Libertad, que bella,  
Sobre los mundos de Colón destella  
En onda ardiente de pujante vida,*

*A ti, soldado de coraza unida  
Por la virtud, que el combatir no mella,  
A ti, creador de la radiante Estrella  
De la Isla ardiente por el mar mecida.*

*A ti, de Cuba campeón glorioso  
Que no pudiste ver tu venturoso  
Sueño de amor y de esperanza cierto,*

*Con entusiasmo en mi cantar saludo,  
De pie, tocando tu vibrante escudo  
Que es inmortal, porque tu voz no ha muerto.*

*Desde la Francia, madre generosa  
De la Belleza y de su luz divina,  
Cuya diadema de robusta encina  
Tiene la gracia de viviente rosa;*

*A ti, pintor de la natura hermosa  
De la esplendente América latina;  
A ti, gran rey de la Oda, peregrina  
Por tu gallarda fuerza melodiosa;*

*A ti, cantor del Niágara rugiente,  
Que diste en versos su tronar al mundo,  
Y el cambiante color iridiscente*

*De su masa revuelta en lo profundo  
Del hondo abismo que al mortal espanta,  
Grande Heredia, otro Heredia aquí te canta!*

*Y abandonado el habla de la Francia  
En que dije el valor de los mayores  
Al evocar a los Conquistadores  
En su viril, magnífica arrogancia;*

*Hoy recuerdo la lengua de mi infancia  
Y sueño con sus ritmos y colores,  
Para hacerte corona con sus flores  
Y envolver tu sepulcro en su fragancia.*

*¡Oh sombra inmensa que la Luz admira!  
Yo que cogí de tu heredad la Lira  
Y que llevo tu sangre con tu nombre,*

*¡Perdón si balbuceo tu lenguaje,  
Al rendir, en mi siglo, este homenaje  
Al Gran Poeta con que honraste al Hombre!*

Los versos se leyeron por el poeta santiaguero Desiderio Fajardo Ortiz frente a la casa natal del poeta, que había sido comprada el 21 de diciembre de 1889 por suscripción popular. En su fachada se colocó una placa de mármol en la cual se esculpió un fragmento de la “Oda al Niágara”.

Mientras participa en la polémica sobre la reforma ortográfica, la enfermedad lo golpea. Su salud, ya de por sí frágil, se altera bruscamente, la sordera y la diabetes se agravan. Adulado, festejado, rodeado de jóvenes escritores y poetas, continúa viviendo, saliendo, como siempre ha hecho. Se siente bien con los otros y en casa de los otros. En estos últimos tiempos se le ve cenar en casa del poeta Stephen Liégeard, y entre los comensales se encuentra también Louis Barracand, crítico y amigo que lo acompaña desde hace tiempo en esta sociedad parisina, y que cuenta acerca de él esta última anécdota:



“Como le hice notar, no sin asombro, que estaba bajo una dieta particular y con un servicio especial, Heredia me respondió con la misma arrogancia de antaño:

”—Compadézcame, amigo mío, estoy condenado a beber únicamente champán.

”—Por el contrario, lo admiro, ieselas cosas sólo le pasan a usted!, le respondí en el mismo tono inofensivo”.

Sin embargo, decían que estaba muy mal, que tenía cáncer de estómago y que todos los placeres que tanto amaba le estaban prohibidos. No obstante, nunca revelaba la verdad, y los malestares más comunes, los incidentes más vulgares, con él se transformaban mágicamente, y se cubrían de magnificencia.

Los inicios del año 1905 son más bien favorables: trabaja en *Los Trofeos* en vistas de una nueva edición con la editora Descamps-Scrive. Y como quería ser perdonado por haber fallado a su cita con el gran Víctor Hugo, tres años después de la celebración del homenaje oficial por el centenario de su nacimiento, escribe el 26 de febrero de 1905 esta décima, titulada:

*A un poeta*

*Por divino mandato, joven eternamente  
Serás, Galo, y el tiempo no arrugará tu frente;  
Las musas tejerán siempre con mano fiel,  
Para adornar tus sienas, las hojas de laurel.  
Bajo el divino día, que las sombras traslada,  
Sombría o reluciente, tu profunda mirada  
Mostrará, como suele reflejarlo tu verso,  
El eterno espectáculo del móvil universo,  
Indiferente a dioses y a las almas morosas:  
Tú solo retendrás lo hermoso de las cosas.*

José María nunca la verá publicada, porque saldrá dos meses después de su muerte, perdida en medio de otros ocho sonetos póstumos, en la *Revue des Deux Mondes*.

¡Extraña premonición! Estos dos homenajes, entre tantos otros dedicados a poetas ya desaparecidos, serán también los dos últimos que escribirá, el primero en memoria a José María Heredia y el segundo a la de Víctor Hugo, grandes entre los más grandes, cada uno en un mundo diferente, el Viejo y el Nuevo. ¡Dos poetas a quienes, en realidad, nunca dejó de temer y de admirar sin atreverse a admitirlo!

Entonces ya no le queda más que dedicarse a ese otro yo que, en sus exigencias infinitas, posee un lugar aparte en su corazón, André Chénier, ese insatisfecho, ese incomprendido, cuya edición de *Las bucólicas* quiere terminar antes de que sea demasiado tarde. Y abandona París y va a reencontrarse con su infancia en medio de la naturaleza, en ese parque del Château de

Bourdonné, propiedad privada de su amigo Georges Geuffron Itasse. Allí termina el prefacio de su última obra dedicada a Chénier, ese poeta cuya obra —repite con agrado— le provoca siempre ese estremecimiento religioso, y lo dedica a la memoria de su viejo amigo Becq de Fouquières, quien desafortunadamente lo ha dejado. Esa será su última obra maestra. Luego se dedica a perfeccionar una y otra vez y hasta el último instante sus sonetos, para esa nueva edición que debe salir en diciembre en la *Revue des Deux Mondes*. ¡Piensa finalmente haber alcanzado la tan añorada perfección! Y para culminar su obra, añade un último poema autobiográfico, “La visión de Ajax”, que escribe ese 18 de junio de 1905 y que forma parte de sus “Sonetos póstumos”. ¿La habrá visto llegar en verdad?

*La visión de Ajax*

*Sombra inmensa y cerúlea veo en noche estrellada.  
Sobre el diáfano cielo blande en la diestra ies ella!  
(...)  
Se aproxima. Ya viene. No retrocedo. En tanto  
a cada paso suyo siento el divino espanto  
del Orden y la Fuerza crecer, de angustia lleno.  
Pues en sus glaucos ojos fatal designio habita  
y con cada latido su corazón excita  
las víboras azules que reptan en su seno.*

Y allí, en medio del canto de las aves y a la sombra de los grandes árboles seculares del parque, no deja de pensar en su hija, Marie o *Maricotte* para los íntimos, su musa que por desgracia el exceso de pretendientes le ha robado. Ella era bella, pura, era el cielo, las aves, las flores y las palmas de Cuba, así hubiese querido conservarla para inspirar su lira. Desafortunadamente, maduró demasiado rápido al sol de la vida y sus enredos amorosos la habían marchitado antes de tiempo. No quiere hablar de eso. Ella es el reflejo de sus vicios.

Su obra está casi terminada, por eso, cuando se acerca la Asunción, ese día de la Virgen María, el día de su santo, le envía esta carta como un último adiós: “El Bourdonné que a ti te parece demasiado romántico es un parque encantado, le dice; es un lugar delicioso, en medio del agua, sin mosquitos, sin niebla, sin humedad, repleto de aves cuyo canto no escucho, por desgracia, y de flores que veo, que respiro, pues tengo la impresión de que mi olfato y mi vista se han aguzado a medida que se cierran mis oídos.

”Recuerdo, hace ya más de medio siglo, los domingos por la mañana... ¡Qué lejos lo veo y qué corta es la vida para un poeta lírico que ama la belleza de las cosas! Adiós, hija mía... y bajo los pinos, junto a los claveles, con el murmullo del mar, imagina y escribe bellos versos o una trágica y encantadora historia como ‘El Esclavo’. Un beso tierno.

”José Maria de Heredia”.

Esa mañana, ya con el sol alto, espléndido y divino, es el final del verano y de las vacaciones, cuando lanza una última mirada hacia el cielo a través de la ventana entreabierta y vuelve a ver El Potosí y todos esos cafetales suspendidos en las cumbres y en los flancos de las colinas, los complicados senderos trazados en la montaña, por los cuales los caballos y las mulas se abrían paso con dificultad; se detiene un instante: los barrancos son profundos y se escucha el fragor de un torrente, el murmullo de un arroyo, el aire es tan puro y el cielo tan azul en las alturas de la Sierra que se le conoce como el Edén oriental de Cuba, con sus árboles majestuosos, la ceiba o antiguo baobab, de follaje brillante de todo tipo de verdes, desde el más claro hasta el más oscuro, y las lianas salvajes, las lianas amorosas entre las cuales se enredan orquídeas salvajes, abrazando los troncos de todos esos árboles ya muertos, cubriendo las piedras, las ruinas, infundiéndoles una nueva vida... Sí, así se imagina la entrada del Paraíso: con flores tropicales y celestes cuyo aroma y belleza rivalizan con el sabor de las frutas, la granada, el zapote o el mamey, un ramillete de colores y sonidos que colma los sentidos, con inmensas mariposas multicolores que vuelan junto a zunzunes y colibríes, el tangará compitiendo en su trino con el mirlo vanidoso, antes de que comience el canto repetitivo de la cigarra nocturna y el estrépito desenfrenado de las luciérnagas. Es la magia de la fiesta, el último adiós a la tierra antes de que se apague la luz en los ojos del poeta, esa pequeña chispa tan conocida y que brillaba, tenaz y sensual, como un reflejo de la claridad cegadora del trópico.

De repente, se deja llevar, y en el abismo no hay más que silencio y frío. Todo fue silencio a su alrededor. Todo se borra y se diluye en una inmensa mancha negra: son las 10 de la noche de ese 2 de octubre de 1905, cuando la noche, eterna y profunda, apaga definitivamente la luz en su proa más vulnerable, la más frágil también, la del poeta. Cada criatura humana agranda su misterio, y así será por siempre. Pues la noche nunca terminará de consumir esa otra parte de sí misma, ese día que la alimenta... Ésa es su razón de ser.

Y en la dulce colina piadosa que domina el Sena, allí donde reposa hoy, en ese paisaje que escogió amorosamente porque los muertos amados se encuentran allí más cerca del cielo... de seguro "su alma vaga a través del follaje y se estremece!"



## POST MORTEM

La historia de los tres Heredia tal vez no terminará aquí y el libro de los Muertos sigue siempre abierto...

Pues, si a todo lo largo de los siglos XIX y XX se cometieron numerosos errores con respecto a estas tres personalidades, iesto se debió a la identidad de sus apellidos! Es preciso aclarar que, en primer lugar, ocurrió la coincidencia, quizás un tanto extraña, y no tan inocente como se nos presenta a primera vista; esto es, que don Domingo, uno de los dos hijos de don Manuel Heredia, le diera al último descendiente de su familia el mismo nombre con que su hermano mayor, don Francisco, había bautizado a su primer y único hijo. Ambos se llamaron José María y así dos grandes poetas, primos hermanos, compartieron igual legado, el primero fue el Cantor del Niágara y el segundo, el poeta parnasiano, el autor de *Los Trofeos*.

Esta casualidad, si en realidad fue una casualidad, hubiera debido liberar hasta cierto punto al otro Heredia, al del medio, dejándole en alguna medida un sitio privilegiado. Pero por desgracia no fue así y Severiano, cuyo sobrenombre era *el Pardo*, aprendió muy pronto por experiencia propia que el nacimiento de ese tercer personaje constituía, en efecto, como de inmediato lo había presentado, la llegada de un aguafiestas.

Pero si las numerosas amalgamas acumuladas en el pasado siglo entre los dos homónimos, los dos poetas nacidos, no obstante, a 40 años de distancia, no tuvieron consecuencias, en cambio hubo confusiones mucho más perturbadoras o al menos fantasiosos entre el segundón y el benjamín de la familia. Y los errores que aparecieron esporádicamente en la prensa, tanto francesa como internacional de la época, fueron numerosas y se repitieron a menudo. Sin embargo, como el Cantor del Niágara había muerto desde hacía tres años, cuando su tocayo, el poeta parnasiano, vino al mundo, el primero de los Heredia no tuvo que sufrir rivalidad alguna, si bien en ocasiones le quitaron algún poema del mayor para atribuírselo al más joven. Los otros dos se disputaron esas negaciones, esos olvidos, esos regateos. Y mientras Severiano, demasiado absorto en sus responsabilidades oficiales en el Estado francés, nunca prestó mucha atención a esos sobreentendidos, José María, el poeta parnasiano, aceptó la situación con

la mayor reserva; sobre todo, al final de su vida. Con una seguridad nunca desmentida, el poeta académico le repitió a todo el que quiso escucharlo y muy en especial a los directores de periódicos, que disfrutaban alimentando la confusión, que no había relación alguna entre él y el político de nombre “Heredia”, que había sido ministro en algún momento y que vivía muy bien después de haberse retirado de la vida pública. Además —precisaba—, no lo conocía y nunca se había encontrado con él. Estas afirmaciones estimularon los rumores que comenzaban a correr...

Y al hojear el álbum familiar de los Heredia pronto pudo apreciarse que los secretos resultaban más numerosos que las revelaciones. Con relación a las alusiones que databan de la adolescencia del Cantor del Niágara, Severiano siempre prefirió guardar silencio, pero la indiferencia e, incluso, el desprecio entre los dos primos exiliados en Francia, empezó a intrigar sobre todo a los literatos, a los críticos y luego a los asiduos a los salones, motivando así cierto malestar que ni los años ni los acontecimientos lograron disipar.

Después de que se hablara discretamente acerca de Severiano y se dijera que era un huérfano, un hijo natural, todo se reprodujo con su nieto, Charles Lopicque,<sup>1</sup> presunto huérfano o hijo adoptivo de Louis Lopicque. Es curioso que idénticos rumores corrieron con relación a Pierre de Régner<sup>2</sup> o el Tigre, como le llamaba su madre, y que era el único nieto de José María de Heredia. Ambos nacieron en 1898. Y así, cada una de las dos familias

---

<sup>1</sup> Charles Lopicque nació el 6 de octubre de 1898 en Theizé, departamento del Ródano, y falleció el 15 de julio de 1988 en Orsay, departamento de Essonne. Según sus biógrafos oficiales, fue un niño huérfano criado por su tío, Louis Lopicque, profesor de Fisiología General en la Facultad de Ciencias de París y casado con Marcelle de Heredia, hija de Severiano de Heredia. Después de comenzar sus estudios de piano a los 5 años y los de violín a los 11, Charles continúa sus estudios secundarios en París con excelentes resultados, al mismo tiempo practica el dibujo en diferentes academias libres. A los 21 años ingresa en la Escuela Central de Artes y Manufacturas de París, se hace ingeniero, pero pronto abandonará su carrera para consagrarse a la pintura. Entre 1948 y 1966 es pintor del departamento de la Marina y expone sus obras en los más importantes museos del mundo, en Nueva York, en Ottawa, Bruselas, París. Recibe el Gran Premio Nacional de Pintura en 1979. A partir de 1960 se le consagran numerosas retrospectivas, en la actualidad su obra ocupa un lugar privilegiado en el arte francés contemporáneo.

Charles se casó con la hija del profesor Jean Perrin, Premio Nobel de Física. Los restos de Charles y de Alina reposan en el Panteón a partir del 18 de enero de 2007, luego de una ceremonia solemne que Francia tributó a los “Justos de todas las naciones”.

<sup>2</sup> Pierre de Régner, apodado Tigre por su madre, es oficialmente hijo de María de Heredia, casada con el poeta Henri de Régner. El niño fue inscrito con ese nombre, pero se presume que su padre era el poeta Pierre Louÿs o, tal vez, Jean de Tinan, poeta también, fallecido a los 24 años. Pierre de Régner, nacido en 1898 y muerto en 1943, sería el único nieto del poeta parnasiano José María de Heredia.

Heredia, la de Matanzas y la de Santiago, vivieron una al lado de la otra en París, conservando siempre entre ellas, durante medio siglo, la mayor distancia posible, por lo menos para lograr preservar su papel y su rango en medio de esa sociedad. Se ocultaron fallas y heridas bajo una coraza de indiferencia, de silencios, de presupuestos, de amnesia.

Y si durante su vida, ninguno de los tres reveló nada con respecto a su intimidad, se pensó que el tiempo borraría naturalmente ciertas zonas oscuras, olvidadas hasta entonces! Pero la clave de todos sus secretos se hallaba en el pasado, en la fuente original... situada en tierra cubana... Su muerte en el exilio no nos revelará nada de lo que nos hubiera gustado saber, sino que, por el contrario, petrificará nuestras dudas y sepultará su misterio.

Todos esos muertos olvidados del año 1901 se encontraban ahí, en la página, cuando, de repente, se destaca en el margen el nombre *de Heredia*, escrito con letras muy separadas, inmensas, frágiles, particularmente hermosas y mágicas. En el acta de defunción podía leerse: "Severiano de Heredia, de 64 años, ex ministro de Obras Públicas, nacido en La Habana (Isla de Cuba), fallecido en su domicilio conyugal, en el N° 177 de la calle de Courcelles, el 9 de febrero de los corrientes, a las ocho y media de la noche, hijo de los esposos Henri de Heredia y Brigitte de Cárdenas, ambos ya fallecidos, casado con Henriette Hanaire, de 56 años, sin profesión...".

Y luego de la febril lectura de ese folio número 38, la película de esta vida, una entre tantas otras, se desarrolló con tal rapidez que quise fijarla antes de que desapareciera de manera definitiva de la pantalla luminosa. Se produjo un ruido seco y el carrete se rebobinó, borrando de una vez esos detalles, *nacido en... hijo de...* que hoy, ante el peso de una vida como la suya, ya no tenían la menor importancia para la eternidad.





# Fuentes consultadas

## BIBLIOGRAFÍA

- ACTES DU COLLOQUE DE BORDEAUX: *Cuba et la France*, Presses Universitaires de Bordeaux, Bordeaux, 1983.
- ACTES DU COLLOQUE DE BORDEAUX. PRÉSENTATION DE JEAN LAMORE: *Cuba et la France, Francia y Cuba*, Presses Universitaires de Bordeaux, Bordeaux, 1982.
- ALBALAT, ANTOINE: *Souvenirs de la vie littéraire*, A. Colin, Paris, 1993.
- ALLEM, MAURICE: *La Vie quotidienne sous le Second Empire*, Librairie Hachette, Paris, 1948.
- AMBROSI, CHRISTIAN Y ARLETTE: *La France 1870-1990*, Masson, Collection Un Siècle d'Histoire, Paris, 1991.
- AUGIER, ÁNGEL: *José María Heredia, Niágara y Otros Textos*. Selección, Prólogo, Cronología y Bibliografía, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1990.
- \_\_\_\_\_ : *Prosa varia*, Letras Cubanas, La Habana, 1980.
- AZZOUZ, RACHID: *La France de 1870 à 1958*, Presses Universitaires de France, Collection Que sais-je?, Paris, 1999.
- BACHILLER Y MORALES, ANTONIO: "José María Heredia", en *Galería de hombres útiles*, Instituto Nacional de Cultura, Ministerio de Educación, Impresora Mundial, La Habana, 1955.
- BARRACAND, LÉON: *Souvenirs des Lettres*, Brodard et Taupin, Paris, 1914.
- BARRES, MAURICE: *Discours de Réception de M. Maurice Barrès*. Prononcé dans la Séance Publique le jeudi 17 janvier 1907, Palais de l'Institut, Paris, 1907.
- BAUMONT, MAURICE: *La Troisième République*, Editions Rencontre, Lausanne, 1968.
- BETANCES, RAMÓN EMETERIO: *Colección Pensamiento de Nuestra América*, La Habana, 1983.
- BORDEAUX, HENRY: *Âmes modernes, Pierre Loti, José-María de Heredia, Jules Lemaitre, Anatole France, Paul Bourget...*, Perrin, Paris, 1912.
- BOUJU, PAUL Y HENRI M. DUBOIS: *La Troisième République (1870-1940)*, Presses Universitaires de France, Collection Que sais-je?, Paris, 1952.
- CAIRO, ANA: *Heredia entre cubanos y españoles*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2003.

- CALCAGNO, DON FRANCISCO: *Diccionario biográfico cubano*, Librería e Imprenta de Elías Fernández Casona, Obispo 34, La Habana; Imprenta y Librería de N. Ponce de León, Broadway, New-York, 1878.
- CHASTENET, JACQUES: *Histoire de la Troisième République, "Naissance et Jeunesse"*, Hachette Littérature, Paris, 1952.
- \_\_\_\_\_ : *Histoire de la Troisième République, "Triumphes et Malaises"*, Hachette, Paris, 1954.
- DEHEUVELS, PAUL E YVES DE SAINT-DOL: *Le Lycée Louis-le-Grand* (Paris), G. Klopp, Thionville, 1997.
- DEL MONTE, DOMINGO: *Centón Epistolario*, 4 vols., Biblioteca de Clásicos Cubanos, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 2002.
- DREYFOUS, MAURICE: *Ce que je tiens à dire, un demi-siècle de choses vues et entendues, "La Colonie de l'enclos des Ternes" (1862-1872)*, Ollendorf, Paris, 1912.
- \_\_\_\_\_ : *Ce qu'il me reste à dire, un demi-siècle de choses vues et entendues (1848-1900)*, Ollendorf, Paris, 1913.
- DUFOUR, PHILIPPE: *Poèmes légendaires* [avec une lettre de José María de Heredia], Editeur Alphonse Lemerre, Paris, 1897.
- DUMESNIL, RENÉ: *Gustave Flaubert, L'homme et l'œuvre*, Editeurs Desclée de Brouwer et Cie., Paris, 1932.
- ENCYCLOPEDIE DE LA FRANC-MAÇONNERIE, Librairie Générale française, Paris, 2000.
- ESTÉNGER, RAFAEL: *Heredia, La incomprehióón de sí mismo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.
- ESTRADE, PAUL: *La colonia cubana de París. 1895-1898*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.
- ESTRADE, PAUL Y FÉLIX OJEDAS REYES: *El Anciano maravilloso*, Instituto de Estudios del Caribe-Comité del Centenario de 1898, Universidad de Puerto Rico, San Juan de Puerto Rico, 1995.
- GARCERÁN DE VALL, JULIO: *Heredia y La Libertad*, Ediciones Universal, Miami, Florida, 1978.
- GARRIGUES, JEAN: *Le Boulangisme*, Presses Universitaires de France, Collection Que Sais-je? Paris, 1992.
- GÉRARD D'HOUILLE: *Le Séducteur*, Hachette, Paris, 1994.
- GIDE, ANDRÉ: *Essais critiques*, Gallimard, Paris, 1999.
- \_\_\_\_\_ : *Si le grain ne meurt*, Gallimard, Paris, 1955.
- GODECHOT, JACQUES: *La vie quotidienne en France sous le Directoire*, Librairie Hachette, Paris, 1977.
- GRANBOULAN-FÉRAL, SIMONE, RÉMY GOSA, ALAIN LEMOINE Y RODOLPHE TROUILLEUX: *Vie et Histoire du XVII<sup>e</sup> arrondissement*, Editions Hervas, Paris, 1999.
- GUILLEMINAULT, GILBERT: *Le Roman Vrai de la III<sup>e</sup> et de la IV<sup>e</sup> République 1870-1958*, Editions Robert Laffont, Paris, 1991.
- GUIRAL, PIERRE: *La Vie quotidienne en France à l'âge d'or du capitalisme 1852-1879*, Librairie Hachette, Paris, 1976.
- GUIRAL, PIERRE Y GUY THUILLIER: *La Vie quotidienne des Députés en France de 1871 à 1914*, Hachette, Paris, 1980.

- HAMON, A. Y G. BACHOT: *La France politique et sociale 1890*, t. II, A. Savine, Paris, 1891.
- Hanotaux, Gabriel: *José María de Heredia*, In *Memoriam*, Librairie Henri Leclerc, Paris, 1906.
- HENRÍQUEZ UREÑA, MAX: *José María de Heredia, Los Trofeos* (Sonetos), Editorial Losada, S.A., Buenos Aires, 1954.
- HEREDIA, DON JOSÉ FRANCISCO (1776-1880): *Memorias sobre las revoluciones de Venezuela*. Seguidas de documentos históricos inéditos y precedidas de un estudio biográfico por Don Enrique Piñeyro, Garnier hermanos, Paris, 1895.
- HEREDIA, JOSÉ MARÍA: *Niágara*. Introducción de José Lezama Lima, Colección Sur, Ediciones Unión, La Habana, 2003.
- : *Poesías Completas*, Homenaje de la Ciudad de La Habana en el Centenario de la Muerte de Heredia, 2 ts., Molina y Cía., La Habana, 1940-1941.
- : *Heredia visto por Martí*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1978.
- : *Epistolario de José María Heredia*. Compilación, Prólogo, Notas y Bibliografía de Ángel Augier, Voces, Letras Cubanas, La Habana, 2005.
- HEREDIA, JOSÉ MARÍA DE: *Œuvres poétiques complètes de José-Maria de Heredia*, I. *Les Trophées*; II. *Autres Sonnets et Poésies diverses*, Collection des Universités de France, Publiée sous le patronage de l'Association Guillaume Budé, Société d'Édition "Les Belles Lettres", Paris, 1984.
- : *Salut à l'Empereur* [Stances dites par M. Paul Mounet à la cérémonie de la pose de la première pierre du pont Alexandre III, devant leurs Majestés Impériales de Russie], A. Lemerre, Paris, 1896.
- : *La Véridique histoire de la conquête de la Nouvelle Espagne par le capitaine Bernal Diaz del Castillo*. Traduit de l'espagnol avec une introduction et des notes, A. Lemerre, Paris, 1877-1879.
- : *Lettres inédites de José Maria de Heredia à Alfred Morel-Fatio (1878-1885)*. Publiées et annotées par Jean Lemartinel, Publications de l'Université de Lille III, Centre d'Etudes ibériques et ibéro-américaines du XIX<sup>e</sup> siècle, Lille, 1975.
- : *La Nonne Alferez*, A. Lemerre, Paris, 1894.
- : *Discours de réception à l'Académie française de M. José Maria de Heredia le 30 mai 1895, prononcés par J.M. de Heredia et François Coppée*, Imprimerie Firmin-Didot et Cie., Paris, 1895.
- : *Inauguration du monument élevé à la mémoire de Leconte de Lisle à Paris, le 10 juillet 1898* [Discours de M. José María de Heredia], Imprimerie de Firmin-Didot, Paris, 1898.
- : *Discours prononcés dans la séance publique tenue par l'Académie française, pour la réception de M. le marquis de Vogué, le 12 juin 1902*, Imprimerie Firmin-Didot, Paris, 1902.

HEREDIA, SEVERIANO DE: *Les Hispano-Américains*, in "Paris-Guide, Les Principaux écrivains et artistes de la France", A. Lacroix, Verboeckhoven, et Cie., Editeurs, Paris, 1867.

-----: *La Chronique Ancienne et Nouvelle*, rubrique Théâtre et Musique [10<sup>e</sup> année 1868].

-----: *La Chronique Universelle, grand journal hebdomadaire* (Rédacteur en chef: S. de Heredia), Editeur scientifique, Paris [11<sup>e</sup>-12<sup>e</sup> années, 1869-1870].

-----: *Paix et plébiscite*, chez tous les Libraires de France, Tours, 1871.

-----: *Société des Ecoles laïques, Appel aux habitants du 17<sup>e</sup> arrondissement*, Imprimerie Edouard Blot et Fils aîné, Paris, 1873.

-----: *Rapport fait au nom de la commission chargée d'examiner le projet de loi portant ouverture au Ministre de l'Instruction publique et des Beaux-Arts, sur l'exercice 1882, d'un crédit extraordinaire de 50.000 fr. pour la démolition et l'enlèvement des ruines des Tuileries, par M. de Heredia...* (9 mars 1882).

-----: *Rapport fait au nom de la commission chargée d'examiner le projet de loi pour la construction d'un petit Lycée succursale du Lycée-Louis-Le-Grand d'un terrain d'une superficie de 13.000m<sup>2</sup> provenant des terrains retranchés du Luxembourg et compris entre la rue d'Assas, la rue de l'Abbé de l'Épée, l'Eaule de pharmacie et un îlot de 2000m<sup>2</sup> en bordure sur la rue de l'Observatoire, par M de Heredia...* (27 mai 1882).

-----: *Rapport fait au nom de la commission du budget chargée d'examiner le projet de loi... sur l'exercice 1884, d'un crédit supplémentaire de 1.665.695 fr. pour la construction et l'installation de l'Ecole centrale des Arts et Manufactures, par M. de Heredia...* (7 avril 1884).

-----: *Rapport fait au nom de la commission du budget chargée d'examiner le projet de loi sur le budget des dépenses et des recettes de la Légion d'Honneur pour l'exercice de 1885, par M. de Heredia...* (28 octobre 1884).

-----: *Rapport fait au nom de la commission du budget chargée d'examiner le projet de loi... sur le budget de l'exercice de 1887, d'un crédit de 11.850.000 fr. (part contributive de l'Etat dans les dépenses de l'Exposition de 1889) et annulation de pareille somme sur le budget de 1886, par M. de Heredia...* (26 mars 1887).

-----: *Rapport fait au nom de la commission chargée d'examiner la proposition de loi de M. de Heredia et de plusieurs de ses collègues ayant pour objet d'autoriser: 1° la construction et l'aménagement d'un Musée de la révolution française sur l'emplacement du Palais des Tuileries ; 2° –la création et l'installation de colonnes commémoratives du centenaire de 1789 dans toutes les communes de France; 3°- l'ouverture au Ministère de l'Instruction publique et des beaux-Arts,*

sur l'exercice 1888, d'un crédit de 6 millions de francs par M. de Heredia... (23 février 1888).

-----: *11 Projets de loi adoptés par la Chambre des députés, ayant pour objet: la déclaration d'utilité publique, l'exécution, l'établissement d'un chemin de fer ou d'une section de chemin de fer ... présentés au nom de M. Jules Grévy... par M. de Heredia* (17 juin 1887; 20 juin 1887; 1<sup>er</sup> juillet 1887; 5 juillet 1887; 8 juillet 1887; 12 juillet 1887; 25 octobre 1887; 3 novembre 1887; 28 novembre 1887; 12 décembre 1887; 29 mars 1888).

-----: *Projets de loi adoptés par la Chambre des députés, ayant pour objet: la déclaration d'utilité publique, des travaux, l'exécution, l'amélioration des ports de Bordeaux, Honfleur, Oran, du port du Havre et de la Basse Seine, présentés au nom de M. Jules Grévy... par M. Severiano de Heredia et par M. Lucien Dautresme, ministre du Commerce et de l'Industrie* (21 juin 1887; 1<sup>er</sup> juillet 1887; 12 juillet 1887; 16 juillet 1887; 8 novembre 1887; 15 novembre 1887).

-----: *Discours prononcé le 24 juillet 1887, par M. de Heredia, Ministre des Travaux Public, au banquet organisé à Senlis par la municipalité et le comité républicain de l'arrondissement*, Imprimerie A. Hennuyer, Paris, 1887.

HUGO, VICTOR: *Œuvres complètes, Politique*, Robert Laffont, Paris, 1985.

-----: *L'Année terrible, Actes et Paroles 1870-1871-1872*, Gallimard, Paris, 1985.

IBROVAC, MIODRAG: *José María de Heredia, sa vie, son oeuvre*, Les Presses Françaises, Paris, 1923.

-----: *In Memoriam, José María de Heredia*, Portrait, Paris.

JOLLY RC, COSTON II: *Dictionnaire de la Biographie Française*, Librairie Letouzey et Ane, Paris, 1989.

LABRA, RAFAEL MARÍA DE: *La Abolición de la Esclavitud en el orden económico*, Imprenta de J. Noguera, Madrid, 1873.

LABRACHERIE, PIERRE: *Napoléon III et son temps*, Julliard, Paris, 1967.

LECONTE DE LISLE, CHARLES-MARIE: *Lettres à José María de Heredia*. Préface de Jean-Marc Hovasse, Editions Honoré Champion, Paris, 2004.

LIGOU, DANIEL: *Dictionnaire de la Franc-Maçonnerie*, Presses Universitaires de France, Paris, 1987.

MALLARMÉ, STÉPHANE: *Correspondance*, Editions Henri Mondor, Paris, 1981.

MARICOURT, ANDRÉ DE Y JEAN VERGNET-RUIZ: *L'Enfance de José-María de Heredia*, Imprimeries Réunies de Senlis, Senlis, 1934.

MARTIN-FUGIER, ANNE: *Les Salons de la IIIe République, Art, littérature, politique*, Perrin, Paris, 2003.

MIQUEL, PIERRE: *Le Second Empire*, Plon, Paris, 1992.

-----: *La Troisième République*, Fayard, Paris, 1989.

MOLLIER, JEAN-YVES Y JOCELYNE GEORGE: *La plus longue des Républiques 1870-1940*, Librairie Arthème Fayard, Paris, 1994.

- MORTELETTE, YANN: *José-María de Heredia, Poète du Parnasse*, Librairie des Presses de l'Université Paris-Sorbonne, Paris, 2006.
- ROBERT, ADOLPHE, EDGAR BOURLOTON Y GASTON COUGNY: *Dictionnaire des Parlementaires Français, comprenant tous les Membres des Assemblées françaises et tous les Ministres français depuis le 1<sup>er</sup> mai 1789 jusqu'au 1<sup>er</sup> mai 1889*, Bourloton éditeur, Paris, 1890.
- \_\_\_\_\_ : *Dictionnaire des Parlementaires Français, notice biographique sur les ministres, députés et sénateurs français de 1889 à 1940*, t. VI, Heredia, Severiano de, Presses Universitaires de France, Paris, 1970.
- RIÈSE, L.: *Les Salons littéraires parisiens du Second Empire à nos jours*, Privat, Paris, 1962.
- ROSEMOND DE BEAUVALLON, JEAN-BAPTISTE: *L'Île de Cuba*, Dauvin et Fontaine, Paris, 1844.
- ROUGERIE, JACQUES: *Paris insurgé, La Commune de 1871*, Découvertes Gallimard, Paris, 1995.
- SCHWEITZ, ARLETTE: *Les parlementaires de la Seine sous la Troisième République, Dictionnaire biographique*, Publications de la Sorbonne, Paris, 2001.
- STAAFF, FERDINAND NATHANAEL: *La Littérature française depuis la formation de la langue jusqu'à nos jours, ouvrage désigné comme prix aux Concours généraux de 1868-1870, Tome III, Auteurs vivants en 1870*, Didier et Cie., librairie académique, Ch. Delagrave et Cie., librairie classique, Paris, 1873.
- SZERTICS, SIMONE: *L'Héritage espagnol de José-Maria de Heredia*, Klincksieck, Paris, 1975.
- TORRES CAICEDO, JOSÉ-MARÍA: *Union latino-americana, Pensamiento de Bolívar para formar una liga americana; su origen y sus desarrollos y estudio sobre la cuestión...*, Rosa y Bouret, París, 1865.
- TORRES-CUEVAS, EDUARDO Y OSCAR LOYOLA VEGA: *Historia de Cuba. 1492-1898. Formación y liberación de la nación*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2001.
- TORRES-CUEVAS, EDUARDO, MARÍA DEL CARMEN BARCIA Y GLORIA GARCIA. GRUPO DE REDACCIÓN: *Historia de Cuba. La Colonia, evolución socioeconómica y formación nacional, de los orígenes hasta 1867*, Editora Política, La Habana, 1994.

## REVISTAS Y PUBLICACIONES PERIÓDICAS

- AUGIER, ÁNGEL: "150<sup>e</sup> aniversario de José Maria de Heredia: Novela y Poesía en Los Cafetales", en *Revista de Literatura Cubana, Crítica, Historia, Bibliografía*, La Habana, Año XI, julio-diciembre de 1992-enero de 1993, N° 19-20.

- \_\_\_\_\_ : “José María de Heredia, Novela y realidad de América Latina”, en *Revista de Literatura Cubana*, La Habana, Año XI, julio-diciembre de 1993, N° 21.
- \_\_\_\_\_ : “Dimensión Americana de Heredia”, en *José María Heredia, Obra Poética*, La Habana, 2002.
- \_\_\_\_\_ : “Bicentenario de José María Heredia”, I. “La cubanía raigal”; II. “Precocidad y personalidad”; y III. “Conciencia política y consagración poética”; IV. “El retorno a la Patria”; V. “Primer poeta de la Revolución Cubana”, en *Cuba Literaria*, La Habana, diciembre de 2003, enero de 2004.
- BARRERO MORELL, AMPARO: “Poetas cubanos de expresión francesa”, en *SIC, Revista Literaria y Cultural n° 13*, Santiago de Cuba, enero-febrero-marzo de 2002.
- BEAUMONT, H. DE: “Société philotechnique, Discours d’installation, Séance du 2 juillet 1872”, E. Dentu, Paris, 1872.
- BUENO, SALVADOR: “Los Tres Heredia”, en *Granma*, La Habana, 2 de septiembre de 1990.
- Bulletin du Grand Orient de France*, Suprême Conseil, Journal officiel de la Maçonnerie, 3<sup>e</sup> série- 32<sup>e</sup>, Année 5876, Secrétariat Général du Grand Orient, rue Cadet, Paris, 1876.
- CABRALES, MARTA: “Recuerdan en Santiago de Cuba el bicentenario de José María Heredia y Heredia”, en *Cubarte, El Portal de la Cultura Cubana*, Santiago de Cuba, 30 de diciembre de 2003.
- \_\_\_\_\_ : “Dos siglos después, Heredia sigue presente en Cuba”, en *Cubarte, El Portal de la Cultura Cubana*, Santiago de Cuba, 31 de diciembre de 2003.
- DEÁS TROBAJO, BÁRBARA: “José María Heredia, su canto desde el mármol”, en *Cubarte, El Portal de la Cultura Cubana*, Santiago de Cuba, 10 de enero de 2004.
- DELCOMBRE, ROGER: “L’hispanisme des deux Parnassiens: Leconte de Lisle et José María de Heredia”, in *Hispania N° 3*, Paris, 1922.
- ELLIS, KEITH: “Los primos Heredia: su formación y contribución”, en *Casa de las Américas*, N° 244, La Habana, julio-septiembre de 2006.
- ESTRADE, PAUL: “Les Ecrits de Betances dans la Presse Latino-Américaine de Paris”, in *Publications de l’Equipe de Recherche de l’Université de Paris VIII, Histoire des Antilles Hispanique*, Paris, 1988.
- Figaro (Le)*: “Epitaphe pour José María de Heredia”, Paris, 6 de octubre de 1905.
- FONTAINE, ANDRÉ: “Heredia et ses amis”, in *La Muse Française*, Paris, mars 1922- janvier 1940.
- GARCÍA, HUGO: “Heredia en el Niágara”, en *Cubarte, El Portal de la Cultura Cubana*, 21 de diciembre de 2003.
- \_\_\_\_\_ : “Develan en Matanzas cenotafio en memoria de Heredia”, en *Cubarte, El Portal de la Cultura Cubana*, Matanzas, 2 de enero de 2004.

- Gaulois (Le)*: “La mort d’un poète”, Paris, 4 octobre 1905.  
 \_\_\_\_\_: 7 octobre 1905.
- GAY-GALBÓ, ENRIQUE: “Fugaz presencia en la vida” - “Heredia, Apuntes para un estudio sobre su vida y su obra, por el centenario de su muerte”, en *Cuba Literaria*, Santiago de Cuba, 12 de mayo de 1939.
- GOLDSTEIN, LÉONE: “Les écrits de Betances dans le XIX<sup>e</sup> siècle” (1875-1878), in *Publication de l’Equipe de Recherches de l’Université de Paris VIII, Histoire des Antilles Hispaniques*, Paris, 1987.
- GONZÁLEZ DEL VALLE, FRANCISCO Y EMILIO ROIG DE LEUCHSENING: “Cronología-Días y Hechos de José María Heredia”, en *Cuba Literaria*, La Habana, 2003.
- GUERIN, DENIS: “La Lecture publique à Paris au XIX<sup>e</sup> siècle”, in *Bulletin de Bibliothèques de France*, t. 28, N<sup>o</sup> 02, Paris, 1983.
- GUERRA, RAMIRO: “Apuntes biográficos”, en *Historia de la nación cubana. Desde 1780 hasta 1835*, t. III, Editorial Historia de la Nación Cubana, La Habana, 1952.
- HART DÁVALOS, ARMANDO: “Equilibrio del mundo: José María Heredia: Poeta fundador”, en *Cubarte, El Portal de la Cultura Cubana*, La Habana, 31 de diciembre de 2003.
- HENRÍQUEZ UREÑA, MAX: “Poetas Cubanos de Expresión Francesa”, Estudios: II. “José María de Heredia”, III. “Severiano de Heredia”, en *Revista Ibero Americana, III*, La Habana, 1941.  
 \_\_\_\_\_: “Comentarios sobre la vida de Heredia”, en *Cuba Literaria*, La Habana.
- HENRIQUEZ UREÑA, PEDRO: “La Cultura y las Letras Coloniales en Santo Domingo”, (Capítulo IX, “La Emigración”), Instituto de Filología, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1936.
- HEREDIA, JOSÉ MARÍA DE: “A José María Heredia en su centenario”, en *Revista Bimestre Cubana*, XLIII, La Habana, 1939.
- Hommes d’Aujourd’hui (Les)*, *Revue biographique N<sup>o</sup> 113* (Dessins de Gil): “Heredia Severiano de, HP (homme politique)”, Imprimerie A. Cinqqualibre, 48 rue Monsieur le Prince, Paris, 1878-1889.  
 \_\_\_\_\_: *Revue Biographique N<sup>o</sup> 405*, “Heredia José María de”.
- HOVASSE, JEAN-MARC: “Heredia-Hugo”, *Communication au Groupe Hugo, Equipe 19<sup>e</sup> siècle*, Université Paris 7, avril 2006.
- Intransigeant (L’)*: Paris, 1895 - décembre 1897.  
 “L’Insurrection cubaine”, editorial de Henri Rochefort, 10 mars 1895; “A Cuba”, Charles Malato [Cosmo] 4 juin 1895; “Premières adhésions au Comité Français de Cuba Libre” 11 septembre 1896; “Cuba libre”, 13 novembre 1896; “Le Comité Français de Cuba Libre”, 18 novembre 1896; “Réunion salle Pétreille”, 31 décembre 1896; “Réunion du CFCL aux cris de Vive l’Anarchie”, 7 janvier 1897; “Cubains pourchassés sur le sol français”, 14 août 1897.
- JORGE, TERESITA: “Fulgor de mayo en Santiago de Cuba”, en *Cubarte, El Portal de la Cultura Cubana*, 11 de mayo de 2004.



- Journal des Débats*: “Au cimetière du Bon Secours”, 6 et 8 octobre 1905.
- Lettres de Paris* –Le Salon de 1874–: “Auguste Toulmouche (1829-1890)”.
- MASSOL: “Discours prononcé à la Loge Renaissance par les émules d’Hiram”, Imprimerie L. Toison et Cie. *Le Monde Maçonique*, Paris, avril 1863.
- MÉNDEZ MARTÍNEZ, ROBERTO: “José María Heredia, traductor latino”, en *Cuba Literaria*, La Habana, 2001.
- MONTESQUIOU-FEZENSAC, ANATOLE, COMTE DE: “Société Philotechnique”, E. Dentu, libraire éditeur, Paris, 1872.
- Nouvelles Littéraires (Les)*: “Chez Heredia”, Paris, 27 janvier 1923.
- ORAMAS CAMERO, ÁNGELA: “Bicentenario de José María Heredia - Nadie lo vence en amor, nadie”, en *Cubarte, El Portal de la Cultura Cubana*, 31 de diciembre de 2003.
- REPILADO, RICARDO: “El otro Heredia”, en *Cosechas de dos parcelas*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1985.
- República Cubana / République Cubaine*, Paris, 23 janvier 1896 / 30 septembre 1897
- “Lettre ouverte à Rochefort”, 12 mars 1896; “Opinion sur José Martí”, 21 mai 1896; “Les flibustiers de Paris”, 30 juillet 1896; “A propos du Comité français ami de Cuba”, 13 août et 20 août 1896; “Confirmation de la mort de Antonio Maceo”, 20 août 1896; 17, 24 septembre 1896; “Manifeste du Comité français de Cuba Libre au peuple cubain”, 8 octobre 1896; “Document adopté par le C.F.C.L.”, 12 et 19 novembre 1896; “5<sup>e</sup> liste des membres du Comité”, 26 novembre 1896; “Réunion du Comité salle Pétreille”, 31 décembre 1896; “Manifestation des jeunes défenseurs de Cuba Libre”, 3 et 7 janvier 1897; “Collectes pour Cuba libre ou pour les blessés cubains”, listes de souscription, 4 février 1897, 22 juillet 1897.
- Revue des Deux Mondes*: “Stances aux dames créoles de Mme. Gérard d’Houville”, Paris, 1<sup>er</sup> janvier 1905.
- RUIZ MIYARES, OSCAR: “Los restos mortales de José María Heredia”, en *Cubarte, El Portal de la Cultura Cubana*, Matanzas, 1<sup>o</sup> de enero de 2004.
- \_\_\_\_\_ : “Inauguran en Cuba monumento funerario al poeta José María Heredia”, en *Cubarte, El Portal de la Cultura Cubana*, Matanzas, 5 de enero de 2004.
- \_\_\_\_\_ : “Heredia y México”, 18 de diciembre de 2003, 25 de diciembre de 2004.
- \_\_\_\_\_ : “Heredia y los Estados Unidos”, en *Cubarte, El portal de la cultura cubana*, La Habana, 8 de enero de 2004.
- \_\_\_\_\_ : “Heredia en Cuba” (1) (2) (3) (4), 2 de febrero de 2004, 14 de febrero de 2004, 22 de febrero de 2004, 9 de marzo de 2004.
- SAINZ, ENRIQUE: “José María Heredia, en el bicentenario de su nacimiento 1803-2003”, en *Cuba Literaria*, La Habana, 2001.
- SANTOS MORAY, MERCEDES: “José María Heredia, el paisaje interior”, en *Cubarte, El Portal de la Cultura Cubana*, 25 de noviembre de 2004.
- Temps (Le)*: “Remerciement de Vicente et Jules Claretie à propos d’un poème de José María de Heredia A Napoléon”, 6 octobre 1905.

- \_\_\_\_\_ : "Souvenirs sur Heredia", 10 octobre 1919.
- TOLEDO SANDE, LUIS: "Heredia en Martí, y otros homenajes", en *Cubarte, El Portal de la Cultura Cubana*, La Habana, 10 de enero de 2004.
- Union Latine Franco-Américaine*, sous la présidence de Severiano de Heredia: "Sa réalisation, son programme", 18 Bld Montmartre, Paris, 1891.
- VITIER, CINTIO: "José María de Heredia", en *La crítica literaria y estética en el Siglo XIX cubano*, Departamento Colección Cubana, Biblioteca Nacional José Martí, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1974.

# Árbol genealógico

**HEREDIA DOMINGO**  
(1712-1767 – Santo Domingo)

Esposa  
PIMENTEL, Isabel (1721-1767)

Hijos  
Manuel, Nicolás, Ana, Petronila y Antonia

**RAMA DE LOS HEREDIA Y PIMENTEL, MANUEL**  
(1741-1813 – Santo Domingo)

Esposa  
MIESES, María Francisca

Hijos  
1. HEREDIA Y MIESES, José Francisco  
(1776-Santo Domingo – 1820-México)

Esposa  
CAMPUZANO, María Mercedes  
(1782-Santo Domingo – 1855-Matanzas)

Hijos  
\*José María HEREDIA Y CAMPUZANO  
(31 de diciembre 1803 – Santiago de Cuba  
7 de mayo de 1839 – México)

Hermanos  
1. Ignacia (1808-...)  
2. Rafael (1810-1813)  
3. Rafaela (1815-...)  
4. María de los Dolores (1819-...)  
5. María Concepción (1820-...)

Esposa  
YÁÑES ECHEVARRÍA, Jacoba (1811-1844)



### Hijos

1. María de la Merced (1828-1830)
2. Loreto (1829-1910)
3. Jacoba Francisca Julia (1831-1835)
4. José Francisco (1834-1836)
5. José de Jesús (1836-1923)
6. Julie (1838-...)

### 2. HEREDIA, Domingo

(1783–Santo Domingo – 1849 a bordo del barco *Le Sévère* con destino a Francia)

### 1ª esposa

YVONNET, Geneviève  
(1793-Santo Domingo – 1827-Santiago de Cuba)

### Hijos

1. Manuel (1818-1875)
2. José Francisco Gustavo (1821-1850)
3. Isabel (Elise) (1823-...)

### Hermanos

Gabriel Léonce (1825-1895)

### 2a esposa de Domingo Heredia

Matrimonio (1830)  
GIRARD D'OUVILLE, Louise (1807-1877)

### Hijos

1. Agustín (1832-1836)
2. Leocadia (1834-1918)
3. María (1835-1837)
4. Helmina, María Josefa (1837-1918)
5. María Dolores (1839-1925)
- \* 6. José María de HEREDIA  
(22 de noviembre de 1842 – La Fortuna (Santiago de Cuba)  
2 de octubre de 1905 – París)

### Esposa

DESPAIGNE, Louise-Cécile (1848-1928)

### Hijas

1. Hélène (1871-1953)



2. Marie (1875-1963)  
Esposo  
REGNIER de, Henri (1864-1936)  
Hijo  
Pierre (*Tigre*) (1898-1943)  
3. Louise (1878-1930)

**RAMA DE LOS HEREDIA Y PIMENTEL NICOLÁS**  
(1744 – Santo Domingo)

Esposa  
CAMPUZANO Y FERNANDEZ DE LARA, María Magdalena

Hijas  
Josefa, Marta, Ángeles, Manuela, Francisca y María Mercedes

Hijos  
José Vicente, Joaquín e Ignacio

- María Mercedes HEREDIA Y CAMPUZANO  
(1782-Santo Domingo – 1855-Matanzas)

Esposo  
José Francisco HEREDIA Y MIESES  
(1776-Santo Domingo - 1820-México)

- Ignacio HEREDIA  
(1786-Santo Domingo – 1848-Santiago de Cuba)  
Esposa: GODEFROY, Madeleine (1811-1888)

Hijo  
\* Severiano de HEREDIA  
(8 de noviembre de 1836 – La Habana  
9 de febrero de 1901 – Paris)

Esposa  
HANAIRE, Henriette (1843-1913)

Hijos  
1. Henri (1869-1882)  
2. Marcelle (1873-1962)

Esposo  
LAPICQUE Louis (1866-1952)

Hijo  
Charles Lapicque (1898-1988)



## Testimonio gráfico



*El Potosí, plantación de Domingo Heredia (Santiago de Cuba).*



*José María Heredia  
(1803-1839)*

*Casa natal de  
José María Heredia  
(Santiago de Cuba).*







*Severiano de Heredia  
(1836-1901)*

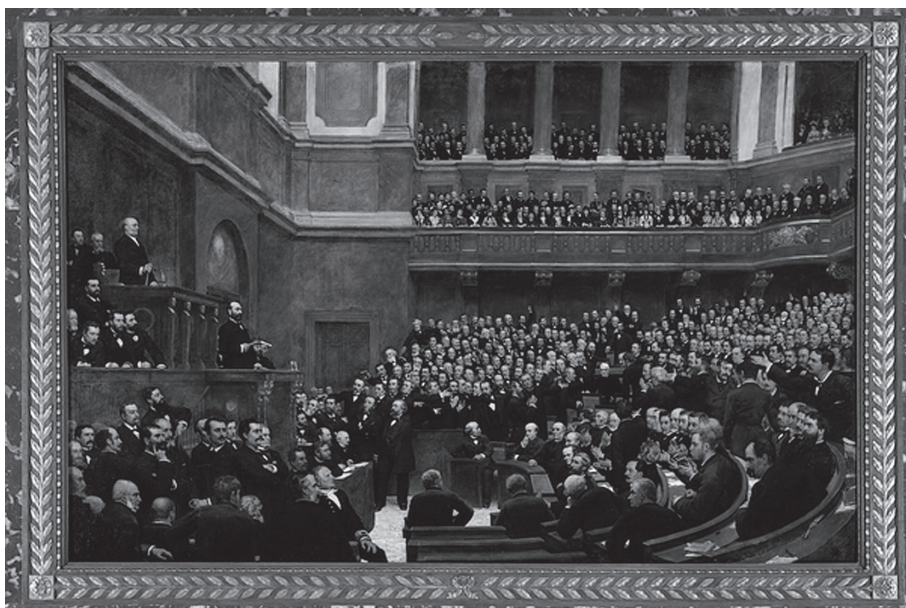


*Iglesia El Buen Pastor  
de Jesús del Monte,  
donde fue bautizado  
Severiano de Heredia.*

*Liceo Louis-le  
Grand (París),  
donde estudió  
Severiano.*



*Asamblea Nacional en  
París, donde Severiano  
fue diputado (1881) y  
ministro (1887).*





*Exposición universal de 1889 (París), donde Severiano estuvo presente.*



*Boulevard Montmartre en París.*

3<sup>e</sup> volume. — N<sup>o</sup> 113.

10 c.

Un an : 6 fr.

## LES HOMMES D'AUJOURD'HUI

DESSINS DE GILL

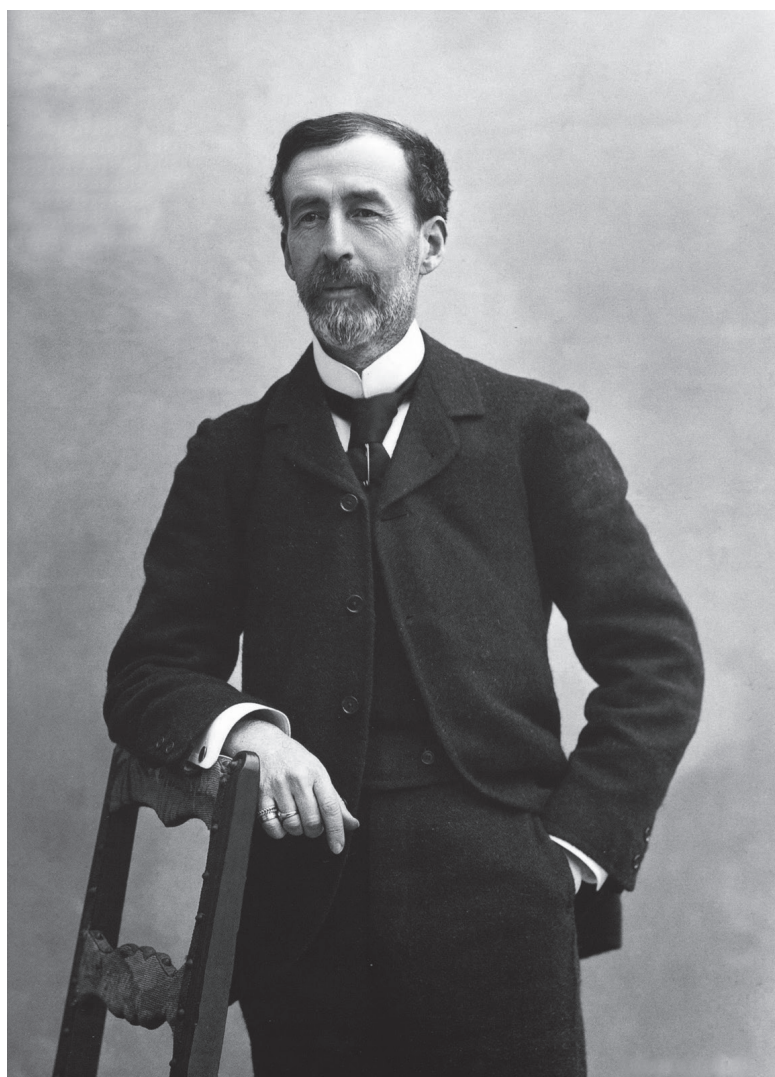
BUREAUX : 48, RUE MONSIEUR LE PRINCE, PARIS

### S. DE HÉRÉDIA



*Severiano de Heredia*

Caricatura de Severiano -Dibujo  
de Gill- (Revista Les Hommes  
D'aujourd'hui, París, 1887).



*José María de Heredia (1842-1905)*



*José María de Heredia con su madre Louise.*



*Fuente de la India (La Habana), donde José María de Heredia escribió su primer poema de amor (A la Fuente de la India, 1860)*



*La Academia francesa, donde José María de Heredia fue recibido como miembro de esta prestigiosa institución (30 de mayo de 1895).*



*Puente Alejandro III (París), cuya primera piedra fue colocada por José María de Heredia, el 7 de octubre de 1896.*

